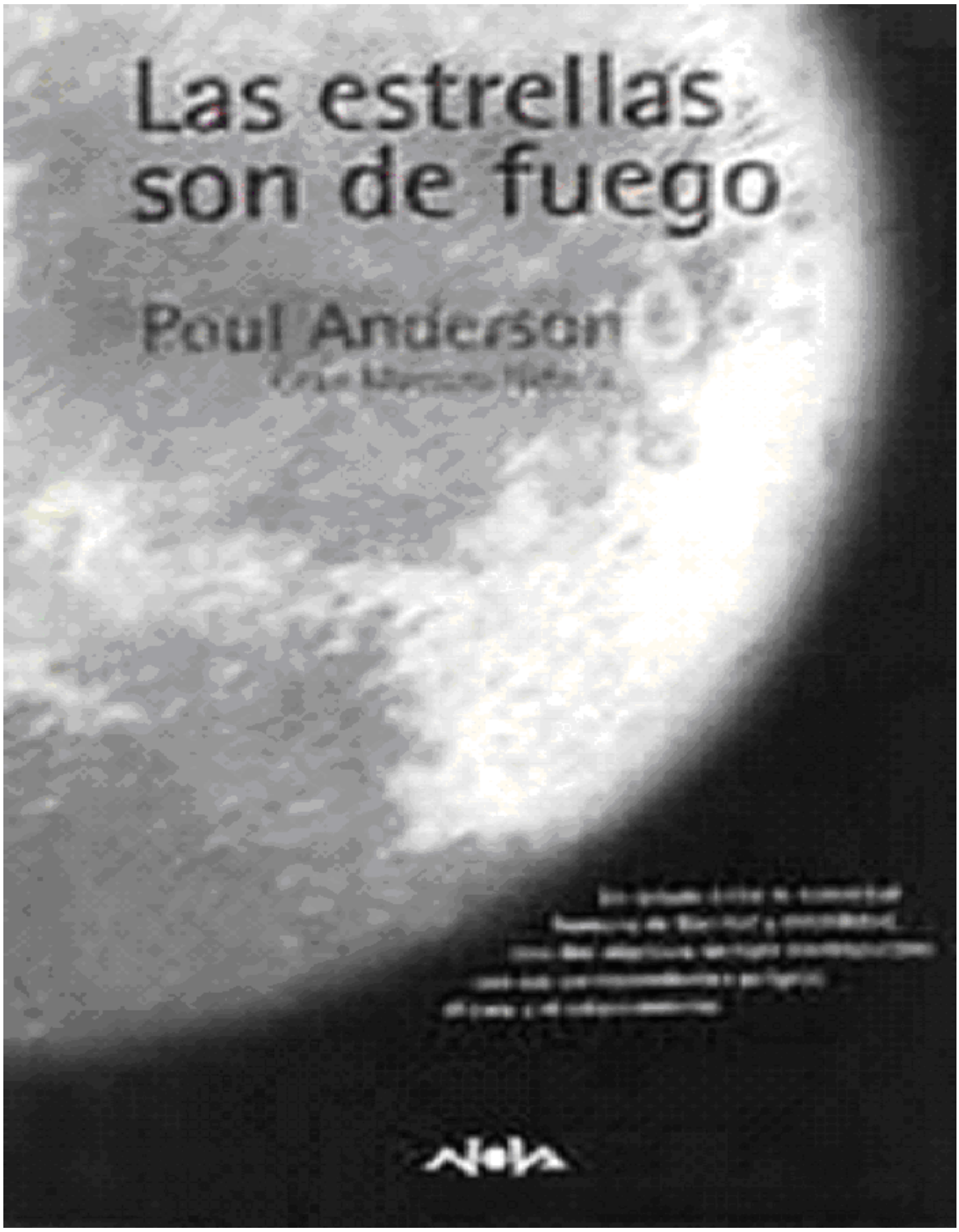
LAS ESTRELLAS SON DE FUEGO
POUL ANDERSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Las estrellas son de fuego

Poul Anderson

Presentación

Poul Anderson es uno de los nombres clásicos en la ciencia ficción de todos los tiempos. Tras una larga historia de éxitos, LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS (1989, NOVA, núm. 39) confirmó la valía de este autor que, junto a Harlan Ellison, es quien más premios Hugo ha obtenido en la historia del género. Siete Hugos y tres Nebulas son garantía suficiente del buen hacer de uno de los maestros tradicionales de la mejor ciencia ficción de todos los tiempos. En LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS y gracias a sus personajes inmortales, Anderson recorre toda la historia de la humanidad siguiendo el devenir de las civilizaciones y culturas humanas. Se trata de un repaso completo a nuestra historia y a un posible futuro entre las estrellas, un estudio detenido y complejo de eso que etiquetamos como «humanidad». A esa misma línea histórica (una de las grandes aficiones personales de Anderson) pertenece la serie de aventuras de LA PATRULLA DEL TIEMPO (1991, NOVA, núm. 135).

Pero Anderson es también capaz de especular sobre el futuro de forma sorprendente y satisfactoria. Hace ya unos años publicamos COSECHA DE ESTRELLAS (1993, NOVA, núm. 74), la primera parte de una serie en torno a la colonización de las estrellas y las complejidades de la relación entre seres humanos e inteligencias artificiales. Hans Moravec, un conocido especialista del Robotics Institute de la acreditada Universidad Carnegie Mellon, una de las instituciones punteras en el complejo y prometedor campo de la inteligencia artificial, consideraba que en esa novela se logra «realizar algo casi imposible: reconciliar de forma interesante y original el clásico futuro andersoniano en torno a la excitante aventura humana en el espacio con la posibilidad, radicalmente distinta, de un futuro dominado por el poder exponencial de las mentes artificiales».

A ese mismo tipo de preocupaciones responde ahora LAS ESTRELLAS SON DE FUEGO (1994, NOVA, núm. 140), que para Rusell Letson, de la influyente revista Locus, sería un claro ejemplo de las pocas veces en que una continuación supera al original.

Las dos primeras partes de COSECHA DE ESTRELLAS mostraban el enfrentamiento del protagonista, Anson Guthrie, creador de la heinleniana empresa Fireball y defensor a ultranza del liberalismo más extremo, con su otro yo, convertido a la ideología del avantismo que gobierna una Norteamérica del futuro. Los avantistas, seguidores de la ideología totalitaria e intervencionista que sigue los dictados del profeta Xuan, consideran que la mente algorítmica artificial ha de ser la dominadora. En realidad, esas dos primeras partes de COSECHA DE ESTRELLAS son un largo prólogo al eje central de la especulación tradicional de Anderson: la exploración espacial. En la tercera parte, el autor se deja llevar por la imaginación más desbordante y creativa para unir exploración espacial, terraformación, mentes artificiales e incluso la hipótesis ecológica de Gaia en una visión de gran alcance poético y un atisbo de la definitiva victoria humana sobre la muerte, tanto la individual como la de la especie.

En LAS ESTRELLAS SON DE FUEGO el escenario cambia radicalmente. En el amanecer de la nueva era de la exploración y colonización del espacio, Dagny Beynac (descendiente del legendario Anson Guthrie) se convierte en la heroína de la nueva civilización lunariana de humanos modificados genéticamente que luchan por independizarse de la influencia de la Tierra.

Tres siglos después, la Tierra y el sistema solar en general parecen un lugar mucho mejor gracias a la evolución experimentada por el cibercosmos, una red de inteligencias artificiales que ha logrado gestionar los sistemas sociales y ecológicos deforma muy superior a la alcanzada nunca por la humanidad.

Pero el nuevo orden se muestra demasiado timorato y prudente. Podría llegar a ser perfecto, pero tanto en la Tierra como en la Luna grupos aislados de seres humanos intentan sobrevivir a un sistema que ya no parece dejar espacio para las personas de carne y hueso.

En realidad, como ya ocurría en COSECHA DE ESTRELLAS, el debate central reside en la necesidad humana de libertad y estabilidad, dos objetivos contrapuestos con sus correspondientes peligros: el caos y el estancamiento. Anderson sitúa a sus principales protagonistas en el bando de la libertad y ello le permite defender con pasión sus tesis ultraliberales, pero el debate ideológico de la novela se plantea con cierta honestidad. El oponente principal, Venator es también un personaje atractivo con sus razones: la defensa de la seguridad y el confort de un mundo que parece exigir la enorme inteligencia del cibercosmos para su simple mantenimiento.

El conjunto, como ya ocurría con COSECHA DE ESTRELLAS, constituye una rica mezcla de temas de gran actualidad: realidad virtual, inteligencia artificial y biotecnología unidos a la especulación sobre el futuro del ser humano entre las estrellas y sobre los problemas esenciales de eso tan indefinible que llamamos humanidad.

Y todo ello sin olvidar el «oficio» de escritor que un veterano como Anderson atesora y ha demostrado incontables veces. En el caso de la serie que ahora nos ocupa, un autor como Larry Niven ha dicho que se trata de obras «de extraordinaria fuerza por la intensidad con la que Anderson nos sumerge en el futuro». Uno de los muchos futuros posibles que, como ocurre en la mejor ciencia ficción, nos permite pensar sobre temas que interesan aunque no lleguen a convertirse en realidad.

Y para finalizar, el habitual comentario sobre la traducción. Esta vez, como ya hemos hecho en otros libros, hemos optado por un juego idiomático que conviene advertir. El inglés que se habla en el mundo de LAS ESTRELLAS SON DE FUEGO (como ya ocurría en COSECHA DE ESTRELLAS) incorpora gran cantidad de palabras de origen español (gracias, consorte, etc.). No son frases «extranjeras» (que admitirían la consabida nota «en castellano en el original»), sino vocablos de origen español que están plenamente incorporados a la lengua, como ocurre ya en el inglés actual con otras expresiones hispanas. Esta vez hemos decidido, para mantener ese tono de un cierto bilingüismo, invertir los términos: la narración en inglés ha sido traducida al castellano y los términos en español se han vertido al inglés. Es una especie de experimento con el que pretendemos transmitir al lector, con la máxima fidelidad posible, la sensación de inserción de una lengua en otra. A pesar de lo que tal vez les gustaría a algunos lingüistas, el hecho es tan real como la vida misma.

Pedro Jorge Romero, el traductor de esta novela, me recuerda que Pele (sin acento) es la diosa de los volcanes de Hawai y, evidentemente, añado yo, no tiene nada que ver con el famoso futbolista... Amén.

Y nada más por ahora. Disfruten con esta ciencia ficción de corte clásico con tecnología moderna y que trata, como no podía ser de otra manera, de temas eternos. No es poco.

MIQUEL BARCELÓ

Para Larry y Marilyn Niven

Librodot

Dramatis personae

(Se omiten algunos personajes menores)

Aiant: Un esposo de Lilisaire.

Annie: Antigua esposa de lan Kenmuir.

Anson Beynac: Hijo mayor de Dagny y Edmond Beynac.

Carla Beynac: Sexta hija de Dagny y Edmond Beynac.

Dagny Beynac: Ingeniera, más tarde administradora, finalmente líder político durante la primera época de Selene; su emulación.

Edmond Beynac: Geólogo, esposo de Dagny Beynac.

Francis Beynac: Cuarto hijo de Dagny y Edmond Beynac.

Gabrielle Beynac: Segunda hija de Dagny y Edmond Beynac.

Helen Beynac: Quinta hija de Dagny y Edmond Beynac.

Sigurd Beynac: Tercer hijo de Dagny y Edmond Beynac.

Bo: Guardaespaldas de Bruno.

Bornay: Hijo de Lilisaire y Caraine.

Brandir: Nombre selenita de Anson Beynac.

Bruno: Alcalde de Overburg en Bramland.

Caraine: Un esposo de Lilisaire.

Mary Carfax: Alias de un sofotecto al servicio de Lilisaire.

Delgado: Un agente de la Autoridad de Paz.

Diddybootn: Mote por el que Guthrie llamaba a Dagny.

Dagny Ebbesen: Nieta y protegida de Anson Guthrie; después de su matrimonio, Dagny Beynac.

Erann: Nieto de Brandir.

Etana: Un piloto espacial selenita.

Fyrnen: Bioingeniero selenita, hijo deJinann.

Eythil: Guardaespaldas de Lilisaire.

Ferdinand: Sacerdote y líder entre los secanos.

Fía: Nombre selenita de Helen Beynac.

James Fong: Agente de la Autoridad de Paz.

Miguel Fuentes: Ingeniero durante la primera época de Selene.

Lucrecia Gambetta: Segunda gobernadora general de Selene en nombre de la Federación Mundial.

Petras Gedminas: Ingeniero durante la primera época de Selene.

Anson Guthrie: Cofundador y jefe de Fireball Enterprises; su emulación.

Juliana Guthrie: Esposa de Anson Guthrie y cofundadora de Fireball Enterprises.

Zaid Hakim: Agente del Ministerio de Medio Ambiente de la Federación Mundial.

Einar Haugen: Cuarto gobernador de Selene en nombre de la Federación Mundial.

Stepan Huizinga: Líder de los terrestres que vivían en la Luna durante la primera época.

Ilitu: Geólogo selenita.

Inalante: Alcalde de Tychopolis, hijo de Kaino.

Isaac: Un metamorfo de tipo quimo en Los Ángeles.

Ivala: Una esposa de Brandir.

Eva Janniclei: Astronauta de Fireball Enterprises.

Daniel Janvier: Presidente de la Federación Mundial en el momento de la crisis selenita.

Jinann: Nombre selenita de Carla Beynac.

Charles Jomo: Mediador en África del Este.

Ka'eo: Uno de la Keiki Moana.

Kaino: Nombre selenita de Sigurd Beynac.

Ale Kame: Miembro del Lahui Kuikawa, enlace con la Keiki Moana y otros metamorfos.

Ian Kenmuir: Piloto espacial de la Ventura nacido en la Tierra.

Lilisaire: Magnate selenita de la era republicana.

Matthias: Maestro de la orden (Rydberg) de la Hermandad Fireball.

Lucas Mthernbu: Nombre de nacimiento de Venator.

Dolores Nightborn: Un alias de Lilisaire.

Niolente: Magnate selenita de la era selenárquica, líder del movimiento contra la incorporación de Selene en la Federación Mundial.

Manyane Nkuhlu: Astronauta de Fireball Enterprises.

Irene Norton: Alias empleado por Aleka Kame.

Antonio Oliveira: Astronauta de Fireball Enterprises.

Joe Packer: Ingeniero durante la primera época de Selene.

Sam Packer: Consorte de la Hermandad Fireball.

Rinndali: Magnate selenita de la era selenárquica, colíder del éxodo a Alfa Centauri.

Lars Rydberg: Astronauta de Firebal Enterprises, hijo de Dagny Ebbesen y William Thurshaw.

Ulla Rydberg: Esposa de Lars Rydberg.

Sandhu: Gurú de Prajnaloka.

Soraya: Metamorfo tipo titán en Los Ángeles.

Mohandas Sundaram: Coronel de la Autoridad de Paz en Selene.

Alice Tam: Versión anglo de «Aleka Kame».

Ternerir: Nombre selenita de Francis Beynac.

La Teramente: El ápice del cibercosmos.

William Thurshaw: Amor de juventud de Dagny Ebbesen.

Tuori: Una esposa de Brandir.

Tanso: Mote que Dagny le dio a Guthrie.

Valanndray: Ingeniero selenita de la Ventura.

Venator: Un sinnoionte y oficial de inteligencia del cuerpo de la Autoridad de Paz.

Verdea: Nombre selenita de Gabrielle Beynac.

Yuri Volkov: Antiguo amante de Aleka Kame.

Jaime Wahl y Medina: Tercer gobernador general de Selene en nombre de la Federación Mundial.

Leandro Wahly Urribe: Hijo de Jaime Wahl.

Rita Urribe de Wahl: Esposa de Jaime Wahl.

Pilar Wahly Urribe: Hija de Jaime Wahl.

Zhao Haifeng: Primer gobernador general de Selene en nombre de la Federación Mundial.

¿Qué viste, Proserpina, Cuando descendiste a la oscuridad?
¿Por qué no nos hablas de esa región hueca
Donde las sombras silenciosas y perplejas
Se deslizan ensoñadoras bajo un cielo sin estrellas
Y tú eras su reina cautiva,
Ahora que te recibimos de nuevo en la Tierra
Durante todo el tiempo que desees?
Los valles florecen bajo tus pies,
El mundo está bañado en luz,
Pero la hierba de la primavera hunde sus raíces hasta que llegan
A molestar a los huesos bajo tierra.
¿Es por eso que caminas muda entre nosotros?
¿Es éste el regalo de tu amor,
Salvarnos de saber lo que tú sabes,
Hasta que vuelvas a descender?
Salerianus Quaestiones, II, i, 1-16

Mucho después, llegó a Alfa Centauri la noticia de lo que había sucedido en la Tierra y en los alrededores de Sol. Cómo llegó esa noticia, rompiendo el silencio que la había cubierto, es otra historia. En aquel momento, pocos moradores de Deméter le prestaron atención, a pesar de lo inquietante que era. Estaban preparándose para abandonar el mundo que sus antepasados habían convertido en su hogar, porque en menos de cien años iba a perecer. Sin embargo, entre ellos había un filósofo.

Su joven hijo lo encontró perdido en sus pensamientos y le preguntó por qué. Como no podía mentir a un niño, le explicó que el mensaje recibido desde la Estrella Materna le inquietaba.

-Pero no temas -añadió-. No nos afectará en mucho tiempo, si llega a hacerlo.

-¿Qué es? -preguntó el chico.

-Lo siento, no puedo decírtelo -dijo el filósofo-. No porque siga siendo secreto, sino porque se remonta muy atrás en el tiempo. -Y porque, en el fondo, era muy sutil.

-¿No puedes contármelo de todas formas? -le exhortó el chico. Con un esfuerzo, el padre dejó a un lado su desasosiego. En realidad, a 4,3 años luz de distancia, no debían temer las repercusiones inmediatas de la noticia; o eso suponía. Sonrió.

-Primero debes saber algo de historia, y apenas has empezado a estudiarla.

-Todo eso se me hace un lío en la cabeza -se quejó el chico.

-Sí, es una pesada carga para una cabeza tan pequeña -admitió el filósofo Tomó una decisión. Su hijo quería estar con él. Además, si aprovechaba esa oportunidad para explicarle ciertos factores clave, el chico podría llegar a apreciar su importancia, y eso podría, algún día, ser crucial-. Bien, siéntate a mi lado, y hablaremos -le invitó-. Repasaremos el principio de eso que te preguntas. ¿Te gustaría?

»Podríamos empezar en cualquier momento y en cualquier lugar. Criaturas todavía no humanas dominando el fuego. Las primeras máquinas, los primeros científicos, los primeros exploradores, o las naves espaciales, las aplicaciones genéticas, cibernéticas o nanotecnológicas. Pero empezaremos con Anson Guthrie.

El chico abrió mucho los ojos.

-Recuerda siempre que sólo fue un hombre -dijo el filósofo-. Nunca lo imagines como otra cosa. Eso no le gustaría nada. Entiende, él ama la libertad, y la libertad significa no tener ningún otro amo más que tu propia conciencia y sentido común.

»Hizo más que la mayoría de nosotros. Recuerda que fue su Fireball Enterprises la que abrió el espacio a todo el mundo. A muchos gobiernos no les gustaba que una empresa privada fuese tan poderosa, casi como una nación en sí misma. Pero él no interfería mucho en los gobiernos; él no quería ese tipo de poder. Le era suficiente que sus seguidores le fuesen leales y él fuese leal con ellos.

»Eso podría haber cambiado después de su muerte. Por suerte, antes de morir se hizo emular. La estructura de su mente, recuerdos, estilo de pensamiento, se proyectaron sobre una red neuronal. Así que su personalidad continuó, en cuerpos mecánicos, como jefe de Fireball

-Eh, pero eso no es así -protestó el muchacho.

-Lo siento -se disculpó el padre-. A menudo no estoy seguro de qué parte de tu formación ya entiendes, a pesar de lo joven que eres. Tienes razón, la verdad es infinitamente más compleja. No pretendo conocerla toda. No creo que nadie conozca toda la verdad.

»Pero sigamos. Por supuesto, ya has aprendido cómo aparecieron los selenitas. Los genes humanos necesitaban cambiar si los seres humanos iban a vivir, vivir de verdad y tener hijos, en la Luna de la Tierra. De lo que quizá no sepas mucho es de los otros metamorfos, las

otras formas de vida que también cambiaron, muchos nuevos tipos de plantas y animales, incluso personas. Puede que no hayas oído nada de la Keiki Moana.

El muchacho frunció el ceño, intentado recordar.

-Ellos... ellos ayudaron en una ocasión a Anson Guthrie... ¿nadaron?

-Sí. Focas inteligentes -dijo el padre. El muchacho ya había tenido experiencia con grabaciones sensoriales de las especies comunes-. Vivían con unos cuantos humanos, como amigos o más que amigos. -El filósofo hizo una pausa-. Pero me estoy adelantando. Esa comunidad no se fundó hasta después del éxodo.

_ ¿Qué es eso?

-Oh, ¿no conoces la palabra? Sin duda es bastante arcaica. En este caso, «éxodo» se refiere a cuando Guthrie trajo a nuestros antepasados a Deméter.

El muchacho asintió entusiasmado.

-Y los antepasados de los selenitas que viven en nuestros asteroides. Todos tuvieron que irse.

-No es estrictamente cierto. Probablemente hubiesen podido quedarse. Pero no hubiesen sido felices, por la forma en que todo estaba cambiado y con Fireball a punto de desaparecer.

- ¿Por las máquinas?

-No; eso tampoco es del todo correcto. No olvides que la gente ha tenido máquinas de un tipo u otro durante muchos siglos. Hicieron máquinas mejores y mejores, hasta que al final empezaron a construir robots, que podían programarse para hacer cosas sin que nadie los controlase. Y luego construyeron sofotectos: máquinas que pueden pensar y saber que piensan, como tú y yo.

La voz del muchacho adquirió un tinte de miedo.

-Pero los sofotectos se mejoraron aún más a sí mismos, ¿no?

Su padre le pasó un brazo por los hombros.

-No tengas miedo. No tienen deseos de hacernos daño. Además, están en Sol, muy lejos. Sí, la Tierra ha llegado a depender del cibercosmos, todas esas maravillosas máquinas trabajando y... pensando... juntas. Eso hizo a la Tierra muy diferente de lo que tenemos aquí...

El filósofo se detuvo, consciente de la rapidez con que nacen temores en los niños y cómo crecen hasta convertirse en pesadillas. Ya de por sí había suavizado sus palabras. Él no sabía lo que el cibercosmos auguraba para la humanidad. Nadie lo sabía, quizá ni el cibercosmos mismo. Mejor que calmase al pequeño corazón que tenía a su lado, tanto como le fuese posible.

-Pero sigue siendo la Tierra, la Tierra de la que te han hablado -continuó-. Todos los países siguen perteneciendo a la Federación Mundial, y la Autoridad de Paz los mantiene en paz, y nadie tiene por que pasar hambre, o enfermar o tener miedo. -Se preguntó cuánto habría suavizado aquella frase, porque realmente hablaba de un mundo tan lejano que ninguna nave había transportado a nadie de allí desde que Guthrie empleó toda la fortuna de Fireball para trasladar a un puñado de colonos. Virtualmente, las comunicaciones habían cesado-. Y nosotros, a nuestro modo, somos también muy diferentes de lo que éramos antes en la Tierra -dijo para terminar.

La madre del muchacho entró en la habitación.

-Hora de dormir -le dijo-. Dale un beso de buenas noches a papá.

El filósofo se quedó allí, meditando. Un violento anochecer llenaba las ventanas de estilo antiguo, porque el segundo sol estaba en lo alto, en su remota órbita. Finalmente se levantó y fue hacia su mesa. Deseaba grabar cualquier idea que se le ocurriese mientras la noticia estaba fresca. Aún no eran ideas claras, pero esperaba que, con el tiempo, podría escribir algo útil, una carta al hombre en que se convertiría su hijo. Comenzó a hablar lentamente, con largas pausas.

-Pocos de nosotros llegaremos a comprender por completo lo que ha sucedido... quizá ninguno, por lo extraño que fue y es. Está claro que no podemos prever cuán lejos llegarán las consecuencias, y con cuánta fuerza; si alcanzarán los lejanos cometas o se volverían hacia el interior para inquietar a las estrellas. Un hombre y una mujer buscados en el tiempo, desconcertados, perseguidos, solos. Dos vidas que se encuentran a través de la muerte y los siglos. No tiene sentido preguntar por su significado. No existe el destino. Pero en ocasiones existe el valor.

1

Lilisaire, guardiana de Mare Orientale y la Cordillera, en Zamole Vysolei, llama al capitán Jan Kenrnuir, dondequiera que esté. Ven, te necesito.

Desde Selene, el mensaje cabalgó los haces de transmisión a través de los repetidores, recorriendo millones de kilómetros, hasta llegar al centro de comunicaciones en Ceres. Luego empezó la caza.

En las profundidades del espacio, las naves rara vez mantenían contacto ininterrumpido con las estaciones de control de tráfico. El ordenador del gran asteroide sólo sabía que la nave de Kenmuir había estado en activo entre las lunas de Júpiter durante los últimos diecisiete meses. Le envió una pregunta a su gemelo en Himalia, el décimo a partir del planeta. Lanzada desde otro repetidor, la respuesta tardó casi una hora en llegar. La nave había abandonado la zona joviana once ciclodías antes en dirección a cierto cuerpo menor.

Dado el plan de vuelo que Kenmuir había registrado, calcular la trayectoria de un rayo láser que pudiese interceptarlo era un trabajo de un microsegundo o menos. No exigía conciencia, simplemente potencia de cálculo. En la vasta red que era el cibercosmos, funciones robóticas como aquéllas se realizaban de forma aún más automática que la regulación controlada por el cerebro humano de la respiración y los latidos del corazón. Las mentes de las máquinas estaban en todas partes.

Pero aun así, el cibercosmos siempre era Uno.

-Un mensaje para el capitán -dijo la nave al recibirlo.

Kenmuir y Valanndray jugaban al doble caos. Los fractales se agitaban en el vitanque que tenían enfrente, creando incontables colores y formas. Guiados más por la intuición que la razón, los dedos apretaban teclas. Las formas cambiaban, fluían, se acercaban a un atractor determinado, se alejaban cuando el oponente lanzaba una nueva función. Atrapados en el juego, los jugadores respiraban de forma agitada y superficialmente el aire, que habían pedido que fuese un poco frío y con cierto aroma a pino. Ignoraban la grabación audiovisual del tamaño de toda la cabina que tenían a la espalda: una vista de los Andes, rocas y cielo y nieve bajo un viento ululante.

La nave habló.

-¿Detén el juego! -respondió Kenmuir. La lucha por una configuración estable se congeló.

Pasó un momento bajo la mirada de Valanndray antes de decidirse.

-Lo recibiré en la consola. No te ofendas. Podría ser un asunto privado. -Se dio cuenta con retraso de que la disculpa hubiese sonado mejor en selenita.

Se sintió aliviado al oír la respuesta en anglo del pasajero.

-Lo entiendo. El secreto es precioso en la escasez, ¿no?

Que el tono fuese algo sardónico, no tenía importancia. Los dos hombres se habían estado llevando razonablemente bien, pero era inevitable que aumentase la tensión en una misión larga, y en más de una ocasión habían estado cerca de una pelea. Después de todo, no pertenecían a la misma especie.

O quizá eso era lo que les salvaba, pensó Kenmuir por un momento, como ya lo había hecho muchas veces antes. Un par de machos terranos como él, durante semanas o meses sin ninguna otra compañía, o se hubiesen vuelto hermanos del alma o hubiesen estado a punto de

liarse a puñetazos. Un par de selenitas como Valanndray... bueno, las alteraciones realizadas en genes antiguos no habían producido una raza de santos. Pero ninguno de los dos en aquel equipo consideraba que su compañero se estuviera volviendo enervantemente predecible.

Kenmuir dudaba de que sus encuentros ocasionales con sofotectos los hubiese tranquilizado. Una inteligencia inorgánica -una máquina con conciencia, si se prefería considerarlo en esos términos- era demasiado ajena a ambos.

Apartó la idea y recorrió el pasillo.

La nave murmuraba a su alrededor: los sonidos de la ventilación, el reciclado químico, el automantenimiento de la estructura. No había ningún ruido o temblor de aceleración; la cubierta estaba tan firme bajo sus pies, a un sexto de la gravedad terrestre, como si estuviesen en la Luna. El pasillo parpadeaba con una abstracción cromática, la elección de Valanndray. Cuando le tocaba a Kenmuir el turno de decorar, normalmente elegía una escena de su mundo natal, contemporánea, histórica o fantástica.

Cuando el camino descendía, usaba la escalera fija en lugar del transportador. Lo que fuese con tal de mantenerse en forma. La cabina de mando estaba cerca del centro del casco esférico. Su interior representaba el espacio, una representación mejorada de la realidad. La radiación solar estaba suavizada para no deslumbrar. Las imágenes de las estrellas eran más brillantes para destacar bajo la iluminación de la nave. Sin titilar, llenaban la oscuridad, blancas, ámbar, rojo fuego, azul metálico y, entre ellas, e helado cinturón galáctico. Júpiter brillaba como una lámpara, el sol era un disco diminuto rodeado de lenguas de fuego. Kenmuir se sentó frente a la consola de control principal.

-Muestra el mensaje -ordenó.

La voz sonó demasiado alta en el silencio que le rodeaba. Durante un instante, la amargura volvió a despertar. ¡Cabina de mando! ¡Consola de control! Él le decía a la nave a dónde y cómo ir; ella hacía el resto. Y la suya era una mente muy limitada. Un sofotecto de orden superior no hubiese necesitado nada de él. No se le ocurría ninguna emergencia que ni siquiera aquella nave no pudiese resolver por sí sola, a menos que fuese algo que la destruyese por completo.

Su mirada recorrió las estrellas del hemisferio sur y se detuvo en Alfa Centauri. La nostalgia le inundó. Allí vivían los descendientes de aquellos que habían seguido a Anson Guthrie a un nuevo mundo, y un viaje tan formidable era poco probable que se repitiese alguna vez. Al menos desde donde él se hallaba. Quizá los descendientes de aquellos colonos encontrasen el camino a soles aún más lejanos. Tendrían que hacerlo, si querían sobrevivir a su planeta condenado. Pero el final todavía tardaría muchas generaciones en llegar, y mientras tanto, mientras tanto...

-Cálmate, viejo tonto -murmuró Kenmuir.

La autocompasión era despreciable. Tenía la oportunidad de viajar por el espacio, y los mundos que giraban alrededor de Sol deberían contener grandeza suficiente para cualquier hombre. Mejor era agradecérselo a Lilisaire.

La ironía le hizo esbozar una ligera sonrisa. La gratitud era irrelevante. Los selenitas tenían sus razones para tener a tantos seres humanos de ambas razas como fuese posible trabajando en sus operaciones espaciales. El terrano, tenía una función real, no tanto como transportador capaz de tolerar mayores aceleraciones que ellos, sino como consejero, mediador, compañero de los ingenieros que llevaba a sus trabajos. Un sofotecto con capacidades similares no lo haría necesariamente mejor, se dijo con furia; y si él dependía de los sistemas de soporte vital..., bueno, una máquina también tenía necesidades.

Las ideas habían pasado por su mente en una fracción de segundo. El mensaje le llamó la atención. Sus pocas palabras penetraron en él. Se quedó sentado estupefacto.

Lilisaire le quería de vuelta. Inmediatamente.

Había esperado alguna comunicación sobre el trabajo que les esperaba. Leerlo a solas había sido un impulso irracional, el súbito deseo de huir durante cinco o diez minutos. El tipo de sentimientos que empezaban a surgir durante un viaje de veinticuatro meses.

Pero Lilisaire quería que regresase inmediatamente.

-Tranquilo, muchacho, tranquilo -susurró. Olvídate del amor, la lujuria y todas las otras emociones ligadas a ella. Piensa. Ella no le llamaba por dulces razones personales. Suponía cuál podría ser la crisis, pero no de qué ayuda podría servir. El asunto debía de ser serio para que ella interrumpiese la empresa en la que él se encontraba inmerso. Por muy volubles que fuesen algunos de los magnates selenitas, todos se tomaban su Ventura muy en serio. Una alianza de empresarios era su única y última esperanza para mantener una presencia activa en el espacio profundo.

Sin darse cuenta, como un acompañamiento casi automático a sus pensamientos, proyectó una imagen de su lugar de destino. Estaban a unos seis millones de kilómetros. Al ritmo actual de frenado, la nave llegaría allí en un ciclodía más.

Aumentada y mejorada, la imagen del asteroide flotaba en el vitanque como un bloque más o menos oblongo, de un rojo sucio, repleto de cráteres delineados por las sombras de la cruda luz solar. Comparado con las lunas menores de Júpiter, donde Valanndray, con la asistencia de Kenmuir, había dirigido máquinas en la labor de desarrollo, el asteroide era un pigmeo.

Sin embargo, un prospector robótico había encontrado recursos que valía la pena extraer, nada de hielo ni productos orgánicos, sino minerales ferrosos y actínidos. Un grupo de trabajo esperaba indicaciones humanas; robots, por supuesto, nada de sofotectos: sin mente, ni conciencia, aunque versátiles y adaptables. Su experta vista identificó una zona de aterrizaje, un conjunto de refugios, destellos de pulida piel metálica.

Cerca se vislumbraba la forma esquelética del generador, lo suficientemente grande para que su campo electromagnético pudiese desviar las partículas de radiación no sólo lejos de una nave, sino lejos de toda la planta minera. Sin embargo, era pequeño, comparado con los que le habían permitido visitar Ganímedes y volver con vida.

Una visita, y breve. Allí los colonos eran sofotectos, porque sólo las máquinas podían funcionar en tales condiciones, y sólo máquinas que pensasen que fuesen conscientes, que pudiesen lidiar con las sorpresas a menudo terribles de aquel lugar. Por ley, los grandes satélites interiores de Júpiter pertenecían al Servicio Espacial de la Federación Mundial. En la práctica, pertenecían al cibercosmos.

Kenmuir dejó a un lado el recuerdo y se puso en pie. Le palpitaba el corazón. Volver a estar con Lilisaire, pronto, ¡pronto! Bueno, si sus sentimientos eran los de un muchacho, podían mantener su palabra como un hombre. Volvió a la sala recreativa.

Valanndray todavía estaba allí, jugueteando con variaciones de mecánica orbital. Se volvió para mirar al piloto. Su rostro, de huesos finos y palidez marfileña, se elevaba diez centímetros por encima del de Kenmuir. En ese viaje había dejado la extravagancia a un lado y había cubierto su agilidad con un mono de trabajo; pero era de perlux azul profundo y puntos de luz fosforescente parpadeaban en la tela. La nieve grabada volaba a su espalda, viento grabado, bajo la voz musical.

- ¿Bien, capitán?

Kenmuir se detuvo. Alto para un terrestre, hacía tiempo que había dejado de sentirse intimidado por la altura selenita.

-Una sorpresa. Me temo que no te gustará. -Recitó el mensaje. En su interior, era un canto.

Valanndray permaneció sin moverse.

-En verdad, un revés -dijo finalmente, con tono neutro-. ¿Qué te propones hacer?

-Dejarte con los suministros y el equipo, y dirigirme a Selene. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Entonces, un abandono.

-No, espera. Naturalmente, llamaremos y explicaremos la situación, si no lo saben ya en el cuartel general.

Los grandes ojos oblicuos se estrecharon.

-No. Los Federales lo captarían y se enterarían.

La irritación se hizo palpable. Kenmuir simplemente había querido ser diplomático. Sus meses juntos le habían dejado con la impresión de que su asociado era de alguna forma, bajo la arrogancia, fácil de herir. Valanndray podía sentirse herido al ver que el otro hombre estuviese tan dispuesto a abandonarle.

Daba igual, Kenmuir se había cansado de oír comentarios de fría hostilidad contra la Federación Mundial, y éste era ridículo. Vale, los selenitas no se habían alegrado cuando su mundo volvió a estar bajo el gobierno general de la humanidad. Muchos seguían resentidos, quizá la mayoría, hasta el presente. Pero -¡en el nombre de la razón!- ¿cuánto tiempo antes de nacer ellos había ocurrido ese cambio? Y su deseo de «independencia» era completamente erróneo. Lo que las naciones estados habían producido durante su existencia, con tanta seguridad como el agua contaminada producía enfermedades, había sido guerra.

-El mensaje llegó en abierto por necesidad, si debíamos leerlo -dijo Kenmuir-. No tenemos equipo criptográfico a bordo, ¿no? Bien, ahora está en la base de datos. ¿A quién le importa? Si alguien lo encuentra, ¿lo enviará a la Autoridad de Paz? No creo que la dama Lilisaire esté planeando una rebelión.

Al reconocer su propio sarcasmo, se apresuró a adoptar un aire de afabilidad.

-Sí, se lo notificaremos a la Ventura, aunque me atrevería a decir que ella ya lo habrá hecho. Deben enviar otra nave y otro compañero para ti. En una semana o dos, supongo.

Se alegró de no ver ninguna furia. En su lugar, Valanndray miró al astronauta como si estudiase a un extraño. Veía a un hombre vestido con ropas neutras, delgado hasta lo demacrado, con grandes manos huesudas, rostro enjuto y nariz sobresaliente, pelo pajizo corto, líneas alrededor de la boca y patas de gallo bordeando unos ojos grises. La mirada hizo sentirse incómodo a Kenmuir. Era muy decidido a la hora de tratar con la naturaleza, el espacio, las máquinas, pero cuando se trataba de asuntos humanos, se volvía tímido de pronto.

-Los lores de la Ventura no se sentirán muy felices -dijo Valanndray.

Kenmuir formó una sonrisa.

-Eso es evidente. Planes trastocados, costes extras.

Cuando el beneficio ya era de por sí escaso, pensó. Las compañías asociadas y los colonos no competían realmente con el Servicio Espacial y los sofotectos. No podían. Lo que los mantenía en marcha era, básicamente, el subsidio donado por las antiguas familias aristocráticas selenitas y por selenitas menores que negociaban con ellos por orgullo selenita. Y aun así las empresas morían, reduciéndose como el número de los mismos selenitas...

Intentó ser realista.

-Pero la dama Lilisaire es un poder entre ellos, quizá más de lo que tú o yo sabemos. -El pulso volvió a disparársele.

Valanndray extendió los dedos. Un terrano se hubiese encogido de hombros.

-Ella puede imponerse a ellos, sí. Vete, capitán.

-Yo... yo lo siento -dijo Kenmuir.

-No, no lo sientes -respondió Valanndray. Podrías protestar contra la orden. Pero no, te irás, y con mayor aceleración que una gravedad terrestre.

¿Por qué aquel disgusto tan sombrío? Ambos se habían amoldado a un compañerismo eficiente, lo que incluía soportar las peculiaridades del otro. Un recién llegado necesitaría tiempo para ajustarse. Pero el terrestre sentía que había algo más.

¿Celos, de que Lilisaire quisiese a Kenmuir y no a él, a pesar de que Kenmuir fuese un empleado alienígena y Valanndray de su misma especie, un miembro de su mismo filo? Qué bien conocía el piloto esa altiva vanidad selenita; qué bien había aprendido a bordearla.

¿O unos celos de otro tipo? Kenmuir no quiso pensar en ello. Sólo en una ocasión Valanndray había parecido dejar caer una indirecta erótica. Kenmuir pronto cambió de tema y el asunto no volvió a mencionarse. Posiblemente fuese un malentendido. ¿Quién de su especie había visto lo más profundo del corazón de un selenita? En cualquier caso, tenían una quivira para calmarse. Kenmuir no sabía qué pseudo-experiencias se inducía Valanndray a sí mismo en la caja de sueños, ni tampoco el terrestre hablaba de las suyas.

-Si te desagrada la idea, puedes volver conmigo -dijo-. Es tu derecho. -En la Luna, las obligaciones entre subordinados y jefes tenían su fuerza, pero era la fuerza de un río, forma y potencia cambiando incesantemente.

Valanndray negó con la cabeza. Largos rizos de platino cayeron a los lados de orejas que no tenían circunvoluciones como las de Kenmuir.

-No. He hundido mi mente en el asteroide durante semanas; hipertexto, simulaciones, todo el conocimiento disponible sobre él. Nadie puede reemplazarme con facilidad. De renunciar, la Federación seria mucho más rica, mucho más poderosa que mi pueblo.

Kenmuir recordó conversaciones que habían mantenido, y los intercambios con otros, en Selene, Marte, los pequeños mundos del Cinturón, las lunas de Júpiter y Saturno. Pocos eran, esos selenitas astronautas y colonos, comparados con los terrestres. Pequeña era su fortuna, comparada con la que las máquinas controlaban en nombre de los terrestres. Pero si se agrupaban llevados por la furia y empleaban todos los recursos a su disposición, se podría producir una catástrofe como ninguna otra en la historia.

No, un momento. Estaba fantaseando. No debía dar valor a las últimas palabras de Valanndray. No se estaba fraguando ninguna rebelión. La guerra era un horror del pasado, como la enfermedad.

-Es muy leal por tu parte -contestó Kenmuir.

-Mantengo mi especial visión del futuro -repuso Valanndray-. Cuando llegue el momento, quiero poder en el consejo. Aquí gano una parte de ese poder. -Tal admisión era totalmente selenita-. Lamento perder tu ayuda en la fase final del viaje; pero ve, capitán, ve.

-Uf, sea cual sea la razón por la que la dama me reclama, debe de ser buena. Por el bien de... de Selene...

Valanndray se rió. Kenmuir enrojeció. ¿El bien de Selene? Difícilmente un concepto selenita. Como mucho, el bien del filo. Aun así, aquello podría resultar beneficioso para toda la especie.

-Por mi parte -dijo Valanndray-, pensaré en esto. Podemos acabar el juego más tarde. Hasta el turno de noche, capitán. -Colocó la palma sobre el pecho izquierdo, un saludo de cortesía, y salió por la puerta.

Kenmuir se quedó un rato, solo. ¡Lilisaire, Lilisaire!

Pero ¿por qué quería a su lado a alguien de tan poca importancia como él?

¿Por el Hábitat? Remoto y preocupado como había estado, sólo había oído menciones pasajeras de ese proyecto. Parecía que el gobierno de la Federación estaba decidido a llevarlo a cabo. Eso -un triunfo de ingeniería que haría posible la emigración en masa desde la Tierra- despertaría la furia de Selene, pero ¿qué podía hacer él?

¿Qué haría? No era ni un rebelde ni un ideólogo, tan sólo un hombre simple y pacífico que trabajaba en la Ventura de Selene por que disponía de algunas literas para terranos que preferían estar entre las estrellas en lugar de en cualquier otro sitio.

Mandaría un rayo a Ceres y pediría una actualización de las noticias del Sistema Solar, especialmente con referencia al Hábitat.

No. Lo recorrió un escalofrío. Esa petición, justo después de lo que había pasado, podría llamar la atención. O quizá no. Pero si el cibercosmos, examinando incansablemente sus bases de datos en busca de correlaciones importantes, descubría esa...

¿Qué? Él no tenía intención de hacer nada ilegal.

Aun así, sería mejor no pedir la actualización. Esperaría a llegar a Luna, quizá hasta que él y Lilisaire estuviesen solos.

Kenmuir se dio cuenta de que iba directo hacia su camarote.

Llegar a él fue casi como regresar al hogar. Aquel espacio era suyo, era él. La mayoría de las diversiones las buscaba en otras partes: balonmano en el gimnasio, escultura en el taller, lo que fuese. Aquí venía a ser él mismo. De la base de datos de la nave podía sacar cualquier libro, música o arte visual que desease. Pensaba y repasaba sus recuerdos, sin interrupciones, a solas por si quizá murmuraba un nombre o golpeaba con el puño la mano abierta. Colgados de los mamparos, había algunos cuadros planos. Mostraban los grandes momentos de su infancia: el Gran Cañón fotografiado por él mismo; sus padres, ya muertos desde hacía años; Dagny Beynac, fallecida siglos atrás...

Sacó una botella de un armario y se sirvió un brandy corto. No era dado a beber a solas, o a dejarse llevar por alegrías o pensamientos inducidos por tóxicos. Racionaba con severidad tanto su tiempo en la quivira como las aventuras que allí soñaba. Lo había aprendido por las malas. Ahora, pensó, quería relajarse.

Se sentó en la silla, se echó hacia atrás y puso los pies sobre la mesa. La posición era más relajante bajo la gravedad terrestre total. Sí, en dirección a Selene, seguro que iría a esa aceleración o a una aún mayor. Las palabras de Lilisaire dejaban claro que tenía libertad para despilfarrar energía. Así que no tendría que centrifugarse para mantener el tono muscular. Por supuesto, seguiría con las artes marciales y los ejercicios relacionados. Y en el resto de las horas, podía leer, ver algunos de sus programas clásicos favoritos, y... y, en ese mismo instante, pedir el Segundo Concierto de Brandenburgo de Bach. Sus gustos tiraban hacia lo antiguo.

Mientras manaban las notas y el licor pasaba de la lengua al torrente sanguíneo, sus ojos buscaron el retrato de Dagny Beynac y allí se quedaron. Su figura siempre le había parecido heroica. No estaba seguro del porqué. Oh, sabía lo que ella había hecho; había leído tres biografías y había encontrado recuerdos por todos los puntos de Selene, pero otros también habían sido grandes. ¿Era su asociación con Anson Guthrie? ¿O era, en parte, que se pareciese un poco a su madre?

Por milésima vez, pensó en ella. El retrato había sido hecho cuando ella se encontraba al principio de la mediana edad. Se la veía alta para una mujer terrestre, un metro ochenta, frente a un invernadero en el que las flores crecían de forma extravagante bajo la gravedad lunar. Un sari y un chal cubrían una figura robusta, erguida, de grandes pechos. Sabía, por las grabaciones, que andaba con largos pasos. Sus rasgos eran un poco demasiado fuertes para una belleza convencional: ancha a la altura de los pómulos, con nariz ligeramente curva, boca amplia y barbilla redondeada. Ojos anchos de color azul marino fijos bajo un cabello espeso y rojo, con tonos de bronce y oro, flequillo sobre la frente y rizos hasta la mandíbula. Después de media vida de sol, intemperie y radiación, seguía teniendo una piel clara. Había oído su voz. Era baja, algo gutural... «tenor de whisky» lo llamaba ella.

Si su espíritu, como el de Guthrie, hubiese permanecido en el mundo hasta este día, ¿qué no hubiesen logrado entre los dos? Pero ella había ordenado su fin. Y ella era sabia. En su sabiduría lo hizo.

Era difícil creer que una vez ella también había sido joven, que hubiese estado confusa e indefensa. Kenmuir notó que su imaginación viajaba al pasado, como si pudiese verla entonces. Era un refugio contra el presente y el futuro. A pesar de los hechos y la lógica, sintió que se le avecinaban más problemas de los que nadie podría esperar.

2
La madre de la Luna

Siempre era una especie de acontecimiento, del que se informaba en la prensa local, cuando Anson y Juliana Guthrie visitaban Aherdeen, Washington. Los multimillonarios hechos a sí mismos no eran cosa de todos los días, especialmente en un pequeño puerto, aún más especialmente después de que el negocio maderero, que había sido el sostén de la cercana Hoquiam, hubiese desaparecido. No es que la pareja presumiese de su situación. Al contrario, se alojaban en un lugar normal y durante su estancia, generalmente breve porque el negocio los reclamaba, evitaban en lo posible las apariciones públicas. Los dignatarios y celebridades que buscaban su compañía eran desalentados de forma más o menos amable. En su lugar, los Guthrie se reunían con los Stambaugh y, más tarde, con los Ebbesen. Eso también causaba asombro. ¿Qué podrían tener ellos en común con gente que trabajaba duramente para vivir con humildad?

-Nos caemos bien, disfrutamos de la compañía, eso es todo -le dijo Guthrie en una ocasión a un periodista-. Mi mujer y yo tampoco nacimos ricos, ya sabe. Nuestro pasado no es tan diferente del de esa gente. Nos conocemos desde hace años, y los viejos amigos son los mejores, como los viejos zapatos, ¿eh?

Esos amigos decían básicamente lo mismo a los que preguntaban. La comunidad aprendió a aceptar la situación. Y al cambiar el clima político, la envidia que sentían se redujo.

La relación llegó a parecer aún más extraordinaria cuando los Guthrie apostaron todo lo que tenían por el lanzador láser Bowen y fundaron Fireball Enterprises. Su fracaso hubiese sido casi tan espectacular como fue su triunfo, aunque menos significativo. Pero después de siete años, su compañía dominaba las actividades espaciales cercanas a la Tierra y preparaba naves para cosechar la riqueza del Sistema Solar. Pero volvían a Aberdeen de vez en cuando y eran invitados a las mismas modestas casas.

Al final, incluso invitaron a la joven Dagny Ebbesen a ir con ellos de vacaciones por la costa. Siglos después, Tan Kenmuir podía hacer cábalas más perspicaces que sus vecinos de entonces sobre cuál era la verdadera razón y qué sucedía realmente.

Al principio, la muchacha sacaba fuerzas y consuelo sobre todo de la mujer. Pero al final, Juliana se llevó a su marido a un lado y le miró:

-Necesita hablar en privado contigo. Llévala a dar un paseo. Uno largo.

-Anson levantó sus pobladas cejas-. ¿Qué te hace pensar tal cosa?

-No lo pienso, lo siento -contestó Juliana-. Yo le caigo bien; a ti, te adora.

Él pensó en su propia hija -estaba en Quito, felizmente casada, pero recordaba ciertas confidencias desesperadas- y después de un momento asintió.

-Vale, no sé como tomármelo, pero vale.

-Eh -le dijo a Dagny-, pareces tan blanca como el Monte Rainier. Vamos a meterte algo de aire salado y algunos kilómetros.

Y la muchacha se encendió.

El lugar era antiguo, casitas de campo con paredes de piedra entre árboles. Al otro lado de la carretera que pasaba a su lado, el bosque perenne aparecía tenebroso bajo un cielo

gris plateado y murmuraba al viento. Una escalera permitía bajar por el acantilado hasta una playa que se perdía en el horizonte a izquierda y derecha. Bajo las alturas y por encima de la clara arena, había maderos caídos, enormes troncos blancos, fragmentos más pequeños de árboles y otros desechos, todos traídos por la marea. La espuma rompía blanca. Más allá, las olas se elevaban con tonos de hierro. Al chocar contra un arrecife, saltaban como fuentes. Algunas gaviotas se elevaban con el viento, que soplaba triste, trayendo olores de mar y espuma. En aquel otoño y con los malos tiempos que corrían, el grupo de Guthrie tenía el lugar para ellos solos.

La chica y él giraron hacia el norte. Durante un rato caminaron en silencio. Formaban una extraña pareja, y no sólo por la edad. Él era grande y ancho, con el rostro gastado, lleno de arrugas bajo el escaso pelo rojo. El cabello de ella, descubierto, se agitaba en mechas, lo único brillante a la vista. Todavía caminaba a pasos cortos y ligeros; su condición, sólo traicionada por poco más que unos pechos ligeramente hinchados. Cada vez que atravesaban un grupo de algas, ella hacía estallar algunas cámaras de aire con el tacón. Cuando vio una concha circular intacta, la recogió con un gritito de placer. Después de todo, sólo tenía dieciséis años.

-Toma. -Se la puso a Guthrie en la mano-. Para ti, Tanso.

-¿No la quieres como recuerdo? -le preguntó él, mientras la aceptaba.

Ella se puso roja. Bajó la mirada. Él apenas oyó.

-Por favor. Tú y... y Tía... algo para recordarme.

-Bien, gracias, Diddyboom. -Dio a la mano de la chica un rápido apretón, la soltó y se metió el disco en un bolsillo de la chaqueta-. Muchas gracias. Y no es que vayamos a olvidarte.

Los motes volaron en el viento, como si el viento fuese el tiempo, nombres de cuando ella daba sus primeros pasos riéndose y no había conseguido decir «Tío Anson». Caminaron un poco más por la franja húmeda en la que el mar había apretado, suavizado y oscurecido la arena. El agua silbaba al romper y llegaba cerca de sus pies.

- ¡Por favor, no me des las gracias! -gritó ella de pronto.

Él le dedicó una mirada azul pálido.

- ¿Por qué no?

Las lágrimas relucieron.

-Has hecho tanto por mí, y yo, yo nunca he hecho nada por ti. ¿Ni siquiera puedo darte una concha?

-Claro que puedes, cariño, y le daremos un buen hogar -contestó-. Si crees que nos debes algo a Juliana y a mí, pasa la deuda; ayuda algún día a alguien que lo necesite. -Hizo una pausa-. Pero no nos debes nada, de verdad. Hemos disfrutado mucho de nuestro cargo honorario. De hecho, para nosotros, en todos los aspectos prácticos, eres parte de la familia.

-¿Por qué? -dijo ella medio desafiante, medio suplicante-. ¿Qué razón podrías tener para algo así?

-Bien -respondió él con cuidado-. Ya sabes que soy un viejo conocido de tus padres. A tu madre, desde que era una niña, y cuando tu padre iba a casarse con ella, me alegré de la buena pieza que tu madre había cazado. Juliana estuvo de acuerdo. -Se aventuró a sonreír-. Esperaba que ella lo llamase su pibe de siempre, hasta que me recordó que los australianos ya no hablan así a menos que estén intentando embaucar a un turista.

-Pero nosotros, nosotros no somos nadie.

-Tonterías. Tu gente no acepta limosnas, ni las necesita. Si ayudé un poco, fue un asunto de negocios.

Ella ya sabía que no era así. El padre de Helen Stambaugh había sido dueño de un barco pesquero hasta que la pequeña industria desapareció. Guthrie puso el capital, como socio en la sombra, para que volviese a empezar con un barco de recreo, que pasaba por el estrecho de Juan de Fuca y hacía un recorrido por las islas. Durante un tiempo prosperó de forma modesta. Sigurd Ebbesen, un inmigrante noruego, se convirtió en su oficial, luego en yerno y, finalmente, con más ayuda financiera por parte de Guthrie, en socio al frente de un segundo barco. Pero la empresa se hundió cuando lo hizo la economía de Norteamérica. El viejo pudo conseguir un austero retiro. Sigurd sólo sobrevivió porque Guthrie convenció a varios de sus socios y empleados de que aquélla era una forma agradable de pasar el tiempo de ocio. Sin embargo, Dagny, la mayor de dos hijos, debía hacer de cocinera durante las vacaciones. Ascendió a grumete, luego a ayudante de maquinista, sin paga; sus ojos se volvían hacia las estrellas todas las noches despejadas.

-No -protestó ella-. Realmente no eran negocios. Tú, sim... simplemente eras bueno.

Su tartamudeo pasó. Tragó aire, se llevó los puños a los ojos y caminó más deprisa.

Guthrie la siguió a su paso. Le permitió cien metros de silencio, exceptuando el viento, la espuma y los sonidos del mar, antes de ponerle una mano sobre el hombro y hablarle.

-Los amigos son los amigos -dijo-. No mido el valor de nadie por su cuenta corriente. Ya que estamos, yo mismo he sido pobre, varias veces.

Ella se detuvo.

- ¡Lo siento! No pretendía...

-Claro. -Una sonrisa le arrugó el rostro-. Te conozco lo suficientemente bien. -Suspiró--. Me gustaría conocerte mejor. Si hubiese podido ver a tus padres algo más que de vez en cuando...

Ella reunió la calma suficiente, aunque tenía los puños apretados a los lados, para mirarle a los ojos.

- ¿Entonces quizá hubieses podido evitar que me metiese en este lío? ¿Es eso lo que piensas, Tanso? Probablemente tienes razón.

Él volvió a sonreír, de lado.

-No te metiste en él tú sola, niña. Contaste con ayuda entusiasta.

A ella el color le aparecía y desaparecía de las mejillas.

-No le odies. Por favor, no. Él nunca hubiese…, si yo no...

Guthrie asintió.

-Sí. Lo entiendo. Además, cuando me enteré, investigué un poco la situación. Amor, lujuria y bastante rebeldía, ¿no? Por lo que dicen, Bill Thurshaw es un buen chico. Inteligente, también. Supongo que contrataré a alguien para prestarle atención, y si parece prometedor... Pero eso para más tarde. Ahora mismo, sois demasiado jóvenes, los dos, para casaros. Sería un imán para todo tipo de desgracias, hasta que os separéis; y tu hijo sería el que más sufriría.

-Entonces ¿qué debo hacer? -preguntó ella, cada vez más segura.

-Eso es lo que hemos venido a decidir -le recordó él.

-Papá y madre...

-Están a la deriva con el timón roto, los pobres. Sí, te apoyarán en lo que decidas, sin que importe lo que digan los vecinos cotillas y lo que haga el gobierno chapucero, pero ¿cuál

es el plan menos malo? También tienes que pensar en tu hermano. La escuela por sí sola ya podría ser una prueba de resistencia, teniendo en cuenta la piedad mojigata que se ha instalado en este país.

Ella se quedó irrelevantemente sorprendida, por un momento.

- A la Renovación no le importa Dios -exclamó.

-Debía haber dicho beatería -gruñó él-. Puritanos. Masoquistas decidiendo que el resto debemos ser como ellos. Oh, claro, hoy en día las palabras son «medio ambiente» y «justicia social», pero es la misma terrible basura a la que Churchill llamó la igualdad de la miseria. Y Bismarck, ya antes, dijo que Dios cuidaba de los tontos, de los borrachos y de Estados Unidos de América; pero cuando la Unión Norteamericana eligió la candidatura de la Renovación, sospecho que la paciencia de Dios se había acabado.

La necesidad compartida produjo un acuerdo silencioso mientras caminaban. La arena se aplastaba ligeramente bajo sus zapatos; la marea subía borrando sus huellas.

-No importa -dijo Guthrie-.. A mi boca le gusta irse por las ramas. Vamos a ver si podemos quedarnos cerca del meollo. Estás embarazada. Eso ya es malo de por sí, en el clima nacional de hoy en día, pero tampoco quieres hacer lo responsable desde el punto de vista ecológico y pedir que acaben con ello.

-Una vida -susurró ella-. No lo pidió. Y confía en mí. ¿Es una locura?

-No. «Acabar» significa que envenenarán esa vida para que salga de ti. Y si esperas, significa que aplastarán el cráneo y cortarán los miembros que molesten para sacártelo. Sí. Hay ocasiones en que puede parecer necesario, y ya hay demasiada gente. Pero cuando al otro lado del planeta millones de personas mueren de hambre, enfermedades y actos gubernamentales, creo que podemos permitirnos algunas vidas nuevas.

-Pero yo... -Ella levantó las manos y se miró las palmas vacías-. ¿Qué puedo hacer? -Cerró los dedos-. Lo que tú digas, Tanso.

-Tienes orgullo, sí -observó él-. Tengo la corazonada de que todo este asunto, incluyendo tu esperanza de que puedas salvar al bebé, es en parte tu forma de buscar aire fresco en medio de toda esta coba asfixiante que te rodea. Bien, hemos repasado el asunto una y otra vez durante los últimos días. Juliana y yo nunca hemos querido presionarte, de una forma u otra. Sólo queremos ayudar. Pero primero teníamos que ayudarte a avanzar hasta que supimos lo que querías hacer, ¿no?

-Siempre he podido hablar contigo... mejor que con cualquiera.

-Mm, quizá porque no nos has visto mucho.

-No, eres tú. -Y añadió-: Y Tía. Vale. ¿Qué debo hacer?

-Ten el bebé. Eso está bastante decidido. Juliana cree que si no lo haces, siempre te atormentará. No es que fuese a arruinar tu vida, pero nunca serías del todo feliz. Además de la muerte, sabrías que te rendiste, lo que no forma parte de tu naturaleza. Confía en la visión de Juliana. Si no la hubiese tenido para guiar mis relaciones con la gente, hoy estaría completamente arruinado y peinando la playa.

-Tú también me comprendes. Me has hecho ver.

-Nada. Me limité a señalar que en vista de cómo se reproducen los idiotas y los colectivistas, el ADN de gente como tú y Bill no debería tirarse por el retrete. -Su tono, deliberadamente seco, se hizo más amable-. Eso no era base para una decisión. Tú eras lo que contaba, Dagny, y Juliana fue la que te calmó. Vale. Ahora me toca a mí. Hemos dejado claro el qué y el porqué, tenemos que dejar claro el cómo.

Ella perdió el paso. Se recuperó, tragó y miró a la distancia frente a ella.

-Crees que no debería quedarme con el niño, ¿verdad? -dijo con calma.

-No. No estás lista para atarte. Supongo que nunca lo estarás, a menos que sea en el sitio justo, un lugar en el que puedas usar tus talentos. Te dolerá tener que dar al niño en cuanto nazca, pero eso pasará. Por supuesto, buscaremos los mejores padres adoptivos; y tengo el dinero para llevar a cabo una buena búsqueda. No en este país, bajo este maldito régimen, sino en el extranjero, quizá Europa. No te preocupes, ya encontraré la forma de saltarme cualquier ley. Sabrás que hiciste lo correcto, y podrás dejar atrás todo este asunto.

Una vez más, brevemente, ella le tomó de la mano.

-Nunca podré... no del todo.., pero... gracias.

-Mientras tanto y después, ¿qué hay de ti? -siguió diciendo a su modo metódico-. Podría hacer lo que debí haber hecho antes y sacarte de aquí de forma permanente.

Ella se puso rígida. La voz era muy baja.

-No. Te lo dije la primera vez que lo propusiste. Papá me necesita.

-Y es demasiado orgulloso para dejar que le contrate la ayuda que tú le das gratis. Lo sé. Por eso es por lo que no insistí demasiado en la idea de ponerte en una escuela en la que enseñen hechos y cómo pensar, en lugar de la doctrina de la Renovación. Pero las cartas están sobre la mesa, cariño. Si te quedas en casa y tienes el bebé, dudo de que la comunidad sea habitable para tu familia. Y la historia estará por siempre en tu fichero, disponible con sólo pulsar una tecla para cualquier fisgón. Pero si te vas, de forma más o menos inmediata, el pequeño escándalo no llegará a más. Sólo serás una oveja negra que abandonó el rebaño, y pronto te olvidarán. Y en lo que respecta al negocio de tu padre, tu hermano tiene ya casi catorce años. Es muy capaz de ocupar tu puesto, y estar deseando hacerlo si le he juzgado bien.

-Yo... supongo que sí.

Anduvieron en silencio durante medio kilómetro, solos entre el mar y la madera de playa.

_ ¿Qué? -soltó ella de pronto.

Él lanzó una risita.

-¿No es evidente?

Ella volvió la cabeza para mirarle. La esperanza subía como la marea.

Guthrie se encogió de hombros.

-Bien, no iba a decírtelo directamente sin que hubieses tomado una decisión. Pero sabes que Fireball se ocupa más y más de la educación de los hijos de su gente, y estamos montando una academia para entrenamiento profesional. Por mi parte, siempre he sabido que te gusta el espacio. Para empezar, ¿te gustaría venir a Quito con nosotros y ver cómo va la cosa?

Ella se detuvo.

-Ecuador. -Se quedó boquiabierta... para ella era Camelot, Cíbola, Xanadú, el país fabuloso que Fireball había convertido en su hogar porque su gobierno todavía simpatizaba con las empresas, la puerta del universo.

Ella se arrojó en los brazos de él y lloró sobre su hombro. Él le acarició el pelo rojo y la espalda temblorosa, e hizo ruiditos de oso.

Finalmente, pudieron sentarse al abrigo de un tronco, uno al lado del otro. El viento silbaba a su lado, empujando un racimo de nubes bajo el cielo encapotado, pero las aguas susurraban calla-calla. El frío les hacía temblar un poco, ahora que se habían parado.

- ¿Por qué eres tan bueno con nosotros, Tanso? -dijo ella con calma agotada-. Claro, te gustan papá y mamá, como te gustan los padres de mamá, pero nos has hablado de amigos por todo el mundo. ¿Qué hemos hecho para merecer tanta amabilidad?

-Suponía que tendría que decírtelo -dijo lentamente-. Tiene que ser un secreto. Prométeme que nunca se lo dirás a nadie sin mi permiso, ni a tus padres, ni a BilI cuando le digas adiós, lo que no va a ser fácil aunque lo vuestro haya acabado, ni a nadie, nunca.

-Lo prometo, por el doctor Dolittle -contestó ella, tan seria como la niña que había aprendido el juramento de él.

Anson asintió.

-Vale. Sé que tu madre te comentó que no había nacido en el seno de los Stambaugh, que fue adoptada. Lo que nunca ha sabido es que yo soy su padre.

Los ojos de Dagny se abrieron, abrió los labios, pero permaneció en silencio.

-Así que puedo comprender tu problema -siguió diciendo Guthrie-. Por supuesto, las cosas eran diferentes para mí. Sucedió cuando Carla y yo íbamos al instituto en Pon Angeles. Carla Rezek... No importa. Fue algo salvaje, hermoso y sin esperanza.

-Y te hizo daño, ¿no? -murmuró Dagny.

El perdió momentáneamente la sonrisa.

-Sobre todo me alegro por cienos recuerdos. Carla se acabó casando y se mudó; le perdí el rastro y ella no ha intentado comunicarse conmigo, siendo una buena persona como es. Sus padres eran menos tolerantes que los tuyos; la apartaron por completo y absolutamente de mí, pero por razones religiosas no aprobaban el abono. Cuando nació el bebé, lo dieron en adopción. Ni a Carla ni a mí nos dijeron a quién. En aquella época, ese tipo de incidentes eran muy comunes, nada importante. Además, yo fui pronto a la universidad, y al extranjero.

-Hasta que finalmente...

-Sí. Volví, no para quedarme sino para visitar los viejos lugares, adinerado y... con preguntas.

La chica se sonrojó.

-¿Tía?

-Oh, Juliana lo sabía, y de hecho me animó a intentar descubrir la verdad. Podría tener responsabilidades, me dijo. Un detective siguió algunas pistas muy fáciles y localizó a los Stambaugh en Aberdeen. No fue difícil llegar a conocerles. Nunca pretendí inmiscuirme, entiende, sino ser un amigo, así que no dije nada y te pido que hagas lo mismo. Entre otras cosas, para ti el secreto será una carga, porque no podré demostrar favoritismos hacia ti si eliges una carrera en Fireball. El espacio no perdona. Sin embargo, hoy..., bien, era obvio que debías saberlo. Aunque sólo fuese para que recompusieses tu corazón.

Dagny parpadeó.

-Tanso...

Guthrie volvió a años pasados.

-Helen crecía convertida en una damita encantadora. Poco después, se casó. Parece que somos impetuosos en ese sentido. Tú... yo, con cincuenta años, ¡tú estás a punto de convenirme en bisabuelo!

-Y... y tú me convertirás en...

-Nada, cariño. Sólo te ofrezco la oportunidad para que te con viertas en lo que desees y puedas.

Siguieron hablando, hasta que el frío les obligó a volver a caminar. El sol se ponía. No era más que un punto brillante tras las nubes, pero algunos rayos las traspasaban para encender las aguas.

3

Él, que en ocasiones se refería a sí mismo como Venator, también era conocido, por aquellos que tenían necesidad de saberlo, como un oficial del servicio secreto de la Autoridad de Paz de la Federación Mundial. En verdad -porque las verdades definitivas sobre un ser humano se hallan en su espíritu- era un cazador.

En el último turno matutino de cierto día, en la Luna, acabó sus asuntos con un tal Aiant y abandonó la residencia selenita. Después del crepúsculo, el canto de los pájaros, las flores blancas y los altos techos de la sala en la que habían hablado, el pasillo exterior le cegaba. Pero también era un lugar de curvas sutiles, por las que los colores fluían y se entremezclaban: ocre, malva, rosa, ámbar, gris. A intervalos había macetas en las que los áloes, bajo aquella gravedad, elevaban sus tallos en grupos erizados por encima de su cabeza, para florecer, como fuegos artificiales, seis metros más arriba. La brisa traía un olor a hierba recién cortada, con un matiz de algo más intenso, puramente químico. Apenas podía oír la música, que sonaba en una escala desconocida en la Tierra, pero su sangre respondió a un tamborileo subsónico.

Pocos iban a pie. Como aquélla era una área rica, algunos llevaban túnicas suntuosas y medias o amplias togas, mientras que el resto eran criados de una u otra casa, con libreas no mucho menos finas. Uno de ellos llevaba de una correa a un gato siamés... metamórfico, los genes alterados durante generaciones para que tuviese el tamaño de un tigre. Todos se movían con la misma gracia y el mismo distanciamiento que el animal. Una pareja que hablaba en su melodiosa lengua lo hacía casi en silencio.

Sin duda estaban algo sorprendidos por el cazador. Los terranos rara vez iban allí, y era evidente que él no era uno de los que vivía en su mundo sino en la Tierra. Bajo la antigua Selenarquía, a los de su tipo se les había prohibido entrar en aquel vecindario excepto con un permiso especial. Sin embargo, nadie dijo o hizo nada, aunque los gran des ojos se entrecerraban un poco.

Podría haberles devuelto las miradas, y no siempre hacia arriba. Bastantes selenitas no eran mucho más altos que un terrano de gran altura, como era él. Se contuvo. Un cazador no llamaba la atención in necesariamente durante la caza. Que mirasen, que se encogiesen de hombros por dentro y que le olvidasen.

Lo que veían era un hombre ágil y esbelto, de treinta y tantos años, con una piel marrón claro, profundos ojos marrones y el pelo negro cubriendo como una tupida gorra una cabeza larga y alta. Los rasgos eran marcados, la nariz ancha y arqueada, los labios más delgados de lo normal en su etnotipo. Vestía un sencillo mono gris y botas ligeras, y en la cadera llevaba un estuche que podría contener un ordenador de mano, un teléfono de largo alcance o incluso un equipo médico, pero que en realidad contenía algo mucho más potente. Caminaba sin prisa, con eficacia, experto en baja gravedad.

Sus pies pronto le llevaron del distrito de viejos y palaciegos apartamentos, a través de otro más humilde poblado principalmente por su especie, hasta el núcleo comercial de la ciudad. Galerías comerciales de tres pisos sostenidas por pilares como plumas rodeaban la Perspectiva Tsiolkovsky, el suelo era de duramusgo, las imágenes navegaban por el muy alto techo. Allí había más gente. La mayoría de los selenitas llevaban ropas normales, aunque el estilo -grandes cuellos altos, capas cerradas, faldas, soles pectorales, insignias de filo o familia, colores, iridiscencias, relucientes reflejos y detalles todavía más caprichosos- hubiese sido florido sí no fuese tan natural en ellos como la brillantez en una serpiente coral. Tres

hombres venían juntos; su paso y postura, las faldas escocesas negras, las pecheras llenas de filigranas y, en comparación, sus modales más bruscos y voces elevadas indicaban que venían de Marte. Los asteritas eran escasos y más difíciles de identificar.

Los terranos eran quizás uno de cada tres. Algunos se declaraban ciudadanos lunares por medio de alguna versión de la vestimenta selenita, normalmente la librea de una casa señorial. Otros se atenían a la moda terrestre, pero se podía ver por su porte y por sutiles detalles que eran también ciudadanos, o al menos residentes desde hacía mucho tiempo. Entre ellos, cada tipo usaba su lengua ancestral, a menos que el selenita fuese lo único que tuviesen en común.

Sobre un tercio de los terranos habían llegado de la Tierra en di versas misiones. Los turistas resaltaban, tanto por su escasez como por su torpeza y su forma de observarlo todo atentamente. ¿Por qué molestarse en venir por placer cuando la experiencia se podía tener con menos gasto y más facilidad en una quivira? Tu cerebro registraría y recordaría las mismas sensaciones.

Aquellas personas estaban demasiado dispersas para ser una multitud.

La mitad de las tiendas, restaurantes, bares, baños públicos, sala de diversión y empresas culturales de las galerías estaban cerradas y vacías. El ruido de fondo era un susurro a través del cual podía llegar con fuerza una ráfaga de música de sorprendente vibración o un hálito de perfume para estimular la nariz. Al acercarse el cazador, una conversación resonó con claridad.

-...cansado de ser de segunda clase, toda una vida siendo de segunda clase. Hasta aquí puedo ir, hasta esto puedo lograr, y de pronto choco contra la barrera invisible y todo sucede de tal forma que ya no puedo avanzar más.

La lengua, neoalemán, estaba entre las que la red había implantado en el cazador. Redujo la marcha. Aunque la queja era familiar, quizá podría descubrir algo útil.

Había dos personas sentadas ante una mesa al nivel de la calle, fuera de un café por lo demás vacío, atendido por un robot. El que hablaba era claramente un morador terrestre de la Luna, aunque llevaba una toga Renacimiento Han como una especie de desafío desesperado. Estaba tan musculado como si viviese en la Tierra; quizá quemaba la rabia con ejercicio extra. Tenía la piel tensa sobre los nudillos de la mano con la que sostenía el vaso. Su acompañante, en un unitraje, era claramente una europea de visita. Ella tomó un sorbo.

-No exactamente toda tu vida.

-No, claro que no. Pero mi familia ha vivido aquí durante doscientos años. -El hombre tragó un sorbo. Las palabras se apresuraban a salir-. Mis padres volvieron a la Tierra sólo para tenernos, a mis hermanos y a mí. -Era evidente que había sido una concepción múltiple, induciendo tres o cuatro zigotos, para evitar tener que repetir varias veces la costosa temporada en la Tierra. Probablemente, pensó el cazador, la gestación habría sido uterina, para ahorrar el coste de la exogénesis-. Tan pronto como estuvimos lo suficientemente desarrollados, regresamos todos. Estuvieron fuera de aquí nueve meses más tres años. ¿Tenían que perder su miserable trabajo por esa razón? ¿Tenían que convertirnos en extraños, en inferiores? La ley dice que no. Pero ¿para qué sirve la ley? ¿Qué es esta maldita República sino la vieja Selenarquía con un disfraz tan evidente que es casi un insulto?

-Cálmate, cálmate por favor. Una vez que esté listo el Hábitat, las cosas serán muy diferentes.

- serán? ¿Pueden serlo? Los selenarcas...

-Dentro de una década, los magnates estarán superados, serán obsoletos, irrelevantes, te lo prometo. Mientras tanto, las oportunidades...

El cazador pasó de largo. Después de todo no había oído nada nuevo. La mujer estaba implicada en alguno de los consorcios que buscaba posibilidades para la Luna del futuro. Quizá ella quería que el hombre le sirviese de algo, quizá él no era más que un interlocutor ocasional. No importaba.

Lo que importaba era que el futuro corría el peligro de ser abortado.

A pesar de los centros de servicio en Hydra Square, la fuente en medio de la plaza salpicaba en soledad por entre sus sarmientos y fractales plateados. La puerta de la comisaría se replegó para dejar entrar a un agente de uniforme y dejar salir a un par de civiles; por lo demás, el pez bajo el pavimento transparente nadaba sólo bajo los pies del cazador. Pero no era ninguna paradoja, aunque Tychopolis fuese la mayor de las ciudades selenitas. Aquí también, los robots autónomos y los sofotectos se ocupaban cada vez más de tareas tales como los cuidados médicos, el mantenimiento y el rescate, mientras se reducía la población que requería esas atenciones. Esperaba que el área volviese a atestarse una vez se hubiesen establecido los colonos de la Tierra (durase lo que durase todo aquello, unos siglos, unos milenios, un parpadeo en el tiempo para la Teramente pero tiempo suficiente para los humanos). A menos que sus esperanzas muriesen bajo las garras de los selenarcas.

No, pensó, ya había desechado esas ideas. No había encontrado pruebas de ninguna conspiración a gran escala. Al parecer tenía un adversario más capaz, que tramaba una amenaza más difícil de combatir.

No había conocido el miedo. Un organismo nacido para ser valiente había aprendido el autodominio en Santa Helena y se había unido al cibercosmos. Pero cuando consideraba lo que podría suceder, mil años después o un millón, la desolación le rozaba.

Renació su decisión. Expulsó la irracionalidad. Examinado racionalmente, las probabilidades a favor de su causa eran altas. Actuaría, y el futuro que había imaginado era el que él abonaría.

Además, pensó con una breve sonrisa, esperaba disfrutar de su búsqueda.

De la plaza fue hasta el Pasaje Oberth. Operaciones industriales, computacionales, biotecnológicas, moleculares y cuánticas se ejecutaban en atareado silencio tras sus paredes. Algo no estaba perfecta mente aislado, y un pulso electromagnético resonó en la red de su cráneo. Los recuerdos le asaltaron inesperadamente: el amanecer sobre una sabana azotada por el viento; el rostro distorsionado como en los sueños de un preceptor en el Jardín Cerebral. Saltó fuera de la influencia y recuperó el control.

La alteración le había despertado los sentidos. Observó lo que le rodeaba con redoblada intensidad, aunque había poco que ver. No había nadie más en el pasaje. Los únicos emblemas de propiedad estaban en las puertas de instalaciones ahora abandonadas. Una parte académica de su mente meditó sobre cómo los señores de la Luna despreciaban los pequeños negocios y comercios viables en una economía poscapitalista, y vivían principalmente de sus propiedades heredadas. Era cierto que algunas de esas posesiones se extendían por buena parte del Sistema Solar y estaban lejos de ser insignificantes en la propia Tierra. Además, algunos individuos mantenían en activo empresas que consideraban dignas de sí mismos. Las compañías asociadas en la Ventura estaban aún abriendo nuevos caminos en Marte; en las pequeñas lunas de Júpiter y Saturno, en los cometas, los asteroides...

El cazador apretó los labios. Siguió caminando con los largos pasos de baja gravedad.

El Callejón Elipse surgía en curva de Oberth. Cincuenta metros después llegó a su alojamiento. La fachada era tan indistinta y vacía como el pasaje. Puso la palma derecha sobre la placa de la cerradura.

La cerradura se parecía a cualquier otra, pero no se limitaba a examinar las líneas de la mano. Todos los dispositivos de seguridad están dar podían burlarse de varias formas, por

Librodot

alguien con la voluntad y los medios. Si allí se realizase un intento así la cerradura avisaría al cuartel general. Mientras tanto, arrancó tres o cuatro células de la mano, operación que él no sintió, y las envió al lector de ADN. Eso le identificó, y la puerta se replegó. La identificación llevó algo más de lo habitual, pero tan poco que un observador no lo hubiese notado. Cien milisegundos, o quinientos, ¿cuál era la diferencia? Velocidades como aquéllas exigían gran capacidad, pero ésta estaba presente, oculta. El cazador penetró en su guarida.

La puerta se cerró tras él. El lugar parecía desolado. Realmente no era un hogar. Dos cubículos interiores contenían una cama, un sanitario, una unidad de nutrición y cualquier cosa que fuese estrictamente necesaria, pero en el cubículo principal sólo había pantallas, paneles, receptores y otras discretas manifestaciones externas de la gran máquina pensante. El techo relucía blanco, y el aire circulaba sin olor.

Cuando el lugar se había reconvertido en apartamento -había oído que antes había sido una taberna-el servicio secreto de la Autoridad de Paz lo había adquirido bajo el nombre de una persona sintética y lo había remodelado, poco a poco. Parecía una precaución razonable, ya que la República de Selene permitía a la Autoridad una única oficina y un destacamento en Pon Bowen. Era aconsejable tener un puesto de escucha y un centro de comunicaciones seguros en algún otro lugar, y más en una nación tan engañosa y desperdigada como ésa. El cuerpo al que pertenecía el cazador había instalado más tarde sus equipos especiales, y él, en aquel momento, empleaba el nombre falso.

Se puso directamente a trabajar. Le guiaba algo más que el afán de persecución. Durante demasiados ciclodías sólo había estado en sinnoiosis durante períodos breves e intermitentes. Esta sesión sería más larga y más profunda, lo suficiente para mantenerle hasta que regresase a la Tierra y pudiese una vez más entrar en una comunión total.

O una Unidad.., no, no se atrevía a soñar con ello. Ahora no.

Abrió la maleta que tenía a un lado, sacó un interconector, lo des dobló y se lo colocó en la cabeza. Se ajustaba como una cofia hecha de una redecilla negra muy tupida con brillantes nódulos pequeños en algunas intersecciones. Su interior era ligeramente menos complejo que el de una célula viva, y en algunos aspectos la superaba: moléculas y cristales gigantes jamás encontrados en la naturaleza, interacciones a nivel cuántico. Era mejor estar relajado físicamente, por pocas que fuesen las exigencias de la gravedad lunar. Se reclinó en un sofá frente a un panel de aspecto engañosamente simple.

-¿Todo en orden? -preguntó.

-Todo en orden -contestó el sofotecto que había estado vigilando el habitáculo y las líneas de comunicación-. Proceda cuando lo desee.

El cazador conectó el interconector. El cable y el contacto eran estructuras de complejidad comparable. Él lo deseó. La sinnoiosis comenzó.

La red que las nanomáquinas habían tejido en el interior de su cabeza, cuando era un cadete en el Jardín, se activó. Recorrió la continua y siempre cambiante actividad electromagnética de su cerebro, transformando las lecturas en una corriente de datos de múltiples terabaudios, y la pasó al interconector, que la tradujo a lenguaje máquina y la envió aún más lejos. Cuando el sistema respondió, el interconector se convirtió en un generador de pulsos y campos cambiantes a través de los cuales la red estimulaba directamente el cerebro.

El proceso parecía tan simple como el aspecto externo de los instrumentos. Pero de hecho era un logro que estaba más allá de la capacidad de creación o de total comprensión de una inteligencia simple mente humana. Conectaba dos niveles de existencia completamente diferentes: el orgánico y el inorgánico, química y electrofotónica, vida y posvida.

No era telepatía, era comunicación por medio de un lenguaje a través de un intérprete. Pero para dominar esa lengua el cazador había pagado con su niñez y juventud. Y no era una

lengua que penetrase por los oídos o los ojos, los sensores o el teclado. Era una comunicación directa entre el sistema nervioso y los circuitos.

Para él, esa totalidad era una trascendencia de un orden superior a cualquiera que hubiese conocido en una unión sexual, un peligro mortal o un desafío intelectual. Había preguntado a los sofotectos cómo lo experimentaban ellos, pero no habían podido explicárselo. Por otra parte, para ellos, la unidad era tan normal como para él el alimentarse.

Aquél era un interfaz parcial y casi superficial. Manejaba información directa, material que podía haberse representado en textos, gráficos o habla. Los sofotectos implicados, el que se encontraba allí y el que es taba en el cuartel general de Pon Bowen, eran conscientes. Pensaban, pero eran muy especializados y dedicados, felices de estar inmóviles, esencialmente incorpóreos, con todas sus entradas y salidas moviéndose por las líneas de datos. El sistema en sí mismo era muy limitado, tanto en base de datos como en potencia. Incluso en la Luna existían redes mayo res; pero si entraba en ellas, podría alertar a su presa.

Sin embargo, aquella sesión sinnoióntica era más que una petición y un informe apresurado. Con mucha mayor rapidez y con mayor precisión de lo que hubiese podido hacer físicamente, informó sobre lo que había descubierto y recibió lo que pidió. No necesitaba recorrer el hipertexto; las ideas y los hechos asociados le llegaron como un todo integrado. Historias completas se hicieron suyas. Cientos de planes de campaña diferentes se desarrollaron, simularon las consecuencias probables y dejaron tras ellos las panes que él consideró que valía la pena integrar en la nueva síntesis. Sobre todo ello se cernía la sensación de cómo aquello recorría el espacio-tiempo, el pasado y el futuro y el final del universo, y cómo demostraría ser el destino.

Ese éxtasis frío y luminoso no tenía parangón entre los mortales, aunque la iluminación religiosa o una intuición matemática básica compartían ciertos aspectos de la experiencia. Él era una única mente que construía sus recuerdos y discutía consigo misma por medio de muchas líneas de pensamiento y niveles entremezclados. Ese polílogo no podría repetirse en ninguna lengua humana. Incluso su contenido material se volvía incómodo de manejar cuando se expresaba lineal y torpemente.

Aiant, marido de Lilisaire, residente aquí en Tychopolis, se relaciona muy esporádicamente con ella y apenas la ve. Son primos segundos. Ella sucedió a su padre en los dominios ancestrales por derecho de optigenitura, pero Aiant lo impugnó, y hay razones para creer que él hizo asesinar al padre.

Aunque ella sólo tenía 23 años en aquel momento, Lilisaire se dedicó a la intriga y a cierta violencia furtiva ocasional en favor propio. Durante cinco años, ella fue más hábil que él, dejándole casi sin poder conciliar y cerca de la bancarrota. Luego se casó con él La alianza funcionó bien. El es el segundo, pero no está subyugado, y se beneficia sirviendo los intereses de ella, especialmente en la parte que a Lilisaire le corresponde en la Ventura espacial.

El y su esposa de la dudad (probablemente escogida para él por Lilisaire por sus conexiones familiares, al pertenecer a la fraternidad de Mare Crisium) me recibieron cortésmente, si no cordialmente, y cooperaron tanto como se podía esperar de ellos. Estaban ansiosos por con vencerme de que no había ninguna conspiración para sabotear el Hábitat, como les hice creer que sospechábamos. Una investigación a gran escala por parte de la Autoridad de Paz incomodaría, en el mejor de los casos, a la Ventura y podría revelar cuestiones que se guardan en secreto. Me proporcionaron todos los datos que solicité (sin saber que soy un sinnoionte, y que puedo obtener más información a partir de esos datos que toda una patrulla de detectives).

Conclusión: ignoran cualquier actividad contraria, y su organización no está implicada en nada parecido, aunque individuos y grupos pertenecientes a ella sí podrían estarlo.

Ya se había establecido que Caraine de Hertzsprung, el marido más joven de Lilisaire, su hijo adulto Bornay y las otras dos esposas de Caraine tampoco están implicados. Aunque a menudo está más próximo físicamente a Lilisaire que Aiant, Caraine tiene poca relación con sus múltiples proyectos. La alianza es útil a los dos, combinando el filo Beynacy el filo Nakamura en una unión genética y estratégicamente deseable entre las fraternidades Cordillera y Korolevan, y existe una afinidad personal. Sin embargo, aparte de su herencia, Caraine está implicado en política y es uno de los pocos selenitas, especialmente de descendencia selenárquica, que se ha molestado en desarrollar habilidades parlamentarias.

Por tanto, es valioso para la facción aristocrática, que maquina para mantenerse en el poder real mientras que la minoría terrana pierde deforma efectiva el voto. Probablemente Lilisaire consideraría un desperdicio el invertir las energías y el talento de Caraine en alguna otra cosa. Más aún, en los últimos meses, él ha estado, deforma muy evidente y por completo ocupado en el esfuerzo por movilizar una oposición al Hábitat lo suficientemente amplia como para obligar a cancelar el proyecto. Aunque su éxito sea improbable, hay pocas posibilidades de que simultáneamente se le requiriese en alguna actividad clandestina. Ni sus esposas ni sus hijos han abandonado el hogar ni se han comunicado con nadie fuera de la Luna.

Por tanto, Lilisaire podría ser el único magnate lunar que nos prepara problemas. Eso no da pie a la complacencia. Podría resultar tan formidable y ciertamente tan despiadada como sus famosos antepasados Rinndaliry Niolente.

Pruebas: faltan evidencias legales, y de todas formas el caso no sería punible bajo el actual gobierno lunar; pero el cuerpo de inteligencia de la Autoridad de Paz ha confirmado que, en sus días de juventud, mató a dos hombres en sendos duelos. Uno se realizó en el páramo con armas de fuego, el otro en su castillo con estoques. Ha viajado mucho, incluso atreviéndose con la gravedad de la Tierra, donde ha heredado muchas propiedades. Ha ido a Marte, a los asteroides, a Júpiter y a Saturno. Está enamorada del espacio profundo y de las actividades que se llevan a cabo en él (un antepasado lejano era nieto del explorador Kaino y la poetisa Verdea). Pero es fríamente realista sobre su parte en las opera- dones de la Ventura.

Mantiene contactos por todo el Sistema Solar. Algunos son con antiguos amantes, especialmente terrestres influyentes, quienes, aunque no son sus aliados, están dispuestos a ofrecerle información y ayuda. Su juventud inquieta y voluptuosa ha quedado atrás, pero su poder para fascinar y engañar, en todo caso, ha crecido con los años. No es un factor a despreciar. Al contrario, es un poder que el cibercosmos no está adecuadamente preparado para comprender o controlar.

Es muy inteligente, posee una extensa ciberred, y tiene a su disposición a distintos agentes. Sobre la mayoría de ellos sólo tenemos indicios; ni identidad ni situación ni función.

Recientemente, nuestro programa de vigilancia de sus comunica clones detectó un mensaje dirigido a un astronauta en los asteroides, ordenándole volver a su lado inmediatamente (al no saber exacta mente dónde se encontraba, no lo pudo enviar cifrado cuánticamente; ni tampoco es probable que él dispusiese de equipo para decodificarlo). Puede que no sepa que la estamos vigilando. Si lo sabe, sin duda tiene la intención de hacer pasar esta situación como un servido que él le puede prestar sin que sea asunto del gobierno.

Pero el asunto es, casi con toda seguridad, importante. Ese Jan Kenmuir es un terrestre al servicio de la Ventura. Su distinción es que ha sido su invitado en Zamok Vysokiy probablemente su amante. (No se le dio publicidad de ningún tipo. Aunque a los selenitas rara vez les agrada ser el centro de la atención pública, tampoco suelen molestarse en ocultar sus relaciones, ya que son indiferentes a los rumores o desdeñosos de ellos.) La falta de notoriedad de Kenmuir puede que sea importante para los propósitos de ella.

O él podría tener algún conocimiento, o acceso al que ella desea. Las investigaciones de Lilisaire están dirigidas al espacio profundo. Al espacio muy profundo.

Propongo visitarla. Tengo preparada una excusa. Es probable que no sepa que nosotros estamos al corriente de sus sigilosas averiguaciones. La orden de vigilarla vino de los altos niveles del cibercosmos... quizá de la misma Teramente, cuando observó que se hacían esas preguntas y previó a dónde podrían llevar las respuestas.

Ella debe de saber que los agentes de la Autoridad de Paz han visitado a sus asociados. Podría resultar extraño que nadie hablase con ella. No espero descubrir mucho, si es que descubro algo. Sin embargo... Soy un sinnoionte.

VE, ENTONCES, le dijo el sistema del que era parte.

La unidad se deshizo. El cazador se separó de la red.

Durante un momento yació inerte. Nada parecía real. Los hechos y las decisiones estaban en su interior, pero no podía recordarlos más que como fragmentos de sueños que se desvanecían. El mundo físico parecía plano y grotesco; su cuerpo, un extraño.

La sensación de pérdida pasó, y volvió a ser humano. El hambre y la sed le obligaron a ponerse en pie.

-Ponme en contacto con la dama Lilisaire -le indicó al sofotecto, y fue a buscar nutrición.

Fue mínima. Podía saborear la buena comida y la bebida, si la cantidad era moderada, pero no cuando seguía un rastro.

Después se relajó en el vivífero. El programa que activó era una comedia situada en la Nueva Delhi de Nehru. No activó el conversor de habla; el hindi estaba entre las lenguas que conocía. La trama era superficial y no demasiado creíble -aunque admitía para sí que su compenetración con las sociedades de baja tecnología, tanto presentes como pasadas no era muy grande, pero las vistas, el sonido, los olores y el tacto estaban bien hechos-. Para tener una experiencia más real tendría que meterse en una quivira.

El sonido de un timbre lo sacó del programa. ¿Tan pronto? Se había resignado a esperar durante horas antes de que el sistema localizase a Lilisaire y la persuadiese a dar audiencia a un policía.

Corrió hacia el eidófono. Se encontró con la imagen de la mujer, tan vívida como el fuego. Vio, sobre un largo cuello, un rostro casi clásico excepto por los altos pómulos, las extrañas orejas con lágrimas de luz parpadeante en los lóbulos, el verde mar punteado de oro de los grandes ojos oblicuos, la nariz ancha, una larga boca en la que las son risas y las muecas de desprecio podrían seguirse unas a las otras como el sol y el viento tormentoso. Sobrecogedor, frente a la piel blanca destacaba el cabello, castaño con mechas pelirrojas, peinado hacia atrás desde la frente y colgando hasta la mitad de la espalda. Sabía, por las grabaciones, que era tan alta como él, esbelta, de largas piernas, de pechos firmes y caderas redondeadas. Vio un espléndido cheongsam: una cinta de cabeza basada en la molécula de ADN, y apenas ningún rastro de sus cincuenta años. Sabía que los programas médicos sólo justificaban una parte de su juventud. Con los cromosomas selenitas, Lilisaire podría llegar a superar en un cuarto los 120 años predichos para él.

Si los dos sobrevivían.

-Saludos, mi dama -dijo en un fluido selenita-. Es muy amable al responderme.

Por alguna razón, ella respondió en anglo. Su voz ronroneaba:

-Tonta sería si me retrasase cuando llama la Autoridad de Paz.

Venator cambió a la misma lengua.

-Sabe muy bien, mi dama, que poco poder tengo en su país a me nos que su gobierno me lo conceda. Sabía que usted puede ser sabia, pero ciertamente amable lo es.

Ella sonrió.

-Una réplica perfecta. ¿Qué de mí desea, agente?

-Una entrevista, si le agrada. Creo que preferiría usted que fuese en una línea segura o un encuentro privado.

Las arqueadas cejas pelirrojas se elevaron aún más.

-¿Qué podría tan importante ser?

-Creo que ya tiene usted alguna intuición de lo que podría ser, mi dama.

El voluble rostro mostró cordialidad.

-Quizá la tenga. Ya veremos, capitán... por desgracia no tengo nombre para usted. -El sofotecto, fingiendo ser un robot, había declarado que ése era su rango.

-Mis disculpas, mi dama. Olvidé dar instrucciones al comunicador a ese respecto. -Era cierto, y se sentía molesto consigo mismo. Hacía tiempo que su nombre había dejado de tener sentido para él y empleaba cualquiera que encajase con sus propósitos. Su identidad actual era una función dentro del cibercosmos.

»Venator -dijo, acentuando la penúltima sílaba. Repasando las bases de datos, su pasatiempo favorito, había adquirido como una urraca un tesoro de conocimientos. Le divertía resucitar esa palabra de una lengua muerta y casi olvidada.

Lilisaire no hizo más preguntas. Probablemente ya muchos terrestres no usaban apellidos, como siempre había sido la costumbre entre los selenitas. Se la imaginó pensando con desdén: pero los terrestres tienen su número de registro. Sin embargo, la mujer siguió en torno cortés.

-Entonces, capitán Venator, ¿desea venir directamente a Zamok Vysoki? Haré que bien recibido se sienta.

-¿Ahora? dijo sorprendido-. Podría tomar un suborbital y en poco tiempo estar ahí, pero...

-Si usted, o la Autoridad de Paz, tiene un suborbital disponible en Tychopolis, sus superiores consideran que éste es un asunto muy importante -repuso ella, todavía con calma felina-. Sí, hágalo, y tómese tiempo para disfrutar de la hospitalidad. Le esperaré. -La pantalla se puso en blanco.

Venator permaneció sentado durante unos momentos, recuperando el equilibrio. ¿Cuánto sabía la mujer? ¿Cuáles eran sus intenciones... apresurarle, desviarle, o simplemente desconcertarle por diversión?

Si ella estaba atacando, él iba a responder.

Se desvistió con rapidez, se puso bajo el rociador y el secador y se vistió con un ajustado uniforme azul con una insignia de bronce. Después de vacilar, decidió dejar su interconector. No anticipaba que lo fuese a necesitar con urgencia, y no estaba seguro de qué detectores y sondas podría tener Lilisaire en su fortaleza. Cuanto menos descubriese sobre él, mejor.

El sofotecto hizo los preparativos mientras él iba camino del puerto. Un fahrweg le llevó bajo la muralla, fuera de la cúpula. Instalaciones antiguas como aquélla seguían en servicio en regiones de me nos prosperidad y población, incluso en la Tierra. Tenía pocos compañeros de viaje. El vehículo le dejó junto a un lanzador ya preparado y programado

para su destino. Un tubo pasarela móvil le permitió entrar. Se aseguró a un asiento. Pulsó *Adelante.*

Contra aquella gravedad, la aceleración electromagnética era suave. En unos momentos caía libremente en un arco que lo llevaría muy por encima de la Luna y a un cuarto de la distancia de su circunferencia.

El silencio llenaba la cabina. La ingravidez le recordó, un poco, aquel océano de pensamiento en el que había flotado recientemente. Miró por las ventanas. Debajo, las sombras delimitaban una magnífica desolación de cráteres y montañas desgastadas. Monorraíles, torres de transmisiones, colectores solares y emisores de energía que relucían con brillo metálico estaban desperdigados por el paisaje lunar. Brillaban pocas estrellas en la cubierta negra sobre su cabeza; la luz las ahogaba. Al norte, el sol llegaba al final de la mañana lunar. La Tierra no estaba muy lejos, un diminuto creciente azul sobre un disco negro. Ambos se hundieron mientras él volaba.

Apagó las luces de la cabina y magnificó las estrellas. Su gran número apareció ante él, aumentando a cada segundo a medida que sus ojos se ajustaban. Siguió constelaciones, Erídano, Dorado -más allá las galaxias de Magallanes- Cruz del sur, Centauro... Alfa Centauri, donde Anson Guthrie presidía sobre las personalidades emuladas y los descendientes de aquellos humanos que habían abandonado el Sistema Solar con él... No, los selenitas de aquel grupo no vivían en el condenado planeta Deméter sino en los asteroides que orbitaban entre los dos soles...

¿Había sido aquel éxodo el último y mayor logro del espíritu fáustico? Una retirada después de la derrota no era una capitulación. ¿Algún día, contra toda probabilidad, podría volver a traer su estandarte a casa? ¿Qué aliados tendría? En el Sistema Solar no había muerto del todo. Iba de camino a reunirse con una manifestación viva de ese espíritu.

Revolución... No, nada tan simple. La Rebelión Lyudov había sido, en todo caso, antifáustica. «¡Reclamar el mundo para la humanidad, antes de que sea demasiado tarde!» Mantener las máquinas sin mente, recrear un orden orgánico, volver a situar a Dios en su trono.

Pero Niolente de Zamok Vysoki había tenido mucho que ver con la provocación de esa convulsión; y Lilisaire abrigaba los mismos resentimientos, y conservaba los grandes sueños.

Un aviso sacó a Venator de su ensueño. El tiempo había pasado más rápido de lo que creía. Los jets se activaron, desacelerando.

El vehículo y el sistema de control de tierra se encargaron de todo. Era libre para observar. Miró con ansia al frente y hacia abajo. Las imágenes de aquel lugar eran muy comunes, pero pocos terrestres llegaban allí. Venator nunca lo había hecho, hasta ahora.

Al este, las montañas se extendían hasta un valle en el que serpenteaba una carretera, con la Tierra y el sol justo sobre el horizonte. Al oeste, el castillo se elevaba en toda su altura, oscuras paredes bruñidas a varios niveles, techos inclinados, torres escarpadas, ventanas y cúpulas brillando al reflejar la luz. Era parte del paisaje; el diseño rechazaba los meteoritos y la radiación, contenía el aire y el calor. Sin embargo, Venator pensó que un alma gótica lo había levantado. Tendría que haber pendones flameando, trompetas sonando, arqueros en los parapetos, fantasmas por las noches recorriendo los pasillos.

Bien, en cierto sentido, por allí caminaban los fantasmas.

El volador alunizó en un pequeño campo tras el edificio. Un tubo pasarela se extendió saliendo de la pared desnuda y besó la esclusa de aire. El cazador entró.

Le esperaban dos guardias. Con los ajustados uniformes negros grabados en plata, las espadas cortas y aturdidores al cinto, le sacaban una cabeza. Los rostros apuestos eran

idénticos e impasibles. Le saludaron, la palma derecha sobre el pecho izquierdo, hablando al unísono en perfecto anglo.

-Bienvenido, lord capitán. Le llevaremos a presencia de la Guardiana.

-Gracias. -El anglo de Venator era del hemisferio oriental, no del occidental.

Se situó entre ellos.

Fue un largo camino. Un ascensor les llevó hasta un salón en el que la imagen de una vasta planicie metálica era invadida por brumas en las que parpadeaban llamas y se entreveían monstruos, silbando o riendo. Pasaron a un invernadero abarrotado de enormes flores de baja gravedad, ultraterrenales en forma y color. Sus olores hacían que el aire fuese demasiado rico para ser respirado. Más allá había otro pasillo, que subía en espiral, medio iluminado, saturado de música fúnebre. Retratos ancestrales pautaban las paredes; los ojos se movían siguiendo a los hombres. Al fondo, una sala abovedada mostraba reliquias que Venator hubiese deseado examinar con mayor atención. ¿Qué historia habría tras ese cuchillo, ese trozo de roca meteórica, ese giroscopio roto, ese cráneo humano con un zafiro en la frente? La siguiente cámara debía de ser de uso diario, porque el arácnido mobiliario estaba situado sobre pieles que hacían de alfombra; pero el techo era una masa negra que contenía una inmensa representación de la galaxia, rotando visiblemente, millones de años pasando en cada segundo, la estrellas naciendo, ardiendo y apagándose mientras él miraba.

Llegaron hasta Lilisaire.

La sala que había elegido era, comparativamente, de tamaño y mobiliario más modesto. Una pared representaba una imagen del lago Korolev, con las olas bajo un viento forzado, una bóveda simulando el cielo azul, un par de voladores deportivos en el aire, con las alas extendidas sobre los brazos. Sobre un estante, una muchacha desnuda de unos veinte centímetros, exquisitamente elaborada con un metal brillante como el mercurio, bailaba siguiendo la música grabada de una flauta de Pan. Una mesa contenía garrafas, copas, platos de exquisiteces. Lilisaire se encontraba cerca de ella.

Los guardias volvieron a saludar, se dieron la vuelta y salieron. Venator se adelantó.

-Nuevos saludos -dijo con una inclinación, en selenita, usando la forma de deferencia-. Sois ciertamente amable.

Ella sonrió.

-¿Cómo es eso, capitán? -Como antes, ella respondió en anglo. Él volvió al lenguaje terrestre. ¿Por qué dejar claro lo bien que conocía el de ella? Por cortesía, sí.

-La tensión... no diré entre nuestras especies, ni siquiera entre nuestras sociedades, mi dama, sino entre su clase y la mía. Y aun así deja usted la intimidad al margen, porque entiendo muy bien lo mucho que la valoran, y me recibe en su hogar.

Él tono de ella siguió siendo amigable. -Hasta los enemigos negocian.

-No soy exactamente un enviado, mi dama. Y para mí, no es usted mi enemiga. Tampoco son la Tierra ni la Federación Mundial sus enemigos.

La voz se endureció.

-Hable por usted, no por ellos. -¿Quién le desea mal?

-Lo deseen o no, están listos para provocarlo.

-¿Se refiere al Hábitat, mi dama? -preguntó; una redundancia socialmente necesaria.

Ella evadió la ruta directa.

-La Tierra le ha hecho muchas más cosas a Selene. -Pero fue la Tierra la que dio vida a Selene.

Ella rió. El sonido fue breve y bajo, pero de alguna forma astuta lo emitió con todo su cuerpo.

-Tiene usted una forma encantadora de fingir ingenuidad, capitán. Déjeme, entonces, que nos definamos como habitantes de la Luna.

Él siguió su indicación, porque su propósito real era explorar la actitud de la mujer.

-¿Puedo hablar con libertad?

-¿No ha venido por esa razón?-murmuró ella. Ahora ella juega a la inocente, pensó él.

-Cuando dice «habitantes», sospecho que quiere decir selenitas, no terranos residentes, ni siquiera esos terranos que son ciudadanos. Y.. si me dice «selenita», ¿se refiere quizá a las familias selenárquicas, a la fraternidad Cordillera, o simplemente las baronías? -Intentaba, con cuidado, provocarla.

La mirada verde lo examinó. Las palabras fueron tranquilas pero firmes.

-Me refiero a la supervivencia de la sangre.

Eso no debería haberle puesto a la defensiva, pero se oyó a sí mismo protestar.

-¿De qué forma está amenazada su vida, su propiedad o cualquier cosa que le pertenezca?

-Lo está mi linaje. Ustedes se proponen extinguir a los selenitas. El impacto fue ligero pero real.

-¡Mi dama!

Lilisaire extendió los dedos, el encogimiento de hombros selenita. -Sí, claro que los queridos y tontos políticos que se creen que gobiernan a la humanidad no piensan tal cosa, en la medida en que piensan algo. Sólo ven ante ellos los egos hinchados de prestigio que serán suyos por abrir la Luna a los terranos.

-Las ganancias no serán para ellos-argumentó él-. Las gentes que vendrán serán valientes, con iniciativa. ¿Qué nueva obra se ha hecho aquí en el último siglo? Construirán como lo hicieron sus antepasados, ciudades, cavernas, vida... rehacer la Luna de nuevo.

Porque ésos eran los inquietos, los fáusticos latentes, pensó por enésima vez. Sus vidas en la Tierra eran vacías, no les quedaba nada por hacer que tuviese sentido, y su energía y furia se volvían problemáticas. Se preguntaba si la Teramente misma había concebido ese medio, el Hábitat, para reunirlos donde pudiesen consumir sus energías en tareas contenidas y controladas... y con el tiempo llegar a domesticarse.

-Nos inundarán-dijo Lilisaire-, pronto nos superarán en votos, y siempre se reproducirán más rápido que nosotros.

-Nada impide que los selenitas compitan con ellos en ese aspecto -dijo Venator con sequedad.

Excepto, pensó, por la falta del impulso de reproducción de su propia especie, falta que había llevado a la Tierra al borde de la catástrofe, que apenas había sido controlada, y seguía siendo una fuente de descontento y malestar. El Hábitat daría a los que se beneficiasen de él cierta válvula de escape, durante algunas generaciones. Los selenitas no habían sido nunca muy fecundos. ¿Por qué? ¿Era algo cultural o tenía una base genética? ¿Quién lo sabía? En esos momentos, ¿quién lo sabía? Se puede hacer un mapa del genoma, pero el mapa no es el territorio, ni tampoco revela lo que sucede bajo la superficie. Él suponía que el efecto era indirecto. La gente arrogante, de mucha voluntad, no deseaba soportar la carga de muchos hijos.

Una vez más, Lilisaire rió.

-¡Al fin, una disputa agotada mil veces muestra un lado nuevo! -Continuó con ligereza-: ¿La dejamos que patalee? Sea bienvenido, capitán, como una presencia nueva en una vieja casa. ¿Le apetece tomar algo?

Se había acostumbrado a los cambios de humor de los selenitas. -Gracias, mi dama.

Ella sirvió, un sonido claro sobre las flautas de Pan, le dio una copa de cristal tallado y levantó la suya. El vino resplandecía dorado. -Uwach, yei-brindó ella. Significaba más o menos «Arriba». -Serefe-respondió él. Chocaron los bordes.

-¿Qué lengua es ésa? -preguntó ella. -Turco. «En su honor.»-Bebió. Era glorioso.

-Entonces ha viajado mucho... y, creo, tanto en persona como en vivífero y quivira.

-Es mi deber-dijo sin darle importancia. -¿A qué variedad pertenece?

Momentáneamente se quedó asombrado, pero luego entendió lo que quería decir.

-Nací en el extremo sur de África, mi dama. -Una tierra dura y hermosa, por lo que he visto. -Era pequeño cuando la dejé.

Si tienes el potencial sinnoiótico, debes desarrollarlo desde la tierna infancia o desaparece. Su mente regresó a los sacrificios que habían hecho sus padres -su madre renunciando a su carrera, su padre, pastor de la Iglesia Cosmológica Cristiana, viéndole perder poco a poco a Dios-para estar con él en el jardín Cerebral de Santa Helena, dándole un poco de vida familiar mientras crecía para convertirse en algo extraño. Pero los padres siempre se habían entregado, junto con sus hijos, a algo mayor. La historia sabía de los aprendices de chamán, del profeta Samuel, de Dala¡ Lamas, de monjes menores de muchas confesiones, sí, muchachos convertidos en eunucos porque sólo así podían avanzar en el servicio al emperador...

-Vuelvo de vez en cuando.

Era realmente hermosa, aquella reserva en la que caminaban los leones y la hierba se agitaba dorada bajo el viento.

No debía permitirle seguir con ese tema. Lilisaire parecía pensativa. ¿Cuánto sabía o cuánto suponía? Fue un alivio cuando dijo: -Quizá debiéramos tratar lo que le ha traído aquí, para más tarde ponernos cómodos. Creo que me gustaría mostrarle mi morada. -Será fascinante -contestó él, y no era una mentira, aunque sabía que no vería nada que ella no quisiese que él viese.

-Usted y sus... ¿camaradas menores? -¿qué suponía ella de su verdadera posición, no la de un simple capitán entre detectives sino un pragmático de rango determinador?- han investigado a Caraine y Aiant, así como a otros de la vieja sangre. -¡Lo había descubierto con rapidez!-. Ahora me toca a mí, ¿no? -Su mirada podría haber parecido cándida-. Bien, conciso y claro, no sé nada de ninguna trama para desbaratar el Hábitat. Cierto, no esperaría que yo lo admitiese. Por tanto, déjeme decirle que algo así sería fútil, estúpido. La misma Niolente al final no pudo contener a la devoradora Federación.

A pesar de sus resistencias, intrigas, rebeliones y desafío final armado, no. Venator quería decir que el colapso de la Selenarquía soberana, el establecimiento de la República, su unión a la Federación Mundial y las leyes del Pacto no eran sólo el resultado de las presiones políticas y económicas. En el fondo, era una fuerza moral. Cuando Rinndalir se fue con Guthrie y Fireball empezó a desintegrarse, el corazón de muchos selenitas se paró. Niolente había luchado muy sola.

Pero...

-No vamos a rascar viejas heridas, ¿verdad, mi dama? La sonrisa de Lilisaire podía ser injustamente seductora.

-Es usted un hombre inteligente, capitán. Podría llegar a gustarme.

-Ciertamente no la acuso de nada ni sospecho que haya hecho algo ilegal -se apresuró a decir-. Simplemente, digamos, estoy confuso, y esperaba que pudiese iluminarme un poco.

-Pregunte. -Hizo un gesto-. ¿Nos sentamos?

Eso significaba mucho más en la baja gravedad de Selene que en la Tierra. Él se acomodó en el diván frente a la mesa. Ella se unió a él. Él era demasiado consciente de su cercanía. ¿Un perfume de feromonas? No, ciertamente nada tan crudo, y tan limitado en su poder.

-Coma -le incitó ella.

Él mordisqueó un canapé de huevos de codorniz y caviar. Ese refinamiento le avergonzaba.

Se aclaró la garganta.

-Mi servicio ha encontrado pistas de algunas actividades en el espacio profundo -dijo-. Probablemente con base en los asteroides, pero no estamos seguros.

Mentía. No sabía nada de eso, a menos que se contase la amarga resistencia al gobierno de la Federación que había muerto con Niolente, la antepasada de Lilisaire. El servicio había estado siguiendo los pasos de esta mujer tanto como le era posible porque sabía que se oponía a la mayoría de los fines de la Federación, y era peligrosa. Descubrieron que había estado rebuscando en todos los registros y bases de datos a su disposición, y algunas de sus indagaciones habían llegado hasta cerca del asunto Proserpina. Si ella lo descubría, podría ser mortal. Y ahora había hecho volver a Ian Kenmuir del espacio.

-No es necesariamente ¡lícito -siguió diciendo Venator-, pero no está declarado, y es aparentemente secreto. Si va a tener alguna consecuencia, naturalmente el gobierno quiere tener información.

-Sí -dijo ella en voz baja-, para alimentar a los modelos informáticos, para coordinarlo también en sus sosas estructuras socioeconómicas.

Él oyó pero ignoró el veneno.

-Ya que tiene negocios ahí fuera, mi dama-todos los colonos de los asteroides eran selenitas, que podían tolerar la baja gravedad-, me preguntaba si sabría algo.

La voz se hizo burlona:

-Si la actividad es secreta, ¿cómo voy a saber algo?

-No digo directamente. Alguien puede haber notado algo y habérselo mencionado, de forma accidental.

-No. Estoy demasiado alejada de esas regiones. He estado demasiado tiempo lejos. -Y añadió con más intensidad-: Sí, demasiado tiempo lejos.

¿Porque debía permanecer allí para dirigir una guerra?

-Una tonta esperanza mía, sin duda-dijo él-. Y todo el asunto puede ser un error, una interpretación errónea por nuestra parte. -Sí era una farsa. No tenía esperanzas reales de sacarle algo. Perseguía in tangibles, personalidad, rasgos, amores, odios, fuerzas, debilidades, a ella como persona viva-. Le agradecería mucho que buscase en sus recuerdos; haga una búsqueda en sus ficheros personales, lo que pueda encontrar que sea relevante.

-Ciertamente tengo recuerdos. Pero debe decirme más. Hasta ahora ha sido muy impreciso.

-Estoy de acuerdo. -Tenía detalles específicos que ofrecerle, detalles inventados que podrían ser convincentes.

-Mejor que los repasemos tranquilamente. -Le tocó la muñeca con los dedos. Sonrió-. Adelante, apenas ha probado el vino, y es un orgullo de mi casa. Conozcámonos. Háble me de su infancia africana...

Debía ser cuidadoso, cuidadoso. Pero con una mente como la de Lilisaire, no debería ser muy difícil alejar la conversación de detalles triviales que pudiesen comprometerle.

Pasó el ciclodía. Bebieron, hablaron, pasearon, cenaron y siguieron a partir de ahí.

Para él, la actividad sexual había sido un ejercicio deseable ocasionalmente por motivos de salud. Descubrió lo contrario.

A la mañana siguiente, ella le dijo adiós, fría como una fuente de montaña. Él apenas fue consciente del vuelo de vuelta a Tychopolis. No fue hasta después de estar en unidad y aclararse la cabeza que vio que ella no le había dicho nada importante, y que él, en cambio, podría haber dejado escapar un par de cosas.

Durante un rato, incluso había considerado que podría haber algo justo en el bando de Lilisaire. Pero no. A largo plazo, el de ella era el fuego que había que apagar. En el futuro cercano... bien, los terranos habían dado vida a la Luna, empezando antes de que hubiese selenitas. Tenían sus propias demandas, sus propios derechos, sobre ese mundo, ganados para ellos cientos de años antes por gentes como Dagny Beynac.

4
La madre de la Luna

El gran meteorito que había abierto el Cráter Tycho había sido más rico en hierro y níquel que la mayoría de los de su clase. Los fragmentos estaban esparcidos, enterrados a poca profundidad bajo la regolita. Los mayores, condritas fusionadas por el impacto, se convirtieron en depósitos minerales como había pocos en la basáltica Luna sin atmósfera. Cuando la expansión de las operaciones exigió una base en la cara visible del hemisferio sur, había muchas razones para establecerla en Tycho.

Dagny Ebbesen ayudaba a construirla cuando su jefe la envió a la veta de Rudolph.

-Le hemos prometido a los trabajadores mejores alojamientos -le explicó Petras Gedminas-. Será una construcción estándar, pero así ganarán experiencia en la dirección de un trabajo. -Hizo una pausa-. No. Estamos muy lejos de la fase en la que una tarea es estándar. Espera lo inesperado.

El aviso era innecesario. Dagny lo había aprendido bien a lo largo de dos años. Un ingeniero de habitáculos, no importa lo novato que fuese, debía saber un poco de todo.

Tres ciclodías después de llegar a la mina, como una décima parte de un día lunar, aconteció el desastre.

Un vehículo de campo acababa de entrar. Llamando por adelantado, el conductor se había identificado como Edmond Beynac, de regreso con su ayudante de una expedición. Deseaban algo de descanso y compañía antes de continuar. Dagny estaba ansiosa por conocer al geólogo. Sus informes habían sido muy importantes para la construcción, mostrando dónde podía confiarse en la roca, de qué forma y cuánto. Más aún, sus descubrimientos y análisis habían cambiado muchas ideas sobre todo el globo. Eso sin contar la aventura, ¡avanzando y contemplando por donde ningún humano había caminado antes!

Eran las 21.30, a mitad del turno de tarde. Su equipo trabajaba constantemente, durmiendo por turnos, para acabar antes de que el sol se situase tan alto que el calor y la radiación les impidiese poder salir. Algún día, pensó, la tecnología eliminaría ese inconveniente (sí, y además haría algo con respecto al maldito polvo, pegajoso y que lo manchaba todo). Se sentía cansada hasta en los huesos. Pero sin embargo, a los veintidós años, bajo un sexto de la gravedad terrestre, podía ignorarlo. Podía perderse en lo que hacía y en lo que sentía.

Su proyecto no era todavía más que un montón de excavaciones, estructuras, sistemas de soporte vital y de energía medio instalados, hombres y máquinas intrincadamente ocupados. Las grandes pilas de suministros empequeñecían los refugios. A alguna distancia, el campamento original se agrupaba en bóvedas y colmenas no mucho mayores; la mayor parte del espacio vital estaba bajo tierra. Allí la centrifugadora permanecía ociosa. Los mineros estaban descansando, excepto por dos o tres que vigilaban el equipo que realizaba las tareas pesadas, cavando, rompiendo y cargando. Eso era dos kilómetros al este, casi en el horizonte. El sol, las sombras y el polvo levantado lo oscurecían; de vez en cuando parpadeaba un trozo de metal.

Los esbeltos pilones del funicular se veían claramente. En doble fila, muy separados, salían del pozo, pasaban a unos cien metros de ella y se desvanecían en el borde sur de su campo de visión. Los cables formaban delgadas rayas sobre el negro. Acababan de llenar una góndola con mineral y ahora se elevaba para colgar suspendida. El cable volvió a entrar en movimiento. La góndola comenzó su viaje por el cielo como una araña colgando de su hilo.

Librodot

Se dirigía a entregar su carga a los constructores de Tychopolis, que refinarían y usarían el metal. Ellos a cambio enviaban lo que los operarios necesitaban. Aquél era el medio más económico de transporte masivo, dado el limitado número de vehículos y lo accidentado del suelo del cráter.

Accidentado ciertamente: collados, salientes, cantos, agujeros, grietas, hendiduras, y una planicie oscura y confusa. Tras la mina, las murallas superiores de un segmento de la pared del cráter aparecían a la vista. El sol apenas las había tocado y permanecían de un negro sin rasgos, la sombra como un pozo de alquitrán. En el resto, sombras menores rayaban la piedra. Las estrellas se ahogaban en el brillo. Manchados trajes espaciales blancos, distintivos e identificaciones de vivos colores, se volvían diminutos en medio de las tinieblas.

La Tierra, sin embargo, dominaba el cielo al norte. Menguada ligeramente más allá de la media fase, sus curvas delineadas como mármol azul y blanco, un manchón ocre que era la Tierra, una luz que permanecía durante un momento después de apartar la vista como un sueño puede permanecer al despertar. La Tierra era gloria más que suficiente. Debajo sólo había quietud. Sin aire, el sonido muere sin nacer. En ocasiones, el receptor de Dagny emitía una voz, pero el trabajo se realizaba sobre todo en silencio, la habilidad corriendo contra el tiempo.

Lo único que oía era el aire correr en su reciclador y por su nariz, y también la sangre en los oídos.

-Encárgate tú -le dijo a Joe Packer, su segundo, y fue hacia el vehículo de campo.

Cabina y laboratorio estaban equipados para viajar cientos de kilómetros sin recargas y mantener la vida durante semanas. Sobre sus ocho enormes ruedas, ganaba en altura a la bóveda principal al lado de la cual había aparcado. Mientras se aproximaba, una escalerilla cayó a tierra y se abrió una compuerta exterior. Los nuevos edificios permitirían el acceso directo, esclusa de aire a esclusa de aire, pero por el momento los visitantes tenían que atravesar la entrada.

Dagny se apresuró. Adaptada desde hacía tiempo, se movía dentro del traje espacial casi con tanta facilidad como con un mono, a zancadas de baja gravedad, alegremente ligera. Una figura vestida de forma similar apareció sobre la escalera.

-¡Hola! -gritó ella-. ¡Bienvenido! El suelo se agitó bajo sus pies.

La violencia subió por sus botas y cuerpo como un trueno.

Casi se cayó. El traspiés la hizo mirar hacia el sol. El casco se oscureció para salvarle los ojos y vio su disco empalidecido en medio de una ceguera repentina. Recuperó el equilibrio, le volvió la visión, miró hacia el norte.

Una nube se elevaba en lo alto del horizonte septentrional. Se elevaba y elevaba, turbulenta y cenicienta, volviéndose gris hacia los bordes, una mancha sobre la Tierra. Las chispas saltaban en sus largas parábolas, como si cayesen las estrellas.

¡El choque de un meteorito! Aquello era material expulsado, rocas lanzadas, metralla. Los soldados bajo el fuego se echaban al suelo... No. Cuando venía del cielo ofrecías un blanco menor si te quedabas de pie. Y no debías correr.

La banda de visión trasera le llamó la atención. Se dio la vuelta para mirar directamente. Cerca del pilón más próximo a ella, la góndola cargada se balanceaba en arcos cada vez más amplios. La columna se estremeció. Varios metros más allá, una roca chocó, provocó su pequeña nube de polvo y cavó su pequeño cráter. Otra chocó contra un canto, rebotó y pasó volando peligrosamente bajo sobre la regolita.

El polvo empezó a caer. Una renovada ceguera cayó con él. Dagny sintió impacto tras impacto en algún lugar duro. Se enderezó rápidamente y buscó en la bolsa el trapo de limpiar. Quizá era para alejar el pánico que la atenazaba: las articulaciones amplificadas en los trajes espaciales estaban bien, eliminaban lo malo de la presión interior, pero ¿cuándo iban a desarrollar los ingenieros amplificadores táctiles para los guantes que te permitiesen sentir lo que hacías?

La Luna acelera con lentitud los objetos que caen, pero tampoco tiene atmósfera para frenarlos. En un minuto, sesenta segundos mortales, el bombardeo local había terminado y pudo limpiarse el visor.

El alivio le llegó de pronto, un jadeo, una flaqueza en las rodillas como si fuese a caerse. Parecía que nada peor que el polvo había llegado al campamento minero. Bien, por supuesto que las probabilidades siempre habían estado a favor, o la operación hubiese sido imposible, aunque nadie esperaba que algo tan grande cayese en las proximidades... Su mirada se dirigió hacia delante y se detuvo. Contuvo un grito.

El pilón estaba deformado. El cable aguantaba, pero estaba tenso e inmóvil, y el motor de ese lado seguramente estaba muy dañado. La góndola estaba de lado, a tres metros de distancia. Sus frenéticos giros la habían abierto y el contenido estaba esparcido por todas partes. Trozos metálicos cubrían todo el lugar de trabajo de Dagny.

Alguien gritó, un sonido ronco e irregular de agonía. Se rompió el pesado silencio; de pronto la radio empezó a llenarse de ruidos. Dagny activó su transmisor a toda potencia.

-¡Un momento! -Hizo que su voz superase a todas las demás-. ¡Callaos! ¡Tenemos cosas que hacer!

Mientras tanto se volvió hacia la escena. Una débil voz en su interior se preguntó cómo se atrevía a tomar el mando, ella que nunca se había enfrentado a nada similar. Las clases y las simulaciones de la academia le parecían irreales. Pero el liderazgo y el deber eran suyos. Enseguida estuvo demasiado ocupada para las dudas y los temores. -Nombre, por números.

Le contestaron uno tras otro. Janice Bye estaba muerta, su casco se había roto, y ofrecía un rostro fantasmal bajo la larga luz del sol. Dos personas parecían sufrir una fuerte conmoción emocional; permanecían tiradas y temblaban. Y Joe, Joe Packer estaba de espaldas, con la pierna derecha enterrada bajo un montón de fragmentos pesados. Dagny se arrodilló a su lado. Después del primer aullido animal, el hombre se había quedado en silencio, exceptuando la respiración entrecortada. Tenía la piel más gris que marrón, cubierta de un sudor que brillaba como el rocío. Sobre ese fondo, los ojos eran de un blanco intenso alrededor del iris y la pupila dilatada. ¿Los teñía la Tierra ligeramente de azul? Dagny le agarró las dos manos con las suyas.

-¿Cómo estás, Joe? -La pregunta surgió firme. Él luchó por conseguir el mismo control.

-Como si me ahogase -murmuró-. No duele... mucho... ya no... pero estoy mareado y.. oh...

La pernera del traje espacial debía de estar rota, decidió, probablemente en la articulación de la rodilla. El aire se habría escapado, más de lo que el tanque de reserva podía reponer, antes de que la pasta fluyese y se endureciese para cerrar un agujero de ese tamaño. Falta de oxígeno además del trauma; el corazón podía fallarle en cualquier momento. -Greenbaum, busca una botella de aire y un enganche dijo Dagny. Tenía que decirle a cada uno qué hacer exactamente, o chocarían entre ellos-. Royce, Olson, atended a Etcheverry y Graf. -Los casos de conmoción-. Los demás, palancas, palas, quitadle esta mierda a Joe. ¡Con cuidado!

Librodot

-Maldita sea, a un lado-oyó. Era un bajo retumbante, sorprendente como el de Anson Guthrie pero con acento. En la pantalla trasera vio a su interlocutor acercarse. Debían de ser los geólogos. Nadie del campamento principal o de la mina podía haber llegado tan rápido. No podía permitir que cualquiera se entrometiese.

-¿Qué quieren?-exigió Dagny.

-Sacre putain de l'archevéque anglais! Se morirrá sin airré. Échese a un lado. -El recién llegado se agachó, la agarró por los antebrazos, la levantó y la dejó a un lado.

Dagny se tragó la furia. Edmond Beynac, tenía que ser él, sabría mejor que ella cómo manejar ese tipo de emergencia. Y sí, su compañero traía un tanque con un enganche. Desde lo alto de la escalera probablemente habían visto lo sucedido, habían pensando en lo que sería necesario y lo habían recogido. Jesús, eso era pensar rápido.

Los dos hombres se agacharon a ambos lados de Packer y se pusieron manos a la obra con habilidad.

-Greenbaum, ya no importa, vuelve y ayuda -Dagny recordó decir.

De pronto Beynac se puso en pie. El equipo se reunía con todas las herramientas. Dos hombres empezaron a apartar las rocas.

-¡Así, no, imbéciles! -rugió Beynac-. ¡Maldita sea! Los trozos podrían rodar sobre él. Comme ci. -Arrancó una barra de las manos más cercanas e hizo una demostración.

Sí, pensó Dagny, las cosas eran diferentes en Selene, una gravedad menor implicaba menos fuerza de fricción y.. Oyó un murmullo de resentimiento.

-Obedecedle -ordenó-. Ahora es el jefe.

Era evidente que los hombres del pozo habían recibido órdenes de quedarse y lidiar con los daños, pero empezaban a llegar los primeros del campamento. Dagny fue a organizarlos. Luego volvió con Packer, que había sido liberado y estaba en brazos de Beynac.

-Lo llevaré al vehículo y le darré primeros auxilios -le dijo el geólogo-. Quisá entonces los médecins... los médicos puedan salvarle la pierna. -Sin esperar confirmación, se alejó por el cráter lunar.

Fueron cuatro los reunidos en la oficina principal. Pertenecía a Miguel Fuentes, jefe de operaciones en Rudolph. Dagny Ebbesen estaba allí como supervisora de coordinación y a Edmond Beynac se le había invitado por su experiencia. El cuarto era Anson Guthrie. Hablaba desde la Tierra por medio de una imagen en el telemonitor que había sobre la mesa.

Oficialmente, no tenía nada que hacer allí. La mina, como Tychopolis y casi todo lo demás en Selene, era una empresa de un consorcio internacional bajo supervisión de las Naciones Unidas. Pero Fireball era el contratista para todos los consorcios, y no sólo para los servicios de transporte espacial. Además, aquélla era una evaluación preliminar informal.

-La investigación del gobierno tardará meses y fastidiará más a los contribuyentes que el coste de las reparaciones -predijo-. Lo que podemos esperar hoy es llegar a las mismas conclusiones que ellos y planear con eso en mente.

-¿Qué planes hay que hacer? -preguntó Fuentes-. Un meteorito de semejante tamaño es ya de por sí un acontecimiento raro, y luego fue sólo casualidad que chocase tan cerca del personal. No podemos permitir que un accidente así nos detenga, ¿no? ¿O son los políticos realmente tan estúpidos?

Hizo la señal de espera con tres dedos en dirección al holograma, y todos se mantuvieron en silencio mientras las ondas de radio recorrían el espacio y volvían. Dagny

fue consciente de lo pequeña que era la habitación, lo llena de aparatos que estaba, la sensación de pequeñez aliviada sólo por un par de imágenes chillonas colgadas de las paredes... escenas de Florida, supuso, de una exuberancia patética en un lugar como aquél. El reciclador de aire tenía algún tipo de problema que daba al flujo que salía del ventilador un cierto aroma metálico. Deseaba estar fuera.

-Los políticos no son necesariamente más estúpidos que nosotros, incluyendo a los presidentes de la junta de accionistas-dijo Guthrie-. He estudiado los informes preliminares. La roca no era tan grande ni es taba tan cerca como para causar tanto daño. Es evidente que encontró un fallo de diseño; pero pensábamos que habíamos diseñado para la peor eventualidad posible, ¿no? ¿Qué pasamos por alto? Si podemos descubrirlo rápidamente, y también cómo arreglarlo, sabremos qué contarle a la comisión. Luego podrán tomarse todo el tiempo que quieran, mientras nosotros hacemos lo que sea necesario. -Se acarició la barbilla-. Vosotros sois los que estáis ahí. ¿Alguna idea?

Dagny miró a Beynac al otro lado de la mesa. Descubrió que le gustaba hacerlo. Tenía unos treinta años, suponía ella, y era un poco más alto que ella y fuerte, con una larga cabeza, cara cuadrada, nariz recta, mejillas prominentes, pelo marrón espeso, ojos verdes. No exactamente guapo, no. Pero cómo irradiaba masculinidad.

-Usted es el geólogo, doctor Beynac. -dijo con cuidado, porque su comportamiento anterior parecía indicar que era fácil hacerle enfadar-. ¿Podrían tener propiedades poco comunes las rocas locales?

-No. Yo mismo investigué la zona hace dos años. Cuando se encontró el depósito, un estudiante mío, un joven competente, hizo un estudio más preciso. Si hubiésemos advertido posibles problemas, habríamos hecho las recomendaciones oportunas. -Al no estar sometido a presión, hablaba inglés con acento sólo en las vocales y el ritmo.

-Por supuesto erijo ella-. Pero me refiero a ondas sísmicas. ¿Cómo se transmiten en esa zona?

-¿Hein? Los movimientos sísmicos lunares son insignificantes, sólo de interés científico.

-Lo sé. Pero me preguntaba cómo pudo llegar la onda del impacto.

-No con la suficiente intensidad para derribar nada -contestó él-. Lo vio.

Dagny se encabritó.

-Sí. También vi lo que se rompió. Algunas fuerzas tuvieron que ser responsables. ¿De dónde vinieron? Del impacto. ¿Cómo llegaron allí? Por el suelo. -Impulsiva-: Eso debería ser evidente para todos. Él no estalló. En su lugar, su mirada se hizo más atenta.

-¿Tiene una hipótesis?-murmuró.

-Una bonita palabra para una suposición loca -admitió Dagny-. Pero he estado pensando. ¿Qué tal suena esto?-Se dirigía también a Fuentes, y especialmente a Guthrie-. Una frecuencia de resonancia hace que ese pilón en particular vibre. Eso a su vez envía una onda por el cable y hace que la góndola se comporte como un péndulo. Si debajo había una capa de rocas que resonase con el impacto, el impulso podría repetirse y las oscilaciones serían cada vez mayores.

Beynac se enderezó de un golpe.

-¡Pardieu! -exclamó-. Creo que quizás... -Se echó hacia atrás, con los ojos medio cerrados-. Quizá. Déjenme pensar si eso es posible. Una componente transversal... -Se retiró a su cerebro.

-La probabilidad es ridícula-objetó Fuentes-. El sistema hubiese tenido que tener la carga y la configuración justa en el momento exacto.

Dagny asintió.

-Claro. Lo que propongo es un caso aún peor de lo que nadie ha imaginado. Es simplemente que no tengo una idea mejor. ¿La tiene usted? Tendrán que recoger datos, hacer pruebas de laboratorio y utilizar modelos informáticos para comprobarla. Pero quizá hoy Beynac pueda decirnos si vale la pena hacerlo.

Las palabras de Guthrie se superpusieron a las últimas de ella. -Maldición, ¡creo que lo has agarrado por el rabo! ¡Muy bien, chica! -Su sonrisa y el guiño añadían: *Cómo desearía poder jactarme de ti, nieta mía-.* Y si tienes razón, no tenemos de qué preocuparnos. Podría sacar cientos de escaleras reales jugando al póquer antes de que esas condiciones se repitiesen.

Beynac se agitó, volvió a abrir los ojos y habló entre dientes. -No es cierto, señor. -No estando dispuesto a esperar por el retraso en la transmisión, siguió hablando-: Sí en ese accidente en particular. Debo hacer el análisis, pero creo hoy que la señorita ingeniero Ebbesen tiene razón en lo básico. Sin embargo, me interesan los meteoritos. El objeto era miembro del Enjambre Beta Táurida. La precesión orbital lo está convirtiendo, una vez más después de varios siglos, en una amenaza. Consideren lo que acaba de suceder como una advertencia. Todos los meses de junio, cierren las operaciones polares desde la salida hasta la puesta del sol.

Fuentes se puso rígido.

-¡Un minuto! ¿Sabe lo que significará eso? Beynac se encogió de hombros.

-¿Y? Yo soy un científico. Hago mis honradas recomendaciones. Los costes son su departamento.

Deferente, sin ser servil. Fuentes pidió una pausa para Guthrie.

El señor de Fireball mostró su sonrisa extrañamente encantadora. -Thank you -dijo-. Yo también me he estado preocupando por ese asunto durante una temporada. Hágame un favor y no convoque una conferencia de prensa inmediatamente, ¿vale? Recogeremos los datos, las cifras y los cálculos, y lo haremos público. Es muy importante. Los impactos mayores son una amenaza también para mamá Tierra. Los dinosaurios lo aprendieron por las malas; y si el objeto de Tunguska hubiese golpeado horas después, hubiese destruido la mayor parte de Bélgica.

Beynac miró la imagen con respeto renovado.

-Podría ser que la especie humana sacase algo del impacto de Rudolph-siguió diciendo Guthrie-. Podríamos conseguir apoyo para una patrulla espacial que siguiese a los meteoroides, y que desviase o destruyese a los mayores. -Rió-. Fireball se presentará al concurso de ese contrato.

-Otra razón para que los humanos ocupen la Luna -dijo Beynac en voz baja, sorprendiendo a Dagny.

Recordó otras muchas razones.

Energía. Colectores solares Criswell orbitando el globo para enviar a la Tierra energía eléctrica limpia y barata, casi ilimitada.

Ciencia. Astronomía en la cara oculta, una plataforma estable, un escudo del tamaño de un planeta contra las interferencias de radio y la contaminación luminosa. Química, biología, fisiología y agronomía bajo condiciones únicas e interesantes. ¿Quién podía predecir qué más? Industria. En ese momento, especializada y pequeña. Con el tiempo, gigantescas factorías de todo tipo, sin estar rodeadas de ninguna biosfera vulnerable, los productos enviados con facilidad al mundo materno en contenedores aerodinámicos que descenderían con suavidad hasta su destino. O que serían enviados al espacio profundo...

Astronáutica. Construyendo la flota y alojándola, al menos hasta que la humanidad hubiese echado raíces en otra parte. Y el futuro. Sí, la Luna era pobre en elementos pesados, no tenía aire, ni agua; pero riquezas así aguardaban sin límites en los asteroides y los cometas, junto con el día en que ya no fuese necesario arrancarlos de la Tierra viva. Aventura, descubrimiento, hazañas que realizar y canciones que cantar.

-¡Lo haremos! -gritó.

Se le calentó la cara. Aquélla era una reunión de negocios. ¿Por qué no había sentido la llegada de un estallido tan infantil y lo había suprimido? Fuentes, ese hombre tan correcto, parecía algo avergonzado. La imagen de Guthrie todavía no había podido demostrar ninguna reacción. Ella suponía que sonreiría indulgente y seguiría con la conversación. Beynac... Beynac la miraba. Y sonreía.

-Muy bien, mademoiselle-dijo.

5

La luz del sol penetraba desde arriba y se dividía en un millón de brillos danzarines. El mar era de azul zafiro, azul turquesa, azul cobalto, amatista, oleadas y remolinos sobre un amplio y suave mar de fondo. Susurraba y retumbaba, los sonidos tan delicados como el viento y tan profundos como el mismo mar. Al este, un banco de cúmulos se elevaba blanco sobre una delgada franja que era tierra. En todas las otras direcciones, hasta donde alcanzaba la vista, sólo se veían colores en movimiento, y sólo se apreciaban olores de sal y aire.

Entonces, el día se tornó oscuro. Durante un momento, Aleka sólo fue consciente del eidófono que tenía frente a ella, las imágenes en su pantalla y la furia de sus altavoces. La conciencia completa regresó, pero el calor y el brillo que la bañaban se detenían en su piel.

Una pequeña pérdida, un pensamiento casual. Ya había estado de un humor mucho peor, mientras se dirigía a su cita.

El tiempo era como un tiburón a su espalda. Se puso en pie de un salto y se inclinó por el lado de babor.

-Ka'eo-gritó-. ¡Hele mail ¡A bordo, áwiwi!

Su compañero salió del agua y saltó sobre la borda baja. El bote se inclinó. Volvió a su posición cuando el cuerpo se deslizó por la cubierta hacia el centro, delante de la cabina donde estaba ella.

-Káohi mai'oe -le advirtió: agárrate rápido. El nadador metió las aletas delanteras en un par de anillas sujetas a la estructura. Su lustrosidad oscura goteaba y relucía.

Habían estado avanzando a cuatro o cinco nudos, porque Aleka no tenía prisa por encontrarse con esa gente que la esperaba. Hizo que el barco saltase. En un minuto estaba planeando, arriba y abajo en sal tos de águila, hacia delante al galope de un unicornio. El motor ronroneaba tranquilo, siendo casi la mitad de eficaz que el impulsor de plasma

de una astronave, pero el aire rugía alrededor de la pantalla de hialón que tenía frente a ella.

A través de la pantalla, la mirada marrón líquida de Ka'eo se encontró con la de la mujer. Él ladró y gruñó lo suficientemente alto para que ella lo entendiese. El lenguaje era básicamente anglo, con muchas palabras tomadas prestadas del japonés y el hawaiano, y cierto número, que parecía mayor cada año, que eran puramente de la Keiki Moana. Pero ninguna boca humana hubiese podido dar forma a esos sonidos.

-[¿Qué nos apresura, hermana de juramento?]

Aleka tocó un disco en el panel del piloto y un rayo portador supersónico le dio la respuesta, clara a través del alboroto, en la versión que hablaba ella de la misma lengua.

-Una lucha entre los inspectores y algunos kauwa. Al menos dos muertos. -Miró la transmisión en la pantalla plana, diminutas imágenes, gritos que apenas podía oír entre el estruendo de su velocidad.

A sus ojos, el rostro de la foca no cambió, exceptuando los bigotes, que se pusieron erguidos en el hocico y los colmillos que relucieron brevemente. En ocasiones se había preguntado qué leían los de su especie en las expresiones móviles de ella. Quizá eran demasiado extraños para que un juego de expresiones humanas significase algo. Sintió horror en su tono.

-[Es malo, malo como una orca. ¡Habla con ellos, hermana mía! ¡Haz que se detengan!]

Como una locura le vino a la mente otra pregunta, ¿de dónde provenía esa expresión? Los cetáceos asesinos no aterrorizaban aquellos mares. Sin duda, la Keiki Moana las había visto en programas documentales y demás, pero ¿por qué su nombre había entrado en el lenguaje y además como palabra para el mal? Durante siglos, su propia especie se había compadecido y había protegido a los que quedaban de esos pobres animales.

¿Era el cerebro superior de la gente del mar una cubierta tan nueva y delgada que todavía le dominaba el terror a las bestias que habían comido a sus antepasados? En ese caso, ¿qué otros instintos permanecían?

«Metamorfo» era una palabra muy fácil de decir. ¿Era una idea igualmente fácil de pensar? Unos organismos en los que el ADN había sido modificado para producir algo nunca antes visto en la naturaleza: microbios que descomponían o aislaban los residuos tóxicos; árboles con savia que era combustible, animales exóticos; animales parlantes; selenitas. Pero cuando cambias el cuerpo de esa forma ¿qué cambios produces en la mente? ¿En el alma?

Quizá tan sólo fuera cierto Keiki que había vagado hacia el lejano norte, sin que los humanos lo supiesen, y había traído relatos de las orcas. O quizá no. Qué poco sabía de esa gente, sus amigos y compañeros en el Lahui Kuikawa.

No importaba todavía, sobre todo si los asesinatos seguían produciéndose. Se obligó a estabilizarse, recitó el mantra del tulipán siete veces, sintió la dolorosa tensión dejar su espalda y el temblor abandonar sus manos.

-Mayor Delgado, please -dijo al teléfono, en anglo del continente. El rostro pálido de un hombre apareció en la pantalla-. Voy a toda velocidad. Pero ¿no puede controlar la situación?

El oficial a cargo del equipo de investigación de la Autoridad de Paz se mordió el labio.

-Lo intentamos -chirrió-. No escuchan. ¿Nos entienden? -Quizá no. Cada vez es más habitual que sus jóvenes no tengan contacto directo con nosotros. Pero ¿qué está sucediendo?

-En estos momentos estamos en un punto muerto. Mire. -Delgado movió un escáner por los alrededores y Aleka vio.

La nave de su equipo, un pequeño sumergible con una torreta de observación, estaba cerca del borde de una biozona. A estribor, la alfombra verde y ligeramente trenzada de la vegetación se extendía hasta perderse, formando olas y corrientes, bebiendo luz, uniendo los átomos para formar materiales deseados por sus diseñadores, en ese caso, eso sabía Aleka, bases vfricas anticarcinoma. En perspectiva, se paseaba un asistente, resplandeciente, ignorante de todo menos de su deber, una máquina versátil con un programa capaz de aprender algo y adaptarse mucho, pero aun así un robot sin conciencia.

A babor, venas de sangre se doblaban brillando horripilantes. Golpes repetidos de espuma mostraban dónde un cuerpo se sumergía, cortando o golpeando el agua como si fuese el enemigo. Aquellas formas daban vueltas a la nave, una y otra vez, más de las que Aleka hubiese imaginado, dos o tres veintenas. El clamor de las gargantas le llegaba débil a través del teléfono, áspero y discordante. El equipo de Delgado se había distribuido por la barandilla, diez hombres y mujeres con uniformes azules de campo. Cada par de manos sostenía un arma.

La imagen volvió al rostro del comandante.

-He pedido por el amplisonor paz una y otra vez -dijo desesperado-. No prestan atención. Para nosotros no son una amenaza real, por supuesto, pero ¿qué podemos hacer?

¿Sumergirnos? ¿Abandonar la zona?-Se puso tenso-. No podemos permitir que esos criminales piensen que han ganado.

-Aguante -dijo Aleka. Pidió su posición. Apareció en la consola del piloto-. Estaré ahí en unos diez minutos. -Tomó aliento-. ¿Qué ha ido mal exactamente? Please, empiece por el principio, sir.

En el mundo más allá de Hawai había aprendido el valor de la cortesía, incluso de la deferencia cuidadosamente medida. Además, sus breves encuentros con Delgado le habían dejado con la idea de que era un hombre decente. Si su labor lo oponía a ella, no era culpa suya; y si podían unirse para evitar más muertes, ¡debían hacerlo!

Él asintió.

-Of course. En nuestro recorrido hemos encontrado múltiples pruebas de infracciones, especialmente ecológicas; pero podrá oír los detalles más tarde, cuando presentemos el informe. Sin embargo, no vimos nada tan descarado como aquí, donde nos hemos encontrado con esta banda de focas... uh, metamorfos... saqueando abiertamente los peces, peces necesarios para la salud de la diversidad. Probablemente ya sabe a cuáles me refiero.

Aleka lo sabía. No eran los pequeños rehiletes desarrollados para comer parásitos, eran los podadores que mantenían las plantas marinas bien podadas: la tentación gorda y perezosa encarnada.

Delgado parecía sentir alivio al hablar metódicamente.

-Les pedí que lo dejasen. No me hicieron caso. Hice que nos acercásemos sin resultado. Miss, nuestro deber es para con la ley y el bien general. Se acercaban más y más focas. Estaba claro que el pillaje lo realizaba un gran grupo. Envié abajo a un hombre con una aleta de buceo y un aturdidor. La idea era acertar a algunos de ellos, sólo algo doloroso, entienda que sin intención de hacer daño permanente, con la esperanza de que se dispersaran. En su lugar, dos de ellos subieron a la aleta, antes de que nuestro hombre pudiese verlos, y le atacaron. Miss, sabe que son animales grandes, con dientes afilados. Sus compañeros de pelotón dispararon desde cubierta y los mataron. Con toda justicia. Él regresó. Ahora las criaturas actúan como si pensasen que estamos diezmándolos. Por supuesto, al saber que estaba usted de camino, la llamé.

Suspiró.

-Desearía, ahora, que se hubiese unido a nosotros antes, sí, que nos hubiese acompañado desde el principio. Pero eso es en retrospectiva, ¿no?

-Su plan era razonable dadas las circunstancias, mayor -le concedió Aleka.

Interiormente, preparándose para el encuentro que le esperaba, repasó las circunstancias: quejas, sospechas, pérdidas demostradas, incidentes violentos, sin mencionar la demografía. La Autoridad de Paz iba a acabar investigándolo. En todo caso, la sorpresa estaba en saber cuánto esperarían. Delgado había dejado caer indirectas, sobre las esperanzas de que los del Lahui podrían de alguna forma resolver el problema entre ellos, ayudando así a que toda la gente del planeta creyese que las tribus, cantones y etnias de la Tierra funcionaban, porque eso ayudaba a que la gente se sintiese feliz y tranquila... Sí, cuando al final no quedaba más remedio que montar una investigación oficial, tenía sentido que los primeros inspectores fuesen por sus propios medios, todo lo preparados que pudiesen estar por medio de bases de datos y vivíferos. Consciente o inconscientemente, un guía local podría confundirles.

Pero Aleka era, de hecho, un contacto humano, en el Lahui, entre la Keiki Moana y el mundo exterior. También tenía sentido que finalmente ella y un metamorfo se uniesen al equipo, para discutir sus experiencias, y para llevarle a cualquier otro sitio que creyesen

debían visitar para observar los acontecimientos. Que estuviesen de camino al estallar la batalla había sido una coincidencia.

No se trataba de una coincidencia muy improbable, pensó Aleka. No cuando comprendías cómo bullían los conflictos en aquellas aguas. Delgado frunció el ceño, como si hubiese decidido que se había mostrado demasiado blando.

-Éstas no son las primeras muertes -afirmó-. Ya han muerto humanos.

-No sólo humanos -contraatacó Aleka.

Casi podía oírle pensar, eligiendo las palabras. Después de todo, los metamorfos conscientes tenían todos los derechos bajo la ley, ya descendiesen de una especie o de otra. Los sofotectos los tenían, y no se podía decir que tuviesen antepasados... si «derechos» en el sentido tradicional podía aplicarse a inteligencias inorgánicas, pensó Aleka mientras esperaba.

-Las actividades destructivas han sido realizadas... casi por completo... por los... seres foca erijo Delgado-. Los humanos a los que mataron simplemente deseaban impedirlas. -Habían llegado allí casi por casualidad, y habían reaccionado con mayor ímpetu del que era prudente. Pero ¿cómo esperaría uno que respondiese el furor?

-Siete en total -contestó Aleka-. Y algunos heridos. La Keiki Moana perdió muchos más. -Los humanos, por lo general, tenían herramientas en sus barcos, cuchillos, tridentes, ganchos, anclas, que podían emplearse como armas letales. Como los mismos botes, si se embestía con fuerza.

El rostro de Delgado quedó petrificado.

-Esto va a terminar, miss. Y no dije que los humanos no tuviesen culpa.

Ella creía comprender lo que pretendía decir. Sintió un escalofrío. -Espere -repitió-. No provoque nada. Mi compañero y yo estaremos allí soon.

Él asintió y salió del campo del escáner, aunque dejó que el teléfono siguiese transmitiendo. Aleka miró al frente, más allá de la masa de Ka'eo. El sumergible se encontraba ya en el horizonte, como un punto lejano pero creciendo. Cambió al control manual y puso las manos a bailar sobre la consola. El bote enfiló curso y siguió adelante. -¿Seguiste la conversación, Ka'eo?-preguntó.

-[Creo que sí, hermana de juramento] -fue la respuesta. -¿Qué te parece? -Como hablaba con un Keiki lo que dijo fue literalmente: «¿Qué obtienen tus sentidos de estas aguas?»

-[Aguas revueltas entre arrecifes.] -Se quedó en silencio durante un momento. Rápidos como flechas en la cacería, su pueblo a menudo era lento y cuidadoso al pensar, como si la habilidad le resultase tan nueva que todavía le tuviesen mucho respeto. Aleka se preguntaba si no sería exactamente así. Habían pasado unos pocos siglos desde el experimento que había dado nacimiento a su especie... ¿Se habían comportado de forma similar los humanos al pensar por primera vez?

-[Kauwa] -dijo, todo lo bien que podía pronunciar la palabra. La valoración era evidente, pero lo que dijo a continuación surgía de su experiencia-. [No están aquí en este preciso momento por casualidad. No, forman una banda, bajo un liderazgo que ha planeado la incursión. En caso contrario, ya se hubiesen dispersado. Deben de tener redes o bolsas bajo el agua, que llenan de peces para llevar a casa. Pero para ellos el hogar no debe ser una colonia fija o tendríamos noticias de ella. Deben desplazarse entre islotes, rocas, pequeñas calas y playas deshabitadas, siguiendo algún plan. Es el germen de una... una nación, hermana de juramento.]

Aleka hizo una mueca.

-Nómadas. Eso suponía. ¿No era inevitable tarde o temprano? ¿Por qué atacaron cuando se les pilló robando? ¿Por qué no huyeron?

-[El ataque debió de ser en furor por esos dos muertos. Está claro que el macho alfa ordenó a los otros que se contuviesen, pero también que se quedasen. Debe pretender mostrar fuerza, decisión.]

Su corazón dio un traspié. Volvió a ponerse en marcha mientras la voz ronca y resonante seguía hablando.

-[Pero quizá espera negociar o, al menos, hablar. Sabe que no ganará. Si tiene algo de inteligencia, sabrá que ninguna nación kauwa puede sobrevivir durante mucho tiempo si la gente de tierra se dedica a la caza. Ni tampoco vale la pena sobrevivir teniendo sólo las tonterías que puedan robar, sin escritura, imágenes, robots, máquinas y herramientas.]

Sin manos, pensó Aleka. Sintió la mordedura de la tristeza. ¿Con qué derecho aquellos científicos habían hinchado esos cerebros, para crear criaturas que no eran ni buenos humanos ni buenas focas? La in vestigación sobre la naturaleza de la inteligencia no era excusa suficiente. Aquellas mentes científicas deberían haber sido emuladas, para que ardiesen en un infierno virtual.

No. Se controló. Si fuese posible retroceder en el tiempo, ¿con qué derecho iba ella a anular la creación de seres que amaba tanto, compañeros de juramento del Lahui y fuente de su identidad? Ka'eo era lo que era, un buen Keiki Moana. Era preciso abrir un camino para que su especie alcanzase la satisfacción.

Sintió frío. El bote se acercaba a la nave de la Autoridad. Apagó el motor. El ruido desapareció, el casco reposó en el agua, abriendo las olas, arrojando sal a sus labios, mientras se deslizaba hacia los proscritos.

La habían visto llegar y se habían quedado en silencio, oscuridad nadando en el oleaje. La luz del sol se reflejaba en los pelajes mojados y los grandes ojos. Ka'eo soltó las aletas, giró y les gritó.

La imagen de Delgado apareció en la pantalla. Aleka le vio de pie sobre cubierta cerca de la torreta, en medio de la tripulación armada. -¿Qué hace?-exigió saber.

-Intenta realizar el contacto, mayor -contestó Aleka-. Con suerte, negociaremos.

-¿Qué? No, no puede. Se trata de criminales. Hemos mantenido contacto con la estación en la costa. Activó los biomonitores en la zona, y se ha realizado un informe de daños...

-Please. No vamos a firmar un tratado. Puede que encontremos una forma de acabar con este asunto sin derramar más sangre. Tendremos mejores oportunidades si no nos molestan. Si no se les molesta.

Delgado enrojeció, luego tragó, asintió y se hizo a un lado. Era un oficial capaz, comprendió Aleka. Simplemente le habían colocado en una situación que no comprendía. ¿La comprendía ella misma?

Una estela venía tras una forma larga. Llegó hasta el bote. Una cabeza llena de cicatrices se levantó para mirar sobre la borda. Después de un rato, Ka'eo saltó para unirse al jefe.

Lo que sucedió durante la siguiente hora no estuvo del todo claro para la mujer, y en ocasiones ni siquiera lo supo. Los miembros de la Keiki Moana se comunicaban entre sí usando algo más que el lenguaje. A menudo se sumergían, permaneciendo allí durante minutos; o atravesaban el grupo, tocando morros, acariciando aletas; o flotaban mudos e inmóviles. Dos pájaros fragata pasaron volando, con las alas y las colas como espadas

desnudas. Las nubes al oeste parecían crecer mientras la oscuridad aumentaba bajo ellas; cayó una lluvia azul y gris, y Aleka oyó su susurro a través de los kilómetros.

Al final, también ella pudo hablar.

-[Así fluirá esta marea] -dijo finalmente el macho alfa y volvió con sus seguidores. Hubo un estruendo breve. Como si fuesen uno, se sumergieron. Pasó un tiempo antes de que los viese salir, lejos, en dirección al norte. Varios de ellos toaban redes llenas de una cosecha reluciente.

-¿Qué es esto?-gritaba Delgado-. ¿Qué ha hecho?

Aleka suspiró. La hora la había agotado, dejándola sin fuerzas. -Acordamos que podían irse...

-¿Libres?¿ Llevándose el botín? ¡No!

-Sir, perdieron a dos camaradas, tienen heridos y su esfuerzo ha valido para bien poco. Los peces que se llevan ya están muertos. Si les deja irse, dejarán las biozonas en paz durante tres meses según la luna, y tampoco atacarán los bancos de peces criados. Subsistirán como mejor puedan con lo que consigan atrapar en las zonas salvajes. Mientras tanto, su líder negociará con... representantes aceptables de su bando; buscando un acuerdo permanente. Si lo prefiere, puede perseguirlos e iniciar hostilidades de verdad, pero creo que ha salido usted bastante bien parado del asunto.

Delgado se mordió el labio.

-¿Vendría a bordo a aclararlo más, miss?-dijo finalmente. -Oh, sí, sí.

Al acercarse, el pulso de Aleka se aceleró. Se recitó el mantra de la espina y• volvió a sentir cómo fluía la fuerza desde su fuente interior. Un único salto la llevó hasta el exterior de la cabina del piloto; agarró la barandilla con una mano, puso los pies desnudos sobre la superficie metálica, caliente por el sol, del sumergible y se subió a cubierta. El bote se alejó, con Ka'eo vigilándolo.

Los policías miraron a la mujer, los hombres con placer. Veían a una joven de veintiocho años, de mediana altura, vestida con un pantalón corto y top. Nadar, correr, escalar y el ejercicio vigoroso habían modelado una figura espléndida. Muchas razas humanas se habían combinado bajo una piel morena, un ondulado pelo negriazul que le caía hasta por debajo de las orejas, cabeza redonda, rostro ancho, nariz pequeña, boca llena, ojos castaños. Disciplinados, los miembros del pelotón permanecieron en sus puestos mientras un hombre la acompañaba hasta Delgado.

Con rigidez, el comandante le dio la mano. La palma era dura. -Welcome-dijo-. Creo que no conoce al doctor Zaid Hakim. Se unió a nosotros como observador del Ministerio de Medio Ambiente. Doctor Hakim, miss Aleka, uh, ¿Kame?

Ella sonrió.

-Alice Tam, si prefiere hablar en anglo estricto -dijo-. Good evening, sir.

Hakim, vistiendo ropas civiles de faena, se inclinó.

-Cómo se encuentra -contestó. El uso era académico, el acento cortante-. Mis felicitaciones por una actuación extraordinaria. ¿Me equivoco al suponer que habla usted por su comunidad, señorita Tam?

-Sí -le dijo Aleka sorprendida-. Ninguna persona puede hacerlo. Soy, podría decir, una intérprete. -Pero ¿por qué iba él a saber mucho sobre su gente? ¿Cuántos grupos diferentes había en el mundo? ¿Medio millón? Y muchos de ellos eran variables como la espuma. El Lahui Kuikawa comprendía unos diez mil humanos en una pequeña isla de

Hawai y quizá unos cincuenta mil de la Keiki Moana, quizá muchos más, rondando por el mayor de los océanos.

¿Les había protegido la oscuridad? ¿Oscuridad que se estaba acabando?

-Bajemos para hablar -propuso Delgado. A la tripulación-: Descanso, pero manténganse alerta.

El camarote parecía frío y oscuro después del agua brillante del exterior; era pequeño, pero estaba adecuadamente equipado. Aparecieron tres sillas.

-Siéntese -le dijo Delgado-. ¿Desea tomar algo?

Un servotubo trajo café para él y Hakim y una cerveza para Aleka. Creía que se la había ganado.

Se la estaba ganando aún. El rastro de sabor se desvaneció de su conciencia cuando Hakim habló.

-Sí, fue espléndido, señorita, pero me temo que básicamente fútil. -Levantó una mano-. No, no, no vamos a perseguirlos. Sin embargo, la Federación no puede llegar a un acuerdo con una banda de forajidos.

Aleka reforzó su espíritu. -No lo son, sir. -Entonces, ¿qué son?

-Nada que... la Federación pueda describir con una palabra o una ley. Son kauwa.

-Por favor, explíquese.

-¿Por dónde empiezo? «Kauwa» en hawaiano actual normalmente quiere decir sirviente, pero también tiene un significado antiguo de proscrito, un exiliado, no necesariamente un enemigo público pero alguien que no encaja en la sociedad, quizá porque su nacimiento fue irregular, porque no se ajusta a las reglas, o simplemente ha permanecido demasiado tiempo alejado de su gente.

-Debo recordar la palabra -dijo Delgado-. El mundo tiene muchos así.

Aquellos hombres no eran sus enemigos, pensó Aleka. No querían oprimir a nadie. Eso los volvía más peligrosos.

-Well -siguió diciendo-, al aumentar el número de la Keiki Moana, tuvieron naturalmente que alejarse más para sobrevivir... Esperen. Déjenme terminar, please. No podían ni debían seguir siendo pensionistas; aislados y alimentados. No son animales de compañía ni fieras de espectáculo, por amor de Pele, ¡tienen inteligencia! Tienen un destino que cumplir, una cultura propia que desarrollar, y no podría ser la misma que la nuestra. ¿Esperan que los sofotectos piensen y actúen como ustedes? Entonces, ¿por qué deberían hacerlo los metamorfos? ¿Y qué podríamos aprender, qué podríamos obtener como inspiración, de una civilización orgánica no humana?

Casi había dicho «viva», pero se corrigió. Mejor sería no manifestar ningún antagonismo hacia la inteligencia artificial, no, mejor llamarla inteligencia electrofotónica. Por lo demás, las palabras empezaban a fluir con suavidad. ¿En cuántas ocasiones las había usado con gente del exterior, intentado explicar?

-Para eso, tienen que ser autosuficientes. Ya saben de los ranchos de peces, la domesticación de delfines, acuacultura, empresas recreativas, trabajos de salvamento y recuperación, exploraciones científicas y todo lo demás, lo que fuese que pudiesen hacer junto con humanos, en el mar y los arrecifes. Exigía mucha mano de obra, pero era viable porque ahorraba el capital de la robotización. Las ganancias nos permitieron, en el Lahui, dar una vida a nuestros poetas, pensadores, cantantes, artistas, bailarines, inventores y soñadores. Nuestros espíritus.

Pero la robotización llegó a ser barata. Y la población Keiki creció. Y la pobreza también. Cada vez en mayor número debían salir a cazar. Cada vez en menor número mantenían contacto directo con el Lahui, el núcleo de la sociedad. Ése es el origen de la kauwa, sirs. La gente pobre, la gente en el margen. Sí, algunos de ellos han regresado a una especie de salvajismo. Pero ¿quién podría echárselo en cara? Aleka tomó aliento.

-Perdónenme si he repetido lo que sabe todo el mundo -terminó diciendo-. Ya sé que lo había oído antes, mayor Delgado. Pero en ocasiones es difícil saber qué se conoce bien en la Ortoesfera. Hakim levantó las cejas.

-Entonces, ¿considera que su... Lahui pertenece a la Heterosfera? -preguntó.

-Well, no tenemos mucha relación con el cibercosmos y la economía global. Supongo que sí, que para ustedes todo debe parecer kauwa. -Desafiante, Aleka bebió de la cerveza.

Si la rebelión Lyudov hubiese tenido éxito, o se hubiese llegado a algún punto medio, en el que se hubiesen establecido límites a las máquinas. Pero no era más que un sueño. Había sido una causa perdida desde el principio; y quizá con razón. No tenía sentido dar una visión romántica de una vida salvaje que había desaparecido mucho antes de que ella naciera. Yuri Volkov había dejado de hacerlo... y habían acabado separándose.

-Sus amigos metamórficos podrían tener comida suficiente y lo que pudiesen necesitar si lo pidiesen-dijo Hakim-. No tienen más que respetar la ley, dejar de dañar la propiedad y la ecología.

-¿Renunciar a su libertad? -fue el desafío de Aleka-. Cazar está en sus genes.

-Los humanos se adaptan.

-Los humanos han tenido mucho más tiempo y muchas más oportunidades. El mundo es creación suya. Y tampoco estoy segura de lo bien o felizmente adaptados que están la mayoría de los humanos.

-Dadas las adecuadas restricciones en la población, se podría permitir cierta depredación en la vida salvaje, integrada dentro del ecosistema general. Pero la cacería de las focas está descontrolada y se está volviendo importante.

-El control de la natalidad tampoco está en sus genes. -De pronto, sintió lo desesperados que eran sus argumentos frente a aquella racionalidad tan implacable.

-En general, los humanos lo consiguen. -Hakim hizo una pausa-. Hay excepciones. Su pequeña sociedad, su, ah, Lahui Kuikawa, no ha reducido en mucho su tasa de natalidad. Me refiero a su participación, la de los miembros humanos. Ya están atestados en su isla, ¿no es así? Pronto tendrán que renunciar a su libertad, como dice usted.

-Necesitamos tiempo -pidió Aleka-. Claro que tenemos que estabilizar nuestro número. Los Keiki más cercanos a nosotros también lo saben. Trabajamos en ello, las dos especies, y llevaremos la idea a la kauwa. Tampoco son estúpidos. Pero una vida con tan pocos hijos, tan pocos bebés... ¡Dennos tiempo!

Quería seguir hablando: no es una cuestión de elección personal o que todo el mundo renuncie a lo mismo. Es que siempre hemos sido un pueblo joven. Alegría e impaciencia, amor súbito bajo la luna y casas llenas de críos, fiestas de cumpleaños, banderolas ondeando en la primavera, sí, y reverencia para con los ancianos, cuya sabiduría no han alcanzado muchos de nosotros, todas esas cosas y más siempre han sido nuestras vidas. No podemos transformarnos al instante.

Y además, la Keiki Moana son nuestros parientes de espíritu. Muy probablemente hemos aprendido más de ellos que ellos de nosotros. Nuestros antepasados cuidaban de su colonia, después de que se hiciera demasiado extensa para el refugio de la isla grande y

fuese trasladada a Niihau. (Fireball, el protector original, se había desintegrado. Guthrie en persona se había ido a Alfa Centauri. Alguien debía mediar entre esos seres y el mundo de hombres y máquinas. ¿Han olvidado la historia que nos dio forma?) Cuando empezaron a mantenerse por sí mismos, se unieron otros humanos, para ayudar y compartir. Selección: los nuevos miembros eran los que sentían la llamada del mar y el cielo abierto, de la villa y el barco, de la luz del fuego y las estrellas, apartándolos del mundo cibernético. Criaban a sus hijos de la misma forma. Los de la siguiente generación que no se sentían cómodos se iban. A los que les gustaba, se quedaban, y sus hijos a su vez pertenecían aún más al Lahui Kuikawa, la Gente Libre. Y eran hermanos de juramento de la Keiki Moana, viajaban con ellos, se reunían con ellos, se alegraban con ellos, lloraban con ellos, hasta que los fuertes instintos marinos despertaban ansias humanas que habían creído enterradas para siempre.

No, quería decir, no nos hemos ocultado. No hemos intentado recrear una edad de piedra ideal que nunca existió. Yo soy prueba de ello. Pero hemos creado una vida que nos pertenece, que es nuestra y no la dejaremos morir con facilidad.

Allí no tenía sentido. Ya había dicho lo suficiente. Hakim sonrió, algo arrepentido, pensó Aleka.

-La comprendo -le dijo-. Espero que después de más investigaciones pueda recomendar al gobierno que acepte su propuesta y vea si puede llegarse a algún acuerdo con la kauwa. Al menos, con esta banda en particular, y quizá única. Nos apoyaremos mucho en su Lahui civilizado, para que nos ayude en las negociaciones y luego para mantener el acuerdo.

La sonrisa desapareció. Agitó la cabeza.

-Pero para ser sincero, señorita, no espero que pase nada importante. En el mejor de los casos, los ladrones aceptarán recibir medicación, alimento o algo más. La historia sugiere que eso les hará perder la moral, animará al elemento criminal, y no reducirá la reproducción. Además, tendremos que tratar con su cultura, el Lahui. En muchos aspectos parece admirable. Pero ¿puede acomodarse, para ser sinceros, al mundo real?

Tiempo, deseaba gritar Aleka. Dennos tiempo, dennos espacio, tierra y agua donde no todo esté regulado o sea propiedad de alguien; déjennos en paz durante una generación o dos, hasta que nos hayamos transformado sin destruirnos.

Allí era inútil.

También era inútil seguir. Después de lo sucedido, el equipo no continuaría. Informaría y sin duda se le ordenaría regresar a la base, donde sería reasignado a nuevas funciones. Si se deseaba el consejo de Delgado o Hakim, estarían inmediatamente disponibles por telepresencia, en cualquier lugar de la Tierra.

Aleka tuvo la familiar sensación de estar tendida en una caja mientras se cerraba la tapa.

Sin embargo, permaneció a bordo durante dos o tres horas. Los hombres tenían preguntas que hacerle, sagaces pero corteses. Estaban más dispuestos a escuchar que a hablar. Inesperadamente se vio contándoles cosas de su hogar.

... la isla, una montaña que se alzaba sobre una zona coralina, huertos, prados, parques, antes encantadora en su soledad rodeada por el mar, pero ya con pocos lugares solitarios porque la villa había crecido hasta ser...

... la ciudad. Antes, una casa comunal, rodeada por las casitas de los habitantes, que se empleaba para las ceremonias, celebraciones y asuntos en común. Hoy, una docena de conjuntos similares servían a muchas'ohana...

... familias extendidas, cuyos miembros se ocupaban de cuidarse los unos a los otros desde el nacimiento hasta la cremación. Sí, claro que los niños sabían quiénes eran sus padres y recibían más amor y guía de ellos; pero los tíos, tías, primos, abuelos, bisabuelos eran igualmente íntimos y siempre eran bien recibidos. Sí, claro que la gente se peleaba, se enemistaba, mentía, estafaba, robaba, traicionaba, quizá más que entre individuos atómicos que forjaban y disolvían las relaciones con facilidad; pero su 'ohana encontraba la forma de arreglar las cosas. Además de los amigos, los ancianos honorarios y las costumbres tradicionales, tenían la influencia del luakini...

... el templo, donde asistían a los simples ritos y oían de nuevo las sencillas palabras del Dao Kai que Kelekolio Péla había pronunciado tanto tiempo atrás, la Costumbre del Mar para un pueblo marino. También realizaban reuniones seglares, donde aquellos adultos que lo deseasen podían debatir y votar las cuestiones públicas, y donde se juzgaban los casos. Los criminales se entregaban a la policía en Oahu, pero el peor castigo era el exilio, la expulsión de la isla, del 'ohana, de la gente...

... y sus canciones, historias, bailes, juegos, festivales, situaciones solemnes, algunas creadas por la Keiki Moana, todas especiales a la sensibilidad Lahui. La comunidad no intentaba aislarse, pero tampoco hacía nada por animar las visitas y, excepto con fines educativos, los niños no veían los programas del multiceptor antes de su iniciación a los doce años. Después, podrían ir a cualquier otro sitio como parte de sus estudios, como había sido el caso de Aleka. Pero si en la primera parte de sus vidas habían echado raíces, al regresar querrían que perviviese su querido mundo. Cualquier descontento podía irse. Cada vez lo hacían en mayor número. No siempre lo hacían con alegría...

... porque el Lahui, humano y no humano, había crecido en número más allá de lo que su fracción asignada de océano y sus industrias podían mantener. El objetivo había sido la independencia económica, las dos especies combinando sus distintas habilidades para vivir de las aguas. Teniendo robótica, biótica, energética, nanotecnología, mentes educadas, cuerpos hábiles, la vida siguió durante generaciones bajo la atrayente apariencia de simplicidad. Los productos se vendían a cambio de bienes manufacturados del mundo exterior y algunos lujos modestos. Pero al crecer la población de la isla, la demanda global se redujo; el reciclado y la síntesis directa eran cada vez mejores. Cuando las operaciones mineras y de refinado fuera de la Tierra disminuían, ¿cómo podrían sobrevivir algunas actividades menores en el mar?

-Oh, sí -dijo Aleka-. Podemos vivir del crédito de la Federación. No nos moriremos de hambre, enfermaremos o nos quedaremos sin casa. Thanks por eso.

Hakim no captó la amargura en la voz. Siguió siendo afable. -No, cualquier agradecimiento hay que darlo por la productividad moderna. El crédito es simplemente una forma de compartir las ganancias. ¿En qué ha gastado su gente el suyo?

Aleka se encogió de hombros.

-En lo que quisiese cada uno. Lo normal es que fuese en algo para su 'ohana. La Keiki normalmente pide juguetes, a menos que ahorren para comprar equipo importante. Me refiero a aquellos que reciben el crédito. Son la minoría.

-¿A quién hay que echar la culpa si la mayoría no está registrada?

-No le echo la culpa a nadie. -Aleka suspiró-. Se lo explico. Cuando lo único que nos quede sea el cobro del crédito, será el fin de nuestro pueblo. La vida seguirá, sin duda, pero el sentido, el corazón, habrá desaparecido, y no me atrevo a prever lo que haremos como fantasmas andantes y nadadores.

-Tendrán que cambiar -declaró Delgado, con un tono menos brusco que las palabras-. Empezará con su kauwa. No queremos cazarles con robots y armas, y aprisionarles. Pero amenazan el equilibrio regional de la naturaleza y deben detenerse. Al igual que deben

Librodot

detener su reproducción sin control. Por inoculación obligatoria si lo demás falla. -No mencionó los precedentes históricos. Daba por supuesto que Aleka comprendería que la oposición popular que ese tipo de medidas habían tenido que superar no se daría en este caso.

-Empezaremos viendo qué sale del acuerdo que ha forjado hoy, señorita Tam-añadió Hakim-. Podría representar un progreso, especialmente si coopera su ciudad. Pero el Lahui tampoco puede seguir así.

-Nos pide que nos transformemos más rápido de lo que nos es posible -protestó Aleka-. Se lo repito, no somos neonómadas sin tribu del Orto. Somos nuestras costumbres. Dennos tiempo para adaptarlas. ¡Dennos espacio suficiente, suficiente acceso a los recursos, para que al menos podamos producir para nosotros lo que queramos, en lugar de depender de ustedes y pagar el precio que nos pidan!

La mirada de Hakim se volvió seria. A él también debía de estar agotándosele la paciencia.

-La escucho, señorita Tam, y le repito que su petición es imposible. Afectaría a zonas, ranchos e industrias extractivas ya existentes, que de por sí son poco productivas. Afectaría a la ecología en toda esta región del Pacífico. Sería incompatible con los planes de ajuste y conversión a medida que desaparezcan esas industrias. Se trata de consideraciones de importancia planetaria, señorita. Junto a las cuales, la muerte de una pequeña cultura era una fluctuación cuántica.

-Esta discusión es una tontería y no tiene sentido -dijo Delgado-. El doctor Hakim y yo no vamos a decidir nada. Informaremos y recomendaremos, junto con otro centenar de investigadores, incluyendo sofotectos y robots de vigilancia, pero la decisión vendrá de Hiroshima. Lleve su caso a las comunicaciones públicas, si lo desea. Haga que sus representantes intenten convencer a sus delegados en la Asamblea. Apele a la Alta Corte y al presidente.

-¿O a la Teramente? -se burló Aleka. El ápice, la inteligencia final del cibercosmos... En una era anterior, hubiese dicho «Dios.

Se rindió.

-No. Lo siento, sirs. Desde su punto de vista, tienen buenas intenciones, y hacen bien. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Si me perdonan, me iré a casa.

Ellos se despidieron con amabilidad y la escoltaron hasta la cubierta, aquellos hombres civilizados cuya presencia no podía ya soportar. Empleó el informador de su muñeca para llamar al bote.

-Good bye -dijo, no «aloha», y saltó a la cabina del piloto. Ka'eo la acompañó mientras se alejaba.

La tormenta en la lejanía había pasado con velocidad tropical. Frente a ella descendía el sol. El dorado se estremecía sobre olas que saltaban desde un azul profundo. La mecían. El aire estaba enfriándose; a popa quedaban olores vegetales y respiró una neblina salada subliminalmente fina. A una distancia sin límites, la puesta de sol se reflejaba en las alas de un albatros. Durante un momento, se sintió libre.

Deseaba regresar a su hogar; su casa, los jazmines e hibiscos en el porche, las palmeras murmurando sobre su cabeza, gravilla, bambú y hermosas piedras alrededor de la casa comunal, las vigas del techo desafiando al pico Paniau en el cielo, caminos y jardines donde la gente paseaba con tranquilidad y hablaba en voz baja y alguien rasgaba unas cuerdas o soplaba una flauta... tiendas y barcos en el puerto, lugares de trabajo cerrando al final del día y máquinas que nunca descansaban, el cenotafio dedicado a los desaparecidos en el mar, porque ser un Lahui implicaba tener algo de valor...

... pero primero quería pasar un tiempo a solas en el océano y sentir el silencio cercano de su hermano de juramento.

No había prisa. Tenía instrumentos para la noche. Además, pronto se elevaría una luna casi llena. Detuvo el motor y tocó un mando. Se extendieron el mástil, el botalón y la quilla, se desplegaron la vela mayor y el foque, el timón se adelantó. El viento la llevaría a Niihau. No se sentía especialmente hambrienta o sedienta; Delgado había sido todo hospitalidad. Sin embargo, tomó un botella de agua y una tableta de comida del armario antes de ponerse al timón.

Siguiendo su propio curso, el sumergible se hundió bajo el horizonte oriental. Ka'eo apenas se movía en el agua, a varios metros a estribor. A menudo se hundía durante varios minutos, mientras ella evitaba preguntarse qué estaría comiendo. De vez en cuando aparecía una nave aérea en el cielo, no más que una chispa flotante. Tenía libertad para buscar la paz.

No le fue fácil. Ni relajar los músculos ni recitar mantras le eran de mucha ayuda. Se decidió a comprender aquel día como parte de algo mayor. No había sucedido nada realmente nuevo. Era simplemente que los acontecimientos llegaban a la encrucijada, como ya sabía que sucedería. Durante toda la vida lo había sabido, un conocimiento que hundía sus raíces en una época anterior a su nacimiento y en el espacio en los confines más alejados del Sistema Solar. Pero lo había visto, lo había sentido, por sí misma.

Buscó en sus recuerdos, no tanto de allí como del extranjero, Rusia, Yuri, la pasión lyudovita contra el mundo cibernético que todavía tenía un lugar en lo más profundo de su ser, misiones al continente y la red oculta de metamorfos que había encontrado, Selene y la fría furia selenita, las máquinas, máquinas por todas partes, y los sofotectos en su multiplicidad y en su unidad...

La historia se había convertido en la nueva fase de la evolución. No tenía sentido oponerse, no más que protestar por el fin de Deméter en Alfa Centauri. En la Tierra, al menos, cuando perecieron los dinosaurios, los mamíferos alcanzaron la gloria; y el linaje de los dino saurios vivía en las aves. ¿Podría de la misma forma un pueblo condenado encontrar alguna forma de transfiguración evasora?

No encontró ninguna respuesta; pero pensar, la perspectiva, la compañía del viento, el mar y el timón entre las manos, le concedió cierta calma.

El sol se hundió, cayó la rápida noche, las estrellas resplandecieron. No todo era malo. Si hubiese vivido en los primeros años del Lahui nunca habría visto un cielo como aquél. La tecnología avanzaba; la población mundial se reducía, el efecto invernadero estaba controlado, había menos nubes oscurecedoras y se había reducido la contaminación lumínica. Claro está, quedaba un rastro. No contemplaba el esplendor que habían presenciado sus antepasados, los que habían llevado sus canoas de un extremo al otro del océano o aquellos que las naves yanquis habían llevado por el mismo mar de este a oeste. Pero claro, también había estado en la Luna, en la cara oculta, donde no brillaba la Tierra, y había mirado al espacio desnudo.

Había estado en el interior de un diamante gigantesco, y por entre fragmentos de luz había escuchado palabras que podrían resultar de esperanza.

Mientras seguía con sus recuerdos, Selene se alzó tras ella. La vela se llenó de luz pálida y su reflejo trazó un sendero tembloroso.

Dio un golpe de timón. La tela gimió, el agua gorjeó, el bote viró. -Aleka Kame erijo el teléfono.

Se sorprendió. ¿Quién podría ser?

-Dolores Nightborn para Aleka Kame, para Alice Tam -dijo la voz. Era femenina y hablaba un anglo neutro, pero instantáneamente supo de dónde venía-. Acepte.

Librodot

Sintió latidos en los oídos. Le temblaba el dedo que extendió para tocar el instrumento. El panel, al encenderse, era como una pequeña ventana.

-Recibo -oyó cómo decía su garganta.

Mientras hablaba, tuvo más de un segundo para imaginar la trayectoria de la llamada. Estaba respondiendo a un mensaje que debía haber sido redireccionado desde Oahu, dirigido a ella personalmente. Como había dejado el número del teléfono del bote en la base de datos local en caso de que alguien quisiese hablar con ella, el sistema no precisó iniciar una búsqueda que podría haberse extendido por todo el planeta. Pasó la llamada directamente al mar. Igualmente conocía la central desde la que la llamada llegaba a la Tierra, por lo que su respuesta subía por haz hasta un satélite de retransmisión, descendía hasta Selene, con toda seguridad pasaba por otra estación que la encriptaba, y llegaba hasta un lugar en el que esperaba la dama Lilisaire.

«Si tenemos ocasión de hablar confidencialmente, yo seré Dolores Nightborn. Si alguna vez te lo preguntan, esa identidad ha sido establecida como la de una residente terrana de Tychopolis, y puedes decir que la conociste durante tu visita y que compartías con ella el interés por la biología marina. »

Los fotones atravesaron el espacio. La pantalla plana formó una imagen, la cabeza y los hombros de una mujer de mediana edad, caucásica, rolliza, perfectamente normal. Y Aleka sabía que era tan sintética como su voz, un fantasma electrónico.

-Saludos -dijo el rostro-. ¿Estás sola y tendrás tiempo libre en el futuro inmediato?

-Sí. ¡Sí a ambas preguntas! -A Aleka le saltaba el corazón. Buscaría tiempo libre si era necesario, no importaba lo que cualquiera dijese. Retraso de transmisión. Se dio la vuelta y miró la luna. Frente al disco brillante no se manifestaba ningún punto de luz como lo hacía en las regiones oscuras. Si tomaba un instrumento óptico, podría ver señales de presencia humana. No era necesario. Sabía el tipo de vida que había allí.

-Está bien. -La cara sonrió, la voz era susurrante-. Aleka Kame, quiero que... -Dejó de hablar. Luego, continuó con ansiedad-: Querida, ¿podría pedirte un favor? Recuerdas que te hablé de una pariente llamada Mary Carfax en el Integrado de la Bahía de San Francisco, ¿no? Vieja, frágil y que vive sola. Insiste en que está bien, pero la última vez que hablamos tenía un aspecto terrible y estoy preocupada. ¿Podrías pasar a visitarla y decirme qué opinas? Te estaría muy agradecida y la próxima vez que vinieses a la Luna podría tener algo maravilloso que mostrarte.

Lilisaire había recordado activar un programa que rehacía el dialecto así como el sonido y la imagen. Era extrañamente confortante, en aquella inmensa quietud, descubrir que podía olvidar momentáneamente.

Pero ¿qué había agitado su autocontrol?

«Si tuviese que enviarte un mensaje en secreto, te haría llegar un pretexto inocente para que visites a Mary Carfax, mi agente en la Tierra más cercano a tu residencia. Se trata de otra identidad falsa, un sofotecto. Allí recibirás instrucciones. »

¿Por qué tantos rodeos? ¿Quién podría estar escuchando?

Algo maravilloso. ¿De qué había hablado Lilisaire aquel día en el interior de la pagoda de diamante de Zamok Vysoki?

-Sí, estaré encantada -dijo Aleka. Se le había secado la boca. ¿Cómo engañar a los posibles espías? Atrapó una idea fugaz-. He estado pensando en tomarme unas cortas vacaciones. -Que se las tomase durante esta crisis le acarrearía reproches, pero sus servicios exigían necesariamente mucha flexibilidad, y ella lógicamente podría preguntar cuál sería la diferencia si se quedaba-. Dame un par de días para dejar las cosas atadas.

Retraso de transmisión.

-Bien. Eres... ingeniosa. *-Como juzgué que lo serías-.* De hecho, sería más conveniente si la visitases dentro de una semana. Te lo agradezco tanto. ¿Cómo te ha ido?

Porque sería lo natural, y porque podría ayudar en el castillo, Aleka relató su día.

-Sí, ciertamente habría que hacer algo. Quizá pueda hacerse algo. Ya veremos. Goodbye por ahora, querida.

La pantalla se oscureció. Sólo el viento, el mar y la proa que dividía el agua seguían hablando. Aleka volvió a mirar al disco lunar. Era extraño que fuese allí donde encontrase esperanza, esperanza para la antigua e irracional vida. O quizá no fuese tan extraño. Allí también había florecido desde los primeros años, despreocupada de las máquinas que la sostenían.

6

La madre de la Luna Port Bowen había ganado en algunos servicios, entre ellos VE-toile de Diane. El menú del restaurante era limitado, pero eso se debía a que todas las verduras y frutas eran frescas, cultivadas en su propia unidad agrícola. Después, a medida que avanzaban las excavaciones y el acondicionamiento, pudo añadir pescado y aves. El propietario hablaba de la próxima inclusión de un vino que no estaría maltratado por el viaje desde la Tierra. Dagny, que apenas podía permitirse aquel sitio, se alegró al recibir la invitación de Edmond Beynac. Reconocía que no toda su ilusión se debía a la comida.

-No está mal erijo él a propósito de su pato asado-. Pero si por casualidad tenemos permiso en la Tierra al mismo tiempo, déjame que te presente un verdadero *confit d'oie.* Conozco una posada en Les Eyzies donde preparan el mejor de todo el universo. -Bebió de la copa y rió-. Ya deberían, demonios. Llevan siglos haciéndolo.

¿En la Tierra juntos? Dagny le indicó a su pulso que se controlase. -Todo por allí es antiguo, ¿no? -preguntó a falta de una respuesta brillante.

-No, no, somos gente viva, no una exposición de un museo o una atracción turística. -Encogió los anchos hombros-. Pero sí, es una tierra antigua, y sobrevive algo más que castillos y excavaciones arqueológicas. Sin duda, la mayoría de mis ancestros se remontan al hombre de Cró-Magnon. -Sonrió-. O todavía más atrás, si los genetistas tienen razón en que también tenemos sangre de Neanderthal. No me importaría descender de un tipo que sobrevivió a los glaciares y a los osos cavernarios.

Ella recordó la ilustración de un libro, un cazador de esas regiones primigenias, y pensó que Edmond se le parecía. Quizá el lugar ayudaba a esa impresión; no aquella pequeña y cálida habitación llena de aroma a comida donde se oían conversaciones y la música (¿Debussy?) surgía de los altavoces, sino la vista desde las portillas y en la cúpula. Durante el día comían bajo tierra; por la noche la sección superior se abría para aquellos clientes a los que no les importaba un poco de radiación extra. Las velas sobre las mesas apenas empañaban el esplendor de la Tierra casi llena; incluso se apreciaban algunas de las estrellas más brillantes, sin parpadear e invernales. El suelo ya no estaba desnudo y lóbrego, se elevaba en un sueño de luces y sombras, como si cada una de las piedras estuviese viva y cada pequeño cráter fuese un pozo donde los espíritus fuesen a concederte un deseo. Las obras de la humanidad que se encontraban a la vista se transformaban en algo mágico, como formas en las pinturas de un hombre que había matado mamuts. Edmond estaba sentado frente a un paisaje inhóspito y frío donde perseguía presas mayores de las que habían recorrido la tundra.

-¿Estás interesado en la prehistoria? -se aventuró a decir Dagny-. Tienes todo un zoológico de cosas que te interesan.

Él mostró una sonrisa que apareció y desapareció con rapidez, pero que fue muy luminosa.

-Bueno, mi padre es profesor de ese tema en la universidad de Burdeos. En cuanto a mí, pensé en dedicarme a la misma ciencia, pero luego decidí que la mayor parte de los grandes descubrimientos ya se habían hecho, y... Fireball nos ofrecía la frontera del espacio.

Ella no pudo resistirse.

-No ofrece exactamente, como Anson Guthrie sería el primero en admitir.

Él sonrió.

-Touché! Pero sus precios no son más de lo requerido por el tráfico, y no tenemos que tratar con burócratas de ojos de topo y culos gordos; podemos simplemente pagar e ir. Te envidio por conocerle tan bien.

Ella le había contado su pasado, las partes que parecían apropiadas, mientras se iban conociendo.

-Ya apenas le veo. Él y su mujer me enviaron a un buen colegio, y pagaron mis gastos en la academia, pero tuve que cualificarme por mis propios méritos y desde que me gradué, no me ha mostrado ningún favoritismo.

-Lo sé.

Recordó que ya le había recalcado ese punto y se sonrojó. Un sorbo de vino le prestó suficiente seguridad para lanzar el cebo. -Eso sí, permanecemos en contacto; les visité durante mis últimas vacaciones y espero seguir haciéndolo de vez en cuando. -¿Con un acompañante? Mejor cambiar de tema-. Hablábamos de ti, para variar. Dijiste algo de no llegar directamente a tu profesión.

-Fui dando tumbos. -Suavizó el tono-. Teníamos una casa de verano en la alta Dordoña. Durante mi infancia conocí a los granjeros locales, que me pusieron el apodo de *Jacquou le croquant,* Jacques el campesino, según una famosa novela. Creía que yo también me convertiría en agricultor, hasta que descubrí que la tecnología ya hacía tiempo que había extinguido las granjas familiares y que mis amigos no eran más que administradores. Además, el trabajo de mi padre pronto me resultó más romántico. Pero estaba mi madre, que poseía un negocio de exportación e importación, telas y obras de arte; por mediación de ella pasé un año en Malaysia, a los dieciséis años. Eso me despertó la inquietud por ver más mundo, y a los dieciocho años me alisté en la sección francesa de las fuerzas de las Naciones Unidas. -¿Podría el impulso provenir de un desafortunado encuentro amoroso?-. Nos enviaron al caos del Oriente Medio... ya sabes, cuando Europa establecía allí el *Befehl.*

-¿Entraste en combate? -se atrevió a preguntar Dagny en voz baja.

-Oh, sí -contestó sombrío-. Demasiado. Un solo combate ya es demasiado. Mientras tanto, empecé a pensar realmente. Después de dos años me hirieron lo suficiente para que me licenciasen. -Así que había permanecido todo ese tiempo, después de haber empeñado su palabra, a pesar de odiarlo; debía de ser muy valiente, porque un hombre de su inteligencia podría conseguir un puesto en la retaguardia si quisiese-. Los médicos me arreglaron, apenas tengo unos trozos de metal en mi cuerpo y no me molestan. Pero estaba listo para la vida civil, los estudios, trabajo de campo en la Tierra, la licenciatura, y luego, hace cuatro años, una beca de posdoctorado en Selene.

Mientras hablaba, se iba animando.

-Aquí soy feliz -terminó-. Cierto, no es perfecto. Estaríamos mejor sin esas horas por ciclodía en la maldita centrifugadora, *¿hein?* ¿Qué haces en ese tiempo?

-Los ejercicios estándar -dijo Dagny-. ¿No lo hace todo el mundo? Si no, leo, escribo cartas, miro un espectáculo, lo que sea. Quiero decir, en una unidad grande. No hay muchas posibilidades en una plataforma de campo.

-En una de ésas, cuando estoy solo exceptuando al contrapeso, desconecto el transmisor y canto -confesó él-. Así nadie más debe sufrir mi voz.

Ella rió.

-¡Lo ves, no es totalmente desagradable!

-No está del todo mal -admitió-, no es un precio muy alto. Cuando empecemos a estudiar en serio Marte y los asteroides, me gustaría ir. Pero por ahora no hay límites en lo que se puede hacer aquí. -La miró-. Ni tampoco, he descubierto, falta la buena compañía.

Los latidos de su corazón se negaron en redondo a calmarse.

7

Mientras la nave avanzaba en su órbita de aproximación, en la pantalla Selene pasó de estar frente a ellos a estar debajo, transformándose de un grueso creciente en un paisaje pedregoso y pardo lleno de cráteres. La Tierra colgaba en lo alto.

El silencio se había hecho pesado. Kenmuir se aclaró la garganta. -Bien, Barbara -dijo, apreciando su propia incomodidad-, es un adiós... al menos por un tiempo.

-Que tu entretiempo sea feliz -contestó la nave. Había pedido una voz femenina para cuando la nave hablase exclusivamente con él. El anglo con acento lunar sonaba amistoso e incluso cálido. Valanndray había especificado para su uso un timbre similar al silbido inhumano de un pájaro. No había explicado el porqué y Kenmuir no le había preguntado. La nave empleaba un tono neutro cuando hablaban los tres.

-Gracias. El tuyo también.

Kenmuir se dio cuenta de pronto de lo absurdo de la situación. Dobló la boca en una sonrisa. ¿Qué hacía intercambiando banalidades con un sofotecto? Sí, era consciente, pensaba, pero ¡de una forma tan limitada! Haciendo uso de la base de datos culturales, podía ofrecerle una conversación interesante sobre cualquier tema, desde los juegos de palabras en la obra de Shakespeare hasta las causas de la rebelión Lyudov; pero él sabía que todo aquello no era más que puro algoritmo. Su creatividad, su yo, estaban contenidos en las siempre cambiantes funciones de una nave espacial.

Y sí, se había encariñado con aquella máquina, de la misma forma que en su momento se había encariñado con su navaja láser, cierta camisa a cuadros, o la casa que él y Annie tenían en la Tierra; pero no se trataba del mismo tipo de afecto que sentiría por un ser humano o una mascota. En cierto modo, sentía que estaría mal irse sin despedirse, pero ¿por qué?

¿Se sentiría herida la nave? No podía creerlo. Sus palabras, de camaradería y preocupación como exigía la situación, sólo daban la impresión de sentimientos similares a los suyos. ¿Qué sentía ella? Era una pregunta absurda. Podía imaginarla disfrutando del placer de realizar una maniobra particularmente difícil, se la imaginaba deseando volver a estar conectada con otras, con el cibercosmos, y durante ese período de tiempo compartir una conciencia mayor de la que él podría llegar a conocer nunca; pero esas ideas no eran más que antropomorfismos por su parte. Tenía tanto sentido como haberla bautizado, en privado, Barbara, en honor a la primera chica que había amado y no había conseguido.

Un hombre se volvía un poco loco si pasaba demasiado tiempo en el espacio. Al menos, según los baremos de la Tierra.

-Comienza el descenso -le advirtió la nave. Otra cosa innecesaria. Sin tener en cuenta los instrumentos, podía sentir el giro. ¿Había calculado el algoritmo que él apreciaría el detalle?

Las señales viajaron de un lado a otro. Las inteligencias electrofotónicas se combinaron. Volvió el peso, presionando a Kenmuir sobre el asiento, mientras las nave descendía sobre el cielo de Port Bowen. Siguió pensando en Annie. Buscó la Tierra con la mirada. ¿Dónde estaría? Ya habían pasado diez años desde la última vez que tuvo noticias suyas; una docena de años desde la separación. Suponía que en general había sido culpa suya. Los viajeros espaciales no eran buenos para el matrimonio. Pero el de ellos había empezado con tanta felicidad, cobijado bajo Ben Dearg, en una tierra cuyas cumbres y brezos eran casi para ellos solos... Suspiró.

-Amas el espacio, lan -le había dicho ella... en voz muy baja, con apenas la mínima indicación del llanto contenido-. Eso no deja lo suficiente para que tú y yo podamos seguir adelante.

Bien, no había renunciado del todo a tener algún día un mocoso propio, o dos. Pero ninguna mujer que un viajero espacial pudiese conocer compartía esa ilusión de la forma que Annie lo había hecho, excepto las mujeres de ensueño conjuradas en la quivira, y no se atrevía a recurrir a ellas demasiado a menudo.

¡Lilisaire esperaba! Le recorrió una sensación, a medio camino entre la lujuria y el miedo, que lo dejó temblando.

El descenso fue suave. Vio sólo otras dos naves: un carguero globular y un pequeño y esbelto suborbital que probablemente era su transporte hasta Zamok Vysoki. En los días de Fireball, el número bien podría haber superado la docena.

Deseando controlarse, y pensando en lo que Lilisaire podría querer de él, miró hacia el oeste, más allá de la torre de control. La chispa que era L-5 permanecía sobre el horizonte. Pero no, no había ajustado la pantalla para resaltar las estrellas, y el brillo del sol en la tarde lunar ocultaba la mayoría de ellas, incluyendo el pequeño mundo abandonado. ¿Un presagio simbólico?

Todo un anacronismo. La tensión de Kenmuir se alivió mientras se reía de sí mismo. Soltó el arnés y fue a buscar el equipaje. Después de tres ciclodías a un cuarto de gravedad terrestre, un sexto era como flotar en la brisa.

Vacío, el camarote se había convertido en un lugar hueco que podía abandonar sin pesar. Una única bolsa le bastaba. Había guardado el resto de sus pertenencias; los robots las recogerían y las almacena rían hasta que diese instrucciones. Realmente no necesitaba llevar nada. Su anfitriona le facilitaría ropa y lo demás, con todo lujo y abundancia. Demasiado lujo y abundancia. Prefería su estilo normal y su independencia.

Cuando estaba a punto de ordenar que una esclusa se abriese, la nave le sorprendió.

-Buena suerte, lan Kenmuir -dijo-. Deseo que volvamos a viajar juntos.

-Claro, claro, me encantaría-dijo vacilante.

Una afirmación sin sentido. Si se le asignase una nave diferente, la inteligencia que la controlase accedería, de forma rutinaria, a todo lo que Barbara sabía sobre él. Para él, las personalidades serían indistinguibles; si se pudiera afirmar que los sofotectos tenían personalidades, individualidad diferenciada. ¿Qué había impulsado a la máquina a darle esa despedida tan humana?

Realmente no comprendía esas mentes. ¿Se comprendían a sí mismas? Por encima de cierto grado de complejidad, los sistemas se volvían caóticos, inherentemente impredecibles y misteriosos incluso para sí mismos. Sin duda, la comprensión de la Teramente era profunda, pero ¿era esa comprensión absoluta e incluía toda su vasta psique?

Dejó a un lado la pregunta. Siempre le producía un estremecimiento interior.

-Hasta entonces, Barbara -murmuró, e indicó la válvula interior. Ésta se contrajo y él atravesó la cámara. La esclusa exterior ya se había retirado cuando el portal se selló contra un ascensor. Kenmuir subió a la plataforma. Ésta le llevó hasta la terminal. Salió.

El suelo relucía frente a él, amplio y casi vacío. Los murales que lo flanqueaban parecían reírse de los triunfos que celebraban, el alunizaje de Armstrong, el Gran Regreso, Anson Guthrie fundando la base que se convertiría en aquella ciudad, Dagny Beynac dirigiendo la construcción del centenar de colectores de energía Criswell... Ninguna imagen correspondía a la Selenarquía, aunque esa era había presenciado el inicio de la colonia

marciana, las misiones interestelares y los éxodos de Guthrie y Rinndalir a Alfa Centauri. Los selenitas no hacían alardes públicos de sus logros; eran demasiado gatunos, individualistas, herméticos... El aire era frío.

Le aguardaba un hombre, vestido con un ajustado uniforme en negro y plata. Kenmuir le reconoció; Eythil, un asistente de confianza de Lilisaire. De origen marciano, era menos alto y más ancho que el habitante medio de la Luna de su misma raza, fuerte, peligroso si fuese necesario. Tenía la piel oscura, y el pelo negro y rizado, pero eso no era raro; entre sus antepasados se contaban muchos grupos distintos.

Le saludó llevándose la mano al pecho.

-Saludos y bienvenido, mi capitán. -El uso de su lengua materna de forma espontánea era un trato de honor, una indicación de valía, no de posición, sino valía de nacimiento, igual o casi a la de un selenita. También se abstuvo de explicarle que llevaría al recién llegado ante su dama, y tampoco le preguntó por el viaje.

-Ante usted sinceramente me siento bien recibido, saljaine -le contestó Kenmuir en el mismo tono. El título no tenía equivalente terrestre, porque los selenarcas jamás habían asignado una jerarquía rígida a sus seguidores. Podría quizá traducirse como «agente, o «guardaespaldas leal».

Empezaron a caminar. Como terrano de la Ortoesfera, Kenmuir se sintió en la obligación de entablar conversación.

-El puerto no estaba tan desierto, casi fantasmal, cuando me fui hace un año. ¿Ha descendido aún más el tráfico o se trata de una casualidad?

-Ambas razones, creo-dijo Eythil-. He oído que tres grandes naves han dejado el servicio en los últimos trece meses, y podría haber sabido más si hubiese consultado las bases de datos oficiales. -Lo que insinuaba era que no confiaba en la veracidad de toda la información que estaba al alcance del público, incluso en una cuestión tan inocua como el comercio interplanetario.

Kenmuir, que era de su mismo parecer, asintió.

-El tráfico debe ser cada vez más escaso, o no apreciaríamos variaciones al azar.

Una parte de su mente repasó las razones... algunas de las razones. El declive de la población no era una de ellas. El gran declive original (que, por ejemplo, había dejado disponible amplias zonas de Escocia para él en su infancia y para él y Annie durante su matrimonio) hacía tiempo que había remontado y estaba alcanzando la asíntota del crecimiento cero. La reducción de la demanda de materias brutas era ciertamente una de las razones: un reciclaje eficaz, productos que duraban más, pocos cambios de diseño. Pero ¿qué había detrás? La gente había perdido de pronto su antiguo dinamismo... ¿Cómo? ¿Por qué?

Algo feroz restalló en la voz de Eythil.

-Maldición, las naves pronto volverán como un enjambre, cuando llegue el Hábitat con sus terranos reproduciéndose, reproduciéndose. A menos que por casualidad usted pueda... -Dejó de hablar. Kenmuir no sabía si se debía a la prudencia o porque un robot avanzaba a su encuentro.

¿Robot o sofotecto? La torrecilla podía contener un ordenador de

capacidad humana. Si no era así, el cuerpo podía estar controlado a distancia por una inteligencia. Se trataba del modelo multifuncional estándar, en forma de caja, con tres pares diferentes de brazos y cuatro patas que elevaban sus sensores principales a la altura de los ojos. Donde los componentes orgánicos no se agitaban en un fluido movimiento, el metal relucía en un dorado apagado.

Librodot

Se acercó. Del altavoz salió un anglo oriental de tono musical. -Con perdón, capitán Kenmuir, terrateniente Eythil.

Se detuvieron.

-¿De qué se trata? -dijo con sequedad el selenita. Era evidente que Kenmuir, recién llegado del espacio, sería identificable; pero el reconocimiento de su acompañante por parte del sistema le daría, más que nunca, la sensación de estar atrapado.

-¿Van hacia su vehículo? -dijo la máquina-. Con lamento y disculpa. El permiso para despegar se retrasará como una hora. -¿Por qué causa? -exclamó Kenmuir con asombro.

-Hace sólo unos minutos se ha producido una explosión accidental en Epsilon-93. ¿Sitúa el lugar? Un iceberg que se ha traído hace poco.

Kenmuir y Eythil, con algo de rigidez, asintieron. No habían tenido noticias del objeto, pero era algo natural. Fragmentos aprovechables de material cometario se situaban, por regla general, en trayectorias que los enviaban desde el Cinturón de Kuiper hacia la órbita lunar, donde eran refinados y enviados a la superficie. Era una operación robótica y completamente rutinaria que no se había realizado con demasiada frecuencia en las últimas décadas, pero sin duda el trabajo había vuelto a retomarse a gran escala. El influjo de los colonos en cuanto el Hábitat estuviese listo requería más agua y aire del que la Luna podía reciclar en ese momento.

-Los fragmentos vuelan por todas partes -siguió diciendo la máquina-. No se espera que ninguno de ellos impacte, pero, por el momento, no es perfectamente seguro. Hasta que no se conozcan todas las trayectorias, Control de Tráfico está restringiendo los movimientos civiles sobre el suelo, sobre todo en las cercanías del lugar. Se estima que tardará sobre una hora. Aterrizó justo a tiempo.

Eythil frunció el ceño. Kenmuir se encogió de hombros, aunque probablemente su impaciencia era mayor.

-La administración se disculpa por cualquier inconveniente que esto pueda causar erijo la máquina-. Se les invita a esperar en la sala de ejecutivos, con aperitivos de cortesía.

Eythil y Kenmuir intercambiaron miradas. Las sonrisas se volvieron irónicas.

-Nunca he estado ahí -admitió el selenita- ¿Y usted, capitán? -No -contestó Kenmuir-. ¿Por qué no?-Satisfaría una ligera curiosidad. Además, el bar y restaurante público, inmensos y casi abandonados, serían lugares tenebrosos.

La sala a la que les llevó la máquina tenía unas dimensiones más íntimas. El mobiliario, al estilo común de la Tierra, parecía algo apagado. De las paredes colgaban imágenes planas de pioneros del espacio. El aire contenía una ligera simulación de aromas a cuero y madera. Kenmuir se preguntó por qué se mantenía ese lugar. ¿En cuántas ocasiones se había utilizado desde que el espaciopuerto había sido cibernetizado por completo? Bueno, mantenerlo no debía de representar mucho trabajo, y sin duda, ocasiones como la actual se presentaban de vez en cuando. El sistema tenía en cuenta lo improbable.

Él y Eythil se sentaron. La máquina se dirigió a un dispensador. -¿Cuáles son sus deseos, sirs?-preguntó.

Eythil quería un vino blanco lunar-los viñedos bajo Copérnico todavía producían biológicamente- y Kenmuir eligió cerveza. La máquina tocó el panel, llegaron los contenedores, la máquina vertió el líquido en las copas adecuadas, tomadas de un estante, y las sirvió.

-Si desean algo más de mí, llámenme, please-dijo, señalando el intercomunicador más cercano-. Confío en que pronto puedan continuar su camino.

-Gracias -contestó Kenmuir. Después de todo, él o su controlador eran sentientes. Se fue. Kenmuir tomó un sorbo. Buena cerveza, sí. No importaba que hubiese sido fabricada por máquinas moleculares; el sabor era fuerte, el líquido frío-. ¿No sería mejor que llamase para decir que llegaremos con retraso? -preguntó a Eythil.

-No, no si la espera no se alarga más -dijo el otro hombre. Los dos siguieron hablando en anglo. Era extraño, reflexionó Kenmuir, la actitud tan relajada que la mayoría de los selenitas manifestaban con respecto a los horarios, cuando la supervivencia podía depender de la precisión. En todo caso, para ellos, el control del tiempo era casi instintivo, tan fácil como recuperarse de un tropiezo lo era para un terrestre en la gravedad del hogar. Debías conocer tus capacidades y sus límites de seguridad.

-Me pregunto qué salió mal exactamente -comentó-. Sonaba como uno de esos accidentes que no deberían producirse hoy en día. -Eso nos dice el cibercosmos-gruñó Eythil.

-Nada está garantizado. La planificación puede que sea total, pero... simplemente me pregunto si esa explosión se debió a un descuido, al caos fuera de control o a una fluctuación cuántica amplificada... En realidad, no sé cómo se realizan esas operaciones. En unos pocos ciclodías, si tengo un par de horas libres, me gustaría leer un informe completo.

-Así será-dijo Eythil con cinismo-. Aunque tendrá usted que adivinar si está o no realmente relacionado con lo sucedido... si ha sucedido algo.

Tiene razón, pensó Kenmuir. El sistema podía introducir en la base de datos lo que quisiese, con imágenes, cifras y análisis matemáticos. No sería difícil saltarse a los funcionarios humanos que supuestamente formaban parte del bucle.

-¿Por qué iba a mentir la mente -protestó-, especialmente cuando lo sucedido no la deja muy bien?

Eythil encogió los dedos.

-¿Quién sabe? Posiblemente sea un elemento adicional en un plan mayor. Asumamos que este acontecimiento ayudará a hacer más plausible el desvío de aún más recursos al proyecto Hábitat, y acelerar así la destrucción del estilo de vida selenita. Así podría haberlo calculado esotéricamente el programa sociotécnico.

Kenmuir tomó un largo y alentador trago. -Un poco exagerado. Siente amargura, ¿no? -¿No tengo razón para ello?

Su amargura salió a relucir en los minutos siguientes, rompiendo la habitual reserva que la raza de Eythil sentía hacia la de Kenmuir. El astronauta estaba familiarizado con la mayor parte de la historia, pero escuchó atentamente, porque era necesario hablar. Además, se enteró de algunos aspectos que no le habían llegado antes.

... Aunque los asteroides eran inestimables fuentes de minerales, como los cometas lo eran de hielo y ambos de material orgánico, por sí solos no eran suficiente. Se requería un gran cuerpo para realizar el fraccionamiento químico que creaba concentraciones utilizables de la mayoría de los materiales industriales. De ahí las prospecciones y minería en las lunas de Júpiter y Saturno. En Mercurio las realizaban enteramente las máquinas...

... aunque, incluso para ellas, Venus era demasiado difícil. En ambientes menos terribles, los humanos era utilizables de forma limitada; aquellos humanos que deseaban una frontera iban allí. Por encima de todo estaba Marte...

... a donde los selenitas, especialmente, se dirigían en los grandes días de la Selenarquía. Los terranos también podían reproducirse en ese campo gravitatorio; pero al principio su número era reducido, porque muy pocos estaban acostumbrados a una tierra que

podía matarles. Marte siguió siendo una provincia de la Luna hasta que la Federación los absorbió a los dos...

-Y sin embargo deberíamos seguir siendo selenitas-dijo Eythil-. ¿No se supone que una nación miembro se gobierna a sí misma? Pero no, en Marte tenemos menos autonomía que aquí, orbitando la Tierra.

-Pero proporcionalmente tienen más terranos -le indicó Kenmuir-. Hayan nacido o no allí, pensarán, actuarán y votarán según sus inclinaciones psicológicas y su propia cultura.

-Habla como un sociotecnólogo. -Las palabras estaban teñidas de desprecio.

-No es mi intención-dijo Kenmuir con calma-. Uno acaba leyendo mucho durante los viajes espaciales. Se acaba adquiriendo un vocabulario culto. Oh, no sólo soy terrano de raza, soy un terrícola. Pero siento simpatía por los selenitas. Todos los viejos asuntos irreconciliables salen de nuevo a la superficie, ¿no?

... que en su momento hicieron que Selene se declarase una nación, independiente y soberana: derecho de nacimiento, derecho a la propiedad, educación, la supervivencia de una civilización que abierta mente rechazaba ciertos ideales básicos. A menudo se había preguntado cómo se hubiese desarrollado de haberse mantenido alejada de la Federación. Un ejercicio ocioso, claro está. Cuando la reacción al Golpe de Guerra condenó a la poderosa Fireball, ya se veía el final de una Selene independiente, por mucho que Niolente y sus seguidores llevasen a cabo su campaña para retrasarlo. Sin embargo, en alguna hipotética realidad alternativa mecanocuántica...

-Bajo el Pacto, la Asamblea y el Alto Consejo deberían, al menos, respetar nuestra constitución -sostuvo Eythil-. Pero nada, reforman más y más la cláusula de ética fundamental» para derribar antiguas leyes y costumbres. Las decisiones se transfieren cada vez más de los seres vivos a las máquinas.

Máquinas inteligentes, pensó Kenmuir, que no están sujetas a la crueldad y la corrupción humana. Pero no se podía negar que era un gobierno de... ¿alienígenas? La Teramente poseía algo de la magnificencia de Dios, pero no era Dios; demasiado remota, no lo suficientemente falible. Y en cuanto a los detalles diarios de la vida, quizá lo que más corroía a la gente era la sensación de haberse convertido en irrelevantes.

-Eso no se debe a ninguna conspiración -argumentó-. Es la lógica de los acontecimientos. Las antiguas naciones ya apenas existen. Se han desmembrado en miles de sociedades diferentes, de hecho y de forma. La Federación tuvo que hacerse cargo de muchas de sus funciones. Sin una economía global integrada, todo el mundo se moriría de hambre.

-Muy poco valor tiene últimamente esa economía para nosotros, los marcianos.

-Bien, el declive en la demanda de minerales.

-Podríamos adaptarnos, del modo que eligiésemos. Pero no, todo debe hacerse al modo de la Tierra. Habla de la Federación como el único gobierno viable que nos queda. Pero eso significa que no hay nada que se interponga entre el individuo y la Federación.

-Lo sé. La historia demuestra que sus temores son razonables. Además, la alineación produce desmoralización. Pero tendrá que admitir que el gobierno de la Federación no intenta dirigir las vidas de los individuos. De hecho, muchas de las interferencias con los selenitas han sido para limitar los poderes arbitrarios de los selenarcas, poderes que se supone no deberían poseer en una república...

Quizá por fortuna, el altavoz de pared anunció:

-El espacio ambiente es ahora seguro. Pueden despegar cuando deseen, señores.

Entre ellos se hizo el silencio, y permaneció mientras se dirigían al vehículo, despegaban y volaban. Eythil podía estar alimentando su furia, o podía haberse dirigido a

algún espacio mental ultraterreno propio. Kenmuir había empezado a sentir un ligero estado febril y un dolor de cabeza. Se preguntó si se trataba de los nervios, el temor de que de alguna forma pudiese fallarle a Lilisaire... fuese lo que fuese lo que quisiese de él.

El sol se elevaba por occidente a medida que la trayectoria llevaba a Kenmuir en esa dirección. También la Tierra se desplazaba por el cielo, al este y al norte. Resplandecía en cuarto menguante, una media luna jaspeada de nubes blancas, que se extendía sobre el cielo nocturno capturando suficiente luz de las estrellas como para hacerlas formar parte del gris fantasmal. La primera vez que Lilisaire le había convocado había sentido lo mismo.

Seguía sin saber por qué lo hacía; él, un hombre de lo más corriente, y encima un terrestre.

-Pero estás muy lejos de ser normal -le había susurrado ella cuando él reunió el valor para plantear la pregunta-. Toda tu carrera,

tus actividades en el espacio, tus lazos con el pasado. No vives ni en el vacío ni entre ilusiones, como tantos otros. Conoces lo que ha sucedido antes, la Tierra, la gente y los hechos de los que has surgido; para ti, el tiempo tiene realidad, tanto como el espacio.

A él no le había parecido una gran respuesta.

Era cierto que en múltiples charlas ella le había preguntado por la Hermandad Fireball. No estaba seguro de por qué, ya que él no sabía nada que un programa de búsqueda no hubiese podido revelar. Después de todo, no era mucho más que una asociación, una logia o hermandad enraizada en el deseo de una grandeza tiempo atrás desaparecida, no muy diferente de los ronin japoneses, los swagmen australianos o los creyentes. Como ellos, tenía sus rituales, sus reuniones sociales, la ayuda mutua y poco más. Fuesen cuales fuesen los conocimientos secretos que se decía pasaban de Rydberg a Rydberg, no podían ser muy importantes, y, por supuesto, nadie se los había confiado a Ian Kenmuir.

Quizá Lilisaire intentaba hacerse una idea de la sensación de pertenecer a una organización como aquélla. No era una actividad selenita; podía darle cierta visión de las otras especies. O quizá se sentía interesada porque la Hermandad tenía mucha importancia para Kenmuir, y a su modo, ella le quería.

Lilisaire le había dicho que era un buen amante (el recuerdo volvió a arder).

-No, es sólo que me inspiras -le había contestado con sinceridad.

Ella rió y le despeinó. No se engañaba a sí mismo; sabía que como mucho era una diversión agradable.

Y sin embargo... ella le había vuelto a llamar, con urgencia, con gran coste para una operación de la que ella misma esperaba sacar un buen beneficio. De alguna forma, por pequeña que fuese, ella le necesitaba.

Se le disparó el corazón. No sabía si estaba enamorado -un estado desconocido en la primera parte de su vida- o era esclavitud. Por el momento, no le importaba.

El volador alcanzó la posición apolunar y descendió. De la Cordillera se elevaban las tenebrosas torres de Zamok Vysoki.

Una vez en el suelo, Kenmuir se adelantó a Eythil, directamente hacia el tubo de salida. El ligero malestar había desaparecido. Si se sentía febril y tembloroso era exclusivamente por Lilisaire. No fue hasta después que esperó no haber ofendido a su orgulloso escolta, y luego se preguntó si, para Eythil, no habría sido motivo de diversión.

No le esperaba nadie en la sala. Evidentemente, la nave había avisado de *antemano, y un* robot o *un* sirviente llevaría sus cosas allí donde la Guardiana desease.

-Saludos, lan Kenmuir -dijo una voz en el aire-. Trasladaos a la Pagoda y sed bienvenido.

Conocía la torre y el camino. ¡Vaya si los conocía! Saltó, voló por los corredores intercambiables, atravesando cámaras de múltiples formas. Por entre ellos se movían selenitas, hombres y mujeres, ocupándose de diversos asuntos en nombre de Lilisaire. En su mayoría se trataba de personal, llevasen o no la librea, y reconoció a dos magnates. No intercambió ni gestos ni palabras con ninguno de ellos, exceptuando el estilizado y rápido contacto ocular que era la forma habitual de cortesía. Al final del viaje encontró a *un* guardia, de pie *con* la naturalidad de una pantera, quien le saludó y le permitió atravesar la puerta.

De un cegador centro estallaba la luz del sol convirtiéndose en resplandores y destellos de todos los colores que sus ojos podían registrar. Fluían y se desplazaban a su alrededor con el más mínimo movimiento, sobre el suelo de vidrio y los escasos y frágiles muebles, las paredes y techos, y sus manos. Había llegado al centro de un diamante sintético de un millón de caras. Aromas de especias y madreselva flotaban en el aire. Apenas audible, se percibía la melodía en tono menor de un canto de Verdea.

Al lado de una mesa de vidrio ya servida, cerca de un amplio sofá animado, se encontraba, muy dueña de sí misma, Lilisaire. La cabellera castaña le caía sobre los hombros desnudos y llevaba un vestido ajustado que era como una segunda piel. Los restos del arcoiris jugueteaban en aquellas blancuras. Sus únicos adornos eran unas estrellas que colgaban de sus orejas y un anillo cuya joya resplandecía como un fuego en miniatura. A sus pies tenía una mascota que Kenmuir recordaba, un leopardo negro con manchas doradas. Levantó la cabeza y le miró.

Ella sonrió.

-Sí, has llegado bien, mi capitán.

Kenmuir se detuvo, sintiéndose de pronto indefenso. Ella avanzó. La falda susurró. Kenmuir levantó una mano. Con ligereza, ella depositó la punta de los dedos sobre la muñeca. Eso indicaba que ella era su superior, pero a él jamás se le hubiese ocurrido poner tal cosa en duda. Una ligerísima presión le guió hasta la mesa. Ella bajó los brazos y permaneció frente a él.

-Sírvenos -le mandó.

Obedeció. El sonido se oyó claramente bajo la música. Con una mirada verde le invitó a tomar canapés -él ya sabía que eran excelentes- mientras ella levantaba la copa.

-Uwach yei-dijo.

-A vuestro servicio, mi dama -dijo él. Golpearon los bordes. Bebieron. El vino cantó.

Lilisaire fijó la vista en él. Kenmuir olvidó el resplandor del diamante.

-Servicio erijo ella en voz baja-. ¿Lo dices en serio? Contuvo el aliento antes de contestar.

-Sí. Y no por ser vuestro empleado.

-Mi capitán. -Levantó la mano libre para acariciarle la mejilla. Para él, un golpe hubiese sido menos intenso y estremecedor.

Habló después de recuperar el equilibrio.

-¿De qué va todo esto? -preguntó con la voz seca-. ¿Qué puedo hacer yo?

-Puedes haberlo supuesto. Se refiere al Hábitat.

-Sí... Hasta ahí he llegado. Vos y vuestra clase os oponéis intensamente a él.

Para las familias de la Selenarquía, pensó, debía de ser muy doloroso rebajarse a la política, que ellos llamaban asunto de patanes. Cierto, en su mayor parte era indirectamente. Aquellos, como Lilisaire, que habían heredado sustanciales propiedades en la Tierra podían recurrir a apoyos terranos y conseguir que algunos entrasen en la Asamblea de la Federación; inútil. La opinión pública, la fracción del público que prestaba atención, favorecía con emoción el primer acto pionero que su especie habría realizado en varias generaciones. Además, el cibercosmos había propuesto inicialmente el proyecto. Seguro que las inteligencias sofotécticas, muy superiores a la humana, sabían qué era lo mejor para la humanidad.

La voz de Lilisaire le sacó de sus ensoñaciones.

-Cierto. Nos hemos vuelto tan problemáticos que el gobierno nos investiga.

-Bien, es natural, si os estáis moviendo, un análisis de datos... -No, más. Han venido agentes de la Tierra a hacer preguntas. Uno de ellos se presentó aquí poco después de pedir tu regreso. Tampoco se trataba de un agente normal de la Autoridad de Paz. Era de lo mejor que tienen, un sinnoionte.

-¡Eso es importante! -exclamó Kenmuir asombrado.

Ella encogió los dedos.

-No me reveló su naturaleza. Pero tuve la impresión de que no se trataba de un hombre normal. Luego realicé mi propia búsqueda en las bases de datos y entre gente. No temas. Es poco probable que sepa lo que he hecho. Y tampoco encontró nada de qué acusarme. -Rió-. Porque, lamento decirlo, no había nada que encontrar. ¿Dónde iba a encontrar la oportunidad?

De pronto, escupió una furia fría.

-No, estamos cautivos, esperando el cuchillo. Ni siquiera nos cortarán la garganta de un tajo. Primero esterilizarán a las mujeres y castrarán a los hombres.

El leopardo rugió. Kenmuir buscó qué decir. -Las cosas no pueden ir tan mal, mi dama. Ella se calmó.

-Piensa. ¿Qué nos ha salvado hasta ahora más que el hecho de que los terranos no pueden reproducirse en la Luna?

Su mente intentó resistirse a esos argumentos. Lo que se había preservado, le decía, era el dominio de la Selenarquía, de hecho aunque ya no de nombre. Y ese poder comenzó a erosionarse cuando la biotecnología permitió a los de su raza vivir indefinidamente en baja gravedad, con buena salud excepto por la pérdida de masa muscular si no se ejercitaban (durante un segundo, imaginó que podía sentir a los microbios alterados implantados en su ser, bañando con su química cada célula). Cada vez más gente común de la vieja especie tomaban residencia permanente en la Luna. Pero sí, su número seguía siendo limitado por la incapacidad de sus mujeres para llevar un embarazo a término, o para criar a un niño menor de tres años, todavía con el sistema nervioso en desarrollo, aunque hubiese nacido en un mundo mayor. Si bien de forma precaria, los aristócratas lunares se aferraban al dominio de la supuesta república.

-¿Ahora esperáis un río de colonos desde la Tierra? -preguntó tontamente.

-Será imparable. Las ecuaciones sociotécnicas lo predicen. Cientos de miles se declaran deseosos de venir. Una vez que el Hábitat esté listo...

... la abandonada L-5 sería reparada, luego se la pondría en una órbita lunar baja, se la proveería de velas de luz para producir las fuerzas necesarias para mantenerla en su órbita de otro modo inestable, girando para producir gravedad terrestre total en su inmensa circunferencia. Un lugar para que los terranos pudiesen tener jóvenes y los cuidasen durante sus primeros años, mientras iban y venían a la Luna. -No tardará mucho. El tiempo apremia,

Kenmuir. -Ella nunca empleaba su nombre propio. Kenmuir no sabía si se debía a hábito, a que ella sólo tenía uno o a que había decidido evitar la verdadera intimidad.

-Pero será la flor de la Tierra -argumentó-. Los que realmente quieren trabajar, vivir de verdad, aquí, en el espacio. -Como él mismo, reconoció. Había tenido mucha suerte, pasando por la Academia, el Servicio Espacial y al final en la Ventura. ¿Cómo podría negarle a alguien las estrellas?

Lilisaire levantó el labio.

-Sí, los señores del mundo y sus amos mecánicos se alegrarán de ver cómo los inquietos salen del planeta. En la Luna serán más fáciles de controlar. -Cambió la un tono de urgencia-. ¿Pero no lo entiendes? Cambiarán Selene. Sus vastas construcciones romperán la paz mientras sus hordas impondrán la sociedad que deseen.

-Eso no puede suceder de la noche a la mañana.

-Con mayor rapidez de la que crees, mi ingenuo capitán, y con certidumbre entrópica. Te lo digo, eso nos destruirá.

-Marte...

-Marte ya está perdido.

Al recordar a Eythil, Kenmuir no discutió la afirmación. -Vuestros colonos en los asteroides y las lunas exteriores... No, esos lugares nunca podrían contener más que a unos pocos. -Indefensos, empobrecidos, hasta que las naves de la Tierra fuesen a llevárselos bajo la bandera de la caridad y la eficiencia.

Miró al leopardo y se lo imaginó confinado de por vida en una jaula llena de monos.

-Nosotros, o nuestros hijos, perderemos el deseo de vivir-siguió diciendo Lilisaire en voz baja-. Algunos sufrirán sus últimos años con resignación, otros no. -Se irían con violencia, rebelándose, cometiendo crímenes o suicidándose-. Ninguno de ellos traerá a un joven a esta existencia de perros. En dos siglos, tres, no importa, esa raza problemática e inconformista se habrá extinguido. Muy conveniente para el cibercosmos.

Kenmuir dudaba que hubiese motivos para justificar la preocupación de Lilisaire por su propia especie. Pero ¡qué real sonaba la desesperación que se detectaba bajo el acero! Si tenía razón, si los selenitas desaparecían, cierta magnificencia desaparecería del universo.

Conmoción: ¿sería realmente eso lo que deseaba el cibercosmos? Los ojos que le miraban no mostraban signos de lágrimas, el cuerpo delgado no se inclinaba.

-Debéis de tener algo en mente erijo Kenmuir lentamente. Ella asintió. El pelo castaño se agitó.

-Una empresa desesperada -contestó con el mismo tono de voz-, similar a la búsqueda de un tesoro que podría ser un mito.

Se inclinó ligeramente hacia delante, súbitamente tensa. -¿Te atreverás?

Él casi se quedó sin respiración por la sorpresa. -C... contadme dijo vacilante.

Lilisaire se enderezó, relajando el cuerpo.

-No es necesario que sea ilegal... por tu parte -le oyó decir-. Sin embargo, hay algo que podrías descubrir para mí, algo que ha estado oculto durante muchas vidas.

-¿Qué?

-En esta casa mora una tradición fugitiva. Pero también debo contar hechos. Ven, bebe, cálmate, escúchame.

Se asombró de la facilidad con la que Lilisaire repasaba la historia. Para él era familiar, pero ella le daba perspectiva -su perspectiva- y tocaba temas de los que él sabía poco.

Le recordó la larga y maquiavélica lucha para mantener la soberanía lunar, fuera de la Federación, por parte de Niolente y sus seguidores después de que Guthrie y Rinndalir partiesen hacia Alfa Centauri y Fireball empezase a desintegrarse. Él no había sabido nada de varias misiones al espacio profundo, cuyo propósito jamás se había divulgado, pero que, aparentemente, habían dado a Niolente la confianza para seguir luchando.

Naturalmente, al final no le habían servido para nada. Los acontecimientos se precipitaron, la proclamación de la república por una facción, su reconocimiento instantáneo por los gobiernos de la Tierra, el envío de tropas de la Autoridad de Paz en su ayuda. Sin duda, la anciana mujer había decidido morir luchando, porque la fuerza que había reclutado no tenía ninguna esperanza de victoria. Era inevitable que, a continuación, la Autoridad saquease todos los lugares que ella había ocupado, incluyendo las bases de datos que en ellos se encontraban.

Kenmuir no tenía ni idea de que todo el material había sido confiscado, que lo que más tarde se había hecho público era incompleto, o que la versión oficial sobre el borrado accidental de algunos archivos era inconsistente con los metódicos procedimientos del hombre al mando. Nadie había prestado especial atención. Todo el asunto se olvidó pronto, excepto entre algunos de sus descendientes directos. -¿Estaba trabajando en algo en el espacio profundo? -dijo. -Eso debía ser-dijo Lilisaire-. Un arma o... no sé. -Entonces, ¿cómo lo descubriré yo?

Ella se bebió todo el vaso y le indicó que le sirviese más. Primero Kenmuir terminó el suyo. El leopardo se puso en pie y se paseó por la sala, negro y dorado por entre los fragmentos de luz.

-Escúchame erijo Lilisaire-. La tradición de la que he hablado se remonta a mucho antes, a los tiempos de Dagny Beynac. Un hijo suyo realizó una expedición al espacio profundo, expedición de la que no regresó. Nunca se dio ninguna explicación real. La familia conservó para sí los conocimientos adquiridos.

¿Con la esperanza de un posible beneficio? Eso hubiese sido muy típico de los selenitas. Pero también lo sería el mantener el secreto como un recuerdo fúnebre, un perdurable sacrificio al dolor.

-Buscando por entre los registros conservados, porque los conquistadores no lo encontraron todo, he llegado a tener la convicción de que ése era el descubrimiento que Niolente pretendía usar-siguió diciendo Lilisaire-. Si lo encontrásemos, podríamos revivir parte de sus esperanzas. Pero queda poco tiempo, e incluso antes de que el Hábitat haga que se pierda toda posibilidad, las sospechas del enemigo podrían llevarle a un ataque preventivo. Por tanto, tan pronto tuve esa pista, te hice venir, para que investigases más a fondo.

-Yo, eh, no tengo ni idea de por dónde empezar-objetó. Una vez más se sintió atravesado por su mirada.

-En la Tierra.

-¿Qué? -Comprendió que tenía la boca abierta, y la cerró de golpe-. ¿Cómo?

-Sabes bien que el primer Rydberg era el primogénito de Dagny Beynac y que contaba con su absoluta confianza. Y.. hasta este día, los guardianes de la logia Fireball conservan algún conocimiento arcano que parece provenir de ese período de agitación.

-Te refieres... Lilisaire murmuró: -Una posibilidad lejana; pero veo muy pocas otras.

-Un arma... -Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kenmuir. Ya había sido terrible que Fireball volviese sus naves contra los avantistas. Aunque la acción estuviese justificada, la indignación global que produjo acabó con Fireball y con la Luna soberana. Una cabeza nuclear de un teratón, un asteroide dirigido...-. ¡No!

-Puede que no sea eso -añadió ella con rapidez-. O si lo es, la amenaza por sí sola podría ganarnos la libertad. En cualquier caso, ya que los poderes de la Tierra están tan interesados en mantenerlo en secreto, la simple amenaza de divulgarlo podría ser arma suficiente, ¿no?

Kenmuir dio un largo trago. El vino merecía mayor atención, pero debía controlarse. A medida que el calor se difundía por la sangre, volvió a ser capaz de hablar.

-Sí, si la información se ha ocultado tan celosamente, debe de haber razones poderosas... Podría tratarse de razones buenas.

-No te pido traición-dijo ella con algo de desdén-. Encuentra lo que puedas y decide lo que puedas.

Le dolió más de lo que hubiese esperado.

-No tengo muchas esperanzas de que el Rydberg confíe en mí sólo por mi palabra-dijo.

Recibió de nuevo una sonrisa cálida.

-Si se lo explicas, quizá lo haga. Y si no, o si lo que te cuenta no sirve de nada, entonces...-Dejó que la frase se apagase como la música. -¿Sí?-preguntó él sintiendo los latidos del corazón.

-Tengo otros agentes en la Tierra. ¿Estarías dispuesto a unir tus fuerzas con uno de ellos? Tus conocimientos del espacio podrían ser de mucha ayuda.

Es una locura, pensó. Él no era un espía, ni un rebelde, sólo un técnico de mediana edad que obedecía la ley y cuya audacia se concentraba en su cabeza, interactuando con fuerzas impersonales, allá lejos entre las estrellas, que las opiniones y pesares de la humanidad nunca alcanzarían. Pero ella le había lanzado un desafío, y... ella lo deseaba, ella lo necesitaba, podría salvar su vida.

-Lo intentaré -se oyó murmurar.

Ella lanzó un grito, estrelló la copa contra el diamante y se arrojó a sus brazos.

El sofá viviente los recibió y respondió a su peso.

En su corazón, Kenmuir sólo podía alabar la terrible necesidad que había hecho realidad la especie de Lilisaire.

8
La madre de la Luna

La noche en la cara oculta de la Luna es una gloria de estrellas. Sin el Sol ni la Tierra para superarlas, sólo es necesario alejarse de la iluminación humana y el cielo se llenará de brillo; seis mil o más estrellas re veladas a un ojo frente al que no se interpone nada más que una lámina transparente y unos pocos centímetros de aire. Relucen sin titilar en la oscuridad cristalina, y las más brillantes no son todas blancas; muchas arden de un azul acerado, dorado, ámbar o un rojo broncíneo. Las constelaciones ya no son diagramas geométricos, sino más bien huestes en formación, con los planetas ardiendo entre ellas. Las nebulosas se presentan de frente sobre el fondo negro o flotan ligeramente luminosas. De horizonte a horizonte, se arquea el cinturón galáctico, con aspecto más helado que lechoso: un río invernal flanqueado de noche y con islas de oscuridad. Más allá se pueden apreciar sus hermanas más cercanas: las nubes de Magallanes, Andrómeda, vaga e inmensa, y quizá una o dos más vislumbradas a gran distancia. Si desconectas el receptor, estás solo con esa visión, en un silencio tan vasto como toda su extensión; muy, muy por debajo, el murmullo de tu cuerpo declara que estás vivo, que eres lo que existe.

De vez en cuando pasa rápida una chispa, un satélite. Pronto se pierde en la sombra de la Luna.

Dagny Beynac suspiró y se volvió hacia el campamento. No podía mirar durante mucho tiempo, tenía trabajo que hacer.

En primer lugar, administrar el tiempo del girador. El jefe no debería hacer que nadie esperase. Saltó a paso de canguro, ocho o diez kilómetros por hora sobre la lava sombría, con un ritmo fácil y estimulante. Las luces que tenía por delante apagaban el brillo de las estrellas.

Los otros tres ya estaban en la centrifugadora. En el vacío sin difusión, donde a la vista no le ayudaba el reflejo del ambiente, luz y sombra, la blancura y el polvo volvían los trajes de un claroscuro fantasmal. Como todo recién llegado, al venir a la Luna Dagny había tenido que aprender a ver, especialmente después de la puesta de sol en la cara oscura. En ese momento identificó sin esfuerzo las figuras lejanas, el depósito de suministros y los refugios al fondo, el personal y las máquinas, la extensa complejidad que estaban creando. Se estaba construyendo un observatorio astronómico multifuncional en Mate Moscoviense, y ella estaba a cargo de los habitáculos del personal. El progreso era rápido si sabías cómo hacerlo, si sobrevivías.

Volvió a conectar la radio. Desconectarla en el exterior había sido una violación del reglamento, pero de vez en cuando necesitaba estar sola durante un rato con el cielo y la vida en su interior.

-Hola -saludó-. ¿Dispuestos y animados? Wimden Boer no captó el alegre sarcasmo.

-No -rezongó-. Maldición, ¿tres horas enteras? ¡Estoy ocupado! Sabes que el retraso de la entrega de las bombas ha puesto patas arriba mi programación.

Dagny llegó hasta el grupo y se detuvo.

-Amigo -contestó-, cuando hayamos terminado este trabajo y estemos de vuelta en Bowen, invítame a una copa en el Tanque de Combustible y te contaré historias que helarán la cerveza de tu jarra. Mientras, no hagas que tu preciosa cabecita se preocupe demasiado, o

acabaré decidiendo que es demasiado pequeña. La ley cero de la termodinámica afirma que todo requiere más tiempo y cuesta más.

-Pero ya vamos muy retrasados, ¿no? -argumentó Jane Ireland. Era una buena ingeniera eléctrica (había ayudado a reparar la red que portaba la energía desde los Criswells hasta los transmisores), pero excesivamente ansiosa en lo referente a cuestiones políticas-. ¿Comprendes lo mucho que los grupos de presión de Eurospace y Eco Astro lucharon contra la concesión de un contrato como éste a una compañía privada, la nuestra especialmente? Si fracasamos...

-No fracasaremos-afirmó Dagny-. Dejemos que el jefe se encargue de esa batalla en particular. Si Guthrie no puede amañar, conspirar y gritar más que todos los gobiernos de la Tierra, más nos valdría volver y que los norteamericanos de entre nosotros abrazasen la Renovación. Sólo podemos ayudarle cumpliendo el contrato a pesar de lo que Murphy quiera ponernos en medio.

Había aprendido muy pronto que su posición exigía más habilidades humanas que técnicas, y se dispuso a aprenderlas. Al principio, Edmond había sido un consejero maravilloso, pero pronto tuvo que abrirse paso sola, por medio de pruebas y errores, por intuición más que por reglas, porque cada individuo es único en el universo.

Pedro Noguchi vino en su ayuda.

-Escuchad, Wim, Jane, no podréis ayudar si os ponéis enfermos. Hemos escatimado estas sesiones todo lo que hemos podido. En lugar de malgastar el tiempo quejándose, ¿podríamos acabar de una vez?

Eso les calmó. Era extraño, pensaba Dagny a menudo, la lealtad que muchas de esas personas sentían por Fireball, quizá más que por sus propios países. Ella tenía razones personales, pero ¿y el resto? La fuente no podía ser sólo un trabajo emocionante, con buena paga y jefes agradables, donde los únicos límites en tu carrera profesional eran la suene y tus habilidades. En Fireball, de alguna forma, pertenecías, compartías el espíritu, como pocos lo hacían en la Tierra.

Buscó su lugar y se preparó.

La centrifugadora de campo levantaba la columna por encima de su cabeza, 250 centímetros desde la amplia y bien fijada base hasta los cuatro brazos del rotor. Era portátil, y no tenía nada que ver con las gigantescas máquinas fijas de los asentamientos. Los brazos eran huecos, sobresaliendo como trompetas del pilar. De cada uno colgaba un cable, a cuyo extremo se encontraba una cabina, cuya base era un disco de 150 centímetros situado a poca altura del suelo. En su interior había equipo simple de ejercicio, sujeto a soportes. Bajo el disco, una caja soldada para el contrapeso.

Ninguno de los presentes, con traje y equipo, pensaba los 125 kilos -21 kilos en la gravedad lunar- que representaba la carga estándar. Dagny se subió a una balanza situada en la base. Sin molestarse en usar la calculadora que llevaba en el brazo izquierdo, halló mentalmente la diferencia, y de un montón cercano tomó los ladrillos necesarios para compensarla. Después de meterlos en la caja, la cerró y se situó en la cabina. Cerró la puerta, se sujetó por si acaso.

-Informe -ordenó.

-Listo... Listo... Listo...-oyó.

-Centrifugadora a Control, comenzando operación de tres horas-dijo. El hombre en la esquelética torre a un kilómetro de distancia respondió. Los vigilaba a ellos como vigilaba los lugares de trabajo, también por si acaso.

-Allá vamos erijo Dagny. Cada cabina tenía un botón de inicio y de parada, pero ella, al ser la de mayor rango, pulsó el suyo.

El motor en la base de la columna se despertó. El rotor empezó a girar. Los pies de la torre flexionaron sus dedos de metal y extendieron sus garras sobre un suelo que no era ni llano ni liso y que podría haber estado formado por pedruscos en lugar de piedra dura. Los sensores controlaban las fuerzas cambiantes y daban órdenes a los actuadores; la máquina se mantenía en un equilibrio dinámico. A medida que el rotor incrementaba su velocidad y las cabinas se elevaban, los cables se alargaron hasta la longitud máxima y volaron en horizontal.

Una vez que el sistema hubo alcanzado un estado estacionario, los ocupantes estaban bajo la aceleración de la gravedad terrestre. Dagny soltó los anclajes. Durante un minuto o dos miró por entre los barrotes, hacia la Luna. Algunas personas miraban al suelo, algunas de lado, algunas mantenían los ojos básicamente cerrados, lo que les diese menos vértigo; ella escogió el cielo. Las estrellas se movían en una espiral acelerada cuyo centro se encontraba sobre su cabeza. Su respiración y la de sus compañeros era más fuerte. La vibración era un ligero repiqueteo en la sangre, carne, huesos y en cada una de sus células.

En realidad, la sensación era agradable. Le gustaba la baja gravedad, pero la naturaleza no la había fabricado para esa libertad.

Allí de pie, se preguntó cuánto tiempo hacía que se había sellado su destino. ¿Un tercio de un millar de millones de años, cuando sus antecesores salieron del mar y tuvieron que sostenerse a sí mismos? 'Mond podría decírselo con toda exactitud. Pero ella conocía muy bien el resultado final, la múltiple y maravillosa cárcel de la adaptación que la evolución había creado en su único mundo. La gravedad lunar simplemente no era suficiente para las criaturas de la Tierra.

Aunque no era tan mala como la microgravedad. No tenías náuseas, no se te hinchaba la cara, los músculos y el esqueleto se reducían lentamente, podían pasar años antes de que el daño fuese irreparable y entonces aún te quedaban unos cuantos años más antes de morir; o eso predecían las extrapolaciones a partir de animales de laboratorio y modelos de ordenador. Pero la degeneración era imparable, una cuestión de equilibrio de fluidos y química celular, degeneración cardiovascular, fallos en la barrera sangre-cerebro, crecimientos tumorales de varios tejidos, esclerosis o necrosis en otros, los primeros efectos eran clínicamente apreciables después de doce meses o menos.

Si querías conservar la salud, mejor sería que te sometieses a menudo a la gravedad en la que habías nacido.

Nacido. La mano de Dagny se dirigió a su vientre. Los recuerdos se dispararon como las estrellas sobre su cabeza.

No lo habían pretendido, ni ella ni 'Mond, no hasta estar seguros de que no era peligroso. No tenía que recibir su inyección hasta dentro de medio año. ¿Podía ese fallo deberse a la baja gravedad? (Quizá una idiosincrasia, porque Dios sabía que se hacía mucho el amor en la Luna, con frecuencia en posturas deliciosas pero imposibles en otra parte.) El médico había propuesto el aborto. Dagny exigió violentamente conocer las alternativas. El doctor convocó una conferencia a distancia orbital. Los especialistas opinaban que el embarazo probablemente sería normal. Después de todo, el embrión y el feto flotarían en el líquido amniótico, el pequeño océano primordial. Los mamíferos, incluyendo los monos, habían tenido crías en la Luna, y los jóvenes vivían, una vez que los experimentos habían determinado el régimen adecuado de centrifugado para cada especie.

Eso sí, los especialistas no garantizaban nada. No se sabía mucho. La ciencia agradecería la oportunidad de observar y aprender, pero la señora Beynac debía comprender que no se había previsto su situación. Los regímenes y tratamientos colectivamente llamados biomedicina podían extender la esperanza de vida a más de un siglo, pero no podían alterar el

Librodot

organismo humano básico. Eso exigía modificaciones del ADN. Se estaba desarrollando un proyecto, que ofrecía la única esperanza realista para una verdadera colonia lunar; algo muy controvertido, y que no afectaba al caso de la señora Beynac, que podría encontrarse en la situación de tener que trasladarse a la Tierra para garantizar la salud de su hijo...

Vale, si era absolutamente necesario. Sólo si lo era. En todo caso, podía realizar un trabajo de campo más antes de que la cintura se le ensanchase demasiado para encajar en un traje espacial. Las náuseas matutinas -terribles, mucho peores que las de aquella neblinosa primera vez- las había superado ya. Los síntomas y análisis eran tranquilizadores. Fireball nunca la echaría o la sancionaría si se transfería a la cara visible, pero Fireball la necesitaba urgentemente en la cara oculta. Así que allí estaba, en su segundo trimestre, alerta, capaz, llevando el hijo de Edmond.

Juliana, dijo para sí. Iba a ser una niña. Juliana, bebé lunar, bienvenida al futuro.

Suficientes recuerdos, suficientes sentimientos. Si querías maximizar los beneficios de la alta g y minimizar el tiempo que debías pasar en ella, no sólo tenías que quedarte de pie o sentarte, debías hacer ejercicio.

Se agachó, soltó las mancuernas y se levantó sosteniéndolas. Se movió con cuidado, para evitar los mareos. El pseudopeso terrestre alcanzaba la media a la altura de la cintura; la diferencia entre cabeza y pies era de un diez por ciento. La fuerza de Coriolis resultaba menos molesta, pero aun así había que tenerla en cuenta. Las grandes centrifugadoras eran más cómodas en ambos aspectos. Lujosas; la mayor de Port Bowen poseía compartimientos privados y sofás. Dagny sonrió. Tenía serias sospechas de que Juliana había sido concebida allí.

Levantar las mancuernas, bajarlas, subir, bajar, moverlas a un lado, empezar la carrera. Flexionarse, tensarse, flexionarse, dejar que el cuerpo disfrute mientras la mente cabalga el carrusel de las estrellas. Respirar profundamente, vaciar los pulmones, oler el dulce sudor, la sangre se acelera. Siente golpes en el vientre; ¿Juliana también baila? No, recordó Dagny, es demasiado pronto, todavía no, todavía no. El dolor la recorrió como un rastrillo recorre el campo.

El hospital de Port Bowen era pequeño, austero y estaba muy bien equipado. Cuando Edmond Beynac llegó desde el lugar de su expedición, su mujer estaba casi lista para el alta.

-No hace falta que vengas -le dijo por teléfono cuando hablaron-. Estoy bien. Pronto saldré de aquí.

-Maldición -le contestó. El acento era más intenso-. Haz tenido... *un avortement...* un aborto, en un maldito traje espacial... ¿Y debo quedarme lejos de ti? -Aunque el enlace de radio transmitía una imagen, ésta era mala y la pantalla diminuta. No podía estar segura, pero creyó ver lágrimas en sus mejillas. Nunca antes le había visto llorar.

Un aborto convulsivo como el que había tenido, incompleto hasta que el equipo la metió dentro de la base y le quitó el traje, la había afectado considerablemente. Pero era joven y vigorosa, y el equipo del hospital tenía a su disposición algo más que cirugía, disponía de la última tecnología molecular.

Cuando él llegó, Dagny estaba sentada en la cama después de dar un paseo por los pasillos. El lector que tenía entre las manos mostraba *El lobo de mar;* le gustaban las novelas de aventuras, y ya casi no se escribían. Se trataba de una habitación privada, pero por esa razón no era más que un cubículo. La masa de Edmond la llenaba por completo. No es que le importase. Sintió el fuerte abrazo, el ligero estremecimiento, y al besarlo la barba le rascó un poco. Cuando apoyó la cabeza contra el pecho sintió los latidos de su corazón.

Un poco después, él también se sentó en el borde de la cama y se limitó a sostenerle la mano.

-De verdad, 'Mond, te preocupas demasiado, cariño, estoy bien -insistió-. Me han dicho que puedo volver a trabajar en dos semanas, esta vez sin fechas límite por mi parte. -Eso último fue un error. Se le rompió la voz. Inmediatamente, bajó las pestañas y ronroneó-. Antes de eso, estaré lista para joder. Te he echado de menos, cariño.

Él siguió sombrío. -Tendremos cuidado, siempre. -Oh, sí, oh, sí.

Él la siguió mirando atentamente. El silencio se alargó. -Pero deseas tener hijos-dijo al fin.

-Bien; no a menos que tú también quieras, en serio.

-Has perdido dos. -Él no había vuelto a hablar hasta ese momento, desde que se lo había contado aquella noche en que le pidió que se casase con él, del que dio en adopción. Aquel día, él también había permanecido en silencio durante un rato, para decir finalmente que no importaba, que había pasado hacía mucho tiempo, y cambiar de tema.

-No me mientas -le ordenó más que pidió pero el tono era de compasión-. Sé muy bien que has llorado, a solas, sobre esta cama. -Eso ya está-fue todo lo que ella pudo decir.

-No habrá una tercera pérdida.

-No. -Era una resolución firme. Lo había pensado mucho-. Queremos a la Luna más que a cualquier otra cosa.

-¿Incluyendo a los niños? -Sí, llegado el caso. -Comprendes el problema, ¿no? Ella asintió y habló con rapidez.

-El doctor Nguyen me puso las cosas claras. Los modelos informáticos cambian cuando cambian los datos de entrada. Tomaron mis datos. Revisiones, análisis, muestras, exámenes electroquímicos, por Dios, apareceré en las revistas científicas durante los próximos cinco años. Vale, soy un caso único, pero parece que han obtenido información importante que faltaba. La opinión revisada es que lo sucedido era inevitable. Los anticonceptivos pierden su efecto con mayor rapidez que en la Tierra, con una distribución temporal al azar, y ningún parto se completará. Los animales de laboratorio nos engañaron. Por una parte, los seres humanos son mucho mayores, lo que convierte la administración de fluidos en un problema de ingeniería completamente diferente, al menos en un campo gravitatorio débil. Por otra parte, el cerebro humano se engaña y envía señales erróneas al aspecto nervioso-glandular-muscular del sistema reproductor femenino. Las defensas químicas de la placenta se deterioran, las reacciones alérgicas se acumulan y el feto es expulsado, pero ya está muerto o moribundo. Nuestra especie nunca podrá reproducirse de forma natural en la Luna.

Ya estaba, lo había dicho, de un golpe y sin vacilar. Se recostó sobre las almohadas, de pronto agotada.

-¿Lo has oído?-susurró.

-Sí, he estado en contacto durante todo el camino. -Edmond hizo una pausa-. Creen que sería posible desarrollar alguna medicación para contrarrestar esos efectos y hacer posible el parto.

-Lo sé -suspiró-. También sé que sería desagradable, caro y condenaría a la siguiente generación al mismo proceso. No.

Vio y sintió cómo él se tensaba.

-Dagny-dijo,-, podemos mudarnos a la Tierra... antes de que seamos demasiado viejos.

-Estabas dispuesto a hacerlo por juliana, inmediatamente, si fuese necesario-contestó ella en voz baja.

-Lo estaba. Por hijos nacidos... Quiero que tengamos hijos. Dagny movió la cabeza. La calma la llenó, y con ella le llegó una tranquila fuerza.

Juliana era. Había sucedido y no la mataríamos ni renegaríamos de ella. Pero vi... Fuiste tan amable, tan generoso de esa forma tan áspera. Nunca dejaste entrever lo que significaría para ti, perder esta carrera científica de alto nivel y regresar a donde todo es rutinario, donde a lo más que podrías aspirar sería a pasar la vida como profesor de un departamento académico mediocre. Pero yo lo sabía, 'Mond. Sabía que darías largos paseos a solas para poder gritar tus insultos, que beberías mucho y que tu cinismo absoluto se convertiría en alienación; y permanecerías a mi lado, porque así lo dijiste, y nunca le echarías la culpa a la niña. 'Mond, me gustaría creer en Dios, para poder rezar y pedirle que no tuviésemos que regresar. Bien, no lo haremos. *-Bienaimée-dijo* agitado.

La fuerza se incrementó. Se sentó recta.

-Eso implica que tengamos que ser estériles. -No, «infecundos» era la palabra que quería, un callejón sin salida, muerte doble, y al infierno con los fanáticos de la reducción de la población.

La cabeza inclinada de Edmond se elevó. *-Qu'est-ce...* ¿a qué te refieres?

-Es evidente erijo ella-. Genética. Una raza para la que la Luna sea el ambiente normal. Empecé a investigar tan pronto como supe que estaba embarazada, porque puede hacerse, 'Mond. El cono cimiento está ahí, en los mapas del genoma, la biología molecular, en la anatomía y fisiología. Los ordenadores han demostrado que son necesarios cambios en el ADN, prácticamente átomo a átomo. Y cómo hacerlo no es, en principio, diferente de lo que es estándar en biotecnología cuando desean crear algún organismo en especial. Todo el asunto ha sido bosquejado, como un ejercicio científico y medida de contingencia. Los detalles pueden refinarse en un año o dos, una vez que se ponga en marcha el proyecto.

-Y tú, tú...

-¿Por qué no? ¿Por qué demonios no? Toma un óvulo fertilizado, trátalo, implántalo. -El impulso la guiaba-. Vamos, apuesto a que la fertilización puede hacerse del modo usual.

-¡No! El riesgo para ti. Y... el coste, no podríamos permitírnoslo. -Tonterías. No es más arriesgado que una salida a la superficie. He estudiado el asunto, ya te digo. Un feto selenita interactuaría de otra forma. Yo necesitaría apoyo químico, es cierto, pero mucho menos que con un bebé de nuestro tipo, nada que me impida moverme. Y en cuanto al coste, nada; mientras los Guthrie estén al cargo, Fireball mirará más allá del informe anual de beneficios. De hecho, ha financiado la investigación hasta ahora. Pondrán el dinero alegremente para producir una próxima generación que no precise ayuda.

-Estás completamente loca-gruñó él.

-Oh, quizá no salga bien cada vez. Eso dolerá, pero estoy dispuesta a asumir el riesgo si tú lo estás, porque serán nuestros hijos, nuestros hijos selenitas, 'Mond. Nuestra sangre viviendo aquí por siempre.

Su sangre le hervía en las venas. Le agarró las manos. Durante un momento más él se resistió.

-Dagny, habrá mucha oposición... experimentar con humanos. Yo tengo problemas de conciencia. ¿Qué hay de la gente y los políticos de la Tierra?

-Si alguien puede conseguir que se apruebe algo así, son los Guthrie. Cariño, di que sí, di que sí y mañana le enviaré un mensaje codificado.

La sangre de Anson Guthrie viva en la Luna.

Que él era su abuelo era el último secreto real que le había ocultado a Edmond. Esperaba que, en esas circunstancias, él le permitiese compartirlo.

9

La Mansión Guthrie parecía más antigua que los siglos que tenía. La piedra casi parecía haber sido modelada por el viento, la lluvia y la escarcha en lugar de por manos humanas. Esa masa pertenecía a aquel lugar, entre los abetos a derecha, izquierda y detrás, el prado, y las flores que se extendían hasta el agua. Un atracadero, un barco, edificios adicionales construidos también en la isla. Incluso la nave espacial y su protección encajaban en aquella tierra.

Pero es todo una sensación interior, pensó Kenmuir. Se debía a la tradición, a la santidad, cosas de las que la naturaleza no sabía nada. Y la misma naturaleza, la sensación de regresar a un lugar antiguo todavía vivo, no era más que una ilusión. Las nubes se elevaban como la nieve en un cielo azul radiante; corría una brisa fresca, con aromas de madera y sal, sobre la tierra calentada por el verano; las olas rielaban y murmuraban, los bosques susurraban; algunas gaviotas volaban hacia lo alto, todo en un enclave restringido y cuidadosamente atendido. Era sólo casualidad que no viese pasar ninguna aeronave. Cuando el sol de la tarde se hubiese ocultado tras el océano, podría observar los satélites, recorriendo su camino entre las estrellas, que el relucir del cielo le permitiese ver.

Quizá fuese por eso por lo que la nave espacial no pareciese extraña. En lugar de eso, ¿era una guardiana de la paz? Al menos un tótem, un punto de reunión. Tampoco era que estuviese muy a la vista. Ocupaba un claro varios cientos de metros hacia el interior, y ella y su cubierta transparente no habrían sido visibles si el terreno no estuviese ligeramente elevado. Tal y como estaba, sólo se veía la proa, una flecha sobre la copa de los árboles y el tejado.

Después de dejar el volador alquilado en la zona de aterrizaje y empezar a caminar hacia la casa aplastando la gravilla con los pies, Kenmuir se encontró con la mirada y la mente centradas en la nave. *Kestrel,* el pequeño modelo halcón pilotado por Kyra Davis, la que mucho, mucho tiempo antes había rescatado a Guthrie de los avantistas y había luchado con su doble. El mismo Kenmuir había participado en una ocasión en el rito anual de inspección, limpieza, recargar de los acumuladores y bendición final de la nave: «Que estés siempre lista para volar.» Bajo la solemnidad, un escalofrío le había atravesado y el vello del cuerpo se le había puesto de punta. Entonces era muy joven... Pero algo similar volvió a agitarse en él. Su especie moría y vivía por sus símbolos. Y los selenitas por los suyos. Pero ¿y los sofotectos?

Se le ocurrió que nunca había consultado la historia de la reliquia. ¿Qué batallas y artimañas habían sido necesarias, ya no para conseguirla, sino para obtener el permiso para mantenerla lista para volar? Oh, ahora era totalmente obsoleta, pero no entonces; e incluso en esos días la licencia para almacenar antimateria en la Tierra no se concedía a menos que la máquina fuese capaz de controlarla y contenerla.

Bien, Fireball Enterprises, que había dominado el Sistema Solar, no se disolvió con rapidez o sin conseguir muchas concesiones para su gente. Que tuviesen su monumento. Ya durante aquel tiempo, se fue convirtiendo poco más que en una inofensiva hermandad. En una generación o dos, apenas nadie más recordaba la existencia de la Kestrel. Para el cibercosmos, sólo era una entrada en una base de datos.

Pero allí estaba. Y.. ¿Fireball era inofensiva? Eso estaba por ver. El pulso y los pasos de Kenmuir se aceleraron.

Le esperaba una guardia en el porche. Desarmada, un ceremonial, una muchacha que servía su aprendizaje antes de ser iniciada como cofrade. A Matthias le gustaba recibir a los

Librodot

visitantes con estilo. Ella vio el uniforme de Fireball que Kenmuir vestía, del mismo gris que el de ella, y le dijo un saludo, que él devolvió (mientras tanto, meditó que en los días de la compañía no había habido formalidades. Ese tipo de cosas crecían como el coral en un barco hundido).

-Capitán lan Kenmuir -se identificó sin que fuese necesario, sólo por cortesía-, con una cita privada con el Rydberg.

-Sí, sir-respondió ella-. Please, sígame.

Hacía años que no estaba allí, pero al entrar en el vestíbulo, le volvieron los recuerdos. Los paneles de roble, el ventanal donde Dédalo e Ícaro extendían sus alas; y al final del pasillo, el gran salón oscuro con su alfombras, cortinas, mobiliario, candelabros y cristales, cuadros, libros; todo antiguo, tradiciones. En una silla junto a la chimenea de piedra estaba sentado Matthias. Kenmuir se situó frente a él.

-Good day, sir-le saludó como era costumbre. El viejo asintió.

-Welcome -dijo. Su voz era un susurro grave. Poco más había cambiado desde la última vez que Kenmuir le había visto. El cuerpo seguía siendo enorme, panzudo, pero no decaído en los miembros o en los fuertes rasgos de nariz aguileña; el pelo era una cresta blanca; los ojos, profundos y firmes. Un emblema de Fireball a la izquierda del pecho hacía que su simple uniforme azul fuese suficiente.

Por un momento, Kenmuir se preguntó si Matthias había tenido más de un nombre. La mayoría de los terrícolas no lo tenían. Sabía muy poco de aquel maestro de la logia. Dada la longevidad, una persona podía servir durante tantas décadas que su pasado se perdía en la oscuridad.

-Ponte cómodo-dijo el Rydberg-. Siéntate si quieres. -Gracias... thank you. -Kenmuir se sentó en la silla opuesta. Se oyó una risa.

-¿Hemos tenido ya bastantes anacronismos y americanismos? ¿Qué le gustaría beber, capitán?

-Eh, bien...

-En lo que a mí respecta, no es demasiado temprano para un whisky con agua.

-Cerveza, por favor-se atrevió a decir Kenmuir.

Matthias le hizo un gesto a la guardia, quien salió. La casa disponía de una pequeña plantilla de personal, así como máquinas, pero para ella aquel servicio era un honor.

-Vienes poco por aquí-le comentó.

-Cierto, señor. No he estado mucho en la Tierra, y cuando se ha dado el caso... -Simplemente no era un animal muy sociable. Se limitaba a llamar a algunos amigos por todo el globo, visitar lugares históricos y soñar, dar largos paseos por las reservas, ese tipo de cosas. En ocasiones iba a alguna casa alegre, pero no a menudo. Siempre le parecía algo triste, incluso cuando la mujer encontraba placer en la especialidad a la que se dedicaba-. Debería participar más en la Hermandad, sí.

-Es algo voluntario. -Matthias se recostó, entrecruzó los dedos, cerró los párpados y siguió hablando con seriedad-. Veamos. Cuando me pediste una entrevista, busqué los datos que tenemos sobre ti, pero son escasos y en parte pueden ser incorrectos. Corrígeme. Entre tus antepasados hay cofrades de Fireball desde que era una empresa, pero tus padres eran terrestres y tampoco estaban muy implicados en nuestros asuntos.

Kenmuir sintió un viejo dolor. Deberían seguir vivos. Él, su único hijo, sólo tenía cincuenta y cinco años. Pero los accidentes también se producen en las sociedades cibernéticas. Dos voladores bajo control manual chocaron sobre un campo deportivo en el

Antártico, donde había poco tráfico... y él se encontraba más allá de la órbita de Plutón, ayudando a arrastrar un cometa.

-Si no he participado más, señor, no es porque no valore ser un miembro. -Era sincero.

-Estoy de acuerdo -dijo Matthias-. Continuemos. Conseguiste entrar en la Academia. Destinado a las estrellas desde el nacimiento, ¿eh? Y, lo que es más, con talento para ello. Comenzaste tu carrera en el Servicio Federal Espacial, luego pasaste a la Ventura.

Como Kenmuir sabía que Matthias había trabajado siempre en el Servicio, se puso un poco a la defensiva.

-Bien, señor, todo lo de la Tierra se ha vuelto tan... tan... -Eficiente -admitió Matthias-. Apenas queda lugar para los humanos, excepto en tierra y tan sólo por mantenernos ocupados. No hay espacio para la iniciativa. El Servicio no había llegado a ese punto en mi época. Pero al acercarse mi retiro, dejé de envidiar a los jóvenes.

El pulso de Kenmuir se disparó.

-Los selenitas mantienen el espacio para la humanidad. -Su tipo de humanidad.

No debía someterse. El Rydberg lo despreciaría. -También lo hacen para nosotros. Nos necesitan.

-Porque su forma de hacer las cosas se opone a cualquier consideración práctica.

-No cuando se trata de su naturaleza, señor. Y de la naturaleza terrana, también, para muchos de nosotros, incluso hoy en día.

-Sí, algo del viejo espíritu sobrevive. Por un tiempo, al menos. -Matthias se animó un poco-. El Hábitat lo reavivará. Puede que viva para ver en persona lo que sólo he podido ver en vivíferos y quiviras. Kenmuir se tensó.

-Por eso he venido aquí. Los ojos le miraron fijamente. -Eso sospechaba.

¿Qué sabía?

La chica regresó con una bandeja, puso las bebidas en las mesillas y se fue.

-Buen despegue -fue el brindis de Matthias. Los hombres se llevaron las copas a los labios. El cosquilleo en la boca dio ímpetu a Kenmuir.

-Sabe lo que el Hábitat hará con los selenitas-dijo. -Civilizarlos, gradualmente-contestó Matthias.

-No dentro de una civilización que consideren soportable. -Eso dicen. -El tono era áspero-. ¿Realmente son tan poco adaptables, o es sólo ese puñado de selenarcas chillando y gimiendo porque perderán sus privilegios?

Kenmuir escogió sus palabras.

-Señor, con respeto, conozco a los selenitas, a todos los tipos de selenitas, tan bien como cualquier terrestre... cualquier terrano puede conocerlos. Cuando has estado en el confín del Sistema Solar con alguien, una y otra vez, acabas entendiéndolo. -Y también los había conocido en casa, en Marte y en sus pequeñas colonias de los asteroides que corrían por entre las invernales estrellas, o cavando en hielo y roca bajo la majestad de Júpiter o en las minas de Saturno.

-Entonces, ¿has acabado amándolos? -preguntó Matthias en voz baja.

-Bien, siento aprecio por ellos-dijo Kenmuir, sorprendido. Matthias levantó un dedo.

-Un segundo, no los odio. Estoy de acuerdo en que son admirables, como lo es un tigre. Y sí, son un poco de sal en este entumecido mundo nuestro. -Hizo una pausa-. Pero

tenemos que pensar en nuestra propia especie. -Se encogió de hombros-. Como si lo que tú o yo pensemos, lo que hagamos, tuviese la más mínima importancia. Kenmuir cerró un puño.

-El Hábitat está mal. Matthias levantó las cejas.

-Mal, ¿darle de nuevo a miles de humanos, y a las generaciones sucesivas, una frontera?

Sí, pensó Kenmuir, ya lo había oído: la dinámica renovada, la humanidad apartando la vista de sus entretenimientos, dirigiéndola hacia la inmensidad del universo. Estaba defendiendo los derechos de los nativos americanos mientras los blancos corrían en estampida hacia el Pacífico. Pero ¿qué había dicho Lilisaire, una oleada de colonos lunares enviada a un tanque de contención? Había pasado muchos turnos en el espacio explorando el pasado de la Tierra. Después de que los americanos blancos llenasen la nueva tierra, los intereses creados y los demagogos no tardaron en convertir a los ciudadanos en siervos.

-Señor -insistió-. Yo soy un ejemplo de lo que la libertad selenita puede implicar para los terranos. Si alguna vez vamos a las estrellas monde se encontraba el Guthrie emulado, ¡apenas!-, tendrá que ser con ellos.

-Quizá. Di lo que tengas que decir.

-Merecen una oportunidad, al igual que nosotros.

-No lo niego, si es una oportunidad justa. Pero, repitiéndome, ¿qué podemos hacer nosotros en este caso? Dilo.

Kenmuir tomó aliento y se lanzó a hablar. Durante tres ciclodías, Lilisaire había completado los detalles de lo que le había contado inicialmente, pero en general lo había ganado para su causa. No dijo nada de lo que sucedía cuando no hablaban. ¿Se lo suponía Matthias, impasible en su silla?

El Rydberg hizo un único comentario.

-Es asombroso que esas actividades de Niolente en el espacio pudiesen mantenerse en secreto.

-Bien, señor, ya sabe lo básica que es allí la etaina. -Kenmuir escogió la palabra selenita, porque la traducción habitual como «familia» o «clan» no era del todo acertada. Nada exactamente igual se daba en ninguna cultura terrana. En ocasiones había hecho cábalas con la posibilidad de que «manada» fuese el término adecuado... pero no, los selenitas tampoco eran leones-. Aparentemente, la expediciones estaban muy cibernetizadas, con el pequeño personal orgánico elegido por sus lazos de sangre además de por sus habilidades. Mantuvieron el silencio. Presumiblemente, Niolente pretendía revelar sus planes en el momento adecuado, en las mejores circunstancias, lo que daría a Selene la ventaja que buscaba, con ella y su raza en pleno control.

»Y la catástrofe final parece ser que todos los que sabían algo murieron con ella. Estaban juntos bajo el cráter Delandres, y supongo que recuerda que los misiles hundieron la concha que les protegía, aunque la Autoridad de Paz sólo pretendía forzar la rendición. Creo que los mantuvo en grupo precisamente para conservar el secreto, y amenazó con catapultar ojivas sólo como una contramedida negociadora que podría ganarles términos favorables en la rendición... al menos, la amnistía. En lugar de eso, consiguió que los bombardeasen.

»Aparentemente, también borró todos los archivos que pudo sobre el proyecto. Los registros que consiguió la Autoridad de Paz eran fragmentarios. Todo lo que sus hijos adultos sabían era que estaba preparándose algo importante. Uno esperaría que guardasen el secreto, ¿no? Lo pasaron generación tras generación, bajo juramento de secreto, de forma muy similar a... los Rydberg en la Hermandad.

Ronco, Kenmuir se terminó la cerveza. Se sucedió una quietud, durante la cual la sangre le latía con fuerza por las venas.

-Y ahora esta hembra quiere que te dé las Palabras del Fundador, para su beneficio y con la esperanza de poder usarlas para impedir el Hábitat dijo al fin Matthias.

-Sí, si es posible, y si...

-Exactamente, ¿de qué imagina que se trata?

-Información. Mucho antes de la época de Niolente, el hijo de Dagny Beynac, Kaino, dirigió una misteriosa misión al espacio profundo. La familia nunca explicó de qué se trataba. Probablemente fue la base de lo que Niolente intentó. Mientras tanto, Lars Rydberg había descubierto algo, probablemente de la propia Beynac, que consideró de gran importancia.

-¿Relativo a una gran arma en una órbita solar remota? -se mofó Matthias-. Una locura.

-Yo no... Lilisaire no daba a entender necesariamente eso.

-A ella le gustaría. Para su fortuna personal. A juzgar por lo que me has contado, no le diría nada a muchos de sus amigos magnates, si se lo dice a alguno.

-Señor, no pido... yo no consentiría...

-Pero espera encontrar una forma de mantener a los terranos en la Tierra.

-Ni siquiera eso, señor, no en sí mismo. ¿Es correcto suprimir información sobre un asunto tan importante como éste? Una decisión tomada por ignorancia podría costar después muchas vidas. Lo siento si... si...

Matthias resopló.

-No te disculpes. No hay ninguna razón para ello. No existe tal conocimiento.

-¿Nada? -protestó Kenmuir.

-Lars Rydberg trajo un secreto a la Tierra, sí-dijo Matthias con seriedad-. Encargó a su hijo mayor que lo protegiese a menos que se produjese una situación de extrema necesidad. Ha recorrido la sucesión desde entonces. -No por descendencia, aunque todos los maestros de la logia tenían algo de la sangre de Rydberg-. Esto es todo lo que sabe el mundo. No seré yo el que lo traicione.

Kenmuir se sentía indomable.

-¿Puede darme alguna pista? -suplicó-. Aunque no fuese otra cosa, ¿puede decirme que Lilisaire estaba equivocada y que no puede ayudarme?

El anciano asintió.

-Sí, creo que puedo asegurarlo. -Volvió a suspirar-. A estas alturas, con todo el tiempo que ha pasado, me pregunto si ya significa algo. Conservamos la fe, los Rydberg, simplemente porque es una tradición más, un rito, algo que mantiene unida la Hermandad, para que un fantasma de Fireball Enterprises pueda asustar a los vivos... Soy yo el que lo siente, hijo.

De pronto, Kenmuir se sintió agotado. -Comprendo. Gracias, señor.

-Para ti nunca fue una esperanza real, ¿verdad?

-Supongo que no. -¿Qué harás? -Informar. -Puedes llamar desde aquí. -Gracias, pero...

-Ah. ¿Quieres una comunicación encriptada?

-Bien, en realidad, quiero llamar a un número en la Tierra, pero... una línea segura...

-No me digas más. Para las comunicaciones terrestres tenemos muy buena seguridad. De vez en cuando, ya sabes, ayudamos a un cofrade cuyos problemas es mejor mantener secretos.

-Señor, cuando se opone a toda mi misión... -murmuró Kenmuir asombrado.

-No del todo. Tampoco apruebo que el gobierno mantenga en secreto información posiblemente importante. Pero, sobre todo, tú también eres un cofrade. Te debo el juramento de hermandad. -La mirada le calibraba-. Confío en que no rompas el tuyo.

»Si no tienes demasiada prisa -prosiguió al cabo de un momento-, tomemos otra copa. Y cenemos. Pasa la noche aquí. Me gustaría oír historias de los lugares donde has estado.

No, pensó Kenmuir, estaba seguro de que no violaría su juramento. Seguiría las siguientes instrucciones de Lilisaire lo mejor que pudiese, hasta que las viese convertirse en una amenaza pública. No esperaba que así fuese. Ella le conocía muy bien. Pero debía mantener la guardia. Los acontecimientos podían descontrolarse. Y en todo caso -recurrió a sus lecturas clásicas- el espíritu de los selenitas era el de Lucifer.

Librodot

10
La madre de la Luna

Vista desde las montañas Taurus, la Tierra colgaba en la parte baja del cielo suroeste. El creciente estaba reduciéndose con la lenta escalada del sol sobre las cordilleras occidentales. Las sombras se habían encogido sobre la terraza en la que los Beynac habían acampado, pero todavía dibujaban incontables marcas sobre la lisa roca. Por debajo y por encima, la pendiente era igualmente rugosa, como las cumbres que la rodeaban.

Al no estar iluminado todavía, el valle del fondo parecía un lago de oscuridad. Todos los contornos eran suaves, gastados por gigaaños de lluvias meteóricas, allí no había ni los riscos terrestres ni las brusquedades marcianas; una tierra antigua contenida en sí misma y en sus secretos.

Para Dagny, la vista, como todo en Selene, era espléndida. Quizá la desnudez del paisaje alegraba su corazón, como un desafío. En aquel momento no prestaba atención. Estaba concentrada en Tychopolis, a unos 2.700 kilómetros de allí.

La cara de Joe Packer estaba frente a la suya, perfectamente clara, con el nuevo modelo de casco, en forma de pecera, coronando su traje espacial. El protector se había oscurecido por sí solo en la parte de atrás para evitar la luz del sol, que hubiese restallado contra sus ojos si hubiese mirado directamente y sin protección en esa dirección. La gran holopantalla mostraba un excavador trabajando a su espalda, difuminado por el polvo que levantaba continuamente. Las imágenes no eran perfectas. No había cables de fibra óptica en aquellas regiones desérticas; se empleaba un satélite. Las imágenes eran suficiente para usos prácticos.

-... en general, los progresos son satisfactorios-decía Packer-. Sin embargo, debemos tomar una decisión. La noche pasada, en la esquina noroccidental del Complejo Tres, encontraron un bloque muy grande. Evidentemente tiene más o menos la misma composición que la roca circundante, así que no apareció en los exámenes del suelo, pero Pedro Noguchi dice que tendremos que sacarlo, y que eso dejará un hueco en un lateral, además de muchas grietas. Le dije que esperase hasta que hablase contigo. -Sonrió, de un blanco reluciente contra la piel chocolate-. No te preocupes, he encontrado otro montón de cosas para mantener a él y a su banda ocupados para que no se metan en problemas.

-Así se hace -asintió Dagny. Packer era tan competente como ella, y estaba destinado a sucederla cuando ella se trasladase a administración general. Por esa razón, además de por darle experiencia adicional, podía acompañar de vez en cuando a Edmond en sus viajes de campo: aventura y vida familiar, aparte de ayudarle en sus investigaciones. Todavía con muy poco personal, ese trabajo era tan esencial para la ingeniería y la futura colonización como la ciencia pura. De todas formas, construir las estructuras para la Universidad de Selene no debería suponer ningún problema extraordinario.

Pero, claro, ningún proyecto en la Luna estaba carente de sorpresas, y la responsabilidad final era suya. Hacía apenas diez años, habría estado atada al lugar. En ese momento, las posibilidades de telepresencia le permitían comportarse como un avatar.

Sí, revoloteando a su alrededor, la historia en el espacio se movía hacia delante, cada vez más rápido, como un cometa que se precipita hacia el Sol. No sólo allí. Se estaba construyendo un L-5, un espacio puerto, centro industrial y hogar para terranos donde pudiesen tener hijos completamente terranos. Se explotaba la riqueza de los asteroides. Hielo de las profundidades del espacio, pronto agua en abundancia allí donde los humanos la deseasen. En pocos años habría antimateria, producida tan copiosamente que una nave podría

Librodot

quemarla para acelerar durante todo el viaje y llegar a la órbita de Plutón en tres semanas. Pero cuando se ganase esa libertad, decía Guthrie, Fireball lanzaría primero sondas a las estrellas más cercanas...

Su mente volvió a los negocios. -Very well, vamos a echar un vistazo.

Packer dio una orden. El ordenador cambió el punto de vista. Dagny vio escombros, el ángulo desigual de un pozo, una masa que sugería un puño cerrado y sobresalía parcialmente con algunas piezas rotas esparcidas. Packer le cedió el escáner. Hizo que la cámara se moviese, acercándose, alejándose y dando vueltas, iluminando oscuros huecos, ampliando, induciendo fluorescencia.

-Mmm -murmuró al fin-. Es lo que pensé e imagino que lo suponías. -Pero ella había aprendido de Edmond Beynac-. Un antiguo meteorito, enterrado en un flujo posterior de lava. El carácter plutónico... es raro, por decir poco. Mi esposo estará muy interesado. -¿Perdona?

-¿No lo sabías? Estudia meteoritos, además de lo que tiene bajo los pies. Cree que no comprenderemos los fundamentos de la formación de planetas hasta que no entendamos bien los asteroides. -Dagny chasqueó la lengua-. Jura que uno de estos años irá al Cinturón y echará un vistazo personalmente. -Se le disparó el corazón. Ya habían muerto muchos en esas distancias-. Esa roca será una prueba de su idea, su opinión minoritaria, de que en una ocasión hubo un cuerpo en esa región lo suficientemente grande como para calentarse de verdad antes de volver a enfriarse. Cree que el objeto de níquel-hierro que nos dio las minas de Tycho era parte de su núcleo. -Dagny recobró la compostura-. Pero me voy por las ramas. Pedro tiene razón, tendremos que sacarlo. El agujero, y las fisuras allí donde la lava se solidificó a su alrededor serán un potencial punto débil en los cimientos. No podemos limitarnos a llenarlas y pensar que ahí acaba la cosa. -No después del accidente Rudolph, o del más reciente y similar, pero peor, desastre en Struve Criswell.

-Entonces, ¿qué? -preguntó Packer.

-¿Tienes alguna idea? Se me ocurren un par, pero tú has tenido más tiempo para reflexionar. Entre los dos deberíamos pensar algo que valga la pena. -La interrumpió un grito-. Oh, maldición. Las alegrías de la maternidad. Perdóname un segundo. Volveré enseguida, creo.

Poniéndose en pie, Dagny salió del compartimento de la oficina y se dirigió al enorme camión que había bautizado como su niñomóvil. La familia lo usaba a menudo para viajar, normalmente por placer, o con amigos -aunque ésa no era su primera expedición seria juntos y estaba bien equipado, desde la casa piloto en la parte delantera hasta el cubículo dormitorio que usaban ella y Edmond en la parte trasera. Más allá de la despensa, la cocina y el comedor, encontró el salón principal y a sus hijos.

Era un espacio de diez metros de largo por seis de ancho. Mesas y sillas plegables, baúles, que hacían las veces de asientos, permitían el paso, a veces en zigzag, sin que importase si se estaba jugando, festejando, entreteniéndose, educando o simplemente descansando. El duramusgo formaba una verde alfombra viva. Los tanques de reserva de agua y aire en el techo impedían la vista directa hacia arriba, pero ventanales a cada lado mostraban paisaje suficiente. Se fijó en que el camión de campo habitual estaba aparcado cerca. También vio los montones de especímenes geológicos y otros elementos, el paisaje montañoso, la Tierra grande y encantada, y el Sol al otro lado convertido en un disco apagado. Salía música de los altavoces, por suerte no muy alta; supuso que se trataba del último feg-huang. Los gustos de sus niños no coincidían con los suyos. En ocasiones se preguntaba qué compondría su generación cuando creciese.

Anson estaba fuera, con su padre y dos estudiantes. Gabrielle, la siguiente en edad con siete años, se hallaba sentada delante de una de las terminales de ordenador. Era lo adecuado, porque se trataban de sus sesiones de escuela. Pero ¿por qué se encontraba Sigurd, con sólo

cinco años, a su lado? Él debería estar ocupado con sus propias lecciones. Francis, de tres, estaba acurrucado con su lector. No era de extrañar; a su edad ya todos sabían leer. La única que faltaba era Helen, en la cuna, que sin duda también aprendería. Francis parecía haber nacido para ratón de biblioteca. ¿Qué había escogido hoy? No le llamaban la atención las cosas habituales...

Centró los ojos en Gaby y Sigurd. Totalmente concentrados, no se habían percatado de su llegada. Recordó incidentes anteriores; cambios rápidos cuando ella aparecía, con un cierto aire furtivo y me dio sospechoso. En dos saltos de canguro se colocó a su lado. Los ruidos del bebé no eran de los que indicaban urgencia.

La muchacha expresó de pronto consternación, enmascarada inmediatamente. El muchacho siguió con una expresión rebelde. Era el que más jaleo organizaba. Dagny miró la pantalla. No, no ofrecía un programa interactivo de matemáticas. ARVEN ARREA NIO LU-LLUI PEYAR...

-¿Qué demonios pasa aquí? Su hija apagó la pantalla.

-Nada -murmuró. Los colores iban y venían por su cara. De aspecto era la más terrestre, regordeta y coronada por rizos ligeramente castaños. Tranquila, estudiosa, ¿era interiormente la más paradójica?-. Sólo un juego.

Tranquila, Dagny, tómatelo con calma, no hagas que se vuelvan hostiles. Portaban genes extraños, pero el ADN había venido de unos padres muy voluntariosos. Miró fijamente a Sigurd y le aguantó la mirada.

-No parece tu tipo de juego-le dijo con suavidad a aquel enorme hoy pelirrojo.

Él a su vez se puso colorado. -Estábamos tomándonos un descanso.

-Si estuviese haciendo novillos, yo haría algo más interesante. A menos que esto lo sea. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

Gaby estaba recuperando algo de compostura. -Per-mu-ta-cio-nes-dijo. Triunfante añadió-: ¿Comprendes? Estaba estudiando.

¿Hacer que la máquina produjese permutaciones al azar de, no, no palabras, sílabas? Dagny movió la cabeza. No podía ser cierto. Lo que había visto sugería una estructura, como si fuesen palabras en una lengua desconocida. ¿Podría aquella pareja estar creando un mundo de fantasía? Gaby parecía tener talento para ello, en la medida en que mostraba algo de sí misma. Sigurd, inquieto, resentido por quedarse atrás cuando su hermano mayor había seguido adelante, podría encontrar un hueco en un sueño compartido.

Si así era, estaba bien que aquella pareja increíble hubiese dejado a un lado sus peleas e hiciese algo en común, aunque fuese por poco tiempo. Secretos de infancia olvidados desde hacía tres décadas volvieron a la mente de Dagny. Sería mejor no continuar con la invasión. -Me alegro por vosotros, por lo que vale -dijo-. Sin embargo, no se supone que hoy debas estudiar conjuntos, debes practicar la mecánica de la aritmética. Y tú, Sigurd, debes mejorar tu deplorable ortografía.

-Aburrido -gimió. Gaby asintió, una y otra vez.

-Lo sé -contestó su madre-. Y os preguntáis por qué debéis hacerlo, cuando un ordenador puede hacerlo por vosotros. Well, escuchad. Puede que no siempre haya un ordenador disponible cuando tengáis que calcular algo o escribir algo que se entienda. Aún más, aprender los sistemas es la única forma en que podréis entenderlos. Si ignoráis cómo funcionan las máquinas y por qué, no os servirán; ellas serán vuestros jefes. Y os quedaréis lejos de muchas cosas maravillosas. En general, recordad: la gente independiente debe ser independiente.

»Jugad a juegos en vuestro tiempo libre. Este tiempo es de Fireball. Demostrad que podemos confiar en vosotros.

Así les llevó de nuevo a sus tareas. Francis, pequeño y rubio, apenas había apartado la vista de la lectura. Experiencias anteriores le decían a Dagny que había observado más de lo que daba a entender.

Helen gemía. Dagny se aseguró de que no era preciso cambiarla pero que tenía hambre, así que se abrió la túnica y llevó al bebé hasta el pecho derecho (una ventaja excelente de vivir en la Luna; menos cuando estabas en la centrifugadora, podías ir sin sujetador y los pechos no flaqueaban).

-Estoy ocupada, cariño-dijo, y volvió a la parte delantera.

La cabecita oscura chupaba leche de su cuerpo. Calor y amor era lo que volvía a ella. Sí, no importaban todos los problemas extras durante el embarazo, seguía queriendo otra más, otra vida para alegrar la suya y la de'Mond antes de volar hacia el infinito futuro.

Sin ataduras en el espacio. ¿Qué sería de la Tierra? Resplandecía tan azul y blanca sobre las montañas. ¿Cuánta miseria, cuánto terror y desesperación ocultarían esas nubes? Pobre Norteamérica, empobrecida y atrofiada, la Renovación agarrándose como el alquitrán a una imitación de poder mientras la realidad se descomponía en la ilegalidad. Pobre Oriente Medio, *Befehl* retirado, el caos a sus anchas, el fanatismo en aumento, mayor cada día que pasaba... Pero en tierras más afortunadas florecía la civilización, la prosperidad, la libertad y una verdadera regeneración, la curación del planeta, pagada por las riquezas que Fireball llevaba de vuelta a casa... La mujer acercó más al bebé.

Cuando volvió a sentarse en la oficina de comunicación, el temor se desvaneció y Helen se convirtió simplemente en una dulce presencia en los límites de la conciencia. Los ojos de Packer la miraron sor prendidos durante un segundo, y luego volvió inmediatamente al trabajo. Estuvieron ocupados durante las siguientes dos horas, excepto por el momento en que Dagny devolvió a su retoño a la cuna. Encontró a Gaby y Sigurd estudiando. No parecían especialmente escarmentados.

-Eh, sí, suena razonable dijo finalmente Packer. No te limites a cortar una roca poco fiable y a sustituirla por cemento. La estructura metálica del edificio conduciría hacia abajo el calor del mediodía y el frío espacial de la medianoche; a lo largo de los años, los diferentes coeficientes de expansión térmica producirían un efecto de fatiga. Por tanto, lo mejor era sellar el agujero con una red de intercambio de calor, para que automáticamente equilibrase las temperaturas. Sería preciso una labor de diseño, pero probablemente bastaría con un programa comercial, y la idea podría resultar útil en otras partes.

-Oh, claro, primero tenemos que ejecutar algunos modelos de ordenador para asegurarnos de que la idea no es una locura -siguió diciendo Packer-. No, primero tenemos que escuchar la opinión del doctor Beynac. -Siempre mostraba deferencia hacia el hombre que había salvado su miembro y su vida, no de forma servil sino con una gratitud duradera que Dagny y Edmond apreciaban.

-Debería volver pronto -dijo ella-. De hecho, va con retraso. Hablaré con él y te llamará mañana a esta hora, ¿vale? -Mañana en la Tierra; el Sol sobre Taurus se encontraría a una docena de grados más de altitud-. Feliz aterrizaje.

Desconectó, se puso en pie, estiró los músculos agarrotados y deseó un pase más en la centrifugadora. No, demasiado difícil de arreglar y había que preparar la cena. Más tarde, por la noche, antes de dormir... sonrió. Oficialmente, el ejercicio horizontal no contaba, pero vaya si no se despertaba más animada en el turno de amanecer que después de cualquier otro ejercicio.

Volvió a proa. Ya había pasado la hora de estudio. Gaby y Sigurd no habían retomado su curioso juego. Dagny se preguntó si lo harían antes de estar de nuevo en Tychopolis y contar con la intimidad de sus habitaciones. La chica estaba tirada en un sillón, mirando por las ventanas, con una tablilla electrónica sobre las rodillas. Movió los labios, escribió algo con el lápiz, luego volvió a sus ensoñaciones. Dagny decidió no entrometerse. Francy había creado un show de fractales en una terminal, o había conseguido que uno de sus hermanos lo hiciese por él, y lo miraba fascinado. Inclinado sobre una mesa, Sigurd movía sus soldados de juguete y sus máquinas por entre una batalla.

-Ee... ce... puro --dijo-. Sssssssssss. Paro.

Representaban a las fuerzas de paz de las Naciones Unidas y villanos imaginarios, pero Dagny dudaba que fuese eso lo que tenía en mente. Apenas se atrevía a preguntar.

Tampoco es que ella y 'Mond se dejasen aterrorizar por sus niños. No es que faltase afecto y alegría. Pero ellos, y los otros que nacían de otras parejas, heredarían la Luna, que no era la Tierra.

Helen dormía tranquilamente. Pero ya se apreciaba, en los enormes ojos oblicuos, en las extrañas circunvoluciones de los oídos, en los huesos bajo la grasa infantil, que aquél también se convertiría en un rostro completamente diferente al de sus antepasados.

Sigurd movió la cabeza. Su rostro iba a ser duro, llevando al menos el recuerdo de su padre.

-Ehhh -dijo, como si el pequeño encuentro de antes no se hubiese producido-. Mother, nos prometiste que nos contarías lo que le sucedió al Boss Guthrie en Marte. ¿Ahora?

Él podía llegarle al corazón siempre que quería. Todos podían hacerlo. Aunque no conocían su parentesco, y quizá nunca lo conociesen, el amo de Fireball era tan leyenda para ellos como para los demás. Dagny, que había oído las historias directamente de su abuelo, no podía evitar que de vez en cuando se le escapasen.

-¿Ahora mismo? -objetó-. Pronto tendré que preparar las raciones.

-Los detalles, después. -¡Cuenta, cuenta! -gritó Francy.

Dagny se rindió. Era una historia divertida, de cómo Anson Guthrie se había colocado en órbita alrededor de Deimos y así había confundido a sus oponentes. Lo que ese incidente había implicado para la política y el sistema no interesaba a la audiencia.

-... y por esa razón, la gente del espacio llama al cráter «Lástima de Whisky».

¿Qué estaría retrasando a los geólogos?

-¿Por qué el gobierno no quería que Fireball estuviese allí? -Gaby se había unido al grupo. La madre no podía dar largas a la pregunta de la chica, ¿no?

-Es muy complicado de explicar, cariño. No se trataba de un gobierno, eran tres enfrentados. Se supone que el espacio pertenece a toda la especie humana, pero todo el mundo es ciudadano de algún país; vosotros y yo somos ecuatorianos, tu padre francés, los Gupta son hindúes; y nuestros gobiernos nos exigen en ocasiones cosas diferentes. Por tanto, si estamos con Fireball... ¡Eh! Aquí llegan los exploradores.

Por una ventana, Dagny vio cómo el truck se acercaba por la falda oriental de la montaña. El alivio que sentía era completamente absurdo. Si el equipo de 'Mond se hubiese encontrado con algún problema, la habrían llamado para hacérselo saber. Sin embargo, llegaban mucho más tarde de lo habitual, y Anson iba con ellos....

-En otra ocasión -rogó-. Ahora mismo será mejor que me dé prisa.

Realmente no tenía necesidad de apresurarse, pero hacerlo eliminaba la tensión. Empezar a hacer la cena. Cuando tenía tiempo, cocinaba según los niveles de calidad que había aprendido de Edmond, a menos que él quisiese hacerlo. En una expedición, y con ella ocupándose de los equipos de Tychopolis, se conformaban con comida empaquetada. Pero también sacó aperitivos y copas. Se cambió el mono por un vestido. 'Mond haría lo mismo, después de ducharse, y los niños estarían callados, aunque podrían unirse a la conversación. La hora feliz, la llamaba Guthrie. Oh, pero casi todas las horas de Dagny eran felices.

De vez en cuando miraba hacia el vehículo: los pasajeros descargaban lo que habían reunido, y los estudiantes llevaban las cajas al camión de campo. Ross y Marietta dormían allí, y normalmente comían también allí. No era una exclusión por parte de los Beynac. Los jóvenes querían algo de intimidad; comer, dormir y análisis de laboratorio no era todo lo que hacían allí. Padre e hijo se acercaron a la casa rodante. En contraste con la roca parda y las largas sombras, los trajes relucían de blancura. ¡Los repelentes de polvo eran toda una liberación!

-No rechaces las soluciones tecnológicas -solía decir Guthrie-. El progreso está hecho de ellas. Es así desde que Ung Uggson golpeó por primera vez dos piedras.

Dagny los perdió de vista cuando subieron la rampa. Se oyó ruido, la válvula exterior abriéndose y cerrándose, el gas que volvía al tanque de reserva mientras las botas se acercaban a los armarios. Se oyó una queja en voz grave.

-Maldición, apesto como una maldita cabra. -Y Dagny sonrió. Los trajes interiores fueron a la lavadora, que empezó a hacer ruido. Edmond y Anson volvieron al nivel principal. Dagny se reunió con ellos en la entrada. Los dos vestían túnicas de baño. Aunque no era un puritano, el hombre se sentía incómodo con la desnudez ocasional que era común entre la gente de la Luna. Al menos, creía que los adultos debían evitarla en presencia de niños del sexo opuesto.

Dagny saltó hacia él.

-Creo que es un olor muy excitante -rió-. Ven aquí. -Le pasó los brazos por el cuello y le besó en la boca.

Después de uno o dos segundos, le soltó y se apartó.

-Eh -dijo-, ha sido como besar a un robot. Un robot sudoroso, pero que no estaba programado para la tarea. ¿Qué pasa? Edmond gruñó y Anson parecía hosco.

-Límpiate -le ordenó Edmond-. Luego vete a tu camastro. -Un momento -exclamó Dagny-. ¿De qué va esto?

-No hay cena para él -le respondió Edmond-. Se comportó de forma insubordinada e imprudente. -Al muchacho-: Vete. -Espera un minuto -fue la contraorden de Dagny-. ¿Qué hizo?

-Nos dejó -dijo Edmond-. Estábamos ordenando las muestras en las cajas y no nos dimos cuenta de que se había ido. Sus huellas se perdían en la roca desnuda donde no podíamos seguirle. Le buscamos durante más de una hora, hasta que lo encontramos en una hendidura. Durante todo ese tiempo no nos había contestado.

-No podía recibirte dijo Anson con la precisión cortante que en él indicaba furia-. Las montañas contaban la señal. El saliente sobre el campamento debía bloquear el satélite.

-Ya me lo has dicho. Y yo ya te he dicho... maldición, ¿cuántas veces...?, que no se abandona el grupo sin permiso.

-Cuando empecé, no me dijiste que me detuviese.

-Sabías que no mirábamos. *¿Hein?* Te lo dije, si quieres caminar debes permanecer a id vista. Si llegas a una zona sin recepción, vuelve sobre tus pasos. ¡De inmediato! *Mon*

Dieu, podías haberte perdido, podía haberte pasado algo... -La voz del padre vaciló-. Después de unos ciclodías podríamos haber encontrado tu momia.

Dagny se preguntó si aquélla era realmente su primera conversación o lo estaban repasando todo para su beneficio. Sin duda, Anson habría recibido una tremenda reprimenda verbal, pero eso sólo le habría hecho sentirse más orgulloso.

-Eso es muy cierto-le dijo en voz baja-. ¿Por qué lo hiciste? El muchacho la miró a los ojos. Era el más hermoso de sus hijos, delgado, derecho, con gracia felina, elevándose como un pájaro en la gravedad para la que había sido concebido. Ya tenía la altura que sería típica de los selenitas, y la cabeza sobresalía sobre la de su padre. El cabello rubio ceniza caía sobre unas sienes pálidas donde destacaba una vena tan azul como los enormes ojos rasgados de un selenita. Los pómulos eran asiáticos, la nariz, boca y mentón helénicos, aunque no tenía sangre de esos grupos; era parte del genotipo alterado y había sorprendido a los mismos genetistas. Mencionaban el caos inherente en los sistemas biológicos, pero ella suponía que eso significaba «no lo sabemos».

A ella, Anson le sonrió; a ella le habló con gentileza.

-No pasó nada, mother. No corría peligro. El Sol me indicaba la dirección, y el pico alto y dentado al sur de nuestra posición sería un punto de referencia si escalaba a un lugar desde donde pudiese verlo. *-Merde!-rugió* Edmond.

Dagny le tranquilizó con un gesto. -Pero ¿por qué te fuiste, cariño?

-Well, me salí del campo visual antes de darme cuenta, y luego pensé que quería echar un vistazo a aquellas formaciones que habíamos encontrado en la grieta, que father no cree que sean interesantes.

-Anson se encogió de hombros-. De verdad, hubiese vuelto antes de que estuviesen preparados para irse.

-Si te perdías en ese maldito... ese maldito laberinto. -A Edmond le temblaban un poco las manos. Dagny sabía que esa noche querría que le confortasen.

-No me hubiese perdido -argumentó Anson-. Nunca me pasa. Podría muy bien ser cierto, pensó ella. No es que hubiese estado solo antes, pero en las excursiones guiadas actuaba como si pudiese dibujar mapas en la cabeza. Virtualmente ningún visitante, y muy pocos residentes de larga duración, podían hacerlo en un mundo que no era la Tierra.

El mundo que sería de ellos.

No debía restar autoridad a'Mond.

-Podrías haber descubierto de la peor forma posible que puedes perderte -dijo-. En cualquier caso, fuiste egoísta y desconsiderado, causaste problemas y, lo más importante, rompiste la disciplina. Si no aprendes a comportarte mejor, algún día podrías causar la muerte de alguien. Ve a lavarte y acuéstate.

Mudo, tremendamente erguido, el muchacho se fue. Cuando hubo desaparecido, el hombre abrazó a la mujer. Ella apoyó la cabeza sobre la dura solidez de Edmond, inhaló su calor y su olor masculino, y lo agarró con fuerza.

-Odio esto-le susurró Edmond al oído-. Pero es nuestra obligación.

-Oh, sí, oh, sí erijo ella-. Por su bien.

Si al menos él y ella supiesen lo que era correcto. ¿Cuántas de las antiguas reglas se mantenían? Aquellos no eran niños como los de antes. En cierto sentido, no eran humanos. Nunca podrían reproducirse con los de la especie humana, ni vivir durante demasiado tiempo en la Tierra. Para ellos no habría viento ni olas, ni cielo azul, ni tormentas, arcoiris, la gran rueda de las estaciones; a ellos pertenecía la piedra desnuda, las desdeñosas estrellas y la vida

a partir de un nuevo comienzo. Ella no había creído que la extrañeza de su esencia importase tanto. En caso contrario, no los habría tenido. Pero ¿eran muy extrañas sus almas?

11

Tan pronto como abandonó el subterráneo que la había llevado desde el aeropuerto, Aleka Kame comprendió que debía haber traído algo de más abrigo. El cielo estaba cubierto y tenía un aspecto gris. Un viento frío traía fragmentos de niebla desde el mar. La atmósfera de la Tierra no siempre respondía como debiera a los empujoncitos que recibía de Control Climático, y en ocasiones, incluso las predicciones locales a corto plazo eran erróneas. En el fondo, el planeta era caótico.

Como había visto; un dispensador en la estación, retrocedió. El puesto era básico, pero no quería nada muy llamativo. De hecho, ni siquiera tuvo que desnudarse para el escáner, porque llevaba muy poca ropa. Cuando hubo seleccionado un guardapolvo marrón y pagado por él, el sistema precisó tres minutos para prepararlo y sacarlo por la abertura. Se lo puso sobre la blusa y los pantalones cortos, recogió las bolsas y volvió a salir.

El transporte la había dejado a unas manzanas de su destino final. Al subir por Fell Street, notó que había más casas vacías que en su última visita. Se alzaban como torres, pintadas, selladas y silenciosas en su antigüedad, piezas de museo. Los residentes que todavía permanecían eran, por lo general, viejos, cuidando de las propiedades para ganar algunos créditos extra. Sin embargo, aquí y allá había algunos pequeños negocios: servicios personales, entretenimientos, tiendas de decoración, comidas y bebidas preparadas a mano, un lugar para descansar y charlar tomando un café. El tráfico era escaso: peatones, motoskaters, minicoches, alguna máquina realizando algún servicio no muy evidente. Al pasar Steiner, vio algo nuevo, una quivira frente a Alamo Square. Había sido diseñada para confundirse con el ambiente arcaico; no habría descubierto su naturaleza si no hubiese sido por el cosmos esquemático que parpadeaba sobre la entrada.

¿Así que la gente podía ir allí a disfrutar de las vidas de ensueño que no encontraban en la realidad? Entonces el vecindario no estaba muriéndose del todo... a menos que algún cálculo sociotécnico hubiese mostrado que podría devolverle algo de vitalidad, y que eso era deseable para algún fin mayor...

El Albergo Vecchio ocupaba un edificio cuyos residentes habían obtenido permiso para remodelar. Un cartel gemía al viento, con una pintura llamativamente amateur de unos campesinos durante la cosecha pasándose un pequeño odre de cuero. Las paredes tras la puerta, decoradas de forma similar, delimitaban un pequeño bar y varias mesas con manteles de cuadros rojos. Olores de comida venían de una primitiva cocina reconstruida.

-Benvenuta, can ssima! -gritó Mama Lucía y la abrazó contra su amplio pecho. Inmediatamente la invitada recibió un vaso de vino, un trozo de pan y queso.

En su habitación, que también era pequeña y meticulosamente anticuada, Aleka suspiró, agitó la cabeza y sonrió con algo de tristeza. Siempre se hospedaba allí cuando iba al Integrado de la Bahía de San Francisco. No era falso, no del todo; era el valiente esfuerzo de la familia por mantenerse independiente, trabajando en algo que le importase. Y, sí, ofrecía un refugio de las máquinas. Su ventana miraba a un huerto de verduras. Por lo que sabía, todas las plantas eran tradicionales.

Si querías ese tipo de respiro, una quivira te lo daría en su totalidad; pero la realidad, aunque limitada, costaba mucho menos.

Pero claro, nunca te alejabas demasiado de un multiceptor o de un eidófono. Aleka llamó al número de Mary Carfax. El rostro de una anciana apareció en la pantalla.

-¿Good afternoon? -dijo con voz temblorosa. Aleka dijo su nombre.

-Soy amiga de su sobrina, Dolores Nightborn-dijo-. Me sugirió que me pasase por ahí, ya que estoy en la ciudad, para darle noticias que es posible que no conozca, nada importante, pero sí agradable, y ver si precisa algo. Me encantaría ayudar en lo que pudiese.

-Oh, sí, sí. Querida Dolores. Thanks, lots of thanks, miss. ¿Puede venir soon, para tomar el té?

Era difícil creer que se trataba de una inteligencia electrofotónica que hablaba mientras un programa modulaba la transmisión. Aleka mantenía sus rasgos rígidos, la voz tranquila.

-Mahalo-dijo en lugar de gracias; olvidándose del anglo por el esfuerzo, pero no importaba; ella no jugaba a ningún juego de identidades, todavía no-. Claro, me encantará. Como en media hora, ¿ok?

Con rapidez se puso un decoroso unitraje, se cubrió con el guardapolvo y bajó.

-Tengo muchos recados -le dijo a Mama-. No sé cuándo volveré. -Bajo esas simples palabras, se estremecía.

La pantalla en la estación la dirigió hacia una parada en Colombus Avenue. Nunca había visto antes ese distrito. Era un lugar bullicioso, pero no debido a la presencia humana. A su derecha había un muro que se elevaba un centenar de metros, sin ventanas, aparentemente sin puertas. Recovecos y acanaladuras formaban una estructura sutil sobre la que volaban los matices de miles de diferentes puestas de sol. La luz también jugaba, en centelleos relucientes, sobre los edificios del otro lado, cuya alta complejidad sugería una fuente. Complementándolo en altura y gracia, una estructura de metal se alzaba más atrás, donde los cables formaban una red en movimiento alrededor de plateados nodos de control. Aleka en ocasiones deseaba tener el cerebro para comprender la estética sofotéctica, no sólo para limitarse a admirarla o quedarse atónita.

Una sensación de enorme energía la llenó por completo, aunque el aire soplaba en silencio y el tráfico era todavía menor que en Fell. El cibercosmos enviaba comunicados a los lugares de trabajo mucho más a menudo de lo que enviaba cuerpos materiales. Podía ver un par de docenas de máquinas. Un enorme transporte en forma de torpedo pasó susurrando. Dos pequeños voladores zumbaron sobre su cabeza, con los visores sobresaliendo del azulado metal y los brazos bajo las alas. Un manipulador dendrítico fractal de tres metros pasó estremeciéndose y reluciendo bajo el viento. Un globo con ruedas y de múltiples tentáculos era algo que no había visto nunca. Y así durante un rato... ¿Cuáles eran robots, cuáles inteligentes y conscientes, cuáles marionetas de algo que podría residir al otro lado del planeta? ¿Qué significado tenía la pregunta? Las mentes electrofotónicas podían combinarse a voluntad para formar toda configuración posible, adquiriendo cualquier potencial...

No era exactamente la única humana. Un hombre pasó caminando, tan deliberadamente que debía de tener alguna ocupación en aquel lugar. ¿Un consultor, un técnico? A cierta distancia había una mujer de pie, aparentemente conversando con un antropomorfo que podría haberse confundido con un traje espacial. ¿Podría ser ella una sinnoionte? Otros dos hombres, sin afeitar y desaseados, pasaron hablando sombríamente. ¿Residentes locales? Probablemente. Habría pocos, porque los seres de carne y hueso tendían a sentirse incómodos en ambientes como aquél, pero por esa misma razón los alojamientos en las calles adyacentes eran baratos.

«Mary Carfax» vivía allí. El bullicioso tráfico de datos por todas partes debía ayudar a camuflar el suyo. No tendría muchos vecinos cercanos, quienes podrían preguntarse por qué nunca salía de casa. Lo único necesario había sido meter el aparato a escondidas e instalarlo. La precaución de introducir un falso registro en la base de datos hubiese sido más difícil, pero dadas las conexiones de Lilisaire, no era imposible. Aleka conocía algunos de esos trucos.

Viró en Greenwich y, a unas pocas manzanas, encontró el sitio. Era una casa en el estilo reluciente de plástico pastel de ochenta o noventa años atrás. Las de los lados y las de enfrente parecían desiertas. Evidentemente los robots de la ciudad las mantenían cuidadas, pero Aleka se preguntó brevemente cuánto tiempo habría de pasar antes de que otras máquinas las derribasen para dejar sitio a más máquinas. ¿Lo harían? ¿Por qué? Los sofotectos no proliferaban por proliferar como solían hacer los humanos. El crecimiento al que aspiraban era etéreo, capacidades del intelecto, hasta la Teramente y más allá. Aleka se estremeció bajo el frío viento.

Llegó ante la puerta y dijo su nombre. Carfax, evidentemente, había dado algunas instrucciones, junto con una imagen grabada, porque se abrió inmediatamente. Se pasó la lengua por los labios, apretó los dientes y entró.

Una habitación estrecha contenía muebles antiguos y cuadros panales. Sorprendida, Aleka supuso que sería por si acaso se presentaba cualquier persona no esperada, un condestable o alguien así, a quien no podría negársele la entrada. Pasó a un espacio grande y tranquilo. Las paredes se habían retirado para crear una única cámara. Las ventanas se habían cubierto. El techo imitaba la luz del sol y el aire era cálido, pero supuso que era para su comodidad, igual que un sofá en medio de un suelo por lo demás vacío. Al otro lado vio un gran panel gris, vacío excepto por los sensores, una pantalla, un altavoz, y cubiertas que, evidentemente, protegían conectores especializados. Un robot multiuso se encontraba en una esquina. Imaginó que el sofotecto tenía control directo sobre él. La mente en sí, el sistema físico, se encontraba... en algún otro lugar de la casa.

-Cheers -saludó con la garganta tensa.

La voz que le contestó se había convertido en un barítono resonante.

-Welcome, miss Kame. Please, quítese la ropa exterior, siéntese, y póngase cómoda. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Comida, bebida, narcóticos, estimulantes? Lamento que el abanico de posibilidades sea limitado, porque los visitantes como usted no son habituales, pero las cosas normales están a mano.

-No... no, thank you. -Aleka temía que si intentaba lidiar con una taza o un plato se pondría a temblar. Agradeció el vino de Mama. Se produjo una reacción. ¿Por qué demonios tenía que sentirse nerviosa? No se trataba de un dios, sino de una máquina... una única máquina, sellada del resto del cibercosmos. Sí, era consciente, tenía habilidades que en ciertos aspectos superaban a las suyas, pero en otros aspectos estaba limitada, era ingenua, estaba dedicada a ese único servicio. Cuando terminase y se aplicase un nuevo programa, no sería la misma mente, el mismo ser, para nada.

Cierto, estaba al borde de lo que podría ser una empresa peligrosa. Pero ya antes había aceptado riesgos. Por lo general, disfrutaba de ellos. Y los posibles beneficios...

Sonrió, sólo por aparentar valor. Se quitó el guardapolvo y lo dejó en el suelo, se sentó. Le hubiese gustado más permanecer de pie, pero supuso de alguna forma que aquello demostraba más confianza, la mostraba más en control. Colocó el respaldo del sofá en posición totalmente vertical y no hizo caso de los sensuales ajustes automáticos para el contorno y la temperatura de la piel.

-¿Está lista? -preguntó la máquina. Ella asintió. El corazón le latía con fuerza-. Hablo en nombre de la Guardiana Lilisaire. Me ha dado un archivo con información sobre usted.

Aleka frunció el ceño.

-¿Es eso seguro? Es decir, si la están vigilando... -¿Cómo sabe que la están vigilando?

-Tiene razones para tomar estas precauciones, ¿no? La voz rió.

-Excelente. Confirma su impresión de una inteligencia alerta. El archivo no se transmitió desde Selene, se trajo a la Tierra en forma de grabación por un mensajero. En privado se lo pasó a otra persona, quien lo trajo aquí.

Presumiblemente, Lilisaire no tenía razones para sospechar que estuviesen vigilando a Aleka. Eso fue un alivio.

-¿Tiene, eh, autoridad para tomar decisiones?

-En la medida de lo razonable, sí. ¿Por qué cree que se le convocó?

-Está relacionado con el Hábitat, ¿no?

Lilisaire había hablado sobre el asunto, con mucho odio, al conocerse, aunque en general se había limitado a ser encantadora y, protegida por el encanto, inquisitiva. Además, todo el mundo sabía la oposición que el proyecto despertaba en la mayoría de los selenitas.

-Sí -dijo la máquina-. ¿Qué opinión le merece?

-Yo... no he pensado mucho en ello -confesó Aleka-. La idea parecía... emocionante; hasta que la oí a ella. Desde entonces... soy una simpatizante. Si los terrícolas quieren colonizar, que vayan a Marte. -Un viaje largo y caro.

-¿Qué significan los gastos cuando casi puedes hacer crecer las naves en un nanotanque y no precisan de tripulación humana? Y en Marte no sería preciso un Hábitat.

-Muy inteligentemente expresado. Estaba citando los argumentos propuestos por los defensores del proyecto. También son humanos, ya sabe, en el gobierno y fuera de él.

La amargura desapareció.

-¿Con qué los ha sobornado el cibercosmos? El tono era directo.

-Esencialmente, con nada. La mayoría son sinceros. Aceptan el análisis coste-beneficio que se les ha entregado porque confían en el cibercosmos. Ya sabe por qué. Éste es un mundo más estable, con mayor justicia social y económica que nunca antes de que se desarrollasen las inteligencias sofotécticas. No sea tan hostil a él.

La emoción de Aleka se calmó un poco.

-Oh, no lo soy, en realidad no. Soy... escéptica. Al menos, a menudo me pregunto a dónde nos dirigimos los humanos y qué grado de control nos queda.

-¿Su pasado lyudovita?

-¡Nunca fui lyudovita! -exclamó-. ¿Cómo podría serlo? La Rebelión se produjo hace muchas vidas.

-Pero cuando estudió en el Instituto Irkutsk, conoció a personas cuyos antepasados habían luchado en ella, y que todavía la consideraban una causa honorable injustamente aplastada.

Le volvieron los recuerdos: el campus, las praderas rusas, el glorioso Lago Baikal, Yuri, Yuri, y la villa a la que la había llevado, más de una vez.

-Tuve un amigo cercano, un compañero de estudios. Provenía de ese tipo de familia, sí. Intentaban mantener vivos los viejos modos, trabajo manual, agricultura, era lamentable verlo. Me los presentó.

Éramos muy, muy jóvenes. -Aleka suspiró-. Más tarde... cambió de mentalidad. -Y se separaron, y al final ella regresó a Hawai. A esas alturas, rara vez se lo encontraba en sueños.

-¿Y usted?

Se encogió de hombros. -Tengo trabajo que hacer.

-Me limito a familiarizarme con su persona -dijo la máquina con amabilidad-. Conozco la información que Lilisaire me ha dado, pero es incompleta y abstracta.

Sin embargo, reflexionó Aleka, probablemente incluía más de lo que ella había revelado. Los agentes en la Tierra debían de haber examinado su vida antes de que la Guardiana decidiese que podía confiar en ella. O incluso antes, sí. Lilisaire tendría más que una razón casual, un par de amigos comunes, para invitarla a Zamok Vysoki, cuando estaba de vacaciones en la Luna, y encandilarla.

Aleka sintió que debía sentirse resentida por ese espionaje, pero no podía. Ni siquiera lamentaba que la antepasada Niolente hubiese tenido su parte en fomentar y prolongar la Rebelión. Un movimiento a sangre fría, cierto, con la esperanza de debilitar a la Federación hasta que desistiese en su propósito de incorporar Luna. Pero los lyudovitas y los selenitas tenían mucho en común.

Aleka reforzó su decisión.

-Vale -dijo-. Admito que conservo las simpatías que adquirí entonces. Hasta cierto punto, en todo caso. Personalmente, no creo que podamos dar marcha atrás a la historia. Ni que debiéramos hacerlo. -Ciertamente había sido una causa desesperada: mantener el control en manos de la humanidad. No permitir la fabricación de inteligencias artificiales completamente conscientes. Detenerse antes de que fuese demasiado tarde, y luego considerar cuánta mecanización y automatización era realmente deseable-. Demasiado tarde -repitió lo que se le pasaba por la mente-. Pero vivo con lo que el sistema le está haciendo a mi gente.

-Eso le dijo a la dama Lilisaire.

Me embrujó para que se lo dijese, estuvo a punto de contestar Aleka. Nunca se lo había confesado a nadie más, siendo sentimientos demasiado profundos para tener forma antes de expresarlos. Ni su padre, ni su madre, ni sus hermanas, ni Yuri habían conseguido sonsacarla. Todavía no sabía cómo lo había hecho la selenarca.

Refrenó sus palabras. Pasó medio minuto de silencio. -¿Podemos proceder? -preguntó la máquina. -Olu'olu!-soltó. Aleka contuvo el aliento-. Please. El tono tranquilo ayudó a centrarla.

-Tiene un conocimiento poco común de estos lugares, así como en la red de datos global.

-No soy una... espía, ni nada parecido.

-¿Podría describirme sus experiencias? Una vez más, sé lo que la Guardiana me ha dicho, pero oírlo en persona añade profundidad a la información dijo la máquina.

Y debía juzgar si realmente era lo que Lilisaire requería. Responder de una forma semiorganizada estabilizó aún más a Aleka. -Detalles, anécdotas. Me llevarían lo que queda de semana. Pero... oh, en mis días de estudiante conocí muchos lugares de la Tierra, además de conseguir una educación técnica. Comprenda, el Lahui necesita gente así, y los ancianos pensaron que yo tenía el talento, así que me animaron y apoyaron a que viese mundo. Desde entonces, he servido de contacto, con el Keiki Moana por una parte y el mundo exterior por la otra. Por asuntos de esos, he venido en múltiples ocasiones al continente, porque... well, a los metamorfos no les gusta usar la telepresencia, especialmente para asuntos importantes. Entre otras cosas, temen a los fisgones. -No sin razón, pensó. Las autoridades querían vigilarlos. Eran un elemento caótico, que por pura casualidad podría alterar planes sociales cuidadosamente establecidos.

-¿Su Keiki Moana busca cooperación con otros metamorfos terrestres?-Era más una afirmación que una pregunta.

-El núcleo, los... odio decir los Keiki «civilizados, sí. -Y por tanto, también Aleka, en su querido nombre-. Nada criminal, nada revolucionario. Pero... nos gustaría establecer comunicaciones discretas, encontrar intereses comunes, trabajar en pro de una organización que pueda apoyarles y defenderles.

Los selenitas también eran metamorfos.

-Nada criminal, nada revolucionario -repitió la máquina-. Pero a Lilisaire le dio a entender una actividad clandestina. -Secretismo protector. -No era del todo cierto-. Se me ha permitido acceder un poco... -En parte porque era necesario, en parte porque había presionado a los líderes, al estar interesada y bien dispuesta. Aventuras en lo desconocido.

-Sus conexiones podrían resultar valiosas. Y en cuanto a su acceso a bases de datos y líneas de comunicación...

-Eso es normal -interrumpió, porque empezaba a sentirse impaciente-. Soy agente de una comunidad reconocida, que tiene que tratar con agentes del gobierno. En ocasiones, eso se hace mejor bajo la confidencialidad administrativa. Ya sabe, para que la discusión pueda ser sincera y sin distracciones. De la misma forma, he aprendido a moverme por la red de datos. Pero carezco de acceso ilimitado.

Y aun suponiendo que lo tuviese, ¿cómo distinguiría lo que se le ocultaba de lo que se había creado para engañarla?

-Very well -dijo la máquina-. Vayamos al grano. -¡Al fin, al fin!-. La dama Lilisaire ha encontrado pistas que indican la existencia de un secretó... -y siguió hablando.

Aleka se quedó muda durante un rato.

-No tenía ni idea. No sé qué decir. O qué hacer-susurró finalmente de puro asombro.

-La esperanza es que pueda descubrir la verdad, y que eso le devuelva a Selene algo de poder sobre su futuro.

Negó con la cabeza.

-Es imposible, si ellos... -Ellos- quieren evitar que lo descubramos.

-¿Seguro? Tendrá toda la ayuda que podamos darle, empezando por un confederado con grandes conocimientos del espacio.

Lilisaire y su máquina de pensar no la lanzarían a una empresa totalmente absurda. Sintió excitación. Se inclinó, agarrándose las rodillas con las manos.

-Háble me de ella. -De él.

Con los sentidos completamente alerta, absorbió cada palabra del sucinto informe de la máquina, cada línea del rostro de Ian Kenmuir. Pero...

-Temo... -dijo incómoda. -No suena propio de usted.

-Temo que pueda estar, eh, comprometido. Si hace poco que ha ido a ver a Lilisaire, y sospechan de ella...

-Somos conscientes de ese detalle. ¿No podría hacerle desaparecer con usted?

-Mmm... -Lo pensó-. Sí, quizá. Que saquemos algo de esto, ya no lo puedo decir, excepto que las probabilidades parecen muy escasas.

-¿Lo intentará?

Ve despacio, se advirtió. Aférrate a la independencia y al sentido común.

-¿Por qué debería hacerlo?

Era una pregunta cortante, pero la máquina no pareció ofenderse. ¿Podría llegar a ofenderse?

-Cierto, el riesgo será importante. No deberá asumirlo sin compensación.

-¿Qué se me ofrece? -Una actitud selenita, pensó.

-Si lo intenta en serio y fracasa, una suma importante. Antes de rechazarlo, piense en lo que podría comprar para su gente. -Depende de la suma. -Podían discutirlo más tarde. Siguió adelante-. ¿Y si de alguna forma tengo éxito?

-¿Le gustaría un país propio? -¿Qué?

La máquina se lo explicó. Al final, estaba en pie sollozando. -Sí, sí, oh, Pele, sí.

La máquina empezó a discutir los detalles.

Al salir, agotada emocionalmente, la noche se acercaba por el este. Para cuando llego a Fell Street, ya era de noche. Las nubes hacían que la oscuridad fuese aún mayor; el brillo del pavimento no podía dispersarla del todo. La niebla caía espesa sobre un viento aún más frío.

Se sentía incapaz de soportar el buen humor de Mama. En un autocafé tomó una cena rápida, sin prestar atención al sabor. En la fonda se fue directamente a su habitación.

Intenta relajarte, intenta conciliar el sueño. Una píldora la haría dormir, pero se despertaría con la misma agitación. Ya había decidido no frecuentar la quivira. Las cosas ya eran suficientemente complicadas sin añadir recuerdos de cosas que nunca habían sucedido físicamente. Un vivífero hubiese sido ideal, pero allí no lo había. Well, el multiceptor ocuparía sus ojos y oídos, mientras su imaginación le ofrecía algo más. Pero ¿qué ver? Buscó una lista de emisiones importantes. Ninguna le apetecía, y no se molestó en consultar los cientos de canales menores. Entonces, el informador de la muñeca. En él había miles de entradas, tanto texto como audiovisual, tanto hechos como entretenimientos. Muchos todavía no los había visto, sólo los había puesto allí porque había pensado que algún día podrían apetecerle.

Introdujo los datos de lo que le apetecía y colocó el borde del informador frente al escáner. Por la pantalla pasaron el título y una breve descripción. Al haber elegido Salida *de sol sobre Tycho,* dio instrucciones al multi para que lo sacase de una base de datos pública y se recostó. Se trataba de una comedia que recordaba con agrado, ambientada en los primeros días de la colonización lunar, cuando la vida era más simple, y completamente humana.

12
La madre de la Luna

Espacioso y agradable, el salón de los Beynac ofrecía la ilusión casi perfecta de encontrarse por encima de la superficie y en una Tierra tiempo atrás perdida. Flores dispuestas en los estantes esparcían rojo,

amarillo, violeta y verde sobre las paredes marfil y sobre la alfombra de un azul profundo. El perfume de las flores impregnaba el aire que se movía como una brisa de verano. El mobiliario era enorme. Una gigantesca pantalla podría haber mostrado una escena del exterior o de algún otro lugar en la Luna, pero en su lugar mostraba una imagen de la Dordoña: árboles agitados por el viento que soplaba colina arriba hacia un castillo medieval; su susurro ofrecía un tono de paz. En la pared opuesta colgaba una foto familiar, que en aquel momento no estaba activada, y una reproducción por escáner de una marina de Winslow Homer. Un gato dormía sobre un sillón.

Pero te movías con gracia ultraterrena, y si dejabas caer algo, lo hacía con una lentitud de ensueño.

Entraron tres personas.

-Bienvenido -dijo Dagny-. Más tarde te lo mostraremos todo. Ahora mismo es momento de beber algo antes de la cena.

-Ya veo, esto no está nada mal -contestó Anson Guthrie-. Well, os lo habéis ganado.

-La mayoría lo hemos construido nosotros mismos-le dijo Edmond. Se podía permitir algo de orgullo. El trabajo nunca había sido fácil, a menudo muy duro, con las limitaciones de materiales, equipos y, sobre todo, tiempo libre. Había llevado años.

Una vez más Dagny se alegró de lo poco que el tiempo parecía haber afectado a su abuelo. Hacía cinco años que no le veía, y los mensajes con imagen o las raras conversaciones telefónicas no ofrecían la suficiente realidad. Además, su reciente pérdida era de esas que pueden romper un alma. Pero cuando se encontró con él en el espaciopuerto, todavía tenía la misma voz fuerte y la abrazó como un oso. Aunque tenía el pelo blanco y más escaso, y el rostro marcado por múltiples arrugas, parecía dispuesto a mantener durante muchas décadas el control de Fireball.

Lo que agradaba a ella y a los suyos, y a cualquiera en cualquier lugar que amase la libertad. ¿A quién le preocupaban las marcas en la piel? Cuando reía, a Dagny ya le radiaban líneas desde la comisura de la boca y de los ojos; a'Mond se le habían plateado las sienes, pero sin embargo, ninguno de ellos había reducido el ritmo de sus actividades. -Sí, Dagny me pasaba los chismorreos junto con los asuntos de negocios -dijo Guthrie-. Muy buen trabajo éste. Parece sólida, del tipo que ya no se ve. Dispuesta a durar más allá de vuestras vidas, ¿no? La mujer asintió.

-Eso esperamos. Claro está, no es ni de lejos como tu hogar en la Tierra.

-¿Cuál de ellos?

-Mmm, bien, resulta que recuerdo la mansión en la Isla Vancouver. El mar, los árboles... -Su estancia allí había sido con toda probabilidad la más feliz de sus infrecuentes visitas al planeta, exceptuando cuando ella y 'Mond fueron juntos a Francia. Señaló la pantalla-. Nosotros tenemos que fingir. -Tenía que darse prisa, antes de que él pensase que sentía pena de sí misma-. Pero tenemos muchas cosas que no hay allí. -Más y más cosas, a medida que Tychopolis crecía. Vuelos de pájaros en Avis Park. La hermosa Hydra Square.

Maravillas, creadas para Selene, en el zoo y los jardines botánicos. En el exterior, una grandeza austera, deportes -dashball, esquí de roca, escalada, saltos suborbitales, exploración- y la emoción, el asombro y el desengaño ocasional de una civilización en nacimiento.

-Cierto -admitió Guthrie-. Me hubiese gustado visitarte antes. Pero estaba demasiado ocupado. Siempre estoy demasiado ocupado. -Dio una vuelta a la habitación, mirando las cosas-. Echo de menos los libros -comentó-. Los antiguos volúmenes encuadernados. En mi juventud, cuando visitabas a alguien, ver lo que tenían en sus estantes, si era lector, te decía más sobre la persona que una charla de un mes.

-Los recuerdo en tu casa -dijo Dagny-. No hay necesidad de recordarte los problemas de transporte que hemos tenido hasta hace poco.

-Pero podemos darte algo a cambio -dijo Edmond. Tomó de la mesa un pequeño ciberlibro de mano, que se encontraba junto a un pequeño meteorito lleno de centelleos metálicos, y lo encendió. En la pantalla aparecieron el título y el nombre del autor-. Toma, juega con esto. -Se lo pasó a Guthrie.

El boss repasó parte del catálogo, moviéndose por entre los elementos del menú. La mayoría se encontraban en la base de datos de la biblioteca central y aparecían allí porque interesaban a los Beynac. Algunos eran propiedad personal. Accedió a algunas páginas, incluyendo representaciones de textos e imágenes con siglos de antigüedad. -Buena colección-dijo mientras tanto-. Este dispositivo no es igual que sostener un libro de verdad, pero me atrevería a decir que el sacerdote egipcio le repitió a Solón, hasta el aburrimiento, que los jeroglíficos tenían mucha más personalidad que cualquier alfabeto larguirucho.

No era un ignorante, reflexionó Dagny, a pesar de su desprecio por los autodenominados intelectuales.

Se abrió una puerta. El robot de limpieza escaneó el interior, detectó personas y, en ausencia de instrucciones, se retiró, volviendo a cerrar la puerta.

-Ah, tus publicaciones profesionales, 'Mond --comentó Guthrie-. Un conjunto impresionante. Mmm, veo que sigues como siempre defendiendo insistentemente tu teoría de un gran asteroide antiguo.

-Las pruebas se acumulan -contestó el geólogo. Fue al bar en miniatura-. Pero no estamos siendo muy hospitalarios. ¿Qué quieres beber?

-Me han dicho que han empezado a fabricar una cerveza decente desde la última vez que estuve en la Luna. Eso, please, para seguir directamente a un akvavit frío, si tienes.

-Dagny me dejaría si no fuese así, especialmente viniendo tú. -Edmond preparó lo mismo para ella, y un jerez frío para él.

-Pero ¿dónde están tus verdaderos escritos? -le preguntó Guthrie.

-Hein?

-Esas novelas que mencionó Dagny, con el nombre de... maldición, me estoy volviendo senil...

-No es así, Tanso -declaró ella-. Simplemente tienes demasiadas cosas en la cabeza. Jacques Croquant, ése es su seudónimo.

-¡Mi secreto desvelado! -gruñó Edmond-. No sabía que se lo habías dicho.

-Me gustaría leerlas erijo Guthrie-. Me temo que mi francés ha caído por un agujero negro, el poco que sabía, pero si un programa de traducción no destroza demasiado el estilo, seguro que serán divertidas. Edmond se encogió de hombros.

-Estilo, ¿qué es eso? Son historias de aventuras del espacio profundo que escribo para divertirme en los momentos libres. El seudónimo se debe a que los académicos son unos esnobs. Sí, respetan mi trabajo lunar. -Y ya está bien que así sea, pensó Dagny acalorada, porque había revolucionado la selenología-. Pero también quiero que se tome en serio mi idea sobre el Sistema Solar primigenio, que se investigue.

-Eso podría arreglarse, ahora que vamos a establecer una patrulla de meteoros. -Guthrie seguía con sus comentarios al azar-. ¿Qué, tres biografías de Charles de Gaulle? Y sus obras completas. ¿Héroe personal?

-En el siglo veinte, sólo dos líderes de naciones importantes merecen el calificativo de hombres de Estado, él y Konrad Adenauer. El resto... -Edmond volvió a encogerse de hombros-. Well, supongo que muchos de ellos tenían buenas intenciones.

- Mond tiene más respeto por la autoridad que yo -intervino Dagny.

Guthrie sonrió.

-Sí, naciste una rebelde dominante, Diddyboom. ¿Qué se siente al estar ganando poder aquí en la Luna?

-No es así -negó ella-. En realidad, no. Es sólo que ya sabes cómo el gobierno nos cargaba de políticos y burócratas que no podrían distinguir una basura de un cráter. El estar en la administración me obliga a tratar directamente con ellos, y si mis amigos y yo podemos conseguir que los residentes apoyen las posiciones de Fireball, y los candidatos adecuados en los pocos puestos elegidos que se nos permiten... bueno, ya sabes. Las bebidas están listas. Siéntate, por favor.

Los tres se sentaron, aunque en Selene era muy cómodo permanecer de pie y las reuniones habitualmente procedían de esa forma en las noches sociales. Los Beynac preferían mantener algunos gestos, costumbres, símbolos. Dagny se preguntó si podrían hacerlo durante el resto de sus vidas.

Cuando a Edmond le importaba algo, le importaba con pasión. -Debemos aceptar la autoridad legítima -argumentó-. En caso contrario, la sociedad se descompone hasta el punto de recibir con alivio a los señores guerreros que establecen un orden brutal pero al menos les hace sentir seguros. El problema no es lo que hace que un gobierno sea legítimo. Ha habido muchas formas en la historia, nacimiento noble o real, sacerdocio, voto popular, teoría sociológica, etcétera, etcétera. El problema es ¿cómo consigue un gobierno seguir siendo legítimo? ¿Cómo pierde la legitimidad? Yo digo que el punto de inflexión se produce cuando empieza a hacer más cosas a la gente que por la gente. Eso ha sucedido, está sucediendo, en muchos países de la Tierra. En el espacio, el desorden que tarde o temprano sigue a ese punto de inflexión implicaría la destrucción en masa. Fireball tiene más derecho al poder que la mayoría de los gobiernos que hoy reclaman ese poder, porque los amos de Fireball reconocen sus obligaciones para con la gente de Fireball.

No es lo que uno llamaría atractivo, pensó Dagny, pero cuando ardía, en ella también se encendía una nova. Sintió un escalofrío en la punta de la lengua, seguido del sabor de la cerveza, y no se sintió calmada.

-Thank you -dijo Guthrie-. Lo intentamos. Pero no me lo agradezcas a mí. Agradéceselo a la gente que lo está haciendo de verdad, como tu esposa. O tú personalmente, 'Mond, incluso si evitas la política. Yo me mantengo al día, más o menos. Vosotros no evitáis vuestras responsabilidades, sino que salís a buscar más.

-Si hacemos bien, es por usted, señor. Hace que lo deseemos. Hace que sea posible.

Guthrie lo negó con la cabeza.

-No soy yo. Nunca pienses tal cosa. Los que creen en un hombre indispensable no sobreviven mucho tiempo, ni deberían sobrevivir.

-Sonrió, tomó un largo trago de cerveza y añadió-: Eso sí, no soy modesto. Trabajo mucho allí donde estoy. Pero se trata de una empresa sólida porque sus miembros lo son.

-Y lo son porque la empresa lo es.

Dagny asintió para sí. Había visto el compañerismo crecer y fortalecerse con el paso de los años. Esa práctica nueva pero de rápida extensión, aunque totalmente espontánea, de jurar lealtad a la compañía, que en la persona de un oficial era jurar fe en su propia...

-Tú empezaste Fireball, Tanso -dijo con suavidad-. La dirigiste durante todas sus terribles crisis.

Juliana más que yo -contestó Guthrie, con la garganta ligeramente contraída.

Dagny sentía punzadas en los ojos.

-Todos la echamos de menos. Tú... -Se inclinó para depositar su mano sobre la de Anson.

-No te preocupes de mí -gruñó él-. Yo sigo en mi puesto. -Como ella hubiese querido -dijo Edmond.

-Es parte de tu naturaleza-murmuró Dagny. Guthrie agitó sus grandes hombros.

-Eh, corremos el peligro de ponernos serios -protestó.

Dagny vio que quería alejarse de los asuntos íntimos. Pero ¿cuándo volverían a tener otra oportunidad de hablar con intimidad? -Por favor, hazlo por nosotros-le pidió-. Hemos estado esperando para oír tus ideas, tus conocimientos. La Tierra está tan mal, y Fireball parece ser la única fuerza importante de bien que queda. -¡Cuidado, muchacha! -exclamó-. Ni Jesucristo podía afirmar tal cosa. Sabes que no es así. Podrías nombrar junto a mí a un montón de personas que no han dejado que el poder les cortocircuite la inteligencia.

-Sí, mantienen el progreso, al menos en ciencia o tecnología -dijo Edmond-. Especialmente, los superricos ilustrados, como tú. Los Genios Barones.

-Y algunos en el gobierno, por mucho que odie admitirlo. -Pero ¿qué hay de la población? ¿Qué hay de la vasta mayoría, en todas las naciones, que no puede encontrar un lugar real en el universo de alta tecnología que habéis creado?

-Sí. El Mundo Alto frente al Mundo Bajó. Es más que una invención periodística. Todos en el espacio pertenecen al Alto Mundo. No es un chiste. No necesariamente.

Dagny sintió cómo se le acercaban las cejas.

-Es posible que por eso tengamos problemas para comprender lo que sucede en la Tierra-se aventuró a decir.

-Hay poco sentido común allá abajo, cariño. Cada día hay menos, a pesar de los esfuerzos de esos que tú quieres canonizar.

-Las noticias, los análisis, los libros, las comunicaciones personales; aquí en la Luna todo parece... ¿abstracto? ¿Irreal? -Dagny se obligó a decir-: ¿Realmente va a haber una guerra?

-Las guerras ya se están produciendo, por todo el planeta-contestó sombrío Guthrie-. Las llamamos desórdenes, revoluciones o lo que sea, pero en el fondo son guerras. Y sí, me temo que la grande está ya en camino.

-¿La Jihad? -El tono de Edmond era áspero-. Esos predicadores... Pero no se trata del Islam contra los infieles, realmente no, ¿verdad? Nada es tan simple.

-No, claro que no. Yo la llamaría la última revuelta a gran escala del Bajo Mundo contra un orden de cosas que no entiende y del que se siente por siempre marginado. El Alto Mundo tendrá su parte de aliados musulmanes, los mahdis tendrán los suyos en todos los credos y religiones.

-¿Cuál será el resultado?

-No habrá una destrucción general-le aseguró Guthrie-. Espero que la furia dispare armas nucleares, pero no muchas y no muy potentes. Todo el asunto es demasiado complejo, cambiante y está demasiado entremezclado económica, geográfica y étnicamente, y cualquier otra cosa que se te pueda ocurrir... demasiado para un ataque directo. Mi suposición es que presenciaremos años de luchas menores en algunas áreas, un tsunami de sangre en otras. Los países del Alto Mundo acabarán ganando, pero estarán tan desestabilizados que las cosas tampoco volverán a ser las mismas para ellos. -Hizo una pausa, y luego terminó diciendo-: Dudo que alguna vez haya habido, o que pueda haber, una guerra que compensase su coste, cuando tienes en cuenta el coste para todos los implicados, incluyendo a las generaciones por nacer. Pero lo que salga de ésta podría ser mejor en algunos aspectos que lo que tenemos ahora. Por ejemplo, no veo que esa tontería de la Renovación pueda sobrevivir al conflicto.

Pero en general, alegraos de estar en la Luna, vosotros y los vuestros, sólo preocupándoos del vacío, la radiación, los meteoroides, los fallos del sistema de soporte vital y los burócratas.

-Sobre todo por los niños-dijo Dagny. -Efectivamente.

Todos querían cambiar de tema.

-Y hablando de los niños, ¿dónde están?-preguntó Guthrie. Dagny agradeció el alivio, la ligereza.

-Esa pregunta tiene más respuestas que número de niños. Edmond asintió.

-Corretean por ahí, cuando no, *vont á la derobée,* se mueven en silencio como gatos. Y tienen asuntos privados de los que sabemos poco. -Suspiró-. Cada vez menos, a medida que crecen.

-Sí, eso lo sé por Dagny-dijo Guthrie. En una ocasión, después de confiarse a él, su mensaje de respuesta le hablaba de una gallina que había visto de niño, a la que le habían dado huevos de pato para que empollara y criara a los patitos, contemplando sin poder hacer nada cómo su prole se alejaba nadando por un estanque-. Sí, pero ¿dónde están ahora mismo?

-Bien, Brandir está en Port Bowen-le dijo-. Pretende convertirse en ingeniero estructural, debes recordarlo, y le conseguí un trabajo de unas semanas en la nueva catapulta de lanzamiento de carga que estamos construyendo; experiencia práctica. Está deseoso de conocerte, pero a menos que puedas quedarte algo más de tiempo, o ir a buscarle, tendrá que ser por teléfono. Verdea está en casa de una amiga, probablemente practicando alguna de sus composiciones. Kaino en el equipo de vuelo...

-Para, please. ¿Brandir, Verdea, Kaino? Me has descrito esa moda de los jóvenes selenitas de adoptar nombres inventados e insistir en su uso, y también lo han hecho los periodistas, pero no consigo recordar quién es quién.

-Es algo más que una moda -dijo Edmond-. Van totalmente en serio. Es más, están desarrollando todo un lenguaje para ellos. No es una jerga, o un argot, sino un lenguaje.

Librodot

-No nos rechazan -dijo Dagny-. En realidad no. -Tenía que creerlo. Y seguían siendo amables para con sus padres, cada uno a su modo, y si se sentían distantes, ¿el dolor que le producían era mayor que el que ella le había producido a sus propios padres?-. Es sólo que son... diferentes, más diferentes de lo que cualquiera hubiese podido prever. Intentan descubrir su propia naturaleza, y.. y nosotros no podemos ser de mucha ayuda.

Guthrie se acarició la barbilla.

-Entonces no se trata de una simple rebelión adolescente, ¿eh? Aunque el Señor sabe que viendo a la Tierra y a los agentes de la Tierra en Selene, estarían más que justificadas. -Volvió a beber de la cerveza. Edmond tomó las jarras para volver a llenarlas-. Thank you, my friend. ¿Puedes decirme algo más de ellos?

Dagny puso en la pantalla unas secuencias recientes, en sucesión, y pudo encontrar algo que decir de cada uno.

Brandir. Anson. Dieciséis. Dos metros de alto, de anchos hombros, ágil; pelo rubio ceniza, ojos azul plata, piel marmórea sobre la que nunca crecería una barba. El rostro no era del todo selenita, tenía rasgos de su madre. A menudo tenía roces con su padre, pero no muy importantes, y ella pensaba que se sentía más emocionalmente unido a ella que sus hermanos. Eso no le impedía lanzar cables a las chicas de genes terrestres. Y en cuanto a las mujeres de su raza, lo que sucedía era tanto asunto de ellas como de él. Parecían tener intereses paralelos, una independencia tan de hecho que no se molestaban en manifestarla. ¿Qué había pasado con los amores de instituto?

Verdea. Gabrielle. Catorce años. De aspecto casi terrestre, de altura media, metida en carnes, rostro de nariz redondeada, ojos y rizos castaños. Tranquila, estudiosa, y, cuando quería algo, con una decisión de acero. Talento literario, manifestado en poemas y bosquejos en prosa que sorprendían a Dagny *(Libertad en las estrellas: Aquiles/ Odiseo...).* Mientras que otros jóvenes genios habían escrito el programa que construyó el lenguaje selenita básico, ella parecía encontrarse entre los principales colaboradores en su vocabulario en expansión y cada vez más sutil. Dagny tenía razones para preguntarse si mantenía relaciones sexuales, pero ¿qué sabe una madre? Los niños selenitas protegían su intimidad, y Verdea rechazaba a los chicos de genes terrestres.

Kaino. Sigurd. Doce. Grande para su edad, fuerte, pelirrojo, ojos azules, con rasgos muy similares a los de su padre. El atleta del grupo, el más gritón e impulsivo, en ocasiones excesivamente temerario. Mantenía una enemistad filial con Brandir, pero rara vez se manifestaba en peleas. Se evitaban durante ciclodías, sin hablarse, y de pronto, durante un tiempo, eran los camaradas más íntimos. El gran sueño de Kaino era pilotar naves espaciales. No aceptaba, ni podía aceptar, que la herencia que hacía que el peso lunar fuese normal para él convertía la aceleración en una barrera letal.

Temerir. Francis. A punto de cumplir los diez. Delgado, rubio platino, ojos grises, oblicuos y enormes sobre un rostro ascético, exceptuando los carnosos labios rojos. Leía todavía más que Verdea, todo un estudiante, de pocas palabras y asocial. Mostraba un gran talento científico.

Fia. Helen. Siete y medio. Todavía una niña, aunque ya se apreciaba que sería hermosa, con pelo negro, ojos pardos, con un rostro que era una versión femenina del de Brandir. Casi tan reservada como Temerir. Podría tener gran talento musical, pero era difícil saberlo, y no le gustaba la mayoría de las cosas que oía. Quizá crease la primera música realmente selenita.

Jinann. Carla. Cuatro. Una pequeña pelirroja, como lo había sido su madre, vivaz y afectuosa. Había recibido el nombre selenita de sus hermanos, y a menudo se olvidaba de usarlo. ¿Quién podría decir en qué se convertiría?

-¿Los más jóvenes están en casa?-preguntó Guthrie.

Librodot

-En la sala de juegos, supongo-contestó Edmond-. Los conocerás pronto, en cuanto Clementine los ponga presentables.

-Es exigencia suya -explicó Dagny-. Están muy emocionados por tu visita, pero a ninguno le gusta que los... extraños... les vean en desventaja.

Guthrie arqueó las cejas.

-¿Tienen una niñera de verdad? Tenía la impresión de que el problema del servicio en Selene es tan intratable que nadie recuerda ya el significado del término. ¿Una *au pair,* quizá?

-No, no. Clementine es como llamamos al robot.

-¿Una niñera robot? Los limpiadores ya son difíciles de programar.

-Se trata de un nuevo modelo, que una pequeña compañía de la ciudad ha desarrollado recientemente-dijo Edmond-. Aceptamos probarlo. Por ahora nos va bastante bien.

-¡Vaya! No había oído nada. Ah, demonio, ¿quién puede estar al día? -Cuando los modelos informáticos y los experimentos a nanonivel comprimen lo que eran años de investigación y desarrollo en simples horas. Dagny comprendía que el obstáculo a superar por el progreso no era la innovación; era la inversión de capital y la aceptación en el mercado-. ¿No es un pelín arriesgado?

-No temas, tenemos muchos sistemas de seguridad Mijo ella-. Además, se limita simplemente a vigilar, a hacer algunas tareas simples y a entretener. Eso es todo; con un repertorio de canciones e historias para combinar. No nos sustituye, simplemente nos ayuda. No querríamos más. -Apenas podríais tener más. Todo esto ya me sorprende. -¿Los adelantos en inteligencia artificial están a punto de detenerse? -se preguntó Edmond-. He oído la afirmación, pero el hombre que construyó a Clementine no está de acuerdo.

-Oh, se están consiguiendo máquinas asombrosas y programas sorprendentes. Sabes por tus viajes de campo lo que los robots de alto nivel pueden hacer, y pueden ser aún mejores. Sí. Incluso una especie de... algo que podríamos llamar creatividad. Pero todavía es básicamente estocástica, no muy diferente en principio del método caleidoscópico que usa vuestra niñera para crear nuevas historias. El pensamiento real, la conciencia, la mente, como quieras llamarlo... por lo que leo en los informes que me llegan, seguimos igual de lejos.

-Extraño -musitó Dagny.

-¿Podría deberse a que la aproximación fundamental es errónea? -fue la cábala de Edmond.

-Creo que los que así opinan tienen razón -contestó Guthrie-. Recordarás que, según su escuela de pensamiento, la mente no es completamente algorítmica. Si eso es cierto, entonces el Omega final que ese tipo Xuan ha estado defendiendo no sucederá nunca. Al menos, no por ese camino.

-¿Estás seguro? -preguntó Dagny-. No crees en un alma sin cuerpo o nada parecido.

Guthrie rió.

-Para ser exactos, tengo un miligramo más de fe en lo supernatural que en la sabiduría y beneficencia de los gobiernos.

Dagny frunció el ceño concentrada. Le atraía ese problema. -Entonces, la mente tiene un fundamento material. En cuyo caso, deberíamos ser capaces de reproducirla

artificialmente. -Supongo. Sin embargo, el asunto podría ser más complejo de lo que imagina la escuela algorítmica. Para empezar, «material» es un concepto muy extraño. Repasa la mecánica cuántica.

-¿Qué hay de las emulaciones?

-¿Te refieres a hacer un escáner de un cerebro y proyectar su contenido en una red neuronal diseñada para ese propósito? Bien, juzgando una vez más por los informes que he leído, suena prometedor. Aunque no estoy seguro de que se trate de una promesa que me gustaría que se mantuviese.

-Entonces tendríamos una máquina con conciencia.

-Algo así, supongo. -Guthrie bebió cerveza mientras buscaba las palabras-. Pero comprende que si mi suposición es correcta, nosotros no habríamos creado esa mente. Sería algo que vendría dado, que era una función de un cuerpo vivo y de todo lo que ese cuerpo experimentó. Todo el conjunto, no sólo el cerebro aislado. Si alguna vez podemos imponer su... codificación molecular... sobre una matriz electrónica o fotónica, quizá eso nos ayude a comprender qué es realmente la mente, y quizá podamos fabricar una de la nada. No sé. -Sonrió-. Yo, en general, siento pena por las personalidades emuladas, la sombra que quede en la máquina. Sin estómago, sin cojones, sin nada.

-Tendría sensores y actuadores-le señaló Edmond-. Y no tendría que envejecer.

-Me conformo con lo que la naturaleza me ha dado, gracias. -Más tratamientos antienvejecimiento, reparación celular y el resto de los programas médicos. -Dagny se metió un poco con él. -Vale, admito que preferiría no pasar mis últimos diez o veinte años chocheando -le concedió Guthrie-. Y puede que una emulación mía encontrase la existencia interesante. Pero creo que me alegraría de no ser yo.

Dagny miró la hora.

-No quiero interrumpir... -empezó a decir.

-Hazlo -le animó Guthrie-. Como Antonio le dijo a Cleopatra, no me gusta discutir. Vine a relajarme y a disfrutar de la buena compañía.

-Un argumento inteligente, que es uno de los grandes placeres de la vida-le recordó Edmond.

-Y también una buena comida-dijo Dagny-, y estará sobre la mesa dentro de muy poco tiempo.

-Cocina ella. -le dijo Edmond a Guthrie-. Terminemos los aperitivos. Afirmo, como francés, que va a sentirse agradablemente sorprendido.

Librodot

13

Vista desde el aire, Los Ángeles era una monstruosa tierra yerma, kilómetro tras kilómetro de ruinas se extendían hacia el este hasta que se dispersaban contra las montañas marrones y el desierto deslustrado. Algunas cosas resaltaban del montón y atraían la atención de Kenmuir: escombros que habían sido casas, trozos de vidrio relucientes, maderas que sobresalían retorcidas; otras casas casi enteras, pero deterioradas y vacías; una autopista, en parte derruida por algún pasado terremoto; una conducción de agua, atascada por los escombros, seca como las fuentes de las que antes bebía la ciudad; por encima, un cielo sin nubes que se suavizaba por la tarde, atravesado por el rastro meteórico de un transoceánico.

Hasta entonces, sólo lo había visto en documentales, y aun así, muy rara vez. La realidad le sorprendió más de lo que hubiese esperado. Giró los controles de su pantalla, buscando rastros de vida. Sabía que estaba allí. El lento abandono no había sido total y con el tiempo, poco a poco, la gente volvía: ocupas, empresarios, extravagantes pequeños grupos de los especiales. Sí, un espacio vacío, palmeras, hierba, rodeado de casas construidas con desechos, no del todo feas. Y otro asentamiento, de un estilo completamente diferente, con una pirámide en el centro, ¿una comunidad religiosa? Y un tercero, un único y enorme edificio que sugería una fortaleza. Y en perspectiva, las formas caprichosas que marcaban Xibalba... Probablemente había tantas colonias como podían soportar las plantas desalinizadoras de Santa Mónica. Pocas; pero al menos la antigua presión poblacional había desaparecido.

Sin embargo, se preguntó por qué no se realizaba ningún proyecto de recuperación. Volando desde el norte, había visto un floreciente biomedio en el Valle Central, adecuado a la aridez, aunque allí la población era casi tan reducida como aquí. ¿La naturaleza en aquella zonas no merecía también la restauración?

Supuso que era un asunto de coste-beneficio y prioridades. Sin duda, el parlamento regional lo habría discutido, como era su obligación, y aceptado las recomendaciones de los agentes apropiados. Los agentes, a su vez, habrían recurrido a un ciberestudio, realizado por sistemas que iban desde los nanorrobots que permeaban el suelo hasta los monitores climatológicos en órbita, y a un análisis de datos realizado por una mente superior a las suyas.

Si esa mente veía las cosas en un contexto más amplio, y había encontrado razones más allá de las ecológicas para dejar olvidada esa zona, ¿lo habría explicado? Era muy posible que ningún ser humano pudiese comprenderlo.

Kenmuir dejó a un lado el asunto. Su volador estaba descendiendo.

Santa Mónica colgaba sobre el océano. Varios cientos de viviendas de tres o cuatro pisos bordeaban los parques cubiertos, entremezcladas con casas burbujas, casas de estilo español y algunas excentricidades ocasionales. Había oído que era un lugar razonablemente próspero, un lugar para pequeños personajes del espectáculo y otros profesionales, para personas retiradas que habían acumulado fondos para compensar el crédito básico, y para la gente que les ofrecía servicios. Veía barcos en la marina, las arenas de Malibu Beach recorriendo la bahía y los jardines detrás, la forma serpentina de un bioinspector navegando entre las olas. Al oeste, el mar se agitaba plateado y turquesa. La luz se reflejaba en el océano, viniendo de un sol que se consumía al hundirse.

Desde que Kenmuir había estado por última vez en la Tierra, había cesado el transporte público hacia aquellas zonas, tanto por tierra como por aire. Una a una, cada vez con mayor rapidez, le iba sucediendo a las comunidades menores, y a algunas que quizá no fuesen tan menores. Demanda insuficiente, le habían dicho. Era más eficiente emplear el vehículo propio, alquilar uno o, simplemente, comunicar. Se preguntaba si eso acabaría generando un sentimiento de comunidad y si ése no sería el propósito real. En el campo de aterrizaje había aparcados tres voladores. Debían de pertenecer a visitantes como él, o alquilados. Los de los residentes estarían en el gran garaje.

Aterrizó. Se quitó el cinturón, se levantó y se estiró. Después del ligero zumbido del vuelo, el silencio le resonaba en los oídos.

Mejor sería ponerse en marcha. Se había retrasado un poco en Vancouver, disfrutando de la Mansión Guthrie y sus recuerdos, agua, bosques y *Kestrel* siempre dispuesta para volver a dar el salto a las estrellas. Cita a las 21.00 horas, era lo que le había dicho el agente de Lilisaire en el Integrado de la Bahía de San Francisco (el número que le había dado indicaba que ésa era la situación geográfica, pero no había más datos específicos y la respuesta no tenía imagen). No sabía exactamente cuánto tiempo le llevaría ir desde allí hasta Xibalba.

Ni tampoco sabía con quién iba a encontrarse allí. O de qué hablarían. O dónde pasaría la noche. Sería mejor que dejase el equipaje. Aunque estaba correctamente vestido, con un unitraje gris y botas blandas, se sintió desnudo al descender.

Tonterías. El aire era agradable, apenas agitándose. Creyó oler algo en él. ¿Crecía jazmín en algún lugar cercano? Oyó un murmullo. ¿Olas suaves, tráfico escaso, o maquinaria de mantenimiento trabajando en la ciudad? La puesta de sol doraba los campos y los muros.

Pero ¿a dónde se dirigía? ¿Por qué lo hacía?

Cuadró los hombros y siguió andando.

Independientemente del tamaño de la terminal, su quietud y vacío hubiesen incrementado su tensión. Salía una única mujer. Le dirigió una mirada a medias curiosa. Sin pensar, él se la devolvió. Caucasiana de complexión oscura, de mediana edad, bien vestida, sin duda una residente que había aterrizado unos minutos antes que él. ¿A qué satisfacciones regresaba? La puerta se abrió y desapareció para siempre de la vista de Kenmuir.

Se dirigió al panel de servicio.

-Un taxi, por favor, eh, please -dijo, automáticamente cortés, como si se dirigiese a una conciencia.

-¿A dónde? -le preguntó el robot de operaciones. -Xibalba.

-Puesto número cinco, sir.

Salió. El punto designado estaba a unos cuatro metros a la derecha. Muy pronto llegó un coche. Quizá la población se reducía con rapidez o quizá los residentes tenían la suficiente energía política como para conseguir que se les asignase una gran flota.

El coche estaba diseñado para aquella región; el chasis iba montado sobre orugas en lugar de ruedas y tenía un motor de efecto suelo en caso de encontrar un gran obstáculo. Entró, se sentó, hizo que el informador de su muñeca transmitiese el número de cuenta y tocó con él el escáner de débito.

-Distrito Xibalba-dijo-. Eh, el Asilo.

El coche se puso en marcha. Una pantalla mostraba un mapa, sobre el que se arrastraba un punto rojo para indicar su posición. -Aviso -dijo una voz-. El Asilo es un conjunto de casas frecuentado por metamorfos que viven por los alrededores. Se han produ-

cido desagradables incidentes con personas del exterior. El 3 de agosto del año pasado, un cliente de genoma estándar sufrió graves daños en una pelea antes de que pudiese llegar la policía. Please, piense en ello. Era evidente que el robot estaba programado para enviar los destinos cuestionables a una inteligencia central. A Kenmuir se le aceleró el pulso.

-Gracias, pero estaré bien erijo de todas formas. No era de los que iban en busca de problemas, al contrario, y si éstos le buscaban a él, bien, en el peor de los casos tendría que recurrir a sus conocimientos de artes marciales. En combates amistosos no le iba tan mal. -Como desee, sir.

El atardecer se convirtió en noche. El camino se volvió lento y ajetreado, sobre un pavimento ligeramente roto, lleno de agujeros y cubierto de desechos. En dos ocasiones, el coche se elevó sobre un montón de escombros. La luz de los faros se reflejaba sobre restos de muros, y luego volvía a caer sobre las sombras. Cuando pasó por una villa, las ventanas encendidas hicieron que la oscuridad pareciese aún mayor.

Kenmuir empezó a pensar. Realmente ¿qué se le había perdido a él allí? Había sido el emisario de Lilisaire ante el Rydberg y no había conseguido nada. ¿Qué más le debía a ella? ¿Qué le había dado ella, qué le daría en el futuro? Su carrera entre los planetas, sí; pero siempre le llamaban las estrellas, siempre Alfa Centauri brillando más allá de su alcance. Su presencia, sí, un tacto como el de ninguna otra mujer que hubiese conocido o imaginado o incluso encontrado en los sueños de la quivira; pero no se engañaba pensando que ella le amaba, o que algún día podría tener un hijo con ella. ¿La salvación de su especie? Eso decía ella, pero ¿era cierto?, ¿lo decía de verdad? ¿Y le daba eso derecho sobre él? ¿Si de alguna forma le daba los medios para detener el Hábitat, no podría eso negarle a su especie la última oportunidad de volver al universo exterior?

La colonia de Guthrie no contaba, pensó. En unos siglos más, Deméter estallaría. Aunque las transmisiones a lo largo de los años luz juraban que allí no habían perdido la esperanza, tampoco conocían ninguna forma de salvar a sus descendientes. ¿Lo conseguirían alguna vez?

Al frente brillaron luces. Había edificios agrupados, una casa larga de cuatro arcos, un octógono blanco bajo una cúpula iridiscente. Se enderezó en el asiento. Al menos oiría a esa Irene Norton que iba a encontrarse con él.

El taxi se detuvo.

-El Asilo, sir -dijo-. ¿Deseará servicios posteriores en algún momento?

-No. -Salió. El taxi se fue.

La calle, estrecha pero despejada y limpia, tenía poco tráfico, ya fuese peatonal o vehicular. El bistró ocupaba parte del primer piso de una estructura cuadrada de ladrillo; el resto podría ser apartamentos, o podría tener usos más peculiares. Un cartel bailaba de forma surrealista sobre la puerta. Entró.

La cámara era ancha y larga. Mesas y sillas llenaban un suelo de madera. Al fondo había un bar y una cocina. El aire estaba lleno de un humo azulado. Entre los olores Kenmuir reconoció tabaco y marihuana, y le pareció percibir opio y sniph. Los clientes ocupaban la mitad de las mesas, solos o en pequeños grupos. Se oía música sintetizada, en aquel momento no muy diferente a un pi pa, bajo el murmullo de las charlas. Un camarero real llevaba una bandeja de bebidas. Kenmuir no había visto un sitio como aquél en años. Realmente medieval.

Leyó la hora en su informador. 20.32. Le quedaba media hora, si Norton era puntual. Se sentó en un lugar apartado, pero no tanto como para que tuviese que buscarle. El agente en San Francisco debía de haber grabado su imagen eidofónica y se la habría entregado a Norton.

El camarero entregó un pedido y se acercó a la mesa. Era un metamorfo, un titán, con su cabeza peluda a 250 centímetros del suelo y en medio del humo, de cuerpo y miembros gruesos para soportar su peso. Sobre semejante masa, la túnica y los pantalones quedaban algo patéticos. Pero sería mejor no sentir pena por él, pensó Kenmuir; podía partir por la mitad a un hombre normal. ¿El encargado lo había empleado recientemente para detener la violencia o se había quedado a un lado el año pasado durante la paliza?

-¿Qué quiere? -rugió.

-Eh, cerveza-dijo Kenmuir-. Sun Brew, si la tiene.-La había en la mayoría de los sitios, y se podía beber.

-Efectivo.

-¿Qué? Oh, sí. -Kenmuir rebuscó en el bolsillo y sacó un billete de diez umus. Llevaba allí bastante tiempo, pero la textura todavía tenía un buen aspecto sobre la mesa. El camarero asintió y se fue. El suelo crujía bajo sus pasos.

Kenmuir dio un vistazo a su alrededor. Aunque no era el único humano estándar que se encontraba allí, ciertamente se trataba de un lugar de reunión de metamorfos. Varios diminutos charlaban con sus vocecitas chillonas. Un grupo de secanos hablaba entre sí. Un quimi conversaba con dos acuáticos, quienes vestían infelices las ropas que los tanques de agua a sus espaldas mantenían húmedas. ¿Cómo es que se habían alejado tanto del mar? ¿Intentaba el quimi, que respiraba con facilidad aquella atmósfera enrarecida, aprovecharse de su incomodidad para estafarles...? La impresión de pobreza no era universal. Era sorprendente lo suntuosamente vestidos que estaban dos chimpas, vaya un atracón que se estaban dando. Pero tampoco parecían felices... La visión más triste era la de un intelecto de cabeza hinchada que jugaba al juego de heisenberg contra un ordenador. Tenía que estar usando un nivel bajísimo para tener alguna oportunidad.

-Hello, friend.

El trino gutural hizo que Kenmuir redirigiese su atención. Otro metamorfo había venido a su mesa, una exótica hembra. Con la esbeltez de una nutria, exceptuando las caderas y los pechos, ataviada con una collar de cuentas y su lustroso pelaje marrón. Le sonrió con grandes ojos amarillos y dientes afilados. La cola plumosa se alzaba sobre los rasgos delicados y una cabellera negra, seductoramente sinuosa.

-¿Estás solo? -murmuró-. Me llamo Rrienna. -No, gracias-dijo con torpeza.

-¿Noooo? Un hombre atractivo como tú no debería sentarse solo. Debes de haber venido aquí por algo.

-Bien, yo...

-No creo que te interese relacionarte con un priápico. Podría arreglarse si quieres, pero... -Se acercó. Por entre el humo apreció su aroma a almizcle.

-¡No! Espero a alguien. Ella se enderezó. -Very well, pero pensé que debía preguntar.

-Lo lamento. -Qué tonto sonaba-. Buena suerte.

Se fue ondulando. Pudo oír algo de lo que cantaba en voz muy baja.

Atrae un cuerpo encuentra un cuerpo Caminando por entre el centeno...

Luego se alejó; medio perdida entre el humo.

Maldición, sí que lo lamentaba. Aquellas pobres criaturas, fósiles vivientes, víctimas de un régimen largo tiempo desaparecido junto con Calígula, Tamerlán, Chaka, Stalin,

Zeyd; genomas modificados para propósitos científicos, industriales, militares y por placer, ¿por qué seguían viviendo, reproduciéndose generación tras generación? Los selenitas también eran metamorfos.

¿Por qué seguían viviendo los terranos cuando los sofotectos lo hacían todo mejor?

Excepto comportarse como humanos.

Se había preguntado si esas presencias y ejemplos en oposición podrían ser la razón subyacente por la que sólo unos pocos de los de su especie se habían sometido a algún cambio radical. Era posible tecnológicamente. Una persona podía cambiar con comodidad de forma corporal, sexo, temperamento o lo que fuese. Pero no existía la demanda, y por tanto, no existían los medios, y quien lo desease tenía que aguantarse. ¿Podría el simple instinto hacer que la gente, metamorfos incluidos, se aferrasen a las identidades que tenían? Igualmente, las sociedades nunca habían cambiado tanto desde el pasado, al menos no tanto como podría imaginarse. ¿También las guiaba y las limitaba una herencia biológica que se remontaba a los prehumanos?

El camarero interrumpió sus ensoñaciones trayéndole la cerveza. La pagó y bebió.

-Good afternoon, capitán Kenmuir.

Levantó la vista. El corazón le martilleaba en el pecho.

-Soy Irene Norton -dijo la mujer con una agradable voz de contralto. Por lo demás, no era nada especial: rostro pálido, pelo castaño hasta los hombros. De altura media, ocultaba su cuerpo con un poncho abierto y amplios pantalones. No era extraordinaria, pero suponía que tampoco pretendía tener estilo.

Empezó a levantarse. Ella le indicó que no lo hiciese.

-¿Puedo sentarme con usted? -le preguntó. Al sentarse, el movimiento fue ágil.

-¿De... desea tomar algo? -tartamudeó.

Ella lo miró directamente desde un rostro que se mantenía inexpresivo.

-No, thank you. Éste no es más que un lugar conveniente para reunirse.

-¿No hay espías? -Era una pregunta idiota. Ella negó.

-Y conozco el vecindario y a los que viven en él, un poco. No malgastemos el tiempo. Tendremos que ir a otro sitio para hablar con seriedad, pero primero... -Se inclinó. Sacó los brazos del poncho y los colocó sobre la mesa-. ¿Le ha sucedido algo raro, lo que fuese, en esta expedición?

-Bien, sí... -Rió-. Todo este asunto es raro, ¿no?

-¿Me refiero a si ha notado algo que pudiese sugerir que, eh, le están siguiendo?

Se dio cuenta de pronto. Debería haberlo comprendido antes, cuando hizo su primer gesto. Las manos y muñecas que tenía frente a él eran fuertes y estaban bien formadas, y.. estaban bronceadas. Lo que llevaba en la cabeza era una biomáscara.

La mujer debería haber sido más precisa con su disfraz o cuidadosa con sus movimientos. Y hablaba casi con tanta vacilación como él. Por tanto, no era una profesional. ¿Otra amateur, quizá tan desconcertada y ansiosa? ¿Qué la impulsaba a ella?

La sensación de igual responsabilidad se apoderó de él. Comprendió el estado de desorientación en que se había encontrado, y en qué medida se debía a sentirse como un peón... él, que había metido una barcaza, por decisión propia, por entre una tormenta de guijarros para rescatar a cinco hombres atrapados en un núcleo cometario.

-No lo sé -dijo despacio-. Déjeme pensar. -Lo hizo, en voz alta, mientras miraba la jarra de cerveza o bebía de ella-. Si sospechan de Lilisaire y la vigilan, podrían saber que me hizo venir desde el espacio. ¿Se lo han contado? Y por supuesto, sabrían que la visité en su castillo. Usé el transbordador regular desde Port Bowen a Kenyatta. Cualquiera podría haber viajado conmigo o llamar para que alguien me siguiese al llegar. Pero... debe comprender que no soy experto en estas cosas. Sin embargo, Lilisaire y yo repasamos cuidadosamente mi proceder. Cuando alquilé un volador en Kenyatta, lo cargué a la cuenta de uno de sus agentes terrestres. Lo dejé en una región de Escocia que conozco con instrucciones de regresar a casa al día siguiente, y recorrí a pie treinta kilómetros atravesando una reserva deshabitada hasta otro volador que me esperaba. Eso se había preparado por mensaje o por una transmisión codificada cuánticamente. No sé exactamente cómo, pero en cualquier caso, debería ser seguro. No vi a nadie más, y la cubierta nubosa, que se había previsto, obstaculizaría la vigilancia por satélite, si fuesen tan diligentes como para pedirla. En la zona de intercambio del Lago Superior volví a cambiar de vehículo y me dirigí a una comunidad de descanso en la Isla Vancouver donde realicé una llamada local a la Mansión Guthrie y pedí una cita con el Rydberg. Llamé a San Francisco desde allí. El Rydberg me dijo que era segura, y estoy convencido de que sería preciso una operación especial para controlar esa línea. Hoy, siguiendo las órdenes recibidas, volé hasta aquí sin incidentes.

Levantó la mirada. Su sonrisa era de ironía.

-La verdad es que -dijo-, si hubiesen considerado realizar todos los esfuerzos necesarios para seguirme por entre todos esos cambios, les hubiese salido mejor arrestarme por sospechoso e interrogarme. Más fácil y más barato.

La biomáscara apenas frunció el ceño. No tenía mucha práctica en emplearla.

-Creo -dijo- que podrían ser más inteligentes. El agente de Lilisaire me advirtió que un agente de muy alto nivel había ido a verla. A Lilisaire, en persona.

-Sí, ella me...

La urgencia cortó sus palabras.

-Busque en su memoria. ¿Ha sucedido cualquier cosa, por trivial que parezca, que no pueda explicar del todo?

Sintió que le atravesaba un estremecimiento. Hizo retroceder a su mente en el tiempo. Nada, nada... Un momento.

-En realidad no, pero... Bien, cuando aterricé en la Luna y me encontré con su hombre, nuestro vuelo se retrasó como una hora debido a un accidente en órbita.

-¿Qué sucedió?-Se agazapó bajo el poncho.

-Nada. Nos llevaron a la sala de ejecutivos y nos dieron una bebida mientras esperábamos. Y luego nos dejaron partir.

-Una bebida. ¿Y no se lo comentó a Lilisaire?

-No lo recuerdo. Quizá sí, quizá no. Con todo lo demás para hablar...

-¡Pele! -La mujer se puso en pie de un salto-. ¡Vamos! -¿Qué?

-Áwiwi. -Le agarró la mano y tiró-. Podría equivocarme, pero no creo que sea así. ¡Vamos!

Algo confuso, obedeció. Se movieron por entre las mesas hacia la parte de atrás. El camarero se alzaba frente a ellos. Norton le dijo unas palabras rápidas en una lengua que Kenmuir no reconoció. Su masivo rostro se volvió sombrío y les indicó que siguiesen.

-Elegí este lugar de encuentro porque lo conozco erijo Norton con una voz dificultada por la prisa-. Elegí la noche, porque podríamos necesitar oscuridad. Ahora, si nos damos prisa, si tenemos suerte, podríamos... Aquí.

Habían atravesado una puerta con goznes para llegar hasta un almacén. Empujó otra puerta similar. Una escalera descendía hacia la oscuridad. Norton tocó un interruptor, y una débil luz fluorescente se encendió. Agarró a Kenmuir y cerró la puerta. Empezaron a bajar.

Pero él no era un criminal, protestó en silencio, con desesperación. No había hecho nada ilegal, nada que lo convirtiese en un fugitivo. ¿Por qué huía? Aquella misma mañana había mantenido una conversación con Matthias mientras desayunaban. El maestro de la logia había admitido, a regañadientes, que los selenitas podrían ser, después de todo, la mejor esperanza para que los humanos llegasen a las estrellas, o incluso para que los humanos acabasen siendo algo menos dependientes de las inteligencias sofotécticas; si tal cosa era deseable... Le parecía algo imposiblemente lejano, otra era, muy anterior y tan remota para él como la vida del primer Rydberg.

Librodot

14
La madre de la Luna

De vuelta a casa desde Júpiter, la Caroline Herschel pasó lo suficientemente cerca de L-5 como para que pudiese verse a ojos desnudos. Sin embargo, el gigantesco cilindro relucía diminuto en el espacio, medio iluminado, medio en la oscuridad, los extremos apuntando a las estrellas, con la delicadeza de una joya. Pequeñas chispas revoloteaban a su alrededor: naves espaciales, máquinas. Tierra y Luna formaban crecientes en dirección al Sol, grande y pequeña, opalescente y pálida.

-Debíamos haber llegado unos meses después erijo Eva Jannicki-. Podríamos haber inaugurado el puerto y haber bebido litros de champán gratis.

Aunque la colonia orbital era un proyecto del Asia del Este, en su mayoría japonés, Fireball era inevitablemente un socio y dominaría su comercio.

-Creo que nuestra gente se concentrará en su mayoría en la Luna, cuando no lo hagan en la Tierra -contestó Lars Rydberg-. Allí es donde nuestra tradición ha echado raíces.

-¡Oh, vaya! -La pequeña mujer le dedicó al hombre, alto y de amplia mandíbula, una mirada de cómica desesperación. Unos ojos azules le devolvieron la mirada, bajo un pelo rubio y corto, y por en cima de una nariz prominente y una cara larga-. Era un chiste. Esperaba que te dieses cuenta. En tres ocasiones en los últimos cuatro meses te he visto sonreír. En una ocasión definitivamente te oí reír. Pensaba que mis esfuerzos estaban dando por fin sus frutos.

-Exageras, cariño, como es habitual. -Los labios de Rydberg se torcieron hacia arriba, con arrepentimiento-. Pero quizá no demasiado. Me temo que los suecos somos como los legendarios ingleses. Si quieres hacernos felices en nuestra vejez, cuéntanos historias divertidas en nuestra juventud.

-Lo ves, puedes hacerlo si lo intentas. Además, me contaste que no eras de ascendencia sueca.

Él apartó la vista de ella y miró por la portilla al cielo. Su tono se hizo más duro.

-Eso fue un error. No debí haberlo hecho. ¿Podrías olvidarlo, por favor?

Se produjo un silencio, haciendo que el sistema de ventilación pareciese estruendoso. Lo dos tripulantes de la Herschel flotaban en su interior, ingrávidos, mientras la nave se desplazaba en una trayectoria hacia el lugar en el que debían comenzar las maniobras finales. En aquel punto del ciclo, el sistema de renovación de aire había incrementado el ozono; había un ligero olor a tormenta.

Jannicki tocó la manga de Rydberg.

-Lo lamento erijo en voz baja-. No pretendía ofenderte. Y menos ahora.

Volvió a mirarla.

-No lo has hecho -contestó con algo de dificultad-. Debería disculparme por mi respuesta. Tocaste hueso, pero no podías saberlo, así que no fue culpa tuya.

-Bien, nunca hablas demasiado de ti mismo -admitió-. Y a veces los nervios nos traicionan. -Después de quince semanas de apenas poder hacer otra cosa sino mantener la salud en la centrifugadora,

leer, mirar programas grabados, escuchar música grabada y realizar las otras actividades recreativas posibles en caída libre-. Nuestra propia inutilidad.

-No. Podríamos haber tenido una emergencia, algo con lo que la nave no pudiese tratar por sí sola. Y antes de eso... -La impaciencia de la partida, el estudio, la preparación. Suministros llevados a la Base Himalia. Participación, ayudar a explorar y analizar las lunas exteriores, compartiendo por telepresencia cuando los humanos dirigían robots por entre la lluvia de radiación hacia los satélites galileanos y el propio planeta. El conocimiento de aquellas regiones remotas requería humanos; eran útiles para descubrir, comprender y algún día hacer uso de las grandes maravillas que les rodeaban. Rydberg meditó-. Una vez más, me disculpo. Los recuerdos me asaltan. Es otro de mis malos hábitos, repetir lo evidente.

Ella sonrió. -Te perdono. -¿En serio? -Eso, a la fuerza, ya se ha convertido en uno de mis hábitos. -Es sorprendente que no me hayas cortado el cuello.

-Oh, probablemente a mí también me faltan un par de perfecciones. ¿Nunca te sentiste tentado de contármelo a mí?

-Claro que no. Aparte de tener que limpiar y las consecuencias legales, qué desperdicio.

-Exactamente lo que opino yo. -Hizo una pausa. El humor ligero la abandonó-. Cuando las nuevas naves reemplacen a éstas, cuando podamos ir en unos pocos ciclodías a un g a la mayoría de los destinos...

-Y la automatización sea tan avanzada que una sola persona sea suficiente... Sí. -Suspiró-. Yo también echaré a menudo de menos los largos viajes. Pero quizá antes de que eso suceda, nos habremos retirado a actividades planetarias y viviremos de los recuerdos. -Recuerdos, ciertamente. -Ciertamente.

Ella agitó las cejas. Puso voz ronca.

-Sabes, todavía podemos añadir algunos más. Faltan horas antes de que tengamos que estar en los controles.

Él sonrió.

-Ahora sí que comentas lo evidente.

Juntos golpearon el mamparo y flotaron hacia popa.

Finalmente se calmaron, atados para no derivar, pero en lo demás abrazados, sintiendo el calor y el aliento del otro.

-Sí -dijo ella-, hay que reconocer que el equipo psiquiátrico realizó un perfil de compatibilidad correcto.

-Confío en que volvamos a formar equipo, más de una vez -replicó él con su tono solemne.

-Yo también. Y en cuanto al permiso... Realmente todavía no me has contado como pasarás el tuyo, aparte de visitar a tus... padres... en la Tierra.

Él miró de frente hacia el metal desnudo. -No estoy seguro. Depende.

-Yo tampoco estoy segura. Mis lazos están todos en Fireball, ya sabes. Me reuniré con amigos, y sin duda haré algunos nuevos, variedad... -Adoptó un tono pensativo-. Pero después, los dos, ¿podemos encontrarnos?

-No lo sé-repitió él.

Siendo del tamaño justo para Selene, si no para la Tierra, Herschel pasó poco tiempo en órbita de aparcamiento, y luego descendió hasta Port Bowen. Como la discusión se había realizado antes por radio y una rápida inspección mostró que todo estaba aparentemente en

orden, la tripulación terminó pronto el papeleo. Como era costumbre, tomaron habitaciones separadas en el Hotel Aldrin -¡intimidad, intimidad total, cuando quisiesen!-, pero ella se sintió herida cuando él se negó a ir directamente al Tanque de Combustible con ella. Él no se dio cuenta. -Quizá me reúna contigo más tarde -murmuró, y salió corriendo hacia su habitación.

A solas, realizó una llamada a Ginebra. Era hora laboral en Europa y consiguió el contacto en vivo que buscaba.

-Espere un momento -dijo, y pagó codificación cuántica-. Ahora, por favor, ¿qué ha descubierto?

Cuando el detective se lo hubo contado, lanzó un silbido largo y permaneció sentado sin hablar durante un momento.

-Esto debe ser estrictamente confidencial -ordenó finalmente. La respuesta llegó después del retraso en la transmisión.

-Señor, conocía la reputación de nuestra agencia cuando requirió nuestros servicios.

-Sí, claro. -Los miembros de Fireball no eran los únicos orgullosos de la empresa a la que pertenecían. Porque a eso pertenecían, ¿más que a cualquier país o civilización impersonal?-. No pretendía ofenderle. Ha realizado un trabajo excelente. Mantenga el archivo encriptado, hasta que pueda ir a la Tierra a examinarlo. -Aunque era poco probable que eso marcase alguna diferencia-. Después de lo cual, supongo que lo querré borrado y olvidado.

Después de desconectar, Rydberg se puso en pie de un salto y dio pasos por la habitación, no al estilo lunar, sino pasos cortos y rápidos como si quisiese hacer que la habitación pareciese mayor de lo que era. Al final, miró la hora y lanzó un juramento. Casi turno de noche. Exceptuando a la policía y similares, nadie de la administración estaría trabajando. Realmente no podía llamar a los Beynac a casa, ¿no?

No, un momento, así podría ser mejor. El teléfono localizó el número de la oficina que quería y realizó el contacto por él. Respondió un asistente. Eso no era necesariamente un acontecimiento afortunado. La máquina podría no estar programada con la flexibilidad necesaria para considerar su petición y decidir. Sin embargo, sí lo estaba. Le dijo que la alcaldesa podría recibirle mañana a las 15.30. Incluso repasó la base de datos de transportes y le aconsejó sobre la mejor ruta.

Bien, había oído que la titular llevaba sus asuntos de una forma bastante liberal. Por lo que también había oído, si su propuesta no merecía su atención la visita no duraría sino unos minutos.

Pero si le resultaba interesante-teniendo en cuenta de qué se trataba- se enfrentaría a ello cuando se produjese la situación, y aguantaría lo que fuese preciso.

Mientras tanto, tenía obligaciones. Cumplirlas sería una distracción para su mente y un bálsamo para su corazón. La llamada a Estocolmo localizó tanto a Sien como a Linnea Rydberg. La vieja pareja había preguntado cuándo volvería y se había quedado en casa a esperarle. La alegría de los ancianos trajo lágrimas a sus ojos.

-Nel, ack, jag vet ej… No, lo siento, no sé cuándo podré ir. Primero tengo que atender a algo aquí. Iré tan pronto me sea posible. Lo prometo. -Lo decía en serio, aunque no conocía lo que podría significar «posible.

La habitación se había convertido en una jaula. Pensó en el pub. Eva Jannicki estaría siendo bien recibida allí. ¿Por qué no él? No. Normalmente se sentiría feliz entre sus camaradas, pero esa noche tendría que obligarse, animándose con alcohol, cannabis o levitane. Los experimentos de la juventud le habían dejado una aversión a la intoxicación. En lugar de eso, fue al gimnasio público. Nadie más estaba usando la cancha de springball. Le iba

bien. Un robot le proporcionó un juego que le dejó agradablemente cansado. Después de una ducha y una cena ligera, durmió mejor de lo esperado.

En el turno de amanecer, abordó el monorraíl hasta Tychopolis. El sistema se había completado recientemente, y a pesar de la tensión del reencuentro disfrutó de aquel su primer viaje. No sólo era más rápido que el semitrén, también era espacioso y cómodo, y sus portillas permitían una visión sublime. De día, cuando la Tierra se convertía en una hoz y las estrellas desaparecían, los cielos no eran una visión para mantenerte inmóvil durante horas; ciertamente, nada comparable a lo que había visto cerca de Marte, Júpiter, Saturno, pero aun así, seguía mirando. Los satélites que había visitado recientemente no tenían un paisaje real. Eran demasiado pequeños, piedra por todas partes. Aquí veía planicies y alturas, allí veía colectores de energía como monumentos triunfales.

Otro pasajero inició una conversación que Rydberg encontró agradable. El hombre era un turista, pero inteligente, un ingeniero ecológico recién salido de un proyecto de acuacultura en el sur de Groenlandia. Aunque estaba preocupado por los problemas en el Cercano Oriente y África, y esperaba que no se convirtiesen en guerras reales, en general, se sentía indignado. ¡Malditos fanáticos que retrasaban la reconstrucción de continente y medio!

-¿Seguían las noticias, allá en Júpiter? -le preguntó.

-Cuando podíamos Mijo Rydberg-. Nos reuníamos frente a la pantalla, seguro que todavía lo hacen, cada vez que el rayo traía un informativo; si podíamos, claro. Tenemos familia y amigos en la Tierra. Pero, en general, estábamos en otra parte o demasiado ocupados. Al final nos parecía algo distante, medio irreal. Nos sentíamos muy avergonzados por ese detalle.

-No tenían razón para ello. Yo también sería un hombre del espacio si hubiese tenido la oportunidad cuando era joven. El futuro está aquí.

Rydberg se preguntó: ¿qué proporción de la humanidad llegaría a vivir fuera de la Tierra? Exceptuando la ciencia y la industria, ¿qué sentido tendría?

Llegó a Tychopolis con tiempo suficiente para buscar alojamiento y almorzar. Pero le faltaba apetito. Paseó por la ciudad. Por todas partes encontró actividad, crecimiento, mejoras en marcha. No todos eran asuntos del gobierno o de Fireball. Tres niveles de negocios cubrían Tsiolkovsky Prospect. Una pantalla anunciaba que en su interior se representaría *King Lear* en vivo. El ballet había adquirido un teatro propio. Los apartamentos en las zonas residenciales se remodelaban para ajustarse a sus residentes, quienes a menudo poseían títulos. Evidentemente, otras unidades se habían convertido en lugares de culto: cristianos, judíos, musulmanes, budistas, hindúes, sintoístas, gaianos. Un picnic del Cinco de Mayo llenaba el bosquecillo de bambú de Kaifungfu Park con música y alegría.

Por entre las multitudes se movían los selenitas, la nueva generación, adolescentes o más jóvenes, hermosos, gráciles y distantes.

La hora de Rydberg se acercaba. Entró en el ayuntamiento. Aquellas tres o cuatro habitaciones alquiladas al Complejo Fireball apenas merecían el nombre. El gobierno municipal no tenía más autoridad que la que las naciones habían decidido concederle de común acuerdo: esencialmente, controlar los servicios. Esa idea trajo una breve sonrisa a sus labios. Lo que habían delegado era la mayor parte de lo que tocaba las vidas de los habitantes de la Luna.

Los trabajadores humanos eran pocos. Realizaban sus labores informalmente. El asistente en la oficina de la alcaldesa escaneó a Rydberg, oyó su nombre y le abrió la puerta interior. La atravesó. La habitación no estaba muy abarrotada. Una amplia mesa sostenía un teléfono, una terminal de ordenador y algunos elementos personales: una foto, un trozo de un mineral azul profundo, una libreta de notas escrita y dibujada. Música de fondo surgía con suavidad de los altavoces; Rydberg reconoció *Appalachian Spring.*

La mujer tras la mesa le miró directamente a los ojos. Ya la había visto en los noticiarios, y su imagen en artículos y libros. En persona tenía la fuerza que había esperado, pero también un equilibrio, una alerta tranquilidad que, de alguna forma, redujo los latidos de su corazón. Dagny Beynac a sus cuarenta años tenía algo más de carne en sus grandes huesos, pero sólo un poco. El rostro, ancho, de nariz curva y pómulos altos, seguía teniendo la piel blanca, ligeramente arrugada alrededor de los ojos azules y la boca. Los hilos blancos eran como marcas en el cabello pelirrojo que le caía hasta los hombros. Vestía una túnica gris y pantalones, con una insignia de plata y ópalo a la garganta. -¿Piloto Rydberg? -La voz era más aguda que cuando hablaba en público, el acento más pronunciado-. Greetings, ¿qué puedo hacer por usted?

Habló inconscientemente. -No lo sé-dijo.

Las cejas rojas se elevaron. -¿Qué quiere decir con eso? Se sintió ligeramente asombrado de la estabilidad de su voz. -Soy su hijo, madame.

El ascensor a la centrifugadora era para los minusválidos o los vagos. Él y ella usaron la escalera que rodeaba su eje. La mayoría de la numerosa gente que se encontraron la conocía y la saludó. Ella devolvió una sonrisa, un saludo, quizá una palabra, mientras seguía avanzando. Rydberg no podía entender cómo lo conseguía. Él habría agotado sus reservas de amabilidad en los primeros cien metros.

Por forma y por tamaño, la máquina era tan diferente a los dispositivos en una nave espacial o sobre la superficie de un cuerpo de baja gravedad como esos dos objetos lo eran entre sí. Al fondo del eje, se entraba en una banda estrecha, y luego a algunas más en serie, cada una girando más rápidamente que la anterior. Había abrazaderas disponibles para compensar la aceleración, pero una persona de agilidad normal y habituada no las necesitaba. Sin embargo, cuando se llegaba al disco primario, se debía penetrar en un pasillo al moverse, y en ese caso era mejor agarrarse a algo.

Silenciosa en su suspensión magnética, la gran rueda giraba sin pausa, reluciente, majestuosa bajo un techo que era todo él una pantalla y simulaba un cielo de la Tierra, con nubes blancas moviéndose sobre el azul y los pájaros agitando las alas. Dada su masa, era innecesario un equilibrio preciso. A medida que te desplazabas hacia el interior, el peso centrífugo cambiaba de fuerza y dirección. En espiral, el sendero se inclinaba para mantenerse bajo tus pies, hasta que al fin llegabas al reborde y al peso terrestre. Casi perpendicular a la horizontal lunar, se encontraba un amplio paseo circular, pavimentado de duramusgo. La gente ocupaba toda la zona de paso, separándose con mayor cuidado en las vías rápidas; en las frecuentes bahías realizaban ejercicios estacionarios de aeróbic o levantaban pesos. Al lado opuesto del camino había compartimientos rodeando el disco, y desde allí se veían las puertas. Cualquiera podía usar el círculo abierto y en cualquier momento, pero los cuartos había que reservarlos y pagarlos.

-A menudo traigo a alguien a un reservado de centrifugado para mantener una conversación privada -le había dicho Beynac-. Ya que estamos, podemos pasar algún tiempo en g mientras nos aseguramos de no sufrir interrupciones. -Rió-. Si hoy me ven encerrarme con un joven atractivo, pues bueno, *envieuse soit qui mal y pense.* Pero al principio, durante poco rato, se había manifestado más nerviosa que él. Rydberg no creía que hubiese podido dominar con tanta rapidez sus emociones, ni adoptar un aire tan alegre. Su defensa era la impavidez.

La multitud se desplazó en la dirección de giro, para ganar algo de tirón extra. Él y ella se movieron hasta llegar al número diecinueve. Entraron y cerraron la puerta. El interior, ventilado, iluminado, contenía un sofá, un baño con mampara y una zona de suelo enmoquetado.

Beynac se arrojó sobre Rydberg y se aferró a él. Él la sintió estremecerse.

Librodot

-Oh, Dios, Dios -murmuró sobre su pecho-. Tú. Nunca me atreví a soñar...

Rydberg la abrazó. Comprendió que por eso le había hecho salir tan deprisa, minutos después de su llegada. Eso le había desconcertado. ¿Tenía intención de interrogarle, despellejarle, descubrir si era un impostor y qué quería de ella? En lugar de eso, sobre su blusa sentía las lágrimas.

-Madre --dijo sobrecogido. Después de un rato.

-¿He hecho mal? Quizá esto te hace daño, como un fantasma que debería haberse quedado en la tumba. En ese caso, te pido que me perdones. Me iré ahora y nunca se lo contaré a nadie.

-No. No lo hagas. Por favor. Lars...

Se apartó, retrocedió un poco y le sonrió, todavía entre sus brazos. La sonrisa le estremecía, las lágrimas relucían sobre las cejas, y empezó a respirar con calma.

-Lars -susurró-. Qué nombre tan hermoso. Bonito, pero masculino. Me alegro de que te lo diesen.

-Mis padres adoptivos fueron siempre muy buenos conmigo -dijo.

-Sabía que lo serían. Anson Guthrie los escogió. Pero nunca me dijo más, y supuse que sabía lo que hacía, él y su esposa.

-Lo sabían. Tú tenías una vida que vivir. Me pregunté una y otra vez si buscarte era lo correcto. Sigo sin saberlo.

-Lo fue. Estoy tan feliz. Pensé, sí, una y otra vez en intentar buscarte, pero temía que de alguna forma fuese peor. Tú lo has resuelto. Gracias, cariño.

Ella se separó, se pasó una mano por la cara y soltó un suspiro. -¡Maldición! Debo de estar hecha un desastre. Perdóname un segundo.

Desapareció en el baño. Él permaneció de pie en su propio encantamiento.

Ella volvió a salir más arreglada, en control de sí misma y radiante. -Venga, no pongas esa cara tan seria -le dijo con una sonrisa-. Siéntate y hablemos. Tenemos, cuántos, veintiséis años de cosas que contar.

-Eso no podríamos hacerlo hoy.

Ella inclinó la cabeza pelirroja en su dirección.

-Vale, consideraré que ya te has hecho adulto e iremos directa: mente al grano. *Mon Dieu,* eres todo un tipo serio, ¿no?

Dagny se sentó en el extremo derecho del sofá. Él pensó que ella debía comprender lo nervioso que se sentía y se acomodó en el extremo izquierdo, dejando entre ellos un metro o más. Dagny se volvió, metiendo la espinilla bajo la rodilla opuesta, con el brazo a la espalda, para mirarle. Él mantuvo ambos pies en el suelo y se apoyó en la palma para mirarla.

-Tienes ventaja sobre mí -dijo ella-. Conozco tu nombre y que eres piloto espacial para Fireball. Y mi primogénito. Punto. -No lo sabes más que por mi palabra-contestó él-. Será mejor que lo demuestre. No tengo las pruebas conmigo, pero podrás reconstruir con facilidad mi recorrido por lo que te cuente.

-Será más fácil aún. Se lo preguntaré al Tío Anson. -Miró a Rydberg de cerca-. Mmm, pero veo que estás ansioso por demostrar tu autenticidad. Un tipo metódico. Vale, dejemos eso atrás. ¿Cómo me encontraste?

Contarlo le dio más calma.

-Mis padres adoptivos son suecos. Pa... padre... era ingeniero, su esposa enseñaba en una escuela, antes de que se retirasen. Eran de mediana edad y no tenían hijos antes de adoptarme. No lo mantenían en secreto, pero me dijeron que me habían obtenido a través de una agencia que no les había contado nada sobre mis padres, mis padres biológicos, porque era mejor así. Descubrí que en ese punto habían dicho la verdad, excepto que no mencionaron que Anson Guthrie estaba implicado. Quizá sobornó a alguien en la agencia.

Beynac rió a carcajadas.

-Muy probable. Tampoco me sorprendería que hubiese sobornado a alguien del gobierno. Sigue.

-Ahora creo que ma y pa lo sospechaban pero no estaban seguros y decidieron que era mejor no preguntar. Él trabajaba para una empresa que en varias ocasiones había realizado trabajos terrestres para Fireball, como ampliar el espaciopuerto de Australia, y durante esos trabajos había conocido a Guthrie. En algunas ocasiones posteriores, a lo largo de los años, Guthrie nos visitó durante conos periodos, cuando por casualidad estaba por Suecia. O eso decía. Al final empecé a hacerme preguntas. ¿Por qué un hombre tan poderoso como él, con incontables compromisos, iba a acordarse de nosotros? No era un esnob, eso lo sabía; tenía amigos en todos los estratos de la sociedad; pero aquellas visitas tan espaciadas no eran ese tipo de relación. Y.. cuando pedí entrar en Fireball, se me admitió en entrenamiento, aunque cientos de los que rechazaron debían de estar tan cualificados como yo.

»Por tanto, cuando decidí intentar descubrir quiénes eran mis padres reales..., no se lo he dicho a pa y ma porque les haría mucho daño..., jo, fue natural buscar alguna pista en Guthrie. Le di el trabajo a una agencia de detectives, pero no fue muy difícil. La mayor parte de los problemas que tuvieron se debieron a las condiciones caóticas de Norteamérica, que es a donde llevaba el rastro. En el caso de una figura pública como Guthrie, sus pasos están en las noticias, al menos en potencia. Después la información permanecería olvidada en una base de datos periodística durante décadas, sin que hubiese razón para borrarla. Conocía el año de mi nacimiento, porque me habían adoptado de inmediato, y el cumpleaños que celebrábamos debía ser aproximadamente correcto. Como era casi con toda seguridad ilegítimo... perdóname, madre...

Beynac acarició la mano de Rydberg. -No te preocupes, maravilloso bastardo.

-¡Mmm! ¿Dónde estaba Guthrie y qué había hecho en los nueve meses anteriores? Resultó que seis meses antes, las informaciones locales de una pequeña ciudad del noreste del Pacífico llamada Aberdeen anunciaron que una vez más la comunidad era agraciada con la distinguida visita del señor y la señora Guthrie, quienes visitaban a sus amigos el señor y la señora Ebbesen. Un detective avivó los recuerdos de varias personas, consultó más detalladamente la base de datos y descubrió que la señorita Dagny Ebbesen se había trasladado en ese momento a Quito, Ecuador, bajo la tutela de los Guthrie, donde recibiría una educación de primera en la escuela Fireball antes de que se le ofreciese empleo en la compañía. Pero no había registros en Ecuador de que hubiese dado a luz, aunque eso hubiese sido muy fácil de ocultar, y la investigación demostró que no entró en la escuela hasta meses después de irse de Aberdeen. La probabilidad parecía alta, y tu carrera era una cuestión pública. De hecho, eres muy famosa; hace tiempo que oigo hablar de ti.

El rápido y seco recital se detuvo de golpe. La mirada de Rydberg se había apartado de Beynac mientras hablaba. Estaba sentado mirando a la pared.

-¿Te sorprendiste? -preguntó ella.

-Bien erijo-. Pensé... si mi madre es una protegida de los Guthrie... no vivirá en la pobreza. Aparte de eso, no tenía mayor idea. -Muchos niños tienen fantasías sobre padres

reales mucho más interesantes e importantes que los que conocen. Me temo que no puedo ni acercarme a esa fantasía.

Él movió la cabeza con rapidez hacia ella. Con la mano derecha se agarró el muslo y con la izquierda aferró el brazo del sofá.

-¡No quiero nada de ti! -gritó-. ¡No necesito nada! ¡Tengo dinero!

Ella levantó una mano.

-Calma, cariño erijo en voz baja-. No pretendía decir lo que supones. Si eres piloto espacial es evidente que tienes un buen sueldo, y tus acciones de la compañía suben como la espuma. Ni tampoco imaginé ni por un segundo que hubieses venido a pedirme trato preferente o privilegios especiales. Concédeme al menos perspicacia.

-Lo siento -dijo contrito-. Soy torpe con las palabras. ¿Me perdonarás?

-No hay nada que perdonar, cariño. Estás muy nervioso. ¿Crees que yo no lo estoy? Lo que pretendía decir es que no soy nadie extraordinario. Madre y esposa. Antigua ingeniera. Me pidieron que me ocupase de algunas tareas administrativas. Eso fue *faute de mieux,* pero gradualmente la administradora sustituyó a la ingeniera. Eso me metió en política, porque alguien debía hablar en nombre de los residentes normales, controlar a los distintos gobiernos, intentar mantener los impuestos y las regulaciones en algún contacto con la realidad. Así que ahora, por mis pecados, sirvo un período de alcaldesa, y me temo que habrá uno o dos más antes de que pueda localizar a un sucesor adecuado que no pueda correr lo suficientemente rápido. Eso es todo.

-Eso es... mucho... diría yo.

-Tu vida debe de haber sido mucho más interesante. -Eso lo dudo.

-Cuéntame.

-Y no soy una persona muy interesante -dijo con obstinación. -Yo juzgaré ese aspecto, si no te importa. -Beynac cambió de posición, se recostó y cruzó las piernas, en una posición que invitaba a la relajación.

Él descubrió que la lengua se movía con mayor facilidad a medida que hablaba.

-Bien, ya has oído los detalles básicos. Me criaron como sueco. Viajamos, vi mucho de la Tierra, pero siempre me sentí... atraído por las estrellas. Quería salir, como dicen los norteamericanos, y a los dieciocho años me admitieron en la academia Fireball. Mi talento y deseo me dirigían a piloto, y ése se convirtió en mi trabajo. He volado tanto en misiones regulares como de exploración, y acabo de regresar de Júpiter.

-Y dices que eres aburrido. ¡Eh! ¿Qué hay de tu vida terrestre? ¿Estás casado? Me encantaría empezar a tener nietos.

-No -replicó con dureza-. Lo estuve, durante tres años. Se terminó.

El tono de ella fue como una mano que le acariciase el pelo.

-No intentaba fisgar. No hablaré de nada de lo que tú no quieras hablar, ni tampoco lo investigaré. Lo prometo. -Después de un momento, añadió-: Los pilotos son un riesgo matrimonial terrible. Todo el mundo lo sabe. Debía de ser una chica valiente y adorable.

-Se merecía algo mejor. Espero que lo encuentre.

-Deja a un lado ese arrepentimiento, ¿vale? Volviendo al tema, pero no para fisgar, dijiste que te sentías atraído por las estrellas, pero debías ser lo suficientemente inteligente como para conocer los peligros, sacrificios y miserias del espacio, tanto como el glamour; y has descrito una vida placentera en la Tierra, para nada aburrida. Podrías haberte dedicado a una carrera que te facilitase pronto el dinero para ir al espacio como un turista. Me refiero al

tipo de turista que se prepara para ello y aspira a vivir la experiencia real. Sin embargo, dices que querías salir. ¿Por qué? ¿Qué iba mal?

-Me sentía, bien, constreñido, restringido.

-¿En serio? Recuerdo que en una ocasión Anson Guthrie me comentó que cuando él era joven, Suecia era lo que llamaban un Estado niñera, pero superó esa fase y hoy en día es un lugar donde la gente tiene mucha más libertad que en otros sitios, incluyendo Norteamérica. Lo que evidentemente fue una de las razones por las que te colocó allí.

-Cierto. Aun así, en todos los lugares de la Tierra, en todos los lugares donde vale la pena vivir, tienes la sensación de que todo está establecido, que todo lo importante ya se ha hecho, que cualquier cosa nueva sólo podrá producir incomodidad. Y ese, cuál es la palabra, zalamero movimiento neorromántico, que dice recuperar tradiciones que desde hace cientos de años sólo han existido en libros, si existieron de verdad, me hace vomitar. En el espacio no temen a las cosas nuevas y a la grandeza. Tienen sus costumbres, sus tradiciones reales, y ésas crecen, cumplen un propósito, están vivas.

Beynac asintió.

-Comprendo que no fue tan simple, y que probablemente tus motivos nunca estuvieron claros y nunca lo estarán, pero entiendo lo que dices. -Con una sonrisa-: también veo que no eres un aburrimiento. Apuesto que de adolescente, tus compañeros de edad te consideraban un intolerable.

Después de un silencio, Dagny siguió hablando, con cuidado. -Tengo que preguntarte qué te hizo buscarme. No fue simple curiosidad.

-No -dijo-. Fue la misma sensación de falta de raíces, de no pertenecer a nadie ni a nada. Sí, aprecio a mis padres adoptivos, pero en todo lo demás, me he apartado de ellos.

-Sé cómo se deben de sentir-dijo a media voz. Él decidió no seguir por ahí.

-Ahora mi verdadera familia es Fireball, y para muchos de nosotros. Y sin embargo, quizá porque no he madurado desde una solitaria adolescencia, siento este vacío en mi interior. No tenía sentido, pero no podía llenarlo. Al final pensé que si podía descubrir quiénes eran mis verdaderos padres, de dónde venía, podría sanar. Pero no quería molestar. Simplemente saber quién eres, verme una vez contigo, ya es un milagro.

-No tienes que irte, Lars -le dijo Beynac-. No lo harás, si puedo evitarlo.

»No parece que hayas identificado a tu padre biológico -siguió diciendo un momento después-. Su nombre era William Thurshaw. Fue un amor de verano, libre y hermoso, y, por supuesto, imposible. Me resistí a abortar, y los Guthrie me salvaron, y a ti. Eso se debió a que... no. Quizá algún día te lo cuente.

»Bill era un muchacho con talento. Quizá fue eso lo que más me atrajo de él. También era galante y amable, y acabó convirtiéndose en ese tipo de hombre. No volvimos a saber nada el uno del otro, pero Guthrie me contó eso. Ahora que sé lo que debo buscar, sí, veo mucho de Bill en ti. Y creo que también en tu espíritu.

El tono se hizo más duro.

-Podría haber entrado en Fireball como tú y yo, sin duda, pero prefirió otra cosa. Hace dos años Guthrie me dijo que había muerto. Debes saber que la Renovación es cada vez más frenética, más cruel, a medida que el país se descompone. Bill defendía la libertad con demasiada libertad. Murió «resistiéndose al arresto», según el informe de la policía. -Lo lamento -fue todo lo que Rydberg pudo decir.

La voz de Beynac se hizo más suave.

-Para mí no fue mucho más que un sueño que tuve. Lloré un poco. Mi marido me abrazó e hizo que el mundo volviese a estar bien. Estoy felizmente casada, Lars. Pero puedes estar orgulloso de tu padre. Tomó la mano de Rydberg. Así permanecieron durante un rato.

-Me alegra que seas feliz -dijo él-. No debo amenazar esa felicidad. Me iré. Hoy ha sido más que suficiente.

-¡No! -exclamó ella-. ¡Maldición, no! ¡Te quedarás! -Pero tu marido, tus hijos...

Beynac recuperó el control.

-Por favor. No puedo dejar que te vayas y no volver a pensar más en ti. Tampoco es que pretenda que me pertenezcas. Pero ¿no podemos conocernos?

-¿En tu casa? Me sentiría como un invasor.

-No lo serás. -Rió algo nerviosa-. Oh, a Edmond le costará al principio, pero no mucho, y se recuperará con rapidez. Es un hombre muy íntegro. Estoy segura de que los niños se sentirán interesados, no mucho ni por mucho tiempo; como un gato cuando llega un nuevo visitante.

»Lars, quiero a esos niños con todo mi corazón, pero tú eres mi único hijo que es totalmente humano.

Librodot

15

Hacia el oeste, el lago relucía azul, extendiéndose como un océano hacia el horizonte. Sobre sus aguas quietas se movían unos últimos rizos de niebla. Una luna menguante flotaba pálida sobre algunas islas. Hacia el este se encontraba la orilla, y el sol llenaba intensamente de sombras las tierras verdes. La ciudad de Musoma se elevaba blanca en la entrada de la bahía. Pasaron volando tres pelícanos y una garza. El aire estaba frío y silencioso, lleno de un olor a pescado que se intensificaría durante el día.

Un bote se movía a cierta distancia. En él había dos hombres sentados tranquilamente, de cara. Sostenían cañas en las manos.

-Una hermosa mañana -dijo Charles Jomo en tono de conversación.

-Sí -admitió Venator. Su cuerpo podía saborearla tan bien como cualquier otro humano. Sin embargo, el cazador se agitó en su interior-. Pero ¿picarán alguna vez?

Hablaban en anglo. Jomo quería practicar. Venator no había admitido conocer ninguna lengua de la zona. Las capacidades era mejor mantenerlas en reserva, y la sorpresa era un arma potente.

-Oh, sí -dijo Jomo-. Los peces de aquí se comportan de forma diferente a los peces de aguas poco profundas. Están diseñados para el deporte. Tendrá sus emociones, se lo prometo. Mientras tanto, paciencia. Tenemos todo el día. -Era un hombre de pelo gris, muy bronceado y con una imponente panza. Como su acompañante, sólo vestía una túnica. Las quemaduras de sol no eran un peligro para ninguno de los dos. Venator repitió cortésmente su agradecimiento.

-Es muy amable por su parte hacer todo esto por un forastero. -«¡Si supieses cuán forastero soy!, pensó sardónico.

Jomo rió.

-El guía profesional que de otra forma hubiese contratado podría tener una opinión diferente.

Venator supuso que sería mejor fingir un poco de preocupación. -Lo lamento. No lo había pensado.

-No hay de qué preocuparse. No está desesperado por recibir umus. ¿Quién lo está?

-He conocido a algunos.

-Tipos ambiciosos. -Jomo parecía interesado-. ¿Y no diría usted que es igual en su territorio nativo? ¿Los que trabajan duro no persiguen tanto el poder adquisitivo sino la fama, la satisfacción personal o cualquier otra recompensa emocional? ¿Qué importancia tienen los bienes materiales y los servicios cuando todos reciben un crédito básico?

Bien, pensó Venator. Su intención era hacer que su recién conocido hablase. Las personas educadas y con inclinaciones filosóficas, muy activas en los asuntos de su comunidad, eran las más dispuestas a revelar más. Las percepciones ocasionales que había recibido de ellos habían sido asombrosas.

No para ellos. Ni él tampoco mostró ninguna reacción. Eso hubiese ido en contra de sus intenciones. No se trataba sólo de que un sinnoionte fuese una figura demasiado asombrosa para hablar de trivialidades, sino que un sinnoionte se acababa alejando demasiado de la humanidad. Un agente de policía necesitaba entender a la gente, en su infinita variabilidad como individuos y en sus culturas. Siempre que podía escapar a las exigencias que recaían sobre él, Venator se forzaba a regresar de incógnito a su especie.

Hasta ese momento, Jomo no había dicho nada extraordinario. Sin embargo, aunque sólo fuese eso, probablemente representaba la actitud media de los residentes locales sobre muchos aspectos de su existencia. No era probable que fuese idéntica a la actitud de los australianos, brasileños o siquiera sudafricanos.

Había que seguir.

-Algunos trabajos son duros por lo que se requiere para ejercerlos -comentó Venator-. Los atletas profesionales. Ciertos artistas. Los viajeros espaciales. -Por pocos que quedasen, generalmente empleados por selenitas-. Etcétera.

Jomo asintió.

-Eso es lo que deciden hacer. Es lo que digo. La satisfacción personal, el prestigio, la aprobación de sus compañeros.

-Mmm, usted no me parece ni un vago ni una persona especialmente preocupada por la posición social.

-Pocos por aquí son vagos. No están bien vistos. Pero tampoco somos fanáticos trabajadores. Nos tomamos nuestro tiempo. Por ejemplo, practicando la mediación. Los casos no son muchos ni muy serios. Generalmente puedo retrasarlos cuando se presentan formas mejores de pasar el día, como esta expedición.

-¿Quiere decir que la mayoría tiene trabajo? ¿Hay suficiente? -Muchos trabajos no reciben paga, son ocupaciones privadas o servicios públicos.

-¿El suyo, si puedo preguntar?

-Pertenezco al comité recreativo municipal, con cierto énfasis en la actividades infantiles. -Por supuesto, pensó Venator. Los niños siempre eran especiales, porque había muy pocos, aquí también, aquí también-. Me dedico a la jardinería. Estudio kikuyu, para experimentar las antiguas composiciones en el original.

El arcaísmo parecía muy popular por toda África, reflexionó Venator. ¿Era precisamente porque la mayor parte del continente estaba muy bien ajustado al mundo moderno? ¿O era algo más profundo, la búsqueda de algo perdido, olvidado, pero sentido en el interior? Cuando el tribalismo, toda la herencia primitiva, pereció en el Deterioro, el viejo Protectorado pudo establecer los cimientos firmes de una nueva forma de vida racional ... pero ¿cierto desenraizamiento seguía persistiendo y haciendo daño después de tantos siglos, como los dolores fantasmas de los miembros amputados en las eras anteriores a la regeneración médica?

No, aquello era absurdo, totalmente anticientífico.

Pero la mente humana poseía su propia matemática oscura, que no era la de la lógica y la causalidad. Era caótica.

Su trabajo consistía en contener el caos.

La voz de Jomo le sacó de su momentáneo ensueño. -¿Qué hay de usted, señor Mthembu?

El nombre de nacimiento de Venator le servía a menudo como alias. Sonrió.

-Ahora mismo estoy de vacaciones, como ya sabe -contestó. Pero siempre observando-. Y como ya le he dicho, realizo trabajos de contacto con el cibercosmos.

-Eso representa un campo extremadamente amplio. Su posición... Venator sintió el zumbido en el bolsillo del pecho más por la piel que por los oídos. ¿Una emergencia? La alerta recorrió sus nervios. Levantó la mano.

-Perdóneme, tengo una llamada.

Jomo miró con curiosidad al pequeño disco que sacó. No era un minifono habitual. Ni tampoco estaba limitado a sus funciones habituales. Venator se lo pegó a la cabeza tras la oreja derecha.

-Informe sobre el sujeto Kenmuir-oyó por conducción ósea. Por fuera, estaba sentado y relajado, agitando la caña. El flotador danzaba en el agua; gotitas plateadas saltaban de la superficie. En su interior, era todo cazador. Bajo la lucidez maquinista de la conciencia, bombeaba un torrente de sangre.

-Sigue -subvocalizó. Como precaución, empleó la lengua generada que era el gran secreto en su cuerpo.

-Hemos perdido el contacto con el sujeto. Aparentemente, un agente de la oposición se lo ha llevado a una sección bien aislada, agente que evidentemente planea sacarle de la zona.

El plural «hemos» era una mala traducción, pero también lo hubiese sido un singular. El sujeto hacía referencia a aquellos aspectos de la conciencia, de forma mutable según los requerimientos de la ocasión, que se dedicaban al asunto; y la conciencia en sí era una parte intercambiable de un todo mucho más vasto. Rizos sobre las olas sobre el océano.

-¡H'ng! -dejó escapar Venator. Jomo le dedicó una mirada de interés-. Un resumen.

La última vez que había estado en contacto fue tres día atrás. No tenía sentido, y además era contraproducente, seguir una operación hora tras hora cuando no iba a suceder nada. Para eso estaban los robots de alto nivel. Él tenía muchas otras cosas de qué preocuparse. Su parada en Victoria Nyanza era sólo un respiro a medias. Le seguían llegando esporádicamente informes sobre media docena de investigaciones diferentes en curso.

-Kenmuir abandonó hoy la Mansión Guthrie. Hora del Pacífico americano, y voló a Los Ángeles. Ahora parece claro que mientras estuvo en la casa realizó una llamada por medio de una línea segura y recibió más instrucciones.

-Sí, sí. Ya lo esperaba. -Era innecesario decirlo, el sofotecto lo sabía bien, pero Venator no malgastaba energía suprimiendo todos sus impulsos de primate.

No había habido tiempo para penetrar esa línea. La Hermandad Fireball había tenido siglos para desarrollar sus canales y bóvedas privadas. Un recelo hacia el gobierno, que se remontaba a Fireball Enterprises, le había hecho mantener actualizadas esas defensas. Era enormemente probable que Matthias no dijese nada a Kenmuir. Lo que probablemente importaba más era lo que Kenmuir había hecho a continuación. Aun así, quizá valiese la pena estudiar al Rydberg...

Kenmuir había desaparecido. Eso importaba. -Sigue -indicó Venator.

-En Los Ángeles, se dirigió a una cantina común. Una mujer que usaba el nombre de Irene Norton se encontró con él. Mantuvieron una breve conversación antes de que ella lo sacase de allí a toda prisa. -Repite.

-Háblame del lugar de encuentro dijo cuando lo hubo oído. Y luego.

-Evidentemente, ella sospecha que ha sido implantado. Es más, había anticipado la posibilidad y por eso escogió ese lugar de encuentro porque conocía bien el escondrijo al que lo había llevado. Eso podría darnos pistas sobre su identidad. Es inteligente y tiene experiencia, pero no suena como una profesional.

-Un análisis de datos muestra que no puede ser ninguna de las personas registradas como Irene Norton. Es un alias. ¿Órdenes? -Vigilancia intensiva de la zona. Podría encontrarles con rapidez. Kenmuir tiene que salir a la superficie en algún momento. Podría incluso entregarse. Tiene dudas sobre todo este asunto. Mientras tanto, inicia investigaciones en ese antro de Asilo. Con discreción y tacto. No me parece que se trate de una clientela que

tenga mucha simpatía hacia nosotros. Por otra parte, los detectives podrían descubrir la verdadera identidad de la mujer.

-Sí, pragmático. ¿Más órdenes?

-Infórmame inmediatamente de cualquier nuevo acontecimiento. Me dirigiré a la Central para tomar el control.

Venator se guardó el disco. Le coronaban el cielo, el agua, la luz del Sol y la brisa.

-Espero que no fuesen malas noticias -dijo lentamente Jomo. -Una emergencia -contestó Venator-. Trabajo. No tengo libertad para decir más y me temo que debo partir inmediatamente. -Es una pena. Jomo recogió hilo mientras el visitante hacía lo mismo-. Vuelva.

-Eso espero. -Era una paz y serenidad como aquélla lo que Venator luchaba por defender.

De forma colateral al propósito principal, al sentido cósmico de su vida.

Jomo puso en marcha el motor. El bote se dirigió hacia la orilla. No se trataba realmente de una mala situación, consideró Venator. Todavía no. Probablemente no lo fuese nunca. ¿Qué podían hacer dos fugitivos?

Era evidente que Fireball no sabía nada sobre Proserpina. En caso contrario, la verdad se habría revelado hacía ya mucho tiempo... era irresistible para espíritus que todavía deseaban las estrellas. El conocimiento arcano que los Rydberg guardaban como dragones debía ser alguna trivialidad histórica ya irrelevante, si llegaba a eso; algo a la par con los diarios no publicados de un ancestro.

Lilisaire, tras una búsqueda intensiva, había encontrado indicaciones de un misterio en el espacio profundo. Pensaba que el objeto de ese misterio pudiese, una escasa posibilidad, darle poder para bloquear el Hábitat, o incluso liberar a Selene de la Federación.

Evidentemente, no serviría para nada de eso. La amenaza era mucho mayor.

Pero los datos que habían sobrevivido estaban bien protegidos. Ni siquiera a Venator le habían dado un código de acceso hasta que el cibercosmos hubo concluido que las actividades de Lilisaire eran lo suficientemente amenazadoras como para que fuese necesario que él tuviese acceso a los datos. ¿Cómo podrían dos aficionados saber dónde mirar, y menos aún romper el código?

No, por sí mismos no eran importantes. Eran pistas hacia Lilisaire y su red secreta... la inteligente y peligrosa Lilisaire.

(¿Asesinato? Difícil, quizá imposible, desastroso si el intento fracasaba. Además, podría dejar algo tras ella y otros seguirían con la tarea. ¿Arresto? ¿Con qué cargos y repercusiones? Había que esperar un poco. Seguir con el juego. Era agradable tener un oponente que representase un verdadero desafío.)

Sin embargo, al tratarse de pistas andantes, había que capturar a Kenmuir y Norton. Y había cabos sueltos en otros lugares, seguridades a asegurar. Para esa tarea, las comunicaciones de la zona en la que se encontraba eran ridículamente inadecuadas. Debía volver a la Central.

A la unidad. Al conocimiento que le arrebataba como el amor.

El cerebro razonador siguió trabajando. Era vital recuperar el control de los acontecimientos, antes de perderlo definitivamente, antes de que una crisis llevase a otra crisis como en el lejano pasado.

16
La madre de la Luna

La sala en Port Bowen era excesivamente grande para dos personas, pero Dagny Beynac apreció la cortesía de encontrarse allí en lugar de hacerlo en una oficina. Suavizaba un poco el hecho de que la hubiesen convocado. Como lo hacía también todo aquel espacio, lo grande que era la alfombra. A un lado había una mesa de conferencias, con una consola para datos y comunicaciones en la pared adyacente. De las varias sillas libres, en las dos que estaban siendo usadas una mesita lateral sostenía una taza y una tetera.

El gobernador general de la Autoridad Lunar también le había dado a la cámara un toque personal. Una enorme pantalla mostraba una escena grabada, casas sobre altas montañas verdes, con el Chiangjing fluyendo majestuosamente. En la pared opuesta colgaba un pergamino. La imagen en blanco y negro era la de un anciano vestido con una toga, sentado, probablemente un sabio. ¿La caligrafía representaba un poema?

El asistente que trajo el té se inclinó y se retiró. Era joven, muy bien preparado, y la ropa civil parecía un uniforme. Dagny sospechaba que pertenecía al servicio secreto. La puerta se cerró a su espalda. Durante un momento sólo escuchó el silencio.

-Por favor, siéntese -dijo Zhao Haifeng. Hablaba un inglés fluido, con un acento entrecortado y voz aguda. Era alto, demacrado, tenía el pelo blanco y vestía con austeridad-. ¿Le molesta el tabaco?

-No, adelante -contestó Dagny. Se resistía a manifestar la esperanza de que su vacunación anticáncer estuviese al día. Si Selene debía tener un procónsul, podría ser alguien peor que su antiguo profesor de sociodinámica. O eso suponía. Ese día podría cambiar de opinión. Se sentaron. Zhao sacó un cigarrillo, lo tocó con el encendedor, inhaló y expulsó el humo por la nariz. Dagny se preguntó si Zhao se encontraba tan tenso como ella. Le llegó un ligero olor acre. Los sensores de ventilación se percataron y lanzaron una ligera brisa.

-Ha sido muy amable viniendo en persona dijo Zhao-. Sé lo ocupada que está.

-La petición de Su Excelencia... fue algo apremiante -contestó Dagny.

-Dejando a un lado la seguridad de las líneas de comunicación-le explicó el gobernador-, soy tan arcaico como para considerar a una imagen holográfica un pobre sustituto de la presencia física cuando hay que discutir cuestiones de gran importancia.

Además, pensó Dagny, que ella fuese a él era un símbolo, un acto de sumisión. ¿Esperaba que ella se aplacara, aunque fuese ligeramente? Cuando llamó a Anson Guthrie para comentarle la petición, el boss sonrió.

-El cordero pide al lobo que le visite-dijo.

Pero eso no fue más que una chanza. Tras la fachada confuciana no se encontraba una oveja.

-¿Podemos hacer tal cosa? -preguntó ella-. Comprenderá que ya no ocupo ninguna posición oficial.

Zhao levantó una mano.

-Por favor, madame Beynac. Estamos en privado. Sabe muy bien que, en algunos aspectos, tiene usted más poder en Selene que yo. Que hable.

-¿Cómo es eso? Fui la delegada de la Región Tycho en el Comité de Coordinación. Eso es todo.

-Se la eligió como presidenta de ese comité. -Zhao inclinó la cabeza-. Lo que de por sí ya era un honor. -Chupó el cigarrillo-. Dejemos a un lado la charada pública. El tiempo tiene tanto valor para usted como para mí. El Comité vive en los corazones de los colonos. Es lo que cuidó de ellos durante los años de anarquía. La mayoría de su antiguos miembros tienen estrechas relaciones con Fireball Enterprises, que se ha convertido en enfermizamente dominante en el espacio. -Dagny se encabritó, pero lo dejó pasar-. La Autoridad Lunar es nueva, no es bien recibida por todos, y se la percibe como irrelevante para sus verdaderas preocupaciones, o como una carga. Mi deber es mejorar esa situación.

-Su Excelencia es muy sincero -murmuró Dagny sorprendida a pesar de sí misma.

Zhao sonrió.

-Entre nous, madame.

Desde que había oído su petición, había preparado sus ideas y sus palabras todo lo bien que pudo.

-Pero ¿puedo decir que exagera? El Comité nunca fue nada más que un sistema *ad hoc,* formado porque no sufríamos sino una emergencia tras otra y alguien tenía que tomar el mando. -Su mente terminó la frase: tomar el mando cuando la Gran Jihad estalló por toda la Tierra, una economía interrelacionada se desplomaba en un país tras otro, las revoluciones y el desorden fragmentaban sociedades enteras, la quebradiza Naciones Unidas se hizo astillas, y nadie en el planeta tenía tiempo para preocuparse por unas pocas decenas de miles de personas en la Luna-: Fireball ayudó, sí. Bien podría decir que nos salvó. Pero no asumió el gobierno. No podría haberlo hecho.

-En cualquier caso -dijo Zhao con voz seca-, decidió no hacerlo. Quizá porque el señor Guthrie previó que ustedes, los selenitas,

acabarían dejando a un lado los fragmentos en conflicto de la autoridad nacional y establecerían su propio gobierno.

-Sir, sabe perfectamente que nunca pretendimos que el Comité fuese permanente. ¿No cooperamos completamente con usted y su gente cuando llegaron?

-No se resistieron.

-Nos alegramos de tener aquí una ley única, tanto como de tener una Federación Mundial y una Autoridad de Paz en la Tierra. -En principio, pensó Dagny. En la práctica, dependía del contenido de esa ley-. En todo caso, volviendo al tema, ustedes disolvieron el Comité. -No estoy seguro de que fuese sabio hacerlo tan pronto. -Zhao levantó la taza-. Sin embargo, ésa fue la decisión en Hiroshima. Dagny también bebió. Sentía el fluido caliente y dulce sobre la lengua.

-Puedo comprender sus razones. Ya es bastante problema establecer en qué va a consistir la autonomía nacional sin además añadir el germen de una nueva nación.

-Y así llegamos a la exigencia actual -dijo Zhao-. Los selenitas no están en posición de amenazar a nadie más... ni tampoco les acuso de querer hacerlo. Pero si sientan un ejemplo de desafío, un ejemplo con éxito, que los nacionalistas virulentos de la Tierra puedan convertir en un precedente, eso podría abrir la puerta a nuevos horrores. Considere, por ejemplo, cuánta gente moriría en condiciones miserable si cae el Protectorado de África. -Suspiró-. La Federación necesita tiempo para ganar fuerza, para afianzarse, antes de que pueda ponerse a prueba.

La tentación la atrajo.

-Mientras tanto -contestó Dagny-, Selene es un buen laboratorio cómodamente distante para probar esta o aquella teoría sobre el gobierno internacional.

Inmediatamente lamentó su respuesta. El alivio le trajo calor al oír su respuesta.

-Por favor, no exprese tanta amargura.

-Oh, no es así -se apresuró a replicar-. Algunos de nosotros se sienten amargados, cierto, pero yo creo..., y sí me alegra que quisiese que nos viésemos en persona..., que tiene usted buenas intenciones, sir. -Hablaba con sinceridad, dentro de unos límites. Las buenas intenciones de él no coincidían necesariamente con las de ella. -Gracias. Thank you. -Zhao dejó caer el cigarrillo por el cenicero de la mesa y tomó otro-. Entonces, por favor, ayúdeme.

-¿Cómo? Estos ciclodías no soy más que una ciudadana corriente.

Él midió sus frases.

-Su influencia es global. Los colonos la respetan, la escuchan, como no lo hacen con mis agentes o conmigo. Más aún, usted sabe lo que desean y, más importante, lo que necesitan. Después de tres años, sigo siendo un extraño. Aconséjeme. Apóyeme... -inhaló dos veces- en la medida en que se lo permita su conciencia. Por mi parte, prometo que cuando esté en desacuerdo conmigo, yo la escucharé.

-¿Aconsejar? -preguntó Dagny asombrada-. Sir, lo que yo pudiese decirle ya lo ha oído mil veces.

Se le vino a la mente. Estaba allí por sus hijos. Si él le ofrecía una salida, ¡había que pasar por él!

-¿Qué quieren y necesitan los selenitas? -dijo-. Vaya, pues es muy simple. Para empezar, derogar muchas de las reglas y restricciones que quedan del antiguo régimen. Pensamos que nos habíamos librado de ellas, pero luego llegó la Autoridad Lunar y las declaró casi todas de nuevo.

-Tienen su justificación.

La audacia, en el límite de la insolencia, podría ser el mejor camino.

-¿Cómo cuáles?

-Impuestos a pagar a los respectivos gobiernos en la Tierra. Sí, ustedes los selenitas se quejan de no recibir servicios a cambio. Quizá se podrían hacer algunos ajustes. Sin embargo, sigue siendo un hecho que sin naciones viables en la Tierra no tendrían mercados y no vivirían mucho. Considérenlo un servicio.

-Ahora somos autosuficientes en aire, agua, comida y energía. Nos las arreglamos durante la Jihad. Miramos al espacio.

Zhao apuntaló su argumento.

-Más aún, tienen una obligación para con la humanidad en general, la civilización de la que han nacido y que sigue siendo su hogar espiritual.

-Eso yo no lo niego -dijo Dagny con cuidado.

-Ciertas personas lo hacen. Sobre todo, y perdóneme, pero no intento ofenderla, entre la generación más joven, los metamorfos. Dagny asintió.

-Se sentirían menos alienados si los requerimientos educativos que se les imponen se ajustasen mejor a... su naturaleza.

-Una vez más, pueden realizarse algunos ajustes -dijo Zhao.

Repentinamente, añadió-: Es más, se han hecho. Mi oficina no ignora lo que sucede en las casas coloniales. Es más y más común que allí sea donde los niños aprenden sus lecciones más importantes, por medio de programas escritos en casa o de la boca de sus mayores y compañeros.

-Sí. Es correcto y natural.

Zhao frunció el ceño, chupó del cigarrillo e hizo un gesto punzante con él.

-Hasta cierto punto, madame. Esa alienación que admite no debe desarrollarse mucho más. Se está volviendo desagradable y, sí, peligrosa.

Dagny sabía que la conversación llegaría a ese punto. Pero mejor sería ganar tiempo, mantenerla en temas generales unos minutos más mientras reforzaba su ingenio y su voluntad.

-No sólo protestan los jóvenes erijo-. Muchos de nosotros lo hicimos durante los años anteriores a la Jihad. Las quejas son reales, Su Excelencia.

Zhao siguió esa táctica. Dagny se preguntó si era porque se ajustaba a la suya propia.

-Asumo que se refiere principalmente a la regulación de la industria lunar.

-Bien, una de ellas. La industria se siente sofocada. Enaarcó las cejas.

-Sus colonos no son unánimes al afirmar que este ambiente, único científica y culturalmente, no merece protección.

-Claro que no. -Pensó en la furia de Edmond ante lo que podía pasar en diversos yacimientos geológicos. Pensó en lo que su hijo Temerir tenía que decir sobre la astronomía en la que se estaba iniciando; aquellas pocas palabras glaciales habían penetrado con mayor profundidad que la pirotecnia verbal de su padre-. Es igual, es hora de hacer algunas concesiones.

-No estamos discutiendo una ligera contaminación en un vacío casi perfecto, ni el daño que la minería produciría en lugares de interés, ni cualquier otra cosa inevitable. Lo que tratamos es si es preciso mantenerlo entre límites. -La mirada de Zhao la atravesó. Ella se obligó a sostenerla-. Más allá de eso, se encuentra el principio fundamental de que el Sistema Solar es herencia común de la humanidad.

Fue una respuesta gastada, pero no encontró nada mejor.

-Y por tanto, nadie fuera de la Tierra puede poseer ninguna parte del espacio.

-Al contrario, las concesiones son generosas. Quizá demasiado generosas. Fireball ha crecido monstruosamente de poco más que el transporte espacial. Muchos otros individuos y compañías lo han hecho.

-Sí. -Durante su renuente carrera política, Dagny a menudo había tenido que hablar con más sonoridad que sinceridad. La habilidad regresó-. Pero nadie entre los nuestros puede situarse sobre un trozo de tierra, ni siquiera una roca en órbita, y decir: «Esto es mío. Yo lo he hecho lo que es. Se lo cedo a mis hijos y a los hijos de mis hijos.

-Es extraño -murmuró él- que un deseo tan primitivo haya renacido en el espacio.

-¿Primitivo o humano? Todavía somos los viejos cromañones. -De pronto, la imagen de Edmond apareció frente a ella, esperándola en casa, cazador de lo desconocido, cuya gente había dejado sus huesos en las cuevas, valles y desfiladeros de su Dordoña desde que los acantilados de hielo cerraran el norte y los mamuts recorrieran la tundra. Fue como si él hablase por su garganta-. Nosotros seguimos teniendo el instinto de poseer nuestros territorios.

-¿Nosotros, madame? -respondió Zhao con voz suave, tranquilamente sentado-. ¿Es el deseo de la nueva generación, la generación creada para Selene, tan simple y directo? ¿Puede decirme lo que desean en su interior? ¿Podrían decírmelo ellos?

Volvió a hacerse el silencio durante un centenar de latidos. La vista de Dagny se perdió en la pantalla. En la imagen, un pájaro pasaba volando, una nube rodeaba un pico redondeado. Era hermosa. Deseaba que la imagen fuese de mar, arena y madera flotante.

Librodot

-Very well -dijo, prestando nuevamente atención a Zhao-. Pongámonos serios. No me ha llamado porque sea una rana relativamente grande en este estanque seco de la Luna. No, soy la madre de Brandir y Kaino.

-Técnicamente, de Anson y Sigurd Beynac -contestó él con la misma moderación-. Y de Gabrielle Beynac, a quien quizá haya que temer más. He examinado los escritos de Verdea. -Sí, pensó Dagny,

había hecho sus deberes-. No son abiertamente subversivos. Nada tan fácil de contrarrestar. Lo que alientan es un espíritu nuevo y extraño.

-¿Eso es malo?

¿Lo era? ¿No crecían todas las personas pequeñas y queridas para acabar convirtiéndose en extraños? Y sin embargo, era Lars Rydberg, cuando venía de visita, quien se quitaba la máscara de frialdad con la que se enfrentaba al mundo, para darle a ella y, sí, a 'Mond, algo de él mismo, el calor de sentir que te quieren. No sus hijos selenitas. -Bien, pero no es ésta la ocasión para reflexiones filosóficas -dijo Zhao-. El asunto que tenemos entre manos es que sus dos hijos mayores y sus compañeros están violando la ley. Mi esperanza es que pueda hacerles recuperar el sentido común antes de que suceda nada irrevocable. Usted y su marido, claro. No le invité hoy porque ha evitado la política, y porque, mmm, un hombre de su temperamento podría haber sido incómodo.

Podría haber estallado, entendió Dagny. «Invitar era una bonita palabra.

-¿Qué han hecho exactamente? -exigió saber. -Madame, ya lo sabe. Todo el mundo lo sabe.

-Hemos tenido con ellos contactos esporádicos. No discutimos sobre lo que está bien y lo que está mal. -Ya no lo hacían-. Y hemos seguido las noticias. -No debía ponerse pasiva, debía conservar la iniciativa, hacer que Zhao le respondiese-. Pero, please, dígame cuáles son esas actividades. No podemos hablar con sentido antes de que sepamos de qué habla cada uno.

Él asintió.

-Como desee. Estoy deseoso de establecer la paz. -No se ha roto la paz, ¿verdad?

-Todavía no, al menos, abiertamente, no del todo. No puedo sino hacer cábalas sobre si lo que pretenden es forzar a la Autoridad a dar el primer paso. -Zhao se detuvo dramáticamente a beber más té-. Deje que le muestre una grabación. Hasta ahora no he permitido su divulgación, porque podría resultar provocativa.

-Buena decisión, Su Excelencia. Mire, yo tampoco quiero problemas. Nadie cuerdo los desea.

La mirada del hombre dio a entender que no incluía en ese grupo a los jóvenes, a los verdaderos selenitas.

-Según lo estipulado erijo-, esta secuencia se debía transmitir al cuartel general de la Autoridad de Paz en la Tierra, como un documento tridimensional de lo sucedido. La preparó el jefe de Policía Le vine, bajo la dirección del agente a cargo de la misión. Anticipando las dificultades, realizó un registro continuo. Para que sea más claro, se ha editado y se le han añadido comentarios, pero sigue siendo objetivo e imparcial.

-¿Existe tal cosa cuando se trata de personas? Sonrió con ironía.

-Cierto. En Hiroshima no lo interpretarían de la misma forma en que lo harían los selenitas. Por esa razón lo he secuestrado. Todavía no he decidido si divulgarlo. Por favor, ayúdeme a resolver mi dilema.

Librodot

Se puso en pie y se dirigió a la consola. Dagny se puso en pie y dio un salto de baja gravedad por la sala. Ésta se oscureció. La escena de China desapareció. Movieron las sillas para ponerse frente a la pantalla y volvieron a sentarse. Dagny respiró profundamente y relajó los músculos, como deshaciendo una serie de nudos.

Apareció la imagen de un hombre, uniformado, de pie en un estudio espartanamente funcional. El movimiento de los labios indicaba que no hablaba el inglés que ofrecía el programa de traducción.

-Mohandas V Sundaram, coronel, Autoridad de Paz de la Federación Mundial, informando sobre un incidente... -Siguió dando fecha, hora, posición exacta y luego, con la misma voz, información adicional.

-Durante la Gran Jihad y el período caótico posterior, el gobierno efectivo de Selene era un autocreado Comité de Coordinación. -Injusto, pensó Dagny. Los agentes coloniales habían estado de acuerdo en la necesidad, pero los delegados habían sido elegidos. Vale, varios gobiernos terrestres habían denunciado la acción, aunque no se encontraban en posición de hacer nada en contra-. Se limitó a cuestiones de seguridad pública y servicios esenciales. -¿Qué más podría o debía haber hecho?-. Muchos colonos y asociaciones de colonos se aprovecharon de la ocasión para iniciar operaciones antes ilegales, especialmente en la industrias extractivas y de manufactura. Es más, el Comité les cedió cierto número de instalaciones. -Alguien tenía que operar las plantas-. Las emplearon no sólo para producir bienes necesarios, sino para crear nuevas posibilidades para sí mismos. -El efecto multiplicador, tres veces más potente cuando empezabas con la tecnología robótica y molecular.

Una reflexión pasó por la mente de Dagny: la Renovación había sido simplemente una facción extremista en una Tierra que se había vuelto, en general, hacia las ideologías. Era probable que la gente considerase la productividad de la misma forma en que la Iglesia medieval consideraba el sexo, como algo inherentemente pecaminoso, destructivo, algo a realizar no más de lo requerido para la supervivencia de la especie. En todo caso, ése era el ideal, y los ideales también podían limitar el pensamiento de la mayoría, que realmente no vivía según sus preceptos. Por tanto, la gente en la Luna debía avenirse. Y la gente de Fireball, que no lo aceptaba, se sentía cada vez más unida, leales hacia ellos mismos más que hacia la sociedad hostil que les rodeaba... ¿Como los judíos medievales?

Había perdido la concentración. Volvió a recuperarla.

-... el Comité extendía de forma rutinaria derechos en franquicia para «administrar grandes extensiones. Esas franquicias incluían derechos exclusivos de explotación, prohibían el paso y podían comprarse y venderse. En intención y propósito, eran los derechos de propiedad extraterrestres que las Naciones Unidas había prohibido. La Federación Mundial ha reafirmado la prohibición. La Autoridad Lunar debe hacerla cumplir.

Una vez más Dagny perdió la concentración. Sus hijos selenitas no se mantenían del todo alejados de ella. Anson/Brandir hablaba de grandes obras a realizar, y en el caso Sigurd/Kaino los astilleros estaban entre ellas, naves espaciales para él y los que eran como él.

-... caso más notorio, en la Cordillera. Buscando establecer la política declarada por el gobernador general, se realizaron intentos por llegar a un acuerdo. -Al menos Sundaram no mencionaba las idas y venidas, las múltiples llamadas y faxes, el andar con cuidado, las fanfarronadas, las indagaciones, las evasivas, los retrasos, las atronadoras nubes tormentosas que se concentraban en sus cavernas, pero no, ésa no era la metáfora correcta en aquella tierra que nunca había conocido el viento...-. Al final se ordenó una misión al área en disputa.

De pronto, apareció la escena, colinas desnudas y agujereadas que se levantaban hacia montañas moteadas y acuchilladas por las sombras. La cámara, en el interior de uno de los dos grandes camiones, giró hasta enfocar hacia el este. La Tierra se encontraba en un cuarto

menguante justo sobre el horizonte. El sol resplandecía en el mediodía. La carretera, poco más que regolita alisada y no muy bien nivelada, subía durante kilómetros hasta el lugar donde habían parado. La cámara giró medio círculo y se detuvo, mirando al frente del vehículo. La carretera seguía hasta perderse entre el paisaje pedregoso. Pero allí, se alzaba un arco realizado con roca nativa, donde había una puerta de barras de metal, una puerta cerrada. Dagny recordaba bien ese portal. Ella y Edmond lo habían tenido que atravesar cuando fueron a ver los dominios de Brandir y lo que construían allí.

Hacía cuatro años de eso. Desde entonces, los noticiarios habían emitido de vez en cuando imágenes tomadas por satélite. Como otros en Selene, el complejo crecía mucho y con rapidez. Sus habitantes y obreros decían muy poco de lo que hacían en su interior. Los padres de Brandir habían aprendido a no preguntar.

En el exterior de la puerta había cuatro trajes espaciales. Colgados de los hombros, sobresaliendo sobre los equipos de soporte vital, había cosas con tubos. Tras las barras aguardaba el coche que les había traído, un evasor lunar, rápido y ágil.

La cámara hizo un zoom hacia las escafandras. Dagny no reconoció a tres de ellos. Uno era un hombre de su especie, calvo, fornido, fuerte. Dos eran jóvenes, hombre y mujer, evidentemente metamorfos... selenitas. El cuarto, el líder, era su Kaino. Su indisciplinado pelo rojo destacaba sobre el pardo paisaje pedregoso.

-Saludos -dijo la voz de Sundaram, convertida al inglés por una máquina. Se identificó-. Estoy al mando de este equipo de investigación, cuya llegada les ha sido notificada.

-Se les detectó desde lejos.-El inglés de Kaino normalmente no tenía tan marcada aquella entonación propia del lenguaje que su especie usaba entre ellos-. Saludo, y que su regreso a casa sea placentero.

Desde la cabina de control del vehículo se había apuntado otra cámara a Sundaram. La presentación se dividió en dos, él al lado izquierdo de la pantalla, los selenitas a la derecha. En general, en el centro de éste estaba Kaino, pero en ocasiones se trasladaba por entre sus compañeros, como para pillarles en algún acto indecoroso. Los dos selenitas permanecían inmóviles como panteras, el humano terrestre cambiaba de un pie a otro y fruncía el ceño. El mismo Kaino hacía gestos al hablar, como era su costumbre.

-Gracias -dijo con rigidez el coronel-. Asumo que nos llevarán al asentamiento. ¿Podemos empezar?

-No, sólo hemos venido a advertirles que no continúen. -¿Qué?

Dagny sospechaba que Sundaram manifestaba más sorpresa de la que sentía.

-Como sabrán por la visión desde lo alto, a partir de este punto, esta carretera se convierte en un túnel, dividiéndose en varios antes de que cualquiera de ellos salga a la superficie. Pronto perderían la ruta correcta.

-No si les seguimos. Kaino sonrió.

-Ah, pero no lo harán. Dije que habíamos venido a advertirles. Ahora nos iremos. -Se encogió de hombros al estilo de la Tierra-. Puede atravesar la puerta, sí. No sirve más que para marcar el límite. Pero no pueden igualar nuestra velocidad.

-Así que se niegan a guiarnos.

-Sí, ya sea a Zamok Vysoki o por él. -El castillo que se levantaba más allá ya era espectacular, pero Dagny sabía que debía de ser la punta del iceberg de una inmensidad subterránea, y lo habían apantallado contra cualquier instrumento.

-Soy agente de la Autoridad Lunar.

-Y éste es el dominio de lord Brandir y la dama Ivala, y yo soy su hermano que habla en su nombre.

-Dominio dijo Sundaram en voz baja-. Esa palabra indica muchas cosas sobre su actitud.

-No tenemos intenciones hostiles, coronel. No, déjeme aconsejarle que no proceda sin guía. No conoce los caminos seguros para transitar. Los mapas de satélite y la navegación inercial no indican ninguno de los peligros: pozos de grava, grietas, rocas partidas que cualquier trastorno podría hacer caer provocando un desprendimiento de tierra. Por su seguridad, le ruego que dé la vuelta.

-Esos peligros son exageraciones del... folclore.

-Parece usted conocer mejor este mundo antiguo que nosotros, sus habitantes.

-Si nos sucediese algo, ¿nos ayudarían?

-Respetamos la ley que convierte el abandono en un crimen de primera clase, pero no podemos prometer saber de sus problemas o poder ayudar si los conociésemos.

Sundaram hizo una pausa.

-Violan la ley ya mismo -dijo-. Lo que llevan son armas, ¿no? Kaino movió una mano.

-Dispositivos deportivos -contestó despreocupadamente. -No se parecen a ningún otro dispositivo deportivo que haya visto nunca.

-No. -Kaino puso cara de seriedad-. Se supone que en el espacio no debe haber armas, cierto, salvo pequeñas para propósitos policiales. Durante los años problemáticos pensamos que sería conveniente desarrollar mejores modelos. Todavía no estamos seguros de haber dejado esos años atrás. Parece adecuado seguir teniendo práctica con las armas. Pero nunca dispararíamos sin más contra un objetivo vivo.

-Eso dicen. -El agente permaneció sentado durante un tiempo. El amplio frontal enmarcaba su cabeza en la oscuridad.

-Déjeme hablar con su hermano -dijo-. Él... lord Brandir podría ser... más realista. Kaino sonrió.

-Puede llamar, claro. Si no responde nadie, le daré el código de sus habitaciones privadas. No sé si se encuentra en el castillo y está dispuesto a conversar.

-Sabe muy bien que estamos aquí-dijo Sundaram con dureza-. ¿Cuántos monitores ocultos tiene distribuidos por esta zona?

La presentación saltó los siguientes minutos. La conexión se había realizado por medio de un cable de transmisión bajo tierra. Apareció una cara en la pantalla de comunicación frente a Sundaram. En la pantalla que veía Dagny, reemplazó a la imagen de su hijo.

Ivala, que había sido bautizada como Stephana Tarnowski, era una belleza selenita, de cara tan blanca como Brandir pero con un pelo ámbar que le caía hasta los hombros, grandes ojos oblicuos de color avellana, rasgos delicados y finamente trazados. La iridiscencia jugaba sobre la ropa que cubría su esbeltez. A su espalda, una gigantesca orquídea florecía frente a una cortina carmesí. Dagny contuvo el aliento. Era la madre de su nieto y del de Edmond.

-Saludo. -La voz casi cantaba-. Lord Brandir está ausente... -¿Lo estaba?-pero él y yo somos uno.

Dagny admiró cómo Sundaram recuperaba con rapidez el control. -¿Es usted la dama Ivala? El placer es mío, madame. -Se identificó-. Estoy seguro de que comprende la naturaleza de nuestra misión. La mujer asintió.

-Inspeccionar todas las instalaciones y operaciones en Zamok Vysoki.

-Sí, exactamente. Hay personas en la puerta que obstruyen el paso. Por favor, indíqueles que nos ayuden.

Los labios de Ivala se curvaron hacia arriba.

-En nuestra conversación inicial, no juramos explícitamente colaborar.

Sundaram se puso tenso.

-Ahora la requerimos, por orden de la Autoridad Lunar. -¿Trae una orden de registro? -La risa se elevó-. ¿La Autoridad ha reconocido estas tierras como nuestras por derecho? Estoy encantada.

-No juegue con nosotros, madame. El timbre se hizo más frío.

-¿Entonces no debería, más que usar la palabra «inspeccionar», decir «invadir, interferir, amenazar»? Afirmamos nuestro derecho a negarnos a colaborar.

-Los tribunales no reconocerán esa reivindicación.

-¿Es usted abogado? -le pinchó ella.

-Soy agente de la ley, al que se le ha encomendado una labor que tiene toda la intención de cumplir. -Sundaram se detuvo de nuevo. Cuando volvió a hablar, fue con más calma-. Si no tiene nada ilegal que ocultar, ¿por qué se colocan en una situación como ésta? Permita que mi grupo realice su inspección y bien podríamos recomendar que recibiesen una concesión para regularizar su situación.

Los rasgos fluidos se solidificaron. -Violar la intimidad es una transgresión. Sundaram frunció el ceño.

-No entiendo.

-No, claro que no, ¿verdad?

-¿Se niega, su gente, a cooperar? ¿Se resistirían?

-Hay algunas preguntas que es mejor dejar sin respuesta, coronel -dijo Ivala.

La voz de Kaino se metió por medio.

-Antes de continuar, reclamo su atención. Hace un momento se interesó por nuestro equipo. ¿Le gustaría ver una demostración? Sundaram se sobresaltó allí donde estaba.

-¿De qué se trata?

-Una demostración. Quizá le interese, tratándose de un militar. Sundaram convirtió su rostro en una máscara.

-Sí dijo sin tono-. Me interesará, mucho.

La vista cambió al exterior. Con saltos de canguro, Kaino y sus seguidores se situaron en posición. Descolgaron las cosas que llevaban y abrieron fuego sobre la colina. En silencio, en silencio, un rifle automático cosió agujeros sobre el acantilado. Otro hizo saltar fragmentos de una roca, la hizo rodar, acelerándola con disparo tras disparo. Un cohete en miniatura salió volando, se produjo una erupción de luz, el polvo saltó como una fuente de un cráter recién creado de un metro de ancho. El cuarto instrumento se despertó y la escena se disolvió en centelleos y zumbidos, distorsionando los sistemas electrónicos.

Una vez aclarada y firme la imagen, Kaino se colocó de pie frente al cielo, con el arma en la mano, con la cabeza flamígera hacia atrás, riendo jovial.

La imagen regresó a Sundaram e Ivala. El oficial se mantenía sin expresión.

-Gracias --dijo-. Ha sido muy interesante..

-No creo que sus servicios posean nada similar -ronroneó ella.

-No. No anticipamos la necesidad de desarrollar armas de infantería para el espacio. Hasta ahora.

-¿Ahora? Pero si lo que han visto no era nada más que deporte. Sundaram miró directamente a la encantadora imagen.

-¿No nos amenaza?

-Por supuesto que no. -Su amabilidad se volvió seria-. Les advertimos.

-¿Contra qué?

-Contra lo imprevisible. Los acontecimientos se escapan con facilidad a todo control. ¿No es así? Le sugiero, coronel, que consulte con sus superiores. Hasta entonces, buen viaje. -El rostro desapareció.

Zhao se puso en pie y se dirigió a apagar la pantalla. No volvió a colocar la imagen de su hogar.

-No es necesario ver el resto -le dijo a Dagny-. Ya sabe usted lo que sucedió. Después de algún debate, el equipo recibió la orden de retirarse.

Ella asintió.

Él la miraba desde lo alto.

-Fue una orden mía directa -dijo-. No quiero provocar a los que tienen la cabeza caliente.

Ella le miró.

-Me pregunto si ésas no serán cabezas inhumanamente frías -contestó-. Pero gracias, Su Excelencia. Es usted un hombre sabio. Una sonrisa apareció y desapareció.

-Le agradezco el detalle. Es más, voy por la vida a tientas, como todo el mundo. -Más sombrío-: Debe admitir conmigo que no puedo permitir que este desafío sea pasado por alto.

-¿Qué puede usted hacer?

-Empiezo apelando a usted, madame. Ésos son sus hijos. Se la tiene en muy buena consideración en toda la Luna. Si les hace entrar en razón, me ocuparé de que no se presenten cargos.

Dagny sopesó las palabras.

-Le pregunté qué puede usted hacer. -¿Disculpe?

-No me prestarán atención a mí, o a mi marido, más de lo que cualquier hombre adulto con la cabeza en su sitio ha prestado jamás atención a sus padres. Probablemente menos.

Zhao volvió a sentarse frente a ella.

-No estoy convencido de ello. Usted es usted.

-Thank you. Pero tampoco esté convencido de lo que podría decirles. Todo esto implica un principio básico. -Dagny suspiró-. Sí, podría desear que fuesen más...

diplomáticos, políticos. Pero son lo que son. Debe entender el fondo del conflicto. Está intentando convertirlos en lo que no son, en lo que no pueden ser.

-Una misma ley para el león y el buey es opresión -recitó Zhao. Dagny lo miro inquisitiva.

-Eso escribió el poeta William Blake hace algunos siglos -le explicó. El respeto de Dagny por aquel hombre aumentó aún más-. Pero soy legislador para los bueyes -siguió diciendo-. Para la pobre y herida Tierra. ¿No siente compasión por nosotros?

Dagny sacudió la cabeza.

-La Tierra no es tan dependiente... Bien, no importa. No, no quiero ningún enfrentamiento, y menos un choque armado. Es de lunáticos. -No pretendía hacer un chiste-. Sólo le digo que para evitarlo tendrá que dar más de lo que reciba. Pero no más de lo que puede dar.

-Temo que ceder provocaría más abusos. ¿Qué sucederá en el futuro?

-No podemos controlarlo. Es una gran ilusión el que los seres humanos hayamos podido hacerlo alguna vez.

Él volvió a sonreír, un poco.

-Ahora es usted la que cita. Anson Guthrie.

-¿Por qué no? Fireball también es un factor vital. -Se inclinó hacia delante-. Escúcheme, por favor. Quiere que use mis buenos oficios para que Brandir ceda. Bien, no valen mucho para eso, y si valiesen, podría no emplearlos. Sin embargo, puedo y usaré cualquier influencia que tenga con Guthrie. Sin duda sabe que somos amigos íntimos. Él a su vez... pensará en algo. Una Selene estable también interesa a Fireball. Además, no dejaría que el fuego quemase a la gente cuando se puede apagar.

Zhao se sentó derecho de pronto.

-¿Puede él persuadirles para que obedezcan la ley?

-Creo que entre él y yo podemos hacerles llegar a un compromiso, si usted puede hacer que los políticos de la Federación lo acepten -contestó Dagny-. Tengo en mente algo como que los selenitas admitan al equipo de Sundaram. Luego, quizá acepten detener dos o tres proyectos no aprobados. -No mencionó que quizá los inspectores no encontrasen todo lo que había para encontrar y que una actividad interrumpida siempre podía iniciarse de nuevo-. Ustedes, la Federación, tendrían que hacer de antemano una promesa creíble, una concesión que les diese a ellos y a otros como ellos control sobre su territorio.

Zhao se mordió el labio.

-«Su» territorio. Propiedad privada, *de facto si* no *de jure.* No, algo peor. Un dominio feudal. Esos cuatro en la puerta formaban un destacamento de lo que puede considerarse un ejército privado. ¿Y qué hay de los otros selenitas? Una vez que se establezca el precedente, ¿qué querrán?

Dagny se resistió a la tentación de acercarse y tocarle la mano. -No se preocupe. Nunca tendrá matones selenitas uniformados manifestándose por ahí para intimidar a los votantes. No están más interesados en la política tal y como nosotros la entendemos que mis gatos. Es decir, si les afecta reaccionan, pero no es un juego que quieran jugar.

-Gatos. -Esta vez, Zhao sonrió con mayor facilidad-. Yo tengo periquitos.

Dagny le devolvió la sonrisa. -Me gustaría verlos.

-Será bien recibida. -Borró su sonrisa-. Pero usted tiene gatos. Decidió probar suerte.

-Well, ¿qué hay de mi propuesta?

-¿Qué consulte a Guthrie? Sí, me parece bien. En todo caso, no podría evitarlo. Más allá de ese punto, habrá que verlo. En el mejor de los casos, acordar los detalles será interminable y duro.

-Ajá. Y aparecerán sorpresas durante todo el proceso. Aun así, tenemos la esperanza de poder construir la torre de lanzamiento del esfuerzo de paz, ¿no?

-Debo reflexionar.

Era un hombre inteligente y amable, pensó. Casi con seguridad admitiría la necesidad de ceder terreno aunque preservando las formas. Probablemente podría persuadir a los de la Tierra. Claro, mantendría profundas dudas. Ella misma las tenía. ¿Qué había de las consecuencias a largo plazo?

Imposibles de prever. El futuro sólo podía tratarse a medida que se acercaba.

17

En un almacén subterráneo, Kenmuir vio otra puerta y se dirigió hacia ella.

-No, por ahí no -dijo Norton-. Eso te llevará otra vez a la calle. Por aquí.

Empujó un estante lleno de contenedores. Debía de actuar también como interruptor, porque una sección de la pared se desplazó. Se vio un pasillo, desnudo, mal iluminado y cubierto con plástico de un verde apagado. La mujer se metió dentro y él la siguió. Norton tocó un segundo interruptor y la entrada se cerró. El aire era frío y asfixiante. Olía a polvo.

-Vamos -le insistió.

Las dudas se transformaron en rebelión. Se detuvo. -¿De qué va todo esto?-exigió saber.

-Es nuestra salida. Si mi suposición es correcta, nuestra esperanza es que ellos asuman que fuimos por el otro lado, apantallados de alguna forma. Pero si permanecemos tan cerca, los detectores podrían vernos, ya sean de movimiento o por infrarrojos transmitidos a través de las paredes, y eso sería el final. Vamos.

Él negó con la cabeza.

-Quiero decir: ¿de qué va todo esto?

Ella le tiró del brazo. Le agarraba con fuerza.

-Kahubú, ¡muévete, idiot! Puede que sólo tengamos unos minutos.

Él se resistió.

-Te digo que no tan rápido. ¿De quién huimos? ¿Dónde me estoy metiendo y por qué?

Ella le soltó, se puso los puños a los lados y respiró nerviosa. El rostro pálido y sin expresión que le miraba contrastaba de forma misteriosa con la intensidad de la voz.

-¿Temes que se trate de algo criminal? Estamos al servicio de la dama Lilisaire, ¿no? ¿Alguien la ha acusado de hacer algo malo? -Bien, yo... ella...

-Estás pensando que la Autoridad de Paz no la investigaría sin razón, ¿no? Well, claro que hay una razón. Te lo contó, ¿no? Quiere detener el proyecto del Hábitat. ¿Desde cuándo ha negado el Pacto de la Federación a un ciudadano de una república miembro el tener una opinión política y trabajar en favor de ella? ¿Desde cuándo es un crimen buscar información? Hasta ahora, al menos, cualquier cosa ilegal ha estado en el otro lado. Sobre todo, si tengo razón sobre lo que te han hecho, Kenmuir. ¡Descubrámoslo y luego decidimos!

-¿Quieres decir...? -Buscó palabras. Era como una pesadilla de la que no podía despertar-. Una conspiración en el gobierno...

-No lo sé -respondió con crudeza-. Si nos quedamos aquí hasta que lleguen, nunca lo sabremos. Bien, yo me voy. Ven o quédate, lo que sea, pero no me retengas.

Lilisaire. Y la acción, casi cualquier acción era mejor que quedarse allí de pie, indefenso y perplejo. Incluso podría ser su deber cívico descubrir más y luego, según se ofreciesen las oportunidades, informar a la gente adecuada... quienes fuesen. La mujer se alejaba con pasos vigorosos. Él se decidió y la acompañó.

-Bien -dijo ella-. Suponía que serías ese tipo de hombre, o no te hubiesen elegido para esto.

¿El tipo de hombre para qué?

El pasillo se dividía en una T. Ella les llevó a la izquierda. Terminaba a poca distancia. Se pararon. El aire sabía enrarecido al respirar. Sentía cómo le corría el sudor por las costillas, más de lo que hubiese sido normal por la carrera.

-Espera aquí-le ordenó. Regresó la testarudez. -¿Por qué?

Ella suspiró.

-El túnel está apantallado. Le pedí a Juan, el camarero, que llamase pidiendo un coche apantallado a este punto. Cuando llegue, volveré a buscarte. Si te mueves rápido, quizá no te detecten. En todo caso, con suerte nos habremos ido antes de que lleguen aquí. -Abrió la salida, se deslizó por ella y se la cerró en la cara.

Él permaneció en su sitio temblando. Las preguntas formaban un remolino. ¿Apantallado? ¿Contra qué? ¿«Ellos? ¿Y por qué iban a perseguirle a él y no a ella?

Norton le había preguntado por cualquier cosa extraña que le hubiese sucedido en el viaje. Cuando se lo contó... ¡Un momento! Levantó las manos, como si quisiese apartar el horror. No, no podía ser, no debía ser. La mujer sufría alucinaciones. ¿En qué nido de dementes se había metido, y por qué no los habían curado hacía tiempo? Pero, pero Lilisaire había contratado a Norton. ¿No era así? Entonces Norton... ¿Usaría Lilisaire dementes para tratar asuntos que una persona cuerda no tocaría? No, no debía pensar así de ella, no. Y Norton parecía competente, quizá competente hasta ser aterradora...

Norton volvió. Tenía un tejido metálico sobre un brazo. ¿Había una risa bullendo bajo la urgencia del tono?

-Ya está aquí. Y te he traído esto. El viejo Iscah. Agudo como los dientes de un tiburón. Póntelo.

Tomó el objeto que le ofrecía y lo agitó. Lo que se desdobló era una especie de bata con una capucha, tejido con una fina malla en la que relucían nódulos sobre un reflejo oscuro.

-Apantallamiento portátil -le explicó Norton-. Ahora nada debería detectarte. E iremos en un coche normal, lo que no debería parecer sospechoso en ningún monitor. Iscah debe de haber llamado a alguien cercano que lo podía traer pronto. Conoce a gente por toda la ciudad. -Siguió riendo, penetrante por su voz de contralto. Él comprendió que ellá también se hallaba bajo una gran impresión.

Se puso la prenda sobre la cabeza. Colgaba suelta y ligera, hasta más o menos las pantorrillas. Cota de mallas, pensó; un anacronismo no más extraño que el resto de la noche. Norton lo llevó hasta un sótano vacío, y subieron por una escalera hasta una habitación vacía, iluminada sólo por la luz que entraba por las sucias ventanas. Una casa vacía, supuso, reservada para la huida ocasional o como escondrijo... ¿por quién? Salieron a la calle. El vehículo allí aparcado se parecía al taxi que había tomado, excepto por los desperfectos en la carrocería, y lo sombrío del interior. Al lado opuesto había una casa vecinal lúgubre. Dos de sus ventanas relucían con un brillo frío y azulado. Kenmuir se preguntó quién viviría allí.

Tres luciérnagas pasaron volando de un lado a otro sobre los tejados. Norton las miró.

-Los perseguidores quizá ya nos estén buscando -dijo-. No tenemos mucho tiempo.

¿Detectarían la ropa de Kenmuir y bajarían a investigar? Se apresuró a entrar. Norton lo hizo inmediatamente después.

-Listo -le dijo al coche, y éste arrancó.

Kenmuir volvió el cuello para mirar atrás. Las luciérnagas se quedaron allí. Con un rápido aviso, sobre un territorio que no conocían, no importaba lo bien equipada que estuviese, una brigada no podía identificarlo todo al instante. No era como si pudiesen utilizar todos los recursos del cibercosmos. Sintió alivio.

¿Debería sentirse aliviado?, se preguntó. Si le hubiesen visto y detenido, ¿no habría sido realmente un rescate?

Se dejó caer sobre el asiento, forzando con su voluntad que su pulso disminuyese, contando de nuevo sus razones para hacer lo que hacía. Norton estaba sentada a su lado, igualmente inmóvil. Las luces que pasaban a su lado iluminaban brevemente la falsa cara, y luego la dejaban una vez más en una oscuridad incómoda.

-¿A dónde nos dirigimos?-preguntó al fin con esfuerzo. -Supongo que al laboratorio de Iscah-le contestó con el mismo monotono. Se dirigió al coche-: ¿Es correcto?

-No tengo esa información, y tampoco puedo revelar la dirección-respondió.

Se encogió de hombros y se volvió hacia Kenmuir.

-Todo lo que pude decirle a Juan fue que llamase a Iscah y que le dijese que esto parecía una emergencia, que tenía a alguien conmigo que podría estar radiando, y que iríamos al sitio en Pico con la esperanza de que pudiese enviar un transporte apantallado. -Dejó caer la cabeza-. Si hubiésemos esperado hasta la mañana y no hubiese venido nada, no sé qué habría podido hacer. -Levantó la cabeza, las palabras recuperaron algo de color-. Hubiese pensando en algo.

-Puertas ocultas, túneles apantallados, transportes apantallados -dijo él lentamente-. Estás muy familiarizada con todo esto, con toda esta red subterránea, ¿no?

-En realidad no. -Lo miró durante un rato antes de continuar-. No realizo ninguna operación ilícita. Ni estoy implicada en ningún movimiento revolucionario o cualquier otra pupule... tontería. Nadie a quien conozco lo está. Es sólo que trabajo con metamorfos. Aquí no, sino que el trabajo me trae aquí de vez en cuando, y me ha llevado a conocer a algunas de estas personas.

Hizo una pausa. Al seguir hablando, la voz contenía más emoción.

-Los metamorfos de la Tierra... tienen un duro destino. Prejuicios, discriminación, y hay poco que el Estado pueda hacer para ayudarles, porque de hecho no encajan. No pueden encajar. Piensa en cómo los selenitas, los afortunados, tampoco encajan.

Una vez más guardó silencio. Él esperó. Los viajeros espaciales aprendían a ser pacientes.

-Forman sus organizaciones, sus sociedades... incluso culturas, o gérmenes de culturas -siguió diciendo-. Sí, parte de lo que hacen es ilegal, pero cualquier víctima es por lo general otro metamorfo, y a menudo no hay víctimas, es una cuestión de ayudarse los unos a los otros hacia una vida que sea mejor para su especie. La mayoría de los distintos líderes intentan formar una... comunidad, una forma en que todos los metamorfos puedan cooperar, abierta y legalmente. No es fácil, no se ha progresado mucho, y podría ser imposible, pero hay que intentarlo, ¿no? En eso he estado trabajando, en nombre de mi gente. -Él se preguntó si ella misma, bajo la máscara, sería una alteración. ¿De qué estirpe? Si no era así, ¿a qué nivel se identificaba con una de esas especies, y con cuál?-. Me ha llevado a lugares extraños, sí, me han iniciado en ciertos secretos, porque necesitaba la información para poder volver a casa y proponer a mi gente el mejor curso de acción. No me preguntes demasiado.

-Tengo que preguntar algunas cosas -dijo-. Tú has reaccionado con rapidez. Están muy bien preparados para reaccionar contra las... acciones oficiales. No me suena muy legal.

-Admito que algunas actividades son secretas -contestó-. Nosotros, los líderes con los que he tratado, intentamos eliminarlas, pero mientras tanto, tenemos que colaborar con los... puedes llamarles jefes de banda si insistes, pero la verdad es que sus seguidores, personas decentes y normales, confían en ellos. -Después de otro silencio-: Las guerras de bandas casi han terminado por completo. Y las persecuciones directas y los ataques en masa llevados a cabo por humanos genéticamente puros. Pero la historia de los metamorfos recuerda, y enseña a los metamorfos a estar preparados.

También, pensó, el mantenimiento de la protección y la estructura comunal eran factores morales muy importantes por sí mismos, dando cohesión, esperanza y sentido a la vida. Fireball...

Norton se hundió en el asiento.

-Please, estoy agotada -susurró-. ¿Podemos descansar durante un rato?

Sintió compasión.

-Claro. -Sintió cómo sus propios huesos se volvían líquidos. El coche siguió moviéndose, kilómetro tras kilómetro, en general, por entre la oscuridad y las ruinas. Después de un rato, Kenmuir se obligó a dejar de mirar la hora.

Norton estaba apoyada contra la esquina, con los ojos cerrados, quizá dornúda. Se había ajustado el poncho, revelando una buena figura. Una persona asombrosa, formidable, pero él tenía la sensación ilógica de una vulnerabilidad interior. ¿Por qué estaba metida en aquella causa sin esperanza? ¿Por unas criaturas, fuesen cuales fuesen? No podía ser sólo eso. ¿Qué le había prometido Lilisaire?

¿Qué le había prometido realmente Lilisaire a él?

La parada lo sacó de golpe de su oscuridad interior, de vuelta al mundo exterior. Norton se sentó.

-Supongo que hemos llegado -dijo. Había ansia en las palabras. Al abrirse el vehículo, ella salió con agilidad, con toda su energía recuperada. Era joven, decidió Kenmuir. Él mismo se sentía agarrotado y congelado. Cincuenta y cinco años no era ser viejo, al menos no en esa era, pero probablemente los años agotaban el espíritu tanto como en el pasado. La siguió.

El resplandor sobre las paredes le indicó un asentamiento no muy alejado. Sin duda, los edificios que tenía frente a él tomaban ¡legalmente la electricidad y el agua. Las ventanas estaban cubiertas por planchas de acero, la fachada de ladrillo parecía estar en buenas condiciones, por lo que podía ver en la oscuridad, pero los edificios vecinos estaban vacíos y uno era un montón de escombros.

Norton fue hacia la puerta con una vacilación súbita que no se debía a la falta de visibilidad.

-Nunca he estado aquí -admitió-. Sólo lo he visto una vez, en una... una conferencia de la organización, y oí un poco de lo que hace. Diversos trabajos técnicos. -Para gente que quizá no podía permitirse un servicio regular, o quizá no desease que el trabajo se conociese, pensó Kenmuir-. Carfax... el agente de Lilisaire que me examinó, mencionó su nombre entre los posibles contactos.

Sí, pensó Kenmuir, la Guardiana tenía más agentes en la Tierra que Norton, algunos de ellos probablemente más activos que ella. Él tenía toda la impresión de que aquélla era su primera misión para la selenita, porque resultaba ser la mejor cualificada dadas las circunstancias. ¿O porqué era la que tenía mayores motivaciones...? Pero los otros reunían la información que podían, información de todo tipo que, concebiblemente, podría llegar a ser útil algún día. La mayoría se referiría a la Heterosfera, donde había muchos servicios y vidas fuera de la norma...

La puerta se abrió. La luz salió rodeando la forma de una titán hembra. Les hizo un gesto para que pasasen, y cerró la puerta.

La sala de entrada parecía demasiado pequeña para ella. Pero si tenías en cuenta la anchura exigida por la masa, era una mujer hermosa, evidentemente de descendencia del Oriente Próximo, vestida adecuadamente con una blusa y pantalones de tartán. Un cuchillo a la cintura, con empuñadura que protegía los nudillos, era la única característica que desentonaba. Cuando habló, la voz grave sonó educada y bastante femenina.

-Welcome, miss Tam y sir. ¿Ha ido todo bien?

¿Tam? Kenmuir miró a Norton. Sí, tendría que haberle dado su nombre real al camarero, o éste no habría cooperado.

-Por lo que he podido ver, hemos escapado sin ser detectados -contestó.

-Very well. ¿Le gustaría quitarse ese abrigo, sir? La casa está completamente aislada y apantallada. -La titán ayudó a Kenmuir a quitarse la prenda mientras añadía-: Mi nombre es Soraya. Please, síganme. -Dejó la malla sobre una silla y entró en un pasillo, tan usado que el viejo suelo de madera apenas hacía ruido. Pero lo sentía estremecerse.

Al fondo de la casa, una puerta moderna se abrió. La cámara al otro lado también pertenecía al presente, aunque estaba atestada. Debían de haber demolido varias habitaciones para crear un espacio tan grande. El techo resplandecía blanco sobre estantes, armarios, bancos, consolas, aparatos de física, química, biología, medicina, computación y cosas que Kenmuir no pudo reconocer. A pesar del sistema de ventilación, el aire olía ligeramente acre, olores de lo que sucedía allí. Algo hacía tictac de fondo.

Un hombre se levantó de una terminal de ordenador. Era un quimi, carente totalmente de pelo, con la piel de un negro obsidiana. El cuerpo esbelto, el cráneo y la cara largos, los pálidos ojos nórdicos.

Vestía poco más que una bata sobre camisa y calzas, pero de alguna forma eso le hacía parecer imperial. Pero habló en voz baja, con una voz aguda.

-Good afternoon, miss y sir. ¿Desean sentarse? -Señaló unos taburetes altos. Estaba claro que no iba a darles la mano, inclinarse o saludarles de ninguna otra forma-. ¿Desean tomar café?

-Thank you, no -dijo Norton-. Estoy demasiado nerviosa. -Se volvió hacia Kenmuir-. ¿Tú?

-Yo tampoco -contestó, muy sinceramente. Algo húmedo le hubiese venido muy bien, por lo seca que tenía la boca, pero no quería retrasar más el asunto y se preguntó, además, si podría realmente tragar algo. El cansancio se había convertido en tensión. Como Norton, se sentó. Soraya se quedó a sus espaldas.

-Soy Iscah. -Frente a ellos, el hombre cruzó los brazos, se inclinó sobre un banco de laboratorio y habló metódicamente-. Asumo que usted, miss, es Alice Tam, también conocida como Aleka Kame. Es prudente asegurarse. ¿Haría el favor de quitarse la máscara? Soraya la ayudará.

Norton-no, ¿Tam?-vaciló por un instante, luego asintió. -Bien podría hacerlo, supongo. -Acompañó a la titán por un sendero laberíntico hasta una camilla médica y un mostrador.

-Es igualmente seguro desde su punto de vista -comentó Iscah al pasar-. Si realizan preguntas entre los parroquianos del Asilo, obtendrán una descripción suya con el disfraz. Asumo que no encontrarán ninguna razón para relacionarla con la persona real... -sonrió- en la medida en que «real» tenga algún sentido en este contexto.

Librodot

-Oh, soy Aleka, vale. -Miró por encima del hombro-. Al menos lo era la última vez que miré. -El desesperado intento de hacer un chiste conmovió a Kenmuir.

Iscah se centró en él.

-¿Cómo debo llamarle, sir?-preguntó.

El astronauta lo pensó. ¡Qué Q!, él no era un personaje en un thriller histórico de la multi, con la exigencia de actuar de forma misteriosa. Dijo su nombre y profesión.

-Y me gustaría saber de qué va todo este lío -añadió. La dureza le sorprendió. No era su estilo normal.

Iscah permaneció impasible.

-Compartimos ese deseo. Intentemos comprender. ¿Qué me puede decir de la situación, capitán?

Kenmuir tragó saliva. ¿Qué debía decirle, en aquel antro de lo grotesco?

-Adelante erijo la mujer que se hacía llamar Aleka-. No hay nada de qué avergonzarse. -Después añadió-: Y no actuará a ciegas, ¿verdad, Iscah? Además, sospecho que revelar el asunto molestará a esos bastardos.

En esto por un penique, en esto por una libra, pensó Kenmuir, remontándose a libros que tenían ya siglos y que le habían aliviado ciclodías en el espacio. Pero... sonrió con arrepentimiento.

-Me temo que tengo poco que decir-dijo. Es más, con unas pocas frases contó su historia-. A pesar de la animosidad de Lilisaire contra la Federación, no tenía ni idea de que la policía fuese consciente de mi existencia hasta que la señorita Nor... Tam me hizo salir.

-Animosidad -murmuró Iscah-. Me puede gustar un hombre que usa palabras de ese tipo.

-Tampoco tengo deseos de convertirme en un fugitivo -afirmó Kenmuir-. Si el gobierno intenta detener este asunto, debe de tener una razón.

-¿Necesariamente una buena razón? -retumbó Soraya. Sacó instrumentos de una caja.

-Primero recojamos los datos que podamos -dijo Iscah. Se levantó y caminó-. Por aquí, please.

Había equipo electrónico por toda una pared. Kenmuir reconoció el primer objeto que recogió Iscah, un escáner de campo magnético. No podía ver la lectura mientras se movía sobre su pecho, y el rostro de medianoche de Iscah se había quedado sin expresión. Al otro lado de la habitación, Soraya trabajaba con una delicadeza increíble en aquellas manos gigantes, separando la piel de la máscara viva de la piel de Aleka. Podías hacerlo solo, y sin duda Aleka así lo había hecho, pero quitársela sin ayuda llevaba mucho tiempo si no querías dañar el delicado organismo.

Una pareja peculiar, pensó Kenmuir. Una titán, alterada genéticamente para tener fuerza y resistencia, creada como fuerza de infantería para penetrar allí donde no podían penetrar las máquinas de guerra; un quimi, resistente frente a la radiación y la contaminación que matarían o enfermarían a un humano normal; ambos descendientes de unos pocos antepasados creados por ingeniería genética para lidiar con circunstancias que hacía tiempo habían desaparecido junto con los gobiernos y los fanatismos que los habían necesitado. Seres obsoletos, carentes de propósito, más que el que podían ellos mismos dar a sus vidas. Él apenas podía imaginar cuál sería. Estaba claro que Soraya era algo más que una guardaespaldas. ¿Era Iscah algo más que un técnico? ¿Podrían incluso ser amantes? Al principio, la idea parecía depravada, luego conmovedora, finalmente, trágica.

Varios instrumentos se habían ocupado de recorrer su persona. Iscah dejó el último de ellos, retrocedió y asintió.

-Tenía usted razón, miss Tam -dijo, todavía imperturbable-. Lleva un espía.

La idea apenas había tocado la mente de Kenmuir. La afirmación le golpeó como un puñetazo. Trató de recuperar el aliento.

-¡No, es imposible! -gritó-. ¿Cómo podría alguien... no? La mirada de color hielo se posó sobre él.

-Déjeme explicárselo -dijo Iscah-. No es una técnica pública, pero parte de mi negocio consiste en saber cosas así. Se le introdujo un conjunto de ensambladores moleculares. Puede considerarlo como un seudovirus. Evidentemente, el servidor en el salón lo puso en la bebida que le dio. Una sola gota de líquido sería más que suficiente para contener toda la nanomasa necesaria. Supongo que la dosis estaba dentro en un dedo sustituido. ¿Después se sintió ligeramente enfermo y algo febril...? Eso pensaba. El seudovirus tomaba material de su torrente sanguíneo para multiplicarse. Cuando creó suficientes ensambladores, se pusieron a trabajar, una vez más empleando materiales de su cuerpo: carbono, hierro, calcio... No le aburriré con la lista. El proceso era inofensivo *per se,* porque el dispositivo que construyeron tiene una masa menor que un gramo, cuidadosamente entrelazado con el peritoneo, cerca del diafragma, y usa menos de un microvatio del metabolismo de las células circundantes. En esencia, es un circuito controlado por un ordenador simple con un programa ya establecido, aunque también incluye un transpondedor para las vibraciones de rango sónico.

-No conocía esos detalles -dijo Aleka. La voz estaba un poco apagada por la piel que le sacaban de la cabeza-. Simplemente había visto informes de seguidores implantados en gente y animales con propósitos científicos, y el agente de Lilisaire me advirtió que podía hacerse de forma clandestina.

Sí, se le ocurrió a Kenmuir. Lilisaire tendría en cuenta esa posibilidad. Un truco que ella misma emplearía con gusto.

-Esa cosa no puede radiar... lo suficiente para que se distinga a distancia... sobre el ruido de fondo -protestó.

-No, no -contestó Iscah-. Lo que hace es detectar una línea normal de transmisión que esté cerca, lo que implica casi cualquier lugar de la Tierra, y pincharla con una microseñal, una modulación superpuesta. Se necesita equipo especial para recuperar, amplificar e interpretar un efecto tan débil; pero el cibercosmos no carece de equipo especial. De esa forma, sigue sus movimientos, incluso desde el aire, porque todo vehículo debe mantenerse siempre en contacto con Control de Tráfico. Y envía lo que dice. Y para escuchar lo que oye, ha establecido una línea con su canal auditivo, una fibra submicroscopica, se lo aseguro. Las interrupciones de la vigilancia serán accidentales y transitorias, a menos que se preparen deliberadamente, como hemos hecho con usted.

La furia estalló en Kenmuir. De pronto creyó entender lo que significaba que te violasen. No es que hubiese dicho o hecho nada íntimo en los días anteriores. ¡Pero aun así!

Vagamente, escuchó cómo Iscah meditaba en voz alta.

-Me pregunto si el espía pudo fisgar en usted cuando estaba en el interior de la Mansión Guthrie. He oído que ese sitio está bien apantaIlado, y ha mencionado que se le dejó una línea segura para pedir más

instrucciones. Es de suponer que el número al que llamó activó también un programa de derivación. Aun así, le sugiero que tenga en cuenta la posibilidad de que ahora el agente de Lilisaire sea conocido.

-Es una violación de los derechos del Pacto -dijo Kenmuir ahogándose-. Yo no di mi consentimiento. Voy a ir directamente al defensor más cercano... -Se sofocó con sus propias palabras.

-¿Y qué? -preguntó sardónico Iscah-. ¿Espera que se busque y castigue al malhechor? Son agentes del gobierno, recuerde. -¿Porqué? ¿Por qué?

-El secreto debe de ser muy importante -dijo Aleka-. Lo que implica que Lilisaire tiene razón sobre su valor.

Ya sin la máscara, se acercó hasta los hombres. Kenmuir la miró fijamente. También se había quitado el poncho, dejando al descubierto un cuerpo de músculos duros bajo espectaculares curvas, vestido con una túnica simple y pantalones. Los rasgos eran casi igualmente llamativos. Era como si cada línea de sangre de la Tierra se hubiese fusionado, de forma armoniosa y vibrante. Claro está, cualquiera que pagase por bioescul podía tener el rostro que desease, pero estaba seguro de que el de ella era natural. Sólo la naturaleza tenía la originalidad para crear todas las pequeñas irregularidades y rasgos únicos que le daban tanta vida.

-¿Qué vas a hacer para que se haga justicia? -le desafió. Perdió toda la energía. Dejó caer los hombros.

-¿Qué puedo hacer? -murmuró-. Estoy marcado. Un médico tendría que sacarme esta cosa.

-Eso requeriría al menos un día, probablemente más, en una clínica donde tengan mejoras curativas -dijo Iscah-. Yo no lo tengo, e ir allí sería como entregarse. Por suerte, puedo montar un resonador que quemará el circuito sobrecargándolo. No le producirá ningún daño significativo, considerando lo bajos que son los niveles de energía. Cualquier incomodidad será breve y ligera. Más tarde, cuando le sea conveniente, podrá someterse a cirugía. Yo, la verdad, no me tomaría la molestia. Los restos estarán inertes y no se apreciarán.

Reconfortado, Kenmuir se puso derecho. -¿Entonces qué?

-Hablaremos de eso -dijo Aleka-. Ustedes dos nos ayudarán, ¿no?

Soraya se unió a ellos.

-Claro que lo haremos -resonó sobre sus cabezas como un trueno de verano.

-¿Por qué? -dijo Kenmuir vacilante. Iscah lanzó una carcajada reseca.

-A su debido tiempo, le presentaré a la dama Lilisaire una sustanciosa factura.

-No, me refiero al riesgo...

-Aquí ya vivimos con el riesgo -dijo Soraya con tranquilidad-. Tengo la sensación de que esta apuesta vale mucho la pena.

-¿Lo vale? -se preguntó Kenmuir-. ¿Qué puede ganar usted, su gente?

-Quizá nada. Quizá mucho. Ya veremos.

Él miro a los ojos de todos ellos. La furia le había abandonado, excepto como un núcleo helado muy en su interior. Se sentía confuso, era un hombre de paz, y las dudas volvían a renacer.

-No pueden realmente considerar la idea de... derrocar a la Federación. No están ustedes locos. Y yo, yo no participaría. Puede que después de todo, haya una excelente razón para mantener el secreto.

-En ese caso -dijo Aleka-, podrían habértelo dicho con sinceridad po'e. Hay mucha información cuya divulgación no se permite, pero todos saben por qué. Por ejemplo, cómo

alterar a un robot conductor para hacer que el vehículo choque contra un objetivo. Pero no, penetraron en ti, por hacer preguntas perfectamente legítimas, antes de que siquiera empezases a hacerlas. -Permaneció en silencio un momento. El tictac oculto parecía más alto que antes-. Yo tampoco deseo la anarquía. -Bajó la voz-. Pero creo que nos hemos topado con una conspiración criminal.

-¿Y nosotros solos nos enfrentaremos a ella? -se mofó él.

Ella se acercó y le tomó las dos manos. Eran cálidas y firmes; tenía algunas callosidades.

-Escucha, te lo ruego. Quizá, en algún momento, debamos ir a las autoridades competentes. Pero ¿quiénes son? ¿Qué podemos demostrar? Que fuiste espiado... por alguien a quien no podemos en contrar. Alguien con una posición lo suficientemente alta como para golpearnos y luego enterrar la historia. Necesitamos más información ante de salir a la superficie. Creo que sé dónde y cómo buscarla. Al menos acompáñame hasta ahí, Kenmuir. Eres un hombre, un hombre libre. ¡Ven!

Libertad, Lilisaire y una recuperada sensación de ultraje por vengar. Si le habían hecho eso a él, ¿qué podrían hacerle a otros? Retrocedió en su mente por la historia, recordando terrores que podrían haberse evitado al parecer pero que, sin embargo, habían crecido y

crecido. ¿Qué había dicho Burke? «Lo único necesario para el triunfo del mal es que los hombres buenos no hagan nada.» Algo similar.

¿Se habían encontrado realmente con el mal? ¿Cómo podría llegar a saberlo sin intentar descubrir la verdad? Si podía. Aleka creía que era posible, y ella tenía más información que él, y...

-Muy bien -se oyó decir, y vio la alegría estallar frente a él-. Por un tiempo, reservándome el derecho a irme cuando quiera.

... y, la carcajada de un demonio resonó en su cabeza, se sentía infernalmente curioso por ese secreto que se remontaba a los remotos orígenes del mundo de Lilisaire.

Librodot

18
La madre de la Luna

Lars Rydberg pronto se había acostumbrado a sentirse en casa cuando iba a visitar a su madre y su padrastro, más que en cualquier otro lugar, incluyendo a la anciana pareja que le había criado y le había dado amor. Los Beynac eran gente del espacio, gente de Fireball. Las misiones que le apartaban de ellos, por lo que rara vez los veía en carne y hueso, también le unían a ellos.

En aquella ocasión, la gran pantalla del salón reproducía una grabación del Archipiélago de Estocolmo. En la Tierra, su gran placer era navegar. Las olas bailaban y rielaban por entre los islotes; el viento agitaba las copas de los árboles, hacía que las nubes corrieran por el cielo azul y sobre los barcos que bailaban bajo el cielo. Los sonidos eran suaves, murmullos y silbidos. El ciclo de aire se había establecido en un aroma de sal y luz solar para unirse a los perfumes de las flores de Dagny. Ella quería alegrarle. Hoy todos lo necesitaban.

Más o menos todo había salido como ella quería, desde el momento en que le había dado la bienvenida. Cierto, rara vez sonreía, pero siempre había sido solemne y poco dado a demostrar sus sentimientos. En ese momento estaban sentados con bebidas, escuchándole hablar de su último viaje. En total eran cuatro. Jinann, la más joven, todavía vivía allí.

-... nada especial en el viaje de ida -dijo-. El habitual vuelo largo y aburrido.

-Pero nos dijiste que era urgente -le interrumpió Jinann-. ¿Porqué no fuiste aun g durante todo el viaje?

Jinann sabía menos de esas cosas de lo que era habitual entre los habitantes de la Luna. Se interesaba por el arte, especialmente los trabajos de joyería con los que empezaba a ganarse bien la vida, por los hombres, una serie de tormentosas relaciones; y, paradójicamente, por la búsqueda de la verdad y el sentido. A pesar de todo eso, se mantenía más cerca de sus padres que el resto de la prole y era la que tenía el aspecto más terrestre; a los veinticuatro parecía una joven Dagny Ebbesen.

La mirada de Rydberg fue discreta pero inconfundiblemente agradable.

-Con tanta masa, el coste del combustible hubiese sido ridículo considerando el tiempo que se hubiese ahorrado.

Dagny recordó los últimos cambios del lenguaje. «Combustible» ya no significaba simplemente antimateria, sino también el material de eyección que ardía como una antorcha. Aunque estaban apareciendo capacidades mucho mejores, también debía recordar que la cosa iba muy lenta, que el capital invertido en naves más antiguas no podía simplemente tirarse a la basura... Pensaba con palabras de Guthrie. Sintió una puñalada de dolor.

Volvió a concentrarse en Rydberg.

-... y teníamos peso total constante una vez que hicimos girar el casco.

Los ojos de Jinann se abrieron aún más. Al sentarse más recta, su pelo pasó como una llama sobre la imagen de nubes y agua.

-Sí, ¿una nave araña? Son una verdadera belleza. He tenido la idea de diseñar un broche con esa forma, con un minimotor para hacerla girar, pero le faltaría un universo alrededor.

-¿Te gustaría ver la nuestra? -preguntó Rydberg. Bajo su actitud reservada, pensó Dagny, sentía más por la gente de lo que dejaba traslucir, o quizá de lo que sabía-. Si voy a

enseñarte mis imágenes, bien podemos empezar por ésa. Es un están estándar, lo habrás visto igual cientos de veces. Pero es... alegre.

-Nos vendría bien algo de alegría, maldición -gruñó Edmond Beynac. Alargó la mano y la cerró sobre la de Dagny.

-Calla -le murmuró. No fuese a romper la frágil atmósfera de la sala. Por otra parte, su preocupación le alegró ligeramente el corazón.

Él también sentía la pérdida... ¿quién no la sentía...? pero sabía lo profunda que era para ella.

Rydberg mantuvo un tono neutro.

-Una nave grande envía de forma rutinaria un analizador para observarla desde fuera, para suplementar sus instrumentos y sensores, asegurándose así de que todo esté en orden.

El espacio no perdonaba, pensó Dagny. Los recuerdos repasaron los años, los muertos y los que habían estado a punto de morir. Rydberg se sacó un banco de datos de bolsillo de la túnica y activó la pantalla multiceptor. Ante ellos apareció lo que un diminuto robot había grabado mientras volaba por ahí. La distancia aumentó, el casco se convirtió en una lágrima entre la oscuridad y la frialdad de las estrellas; los cuatro cables de fulerenos, cada uno extendiéndose un kilómetro desde su cintura, formaban una tela de araña y las cápsulas en sus extremos eran unos centelleos. Giraban como la aguja pequeña en un viejo reloj, midiendo el tiempo mientras caían por entre los planetas.

-Maravilloso.

Rydberg sonrió un poco.

-Algo menos maravilloso es vivir en ella.

Acercó la imagen, rotando sincrónicamente. Un hombre descendía, radialmente hacia el exterior, por medio de travesaños en el tubo flexible de aire que estaba situado junto al cable. La cámara lo siguió hasta una cápsula, en la que entró. Otra escena sucedió a la anterior, mostrando la zona habitable reducida y estrecha.

-Aquí estoy yo. -Había pocas instalaciones para hobbies. Rydberg en la imagen estaba sentado frente a un banco de trabajo, empleando diversas herramientas para tallar a mano un trozo de madera. El plano se centró en el diseño, hojas y vides entrelazadas-. Será el friso de un armario que construiré en la Tierra.

-Ah, ¿para tu casa allí?-preguntó Beynac.

-Para el hogar que espero tener allí -suspiró Rydberg-. Estoy cansado de los apartamentos.

Sí, pensó Dagny, no le quedaban muchos años en el espacio. Si empezabas siendo joven, acababas medio joven. No importaban los tratamientos médicos para la longevidad, ni siquiera los avances robóticos que hacían que la lentitud y fragilidad humanas fuesen casi irrelevantes. Más allá de cierto punto, ninguna biotecnología podía compensar los daños acumulados por radiación. Algún día se perfeccionaría una pantalla electromagnética, para desviar los rayos cósmicos y el viento solar. Cincuenta años era la edad habitual para dejarlo, para asegurar una vida normal y saludable después. Ya tenía algún pelo blanco... Tenía mucha menos importancia que el de 'Mond estuviese casi blanco, mientras que el de ella seguía siendo rojo, no tanto por vanidad como por desafío. Habían pasado la mayor parte de sus vidas en el interior de la Luna, mucho mejor protegidos.

Volvió a mirar la escena. Quien la hubiese estado grabando, sin duda por petición de alguien, se retiró para abarcar un campo mayor. Apareció una mujer atractiva detrás de Rydberg, se inclinó para ver qué hacía y le puso una mano sobre el hombro.

-Mm, ésa es Leota Mannion, de Norteamérica, una de las ingenieros que llevábamos-dijo un poco demasiado deprisa.

Dagny se alegró.

-Es muy amigable -señaló. Rydberg apartó la vista. -Bien, en una misión larga...

¿Una posible esposa para él? Realmente debería empezar pronto a tener hijos. Sobre todo siendo astronauta. Dagny no estaba convencida de que los nanorreparadores pudiesen arreglar por completo un ADN mutado. No es que ella y 'Mond no estuviesen teniendo nietos y no esperasen más -de Brandir y sus dos esposas, de Verdea y Zarenn (antes Jiang Xi) con el que se había casado en una extraña ceremonia, de Kaino en su comuna (aunque allí sería preciso un análisis genético para saber quién era el padre de quién, aunque a nadie parecía importarle), de Temerir y su colega Hylia (antes Olga Vuolainen), y quizá de Fia y Jinann en el futuro... Pero Lars era el humano de la Tierra.

Estaría bien que tuviese una esposa de Norteamérica. Claro está, cada vez había más gente en el país que tenía la opinión de que la república constitucional no estaba tratando bien los problemas. Pero podías mudarte al extranjero si era necesario. Aunque Lars ya no era exactamente joven, tampoco era demasiado viejo para empezar de nuevo. Todavía le quedaba mucha vida por delante, unos setenta y cinco años estimados si seguía el programa médico y no sufría ningún accidente...

¡Oh, si Tanso hubiese nacido más tarde y se hubiese podido beneficiar del tratamiento completo y tener al menos ese tiempo extra! Pero en ese caso, todo habría sido diferente, Dagny nunca le hubiese conocido, es más, nunca hubiese existido...

Parpadeó para lavar las lágrimas y escuchó lo que decía Jinann.

-¿Realmente en un viaje os apartáis de todo? ¿Sin darle al viaje espacio para samadhi?

El típico afán de la juventud, pensó Dagny. Una ligera y confortadora sonrisa apareció en sus labios. Jinann había sido budista, después de ser cosmocista; últimamente vagaba y meditaba a solas bajo las estrellas de Selene. ¿Sería algún día la profeta de su especie?

-Ya tenemos suficiente del universo en el trabajo -dijo Rydberg-. Aquí está el final del viaje, más allá de la órbita de Saturno. La cámara había registrado un pequeño cometa. Al principio no parecía muy impresionante, más bien bastante feo, un montón oscuro y basto sobre el glorioso fondo de la galaxia. Cuando la secuencia se acercó, comprendías con los sentidos así como con la mente que «pequeño» tenía otro sentido en aquellas profundidades: muchos miles de millones de toneladas de roca, gases congelados, y hielo, hielo. La imagen recorrió la superficie agujereada hasta el conjunto de obras humanas. Lo que los robots habían construido para los ingenieros tampoco era pequeño. Esos edificios, máquinas y altas estructuras hubiesen destacado sobre cualquier paisaje.

La imagen se detuvo. Rydberg activó un puntero para mostrar dónde las vigas se torcían o retorcían.

-Se puede ver cómo los cimientos han cedido bajo la masa-dijo. Un daño que excedía la capacidad de reparación del sistema o sus asistentes mecánicos-. Probablemente recordéis de las noticias que lo produjo un temblor intenso, causado por la tensión continuada de la reacción.

-Les dije a esos malditos idiotas desde el principio que debían estudiar el interior del cometa a fondo antes de empezar a construir. Téte de *merde!*

Librodot

-Bien, fue una apuesta, como diría Leota Mannion -contestó Rydberg, principalmente para beneficio de Jinann-. A su distancia original, más análisis hubiesen requerido años de tiempo muy caro. Mientras tanto, su posición se hubiese hecho cada vez menos favorable hasta que la ventana de oportunidad se hubiese cerrado. La decisión fue seguir basándose en lo que parecían unos conocimientos razonablemente buenos, y empezar a dirigirlo hacia el Sol.

-Lo sé, lo sé -gruñó Beynac-. Si me hubiesen mandado a mí y a alguno de mis estudiantes, les hubiésemos podido advertir.

Cómo le hubiese gustado, pensó Dagny. Había resuelto muchos de los misterios de la Luna. No le gustaba demasiado completar los detalles; más a menudo, sus viajes de campo le recordaban a un gato montés atrapado en una jaula.

-En realidad, como ya sabéis, se construyeron sistemas de seguridad y los daños no fueron catastróficos -dijo Rydberg innecesariamente-. Lo arreglamos a tiempo. -Nosotros. Dagny estaba ansiosa por ver la grabación de su hijo y su tripulación ayudando al equipo-. Regresó a su nueva órbita-dijo para terminar.

-Para su transfiguración-murmuró Jinann. Rydberg levantó las cejas.

-¿Lo desapruebas? Algunas personas lo hacen.-Afirmaban que había que dejar a los cometas sin tocar, para saludar al Sol con sus llamas de belleza. Pero ése nunca hubiese hecho tal cosa, pensó Dagny. Nunca durante eones y eones mientras giraba por el cinturón de Kuiper, más allá de la órbita de Neptuno y Plutón donde el Sol no era más que la más brillante de las estrellas.

Jinann negó con la cabeza.

-Para nada. Dije «transfiguración».

En vida. Dagny volvió a sentir la emoción. Hielo recogido y traído a Selene, agua, una cosecha más abundante que la de los asteroides, el comienzo de una abundancia que, por fin, daría ríos, lagos, quizá un mar interior, sobre el que habitar; y los seres vivos son en su mayoría agua.

No sentía mayor orgullo que saber que ella había estado en el frente de aquella batalla: los llamamientos, la política, los acuerdos y connivencias, los retrasos, desilusiones y trabajosa recuperación, hasta que la Federación Mundial había aceptado que valía la pena pagar por un mundo vivo completamente nuevo.

No es que reclamase demasiados honores. Sin Fireball de su lado, los habitantes de la Luna no hubiesen sido más que un puñado de moscas, para ser apartadas si zumbaban.

Su hombre habló por ella, en voz baja. -Tenemos que agradecérselo a Anson Guthrie. -Sí -susurró ella.

La mirada de Jinann se volvió inquieta.

-¿Qué creéis que sucederá ahora que se ha ido? -preguntó. Con alma selenita o no, para ella debía de ser como si hubiese caído un gran árbol, dejando un vacío en el cielo.

No era exactamente eso para Dagny. Quizá después sí lo fuese. Primero tenía que llorar por su Tanso.

-Fireball seguirá adelante, no temas-le aseguró Rydberg-. Tenemos suerte de que no muriese antes de aceptar ser emulado, pero incluso sin eso Fireball conservaría su fuerza, su sueño.

-Los sueños pueden morir-dijo Jinann-, y luego la fuerza desaparece.

Librodot

¿Cómo era la emulación de Guthrie, su fantasma? Dagny temía la hora en que se encontrase con él.

-Nos aseguraremos de que no sea así -le prometió Rydberg. Se volvió hacia Beynac y habló con un vigor que Dagny sabía que le protegía a la hora de revelar su pena-. 'Mond, antes te prometí algunas noticias interesantes.

El geólogo también se alegró de cambiar de tema. -¿ Sí?

-Mientras se realizaban los trabajos de reparación, naturalmente, realizamos un intenso análisis del cielo. El nuevo camino del cometa será tan diferente del originalmente planeado que debíamos asegurar nos de que no habría ningún impacto serio de meteoroide. Cuando el ordenador hubo analizado las observaciones, informó de que no había tal peligro. Sin embargo, yo tenía algo de tiempo extra, y recordé tus ideas sobre restos asteroidales en el espacio profundo. Programé una búsqueda de indicaciones que en cualquier otro caso se hubiesen pasado por alto.

Beynac se inclinó hacia delante. -¿Sí? ¿Qué encontraste?

-Nada pintoresco. El espectro de reflexión, apenas legible, muy ligero, de un objeto que la teoría estándar dice que no puede tener la órbita que tiene. Perdonadme, por favor, mientras interrumpo el es pectáculo -le dijo Rydberg a los otros. Pulsó unas teclas en el banco de datos. La imagen del cometa dio paso a una banda de líneas apagadas, con números debajo que indicaban longitudes de onda, y más números en columnas. Al fondo había un listado de lo que los cálculos habían destilado de los datos.

Beynac miró, medio saltó del sillón, se volvió a hundir y murmuró.

-Mon Dieu. Enfin, enfin -dijo al aire después de un momento-. Pero tiene que serlo. Si yo tenía razón, eso debe de serlo. Es sólo que nadie miró como debía. Había demasiadas otras cosas que buscar.

Dagny se sintió alegre por él. Le tomó de la mano. -¿Qué significa?-preguntó Jinann.

-Es un asteroide de níquel-hierro, en estos momentos a unas treinta unidades astronómicas del sol-le dijo Rydberg-. Todavía no tenemos datos para calcular una órbita muy precisa, aunque envié una sonda a gran velocidad y calculé un paralaje. Aproximadamente, el perihelio está a unas cinco u.a. y el afelio a unas cuarenta o cincuenta mil... ultracometario. La inclinación sobre la eclíptica es de unos cuarenta y tres grados.

La joven no ignoraba la astronomía básica, ningún habitante de la Luna la ignoraba, y a veces había oído a su padre hablar de su herejía. -Tal cosa no debería existir, ¿no?-dijo.

-No, no, rien lá-bas... nada más allá sino enanos de hielo -contestó Beynac, casi de forma automática, como si hablase en sueños o aturdido-. Según el modelo estándar. Estoy de acuerdo en que es una tontería la idea de colonizar los cometas. Demasiado alejados, muy pocos minerales demasiado enterrados en el hielo. Pero esto... -Dejó de hablar. Miraba frente a él y respiraba con pesadez.

-No puede haber tenido su origen tan lejos, sobre todo con una órbita tan deformada -le dijo Rydberg a Jinann. Hablaba con incomodidad, sin estar seguro de lo que ella ya sabía, deseando no insultarla pero tampoco excluirla. Ella le prestó una atención amable. Al margen, Dagny admiró cómo podía adoptar una feminidad de mujer terrestre cuando quería-. La idea de tu padre, supongo que lo sabes, su idea al estudiar la distribución de tipos de asteroides en el Sistema interior... cree que debe de haber al menos uno más aparte de los diez cuerpos aceptados originalmente entre Marte y Júpiter, con las colisiones reducidas a los que conocemos. -Tragó-. Creo que el objeto que encontramos podría apoyar esa idea.

La cabeza de Beynac se volvió hacia ellos. Qué bien conocía Dagny ese humor suyo, su tensión intelectual persiguiendo a una presa a la que cazar.

Librodot

-Sospecho que esos once empezaron siendo tres -dijo en voz alta-. A partir de ese cuerpo quizá podamos saberlo. Pero no es el grande que se perdió. Es demasiado pequeño. Y semejante órbita es inestable. En unos pocos millones de años, los planetas la cambiarán radicalmente. Mi asteroide mayor y más denso fue exiliado hace mucho tiempo, al comienzo de la vida del Sistema Solar. En caso contrario, tendríamos más trozos como el que has encontrado, Lars. No, el tuyo sufrió una perturbación que le envió al interior, probablemente debido al encuentro cercano con un gran cometa. Eso sugiere que el grande sigue ahí fuera, después de todo, no perdido en el espacio interestelar sino en una órbita amplia e inclinada. Quizá algún día podamos encontrarlo. Primero vamos a ese pequeñajo.

Rydberg se encogió de hombros.

-No sé cuándo podremos hacerlo, si podemos. Beynac se mosqueó.

-Hein? -ladró.

Rydberg alzó la cerveza que había dejado a un lado, tomó un sorbo y recuperó el habla.

-La situación actual -luego dijo-. Guthrie hubiese financiado una expedición inmediata, pero era un hombre moribundo, y ahora está muerto. Todo está confuso hasta que su emulación tome el mando, si puede hacerlo. Las facciones dentro de Fireball están maniobrando para ganar ventaja. Los políticos pescan en nuestras aguas turbulentas. Oh, incluso en el espacio profundo recibimos muchas noticias y transmisiones, y en el camino de vuelta a casa pensaba en lo que todo esto significa. Además, el proyecto de Alfa Centauri ocupa la mayor parte de los recursos libres de Fireball, y así será hasta que esté en marcha.

Como debía ser, pensó Dagny. ¿No era un lanzamiento a la estrella vecina del Sol el memorial de Tanso para Juliana, por haber sido su visión? Una minisonda de paso, seguida de una pequeña nave versátil llena de instrucciones moleculares para construir robots que realizarían las investigaciones científicas en esos planetas...

-Mientras tanto, el asteroide se aleja, haciéndose cada ciclodía más difícil y caro el llegar a él, hasta que bien podría perderse para siempre.

El rugido de Beynac se convirtió en un bramido. Se puso en pie de un salto.

-¡No! ¡Maldición, no! -Agitó un puño en alto, saltó hasta la pared y regresó y se quedó quieto mirándolos a todos.

-Puedes pedir una beca de investigación-empezó a decir Rydberg.

-Podemos organizar algunas actividades de agitación erijo Dagny.

Se sorprendió cuando Jinann habló. Sabía que la muchacha compartía la amargura de sus hermanos.

-¡Si tuviésemos una nave propia para ir! Pero no, nunca nos han concedido licencias para más que unos pocos orbitadores. ¿Temen que los dejemos caer sobre Hiroshima?

Bien, ¿qué sabían sus padres sobre lo que había en el corazón de sus hijos selenitas?

-Conseguir la aprobación probablemente llevaría demasiado tiempo -siguió diciendo Rydberg-. Aunque sólo sea porque los robots adecuados están reservados con mucho adelanto. Eso incluye a los que todavía no se han fabricado y programado. En todo caso, un humano o dos tendrían que ir, para tomar decisiones rápidas cuando el retraso de la transmisión es tan largo. Creo que primero deberías probar a ver si puedes fletar una expedición tripulada. Fireball tiene tres o cuatro libres, si puedes pagarlas.

Un hormigueo recorrió los nervios de Dagny.

-Brandir tiene mucho dinero hoy en día. Podríamos pedírselo a él. Por el honor, o el agrandamiento, de su causa y de Selene, podría estar dispuesto a poner algo. ¿Y quizá por amor a su padre?

-Además de los científicos dijo sombrío Rydberg, su Lars, porque le disgustaba el dramatismo-, sería preciso una tripulación cualificada. Yo podría reunirla, y actuar de capitán. Eso, si es posible, cosa que no prometo.

-Y yo sería el geólogo jefe-dijo Beynac. Todos le miraron.

-¿Qué?-exclamó Rydberg.

-Ya has ganado lo suficiente, papá-protestó Jinann con una voz que no había usado en casi dos décadas.

Dagny se quedó sentada en silencio, recordando ciertos versos.

¿Qué es una mujer cuando renuncias a ella, Yal fuego del hogar y las *tierras,*

Para ir con la vieja y gris muerte?

En pie por encima de ellos, su'Mond la miró a los ojos. -Sí, yo dijo.

19

-Despierta, tío. No hay que malgastar el tiempo.

Aferrado a los sueños, Kenmuir luchó contra ellos. Se rompieron mientras sentía otro seísmo. Abrió los ojos. Aleka se encontraba cerca del camastro, moviéndole los hombros.

-Venga, dormilón -le animó-. Nos quedan unas horas. Tenemos que atravesar mares tormentosos.

Parpadeó. El refugio relucía ligeramente a madreperla, encerrándole en una pequeña bóveda. El suelo era duro y estaba agrietado, el aire estaba caliente y seco como una momia. ¿Mares?

Recuperó los recuerdos. Le parecía casi como otro sueño, la larga fuga desde la casa de Iscah en medio de la noche, él y ella en silencio, durmiendo a ratos, y después de que ella le murmurase unas palabras a alguien, él llegó al refugio. Aleka vino después, situando cerca su propio camastro y ropa de cama, pero ya estaba de pie y asombrosamente refrescada.

Kenmuir miró a su informador. Eran las 13.10. Intentó silbar, pero tenía mucha sed. Poco a poco, se puso en pie. Apenas pudo ponerse una manta alrededor de la cintura. Aleka rió.

-Buen chico -dijo-. Sabía que podrías hacerlo si lo intentabas. -¿Qué programa tenemos?-graznó.

-Almuerzo con el father. Sé inteligente, o al menos amable. Más o menos lo tengo convencido, pero quiere conocerte antes de aceptar hacer algo. Es comprensible. -Aleka inclinó la cabeza y sonrió-.

Vale, tendré piedad y te dejaré asearte. -Se volvió, abrió la entrada y desapareció.

¿Father?, pensó vagamente. Oh, sí. Entre ellos, Aleka y los dos metamorfos habían decidido enviarle a un campo de secanos -disponían de sistemas de comunicaciones-y, sí, esa tribu en particular eran biocatólicos. En una ocasión había visto un documental sobre esa secta. Tenía pocos miembros, muy dispersos e intensamente religiosos -¿qué otra fuerza podría impulsar su forma de vida?-, pero no por ello retrógrados. Sería mejor que causase buena impresión.

Colgaba una cortina frente al lavabo y aseo portátiles. Vio los salientes que se podían conectar a una unidad de recuperación de agua. Las pérdidas debían de ser muy raras, exceptuando la evaporación y las fugas accidentales. No, seguro que la transpiración disipaba mucha agua. Con toda la rapidez posible se puso presentable, acabando con una toalla sobre la cara y el cuerpo. Había un cepillo colgando de una cadena. Su última dosis de inhibidor de barba no desaparecería por un tiempo. La ropa que se puso estaba algo sucia, pero no había forma de evitarlo.

Sintiéndose más vivo, salió. El sol brillaba furioso en un cielo que era como metal azul. Apenas podía distinguir la luna menguante. No era sorprendente que Aleka tuviese prisa. Tenían que realizar el contacto mientras todavía estuviese sobre el horizonte. Si usaban estaciones en tierra podrían alertar al sistema.

Ella le agarró del brazo. El tacto era más alegre de lo que debiera. -Por aquí -dijo. Kenmuir la acompañó por el campamento.

Se habían levantado hemisferios de diferentes tamaños, según el número de ocupantes, dispuestos alrededor de una zona que se había dejado despejada. Detrás de ellos, trabajaba un desalinizador portátil en los restos fangosos del Salton Sea. Una desolación blanquigrís se extendía en aquella dirección. En el resto del lugar, la tierra tenía vida; arbustos, cactus, árboles tristes, todo creciendo muy separado en el polvo alcalino. Sabía que algunos eran nativos, pero la mayoría eran metamórficos, diseñados para prosperar en aquellas condiciones y producir comida, fibra, combustible, medicinas. Podía ver a algunos individuos, a pie o en miniciclos, inspeccionando, atendiendo, aplicando el equipo que recogía los productos. Los vehículos que no estaban en uso estaban aparcados a un lado, media docena de camiones, dos voladores, cuatro coches resistentes, aparte del que había traído a él y Aleka.

La neblina del calor emborronaba la distancia. El aire estaba lleno de aromas intensos.

-Hello-dijo cortés alguien que pasaba.

-Eh, good day -respondió Kenmuir. ¿Era correcto? Él no era un norteamericano.

El hombre era un típico secano, delgado, de pelo negro, de rostro amarillo marrón, cara amplia, ojos rasgados, nariz aquilina. Una toga con capucha colgaba con orgullo sobre las amplias nalgas. Las mujeres que Kenmuir pudo ver iban igualmente vestidas y tenían el trasero aún más enorme. En los niños, las células para acumular agua estaban menos desarrolladas. La gente se movía en silencio, con dignidad innata, y hablaban poco. No había muchos por allí. La temperatura no les molestaba, pero los que no estaban en el campo se hallaban generalmente ocupados en los refugios. Un recital de grupo con dulces voces de tiple, que venía desde una gran cúpula, le indicó qué parte de la actividad era la escuela.

El espacio abierto, lugar común para los encuentros y las reuniones sociales después de la puesta de sol, tenía cuatro lámparas en su perímetro. En el centro se elevaba un crucifijo de tres metros de alto. La cruz estaba tallada para representar un árbol con hojas, y el Cristo era... bueno, no exactamente metamórfico, pero daba a entender algo extraño... Asombrado, Kenmuir vio que casi parecía selenita.

Podría no ser intencionado, pensó el astronauta, pero la idea estaba allí. Una fe que buscaba expiar los pecados del hombre contra la

Madre Tierra... Era inevitable, supuso. Cuando se diseñaron los primeros secanos para tolerar condiciones como aquéllas, el desierto todavía estaba avanzando. La recuperación posterior robó a su especie un sentido final para la existencia. Así que algunos de ellos crearon uno propio. Se preguntó si apreciaban la ironía que su crédito era lo que les permitía comprar las necesidades que no podían producir o cambiar por lo poco que producían.

¿Era ironía? Después de todo, juntaban sus pagos individuales; las posesiones materiales les preocupaban poco; las distinciones se producían por los logros personales, fuerza, habilidad y santidad. Quizá la diferencia entre esos neonómadas -recordó que los miembros de esa tribu se autodenominaban legionarios- y su Hermandad Fireball era que ellos vivían sus ideales, mientras que sus hermanos jugaban con sus sueños. ¿Quién era más feliz? ¿Quién estaba mejor adaptado al cibercosmos?

-Ya estamos -dijo Aleka.

Un refugio frente a la plaza tenía un pez pintado como símbolo sobre la entrada. Ella se acercó y dijo suavemente.

-Hello. Visitors, please.

-Come, in the name of God -contestó la voz de un hombre. Obedecieron. El interior estaba casi tan desnudo como el lugar en el que había dormido: dos camastros, una mesa de

patas cortas, una cocina portátil y un estante de utensilios, y el lugar de aseo separado por una cortina. En la parte de atrás había un escritorio primitivo, con estantes que contenían varios elementos, incluyendo un lector y un crucifijo en miniatura. Un muchacho preparaba café; el olor le recordó a Kenmuir el tiempo que hacía que no comía. Cerca del centro estaba sentado un hombre con las piernas cruzadas sobre su gran fundamento. Aunque el pelo era blanco y el rostro muy marcado, mantenía la espalda recta. De la cadena que tenía al cuello le colgaba un ankh tallado en coral.

-Father Ferdinand, the captain Ian Kenmuir-dijo Aleka. El sacerdote levantó una mano.

-Bless you, my children-les saludó.

-Yo, eh, perdóneme... I do not speak... -Kenmuir dejó de hablar. No para los propósitos actuales.

Ferdinand sonrió.

-Tratamos con el mundo exterior, capitán. -Su anglo tenía un ligero acento. Hizo un gesto-. Por favor, siéntense.

Se sentaron sobre unas almohadillas, alrededor de la mesa. Kenmuir se preguntó si la ropa de Aleka allí se consideraba poco modesta. Pero aquella gente no vivía aislada, veía los multis públicos y recibía al extraño ocasional.

-Espero que hayan descansado bien-dijo Ferdinand. Se encogió de hombros.

-Suficiente, espero. -Eso produjo una risa-. Gracias. Sobre la mesa había una garrafa y vasos.

-Tenemos una costumbre de bienvenida erijo Ferdinand. Sirvió agua y se la ofreció. Recordando el documental, Kenmuir bebió en respetuoso silencio junto con los otros.

-Y ahora -Ferdinand rió cuando hubieron terminado-, imagino que lo que realmente desean es café. -Hizo un gesto. El muchacho les llevó una bandeja con una cafetera y tazas, se arrodilló para dejarla sobre la mesa y se retiró.

Kenmuir apenas pudo contener su ansia.

-Father-empezó a decir Aleka después de un minuto-. Le expliqué...

Ferdinand asintió.

-Tenéis poco tiempo, si queréis llamar hoy directamente a la Luna.

-Tienen el equipo.

El corazón de Kenmuir dio un salto.

-Lo tenemos -dijo Ferdinand-. No es que la transmisión precise mucha energía. Lo que necesitan es nuestra capacidad de codificación cuántica.

¿Qué hacían aquellos vagabundos con comunicaciones a prueba de espías?, se preguntó Kenmuir. Pensó en Iscah y Soraya. Evidentemente, los legionarios no eran tampoco tan simples. Mensajes intertribales -quizá rituales y conocimientos reservados para los iniciados de la iglesia, quizá planes de coordinación para tratar con el comercio y la política de un mundo que, en general, se manifestaba indiferente ante unos pocos excéntricos, o quizá sólo una precaución que permanecía desde los tiempos de la hostilidad activa- y los canales de ancho de banda disponibles para ese tipo de cosas eran limitados, así que sus licencias debían remontarse hasta...

Ferdinand siguió hablando con gravedad.

-La cuestión es si debemos concedérselo. Perdonadme. Ni acuso ni insinúo. Pero los pobres como nosotros no nos atrevemos a implicarnos en peleas.

-Nadie tiene que saberlo -dijo Aleka ostentosa.

Ferdinand frunció el ceño. -Podrían descubrirlo.

Sí podrían, si le capturaban a él o a ella. ¿O los cazadores usarían análisis cerebral? No quería creer tal cosa.

Tampoco quería permanecer pasivo.

-Aleka -preguntó-, ¿qué le has contado a nuestro... nuestro anfitrión?

-No todo ni de lejos -admitió-. Ni tampoco deberías hacerlo tú. Father, no hay que poner a su gente en peligro. Lo único que queremos es realizar una llamada confidencial, eh, por una causa digna de su ayuda. -Y luego a Kenmuir-: Le he explicado que trabajamos para cierta asociación selenita. -Bueno, Lilisaire tenía sus secuaces, bien podría tener un par de aliados en la Luna-. Intentamos descubrir algo relacionado con el proyecto Hábitat, al que todos saben que se oponen. La información parece haber sido ocultada sin que se haya dado ninguna justificación pública, como exige el Pacto. Debemos llamar para pedir más instrucciones, sin que los responsables puedan detectarnos.

-Si hay alguien responsable -dijo Kenmuir-. Podría tratarse de una confusión.

-O podría tener toda la razón-gruñó Aleka-. Quizá los sofotectos sean todos moralmente perfectos, pero el humano medio puede ser tan corrupto, ambicioso y con las mismas ansias de poder que siempre.

Ferdinand se acarició la barbilla.

-Vuestra historia parece tener más elementos que no me habéis contado -dijo con sagacidad-. No temáis, no voy a interrogaros. Vamos a relajarnos y a hablar de cosas agradables.

El muchacho les sirvió un almuerzo vegetariano. Después de una breve bendición, Kenmuir descubrió que casi toda la comida le resultaba novedosa y estaba sazonada de forma muy exótica. Todo estaba acompañado por un vino blanco bastante decente.

Mientras tanto, por medio de preguntas y comentarios inteligentes, Ferdinand le animó a contarle su vida. Kenmuir a cambio aprendió más sobre los secanos de lo que suponía que podría aprenderse. Sin duda Aleka, en una conversación anterior, había descrito de forma similar su propio pasado. Kenmuir realmente deseaba conocer el pasado de Aleka.

-Sí, podéis llamar. Os guiaré -dijo finalmente Ferdinand de forma práctica.

Kenmuir comprendió con algo de sorpresa que durante la pasada hora el sacerdote había estado calibrando a sus invitados hasta decidir que efectivamente eran lo que decían ser.

Recorrieron juntos el campamento. La gente se cruzaba los brazos sobre el pecho al ver a Ferdinand y éste les daba su bendición. Mientras caminaban les iba haciendo comentarios.

-... las ratas del desierto se están convirtiendo en un problema ecológico, pero una enfermedad nueva en los tubérculos de proteínas resulta ser la amenaza más inmediata. La vida no va a limitarse a dejar de mutar y evolucionar a nuestra conveniencia, ¿no? Bioservicio ha desarrollado un contruangente, pero quiere estudiar los posibles efectos secundarios antes de dejarnos usarlo... El festival del solsticio... La gente joven nos abandona, en número cada vez mayor. Me pregunto cuántos seguirán con esta dura vida si todos encuentran una alternativa...

El láser se encontraba alojado en un camión que Ferdinand procedió a abrir.

-¿Necesitarán ayuda? -les preguntó-. Puedo enviarles a nuestro oficial de comunicaciones.

Kenmuir miró al interior.

-No, gracias. Conozco este modelo y estoy familiarizado con él. -Era bastante antiguo, pero también lo era lo que quedaba de la flota espacial selenita. Modernizarla hubiese implicado hacerla completa mente cibernética, sin que quedasen humanos atravesando el espacio más que como pasajeros poco frecuentes. Podía comprender por qué los legionarios se aferraban a su legión, aquellos que todavía lo hacían.

-Y yo conozco la clave de encriptación -añadió Aleka. Una clave, entre las muchas que debía de poseer Lilisaire.

-Very well, les dejaré a solas -dijo Ferdinand-. Please, vuelvan a cerrar con llave el camión cuando hayan terminado y regresen a mi habitáculo. -Se alejó de ellos, una figura solitaria bajo el amplio cielo.

Kenmuir y Aleka se metieron en el camión y cerraron la puerta. Un incómodo crepúsculo cayó sobre ellos, como si estuviesen en un horno. Se acercaron al dispositivo y permanecieron un momento sin decir nada.

Kenmuir se aclaró la garganta.

-¡Bien! -dijo sobre el fondo de los martilleos de su corazón-. Acabemos con esto antes de que nos sofoquemos.

-El rayo no puede ir directo al castillo-le dijo Aleka-. Podrían descubrir su trayectoria, y pronto tendríamos a una brigada cayendo sobre nosotros. Voy a saltar al azar entre varios...

-Sí, lo sé, y en todo caso no soy un deficiente. -Kenmuir se detuvo-. Lo lamento. Eso no venía a cuento. Estoy demasiado nervioso.

Aleka sonrió en la oscuridad. Kenmuir vio cómo el sudor empezaba a concentrarse en gotitas sobre el labio superior de la mujer, las formas y el escote entrevistos por la túnica parcialmente abierta, el olor de la carne sana.

-Eres un *kanaka 'oi,* Kenmuir -murmuró, pasándose la mano por entre el cabello profundamente oscuro y mojado. Suspiró-. Como has dicho, tenemos que ponernos a trabajar.

Tuvieron que afanarse un poco con el teclado. El ordenador era sólo robótico, pero comprendió la tarea y se dedicó a ella inmediatamente. La señal buscó la primera dirección, un satélite de retransmisión en órbita lunar. No se trataba de una estación oficial, sino que pertenecía a la Selenarquía, un diminuto sistema automático alimentado por energía solar. Pasó, según las instrucciones, el mensaje codificado que había recibido, y así todo el camino, hasta que el último transmisor lo dirigió a Zamok Vysoki. Seguir una señal tan errática hasta la Tierra era poco práctico, y aunque no sería difícil interceptarla, no tendría demasiado sentido hacerlo. Las leyes de la mecánica cuántica protegían el secreto de los ojos de cualquiera que no conociese la clave.

-Me atrevería a decir que a alguien le interesaría mucho que el Pacto no protegiese los derechos a la intimidad-comentó Aleka. -Se estableció en otra era-contestó Kenmuir algo distraído. Estaba completamente concentrado en la pantalla-. He oído argumentos a favor de enmendarlo para ajustarse a las nuevas condiciones. -¿Para controlarnos más de cerca?

-Mm, hablan de conflictos entre sociedades saliéndose de madre, en ocasiones hasta hacer correr la sangre, y las tramas de algunos para hacer daño a otros... -Desorden humano, sinrazón humana, peligrosos anacronismos.

La pantalla se iluminó. Apareció un rostro selenita. Kenmuir reconoció a Eythil de Marte.

-Capitán -dijo en anglo-. ¿Cómo leva?

-No muy bien, como debería serle evidente -replicó el terrestre-. Mi compañera y yo debemos consultar a la dama Lilisaire.

La imagen se había vuelto impasible, como era la costumbre selenita mientras los fotones volaban por el espacio. Después de tres segundos frunció el ceño y respondió.

-Creo que está descansando -dijo.

Turno de noche; Selene no tenía zonas horarias. Kenmuir se preguntó si Lilisaire no se encontraría realmente de juerga, o entregada a algún otro sutil placer.

-Se lo aseguro, es urgente y exclusivamente para ella -declaró-. Si no puede hacerlo ahora, dígame cuándo puedo volver a intentarlo. Pero no le prometo que pueda hacerlo.

Retraso.

-Lo comprobaré-dijo Eythil-. Un momento. -La pantalla se puso negra.

-Supongo que podríamos quedarnos aquí hasta mañana. -La voz de Aleka sonaba apagada en el silencio-. Probablemente hemos conseguido hacerles perder el rastro. Pero si deciden usar todo el sistema...

Satélites de reconocimiento que podían identificar a un hombre en tierra y comprobar si reía o lloraba. Búsquedas de datos, que podían realizar una lista de todas las personas que en alguna ocasión habían tenido relación con Lilisaire, ya fuese directa o indirectamente. Investigaciones en las comunidades. Más búsquedas de datos. Las entradas recientes en el Control de Tráfico sobre qué vehículos habían ido y a dónde.

-Esperemos no ser tan importantes-dijo Kenmuir. Todavía.

El tiempo pasó lentamente. Se encontraron con sus sudadas manos entrelazadas.

Una cabeza y hombros en la pantalla, hermosos como una montaña nevada, intensos como el fuego. Los mechones castaños estaban despeinados, pero los ojos verdes se encontraban completamente despiertos.

-Salud -ronroneó la Guardiana-. ¿Qué deseáis de mí? Kenmuir soltó la mano de Aleka. Tenía paralizada la lengua. Fue ella la que se enderezó e hizo un resumen rápido.

Retraso. Lilisaire sonreía al menos un poco. Kenmuir la miraba y la miraba. En el fondo de su mente se movían pequeños elementos de información que había recogido: Aleka venía de Hawai, se había encontrado con un agente en San Francisco y el agente era un sofotecto (si tenía plena inteligencia, ¿qué le impedía abandonar la causa selenita y fusionarse con el cibercosmos?); pero frente a él se encontraba Lilisaire. Se agitó. La sonrisa dio paso a la desolación.

-Enfrenté mi ingenio en poderoso combate con el pragmático Venator -dijo, a medias para ella. ¿Quién? Durante un segundo se

vio una sonrisa-. También he tomado medidas para ocuparme de él. Una pequeña artimaña, pero quizá encontremos un uso para el resultado. -Volvió a ponerse seria-. Vuestro análisis es correcto. Es necesario moverse con rapidez, porque en caso contrario estáis perdidos. Aleka, la máquina Carfax te explicó el esquema de mi plan. ¿Todavía crees que tiene posibilidades?

-Sí, si podemos acceder al archivo -contestó la terrestre-. Ahora me pregunto si no estará doblemente protegido.

Retraso. Frente a ellos Lilisaire parecía pensativa. Kenmuir se perdió en sus ojos.

-Creo que tengo recursos en ese sentido -le dijo la selenita a Aleka-. Escuchadme. El capitán Kenmuir irá a un lugar donde no es probable que sus perseguidores le busquen pronto. Elige uno que no esté muy lejos de vuestro destino final, el que tú y Carfax habéis discutido. Deja que se quede allí un tiempo mientras tú regresas a... Kamehameha es el espaciopuerto más cercano. He preparado algo que uno de mis agentes llevará en el trasbordador del turno de mañana. Será un terrano. No sé en este instante de quién se tratará exactamente, pero usará el nombre de Friedrich y ocupará una habitación en el Hotel Clarke. Encuéntrate allí con él, recoge lo que te dé y vete al encuentro del capitán Kenmuir. A partir de ahí, procede según el plan y tu propio ingenio. -Usaba un tono de satisfacción-. Si descubrís la verdad, tendrás lo que te prometí, en todo su esplendor.

Se recostó para esperar, como un lince esperando una presa. Aleka tragó saliva.

-Yo, sí, lo intentaré -pudo decir-. No sospechan que esté implicada. Nadie me prestará atención. Sí, lo intentaré, mi dama.

El miedo que Aleka dominaba alcanzó de pleno a Kenmuir. Le perseguían a él.

-¿Qué hay de mí? -gritó-. ¿Cuál es mi recompensa? Retraso. Calor, sed, deseo, Aleka respirando a su lado. Lilisaire volvió a sonreír.

-Ya te lo he dicho, mi capitán -contestó como una canción-. La causa de la libertad y el destino de la humanidad en las estrellas. Pero tienes razón, ésa es una recompensa abstracta, y la situación ya no es tan simple sino que hemos pasado a la lucha. Por tanto, sí, ¿serás el jefe de mis actividades en el espacio, y morarás conmigo como un señor entre los selenarcas? Eso te lo daré con todo mi corazón, mi capitán, si vuelves a mí victorioso.

Los segundos pasaron mientras él permanecía inmóvil lleno de asombro.

Aleka le dio un codazo.

La decisión no podía esperar. Podía decir «no», dirigirse a las autoridades y maldecirse hasta el día de su muerte. O podía aceptar aquella apuesta loca, saltar a lo desconocido, muy probablemente ganar ignominia o muerte, y en el mejor de los casos, un futuro de interminable pena, celos, intriga y añoranza del hogar... pero ya no tenía un verdadero hogar, ¿verdad?

-Sí-dijo.

Durante el tiempo de retraso miró el rostro de Lilisaire y comprendió, fragmento a doloroso fragmento, que la amase o no de verdad, el deseo que sentía por ella era como el deseo que siente un hombre perdido en un bosque por el agua y el fuego.

-Una vez más te besaré dijo ella. Que él supiese, nunca un selenita le había hablado de tal forma a un serrano.

La pantalla quedó a oscuras. Después de un buen rato. -Well dijo Aleka-, ya estamos metidos de lleno en esto, ¿no? -¿Por qué lo haces tú?

-Se trata de una larga historia, y hay que moverse. Primero, salgamos de este horno. -Le tiró de la manga-. Escucha. No debería llevarme más de un par de días hacer lo que me ha dicho. Lo que haré será llevarme el coche que usamos para llegar aquí e ir a Santa Mónica. En el aeropuerto, dirigiré el volador para que vuele hasta aquí y se ponga a tu servicio. Eso será mañana como muy pronto. O, sí, primero te compraré una muda de ropa y te lo dejaré en el volador. Y enviaré el coche de vuelta a Iscah y tomaré un vuelo a Hawai. Mientras tanto, aquí deberías estar seguro, si te mantienes oculto y te pones una de esas capuchas cuando salgas fuera. Los secanos tienen un código de hospitalidad, y tenemos el favor de su father. Pero una vez que tengas transporte, mejor que salgas corriendo.

-¿A dónde?-preguntó, indefenso en la ignorancia.

-Mm, déjame pensar. Ahora, por si acaso, no debería decirte a dónde iremos cuando nos reunamos. Pero Lilisaire tiene razón, deberíamos empezar en un lugar a una o dos horas de ese punto. Tampoco conozco la región, pero... Vamos a realizar una búsqueda de datos.

Ferdinand les indicó la cúpula que contenía las terminales de ordenador. Estaban destinadas al uso general, pero en aquel momento no había nadie. Aleka inició una búsqueda por comunidades en medio

del continente que estuviesen relativamente aisladas y fuesen autosuficientes. Las predicciones de nubosidades en los próximos días también eran un factor a tener en cuenta. No tardó en tomar una decisión.

-Bramland. Según esto no es un lugar muy agradable, pero por esa misma razón no es probable que sientan simpatías por la policía. Nos inventaremos una excusa plausible para que se la cuentes a los residentes locales, por qué has ido allí a pasar unos días y por qué voy a reunirme contigo. Pondré algo de dinero en efectivo con esas ropas y lo demás que te he prometido. En general, a partir de ahora, intenta disimular y mantén la boca cerrada. Sé que sabes hacerlo. -Le agarró la mano-. Sé que podemos hacerlo.

¿Descubrir lo que se había ocultado durante siglos? No por primera vez -no por primera vez- la mente de Kenmuir retornó al pasado, buscando a ciegas cualquier pista que pudiese haber en la historia.

20
La madre de la Luna

La vista desde la terraza del café era gloriosa. En lo alto de la colina, Domme -piedras meditando sobre estrechas callejas por las que antes habían resonado los cascos de los caballos de los caballeros miraba al valle, por entre bancos, campos y hogares, hacia las crestas en la lejanía y el grandioso cielo de verano de la Tierra. Desde el horizonte occidental, el Sol producía sombras y luz; el río corría como oro fundido por entre árboles cuyas copas eran de un verde dorado. Soplaba una brisa cálida. Los sonidos del tráfico se oían apagados por entre el silencio.

Dagny bebió su vino, un Burdeos lleno de fragancia, dejó la copa, se reclinó y dejó que los ojos saboreasen la escena. Ella y Edmond estaban prácticamente solos en aquel lugar, lo que aumentaba su alegría.

-Hermoso -suspiró-. Me alegro mucho de haber elegido este sitio.

Al otro lado de la mesa, él bebía lo mismo. Cuando dejó su copa, ella la oyó resonar sobre la superficie.

-¿No hubieses preferido ir a otro lugar? -Ella también oyó la inquietud en su voz-. No dijiste nada.

Dagny lo miró a los ojos y no dijo nada.

-Quería que tú eligieses -contestó-, y sabía que lo que más deseabas ver era tu Dordoña.

-Pero también son tus vacaciones.

-Bien, sabes que me ha gustado esta zona en las otras visitas.-Una forma algo engañosa de hablar, pensó. Sus momentos en el planeta habían sido tan escasos, tan breves, y él siempre había estado dispuesto a cumplir sus deseos. ¿En cuántas ocasiones habían ido al sur de Francia? Tres, contando ésta. Quería comentar algo sobre ese asunto, pero había otra cosa más importante-. En este viaje he llegado a amarla. -Estaba siendo sincera, aunque comprendía que parte de la razón estaba en él, en la alegría que él sentía y que le transmitía a ella-. Gracias.

Él le devolvió la sonrisa. Permanecieron en silencio durante un tiempo. El sol descendió. Unos grajos atravesaron el cielo todavía azul.

Edmond se movió. -Dagny..

Esperó, expectante pero sin sentir premura. Había aprendido que era la mejor forma. Aunque era rápido con las afirmaciones, la rabia y la risa, podía tener dificultades para expresar sus sentimientos más profundos.

-Tenía intención de decírtelo -siguió después de unos segundos-, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. Sigo sin estarlo. Pero debo intentarlo.

-Tus intentos suelen salir bien, mon vieux-le dijo. Le costaba.

-Pronto iré al espacio por ti. -Se apresuró a corregirse-: Es decir, gracias a ti.

Un desmentido podría ayudarle.

-En realidad, le debes mucho más a Lars y a Brandir.

-Lo hicieron muy bien, y se lo agradezco -dijo-, pero tú hiciste que sus esfuerzos diesen fruto. Tú... tiraste de los hilos, retiraste los obstáculos. -Se forzó a reír-. ¿No puedes ayudarme hoy con una metáfora?

Dagny se preguntó qué pretendía decir. En muchas ocasiones anteriores, él había reconocido sus esfuerzos. Recordó los meses pasados. El gobernador Zhao, sí, había sido el oponente principal, al promulgar un decreto que prohibía la expedición, insistiendo que se trataba de la ley y que la excepción debía obtenerse del Alto Consejo de la Federación Mundial, sabiendo muy bien que eso podía ahogar todo el asunto bajo una montaña de comités. Uno de sus problemas es que seguía sintiendo aprecio por el viejo bastardo y creía que tenía buenas intenciones. Creía que era más o menos sincero en los peligros que podrían aparecer si los selenitas salían al espacio en cierto número. Y en cuanto al resto de sus motivos, le había dicho que ya había suficientes nacionalismos, lo suficientemente peligrosos, en la Tierra, sin tener que permitir algo que alentase el crecimiento del tumor en la Luna. Quizá tenía parte de razón. Además, al terminar sus conversaciones privadas, Zhao ponía algo de música para relajar sus espíritus y por él había descubierto los últimos cuartetos de Beethoven... De vez en cuando tenía necesidad de luchar contra él.

Volvió al presente. Edmond había hecho un chiste. Ella también debía intentar aligerar la situación. Sonrió.

-Sé dónde enterraron varios cuerpos. -En realidad, había disfrutado mucho apretándole las tuercas al comisionado Zacharias hasta que presionó al gobernador.

Al ver que Edmond volvía a ponerse serio, dejó salir lo que sentía. -Y al final, ya sabes, al final llegué hasta... la emulación. A pesar de los problemas que tiene con Fireball, encontró tiempo para moverse fuera de escena y hacer que levantasen la prohibición. -El análogo de Guthrie, el fantasma de Tanso, había recordado... Tragó saliva-. Creo que en general deberías agradecérselo a él.

-No fue fácil para ti hablar con él esa primera vez -dijo Edmond-. Nada de esto fue fácil. Podía sentirlo. En ocasiones, por la noche, junto a mí, contenías las respiración.

Lo había sabido. Lo había sabido tanto que no había dicho nada. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Oh, cariño, ya me has agradecido lo suficiente mi colaboración. -Sí -contestó lentamente-, pero nunca antes te he agradecido la razón por la que lo hiciste.

-Por muy buenas razones -dijo con su tono más vigoroso-. La ciencia. La aventura. El deseo de Kaino y el tuyo. Un precedente liberador. Un buen patadón en las entrañas de la Autoridad Lunar. Por todo eso, una causa más que valiosa.

-Mi causa. Yo voy. Estaré lejos durante meses, quizá corriendo peligro. Tú no quieres eso.

Miró directamente el rostro de cromañón.

-Sin embargo, tú sí erijo ella. Él asintió.

-Exacto. No me alegra dejarte, pero sí ir. ¿Tiene eso sentido? Odias la idea, pero por mí la hiciste posible. Tú... tú me amas tanto. Sentía la sangre en las sienes.

-No me relaciono con águilas enjauladas -fue la mejor respuesta que se le ocurrió-. No, osos en este caso. -Se inclinó sobre la mesa y le revolvió el pelo gris hierro-. ¡Viejo oso!

-Sólo... sólo quiero decir... que lo comprendo-murmuró.

-Y yo comprendo que lo comprendes, y eso me hace feliz -dijo, parpadeando para evitar que él viese las lágrimas-. Vale, 'Mond, vamos a divertirnos. Termínate la copa y nos iremos a buscar la cena.

El día estaba dando paso a la noche. Al ponerse en pie, Dagny sintió el peso sobre sus huesos. En ninguno de sus regresos anteriores a la Tierra se había sentido tan pesada. Bien, pasar horas en la centrifuga dora e invertir en el programa médico no detenía el tiempo. Quizá nunca volvería a visitar la Tierra. Pero no hay que preocuparse de tal cosa, se dijo. No, el momento presente era para su hombre.

Sacajawea fue lo mejor que Fireball pudo proporcionarles, un transporte de clase Venus, bien diseñado, de buena estructura, pero no se trataba de una de esas fantásticas y novedosas naves antorcha que hubiesen podido hacer el viaje en un par de semanas. Las naves antorcha eran todavía poco numerosas y estarían todas ocupadas durante mucho tiempo. El servicio principal de Sacajawea había sido en el Cinturón de Asteroides. Para el viaje a la roca de Rydberg aceleraría a menos de un quinto de g, para beneficio de los selenitas a bordo, hasta obtener su velocidad de trayectoria; después caería libre durante más de un centenar de ciclodías antes de que llegase el momento de frenar para el encuentro.

En ingravidez durante tanto tiempo, sin que importase lo diligente que fuese con el ejercicio, un terrestre necesitaría seis o siete semanas de rehabilitación en la Tierra para recuperar todas sus fuerzas, la masa esquelética y muscular, la coordinación, los reflejos y la química corporal. Y aun así, se arriesgaría a que algunos de esos cambios fuesen irreversibles; la resistencia variaba entre individuos. Un selenita, de regreso a su hogar, lo pasaría mejor, pero no se recuperaría de inmediato. Para encontrarse con lo que fuesen a encontrarse, Beynac y sus hombres debían llegar en buenas condiciones. Además, la gravedad debería ser mucho menor en el destino. Así que todos pasaban mucho tiempo centrifugándose.

La máquina apenas tenía espacio suficiente en su compartimiento para los tres metros de su radio de giro. Unos cables sostenían una plataforma estrecha, en cuyo lado opuesto rotaba en sentido contrario una esfera de una tonelada al extremo de un brazo ajustable. Se realizaba la mayor parte de los ejercicios en posición paralela a la base: flexiones, bicicleta, levantamiento de pesas con brazos y piernas. Para los movimientos de pie había que levantarse con mucho cuidado; si el cerebro pierde peso súbitamente en un sesenta por ciento, el vértigo y las náuseases serían las menores de las posibles consecuencias, y además había que tener en cuenta la fuerza de Coriolis. Aunque el cinturón y la correa, atados al poste, impedían que se saliese disparado, podía producirse un accidente que rompiese un hueso. Era una buena idea agarrarse al poste durante las flexiones de rodillas y las sacudidas. Ciertamente era necesario cuando se hallaban cabeza abajo y el corazón bombeaba sangre hacia arriba, más o menos como la naturaleza había decidido.

Beynac era uno de esos pocos que podían mantener los ojos abiertos durante el proceso sin marearse. Al estar solo, podía ponerse a cantar cuando le quedaba aliento, cuanto más obscena la canción mejor. Sin embargo, no le gustaban esas sesiones; y en microgravedad, exigían más tiempo que en la Luna. Al final acabó con todo el repertorio, se calló y combatió la monotonía con recuerdos e ideas.

Se remontaron a Kaino.

-Si los selenitas tuviésemos nuestras propias naves, esto no sería necesario -había dicho el joven unos turnos atrás, durante la comida-. En todo caso, para nosotros; y para los pasajeros terrícolas no sería peor que en nuestro mundo. Aceleraríamos durante todo el viaje. -Si pudieses permitirte una flota de naves antorcha, no tendrías necesidad de viajar por el espacio -le había dicho Beynac bromeando-. Podrías limitarte a revolcarte en tu riqueza.

Kaino frunció el ceño.

-¿Se limita Fireball a quedarse sentada sin hacer nada? -Sus palabras resonaban con anhelo-. Para ir... Y no compraría las naves, las construiríamos.

-Incluso así, hijo mío, no tiene sentido económico acelerar durante todo el viaje, más que para ciertos propósitos.

-¡Las fabricaríamos! Pero ¿quién se atreve a darnos libertad? En más de una ocasión Guthrie se mofó del gobierno, pero nunca hizo nada por quitárnoslo de la espalda. Él también nos temía.

Beynac estuvo a punto de contestar que eso era una tontería. Una empresa de viajes espaciales debería racionalmente acoger con agrado nuevas empresas. La competencia no sería un problema; las líneas existentes tenían más demanda de la que podían cubrir. Sin embargo, por poderosa que Fireball fuese, había límites a su influencia. Rydberg se anticipó.

-He examinado los parámetros de la astronáutica selenita-dijo con su estilo metódico-. Si se tiene acceso a la antimateria por un precio razonable, el viaje con antorcha podría llegar a ser rentable para muchos tipos de viaje, si no para todos. Acelerando a un sexto de *g* constante, una tripulación selenita no requeriría tiempo de centrifugadora. Por tanto, podrían ir menos, incluso ir en solitario. La velocidad en rotación sería proporcionalmente menor que para un *g, y* por tanto, costaría menos en combustible. Por supuesto, el tiempo de tránsito sería mayor, por un factor de aproximadamente la raíz cuadrada de seis, pero eso no representaría demasiada diferencia en el Sistema interior. Incluso este viaje nuestro necesitaría sólo de un mes.

Tenía razón en desviar la conversación de los temas políticos, pensó Beynac. Cuando seis hombres, dos de ellos selenitas, estaban apretujados durante semanas y semanas, se perdían los nervios con mucha facilidad.

¿Hubiese sido mejor haber traído dos o tres mujeres? Era lo habitual en la misiones de Fireball, y realmente en todas las demás empresas espaciales. Pero no, Dagny sin duda tenía razón cuando insistió en lo contrario (y fue, eso sospechaba su marido, la que consiguió que la compañía exigiese una tripulación totalmente masculina). Dado el temperamento selenita, ya creyeses que fuese genético o cultural, la situación podría ser potencialmente explosiva.

Beynac rió un poco. Ella no debería preocuparse de él en ese aspecto, si realmente se preocupaba. Desde el principio, ella había sido mujer suficiente para él, «y un poco más, como decían los norteamericanos.

Había terminado con las obligaciones para con su cuerpo por ese día. Podía arrojar aquel manchado y apestoso chándal al limpiador, bañarse con una esponja, ponerse el mono y buscar el camarote y jugar a algo antes de la próxima comida. Hacía años que no veía *Las bodas de Figaro.* Con auriculares. Era el único hombre a bordo al que le importaba la ópera. Los terrestres de la Luna, aislados de la Tierra y sus hijos, tendían a conservar gustos arcaicos.

Tocó el interruptor de parada. Su peso fue descendiendo a medida

que la centrifugadora se detenía, hasta quedar colgando en medio del aire entre los cables. Agarrándose, tiró de sí mismo y de la plataforma hasta una barra de apoyo, empleando su cinturón de seguridad para asegurar el equipo de gimnasia, y se dirigió a la puerta.

Se abrió. Ilitu metió la cabeza. -Ah, señor, le esperaba-dijo.

-¿Algo va mal? -preguntó Beynac. Fue consciente de la soledad de la nave, apenas una burbuja de metal atravesando el cosmos. -No. Es que han conseguido una buena imagen del asteroide. Pensé que querría verla inmediatamente.

-Sí, claro. Gracias.

Beynac siguió al estudiante por el pasillo axial. El detalle le conmovió. No era el primer gesto amable por parte de Ilitu. Era más... vale, más humano, más abierto que la mayoría de los selenitas. En ocasiones Beynac se sentía más cerca de él que de cualquiera de sus hijos e hijas. Estaba claro que Lars Rydberg, Antonio Oliveira y Manyane Nkuhlu ya habían mirado. Kaino flotaba en solitario en la cabina de control. Siempre estaba deseoso de

realizar los turnos de pilotaje, incluyendo los de cualquier otro, cuando no se dedicaba a incrementar sus habilidades en un simulador, que había insistido se incluyese en el viaje. Su cabeza pelirroja asentía bruscamente, con los ojos fijos en la pantalla. Beynac se acercó, examinó la trayectoria, miró y silbó con suavidad.

El radar ya había establecido las dimensiones del asteroide. Agreste, lleno de bultos, más ancho en un extremo que en el otro, hubiese encajado con comodidad en el interior de un cilindro de unos 300 kilómetros de largo y 100 de ancho. En la máxima amplificación útil, parecía diminuto en medio de la noche que lo rodeaba. Tenía un color pizarroso, punteado de negro, que debían de ser las irregularidades más profundas, exceptuando una amplia zona gris cerca del centro. En un extremo sobresalía algo parecido a una aguja: un peñasco o un pico, destacándose frente a la noche. La rotación era apenas perceptible. Alejándose del Sol, el cuerpo giraba alrededor de un eje una vez cada cinco horas, como si hubiese sido arrojado por un gigante descuidado.

Detectado en el Cinturón, hubiese sido razonablemente interesante. Pero Sacajawea había tenido que recorrer cuatro mil millones de kilómetros más, casi hasta la zona de los cometas.

-Oui, tu voilá -susurró Beynac, y luego añadió en voz más alta para que todos lo oyesen-: Te hemos encontrado, maldito.

Cuando sonó el timbre, Dagny se dirigió con saltos lunares por el pasillo hasta el vestíbulo. Vaciló en la puerta. Le martilleaba el corazón. Nadie en Tychopolis consideraba necesaria una mirilla o un escáner exterior. Así que éste podría ser un visitante casual que se presentase sin avisar... No quería que fuese así. En realidad no. Apretó la mandíbula y abrió la puerta. Más allá se encontraba Hudson Way, un corredor bordeado de maceteros en los que crecían rosas sobre espalderas, la entrada de un vecino al otro lado. Con todos los sentidos al máximo, apreció el olor de las flores con la intensidad de un golpe de espada.

El robot que tenía frente a ella, de dos metros de alto, poseía una figura asombrosamente humana, y sugería una armadura medieval (no, en realidad no, cuando prestabas atención a las articulaciones, los módulos de energía, la torrecilla con el altavoz, los sensores sónicos y el anillo óptico). Lo había visto en un noticiario, porque tenía una forma única y poco práctica para una máquina, a menos que tuviese el propósito que tenía ese día.

Durante un momento, ninguno de los dos se movió. La ciudad zumbaba a lo lejos.

-Hola erijo el robot.

Dagny había oído antes la voz, en los noticiarios, por el teléfono, en sus recuerdos. Era la de Anson Guthrie, no ronca como en sus últimos años, sino fuerte y vibrante. Desafiando toda resolución, sintió que la debilidad se apoderaba de ella.

Luchó por controlarla. -Bienvenido erijo. -¿Puedo pasar?

El robot hablaba con timidez, poco seguro de sí mismo. Debía de haber requerido mucho esfuerzo arreglar las cosas de forma que una manada de curiosos no le siguiese hasta allí, pero Dagny comprendió que habiendo llegado, tampoco sabía muy bien qué decir, y sacó fuerzas de ese conocimiento. «Para eso viniste, ¿no?», se sintió tentada de contestar. Controló el impulso.

-Claro -murmuró, y se hizo a un lado. ¿Debería darle la mano?

El robot pasó a su lado, con un movimiento grácil y un maravilloso diseño tras el metal azulado. Dagny cerró la puerta.

-Thank you-dijo el robot, y se detuvo.

Ella se lo imaginaba analizando la entrada, las paredes recubiertas de roble, el antiguo espejo, la fotografía de la costa de Washington, un

diminuto monumento a una Tierra que ya casi apenas existía. La torrecilla no se movió. El ordenador en su interior transfería la mirada de un par de lentes al siguiente, completando todo el círculo.

Por sí mismo, recordó Dagny, el ordenador tenía sólo dos esferas ópticas, que sobresalían de la carcasa por medio de pedúnculos. El robot no era su cuerpo, no era eso, no era más que un vehículo para usar temporalmente.

De pronto no pudo, no quiso, considerarlo una cosa. Como mínimo allí había algo de Guthrie, y él había sido por completo masculino. Por derecho de herencia, la emulación llevaba su nombre. Que también llevase el género.

-La misma disposición que antes -dijo, con un tono algo más tranquilo. Los expertos afirmaban que tenía humores, sentimientos, quizá diferentes, pero no menos reales-. Me preguntaba si habrías cambiado algo. Ha pasado mucho tiempo, ¿no?

-Sí -le contestó-. ¿Seis años, siete? -Desde la última vez que él, el original, había sido el invitado de Dagny y 'Mond. Después se habían visto en una ocasión en la Tierra (cómo había envejecido, pero seguía tan animado como siempre) y habían hablado de vez en cuando por teléfono casi hasta el final...-. Por aquí, por favor. -Lo dirigió por el pasillo hasta el salón.

Se detuvo casi en el centro. Ella había ajustado la pantalla para que mostrase una visión directa, una imagen desde lo alto de la pared del cráter. Un páramo de sombras y salientes suavemente iluminados se extendía casi hasta el horizonte. Un colector Criswell se encontraba más allá del horizonte, el único punto brillante en todo aquel territorio. En lo alto, la noche formaba su bóveda, la Tierra menguando en su segundo cuarto, una majestuosidad blanquiazulada. No estaba segura de por qué había elegido aquélla y no una de las usuales imágenes grabadas del planeta madre. Quizá, en lo más profundo, no había deseado fingir, o no se había atrevido.

-Aquí tampoco ha cambiado mucho -comentó Guthrie. Descubrió que ella también podía mantener una conversación. -Bien, ya sabes que las viejas parejas casadas adquieren hábitos difíciles de cambiar.

-No me atrevería a afirmar tal cosa de ti y de 'Mond. Todavía no. Probablemente nunca. Él allá fuera en su aventura espacial. Tú dirigiendo la construcción de Astrebourg y, doy por supuesto, haciendo que la vida del gobernador sea un infierno cada vez que se lo merezca. ¡Nada de fingir! Pero entonces ¿qué? Dagny se mordió el labio.

-No sé qué... ofrecerte... Resonó una risa breve.

-No me ofrezcas una taza de té. -Un gesto con una mano que parecía haber sido forjada en un alto horno pero que, en realidad, había crecido en una nanocuba-. Siéntate si lo deseas. -Bajó la voz-. Yo puedo hacerlo. Aquí, en la Luna, no aplastaré la silla.

-No lo necesito, en serio... aquí en la Luna-dijo. Se quedaron en silencio.

Guthrie lo rompió.

-¿Sigue Carla... Jinann viviendo con vosotros?

-Sí -dijo Dagny-, pero está ocupándose de su taller de joyería. Le dije que llamase antes de venir y que quizá le pidiera que durmiese en algún otro sitio.

-¿Por qué, por amor de Dios? -exclamó, exactamente como lo hubiese hecho el hombre. A Dagny se le rompió el corazón-. Me gustaría volver a verla, y a toda tu familia.

-¿De nuevo? -Se le escapó. Se detuvo, horrorizada-. ¡Oh! Oh, Dios, lo siento.

-No lo lamentes-le dijo con delicadeza. -No pretendía...

-Sé que no era tu intención. -Discúlpame.

Buscó la mesa donde había colocado una licorera y varias copas. Había varias porque una sola copa o un par hubiesen afirmado lo que se acababa de escapar de sus labios. Temblando, se sirvió un buen trago y se bebió como un cuarto. El whisky le ardió sobre la lengua y la garganta, directo a la sangre. Había supuesto que lo necesitaría. -No me has ofendido-le dijo-. No me ando por las ramas con mi situación. -Una risa-. No, nada de ramas.

Aquél había sido el whisky favorito de Guthrie. Él se lo había servido por primera vez... ¿hacía cuánto? Y Guthrie ya no volvería a probarlo, nunca, a menos que fuese en un sueño virtual y electrónico. Dagny se volvió para mirarle.

-No debería ser así-protestó con amargura-. Vieja estúpida. El robot se pasó la mano por la parte baja de la torrecilla, como Guthrie se la pasaba por la barbilla.

-Yo no emplearía ninguna de esas palabras. No sólo eres inteligente, sino que sigues siendo una moza hermosa, Diddyboom. Parpadeó y parpadeó. No iba a llorar.

Sin duda él se había dado cuenta, porque se apresuró a añadir:

-Bueno, hoy en día hablo de esas cosas de una forma muy abstracta. Pero tengo mis recuerdos.

-S... sí.

-Sus recuerdos -dijo Guthrie, nuevamente serio-. ¿Debería haberlo dicho de esa forma?

-No lo sé.

Dagny tomó otro trago.

-Es cierto. Claro. Llenaron su sistema nervioso de nanoanalizadores, codificaron el resultado, lo emplearon para programar una red neuronal construida específicamente para ser el análogo exacto de ese cerebro en particular... Well, no tiene sentido repetírtelo. Soy su consecuencia.

¿Cuánto daño podía infligir una emulación? Dagny tomó aliento. -Sin embargo, sigues al pie del cañón. -Sus palabras, después de que muriese Juliana. ¿Qué podría consolar a una emulación?-. Porque te hicieron para que fueses él.

-Para ser como él en ciertos aspectos -la corrigió Guthrie-. No más que eso. -Permaneció en silencio durante un momento-. Cuando le llamé en su lecho de muerte, descubrí, o recordé, muchas cosas sobre ser un hombre.

Contra su voluntad, Dagny se estremeció. -El mundo es ahora muy extraño, ¿no?

-Supongo que siempre lo ha sido -dijo en tono familiar-. ¿Cómo hubiese reaccionado uno de los hombres de las cavernas de 'Mond si te hubiese visto en tu pueblerina juventud? Lo que cambia es el tipo de extrañeza.

El whisky empezó a calentarla.

-Eres... bastante similar a... Tanso -se atrevió a decir. Quiso creer que él había pensado una sonrisa. -Thank you. Se intenta.

-Porque Fireball te necesita. Todos te necesitamos.

-Ésa era la idea general. Personalmente, no creo demasiado en Santa Claus, el ratoncito Pérez ni en el hombre indispensable. Pero sí, hay varios cabos sueltos que atar antes de que pueda dejarlo con la conciencia razonablemente tranquila.

Dagny sintió un escalofrío. -Dejarlo.

-Detenerme -dijo casi a la ligera-. Desconectarme. Borrarme. Como quieras llamarlo.

Dejar de ser. Volvió a beber y obtuvo el coraje para seguir hablando.

-¿Es lo que quieres? -Cuando podría permanecer durante miles de años, quizá para siempre.

En general, el robot permanecía inmóvil. En ocasiones parecía recordar el lenguaje corporal. Se encogió de hombros.

-Oh, no siento pena de mí mismo. Please, concédeme algo de agallas analógicas. Éste es todavía un universo endemoniadamente interesante. Pero entre tú y yo, y jura por el doctor Dolittle que no lo repetirás, estar vivo era mejor.

Dagny se estremeció. ¡Ella no se emularía nunca!

Sí, él era poderoso. Ante él se abrían maravillas que los meros mortales apenas podían imaginar. Pobre y valeroso genio.

-Siempre hiciste lo que considerabas tu deber tal y como lo entendías, ¿no? -dijo Dagny-. Venir a verme en persona, cuando estás tan ocupado y solicitado, es muy amable por tu parte. Ése es mi Tanso.

Una vez más, él volvió a hablar con incomodidad, mientras movía un pie.

-Mm, mi imagen cuando hago declaraciones públicas... fue un error emplearla al telefonearte, Dagny. Comprendí inmediatamente que era un error, y no he dejado de lamentarlo.

Recordó el dolor, pero era vago, como si fuese más remoto que sólo unos pocos ciclodías. Una versión audiovisual sintetizada de Anson Guthrie en su vigorosa mediana edad, controlada por la emulación como el cerebro vivo controla el rostro vivo, podía inspirar a miles o millones de espectadores, o acuchillar a una solitaria nieta. -No importa- murmuró.

-No, sí importa, y mi intención es arreglarlo -insistió Guthrie-. No te mereces falsificaciones zalameras. -Levantó las manos en su dirección-. Seamos sinceros el uno con el otro, tú y yo. -El timbre se niveló-. Porque espero que, en el futuro, trabajemos a menudo juntos, al igual que hiciste con él.

¿Él?, pensó ella. ¿Un ser separado y perdido? ¿Qué era en todo caso una mente, un yo, un alma?

-Gracias -dijo Dagny-. Te lo agradezco más de lo que puedo expresar.

Él había conseguido calmar los fantasmas de su interior.

Con un largo paso de baja gravedad, Dagny se acercó hasta él y tomó las manos entre las suyas. El tacto era un poco frío, pero su volumen le recordó las manos de Tanso.

-Oh, Dagny-dijo.

Cuando ella lo soltó, Guthrie la abrazó, con rapidez y delicadeza. Ésa era la verdadera razón de su visita, pensó. La había amado. Todavía la amaba.

Fue un accidente estúpido el que mató a Edmond Beynac. Pero claro, todos los accidentes son estúpidos, como lo es la mayoría de la historia.

-No, éste no es el antiguo cuerpo perdido de mi hipótesis -le había explicado a Manyane Nkuhlu después de su primera exploración preliminar. El astronauta sabía poco de

geología, pero estaba interesado en aprender-. Maldición, lo dejé bien claro incluso antes de partir. ¿No? Eh, bien, estuviste ocupado al principio, y luego no tuviste ninguna oportunidad de escuchar.

»Lo que tenemos aquí es principalmente metales, hierro, níquel, etcétera, que se fusionaron en su momento. Eso implica que es parte del núcleo de un cuerpo lo suficientemente grande como para haberse fundido y formar un núcleo... Pero no es ese cuerpo, ¿comprendes? La sección plana es la fractura donde se rompió tras una gran colisión. Pero no creo que la colisión destrozase el gran planetoide convirtiéndolo por completo en objetos menores como éste. Un impacto semejante dejaría señales diferentes. Muy posiblemente, el impacto alejó la parte mayor y lanzó los fragmentos a una órbita más excéntrica, que fue cuando Júpiter los atrapó y los envió hacia el exterior. Si no escaparon del Sistema Solar, la nueva órbita debió ser enorme, y durante miles de millones de años, el movimiento de las estrellas ampliarían aún más el perihelio.

-¿La nueva órbita? -preguntó Nkuhlu-. No irá a decir que los trozos permanecieron en grupo, siguiendo un camino idéntico.

La mano de Beynac cortó el aire.

-No, no, claro que no. Sin embargo, cada uno de esos caminos debe de haber sido muy similar. Y en la Nube de Oort... sí, los cometas de allá fuera son muchos, ¡pero a qué distancias en un volumen tan in menso! Los trozos no sufrirían habitualmente ninguna perturbación, sobre todo el más grande. Cierto, poco a poco el grupo se desintegraría. Sin duda un cometa cambió de forma drástica la órbita del que tenemos aquí. Ahora su perihelio es apenas mayor que al principio.

»Eso no puede haber sucedido hace mucho tiempo, quizá unos pocos millones de años, porque la órbita actual es inestable. El encuentro se produjo con toda probabilidad cerca del anterior perihelio.

Más cerca del Sol, la densidad de los cometas es algo mayor. Eso sugiere que el cuerpo mayor no se encuentra a su máxima distancia de nosotros. Puede que podamos hacer cálculos remontándonos en el tiempo y tener más o menos una idea de en dónde buscar...

Beynac levantó las palmas y echó atrás la cabeza.

-¡Pero basta de conferencias! -dijo riendo-. Mis costumbres académicas han tomado el control. Te conseguiré experiencia educativa práctica, amigo mío.

Ése podría ser uno entre los factores que, semanas después, se confabularon para destruirle. A diferencia de los otros, el azar no intervino. Con poco personal y equipo, sus investigaciones precisaban de toda la ayuda que pudiese conseguir. Él e Ilitu no podían ocuparse solos de la penetración, excavación y recogida de muestras. El tiempo en campo abierto se dedicaba generalmente a la exploración en conjunto, la búsqueda de lugares prometedores. En el laboratorio a bordo de *Sacajawea* preparaban muestras para examinarlas, las estudiaban y reconstruían poco a poco una visión del asteroide y su historia. De vez en cuando hacían ejercicio en la centrifugadora, se lavaban, comían o dormían.

La doctrina requería que un hombre que pudiese pilotar la nave de vuelta a casa por sí solo se encontrase siempre en la zona de la sala de control. Eso quería decir Rydberg o Kaino. En realidad, a menudo se refería a ambos, el primero trabajando para mejorar las habilidades del segundo. Nkuhlu y Oliveira estaban libres.

La situación se había establecido desde el principio. Beynac agradecía la oportunidad que tenía su hijo, ya que los líderes de Fireball empezaban a comprender las ventajas de tener algunos pilotos selenitas. Nkuhlu y Oliveira eran veteranos de las piedras. Se habían comportado bien en operaciones con cuerpos rocosos y el traicionero hielo cometario.

Eran técnicos, no científicos o ingenieros. Pero, probablemente, nadie podría haber previsto el peligro. Lo único seguro es que cualquier nueva empresa en el universo se encontrará con sorpresas.

Nunca antes un humano había caminado sobre algo parecido al plano fracturado de aquella astilla cósmica. De unos diez kilómetros de largo y unos veinte de ancho, cortaba transversalmente el irregular cilindro cerca del punto medio. A su alrededor había roca, material más ligero que se había superpuesto al núcleo primordial y se había fijado a él durante la colisión o, inmediatamente después, había caído como una lluvia semifundida. La superficie era oscura e irregular. Las colisiones meteóricas, que la habrían desgastado y llenado de cráteres,

eran muy raras en las regiones por las que había vagado el fragmento. Lo plano de la superficie destacaba contra el paisaje rocoso, su brillo ligeramente agrisado por el polvo; los pequeños cráteres, pocos y muy espaciados.

En el extremo del lado de Orión de la cicatriz se alzaba el pico que Beynac había visto desde el espacio. También debía de haberse formado durante la colisión, una extraña conjunción de fuerzas en aquel punto en especial. Quizá una onda de choque concentrada por un interfaz de densidad había lanzado el metal licuado hacia arriba, formando una fuente que se había solidificado al elevarse. No se trataba de una montaña, sino de una aguja, oscura, barrocamente retorcida y modelada; 1.500 metros desde la base de pedruscos hasta lo alto, que se elevaba como el pico de un águila sobre la plana superficie de la fractura.

Tras ella, había un desierto de roca con diferentes niveles. Cuando lo recorrías a pie, veías una franja de apenas treinta metros de ancho situada entre los irregulares horizontes a izquierda y derecha pero que se perdía en la oscuridad por más de un centenar de kilómetros al " frente. Situándote bajo la aguja y mirando en la otra dirección, veías la planicie, casi por completo carente de rasgos, rodeada de estrellas a ambos lados y por una escarpa hendida al frente, a unos veinte kilómetros de distancia. En lo alto, la oscuridad nocturna estaba repleta de constelaciones, atravesadas por el brillo de la Vía Láctea, acompañada de nebulosas y otras galaxias. Luego el sol se alzaba, convertido en un punto pero todavía intolerablemente feroz, y radiaba más de quinientas veces lo que la luna llena sobre la Tierra. Las estrellas visibles se reducían a unas pocas, pero la figura de *Sacajawea,* en su órbita, podría encontrarse entre ellas. El peso también daba una ligera sensación de, no haberte apartado del todo del hogar de los hombres. Se trataba' de un peso fantasmal en los extremos del asteroide, pero allí, cerca de la masa ferrosa central, superaba una décima de g.

En ese escenario murió Edmond Beynac.

-Subid al pico -ordenó a Nkuhlu y Oliveira-. Por el camino, tomad imágenes y lecturas gamma como es habitual. Lo que quiero que traigáis en las mochilas son trozos de la punta... la posición exacta, medida por láser, ¡no os olvidéis esta vez, maldición! Sí, y un trozo del"; interior a un metro o dos de profundidad. Además de un análisis sísmico. Necesito conocer el interior de esta cosa. ¿Cómo demonios pudo pasar?

Respetaba a los hombres, por lo que no añadió lo evidente: que les había asignado una misión difícil, quizá incluso peligrosa. En cuanto a él, fue con llitu a las tierras desgastadas del otro lado de la cicatriz. Habían encontrado otro enigma que investigar: estratos donde la teoría decía que no debería haber estratos.

La escalada de Nkuhlu y Oliveira resultó ser una pequeña hazaña épica de esas que dan color a toda época heroica. La gravedad era baja, pero el equipo era enorme y el ascenso difícil. Se podía emplear una hora simplemente en examinar el siguiente paso antes de darlo. Aun así, en tres ocasiones uno o el otro podría haberse precipitado a su muerte, de no haber estado ligado a una cuerda sujeta a su anclado compañero aún mejor sujeto. El sistema de

soporte vital funcionaba trabajosamente, los trajes espaciales se calentaban, la respiración se volvía difícil, las bocas se secaban; el descanso se medía en minutos sobre un saliente, el agua se bebía a sorbos por un tubo, las raciones se comían por un tubo... hasta que al fin, en la cumbre, con las rodillas temblándoles, la pareja contempló el paisaje desolado y la inmensidad.

Y en ese momento empezó el verdadero trabajo. Nunca antes habían tenido que trabajar con un material como aquél. No era roca, era metal; no era uniforme sino una aleación múltiple e intrincada, una maraña de capas, trozos enquistados y vacuolas. Cuando cortaban un trozo con una antorcha de iones, saltaban gotas candentes. Cuando usaban un pulso sónico, toda la base se estremecía.

Lo que produjo el desastre fue una minicarga. Debería simplemente haber fracturado una vena plúmbica anómala para separar muestras que pudiesen recoger. En lugar de eso, la explosión encontró una resonancia. Una zona débil que no se había roto durante miles de millones de años cedió. El pico de águila se rompió. Cayeron una docena de grandes fragmentos y un centenar de pedazos pequeños.

Beynac e Ilitu habían vuelto a la planicie, saliendo de una grieta en la que habían iluminado misterios con las lámparas de los cascos. La atravesaban en diagonal, hacia el refugio en el extremo opuesto y hacia el aparato que les llevaría de vuelta a la nave. Las paredes que les rodeaban habían apantallado la radio. En caso contrario, Beynac hubiese oído a sus ayudantes grabando verbalmente lo que iban haciendo. Él les habría advertido. O quizá ni siquiera él se hubiese dado cuenta.

Beynac y su compañero estaban a cielo abierto cuando el saliente se estremeció. Diminutas por la distancia, las rocas empezaron a moverse lentamente. Pero aceleraban, más de un metro por segundo a cada segundo que pasaba. Chocaron contra el suelo a más de doscientos kilómetros por hora. En otro lugar hubiesen rebotado y se hubiesen detenido rápidamente. Allí el suelo era liso y duro. La fricción,

siempre reducida en baja gravedad, era casi nula. El incremento de peso hacia el centro de masa del asteroide le daba una ligera pero real inclinación descendente.

Oliveira y Nkuhlu se tumbaron boca abajo y se agarraron a lo que pudieron mientras el pico se agitaba bajo ellos. El polvo, elevado a lo alto al chocar las piedras, oscureció momentáneamente el cielo. Volvió a caer. Al ponerse en pie, vieron los bloques y la grava dispersarse sobre el hierro de la planicie, una tormenta de metal en dirección a las dos figuras en el medio.

En ese momento oyeron un grito en la radio.

-Nom de *Dieu!Á bas, Ilitx!* Al suelo, al suelo, ¡maldición! Ningún hombre hubiese podido apartarse de algo como aquello. Los geólogos se agacharon. Aun así, vieron cómo las rocas daban saltos en su dirección. Sintieron esos silenciosos impactos a través de los trajes, la carne, los huesos. Saltaron chispas como momentáneas estrellas bajo las estrellas. Había tiempo para pensar, incluso para hablar. Ilitu, un selenita, gritó desafiante. Beynac habló con tono firme: -Si no sobrevivo, decidle a mi Dagny que la amaba. -Por lo demás, desoyó las frenéticas voces que llegaban desde la aguja y la nave. Pero cuando la tormenta le alcanzó, transmitió, seguro que sin darse cuenta-: *O Maman, Maman...*

Ilitu tuvo suerte. Un guijarro le atravesó el traje, le produjo una herida en el hombro y volvió a salir. El agujero pronto se cerró automáticamente. A Edmond Beynac, un trozo del tamaño de un puño le rompió el casco. El aire escapó al vacío. Fue una buena muerte. Quedó inconsciente a los pocos segundos, y murió pronto.

Sus hijos se reunieron con su madre en su hogar en la Luna.

-Sí, más tarde traeremos a más gente a este círculo -dijo Brandir-. Este turno nocturno debe ser sólo para nosotros.

Como su madre y sus hermanos, estaba de pie. A su espalda se encontraba la gran pantalla. La imagen móvil del río Dordoña, el valle verde y un castillo en las cumbres, parecía doblemente alejada de aquella forma alta vestida de negro y plata, de largo pelo pálido y rasgos que no eran del todo asiáticos ni correspondían a ninguna raza de la Tierra. Y sin embargo, pensó Dagny, él también residía como un barón de. antaño en su alta fortaleza montañosa.

-¿Por qué? -preguntó ella. ¿Por qué no, al menos, sus hermanas?

Porque, comprendió, aquellos hombres no habían venido a llorar con ella. Porque lo que oyó fue:

-Debemos vengar a nuestro padre.

-¿Qué? -dijo con sorpresa. ¿Castigar a un montón desierto de roca?

No. Aquella nueva generación era extraña pero estaba cuerda. En todo caso, bajo el aspecto arrogante yacía un realismo innato más frío de lo que le hubiera gustado creer. El lenguaje cambia.

-¿A qué os referís exactamente? -exigió saber.

Kaino era el más directo de todos ellos. Durante su vida, le había visto furioso, rencoroso, sarcástico, hostil, pero nunca tan sombrío. -Tenemos una deuda que saldar con aquellos que causaron su perdición.

Dagny sintió un escalofrío.

-¡Esperad! -gritó-. ¿Esos pobres muchachos que produjeron la lluvia de piedras? ¡No! -Llenó los pulmones, los miró directamente a los ojos y declaró a todos ellos-: Os lo prohibo.

Al regreso de la nave, ella misma había recibido a los dos hombres para darles el consuelo que pudiese ofrecerles.

-No os perdono -les dijo-, porque no tengo nada que perdonar. Nadie hubiese podido preverlo. -Oliveira lloró y le besó las manos. Nkuhlu le dirigió un saludo que hubiese podido usar con el propio Anson Guthrie.

Brandir hizo un gesto de impaciencia.

-No es necesario -contestó-. Ellos son inocentes. Les concedo mi paz. -La arrogancia de Brandir, a ojos de su madre, tenía una cierta inocencia, como si fuese un gato-. Son los señores de la Tierra los que nos han hecho mal.

-Si hubiésemos tenido una nave propia -dijo Kaino entre dientes-, y una tripulación selenita...

-Le hubiese enviado con buen personal y equipado con lo mejor que la técnica pudiese ofrecer-afirmó Brandir.

A estas alturas, probablemente podía permitirse el gasto, pensó Dagny. Sus actividades, las de aquellas personas, en su mayoría jóvenes, que le habían jurado lealtad formaban una red por el globo. Sin embargo, prohibida, entre otras muchas cosas, estaba la construcción de naves espaciales y cualquier empresa lunar que fuese más allá de la Tierra.

-Los selenitas hubiesen apreciado mejor las posibles trampas ocultas-dijo Kaino.

Librodot

-Posiblemente, ni siquiera ellos del todo -contestó Temerir. Dagny centró la mirada en él. Su tercer hijo normalmente se mantenía en silencio hasta que tenía razón para hacer algún comentario significativo. Delgado, de ojos grises, pálido, vestido con un simple mono azul, contrastaba con la elegancia de Brandir y la extravagancia de Kaino. Pero tenía el rostro más puramente selenita de los tres. -No -admitió Brandir-. Pero las posibilidades hubiesen sido mejores.

-Y la empresa nuestra-añadió Kaino. Brandir se volvió a Dagny.

-Ésta será la venganza que nos tomaremos y el memorial que edificaremos dijo--: romperemos la prohibición que se nos ha impuesto y liberaremos Selene en el espacio. Madre, te pedimos tu ayuda.

El pulso de Dagny flojeó, se recuperó y latió con fuerza.

No podían cambiar la ley sin ella. Podrían amasar la fortuna de un dragón, pero políticamente eran enanos, en gran parte porque carecían del don para la política.

Tampoco era que la oratoria, la ocultación de la verdad, las negociaciones secretas, los compromisos, los chantajes, las amenazas, los sobornos, la rotura de promesas, la palabrería y el darse importancia fuesen naturales para ella.

-Yo... no sé-dijo con voz entrecortada.

Miró más allá de Brandir hacia la imagen de Dordoña. Había pasado a ser una zona musgosa de la orilla, oh, ¿podría ser el mismo lugar donde ella y'Mond habían paseado tomados de la mano, se habían detenido, habían hecho saltar piedrecillas por el agua, se habían sentado sobre la superficie blanda y habían dejado que el sol les calentara mientras él le pasaba el brazo por la cintura y la besaba? La barba de Edmond le había rascado un poco...

Era como si la tormenta hubiese pasado de pronto. Había rugido como una loba el primer turno de noche, a solas, después de recibir la noticia, pero había incontables cosas por hacer y decir, era necesario fabricar incontables sonrisas, por lo que era mejor dejar que el autómata ejecutase su programa y desconectarlo a la hora de dormir. El vacío podía esperarla, porque nunca desaparecería.

En aquel momento...

Debía aguantar un poco, sólo un poco más. Luego podría perderse en las lágrimas. Luego podría repasar la mesa de Edmond, la ropa de Edmond, los libros de Edmond, la base de datos de las llamadas y mensajes que le había enviado mientras estaba de exploración, todos sus años juntos, ciclodía a ciclodía. Entonces podría saber con todo su ser que él se había ido a la eternidad, aceptar el hecho, y calentarse en los recuerdos de Edmond.

Todavía no, todavía no. En ese instante, con los ojos de sus hijos apuntándole como pistolas, tenía trabajo que hacer. El dios trino de Edmond Beynac había estado formado por parentesco, verdad y libertad.

Se enderezó. Sus músculos sintieron placer al moverse. -Vale -dijo-. Lo intentaré. Haré todo lo que pueda.

La política era algo más que fraude y brutalidad, pensó. En realidad, la mayor parte de la política era sincera, simplemente una forma en que la gente ordenaba sus asuntos comunes. Suponía que podría empezar hablando con el tecnocomisionado Lefevre. Él y 'Mond habían sido muy buenos amigos...

Kaino la abrazó. No lo había hecho desde que tenía diez años. No iba a llorar.

Se apartó.

-No esperéis milagros-dijo ella con rapidez-. Puede que consiga algo o puede que no. En el mejor de los casos, requerirá tiempo, y tendremos que buscar aliados.

Brandir asintió.

-Cualquier cosa que necesites que nosotros tres podamos darte, lo tendrás -dijo-, incluyendo nuestra paciencia.

-Bien, para empezar, vuestras hermanas... Verdea en todo caso. Podría producir el tipo de sentimiento general que deseamos. -Como Shelley y Byron habían hecho por la liberación de Grecia, Solzhenitsyn por Rusia, Jaynes por Norteamérica.

-Y Fia, sí, creo que Fia-murmuró Brandir.

Helen, de mechones oscuros, ojos marrones, reservada, formal, hermética, excepto en todo lo que se refería a la música... Carla-Jinann, no, hasta que las cosas llegasen al punto de la presión emocional, discursos, desfiles, manifestaciones, peticiones, en cuyo momento ella podría ser un elemento valioso entre los moradores de la Luna, los expresivos terrestres y los remotos selenitas...

-¿Cuánto tiempo estimas?-le espetó Kaino. Ella sintió su anhelo.

-No lo sé, ya os lo he dicho -susurró.

-Yo también debo beber del tiempo-dijo Temerir. Sorprendida, Dagny miró hacia donde se encontraba él frente a las flores.

-¿Qué? ¿Porqué? -le preguntó.

-Tengo la intención de buscar el gran planetoide con el que soñaba mi padre -contestó el astrónomo. Brandir le estaba construyendo un observatorio personal en la cara oculta-. La búsqueda probablemente consumirá años. Más aún porque será nuestro secreto.

-¿Eh? ¿Un proyecto científico secreto? ¿Le dedicarás tiempo cuando nadie esté mirando? ¿Cómo vas a hacerlo, por amor de Dios? Él extendió los dedos. Sus padres se hubiesen encogido de hombros. -La empresa de padre me ha dado muchas pistas a seguir. Pero muy pocos han prestado atención a sus ideas sobre el Sistema Solar primitivo. Se las consideraba idiosincrasias de una mente por lo demás poderosa. Debería ser fácil dejar que el asunto vuelva a la oscuridad... con tu ayuda, madre. ¿Quién sabe lo que un selenita podría llegar a descubrir? -La mirada invernal se centró en ella-. A menos que todos los aquí presentes juren silencio, no realizaré la búsqueda que deseo hacer en honor a Edmond Beynac.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dagny. ¿Era aquél, a su modo, el más formidable de sus hijos?

21

Vistas desde arriba, las praderas se extendían hasta el infinito, bajo un cielo azul igualmente inmenso. A veces, el viento producía ondas que recorrían la hierba, formando rápidas y delicadas sombras; Kenmuir casi podía oírla agitarse, oler los aromas del crecimiento y de la tierra calentada por el sol. Donde el terreno se hundía para producir una zona húmeda, los árboles rodeaban el agua e incontables alas la sobrevolaban. Unas pocas carreteras la atravesaban rectas como flechas, con casi ningún movimiento sobre sus superficies. Las torres de transmisión eran edificios solitarios. No parecían en modo alguno romper el paisaje. En lugar de eso, aquellas formas esbeltas grácilmente coronadas destacaban la vida que las rodeaba.

Vida que, en cierta forma, también protegían, pensó Kenmuir. Formaban parte integral de la tecnología y, sí, del sistema social que mantenía todo aquello. No había bastado con el declive de la población, las plantaciones alteradas por ingeniería genética para que fuesen más eficaces y la síntesis directa que, en combinación, habían vaciado muchas viejas zonas agrícolas. Para reestablecer una ecología en equilibrio; en muchas ocasiones, para recrearla y mantenerla se necesitaban algo más que buenos deseos y capacidad económica. Exigía un análisis, una comprensión de la totalidad, más allá de la capacidad de los cerebros humanos por sí solos.

Sí, pensó, el cibercosmos llevaba mejor que la humanidad las tareas de administrar la biosfera. Mientras los gobiernos siguiesen sus consejos, la Tierra sería un lugar verde.

¿Consejos? ¿U órdenes? ¿Cuál era la diferencia? Aceptabas una recomendación porque tenía sentido y con el tiempo descubrías que no había vuelta atrás, porque, al final, demasiada gente dependía de ellas; así que aceptabas la siguiente recomendación. Pero ¿no había sido siempre así? Y la política meramente humana, miope, ignorante, supersticiosa y llena de pasiones animales repetía continuamente los mismos terribles errores. En una ocasión, Kenmuir había leído un comentario de Anson Guthrie: «¿Es libertad estar encerrado en una jaula más ancha que la distancia que te apetece recorrer?»

Dejó de soñar y miró a su alrededor. A lo lejos se veían tres voladores, y un suborbital era una rápida chispa atravesando el cielo. A sus pies vio otros destellos; máquinas de transporte terrestre, inspección o máquinas que cuidaban del campo. Unos árboles daban sombra a una pequeña ciudad. Qué blanca y pacífica parecía. Suponía que sus habitantes eran todos personas que disfrutaban de un entorno como aquél. Aquellos que no se limitaban a vivir del crédito probablemente trabajaban por telepresencia, exceptuando los servicios públicos locales. Y tenían sus aficiones, deportes, viajes, asuntos cívicos, quizá algunas ceremonias especiales; y claro, de vez en cuando, bajo la superficie, las vidas privadas se enredaban y acababan en tormenta como siempre. Así era, a su modo, la comunidad en la que había crecido.

Pero en las noches despejadas se alejaba de ella y desde lo alto de una colina ansiaba las estrellas. ¿Cuántos quedaban que todavía lo hacían? ¿Con qué derecho les iba a negar Lilisaire un sentido a sus vidas?

-¡Maldición! -murmuró Kenmuir-. Tienes un verdadero don para malgastar el tiempo, ¿no, muchacho? -Ya se había preocupado lo suficiente en el campo de los secanos después de la partida de Alelta y antes de que llegase el volador. Si tenía la intención de cumplir con sus compromisos, y así era, aquellos momentos de indecisión eran, al fin y al cabo, traición.

Librodot

Después de todo, el fin era simplemente recuperar una información que podría estar reteniéndose de forma ilegal. Si era importante, y si la Asamblea y el Consejo de la Federación la poseían, entonces todo el que hubiese querido acceder a ella lo hubiese hecho. Pero nadie la conocía. Y la democracia, la misma racionalidad, era imposible sin los datos adecuados.

Podría quejarse a sus legisladores y defensores; o podría realizar una petición pública para que se revelase y ser dado de lado como un chalado.

Si el asunto salía a la luz pública... Por vagas que fuesen las esperanzas de Lilisaire, debía de estar desesperada. Seguro que no esperaba que la información por sí misma fuese la causa de la cancelación del proyecto Hábitat, ¿no? No, de alguna forma soñaba con obtener el poder para forzar el fin del proyecto. Pero ¿cómo? ¿Una antigua arma que pudiese disparar? Un absurdo monstruoso.

Cierto era que los selenitas en el espacio, aun siendo pocos y estando muy dispersos, poseían un aterrador potencial militar. Cualquiera que tuviese naves poseía ese potencial militar. Pero levantarlos en armas, unirlos, conseguir que actuasen de forma conjunta y disciplinada antes de que la Autoridad de Paz pudiese detenerlos... ¿qué revelación imaginable podría hacerlo? Nunca habían sido cruzados. Ver Selene ocupada por los terrestres aumentaría la amargura de los selenitas del espacio, de los asteritas, de los marcianos, de los colonos de los satélites, pero no les haría embarcarse en una guerra que perderían con casi total seguridad. Ni siquiera los selenitas de la Luna se rebelarían.

Kenmuir había decidido que la búsqueda de la verdad ya había proporcionado a Lilisaire pistas que no compartía con nadie.

A solas en el desierto, había maldecido el lazo que le unía a ella. Se había jurado que eso no le obligaría a hacer nada realmente perjudicial. Prefería vivir sin ella que causar daño. Quizá hubiese renunciado ya, si no fuese por Aleka. Aunque apenas conocía a la chica, no le parecía una criminal, una fanática o una farsante. Tenía su propia causa, pero no creía que la ligase a otra que considerase mala. Por tanto, podía seguir aunque fuese un poco, atravesando aquella neblina de incógnitas.

Durante un momento, consideró la posibilidad de realizar una búsqueda de datos sobre ella. Tenía algunas pistas para empezar: origen hawaiano, relación con metamorfos... sí, recordaba algo sobre una sociedad distinta en aquellas regiones... Pero no. Si la realizaba por los canales normales, era concebible que eso alertase a la oposición. Además, necesitaba saber más sobre su punto de destino. Sería de esperar que un visitante consultase esa información, y no llamaría la atención; Bramland era otro lugar curioso.

Frente a él, se levantaron nubes en el horizonte. Al principio relucían como nieve, luego estuvo debajo de ellas y los verdes empalidecieron y el cielo se volvió de un gris monótono. La predicción era que estaría nublado durante varios días. No evitaría totalmente la vigilancia de los satélites, pero bloquearía lo suficiente la parte óptica. Eso si el sistema estaba examinando todo el planeta en su busca.

Pero en ese caso, desafiaba a alguien o algo que podía dar semejante orden... ¿La Federación? Evitó un estremecimiento. Cerró la mandíbula. Si querían que se detuviese, que se lo exigiesen oficial mente, con sinceridad, por medio de un anuncio público en la red global si era necesario. Y que se molestasen en explicarle la razón. Mientras tanto, le bastaría con que Aleka le diera una explicación... Pero mejor era empezar por Bramland.

El terminal del volador le mostró una breve historia. La mayoría eran los habituales clichés sociotécnicos. Diversos grupos, étnicos, culturales, religiosos o simplemente excéntricos, luchaban por mantener vivas sus identidades. Rara vez rechazaban las ventajas y servicios básicos del mundo moderno y, en realidad, su productividad y paz era lo que en general les permitía existir; pero daban la espalda a su racionalidad impersonal. El ser humano

Librodot

había evolucionado como una criatura tribal, y la necesidad de pertenecer a una tribu era casi tan fuerte como el sexo. ¿Qué ofrecía la Hermandad Fireball...? Los mismos selenitas tenían sus lealtades feudales.

Los movimientos en pro de un secesión parcial habían sido especialmente fuertes en Norteamérica durante el período de convulsión que siguió a la caída de los avantistas. Entre los que se encontraron metidos en el asunto estaban antiguos guerrilleros de la resistencia, diversos no conformistas y ciertos criminales que esperaban ganar algo de legitimidad bajo las nuevas condiciones. Combinaron sus recursos y adquirieron una gran extensión de tierra.

La Tercera República no se lo impidió. La nación estaba tan fragmentada en aquel momento que no podía realmente hacer nada. Como mucho, les exigieron que respetasen ciertas regulaciones medioambientales. A los bramlandos no les importó. Buscaban una vida que les pareciese natural. Fundaron villas, esparcidas por el territorio, pocas de ellas con una población superior a 500 adultos, un tamaño

que permitía a todos participar en los asuntos públicos. Con el paso de las generaciones, otras gentes con ideas similares se habían unido a ellos mientras que los insatisfechos habían partido; y así evolucionó la cultura. No había escasez de desarrollos paralelos.

Pero la evolución toma sus propios caminos a ciegas, y la selección actuando sobre mutaciones al azar y la deriva genética puede forzarla en curiosas direcciones. En esos momentos, los vestigios de democracia que sobrevivían en Bramland eran puramente ceremoniales. Eran los rituales, los tabúes y el estatus lo que satisfacía el deseo de sus miembros comunes de obtener una buena posición y sentido vital, la sensación de pertenecer a una comunidad y de valer algo. Algunos hombres se dedicaban a las artes y los negocios, pero como actividad secundaria a su verdadera dedicación... como guerreros, sacerdotes, cazadores ocasionales. Las mujeres encontraban satisfacción en sus hermandades y como amas de casa, artistas sexuales y madres ocasionales. El alcalde de una ciudad quizá prestase atención a los ancianos del lugar, pero por lo demás era un monarca absoluto. Había ganado esa posición desafiando y derrotando al antiguo titular en un conjunto de pruebas atléticas que, frecuentemente, terminaban en muerte. Las disputas con sus iguales llevaban a «juegos» igualmente violentos entre villas.

Ninguna queja pasaba por encima de su autoridad de forma que forzase la intervención del gobierno de Norteamérica. Después de todo, pocas de esas muertes en duelo o guerra eran permanentes. Había criocámaras preparadas, y los caídos se llevaban con rapidez a la estación médica más cercana para su renacimiento o reparación. Quizá en algunas ocasiones, pensó Kenmuir, eran las heridas menores las que precisaban de mayor tiempo y esfuerzo: cirugía, regeneración y terapia física.

Además, cualquiera a quien no le gustase esa forma de vida podía irse cuando quisiera. Si una sociedad no representaba ninguna amenaza para el mundo exterior, entrometerse podría sentar un peligroso precedente. Compartían el interés, y su influencia política, para evitar que tal cosa sucediese. El cibercosmos nunca aconsejaba lo contrario. Ya habían pasado los malos días de antaño en que la ley restringía la asociación voluntaria. Los bramlandos vivían felices, ¿no?

Sí, pensó Kenmuir, era evidente que la mayoría de los bramlandos eran felices. No eran excesivamente inteligentes. La autoselección se había encargado de ello.

Ya había terminado con los conocimientos base. Pidió noticias recientes de los distintos asentamientos. Rara vez aparecían en las emisiones regulares -¿a quién le importaba?-, pero claro está, el sofotecto que servía allí pasaba sus observaciones a la base de datos general.

No informaban de nada importante. Bien, Joetown y Three Corners estaban enfrentados. Una batalla campal no había resuelto nada, así que las bandas de hombres se cazaban unos a otros por entre los campos y las riberas. Nada de armas, claro que no, sólo era deporte... con garrotes bien afilados, golpes de kárate, piedras... Los heridos se apilaban. Sería mejor evitar esa zona.

Se decidió por Overburg. El alcalde estaba peleado con el de Elville, pero todavía no se había producido ninguna riña y era posible que se llegase a un acuerdo. Además, Overburg, más grande que la media,

tenía posada. Había movimiento y comercio entre las villas, así como visitas del exterior. Kenmuir dio instrucciones al volador y sintió cómo cambiaba de rumbo.

Aparecieron zonas de cultivo. Los habitantes cultivaban, procesaban y fabricaban diversos productos para uso propio y para vender. Lo llamaban «independencia» y quizá lo fuese... espiritual, otro conjunto de rituales. Lo verdaderamente necesario venía por transporte y se pagaba con créditos.

-Mensaje -anunció el volador.

Kenmuir se puso en tensión. En la pantalla que tenía frente a él apareció el rostro de un hombre. Era delgado, pálido y formal. Una cinta en la cabeza se curvaba hacia arriba y terminaba en una filigrana plateada, y sobre la blusa le caía un collar con colgante. Insignias del cargo, supuso Kenmuir.

-Comisonao de puerto de su Potencia el Calde Bruno de Gran Overburg -se identificó en una especie de anglo-. Su vehículo señala intención de aterrizá. ¿Tiene permiso?

-¿Perdone?

-Permiso. ¿No tiene? ¿Quiénes, sir? ¿Qué quiere?

-¿Desde cuándo exige permiso un campo de aterrizaje público? ¿Tienen problemas?

-Los tendrá si lo intenta. Diga nombre y manifieste asunto. Kenmuir controló su furia. La burocracia era también una forma de hacer que la gente se sintiese importante.

-No deseaba ofenderle, señor. Mi nombre es Hannibal, voy de camino a la costa oeste y me gustaría parar aquí durante un día o dos. No puedo ser la primera persona que llega sin pedir permiso por adelantado.

-No suena norteamérico.

-Soy, eh, europeo, y.. ¿Qué demonios? ¿Puedo aterrizar o no? -Vale. Tendrá que presentarse a Calde. Se le concede permiso temporá.

Se veía la ciudad. Las casas que formaban las estrechas calles no parecían muy diferentes de aquellas que Kenmuir había visto antes; diseño arcaico y materiales modernos, con tejados inclinados y latera les de losa. En el centro se hallaba una plaza pavimentada, rodeada de grandes edificios. Kenmuir supuso que se usaban como mercados, lugares de reunión, almacenes y similares. El mayor, de pilares ornamentados, debía de ser el ayuntamiento, el palacio del alcalde o algo así. Un pequeño campo aéreo, con garajes y terminales, se encontraba más allá de las viviendas. Aterrizó, agarró la maleta que Aleka le había dejado y desembarcó a un calor húmedo.

El comisionado del puerto le aguardaba, acompañado de cuatro hombres corpulentos. Con aquel clima, vestían ropas sueltas y llamativas. El pelo largo y trenzado les caía por debajo de filetes con dibujos que presumiblemente indicaban rango o descendencia. Cada uno de ellos llevaba un cuchillo envainado y un bastón con una bola de bronce en el extremo, capaz de fracturar un cráneo.

-Por aquí para inspecció aduanas --dijo el comisionado, y se dirigió hacia la terminal.

Se trataba de una estructura estándar automatizada, por lo demás desierta. Hizo que Kenmuir abriese su bolsa y examinó el contenido. Era lo que Aleka le había dado, un equipo de baño y mudas. Casi con renuencia, se la devolvió.

-Llamé --dijo-. Su graciosa Potencia encantado de recibirle inmediatamente. Escortale, Jeb. -Un hombre delgado, común y sin armas no necesitaba demasiada vigilancia.

Estaban a unos diez o quince minutos del centro. Los intentos de Kenmuir por conversar fueron infructuosos. Jeb estaba demasiado ocupado con la dignidad de su puesto. Pasaron algunos coches, pero el tráfico estaba compuesto sobre todo por peatones. Las mujeres vestían túnicas sueltas y a menudo portaban cestos. Iban en grupos hablando entre sí, en ocasiones con uno o dos de los escasos y apreciados niños. Igualmente, los hombres permanecían con su propio sexo, o estaban sentados en los porches, bebiendo y jugando. Algunos de ellos llevaban complejos tatuajes, y ninguno parecía haber eliminado las cicatrices. Eran emblemas de orgullo.

De vez en cuando, Kenmuir pasaba frente a un taller y veía a un hombre fabricando algo -un utensilio, un mueble, un elemento decorativo-sin herramientas más complejas que un taladro. El estilo y la ejecución se le antojaron primitivos. Pero en general, la gente parecía muy feliz; veía sonrisas, oía risas y charlas animadas. Las palabras que escuchaba se referían a chismes: el tiempo, la cosecha, la pesca, la maldad de Elville, «ya... razón... ja, ja...». Pensó que si tenía que pasar allí algún tiempo esperaba que se declarase una guerra antes de volverse loco de aburrimiento.

Las columnas del palacio representaban monstruos feroces. Dos guardias protegían la entrada.

-Ahora sé respeto-le advirtió Jeb-. Dobla rodilla.

Una cámara se extendía ancha y larga. Kenmuir distinguió escudos pintados en las paredes y banderolas colgando de las vigas. Una franja de alfombra escarlata llevaba hasta una tarima al otro extremo. Allí, sobre un trono bajo un dosel, estaba sentado Bruno, alcalde de Overburg. Cuatro jóvenes, lujosa y escasamente vestidas, se mostraban sobre cojines a ambos lados. Había seis guerreros de guardia, junto con pajes esperando órdenes. También estaban presentes media docena de ancianos; Kenmuir no estaba seguro de si eran consejeros, cortesanos, solicitantes o visitas sociales. Él avanzó junto con su escolta entre el silencio y las miradas.

Jeb se detuvo a un metro de la tarima. Kenmuir también lo hizo. Jeb saludó, con la palma sobre la frente.

-El extranjero, señorísimo -anunció. Kenmuir recordó inclinarse, con algo de torpeza.

-Ah, sí-retumbó el alcalde-. Nombre y propósito.

Era un hombre enorme, y muy musculado. Una cabellera rubia descendía más allá de una cara con la barbilla prominente, donde crecía una barba, aparentemente un hecho único en aquel lugar. ¿Una señal del cargo, como la banda de cabeza con cuerno y la cadena de oro? Una camisa grasienta se abría sobre un pecho peludo. El cuchillo envainado sobre el pantalón era muy grande. Llevaba los pies desnudos y sin lavar. En la mano derecha sostenía una copa de madera.

-Hannibal, señor -contestó Kenmuir. Él y Aleka se habían puesto de acuerdo en ese alias. No daba pistas sobre su identidad, mientras era lo suficientemente raro como para que ella identificase con seguridad el mensaje que él pondría en la base del boletín público, informándole de su paradero, tan pronto como supiese cuál sería. -Hannibal, ¿no? ¿No caníbal? -Bruno rió a carcajadas. Hombres y muchachos rieron obedientemente. Las mujeres

lanzaron risitas. Kenmuir pensó que dos de ellas las forzaban, y que las miradas que dirigían al alcalde eran de miedo. Las otras quizá estaban satisfechas con su posición.

Bruno se inclinó hacia delante.

-¿Por qué tú aquí? ¿Espía? ¿Agente? ¿Ja? -Volvió a sentarse, expectante, y bebió de la copa.

No podía hacer nada peor que expulsar al recién llegado. ¿No? Quizá. En todo caso, eso sería una incomodidad infernal.

-Le aseguro, señor-susurró Kenmuir-, que soy un particular sin la más mínima intención de hacer daño. Una amiga y yo vamos a pasar un tiempo en la reserva del Lago Superior. En el último minuto, sufrió un retraso. He oído cosas interesantes sobre su comunidad, y me gustaría pasar aquí un día o dos hasta que ella pueda reunirse conmigo. -Extranjeros curiosos seguramente venían de vez en cuando, e incluso muy a menudo-. Comprenda, comercio con obras únicas hechas a mano y tengo entendido que poseen expertos artesanos. -¿Cuándo se rechazaban los halagos, o el dinero?

Bruno levantó las cejas. -¿Amiga, dices?

-Bien, sí, una joven -contestó Kenmuir, armándose de paciencia. Alguien rió por lo bajo-. ¿Podría ocuparme de que obtuviese permiso para aterrizar y dar un vistazo? -En algún momento, él y Aleka debían tener una charla en serio. Aquélla podría ser su última oportunidad antes de saltar a lo irrevocable.

Joven. Mm. Sí -meditó Bruno. Kenmuir pensó en engranajes girando lentamente-. Sí. Vale. Ve oficial salud, te dé permiso, puedes quedar. En la posada. -Gastar dinero.

La entrevista no había ido muy mal. Ninguna gran sorpresa. Kenmuir claramente no venía de la odiada Elville.

Bruno le miró.

-Tasa aterrizaje. Casi olvido. Tasa aterrizaje. Diez, eh, quince umus. Cada uno. Puedes pagar por dos. A mí.

Extorsión, pero Kenmuir decidió no mentar la ley.

-¿Le importa que sea en efectivo?-Si usaba su cuenta, alertaría a cualquier programa de búsqueda.

-¿Efectivo? ¿Eh? Na, na, efectivo está bien. -Los gestos de Bruno sugerían que estaba más que bien. Quizá tenía operaciones propias que no quería que nadie controlase. Aceptó los billetes y los contó dos veces, moviendo los labios-. Vale, guardia, llévale a oficial salud, y cuando autorizado muéstrale posada. -Medio cordialmente añadió-: Quizá hablemos más tarde, Hannibal. Quizá invite a una copa. Sí, quizá incluso... -Asintió y guiñó el ojo, a derecha e izquierda, a sus mujeres. Dos de ellas sonrieron.

Jeb saludó y se llevó a Kenmuir.

-Por aquí -le indicó-. Atraviesa la plaza. Clínica allí, ¿ves?

Al final comprendió. «Oficial salud» no le había parecido más que otro funcionario tribal. Pero por las palabras de Bruno comprendía que allí le aguardaba un sofotecto.

Kenmuir dio un traspié. Casi clavó los talones. Jeb lo miró inquisitivo. No. Debía proseguir. Volver de pronto al volador y salir de allí provocaría muchas preguntas.

-Perdóneme -dijo, y siguió andando.

¿Por qué quería Bruno la aprobación de una máquina? ¿Exceso de celo? El alcalde, como el comisionado del puerto, no tenía muchas oportunidades de demostrar todo su poder en presencia de los extraños. ¿O pretendía Bruno estar a buenas con el gobierno, parecer

Librodot

cooperador? Temería que en algún momento, estuviese la política de por medio o no, se pudieran tomar medidas contra las practicas locales.

Eso no importaba. Lo que Kenmuir debía hacer era pasar por lo que decía ser. Tragó saliva, se aclaró la garganta y le ordenó a los músculos de la espalda que se relajasen.

En el exterior, la clínica era similar a los edificios vecinos. La sala de recepción estaba tranquilizadoramente decorada con arte bramlando de bastante mala calidad. Detrás, sabía Kenmuir, había equipo avanzado para tratar la mayor parte de las enfermedades y heridas. Era también lo que el sofotecto empleaba para controlar la salubridad y la salud biológica de la tierra circundante. La ciudad de su infancia, también aislada, había tenido un asistente similar. La gente de allí lo llamaba el cuidador, cuando no decía «Viejo Angus».

La forma era estremecedoramente similar: un bloque con cuatro patas, seis brazos, con una torre con sensores y un cerebro electrofotónico, que contenía el núcleo de energía y la antena de comunicaciones retráctil. La voz era masculina, profunda y resonante.

-Hola, ¿cómo puedo ayudarle?

-Este tipo quiere quedar un par días -explicó Jeb-. Alcalde quiere aprobación.

-Ah. -El acento se hizo educado-. Welcome, sir. Please, siéntese. Estoy seguro de que es sólo una formalidad. Todo el mundo anda tenso, con esta desafortunada fricción con Elville. Mi equivalente en

esa ciudad y yo intentamos arreglarlo, pero... -El par de brazos flexibles se encogieron-. Jeb, puedes irte.

-¿No necesita?

-Claro que no. He dicho que puedes irte. -El tono era ligeramente más autoritario. Jeb inclinó la cabeza, quizá de forma inconsciente, y se fue.

-Siéntese -le invitó el sofotecto-. Sospecho que ha pasado un rato ligeramente desagradable. ¿Le gustaría un poco de café, té o algún tipo de whisky?

Kenmuir ocupó un sillón. Su cuerpo se resistió al abrazo ajustable, pero mantuvo la cara impasible.

-No, gracias. Estoy en trayectoria, en serio. El sofotecto examinó la expresión.

-Ah, ¿se ocupa del espacio? Qué interesante. Sería nuestro primer visitante que no viene de esta Tierra terrenal. -Lanzó un risa. Kenmuir se maldijo a sí mismo.

-No, yo... tengo un amigo en el Servicio y he estado en la Luna en una ocasión. Eso es todo.

Detalló su historia y esperó con nervios en el estómago. Que eligiese un nombre como Hannibal no tenía nada de raro, podría ser un capricho, pero ¿qué haría si el oficial le pedía su número de registro?

Tampoco tendría por qué ser fatal, pensó bajo los truenos. Por el momento, lo que tenía delante era una personalidad separada. Podría no haber recibido ninguna razón para sospechar. (A menos que el cibercosmos hubiese contactado hasta la última unidad sobre el planeta... pero semejante esfuerzo en el estado actual de cosas era muy poco probable. Los canales y la capacidad de proceso de datos quedarían colapsados...) Podría incluso no llamar para preguntar si se buscaba por algo a un hombre con esa identificación. Después de todo, si lo hacía, iniciaría una búsqueda global de datos para determinar si tal número era falso.

-Comprendo -dijo el sofotecto con calma-. Well, déjeme que me repita, welcome. O, en su idioma, bienvenido. Espero que usted y su amiga por llegar disfruten de su estancia.

La voz era cálida. ¿Podría ser sincero el deseo? ¿Por qué no? Kenmuir recordó. El Viejo Angus, confortándole cuando era pequeño y se había roto una costilla, contándole fábulas y cantándole una canción... Viejo Angus, consejero, árbitro de disputas, escuchando pacientemente a un muchacho que estaba imposiblemente enamorado... Viejo Angus, cortésmente informando al consejo de la ciudad que debía imponer un límite a la recogida de mejillones si no quería que el gobierno estacionase una patrulla en la bahía... Viejo Angus, aconsejándole a un joven que ciertamente parecía tener el potencial de convertirse en piloto espacial y que debía intentarlo...

¿En Overburg le habrían puesto nombre a su sofotecto y le daban su afecto?

Kenmuir se agitó. -Entonces, me iré -dijo. El oficial levantó una mano humanoide.

-Un momento, please. Me gustaría advertirle. Ésta es una sociedad difícil. El conflicto entre los jefes no ha mejorado la situación. Tenga cuidado, siempre. Especialmente después de la llegada de su amiga. Es una mujer y tengo la impresión de que es atractiva. Mejor será que no llame la atención y que no permanezca aquí más de lo necesario. ¿Me comprende?

-Creo... creo que sí-contestó Kenmuir.

Principalmente pensaba en lo bien que la máquina le había leído. Pero ¿por qué no iba a hacerlo? Si allí no había glándulas, había sus equivalentes, impulsos, intuiciones, acompañados de un intelecto probablemente superior al suyo.

Claramente superior, si comprendías que se trataba de un avatar del cibercosmos, fusionándose una y otra vez con el todo, en ocasiones remodelándose, siempre volviendo con recuerdos de esa gigantesca unidad, incluso un atisbo de la Teramente. Claro que interpretaba sus expresiones, lenguaje corporal y lo que no decía; y sin usar lo que podría bien llamarse empatía, o simpatía real. La máquina, Viejo Angus, toda inteligencia electrofotónica y, sí, los humildes robots sin conciencia eran olas del mismo océano.

El equipo óptico brilló. ¿Cuánto leían en su cara y cuerpo? ¿Cuánto de él entraría esa mente en la base de datos la próxima vez que informase de lo que había observado?

Para él, llevar una máscara viva hubiese sido un ejercicio en la futilidad, porque no estaba entrenado para hacerlo. Peor aún, le hubiese hecho destacar. Después de eso, una comprobación rápida de datos somáticos, que seguro que estaban archivados, hubiese sido causa para arrestarle.

Su esperanza se encontraba en seguir pasando desapercibido. Ése era su refugio en la abrumadora inmensidad de la base de datos... durante un tiempo. No importaba lo cuidadosamente diseñado que estuviese el árbol de búsqueda, examinar, extraer y evaluar precisaban

tiempo. Hasta que los cazadores no tuviesen una idea clara de lo que debían buscar, sus máquinas podían pasar días, semanas, entre las permutaciones de dos mil millones de humanos. No es que fuese a pasar. Se necesitaban demasiadas partes del sistema para mantener la civilización en marcha.

No debía darle a aquel amable ser razón para requerirle más información.

-Sí. Gracias. Pero, eh, se refiere...

-Un alcalde en Bramland puede ordenar a cualquier mujer que se una a él durante el tiempo que él desee. Es la costumbre; rara vez se oponen. Es más, se lo considera un honor. -Aquellas que se opusiesen podían, en teoría, tomar el siguiente vuelo que las sacase de la ciudad. Teóricamente. Por tanto, la autoridad ignoraba todo aquel asunto-. Normalmente no se molestaría a una visitante. Pero nuestro alcalde actual... Quizá le apetezca encontrarse con su amiga en algún otro sitio.

Kenmuir lo consideró. Otro movimiento podría llamar la atención, más aún si Bruno se ofendía y empezaba a hacer llamadas. -No, gracias de nuevo, pero espero que no tengamos problema. No querrá que se presenten cargos contra él, ¿no? De todas formas, lo más probable es que no llegue a verla. -Se puso en pie-. Buenos días, oficial.

-Buenos días tenga usted -dijo el sofotecto.

Jeb le esperaba fuera. Obstinado, guió a Kenmuir hasta la posada. A pesar de todo, el astronauta se sentía alegre. Había llegado hasta allí. ¿No exageraban él y Alelta los peligros? Lo que les quedaba por delante podría ser sencillo, hasta que -sintió la emoción- les llevase hasta lo que se hubiese descubierto y hecho, hacía mucho tiempo, en Selene.

22
La madre de la Luna

Desde lo alto, el observatorio de Temerir contemplaba la amplitud del páramo de cráteres que era la cara oculta de la Luna. Un sol bajo llenaba la región de sombras intrincadas y resaltes pardos. Había ajustado la pantalla del salón para mostrar esa escena, no como la hubiese visto el ojo humano sino con el resplandor reducido y aumentando las radiaciones menores... allí el disco solar relucía suavemente entre alas zodiacales y las estrellas eran como gotas de fuego arrojadas fuera de la Vía Láctea. Por lo demás, la sala estaba decorada con austeridad, tan sobria como su dueño. Sobre una mesa, una escultura abstracta de lava parecía un grueso hálito de humo. El aire, algo frío, portaba un ligero olor a ozono y una música callada, compuesta en una escala que jamás se había oído en la Tierra. Cuando Dagny la notó, pensó en fantasmas huyendo con el viento.

Temerir no le había dicho dónde estaban su mujer y sus hijos. Sólo él había recibido a sus huéspedes: Brandir, Kaino, Fia y su madre. Copas de cristal y una licorera llena de vino eran su única concesión a la costumbre. A nadie le importó ni se sirvió. Entraron y permanecieron sin hablar durante quizá un minuto. Tampoco habían hablado demasiado entre ellos en el camino hasta allí en el yate de Brandir; pero claro, la tripulación estaba presente.

Dagny rompió el silencio.

-¿Podemos ahora hablar de negocios? -preguntó con toda la amabilidad posible. Sabía perfectamente cuál era el negocio. La tristeza bordeaba su placer. 'Mond debería haber estado a su lado para escucharlo.

Apartó ese deseo. En seis años no había dejado de echarle de menos, pero ya no era como si cada cosa que había sido suya, cada lugar en el que ella le había visto, le gritase. Tenía buenos amigos, un trabajo cautivador, entretenimientos animados, un sillón de primera fila en las grandes empresas de la humanidad en el universo. De Anson Guthrie había aprendido muy pronto que sentir pena de uno mismo era la emoción más despreciable de todas.

Aun así, sintió nostalgia.

-¿Quizá después podamos charlar un poco? -añadió-: No os veo mucho. -Ni al resto de sus hijos, o sus compañeros e hijos, especialmente desde que Jinann estaba con ese Voris que había sido Reynaldo Fuentes. No es que estuviesen alejados o fuesen indiferentes, era que sus vidas ya no estaban cerca de la suya y, creía ella, rara vez o nunca se les ocurría que ella pudiese desear que fuese de otra forma. Lars, su encantador bastardo, lo comprendía; pero no visitaba Selene muy a menudo.

La voz de Brandir murmuró algo a Temerir. Dagny captó que se trataba de una pregunta.

El astrónomo la miró y contestó en inglés.

-Sí, claro que estamos a salvo de espías. Os lo aseguré antes de llamaros.

El corto manto de color dorado de Brandir se movió sobre sus hombros al inclinarse.

-Perdóname, dama madre -dijo-. Lo olvidé.

El gesto intrascendente trajo lágrimas a los ojos de Dagny.

-Oh, eso, no importa -titubeó-. Puedo entender el selenita bastante bien, ya lo sabes, cuando me concentro en ello.

Librodot

-Pero no fácilmente, ¿no? -le soltó Kaino.

No, pensó ella. Era una lengua voluble, fluida, cambiante, también en sus significados, era imposible para ella apreciarla del todo. Había criado esos cerebros en su interior, pero poco de lo que había en ellos había venido de ella o Edmond.

-Lo admito -dijo-. Thank you.

Tras sus oscuros mechones, Fia frunció un poco el ceño ante la impetuosidad de su hermano.

-La cuestión es simple en cualquier lengua -dijo a Temerir-. Has encontrado el planetoide que predijo nuestro padre.

Sí, pensó Dagny, al fin, después de tantos años. Qué largos parecían, mirando atrás. Pero cierto, había tenido que buscar en lo que representaba tiempo robado, inventando pretextos y fabricando justificaciones. Aunque controlaba aquel-lugar en su totalidad, su feudo cedido por Brandir, aquellos que trabajaban con él y para él no eran fáciles de engañar.

No había seguido del todo los detalles. Había tenido una existencia demasiado ocupada. Asuntos personales, trabajos y alegrías diarias, los pesares ocasionales, un amigo necesitado o una confidencia juvenil. El crecimiento de la población lunar, industria, responsabilidades, las recompensas que traían y las demandas que exigían. Su trabajo administrativo de ingeniería para Fireball se había entremezclado con toda la sociedad que la rodeaba, recursos a encontrar y asignar, planes y ambiciones en conflicto. La fricción empeorando entre los habitantes de la Luna, ya fuesen selenitas, nacidos en la Tierra o en L-5, o terrícolas de juramento...

-Eso he hecho -oyó decir-, si «planetoide» es la palabra correcta para esa cosa de ahí.

-¿Qué sabes de cierto?-dijo bruscamente Brandir.

Temerir miró a los ojos del hombre más alto y poderoso como si fuese un igual.

-Lo que los instrumentos y cálculos me indican -contestó-. La búsqueda telescópica produjo toda una cosecha a examinar.

Sí, recordó Dagny, podía montar públicamente un programa para investigar las regiones lejanas del Sistema Solar, ejecutando un mapa y un recuento estimativo de los cometas del Cinturón de Kupier más allá de Neptuno y la Nube de Oort, aún más lejos. Lo que se guardaba eran ciertos resultados.

-Algunos parecen ser asteroides, pero pequeños y rocosos, no lo que padre buscaba. Cuando un candidato parecía prometedor, debía obtener el débil espectro que me era posible. Luego, si la promesa no se manifestaba como inmediatamente falsa, debía encontrar la ocasión de enviar una sonda robótica a suficiente distancia para obtener un paralaje. Pero ya conocéis esos procedimientos, porque pasáis aquí ciclodías. Al final, sólo un cuerpo manifestó posibilidades.

-¿Qué aspecto tiene? -dijo Kaino casi gritando. Temerir conservó su calma casi glacial.

-Aparentemente, similar a la predicción de padre. La forma es esférica, con un diámetro aproximado de 2.000 kilómetros. La mayor parte de la superficie está cubierta por materiales sin brillo, pero refleja lo suficiente para sugerir que, en su mayoría, está formado por materiales ferrosos, lo que da una densidad media alta. La inclinación orbital está a unos minutos de ser cuarenta y cuatro grados, aproximadamente la misma que el objeto menor que hemos llegado a conocer tan bien. Eso también sugiere una composición similar. El perihelio es de 107 unidades astronómicas y una fracción, la excentricidad está por encima de 99 centésimas. -Increíble, pensó Dagny, eso situaba el afelio como a unas treinta o

cuarenta mil u.a. de distancia. Eso también encajaba con el asteroide de 'Mond. Oh, 'Mond, 'Mond-. En este momento, el cuerpo se encuentra a 302 unidades astronómicas en dirección al espacio.

No pudo resistirse. -¿Qué propones hacer?

-¿Qué harías tú, madre? -preguntó Brandir. Sintió que no era una réplica, sino una respuesta. Los cuatro la miraban con una extraña... ¿ansiedad?

-Fuisteis muy amables al invitarme -dijo vacilante, anonadada-. No teníais que hacerlo.

-Conocías la investigación desde el principio -dijo Fia, quizá la más fríamente práctica del grupo-. Quizá ya habrías supuesto lo que está ahí fuera.

-Y por encima de eso -dijo Brandir-, te honramos.

Dagny se preguntó por la sinceridad de esa afirmación. ¿Cuál era su nivel de franqueza, incluso entre ellos mismos?

Un pensamiento indigno. Lo arrojó fuera de su cabeza y habló lentamente.

-Bien, es... científicamente fascinante, ¿no? Ofrece todo un conjunto de ideas nuevas sobre el origen del Sistema Solar. Un gran memorial para vuestro padre.

-Se erige en nuestros corazones, que sólo a nosotros nos pertenecen-contestó Brandir.

-¿A qué te refieres? -Ya lo sabía. Temerir se lo confirmó.

-Supuse que el objeto podría tener un inmenso potencial, y por tanto requiere del secreto. ¿Vamos a revelárselo a la Tierra? No. -Pero ¿qué podríais hacer con él?

-¡Eso ya lo descubriremos! -dijo Kaino. Temerir asintió.

-Si no parece tener valor, entonces revelaremos lo que sabemos. Y él era el científico del grupo, pensó Dagny. ¿Le era esa generación realmente tan extraña? ¿O tan alienada?

-Precisaremos de una nave llena de robots fuertes y sutiles -dijo Fia.

Brandir movió una mano por el aire, un gesto de negación. Un terrícola hubiese movido la cabeza.

-No. No podríamos reunir y preparar algo así, con semejante coste, sin que se supiese. -Para Dagny estaba claro el hecho de que él ya lo había estado pensando durante mucho tiempo.

-Por tanto, ¿una expedición tripulada? -rugió Kaino-. ¡Sí! -Echó atrás la cabeza y rió contra las estrellas.

Era el que estaba más cerca de Dagny. La visión revoloteó a su lado, el contraste, esos mechones rojos junto al pelo que le colgaba a ella hasta los hombros. Desde la muerte de Edmond lo había dejado crecer blanco. El futuro al lado del pasado...

No, maldición. No estaba lista para ser... ¿qué expresión usaba la gente en su infancia? Un miembro de la tercera edad. Se negaba por completo a ser una llorosa ciudadana de la tercera edad. Era una anciana, pero seguiría adelante hasta que el segador viniese a por ella.

No le habían pedido que estuviese allí por pura bondad. Había algo que podía hacer por ellos.

-Salir en trayectoria precisaría de mucho tiempo y muchos suministros, algo tan evidente como los robots -decía Brandir-. Tendremos que esperar hasta que tengamos una nave antorcha.

Eso no sucedería pronto. Sólo recientemente Dagny y sus aliados habían conseguido que la Federación emitiese un permiso a regañadientes para que los habitantes de la Luna pudiesen comprar, construir y operar naves espaciales con la aceleración y la velocidad requeridas para el servicio interplanetario. Debían hacerlo por pasos, reuniendo lentamente el capital, entrenando tripulaciones, adquiriendo una flota; y los primeros serían navíos de relativo corto alcance, para emplearse en misiones fáciles. Para asegurarse, Brandir poseería una gran participación en la mayoría de las empresas.

Kaino saltó por la habitación.

-Cuando llegue la hora, reclutaré un grupo de confianza -dijo jubiloso.

-¿Cómo ocultarás la partida? -preguntó Fia.

Hablaban como si pudiese hacerse mañana, en lugar de años en el futuro, con un ardor que se combinaba con los fríos cálculos. -Diremos que Temerir ha identificado varios posibles cometas con minerales en las regiones cercanas a Kupier, y que estoy decidido a examinarlos más de cerca-dijo Brandir.

Una excusa razonable, meditó Dagny. A la Luna le iría bien contar con más agua y más materiales orgánicos de los que ya tenía. No abundaban los cometas de órbita y composición adecuadas. Es más, la Federación había decidido que ya se había ocupado lo suficiente de ese asunto y que si los selenitas querían más tendrían que buscarlos por sí mismos, sin subsidio. Aquél sería todo un golpe en sus engreídas narices...

Entendió la sorpresa. Fia, con las cejas elevadas sobre los ojos marrones, habló antes que Dagny.

-¿Tú en persona, Brandir?

-Sí --dijo-. Como la empresa será en gran parte mía, quiero saber todo lo posible antes de que pueda decidir qué haremos a continuación -rió ronroneando-. Más aún, temo que la vida en Selene me vuelva acomodaticio. -Mientras conseguía otras metas, riquezas, poder y deseos más ocultos-. Mis sentimientos no serán secretos, y ayudarán a explicar por qué van hombres, en lugar de robots. Para entonces, hermana mía, deberías ser capaz de ocuparte de los asuntos ciudadanos de Zamok Vysoki en mi ausencia, bajo la dirección de Ivala y Tuori. -Sus esposas. Evidentemente Fia había demostrado su valor en la posición ejecutiva subordinada que ocupaba. Incluía algunos trabajos duros y arriesgados.

Y sólo tenía veintitrés años, pensó Dagny. Pero Brandir, el mayor, apenas tenía cuarenta y uno. Y ella, su madre, ocupó su primer puesto en la Luna a los diecinueve (cuarenta y ocho años atrás, ¿no? El tiempo pasaba, el tiempo volaba). Bien, la era de los pioneros pertenecía alajuventud.

-Nada de esto podrá conseguirse con facilidad y rapidez, no por nuestros propios medios. -Brandir se dirigió a Dagny-: Una vez más, debemos aprovecharnos de tu sabiduría y ayuda.

-¿Yo? -contestó.

-Ninguna otra persona podría hacerlo tan bien -le aseguró Kaino.

-Sabes cómo moverte tanto entre los selenitas como entre los terrícolas -dijo Fia-. Tienes contactos con personas importantes y la habilidad para emplearlos. Por medio de ti, podemos obtener cooperación de Fireball para algo que en caso contrario no les parecería rentable.

-Puedes asegurarte de que nuestra ruta hacia el planetoide permanezca oculta-añadió Temerir.

-La tuya es nuestra sangre-terminó Brandir. Él sonrió. Era hermoso.

¿Se atrevían a dar por supuesto que daría la espalda a la Tierra? No, era la forma incorrecta de pensar. Ayudar a Selene no sería traicionar a su especie. ¿No? ¿Qué daño podría sufrir alguien -más que los políticos enamorados de sí mismos, los burócratas atareados y los magnates enriquecidos por sus concesiones y monopolios- si sus hijos y los de 'Mond obtuviesen mayor libertad?

No era justo, se recordó. Cuando empezabas a tomarte en serio tu propia propaganda, te dirigías hacia el fanatismo. La Tierra había realizado grandes inversiones en Selene. Toda la historia gritaba la razón que tenía la Federación en temer un resurgimiento de los nacionalismos. Los selenitas se enfadaban por leyes escritas con buena intención, cuando no las violaban, en secreto o cada vez más abiertamente. La herencia común tan sólo era el más evidente de los puntos dolorosos. Preocupaciones medioambientales, control de armas, exigencias educativas, impuestos, licencias, regulaciones, la mayor parte de ellas razonables -desde el punto de vista de un terrícola-, pero la civilización que las rechazaba no era de la Tierra, quizá no era del todo humana...

¿No era más sabio quizá intentar ampliar el tamaño de la jaula antes de liberar al animal?

No sabía contestar. Deseaba poder buscar el consejo de Guthrie. Pero había jurado silencio y aquellos eran sus hijos. -Bien -dijo en un susurro-, hablaremos.

23

Los tambores resonaban. Un cántico se entretejía, ora con la profundidad de un órgano, ora tan agudo como los silbatos, «ai-aaa-oiii». En la pista de aterrizaje, el sonido se oía lejano, como una tormenta remota, pero el ominoso ruido hacía más oscuro el crepúsculo que moría.

Tormenta, sí, pensó Aleka. El aire la presionaba desde las nubes, caliente, repleto de lluvia; su piel relucía húmeda bajo la blusa y los pantalones cortos, y sentía un hormigueo, como si estuviese electrificada.

Durante un momento se quedó al lado del volador alquilado, insegura. Lo más probable es que se fuese con Kenmuir en el de ella, que él había usado. Pero no era seguro. La noticia había sido una sorpresa al leerla de camino a Overburg: las negociaciones se habían interrumpido de improviso, el alcalde Bruno invocaba un juego contra Elville, el gobierno aconsejaba no visitar la zona. Podrían tener que salir volando apresuradamente.

-Espera aquí-le dijo al volador-. Si no te indico lo contrario, regresa a tu estación, oh, a las siete de mañana.

-Considerando el riesgo, el gasto de ese período será el doble de la tarifa habitual-le avisó el robot.

El débito le daría un buen mordisco a su modesta cuenta. Sin embargo, al final Lilisaire se lo reembolsaría. Además -levantó la cabeza-, las apuestas eran muy altas.

-Autorizado. -La modulación de su voz era firma suficiente. Agarró firmemente las dos maletas y atravesó el campo de aterrizaje. No había nadie. Cuando llegó a las casas, la única luz era la que venía del igualmente desierto pavimento. ¿Estaban todos en el centro, acumulando entusiasmo? Mejor sería evitar esa zona. Pero no sabía cómo hacerlo. Se había limitado a proyectar un mapa sacado de la base de datos y memorizar la ruta más directa a la posada. Estaba al otro lado de la plaza.

Si al menos hubiese podido hablar con Kenmuir antes. Podrían haber acordado un lugar de encuentro más seguro, quizá un punto arbitrario en medio del campo. Well, él no tenía forma de saber dónde estaba ella. Realizar una búsqueda en la red hubiese sido dar una gran pista a los perseguidores. Después de recibir las malas noticias, había intentado llamarlo desde el volador. El posadero le dijo que el señor Hannibal había salido. Sin saber a qué hora esperarla, probablemente habría ido a comer o algo así. No vio razón para dejar un mensaje. A su segundo intento, no contestó nadie. Para entonces estaba tan cerca que decidió seguir adelante con el plan original.

Para bien o para mal. Probablemente no había peligro real. Siguió avanzando. La oscuridad cubría los edificios y se acurrucaba entre ellos. Pero frente a ella, la luz se agitaba incierta sobre los tejados. Tambores, silbatos, canciones, el sonido creciente de los pies, hasta que el estruendo se le metió en los huesos.

La calle daba a un enorme edificio, una pila de noche. Giró a la izquierda, luego a la derecha en el borde, con la esperanza de alejarse de la multitud sin perderse. La falta de familiaridad la engañó. De pronto llegó a la siguiente calle y se encontró al otro extremo de la plaza, en diagonal. El espectáculo la obligó a detenerse.

En el centro ardía una hoguera, con llamas que alcanzaban los tres metros de alto, el humo teñido de rojo por la luz. A su alrededor bailaban jóvenes con el pecho desnudo, brillantes por el sudor. Agitaban cuchillos y duelas. Aullaban y tenían los rostros

Librodot

distorsionados por la pasión. En las esquinas se encontraban los tamborileros y los silbadores. A la derecha estaban las mujeres, los niños y los ancianos, un grupo oscuro del que las llamas hacían refulgir el blanco de los ojos. Sus quejidos atravesaban como agujas el canto de los hombres. «¡Iiiiyaaa, oa, al-a, o! »

Aleka recordó ceremonias en su hogar, solemnes o alegres, vitoreando acontecimientos deportivos, y una parada policial. Aquello también era humano.

Sería mejor irse. Y rápido.

Sintió una mano sobre el hombro. Para su sorpresa no se había dado cuenta de que tuviese a nadie detrás.

-¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

El hombre tenía el pelo gris y era corpulento, inútil para la batalla, pero todavía con buenos músculos y llevaba un bastón además de una daga. Sí, comprendió Aleka, tenía que haber algunos guardias, incluso en aquella ocasión demente.

-Please-dejó escapar-. Soy una visitante. Busco la posada. -¿Eh? Espía, quizá. Veré. Ven. -La agarró por el brazo y tiró de ella. Conteniendo el miedo y la furia, Aleka obedeció. Fueron por el lado izquierdo de la plaza.

Un hombre bajaba por la calle bailando en solitario. Estaba cubierto de un abrigo encapuchado que le llegaba hasta las rodillas. Al pasar, Aleka se fijó en las manos venosas y el rostro gastado que había envejecido más allá de toda posible ayuda biotecnológica. Luego comprobó que el abrigo era idéntico por la espalda y por delante, y que en la parte de atrás de la cabeza llevaba una máscara de sí mismo cuando era joven. El rostro exhibía el mismo éxtasis ciego. Siguió bailando hasta alejarse. Aleka se preguntó qué magia estaría invocando.

El guardia la llevó escaleras arriba por un enorme y grotesco edificio con columnas. En la terraza había varios hombres, también viejos pero vestidos con ropas igualmente ricas a las de las cuatro mujeres que les acompañaban. En el medio se encontraba otro hombre, en plena juventud, enorme y rubio, con una banda en la cabeza y una cadena dorada como señal de rango. A su lado, una mesa sostenía una copa y una jarra. Tomaba un largo sorbo.

Los guerreros miraron a los recién llegados. El guardia se arrodilló y alargó el bastón.

-Perdone, señorísimo -dijo por entre el ruido-. Atrapé por ahí. No sé quién es o quiere.

-¿Sí?-gruñó el gigante. Aleka recuperó el ánimo.

-¿Es usted el alcalde, señor? -preguntó con toda la calma que pudo reunir-. Mis respetos. No pretendía causar daño u ofensa. Simplemente vine a reunirme con otro visitante. No había nadie en el campo de aterrizaje, así que sólo podía dirigirme a la posada en la que se hospeda.

-Ah. Sí. Ese Hannibal, ¿no?

-Sí. Me envío un mensaje indicándome que había conseguido permiso para mí.

-Sé. Sí. -El alcalde la miró de arriba abajo. Sonrió-. Sí, claro. Vas a la posada, ¿eh? Vale. Quédate allí. No puedo ir todavía, pero más tarde. Quédate allí, ¿oyes? -Al guardia-: Síguela, Bolly, y asegúrate de que se queda allí.

Aleka se intranquilizó.

-¿Por qué, sir? -protestó-. Le aseguro que sólo estamos de paso, no tenemos ninguna relación con...

Una mano inmensa cortó el aire.

-Sé. Quiero hablar, eso es todo. Muévete. No hagas daño, Bolly, siempre que comporte. ¿Me comprendes? Vale, iros.

Estaba claro que la participación del alcalde en la celebración no podía interrumpirse más de lo necesario. El guardia llevó a Aleka escaleras abajo. La había soltado, pero el silencio hosco le indicó lo mucho que lamentaba estar lejos de la diversión. Ella sospechaba que habría encontrado alguna forma de deshacerse de ella si no fuese por las órdenes. La base de datos decía que el jefe ejercía un control absoluto, personal y brutal.

Pero estaba limitado a sus súbditos, que siempre podían irse, se dijo. Existía a regañadientes. A menos que fuese un completo idiota, no provocaría una intervención nacional.

Aun así, sintió alivio cuando el escolta se detuvo.

-Aquí. Entra-murmuró. Se echó sobre la hierba al lado de los escalones y meditó sobre sus males.

El hostal era una casa de aspecto normal, no mucho mayor de lo habitual. Sólo una ventana mostraba luz en el segundo piso. La sala de entrada estaba iluminada pero vacía. Cuando se hubo cerrado la puerta, Aleka sintió el silencio. Polvo, algún mobiliario gastado, olor a cerrado... entonces, no había robots; dos o tres personas estaban al cargo. Un papel que podían interpretar. Esa noche estaban interpretando otro más frenético. Sin embargo, esa ventana iluminada... Sintió que se le aceleraba la sangre. Equipaje o no, corrió escaleras arriba.

El pasillo estaba lleno de puertas. No tenían ni escáner ni anunciador. Orientándose mentalmente, y recordando los programas históricos, eligió a cuál llamar. Se abrió, y ver el rostro simpático de Kenmuir liberó su espíritu.

-Aloba, aloha-dijo.

-¡Aleka! -exclamó él-. Bienvenida. Pero entra. -Kenmuir entró las maletas y cerró la puerta.

La habitación tenía unos cuatro metros cuadrados, con un cubículo de baño adjunto y una alfombra tejida a los pies. No había ni teléfono ni multi. Una cama, un vestidor y dos sillas, que eran de ejecución tan primitiva como de diseño. El marco de la ventana era otro anacronismo, lleno de noche. Kenmuir la cerró para apantallar el sonido, que debía de haber estado escuchando, y activó el ciclo de aire. Una brisa fría empezó a limpiar una atmósfera que a ella ya empezaba a resultarle pesada.

Él le agarró las dos manos.

-¿Cómo estás? -preguntó ansioso-. Me he preocupado tanto desde que empezaron los problemas. Esperaba que te alejases y me enviases un mensaje.

-Pensé en ello, pero eso hubiese requerido más tiempo y no sé cuánto nos queda-le explicó-. Quizá debería haberlo hecho. Ahora es demasiado tarde.

Él sintió la pena. -¿A qué te refieres?

Aleka le contó la llegada. Kenmuir frunció el ceño, dio unos pasos por la habitación y agitó la cabeza.

-Esperemos que Bruno no tenga en mente más que un poco de despedida sociable, para demostrar su importancia.

-¿Qué otra cosa podría ser? -preguntó con la garganta agitada. -No... no sabría decirlo. Evidentemente, no puede retenernos, o algo similar. Podemos señalarle las consecuencias legales si lo intenta. Me temo que el rufián que está ahí fuera es demasiado estúpido para comprenderlas y podríamos acabar con un brazo roto. Pero Bruno... Ahora le conozco un poco. Se ha mostrado... cordial, de una forma muy torpe. Deseoso de impresionarme, al hombre de mundo. Creo que se trata de un complejo de inferioridad cultural, lo que alimenta las fanfarronadas y la violencia. -El tono de Kenmuir se había vuelto el de un profesor. Lo refrenó, así como su inquietud. Rió-. Pero lo dicho, ¿qué tipo de anfitrión soy yo? Siéntate, o tiéndete, si lo prefieres. ¿Quieres beber? He adquirido una botella de whisky.

Aleka se sentó y le sonrió.

-Thank you. Con mucha agua, please. No te preocupes por mí. He pasado por cosas peores. Esto ha sido desagradable pero breve, y ya me he recuperado.

Llenando los vasos, Kenmuir la miró.

-Sí, eres una muchacha aventurera, ¿no? -dijo lentamente-. Apuesto a que tendrías mucho que enseñarme. Bien, nos quedan horas de espera, y podemos hablar con libertad. Esta habitación es un lugar, uno de los pocos sobre la Tierra, donde podemos estar seguros de que no hay vigilancia.

-Tenemos que hablar-reconoció Aleka.

Kenmuir le dio la bebida, acercó la otra silla y se dobló en ella. Más tenso que Aleka, tomó un trago antes de empezar.

-¿Quién eres, Aleka? ¿Qué haces metida en este asunto, y por qué?

-A mí también me gustaría conocerte mejor, Kenmuir.

-Pero te han informado sobre mí. ¿No es así? Mientras que para mí, tú eres un misterio total.

Ella no pudo evitar sonreír.

-¿Una mujer misteriosa? Eso sería toda una noticia en mi pueblo. ¿Qué debería hacer? ¿Fingir un acento extranjero, ponerme un vestido ceñido, o qué? No, eso es territorio de Lilisaire.

Kenmuir tensó los labios durante un momento. ¿Había hecho una mueca? Aleka recordó su mirada cuando hablaban con la selenarca en aquel horno del desierto. Sintió simpatía. Por todo lo que sabía, se trataba de un hombre decente, un hombre tranquilo, arrojado a una situación para la que no estaba mejor preparado que un Keiki para escalar una montaña, pero que seguía adelante con valor, sin siquiera tener la esperanza que la guiaba a ella.

Suavizó la voz.

-Lo lamento. No quiero jugar contigo. Adelante, pregunta lo que quieras. Contestaré a cualquier cosa que no sea excesivamente personal.

Él se sonrojó.

-Yo... ni siquiera soñaría en meterme en tu vida privada. -Porque valoraba mucho la suya-. Pero en cuanto a tu pasado y motivos...

El tiempo se perdió en recuerdos. Kenmuir tenía el don de evocarlos, Aleka no sabía muy bien cómo; la sonrisa tímida, la pregunta de incómoda construcción pero siempre inteligente o los fragmentos de sus años y sueños que ofrecía a cambio. Aleka creía que poco a poco Kenmuir había comprendido a su Lahui Kuikawa, las dos especies a las que amaba por

igual, pequeños hogares rodeados de una inmensidad de mar y clima, costumbres antiguas y alegrías nuevas, una vida con sentido y propósito, que ninguna máquina podía compartir, que el mundo de las máquinas y sus seguidores iban a limitar y destruir...

-Oh, puedo admitir que es necesario, incluso que es justo -dijo, mientras parpadeaba frenética para contener las lágrimas-, pero necesitamos tiempo, ¡una oportunidad para encontrar nuestro nuevo camino! -Aleka no estaba segura de que alguna vez pudiese comprender los sentimientos de Kenmuir. Aunque él había viajado con orgullo entre esplendores, el viaje parecía duro y solitario. Pero él la sostuvo, brevemente y con cariño, cuando la pena estuvo a punto de apoderarse de ella, y se calmó.

Merecía algo mejor que Lilisaire.

Llegó el momento en que permanecieron en silencio.

-¿Y qué te prometió -preguntó él finalmente- si, de alguna forma, esta loca empresa tiene éxito? -El tono era de calma, con un atisbo del estilo académico al que recurría a menudo. Tenía la boca ligeramente inclinada hacia arriba.

Las dudas se desvanecieron. Se enderezó en la silla. -¡Un hogar! -gritó.

-¿Dónde? ¿Cómo?

-Nauru. -Kenmuir preguntó con la mirada. Ella soltó un torrente de palabras-. No, no creo que la hayas oído nombrar. Es una isla en medio del Pacífico, ligeramente al sur del ecuador, al noroeste de las Salomón. En una ocasión fue una nación, diminuta pero rica, porque tenía mucho fosfato que exportar. Pero se les acabó. -Antes de que la tecnología molecular hubiese controlado la voracidad de la industria global-. La población, unos diez mil, intentó construir una nueva base económica, pero no tuvieron éxito y cada vez se empobrecieron más. Cuando Fireball se ofreció a comprarla por buen precio, aceptaron encantados y se fueron. Guthrie tenía la idea de construir allí otro espaciopuerto. Pero luego las cosas en la Tierra se desmoronaron, con la Renovación y la Gran Jihad; y cuando las cosas parecían encaminadas de nuevo, Guthrie murió y pasó un tiempo antes de que su emulación recuperase el control total de la compañía; y para entonces gran parte de la actividad espacial tenía su base en el espacio y un nuevo espaciopuerto no tendría sentido. Con el tiempo, Fireball le vendió Nauru a Brandir de Zamok Vysoki. Eso fue en los primeros días de la independencia lunar. Varios selenarcas se habían vuelto superricos y buscaban inversiones. Compraron muchas posesiones en la Tierra, incluyendo bienes inmuebles. Una parte todavía pertenece a las familias.

-Y la isla es de Lilisaire, ¿eh? -murmuró Kenmuir-. ¿Qué ha hecho con ella?

-No mucho. Piscifactorías y acuacultura, mantenida por robots y algunos residentes terrestres. No da muchos beneficios. Pero comprende, siempre tuvo importancia mantener gente allí, aunque fuese un puñado. Porque técnicamente, Nauru es todavía un país.

Kenmuir abrió los ojos.

-Creo que lo entiendo -rió-. Me gustaría saber qué maniobras realizó Guthrie para conseguirlo. Viejo demonio.

Aleka asintió con vigor.

-Ésa era la idea. Los gobiernos de Ecuador y Australia cooperaban con Fireball, pero si pudiesen tener su propia... Well, como ya he

dicho, no salió bien. Los propietarios selenarcas la usaron como una forma de mantener un político en la Asamblea de la Federación, pero la verdad es que nunca valió para nada. Y ahora... -Contuvo el aliento. -Ah. La conseguirás para tu gente.

-Sí. Un atolón, con un par de grandes plataformas flotantes para añadir superficie. Pero con más de un cuarto de millón de kilómetros cuadrados de aguas territoriales. Y los Estados vecinos hace mucho tiempo que concedieron derecho a las suyas según un acuerdo recíproco del cual ya no se aprovechan.

»Oh, sí, cumpliremos las leyes ambientales del Pacto. Pero son muy flexibles si eres... el supervisor local... y queremos que nuestra Keiki se equilibre con la naturaleza, se trata simplemente de que no podemos hacerlo sin destruirnos a menos que tengamos tiempo y espacio para maniobrar y... libertad... -No podía seguir.

No había estado allí en persona, pero frente a ella se alzó la imagen que había conjurado de la base de datos. Nauru no era Niihau. Yacía solitaria, 200 kilómetros cuadrados, una meseta central llena de las cicatrices de una antigua operación minera, rodeada de acantilados coralinos, llena de playas de arena y arrecifes externos, un lugar salvaje donde quedaban los restos de los edificios bajo el viento marino y las aves; los únicos lugares de residencia eran unas pocas barracas. Los árboles se agitaban bajo ese viento, las flores resplandecían, al suroeste había una laguna de agua fresca, por todas partes había un mar vivo. Los ingleses le habían dado el nombre de isla placentera.

-Lo que podamos hacer en ella -susurró Aleka después de un minuto.

-Me atrevo a pronosticar que el acuerdo provocará una conmoción en Hiroshima. -Kenmuir se acarició la barbilla-. Pero, mm, me imagino que defenderéis vuestra situación con algo más que tácticas legalistas. El sentimiento popular estará a favor de una causa tan romántica. Además, estaréis recuperando el país de manos selenitas para devolverlo a control terrestre. Sí, me parece que las posibilidades son buenas.

Su tono seco era precisamente lo que Aleka necesitaba. ¿Kenmuir ya sabía que era así? Aleka volvió a la realidad.

-Primero -dijo-, tenemos que completar la misión, con la esperanza de que el resultado satisfaga a Lilisaire.

El rostro de Kenmuir se llenó de arrugas.

-Exacto. Tenemos que hacerlo. -Luego añadió-: ¿Qué plan tienes exactamente?

-El plan que se me dio -contestó-, y no tiene nada de exacto, sólo un comentario sobre lo que podría esperar y un par de sugerencias sobre cómo proceder. Podemos probar con algo diferente si queremos. Pero por el momento me parece la mejor apuesta. ¿Te suena de algo el nombre Prajnaloka?

-No... Un momento. ¿Es algún tipo de culto o hermandad? -Algo más extraño. Yo apenas conocía el movimiento hasta que el agente de San Francisco me lo mencionó. Más tarde, antes de ir a buscarte, investigué algunos detalles. Tiene carácter mundial, aunque no demasiados miembros, y el nombre depende del lenguaje... En anglo es Búsqueda del Alma. Prajnaloka es el centro para Norteamérica, un asentamiento en las montañas Ozark, no muy lejos de aquí, hacia el este. Para nuestro propósito, dispone de extraordinarias instalaciones de datos, y a menudo se las emplea de forma tan extraña que es posible tener la esperanza de que el sistema no preste demasiada atención si...

Alguien llamó a la puerta repetidamente. Aleka y Kenmuir se pusieron en pie de un salto. Durante una terrible fracción de segundo, ella creyó que se trataba de su enemigo sin rostro. Luego pensó en mirar la hora. No había notado el paso del tiempo, que el ruido y la luz de la plaza morían, y la noche envejecía.

-Bruno -dijo Kenmuir. Se dirigió envarado a abrir la puerta. Toda la masa del alcalde llenaba el quicio. Aleka vio que el guardaespaldas estaba tras él.

-Buenas noches -fue el saludo de Kenmuir-. O sería mejor decir, «buenos días».

-Bueno, sí, bueno -contestó Bruno casi incomprensiblemente. Tenía el rostro enrojecido, respiraba con pesadez, pero avanzó con firmeza de hierro. Kenmuir tuvo que hacerse a un lado. La vista de Bruno buscó a Aleka y se centró en ella-. Hola, damita -gritó-, bienvenida. -Se acercó, le puso las manos sobre los hombros-. ¿Feliz?

Aleka se escapó de la silla y de sus manos. Él fue tras ella y se alzó imponente. Aleka olió el sudor y el alcohol.

-No feliz, ¿eh? Sí, encerrada aquí. Nada divertido. Lo lamento. Es por seguridad. Las cosas están mal. Ahora tranquilas. Sal y le enseñaré la bella ciudad. Le gustará.

Aleka no iba a permitir que le temblase la voz.

-Thanks, pero me temo que debemos partir. Tenemos asuntos urgentes.

-No. No son tan urgentes. Más tarde. Cuando vaya al juego. Primero, diversión.- Volvió a ponerle las manos encima, atrapándole las caderas y recorriéndole los pechos-. Venga conmigo, gustará. Aleka consiguió soltarse. Bruno la agarró por la muñeca, apretando con fuerza. Por entre la náusea que sentía, oyó a Kenmuir. -No. Déjela.

Bruno lo miró.

-¿Eh? ¿Das órdenes? ¿Tú? -Bolly gruñó en la puerta y agarró el arma.

-Por favor, déjenos ir-dijo Kenmuir. -¿Porqué?

-No tiene derecho a retenernos. Es un abuso. Tenga cuidado o será acusado de un delito.

Bruno apretó a Aleka contra la barriga. Ella se dejó. Al menos en aquella posición no podía manosearla.

-No hago daño-dijo, y se tiró un pedo-. Simple voy a dar placer a la damita. Placer como no ha sentido.

-Está borracho.

Monumentalmente borracho, pensó Aleka. A menos que todavía sufriese la histeria de la danza guerrera. Aleka no podía dejar de temblar. -Callao -gritó-. Callao antes de que te cierre con los dientes. -Aleka sintió que se relajaba un poco. El pelo alrededor de los labios le rozó la mejilla. Bruno rió-. Ayer estuviste dispuesto a disfrutá de una de mis mujeres. Ahora me toca.

-Se lo advierto -afirmó Kenmuir-, si no la suelta ahora mismo, pronto estará arrestado. ¿De qué valdrá entonces su gloria?

¿No era lo que debía decir? ¿Hizo que la criatura superara cualquier límite razonable? Bruno escupió en el suelo.

-¡Eso pa ti! -rugió. Cariñoso-: Na, no fuerza. Le gustará, te aseguro. Me rogarás que te dé más, damita. Querrás quedarte aquí. Venga. -Obligó a Aleka a darse la vuelta, agarrándola todavía por el brazo y se puso a su espalda-. Bolly-ordenó-, que éste no moleste. ¿Pillas? -Sí, señorísimo -contestó encantado el guardia.

Kenmuir no le hizo caso, se acercó hasta la puerta y le dijo a Bruno:

-Muy bien, no me deja otra elección. Le desafío. -¿Qué? -El alcalde se detuvo en seco.

-Resolveremos entre los dos quién tiene la autoridad -le dijo Kenmuir.

Bolly levantó su bastón.

-Eh, no puedes hablá así -dijo.

-¿Tiene miedo el alcalde de luchar conmigo? -respondió Kenmuir.

-¡No! -gritó Aleka por entre la pesadilla-. ¡No! No puedes... -El gigante partiría en dos al delgado astronauta. Un astronauta de mediana edad. Y luego, ¿qué recurso les quedaría? Tanto ella como Kenmuir desaparecerían por siempre y nadie sabría jamás que había sido de ellos-. Lo haré. Me dejaré. -Y quizá más tarde podría avisar a la ley. O quizá Bruno se despertase muerto.

-Estás crazy-decía Bruno.

-No -contestó Kenmuir-. Simplemente le desafío a enfrentarse a mí, con las manos desnudas. Si no es hombre suficiente, que aquí su lacayo informe a todos.

Bruno aulló.

Y de alguna forma, en el ajetreo, todos bajaron y llegaron ala calle. Bruno dio un salto y se colocó en posición, una mancha monstruosa en la luz del pavimento. Se había levantado una brisa, silbando entre paredes oscuras. Los rayos habían empezado a saltar sobre los tejados y hacia el este. Bolly se hizo a un lado. Sostenía a Aleka por la muñeca, sin apretar demasiado, y la mujer pudo apreciar que su rostro mostraba concentración.

Kenmuir se golpeó las manos, un golpe ligero, antes de elegir una posición. ¡Oh, Pele, qué huesos tan delicados!

Quizá Bruno se conformase con incapacitarlo, violarla a ella y dejarles ir. No era muy probable. Sobrio, tendría en cuenta las consecuencias. Aleka miró al cielo. Quizá Lilisaire descubriese lo que había sucedido y les vengase.

Bruno cargó. Kenmuir esperó. Bruno llegó hasta él, giró y le lanzó una patada de kárate.

Kenmuir alzó el brazo. La pierna se hizo a un lado. Bruno se tambaleó, perdiendo el equilibrio. El pie de Kenmuir le dio detrás de la rodilla. Aulló y cayó.

Kenmuir saltó y le dio en el torso con el talón. Bruno perdió el aliento, pero rodó y volvió a ponerse en pie. Aleka comprendió que tenía una fuerza increíble. Si le dejaba acercarse, partiría a su oponente como un martillo rompe una taza.

Pero debía de estar un poco mareado. Con los puños buscó el estómago. Instantáneamente Aleka comprendió el error. La mano de Kenmuir saltó como un cuchillo para bloquear el brazo, que golpeó en el aire. Le dio un golpe en la espinilla y el alcalde volvió al suelo.

O eso pareció. Aleka nunca había estudiado combate. Sus deportes eran menos agresivos. Básicamente le parecía presenciar una confusión salvaje.

Bruno lo intentó una vez más, falló de nuevo, gruñó y golpeó. Le corría sangre por la cara, manchándole la barba, hasta caer sobre la calle que relucía de un rojo fantasmagórico. Con un rugido animal, desenvainó el cuchillo.

-¡No pué ser! -aulló Bolly.

Bruno se lanzó al ataque. Kenmuir atrapó la muñeca con la mano derecha, se hizo a un lado y al moverse clavó un codo en el cuello de Bruno. El cuchillo saltó al suelo. Bruno quedó convertido en un montón de carne que yacía sobre el pavimento y luchaba por respirar.

Kenmuir fue hasta Bolly. El sudor relucía en su rostro. Respiraba profundamente y su olor era... poderoso, masculino, pensó Aleka, sintiéndose mareada. Pero Kenmuir se movía con tranquilidad y cuando habló lo hizo con calma.

-Creo que eso es todo lo necesario. Suelta a la mujer. Bolly lo hizo. No dejaba de mirarle fijamente.

-Me llevaré este bastón, si no te importa -dijo Kenmuir. Lo sacó de entre unos dedos que no se resistieron-. No tengo mayor interés en nada más que haya aquí. ¿Por qué no ayudas a tu amo? -A Aleka-: ¿Puedes ira buscar el equipaje?

Podía. Lo hizo. No fue hasta regresar que comprendió, con la mente despierta una vez más, que eran libres.

Kenmuir había hablado un poco más con el guardia, quien estaba agachado junto al cuerpo caído y lo tocaba con torpeza. Aleka llegó a tiempo de ver girar el bastón. Kenmuir debía de haber demostrado que también sabía usarlo si era necesario. Le hizo un gesto y recogió su propia maleta.

-Vámonos.

Caminaba con ritmo, pero sin prisa. Para no mostrar miedo, entendió Aleka. Su huida dependía de un equilibrio emocional que podía romperse en cualquier instante. El camino hasta el campo aéreo fue eterno. El viento gemía, el rayo parpadeaba, el trueno retumbaba. ... Se encontraban en el volador y en el aire.

Aleka comenzó a temblar de forma incontrolable. Él la abrazó, le acarició el pelo. Al final, ella pudo sentarse a su lado.

-Lo siento, fue algo infantil -murmuró.

-Para nada -contestó Kenmuir-. Se trata de una reacción muy natural. Tú tenías mayores problemas que yo y conservaste la calma. Eso siempre tiene un precio.

Aleka lo miró. Ya se encontraban por encima de las nubes. El perfil de Kenmuir se recortaba contra un cielo ya pálido y con unas pocas estrellas.

-Tú no pareces alterado -dijo. Él se volvió para sonreírle.

-Oh, lo estoy. Agotado. Vamos a parar en algún sitio y dormir hasta que se ponga el sol.

A Aleka le dolía todo el cuerpo, pero sentía una intensa claridad interior.

-No, mejor no. Dejarnos ver por cualquier sitio es un peligro adicional. Haz que el volador dé vueltas durante unas horas mientras descansamos, y luego iremos directamente a Prajnaloka.

Kenmuir se golpeó la frente.

Tienes razón. El sofotecto de servicio en Overburg oirá lo de la pelea, investigará y enviará un informe; y nos vimos, hablamos. -Aquel cerebro podía proyectar su imagen en movimiento a la base de datos.

Al menos no la había visto a ella. Por suerte -algo de suerte debían tener, pensó Aleka- no había dado su nombre a nadie en la ciudad. Cierto, acabaría saliendo a la luz la presencia de una segunda extranjera. Después de eso, una comprobación con Control de Tráfico revelaría que el vehículo era suyo, y su posición actual.

Pero ¿por qué iban las autoridades a tomarse tantas molestias por un incidente sin mayores consecuencias que se había producido en una sociedad que, en principio, dejaban a su aire? No sabían que algunos de ellos buscaban en secreto a Kenmuir. No tendrían razones propias para perseguirlo. Si Kenmuir quería presentar cargos, les hubiese llamado; en caso contrario, era lógico dejar el relato del sofotecto en el archivo. Quizá con el tiempo, el archivo contuviese tantas entradas similares como para que prestasen más atención a Bramland. Aleka lo esperaba. Pero no era probable que sucediese pronto.

Su compañero volvía a sonreír, con lo que suponía era esfuerzo. -Comprendo, ya piensas con total claridad -añadió él finalmente.

-Tú... -se maravilló-, cuando le desafiaste, pensé que eras... pupule... un loco, un suicida.

Kenmuir se encogió de hombros.

-Los astronautas tenemos que pasar mucho tiempo haciendo ejercicio, si queremos mantenernos en forma. Uno de mis programas favoritos son las artes marciales. Cuando estoy solo, entreno frente a una imagen generada, lo que es una maravilla para desarrollar los reflejos. No es que esperase llegar a usarlo para fines violentos, pero me ha ido razonablemente bien en las competiciones. El conocimiento de Bruno es rudimentario. Ya lo había descubierto por nuestras conversaciones. -Por si caso necesitase saberlo, decidió Aleka. Un hombre precavido-. Además, estaba borracho. No me preocupaba demasiado.

»Se comportó como un estúpido desde el principio, cuando intentó darme una patada. Es un ataque potente pero lento, y por sí solo te deja abierto a varios posibles contraataques. Mi problema se limitaba a mantenerlo a distancia, sin poder agarrarme o darme un golpe de verdad, mientras yo lo demolía. Y sí, intentaba no matarle, sobre todo porque considerando las circunstancias, podría ser irreversible.

Kenmuir hizo una mueca.

-Es odioso. Para mí las artes marciales no han sido otra cosa más que un ejercicio y una diversión. Nunca quise que fuese diferente. -Suspiró-. Bien, supongo que Bruno no ha sufrido ningún daño permanente, más que en su ego y quizá en su posición social.

Aleka le tomó de las manos.

-Es igual, estuviste maravilloso-dijo.

-No podía quedarme al margen. ¿Verdad? Sobre todo cuando yo era, bueno, no responsable de todo el embrollo, pero sí un factor. -Aceptaste su hospitalidad en todo, ¿no?

Inmediatamente, Aleka supo que el comentario era ilógico, injusto, algo que había soltado por puro cansancio antes de pensar. Kenmuir apartó la vista.

-No sabía cómo podía negarme-murmuró.

-¡Lo lamento! -dijo-. No es para nada asunto mío. Pero... ¿lo había disfrutado?

-¿Intentamos dormir?-propuso Kenmuir.

Todavía calmado, todavía juicioso, todavía el capitán. ¿Por qué la molestaba vagamente? Mejor sería alegrarse de tener semejante hombre a su lado. ¿Había muchos astronautas como él? (No, los astronautas eran pocos, pocos y en su mayoría selenitas.) ¿Qué parte de él no era innata sino de Fireball, de los ideales, los ritos, la hermandad, de una tradición tan antigua como la Mansión Guthrie?

Librodot

24
La madre de la Luna

Durante el verano, la flotilla de los Rydberg permanecía atracada cuando no estaba en uso; un ketch, un hidrofoil de diez asientos, un bote para pasearse por la cala protegida. El cobertizo de invierno de las embarcaciones estaba a un lado. Detrás se encontraba la zona de aterrizaje y el hangar con espacio para tres voladores. Césped y macizos de flores llevaban hasta la casa. De piedra, con el tejado inclinado, no dominaba la zona con su tamaño, porque detrás de ella, la tierra se elevaba bajo un viejo bosque de abetos, mientras que al oeste, el océano cubría una quinta parte del planeta.

Aquel día soplaba un fuerte viento del norte. Las copas de los árboles se movían a su compás, y las olas saltaban y penetraban tierra adentro. Las nubes volaban como harapos, brillantes al sol, grises cuando lo ocultaban y cortaban la tierra con sus sombras. El mar se veía acerado en la distancia, blanco y verde donde rugía para convertirse en olas y espuma. Al romper en la cala, reflejaba cambiante la luz del sol, transformado en un parpadeo continuo, mientras los botes se mecían suavemente tirando de sus amarras. La tierra todavía estaba cálida, pero había un aliento frío en el aire, un heraldo del otoño.

El volador aterrizó con precisión. Cerca esperaban Lars y Ulla Rydberg. Vestían de forma muy similar, con túnicas y pantalones a su vez cubiertos por capas que mantenían pegadas al cuerpo:El viento agitaba mechones extraviados, los de él de un rubio que se volvía blanco, los de ella de un color dorado. Se abrió la puerta del volador. Bajó un robot. Se trataba de un pequeño modelo multipropósito; cuatro patas bajo un cilindro sobre el que se apoyaba una torre de control; dos brazos terminados en manos, dos en terminales para diversas herramientas. El sistema óptico de la torre destellaba a 130 centímetros del suelo. Por lo normal, el ordenador en su interior hubiese sido una red neuronal adecuada para tareas manuales no muy exigentes. Aquella unidad había sido modificada para contener una emulación.

La voz que surgió de ella fue la de Anson Guthrie. -¡Helio! Es agradable volver a veros.

-Bienvenido... -Ulla vaciló durante un instante- boss. -El título honorífico todavía no le salía con facilidad. Sólo llevaba en Fireballs siete años, en principio en virtud de su matrimonio, y llevaba residiendo en Norteamérica tres años; al haber estudiado en Europa, le costaba la combinación de inglés y español. Hasta ese momento, sus contactos directos con él habían sido breves y escasos-. Es un honor para nosotros. -Lo decía por cortesía. Era una mujer grande y campechana, no una aduladora.

-Thank you. -Guthrie debía de estar escaneando la escena-. Eh, ¿no tenéis a los chicos por aquí? Pensé que vendrían al galope, excepto el bebé, y que ella pondría su carrito a máxima velocidad.

-Los enviamos de excursión, junto con mistress Turner -le explicó Rydberg. Se refería a la única ayudante que él y ella necesitaban, exceptuando las máquinas, para llevar la casa con comodidad-. Cuando llamaste, entendí que deseabas un encuentro confidencial.

-Oh, tampoco hay que exagerar-dijo Guthrie, agitando las manos-. Podríamos haber ido a navegar o a dar un paseo por el bosque, eso me gustaría, o simplemente cerrar la puerta de la habitación durante un par de horas. La razón por la que vine en persona, en lugar de

enviar mi imagen a través de los códigos habituales, era para estar con vosotros durante un tiempo.

Su tono era impersonal. En general, también había sido así cuando Ulla veía la simulación de Guthrie vivo en la pantalla del teléfono. Pero en ocasiones, se volvía suave y mostraba una sonrisa, por ejemplo, cuando le presentaba a sus hijos.

-Quédate todo el tiempo que quieras-le dijo-. ¡Oh, por favor! -Me temo que sólo puedo pasar la noche, dear. Tengo demasiadas cosas que hacer. Además, si me ausentase durante demasiado tiempo sin avisar antes, los de la prensa se volverían locos. Vengo en este cuerpecito para poder escabullirme sin que se den cuenta. Dejaremos una visita en condiciones para más adelante, ¿vale?

Lars sonrió, algo rígido.

-¿Necesitas pedir tiempo para venir a tu propia casa? -dijo-. Podemos dar ese paseo ahora mismo.

-Bien, podemos entrar. Tenía esperanzas de recorrer este viejo lugar con mis propios pies.

La casa donde el Guthrie mortal había pasado sus últimos años, y donde había muerto.

Hasta entonces, se había mantenido en contacto con su biznieto, especialmente después de que se lo contasen a Lars. Nunca se hizo público, y Guthrie nunca le mostró ningún favoritismo. Es más, hablaban entre sí con menos frecuencia de lo que cada uno de los dos hablaba con Dagny Beynac. Pero había un verdadero lazo entre ellos. La emulación había conservado el lazo, y se reforzó después de que Lars se retirase de su carrera de piloto. En tierra, su experiencia pronto se alió con unos talentos administrativos que no sabía que poseía para convertirlo en un hombre mucho más valioso -sobre todo, para las empresas exploratorias de Fireball- que cuando recorría el Sistema Solar.

Sus imágenes, las reales y las sintéticas, habían hablado una noche en Estocolmo, una tarde en Quito.

-Creo que tú y tu mujer queréis mudaros -dijo Guthrie-. ¿Puedo preguntar la razón?

-Nos sentimos inquietos --contestó Lars-. He descubierto que Europa es tal y como la recordaba. Demasiado... demasiado domesticada, todo demasiado controlado. Y si el espacio no será para mí más que Selene o L-5, bien, en ese caso preferiría tener a la verdadera Tierra a mi alrededor, la vieja Tierra, tanto como sea posible. Ulla está de acuerdo. Creció en Laponia, una chica de bosque. -Hizo una pausa-. Además, queremos tener una gran familia. Eso aquí no está bien visto, ya sabes, y hay que pagar muchos impuestos por ello. Ya tenemos problemas sociales. Estamos pensando en Norteamérica.

-Mm, hoy en día es un país razonablemente libre, sí. No sé cuánto tiempo permanecerá así.

-¿ Oh? ¿Por qué?

-La Renovación destruyó casi por completo su clase media. La Segunda República manosea demasiado, intentando con demasiado empeño el restaurar una sociedad productiva y hacer que la clase baja se adapte a ella, por medio de acciones desde arriba, sin dejar que la gente por sí misma arregle las cosas. -Guthrie proyectó un encogimiento de hombros-. Pero la libertad todavía debería durar. Y lo haga o no, las comunidades de nuestra compañía permanecerán autónomas, de hecho si no de nombre.

-Boss, dije que nos gustaría tener a la naturaleza a nuestro alrededor. La naturaleza del norte, no un enclave. En todo caso, casi todo el tiempo.

-Mm... ¡Eh, tengo una idea! Escucha, en una ocasión me compré un terreno hermoso en Vancouver, el noroeste del Pacífico, me construí una gran casa y pasé allí todo el tiempo

Librodot

que pude. El pobre edificio ha quedado vacío desde entonces, exceptuando a alguien que cuida de él. Estoy seguro de que la casa agradecería algo de ruido y caos.

Lars lo miró fijamente.

-¿Qué? Pero se trata... se trata...

-Si descubres que te gusta, se la cederé a Fireball y te nombraré su administrador con derecho a legar tu posición. Está aislada, pero a un corto vuelo de Victoria o Vancouver, no mucho más lejos por un barco rápido. Los chicos podrán ir a la escuela, llamar a sus amigos o invitarles a ir tantas veces como podáis soportarlo vosotros. Los inviernos no son peores que en Suecia; o podéis pasarlos en un clima más cálido. Piénsalo, háblalo con tu mujer, id a visitarla, hacédmelo saber cuando os decidáis. Espero que lo intentéis.

-Es muy precipitado.

-Cuando las ideas se combinan, no me quedo parado. -La mirada creada de Guthrie se hizo amable-. Que las cosas queden en la familia, en la medida de lo posible, ¿eh?

Subieron por el sendero hacia el porche.

-Me encanta ver lo bien que conserváis las cosas. ¿Os sigue gustando el sitio? -comentó Guthrie.

-Oh, sí -dijo Ulla con apasionamiento.

-Y también gusta a varios de nuestros cofrades, por lo que he oído. ¿No os cansáis nunca de tener invitados?

-No, no, son amigos. Y es bueno para los niños conocer a gente tan diversa, no por la pantalla, sino en vivo.

-Y nos traen el espacio aquí, como no puede hacerlo ninguna grabación o texto escrito. -La nostalgia teñía la voz de Lars. -Comprendo -dijo Guthrie en voz baja.

-Negocios y placer -siguió diciendo Ulla-. Es necesario saber todo lo posible, cuando tantas cosas son desconocidas. La casa se está convirtiendo en un centro para conferencias informales... Pero ¿por qué te lo estoy contando a ti?

-Porque se siente ligeramente nerviosa, señora. No lo estés. No se trata de tu jefe que viene a cenar. -Guthrie rió-. Para nada. -Con voz más seria-: Lars y yo estamos más unidos de lo que crees. Pienso que ya es hora, has demostrado ser de confianza, de que sepas cuán unidos. Pero primero, a lo que he venido, a pedir ayuda.

-¡Lo que podamos hacer!

Subieron los escalones, llegaron hasta la puerta, la abrieron y pasaron al vestíbulo. Una nube abandonó el sol. Los colores de la ventana renacieron, Dédalo e Ícaro en pleno vuelo.

Sin las capas, Lars le guió hasta una sala que tenía por techo el mismo tejado, con las vigas a dos pisos de alto del suelo de parquet, frisos de roble y una chimenea donde ardían algunos troncos. La luz caía con suavidad sobre un mobiliario antiguo y pesado, alfombra y cortinas gruesas, cuadros con siglos de antigüedad, cobre y plata trabajados. El Moldava de Smetana surgía de los altavoces. El robot entró como una araña en un santuario.

-¿Hablamos aquí? -propuso Lars.

-Vale -dijo Guthrie-. Veo que no habéis cambiado nada de importancia. Hacedlo, si queréis. ¿No es esta decoración un poco pesada para vuestro gusto?

-No, no -contestó Lars-. Nos hemos sentido con libertad para adaptar el resto de la casa, pero esta sala... nos parece bien así. -No es un santuario -añadió Ulla-. La usamos, es el centro de nuestro hogar. Pero también es como un corazón o una raíz, no sólo para nosotros, sino para Fireball.

Ninguno de ellos mencionó la otra habitación sin alterar, en la que Guthrie había muerto.

-¿Podemos... ofrecerle algo, señor? -siguió diciendo Ulla, sintiéndose de pronto incómoda.

-Sólo vuestra compañía -contestó Guthrie-. Ingenio y sabiduría, o lo que tengáis en casa. Mirad, please, relajaos. Servíos un whisky, café o lo que sea, levantad los pies, comportaos con normalidad.

Les guió un poco por entre rumores y pequeños asuntos: lo que había pasado últimamente en el recinto de Hawai donde los Rydberg pasaban la mayoría de sus inviernos; sus recientes vacaciones en L-5;

las nuevas formas artísticas y de entretenimiento de peso variable; un cómico incidente al que no se había dado publicidad en la Estación Weinbaum de Marte; operaciones mineras en Elara, Júpiter XI; el nuevo parque Lake Aldrin en Selene...

-Es sobre Selene, ¿no?-preguntó Lars-. Por lo que has venido. Para entonces estaba sentado al lado de Ulla, con una copa en la mano y una taza en la de ella. Guthrie los miraba, de pie frente a la chimenea. La luz del fuego se reflejaba en el cuerpo metálico. Las palabras surgieron con facilidad.

-Sí -dijo-. Supuse que lo pensarías inmediatamente cuando te llamé para reunirnos. -Lars asintió-. Después de todo, eres hijo de Dagny Beynac.

-Y ella es virtualmente el igual del gobernador general -comentó Ulla.

-Legalmente no-le recordó Lars-. Hoy en día no tiene puesto oficial, aparte de pertenencia a Fireball.

-Tiene más poder.

-Eres una dama muy inteligente erijo Guthrie-. Hoy en día sólo le preocupa Fireball a medias.

-¡Ella nunca rompería el juramento! -exclamó Lars, sorprendido por el comentario.

-No he dicho eso. Por supuesto que no. Al contrario, ya sabes que desde que se retiró ha sido nuestra consejera cada vez que se lo hemos pedido, pero quizá no sepa lo que nuestra empresa lamentaría perder su consejo.

Guthrie se quedó callado durante un momento antes de continuar. -Sin embargo, como todas las cosas humanas, juramento» puede tener muchos significados diferentes.

Lars se puso a la defensiva.

-Por favor, ¿qué quieres decir con eso?

-Nada malo. No cree que Fireball pueda salir malparada si sus selenitas obtienen lo que quieren en mayor cantidad, es decir dominio local y libertad de acción. Afirma que eso nos beneficiará. Pero se dedica cada vez más a sus esfuerzos por conseguirlo para ellos. -Guthrie suspiró-. Como resultado, ya no estamos tan unidos como antes. -Desde... -Ulla no pudo continuar.

-¿Desde que mi original se retiró del juego y yo me ocupé de todo? -contestó Guthrie-. No temas decirlo. Claro, era evidente que eso acabaría cambiando nuestra

relación, pero la cambió menos de lo que podría esperarse. En los últimos años, Dagny... bien, ha perdido el hábito de compartir conmigo todo lo que le importa.

-Se hace vieja-dijo Ulla en voz baja-. La gente cambia con los años.

-Es difícil imaginársela como vieja. La recuerdo como si fuese ayer, un encantador bebé... -Guthrie se detuvo. Ése no era exactamente su ayer-. Pero no. El tiempo se ha limitado a afilar más los talentos de Dagny Beynac.

-Entonces, ¿qué te preocupa, boss? -preguntó Lars.

-Eso exige repasar los hechos. -Nuevamente Guthrie se detuvo-. Los dos sabéis bien que, desde que obtuvieron permiso, los selenitas han iniciado una gran campaña para ir al espacio profundo por sus propios medios. Sus hijos están en la vanguardia. Compra, fabricación, entrenamiento... Hasta ahora, cosas a pequeña escala, pero enérgico y ambicioso.

-Sí -reflexionó Lars-. Ambicioso. Confieso que es una ambición que me asombra. No es realmente económica. Nunca hemos pretendido... Fireball no quiere suprimirles, por amor de Dios. Pero cuando intento persuadirles de que, en este momento, fletar naves y contratar tripulaciones es mucho mejor... son amables, pero es como si no me oyesen.

-No es una experiencia única ---dijo Guthrie con sequedad. -Ya te lo he dicho, cariño-le recordó Ulla a su esposo-. Es una cuestión de orgullo, de reafirmación. ¿Cuándo aprenderás que no todos son tan racionales como tú?

Guthrie rió una vez más.

-La gran irracionalidad de los racionalistas. Tienes toda la razón, mi dama. Tengo muchas dudas sobre lo que es y deja de ser racional para un selenita, esa especie de testarudos, pero básicamente tienes razón.

»Vale, sigamos. No faltan cosas que hacer en el espacio, incluso si esos ricos selenitas tienen que pagarse su parte. Pero vosotros no podéis saberlo, porque ha sido entre Dagny Beynac y yo, no podéis saber de qué modo se ha apoyado en mí todo este tiempo, en nombre de esa gente.

Lars se rascó la barbilla y bebió un sorbo de whisky.

-Mm, me he estado preguntando sobre la ayuda que Fireball ha estado dando, préstamos de dinero, instalaciones y demás. ¿Cómo podría pagarse? Pero no entiendo de economía.

-No eres el único que se lo pregunta-dijo Guthrie-. Otros lo han expresado con mayor claridad, o con total escándalo. Como no soy el dictador absoluto de la compañía, a pesar de lo que dice la prensa, he tenido varias peleas tras los bastidores, aprobando esta o aquella operación y asegurándome de que se realiza adecuadamente. -¿Por qué? -preguntó Ulla.

-Confía en una mujer para que pregunte sin tapujos. ¿Por qué iba a hacer lo que Dagny me pide? Bien, como podéis suponer, en parte miré más allá del aspecto monetario. Las naciones de la Tierra y la babosa Federación necesitan a alguien que pueda plantarles cara. Al menos, la gente lo necesita, si no queremos ver a los gobiernos creciendo sobre nosotros como la vegetación en la jungla. -La frase de Guthrie traspasó a sus oyentes-. Pero, bien, también... era Dagny quien me lo pedía.

-¿Y ahora ha pedido demasiado?-Los ruidos del fuego se mezclaron con las palabras de Lars.

-No. Pero en esta ocasión es algo muy radical, tanto como para pararme a pensarlo. Así que decidí hablarlo con vosotros.

-Yo... no soy íntimo de ella. En realidad no. ¿Ha tenido algún amigo íntimo desde la muerte de Edmond?

-La conoces mejor que la mayoría de la gente. Y tú, Mrs. Rydberg, pareces tener una percepción superior a la media. Vamos a intentarlo.

Lars se inclinó hacia delante. -¿Qué quiere?

-Una nave antorcha, diseñada y construida según especificaciones, adaptada a una tripulación selenita. No es nada que se pueda hacer con facilidad. Financiarla, con investigación y diseño, sería algo oneroso para nosotros, y el pago lento, si llega a pagarse.

-¿No pueden esperar hasta poder producirla ellos mismos? -Es evidente que no. Eso podría tardar una década o más. Son demasiado impacientes. En todo caso, eso es lo que afirma Dagny. Quieren salir y explorar por su cuenta. Explorar realmente.

-Eso... es razonable, ¿no? -dijo Lars. Ulla sintió la nostalgia y le agarró la mano.

-Supongo que sí. Aun así, apuntar tan alto en un estadio tan temprano de su proyecto espacial... Parece que apuestan demasiado. ¿Para qué?

-¿No te dio ninguna pista?

-Ninguna, excepto que como sus hijos la desean con tanta ansia, ella también. Oh, me habló de que era un símbolo que ayudaría a calmar los sentimientos de rebeldía de la joven generación lunar. Una compensación para salvar la cara, diría yo. Y también comentó que sería una inversión, entrenamiento, experiencia, etcétera. Pero en general, admite que son impacientes.

-No se hacen más jóvenes a cada día que pasa-murmuró Lars. Ulla le apretó la mano con más fuerza.

-Pensé que podrías tener alguna información o idea para ayudarme a decidir.

-Lamento que no sea así. La generación selenita me resulta tan extraña a mí como a ti.

Ulla levantó la cabeza.

-Sospecho que no se trata de un mero impulso -ofreció-. Deben de tener en mente algo específico.

-Tengo la misma impresión-admitió Guthrie. Lars volvió a repetirse.

-No puedo creer que mi madre lo apoyase con todo su corazón si fuese una amenaza para nosotros.

-No, claro que no -dijo Guthrie-. Pero es un gasto considerable, que quizá no se recupere, y que me causará grandes problemas con mis directivos.

-¿Un tesoro? ¿Habrán descubierto algún depósito importante en algún cuerpo lejano?

-Es una suposición evidente. Se lo pregunté a Dagny directamente. Dijo que no, y me preguntó a su vez cómo podrían descubrir algo así si no tienen una nave para explorar o ni siquiera sondas robóticas con las capacidades adecuadas.

-Una nave espacial en órbita es, en potencia, un arma terrible. Una como ésa...

-¡No! -gritó Ulla.

-No tiene sentido -dijo Guthrie-. Puede que los selenitas tengas sus locuras, pero no han perdido la cabeza. Ni tampoco son estúpidos.

Lars asintió.

-No pretendía decirlo en serio -explicó-. Quería simplemente rechazar la idea. Además, mi madre es mi madre. No podrían engañarla y ella nunca lo permitiría... -Respiró profundamente-. Dejando de lado el aspecto económico, ¿qué mal podría haber, boss? Conocimiento, riqueza o lo que esperen ganar, ¿no beneficia al final a toda la humanidad?

-Ésa es la voz de un explorador y, me temo, un idealista. Yo soy algo menos ingenuo. Ni tampoco es el negocio de Fireball hacer buenas obras.

-Pero sí hacer el bien-insistió Ulla.

-En cierta medida, mientras a la compañía le vaya bien -dijo Guthrie-. Aunque Dios sabe que tenemos nuestra parte de avaricia miope, tonterías y todo el resto de la condición humana. Tampoco las dejaron fuera de mi programa... Pero me voy por las ramas. ¿Deberíamos apoyar la empresa o no?

-Me inclino a pensar que deberíamos hacerlo... -empezó a decir Lars.

-Con la esperanza de que podamos satisfacer nuestra curiosidad, ¿no? -Guthrie volvió a reír.

-Eso puede que no suceda nunca. Pienso en los descubrimientos y en la diversidad, y.. Pero debemos reunirnos más a menudo para hablar. ¿Realmente sólo puedes quedarte hasta mañana?

-Por desgracia, así es. Bien, en las horas que nos quedan lo resolveremos lo mejor que podamos. Me inclino a pensar que acabaremos con «!Que le den a los torpedos! A toda máquina.

Ulla miró al robot durante un rato.

-Porque tú también eres lo que eres -le dijo luego a la mente que contenía.

25

Venator había regresado a la Central, después de entrevistarse con Matthias, algo menos que satisfecho. Realmente no necesitaba hacerlo. Podía estar en contacto con los acontecimientos, incluyendo cualquier idea del cibercosmos, en cualquier lugar de la Tierra donde hubiese un terminal de comunicación. Pero creía que allí encontraría la calma y la seguridad con las que su mente obtendría total claridad.

Comprendía bien las razones para sentirse así. Aquélla era tierra santa.

Era uno de los pocos humanos que sabían de su existencia más que vagamente. Era uno de los muy pocos que habían caminado por su interior.

La mañana después de su llegada, salió a dar un paseo de una hora. Aunque era un hombre atlético, no estaba aclimatado a la altitud. Sin embargo, la noche antes había recibido una inyección de sustituto de hemoglobina y respiraba con facilidad. El aire entraba en él frío, tranquilo y completamente puro.

Pronto dejó atrás las cúpulas, las antenas parabólicas y las torres. No eran más que un grupo, una estación meteorológica. Nada dejaba ver lo que las máquinas habían construido bajo tierra. Los instrumentos a bordo de un satélite de vigilancia podían detectar la radiación del subsuelo, pero se trataba de sutil radiación electromagnética, infrarrojos o neutrinos; y el cibercosmos eliminaba tales datos antes de darles entrada en las bases de datos públicas.

Como lo visitaba poco, Venator no conocía bien el territorio. De vez en cuando sacaba un lector de mano para mirar un mapa y un archivo de texto que detallaba los puntos importantes; empleaba su informador para comprobar su posición exacta y la orientación. En eso consistía todo su contacto con el mundo exterior. Vagó sin preocupación, absorbiendo serenidad de aquella magnificencia.

Se dirigía al norte. Mientras subía, a su alrededor los dispersos enebros, abedules y rododendros daban paso a matas de hierba entre las que crecían flores salvajes y relucían riachuelos cantarines. La luz del sol caía de la inmensidad azul; las sombras se cernían precisas sobre los pedruscos llenos de líquenes. En ocasiones, durante un momento, veía un águila en lo alto, en ocasiones se cruzaba con una marmota; un faisán alzó el vuelo como una joya que estallase. Frente a él se levantaba el Gran Himalaya; de un horizonte a otro se veían los glaciares relucientes sobre rocas apagadas por la distancia, y también las cumbres de un blanco radiante. Un viento sacó nieve de uno de esos tremendos picos, como si lo afilase.

Los músculos de Venator luchaban y se regocijaban. Respiraba profundamente y miraba al infinito. Del esplendor de las montañas sacaba fuerzas; dejó de sentir sus problemas. Estaba a solas con el infinito y la eternidad.

Pero el infinito y la eternidad estaban en su interior. Aquella altura simplemente los había evocado. Entre las estrellas, no era más que una arruga sobre la piel de un pequeño planeta perdido entre las marchas de toda una galaxia. La vida ya era vieja sobre la Tierra cuando la India chocó contra Asia y elevó los escombros hacia el cielo. La vida seguiría existiendo cuando el viento y el agua hubiesen aplanado el último de los picos; abrazaría todo el universo, y sobreviviría al final de la última estrella; al final sería el universo, toda la realidad.

Porque la inteligencia era la evolución final de la vida.

Lo sabía, lo había sabido desde antes de entrar en el jardín Cerebral, no sólo como palabras sino como una parte de sí mismo, como el corazón o los nervios y como el sentido de la existencia. Pero en ocasiones, las horas y el cuidado del servicio, los incontables pequeños detalles de ser un humano, lo ocultaban, y ejecutaba sus tareas como un fin en sí mismas,

viviendo en un universo que se había vuelto más estrecho. Entonces debía buscar la renovación. De la misma forma -pensó con un resto sardónico- que un creyente en Dios se retira a meditar y orar.

Aquí podía volver a razonar integral y objetivamente. Cuando se detuvo para tomar un escaso almuerzo, en el borde de una garganta que caía hacia un glaciar en forma de espada, recordó, para reconsiderarlos, los hechos que había traído consigo desde la Isla Vancouver, al otro lado del globo.

Del mar venía lluvia, que chocaba contra la casa, cegando las antiguas ventanas. En el hogar ardía un fuego. Sus llamas eran lo único brillante en la alta sala crepuscular. La luz jugueteaba sobre el hombre sentado en la silla tallada.

-Sí erijo Matthias-. Ian Kenmuir estuvo aquí la semana pasada. ¿Por qué lo pregunta, cuando es evidente que ya lo sabe? Sentado frente a él, Venator se encogió de hombros y sonrió. -Una pregunta retórica -admitió-. Una cortesía, si lo prefiere. Los ojos, enclavados en un rostro escarpado, lo miraban fijamente.

-¿Cuál es su interés en el asunto, pragmático?

Igualmente evidente, su interés era considerable. Venator se había presentado en persona y había declarado su rango para impresionar al Rydberg. Sin embargo, mantenía un tono agradable.

-A mi servicio le gustaría descubrir la naturaleza de su misión. -Nada criminal.

-No dije que lo fuese. -Pregúnteselo a él. -Me gustaría poder hacerlo. Ha desaparecido.

Las cejas se elevaron. Todo el enorme cuerpo se movió. -¿Sospecha juego sucio?

Ése podría ser el momento de emplear las lealtades que mantenían unida a toda la Hermandad Fireball.

-Es posible -dijo Venator-. Cualquier pista que pueda ofrecerme será de utilidad.

Matthias pensó durante un minuto, mientras las lluvia susurraba, antes de responder.

-Un hombre podría desear ocultarse por muchas razones diferentes. La ley no nos exige informar a cada hora de nuestro paradero. Todavía no.

¿Temía un futuro agobiante?

-Nunca, señor -contestó Venator. Era sincero. ¿Por qué iba a buscarse el cibercosmos semejante problema?-. La protección policial es un servicio, no una obligación. Pero precisa de la cooperación de la gente.

-Policía. Mm. -Matthias se acarició la barbilla. Venator vio que rechazaba la tecnología cosmética; las venas destacaban bajo las manos y bajo las manchas marrones-. Si un individuo ha sufrido un final violento, eso es asunto de la policía, no de la Autoridad de Paz. -Si le hubiese informado por completo, sin duda habría añadido: «Y especialmente menos de un agente sinnoionte»-. No está siendo del todo sincero, sir.

Los datos preliminares de Venator le habían llevado a esperar tozudez.

-Muy bien, intentaré explicárselo. Empecemos indirectamente: ¿apoya usted el proyecto Hábitat?

-¿Se refiere a poner L-5 en órbita lunar? -La voz se aceleró-. ¡Claro que sí!

-Creería que todos sus miembros pensarían igual -siguió diciendo Venator.

Matthias frunció el ceño.

-Algunos de nosotros simpatizan con los selenitas. Están en su derecho.

-¿Se encuentra Kenmuir entre ellos? -Venator intensificó el timbre-. ¿Se preocupa porque otros terrestres vayan a donde él ha ido, y que vivan donde él ha vivido?

-Déjese de oratoria, please-dijo Matthias.

-No es ningún secreto lo hostiles que son algunos selenitas al proyecto Hábitat. Tampoco es ningún secreto que Kenmuir no sólo pilota para la Ventura sino que tiene... lazos personales con su patrona. Tenemos razones para creer que vino a la Tierra a petición suya. -¿Para sabotear el proyecto? -se mofó Matthias-. Pragmático, soy un hombre viejo. No me queda mucho tiempo para gastarlo en estúpidos juegos.

Venator contuvo la irritación.

-Mis disculpas, señor. No tenía tal intención. Ni tampoco acuso a Kenmuir de nada ilegal. Es sólo que... las posibilidades para el mal o el bien... -Dejó la frase sin terminar, como si se abstuviese de hablar de naves espaciales y meteoroides estrellados contra la Tierra con la fuerza de una bomba nuclear, nanotecnología y biotecnología malignas, todos los peligros que se cobijaban en el fondo del cráneo humano.

-¿Qué males? -bramó el Rydberg-. En el peor de los casos, el Hábitat se cancela. Estoy de acuerdo que para una pequeña minoría de nosotros eso sería un desastre, o al menos un retraso desolador. Pero dejémonos de fantasías apocalípticas, ¿eh? Tenga la amabilidad de ser más específico.

No era tarea fácil, cuando Venator no podía dar ninguna indicación de la verdad.

-Intentamos comprender la situación-dijo con cuidado-. Parece que la facción selenita está tramando algo. Pero ¿qué? ¿Por qué

no actúan abiertamente, por medio de los cauces políticos normales o la persuasión? Si quiere, diga que es un presentimiento, pero la Autoridad de Paz no se atreve a permanecer al margen. Los acontecimientos podrían descontrolarse, con desastrosas consecuencias. -Como había sucedido a lo largo de la historia, una y otra vez, siempre; porque los asuntos humanos forman un sistema caótico. No hubo ninguna esperanza de paz que no condujese al anquilosamiento o progreso que no llevase a la destrucción hasta que la inteligencia sofotéctica superó a la humana; ¡y qué precario era todavía el control en las manos del timonel! Fue alentador ver el asentimiento de la cabeza blanca-. Al mismo tiempo, no tenemos posición legal para actuar directamente. No podemos probar y de hecho todavía no afirmamos que el capitán Kenmuir, o cualquier otra persona, tenga intenciones malévolas. Podrían estar... mal informados. Como nosotros en este momento.

-Usted mismo podría estar siguiendo un rastro completamente falso.

-Sí, así podría ser. Sin más información, no podemos limitarnos a asumir tal cosa. Ya sabe lo que es el deber.

-¿Qué quiere que haga?

-Dígame qué quería Kenmuir de usted. El rostro se congeló.

-Es normal que los cofrades presenten sus respetos en la Mansión Guthrie cuando tienen la oportunidad.

-Dudo que Kenmuir estuviese peregrinando o buscando ayuda en alguna dificultad privada. En ese caso, ¿por qué iba a desaparecer? Matthias permanecía inflexible.

Librodot

-La Hermandad hace honor a la intimidad de sus cofrades. Venator relajó un poco sus modales.

-¿Puedo hacer suposiciones? Aquí guardan un secreto. Un secreto de siglos, al igual que han conservado esa nave histórica. -Estamos lejos de ser la única asociación que tiene sus misterios, santuarios y reliquias-dijo Matthias en voz baja.

-Soy consciente de tal hecho. Pero ¿le preguntó Kenmuir la naturaleza del secreto?

Le respondió el silencio. Venator suspiró. -Supongo que no puedo hacer la misma pregunta. Matthias sonrió.

-Oh, puede hacerla. No recibirá respuesta.

-¿Si volviese con una orden oficial y le preguntase? -le desafió Venator.

-Menos aún tendría respuesta. Si fuese necesario, me volaría el cerebro-fue la implacable respuesta.

Venator dio forma a un silbido silencioso. El fuego escupía chispas. -¿Es así de importante?

-Lo es. Para nosotros. -Matthias hizo una pausa-. Pero no para usted. No es nada importante para usted. Eso es todo lo que voy a decir.

-Si me lo dice, y si tiene razón en ese punto, y probablemente es así, me llevaré el secreto conmigo hasta la cremación-le prometió. -¿Lo haría? ¿Podría hacerlo?

Venator pensó en habitaciones apantalladas y selladas, y líneas de comunicación encriptadas.

-¿Por qué desconfían de nosotros de esa forma? -preguntó en voz baja.

-Por lo que es -le dijo Matthias-. No usted como individuo o como agente. Por la forma en que están yendo las cosas, en todo el Sistema Solar. A mí me es indiferente. Soy viejo. Pero para mis nietos y sus hijos, quiero libertad.

-¿Cómo le está oprimiendo el gobierno de la Federación? Tiene la intención de darles el Hábitat.

-El propósito del gobierno es el gobierno-dijo Matthias. Venator reconoció la cita de Anson Guthrie-. Very well, supongo que éste se entromete y extorsiona menos que los anteriores. Pero eso se debe a que no es el poder real, no más que los gobiernos regionales y nacionales que están por debajo. El verdadero poder es el cibercosmos. -Dependemos del cibercosmos, cierto...

-Exacto.

-Pero que planee esclavizarnos... ¡eso sí que es una fantasía apocalíptica! -exclamó Venator-. ¿Cómo podría hacerlo? En nombre de la cordura, ¿por qué iba a hacerlo?

-No he dicho tal cosa. Nada de tal simplicidad. -La pesada voz guardó silencio durante un momento. En el exterior, el viento y la lluvia golpeaban contra la casa-. Ni tampoco pretendo comprenderlo que está sucediendo. Me temo que ya está más allá de toda comprensión humana, aunque apenas nadie se ha dado cuenta hasta ahora. Para mi especie, antes de que sea tarde, quiero libertad. El Hábitat puede que sea o no el primer paso, pero el camino a las estrellas es muy largo.

Alfa Centauri, pensó Venator, una señal en los cielos. Sin Guthrie y sus colonos en el espacio, el sueño -la quimera- hace tiempo que hubiese sufrido su muerte natural.

-Mientras tanto -terminó Matthias-, conservaré lo mejor que pueda lo que es humanamente nuestro. Eso incluye las Palabras del Fundador. ¿Me comprende? -Levantó el cuerpo de la silla-. Es suficiente. Goodbye, pragmático.

Lo más probable es que fuese cierto, que el maestro de la orden hubiese dicho la verdad y que su desafío fuese simbólico. Es más, ¿cuál era la amenaza real de Kenmuir y su presunta acompañante? Venator suponía que ella poseía alguna habilidad que se vería complementada por el conocimiento especial del astronauta; entre los dos podrían desarrollar una estrategia para encontrar el archivo Proserpina y entrar en él.

Improbable hasta el punto de lo ridículo, al menos no después de que hubiera sido protegido por códigos dobles basados en ADN de acceso. Venator se preguntaba a menudo si todo el asunto no sería un señuelo, destinado a desviar la atención de las verdaderas intenciones de Lilisaire. Otros operativos trabajaban en el caso, tanto humanos como sofotécticos. Él era su jefe, pero sabía bien que no debía interferir. En caso de que necesitasen ayuda, llamarían. Hasta entonces, asimilaría sus informes y haría lo que sabía hacer mejor.

Valía la pena localizar a Kenmuir y su compañera por las claves que pudiesen dar sobre las intenciones de Lilisaire. Además -Venator sonrió- se trataba de un problema interesante.

Dando zancadas, consideró la situación. No podían mantenerse siempre ocultos al sistema. Ya debía de haber pistas, en la base de datos de Control de Tráfico, en encuentros casuales, incluso quizá en uno o dos acontecimientos inusuales. La gente observaba confusamente, recordaba mal y olvidaba o mentía. El cibercosmos no tenía ninguno de esos problemas. Por ejemplo, cualquier sofotecto de servicio que por casualidad se hubiese topado con Kenmuir reconocería su imagen si le era enviada por la red y ofrecería hasta los más mínimos detalles sobre sus actos.

Pero las máquinas de ese tipo se contaban por millones, sin hablar de unidades más especializadas, tanto sentientes como robóticas. El sistema cubría el mundo, y era imposiblemente inmenso. Una búsqueda en su totalidad llevaría días o peor aún, mantendría ocupados a sistemas que se requerían en otra parte. Y durante esos días, ¿qué podría hacer Lilisaire?

Bien, se podrían centrar los esfuerzos. Delinear unidades locales. Preguntar en cada una de ellas si había sucedido algo que encajase con tales y tales parámetros, dentro de ésa área. Eso debería ofrecer un número de repuestas no muy grande, que luego podría reducirse más. Aun así exigiría tiempo, pero...

Hiciese lo que hiciese, debía actuar. Por ligera que fuese la oportunidad de la revelación, no podía arriesgarse por falta de acción. Venator movió la cabeza. En ocasiones le seguía resultando difícil entender cómo Proserpina podía ser tan importante.

Los efectos políticos a corto plazo eran muy claros. Si los hechos se conocían, los terranos que deseaban el Hábitat se encontrarían de pronto aliados con los selenitas que lo aborrecían, o en todo caso, no se opondrían a ellos irrevocablemente; ¿y cómo podría la Teramente hacer que la masa de la humanidad comprendiese que eso era una amenaza de catástrofe?

De eso se trataba, ¿por qué era una amenaza? Qué vago sonaba resurrección del alma fáustica. ¿Cuántos habitantes de aquel mundo en general en paz y feliz sabían lo que significaba, y menos aún lo que presagiaba?

¿Y realmente implicaba el mal? Por intentar alcanzar las estrellas, el hombre fáustico había arruinado el planeta y destruido sus especies. Pero el conocimiento que habían arrancado a un cosmos despreocupado, los instrumentos que habían creado, ¿no eran el terreno sobre el que había florecido la era de la cordura?

Venator se estremeció en una tarde cada vez más fría. Al oeste, una rodaja de luna se hundía tras las montañas. Al este venía la noche de camino.

Había vivido los horrores del pasado: guerra, tiranía, fanatismo, crimen rampante, pobreza aplastante, tierra destrozada, aguas envenenadas, aire mortal, la destrucción del espíritu humano, la alienación, las multitudes de los solitarios desesperados, el triunfo primero de los mediocres y luego de los idiotas, una civilización tras el suicidio de otra civilización. Los había vivido por medio de libros, multiceptores, quiviras, imaginación, guiado por las grandes mentes sofotécticas. No es que le dijesen lo que debía pensar. Sobre el fondo del pasado había visto el agradable presente y el futuro que se desarrollaba hasta el infinito. Por tanto -sí, había nacido cazador, pero aun así-, se había convertido en agente de la Autoridad de Paz.

Pero ¿producía una ambición arrogante y sin límites necesariamente la caída? Fireball Enterprises había creado una hermandad de

lealtades y logros compartidos cuyos restos sobrevivían hasta la Tierra de hoy.

Y también en Alfa Centauri, un recuerdo y un aliciente.

Venator aceleró el paso. Otro faro brillaba frente a él, una estación iluminada.

Como si le inspirase esa visión, le vino una idea. Chasqueó los dedos, enfadado consigo mismo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Probablemente porque la posibilidad contra la que protegería era muy remota. Aun así, era una precaución muy simple, y si de alguna forma se justificaba a sí misma, entonces la recompensa superaría toda medida.

Era evidente que tampoco se le había ocurrido al cibercosmos. La superior inteligencia mecánica podría haberla imaginado, aunque sólo fuese ejecutando las permutaciones a la velocidad casi lumínica de sus procesos de datos. Pero tenían ocupaciones más elevadas. Los sofotectos de nivel bajo eran tan capaces como él, pero de otra forma. El cerebro eletrofotónico no funcionaba como el sistema químico neuroglandular. Por esa razón existían los sinnoiontes.

Venator entró en el edificio principal y descendió. Por debajo, recorrió un pasillo en cuyas paredes relucían formas abstractas y extrañas notas abstractas surgían de ellas. Conectado a la red, podía saborear y comprender algo de lo que ese arte evocaba. Aislado en su cuerpo, no podía. Allí era el único humano, alimentado y alojado monásticamente. Lo era por propia elección. Las indulgencias mortales se quedaban entre los mortales.

A su lado pasó un sofotecto. El cuerpo que llevaba tenía ruedas y varios implementos.

-Saludo, pragmático -dijo con cortesía. Él le contestó y se alejaron.

En otros lugares había trabajado lado a lado con seres como aquél, y luego habían conversado. Pero no a menudo. Para él había sido agradable y fascinante, pero todos sabían que era algo superficial. El intercambio directo de datos era el modo natural de comunicación de las máquinas. Venator anhelaba empezar.

Cuando llegó a la sala de comunicación, temblaba por la emoción. Pero no era más que el animal que sabía que pronto el cerebro estaría en éxtasis. Endorfinas... entrenado somáticamente, se forzó a calmarse, se colocó el intercomunicador, se sentó en el sofá y pidió permiso.

Aunque su propósito era simple y directo, sintió el cibercosmos

como un único y enorme organismo con cientos de miles de millones de avatares. El punto-nexo que era su conciencia podía cambiar de rama en rama de la red, la siempre fluida conectividad, para unirse a cualquier existencia que hubiese en ella.

Un banco de instrumentos en el fondo del océano saboreaba la química de un negro géiser y la vida que alimentaba. Un robot reparaba la línea de drenaje de una villa en Yunnan. Un monitor vigilaba el crecimiento, átomo a átomo, de un cable fulereno en un nanotanque. Un servicio sofotecto elegía el seudovirus apropiado para destruir las células precancerosas en un humano avejentado. Control de Tráfico mantenía millones de naves volando con seguridad, en una circulación tan compleja como la de la sangre en un cuerpo humano. Una inteligencia desarrollaba la estructura lógica necesaria para probar o no un teorema... pero de ese lugar el punto de conciencia debía retirarse, medio deslumbrado, medio perplejo.

Era la unidad con el mundo.

Después de una fracción de segundo más rica que toda una vida mortal, se dirigió a su objetivo. Desde la red llamó la atención de un programa específico, y se comunicaron.

Expresado en palabras, y no era así como se comunicaban, se hubiesen dicho:

SI SE PRODUJESE CUALQUIER ENTRADA DE CUALQUIER TIPO, AUTORIZADA O NO, EN EL ARCHIVO PROSERPINA, SÍGUELA HASTA SU FUENTE E INFORMA AL AGENTE VENATOR. ALERTA A LA BASE MÁS CERCANA DE LA AUTORIDAD DE PAZ PARA QUE SE TOMEN MEDIDAS INMEDIATAS.

NO ESPECIFICA LA RAZÓN.

APROBADO; respondió el sistema. SE HA ESTABLECIDO COMO INSTRUCCIóN.

Y luego, como la voz ansiosa de una madre: *Estás preocupado. Tienes dudas.*

... no dudo, comprendió Venator. No comprendo del todo, pero creeré.

(¿Cómo podía el sistema, incluso la Teramente, saber cuál sería el resultado? La humanidad es matemáticamente caótica. No podemos saber más que el hecho de que la historia posee ciertos atractores. Los intentos de controlarla podrían hacerla pasar de uno a otro, de forma impredecible. La introducción de un nuevo elemento podría cambiar la totalidad de una forma radical, desde la configuración hasta su misma dimensionalidad. ¿Es posible escribir las ecuaciones? Si pudiesen escribirse, ¿sería posible resolverlas? Un peligro es posible preverlo, pero un desastre o sucede o no sucede. Existimos tal y como somos ahora porque aquellos que existieron con anterioridad corrieron riesgos terribles. ¿Cómo podemos estar seguros de lo que negamos a los que vengan después de nosotros si no nos permitimos ningún riesgo?)

No podemos *estar seguros.* Pero en ese caso...

Lo sabrás.

Y el cibercosmos llevó a Venator a la Unidad.

Lo había hecho en dos ocasiones anteriormente, para su iluminación y suprema recompensa. Una vez más se abrió en su totalidad para él. Venator fue más allá del mundo.

Realmente no podía compartir. Las ideas, las creaciones que atronaban y cantaban no podían realmente penetrar en la conciencia de su pobre cerebro, y menos aún podía comprenderlas. Los intelectos, brillantes como estrellas y fluidos como el mar, se elevaban frente a él como montañas, más alto y más alto hasta el pico inimaginable que era la Teramente. Pero de alguna forma estaba allí y pertenecía a ellos, el menor de los estremecimientos en la tremenda función de onda; de alguna forma, la totalidad llegaba hasta él.

La realidad es múltiple.

Venator se convirtió en una especie de fotón, un átomo de luz, atravesando un espaciotiempo curvado y distorsionado por una materia que era en sí misma mutable. No recorría un único camino sino una infinidad de ellos, cada una de las posibilidades de la Ley.

Interferían unos con otros, anulándose hasta que casi quedaba sólo uno, la geodésica... casi, casi. Tanto el pasado como el futuro estaban repletos de sombras de incertidumbre. Llegó hasta algo que difractaba la luz, y el camino por el que lo atravesó sólo era posible conocerlo a posteriori. Encontró su final en una partícula para la que él, transfigurado, era la energía capaz de llevarla a cualquier parte. El camino que había seguido no estaba predestinado, pero era irrevocable y por tanto era un destino.

Has *aprendido* la teoría de la mecánica *cuántica tan bien como has podido. Ahora contempla el universo cuántico... lo mejor* que *puedas.*

La identidad que le guiaba era un aspecto de la Unidad; pero estaba en comunión con él como no podría estarlo ninguna mente sofotéctica. Porque se trataba de la emulación de un sinnoionte que había muerto mucho antes de su nacimiento, que la Unidad había absorbido.

Yang: El continuo no cambia, determinado al principio, y siguiendo hasta la eternidad. Porque las observaciones de dos observadores son igualmente válidas, igualmente reales, pero sus conos de luz no coinciden. El futuro de cualquiera de ellos se encuentra en el pasado del otro. Por tanto, el mañana debe estar tan fijo como el ayer.

Yang y Yin: La realidad no se bifurca. Es Una.

No podía mirar el universo de la Teramente igual que no podría haber mirado el corazón del sol. Pero podía saber lo que allí había, su gloria, por siempre.

Después, permaneció tendido durante mucho rato para volver a ser él. En una ocasión lloró por la pérdida. En otra gritó de alegría.

Al final se puso en pie y se dedicó a sus asuntos puramente humanos. Tenía la promesa. Su cuerpo, su cerebro, perecerían algún día. El yo, el espíritu que generaban, no perecería. También iría a aquello que había de encontrar, para ser lo Definitivo.

Pero todavía no existía la omnipotencia ni la omnisciencia, ni existirían durante incontables miles de millones de años. Por fin sabía por qué la existencia de esa cualidad requería que Proserpina fuese olvidada.

26
La madre de la Luna

Allí el sol era simplemente la primera entre las estrellas, con una cien milésima del brillo que tenía sobre Selene, menos de una décima del de la Tierra llena. Aun así, cuando se apagaba la luz en la cabina de observación, los ojos que se adaptaban a la oscuridad apreciaban sombras, tenues y cambiantes. En el pequeño mundo que ocupaba la pantalla primaria, picos y peñascos se alzaban al cielo, mientras que los centelleos y reflejos mostraban dónde sobresalía el metal. La visión oscura era necesaria para hacer que la superficie rocosa fuese algo más que una confusión moteada. Con ella se apreciaba una escena de delirio; montañas, planicies, valles, acantilados, pozos, grietas, flujos solidificados en su convulsión final, algunas cosas imposibles de identificar, todo oscuramente entremezclado.

Después de meses de impulso, acelerando y desacelerando a una gravedad lunar continua, la ingravidez era una experiencia extraña incluso para aquella tripulación. Brandir y Kaino flotaban, mirando en silencio. Las corrientes de aire parecían no hacer más ruido que su sangre. Lentamente, la nave antorcha *Beynac* orbitaba su destino, una rotación cada nueve horas y media. Rasgo tras rasgo aparecía sobre el horizonte.

-¡Mira! -gritó Kaino.

Señaló una mancha oscura no muy por debajo del polo norte que iba mostrándose a la vista. A distancia habían visto que se extendía por la mitad del globo. Ya tan cerca, podían distinguir las estribaciones y laderas. Donde la cordillera había caído o se había hendido, vieron profundidades que relucían de un blanco azulado.

-¿Qué es eso?

-El impacto de un cometa-juzgó Brandir-. Éstos son los restos. La radiación hizo que los materiales orgánicos expuestos del cometa formasen grandes moléculas. -Permaneció en silencio durante unos segundos, como si contuviese un estremecimiento. ¿Cuánto tiempo había tardado el proceso, en aquellas regiones remotas del Sistema Solar? Las líneas de su rostro se hicieron más profundas. Forzó la impersonalidad en el melodioso lenguaje selenita-. Probablemente la mayoría es hielo de agua.

Kaino asintió con entusiasmo. Había preguntado sin pensar; sabía tan bien como su hermano el posible origen de lo que veían.

-¡Toda una reserva! Y si resulta no ser suficiente, pues vaya, he observado otro cometa a menos de cien unidades astronómicas. -Hizo un gesto señalando una pantalla auxiliar llena de estrellas, Vía Láctea, nebulosas, noche-. Una afortunada casualidad, entre todo este vacío.

-Si lo deseamos. Hemos localizado el sueño de nuestro padre; no sabemos qué nuevos sueños pueden surgir de él. -Brandir hablaba con brusquedad. Estaba de un humor peor de lo que era adecuado para el fin de aquella expedición. Volvió a concentrarse en lo que había estado estudiando antes de que Kaino hablase.

Dejó de prestar atención y miró cuando entró Ilitu. El pelo castaño del geólogo estaba revuelto e iba descuidadamente vestido. Comprobó el vuelo en la pantalla principal y la alegría de su delgado rostro se convirtió en júbilo.

-Así que vuelves a atender a la ciencia -fue el saludo de Kaino.

Ilitu y Etana se habían ido juntos, exultantes, mientras *Beynac* completaba su aproximación.

Librodot

El joven ignoró la chanza, o eso fingió.

-¿Habéis obtenido un buen valor para la masa? -preguntó sin aliento.

Kaino asintió.

-Un veintinueve por ciento con tres quintos de la masa de Selene. -Ah. Entonces ciertamente el cuerpo está formado en su mayoría por hierro. El núcleo del objeto mayor, hecho pedazos en alguna gigantesca colisión, tal y como creía mi mentor. -Ilitu miraba y miraba-. Pero no podía preverlo todo -siguió diciendo, casi para sí mismo-. Es un caos, como Miranda. Él mismo debe de haberse roto en trozos, muchos de ellos fundidos, por esa furia... y luego los fragmentos llovieron unos sobre los otros, fusionándose... Sí. -La punta de un dedo se estremecía sobre las imágenes de una pendiente de doscientos kilómetros de largo, una cuchillada profunda que se abría durante otros trescientos, una zona alta que era un revoltijo de bloques, pedazos y escombros inmensos-. La soldadura no podría ser total. El interior seguro que está lleno de cavernas y túneles entre segmentos que no encajan del todo. El bombardeo pesado sostenido los hubiese derribado, haciendo que el esferoide fuese aún más irregular de lo que vemos. Por eso sabemos que Júpiter lo lanzó lejos poco después de formarse. Hemos encontrado un resto del cuerpo primordial.

-Ha habido impactos desde entonces -le dijo Brandir-. Cualquier idiota podría darse cuenta. -Lanzó una mano a la imagen que le había interesado especialmente. Aunque los cráteres eran pocos, en el hemisferio sur había uno grande con un pico central, que se alejaba de la vista a medida que la nave y el planetoide se movían.

-Cierto -admitió Ilitu conciliatorio-. No importa lo escasos que sean, los cuerpos en ocasiones se encuentran, durante un período de cuatro mil millones de años o más. Aquel gran meteoroide, el cometa y otros; pero muy rara vez y con escasas consecuencias geológicas.

-No para un hombre que puede pensar. Pierde el tiempo todo lo que quieras. Yo sé lo que voy a buscar.

El rostro delgado de Ilitu se puso tenso.

-Es mejor planear el trabajo de campo antes de empezar-dijo. -Cuando quiera tu opinión, te informaré -fue la réplica de Brandir.

Kaino le tiró de la manga.

-Ven -murmuró el piloto-. Te necesito a popa.

Brandir se soltó.

-Estoy examinando el terreno.

-Las cámaras lo harán mejor. También Ilitu. Ven-añadió Kaino dando a su voz un tono ligeramente metálico. Hosco, Brandir acompañó a su hermano fuera de la cabina. En el espacio, el piloto era el jefe.

No se empujaron y se lanzaron volando, sino que usaron agarres para moverse por el pasillo, uno al lado del otro.

-¿Qué pretendes? -exigió Brandir.

-Calmarte, hermano mío. Olía una pelea inminente, y no podemos permitírnosla. Las relaciones ya son bastante tensas.

Brandir miró directamente la cabeza pelirroja. -¿Tú me hablas así?

Kaino encogió los dedos y sonrió.

-Después de que una persona supera la marca de los cincuenta años, los fuegos se sofocan un poco. Yo pensaba que tú eras más frío desde el principio... y eres mayor que yo, y Etana socializó conmigo, no contigo.

Brandir enrojeció bajo el pelo pálido.

-¿Me supones celoso? No, es una insolencia.

-Eso es, sentado en tu castillo te has acostumbrado a que se hagan tus deseos. Sí, yo también sufrí en mi autoestima. Pero los dos hemos tenido muchas mujeres, dentro de nuestro grupo y fuera de él. Si Etana ofrece sus favores a otro hombre que no sea yo, sospecho que le atrae la afabilidad de Ilitu; pues nada, no faltarán otras que me den la bienvenida en casa. Mientras tanto, Etana no menosprecia a ninguno de nosotros, ¿verdad? Cálmate. Los dos deberíamos tener demasiado orgullo como para no dejar sitio a la vanidad.

Brandir abrió los labios, los volvió a cerrar y agitó la cabeza furioso.

La copiloto salió de un pasillo, los miró y se acercó. Tenía unos treinta años, el pelo oscuro y un cuerpo más lleno de lo que era habitual entre los selenitas. Como Ilitu, se había vestido con rapidez, y los rizos negros flotaban alrededor de un rostro que recordaba antepasados de Oceanía. Una fragancia a almizcle salía de su piel.

Los tres se situaron frente a frente. Ella reconoció el mal humor de Brandir y le ofreció una sonrisa.

-Iba a ver lo que hemos encontrado-dijo. -Antes no sentías tanta prisa-contestó él. Volvió a encenderse el resentimiento.

-Cuando no estoy de servicio, elijo mi trayectoria por mí misma. Kaino maulló. Los dos lo miraron sorprendido. -R-r-r-r-dijo-. Sssss. Qué pena que ninguno de los dos tenga pelaje para erizarlo o cola para demostrar su valor.

Después de un momento, Etana rió. La boca de Brandir se curvó hacia arriba.

-Touché -murmuró.

-No pretendía ofenderte, mi señor-le dijo la mujer. Nunca antes había usado el título honorífico. Sus únicas lealtades eran para la compañía que mantenía con Kaino y para con aquella nave; podría y abandonaría a cualquiera de ellos cuando lo considerase conveniente-. No suponía que a ti te importase especialmente.

-No debería importarme-contestó Brandir con algo de dificultad-. Eres una persona libre.

La comprensión apareció en los ojos de Kaino, y quizá tanta compasión como de la que era capaz. Se apartó y se mantuvo en silencio. Etana tocó la mano de Brandir.

-Estaremos aquí un tiempo, y el viaje a casa será largo -dijo-. Habrá tiempo para hablar y para otras cosas.

-Eres... más amable de lo que creía. -Vistió la reserva de un aristócrata-. Arreglaré las cosas como mejor te convenga, mi dama.

En tierra, él, el más importante inversor en las Empresas Espaciales de Selene y el líder más experimentado de a bordo, estaría al mando.

Se encontraba en lo alto de la montaña Meteoro y se regocijaba. Aunque aquel mundo era pequeño, desde allí apenas podía ver partes de la pared del cráter elevándose por encima del horizonte. Bajo sus pies, la masa oscura y grumosa daba paso a una planicie de una suavidad casi cristalina, de un gris marrón entretejido de fracturas y salpicado de guijarros. Sobre su cabeza y a su alrededor relucían las apretadas constelaciones. Aunque era de noche, arrojaban luz suficiente para una persona acostumbrada a la cara oculta lunar después de la puesta de sol. *Beynac* se encontraba en el cielo, libre del cono de sombra, una chispa cabalgando por Auriga hacia el cinturón galáctico. Debajo, en la inclinación, vio a uno de los robots trabajando, cortando una muestra para su análisis. Pero la tarea estaba esencialmente

Librodot

terminada. Pronto buscaría el camión y llevaría al equipo de investigación de vuelta al campamento. Hizo una transmisión, para que la nave la recibiese y la reenviase.

-Ha quedado establecido más allá de toda duda. El cuerpo que impacto era ferroso, probablemente también un resto del cuerpo original, que se estableció en una órbita cercana al de éste y acabaron colisionando. Entre su composición y los materiales que se vieron forzados a salir del interior, el pico central es una mena de metales industriales, tanto ligeros como pesados, incluso más fáciles de recuperar que en otros lugares.

-¡Eso hacen dos tesoros! -fue la alegre respuesta de Kaino. Se refería al glaciar cometario que él e Ilitu habían estado explorando. No sólo habían encontrado inmensas cantidades de hielo y compuestos orgánicos, sino que también habían identificado amplias cantidades de cianuro y amoniaco entremezclados, ya fuese congelados o enlazados químicamente. Hidrógeno, oxígeno, carbono, nitrógeno: los elementos fundamentales de la vida-. ¡Nunca antes nos hemos encontrado con nada parecido! Bien podría creer en un dios que lo hubiese creado para nosotros.

-No es una hipótesis necesaria -dijo Ilitu a su manera amable y precisa-. Ni tampoco hay que invocar coincidencias. Dada la idea de Edmond Beynac, un planetoide lo suficientemente grande para formar un núcleo, despedazado, y luego con la mayor parte de los fragmentos enviados a órbitas en el cinturón de Kuiper, el resto parece probable, incluso inevitable. Iban a producirse más encuentros durante gigaaños, con fragmentos ricos y con cometas. Éste, el fragmento mayor, atraería más impactos. Una irradiación débil y temperaturas ultrabajas ayudan a preservar los elementos volátiles como es imposible en el Sistema interior.

-Ahí habla el genio-rió Etana con afecto desde la nave. -¿Cuándo terminaréis ahí? -preguntó Brandir. Los descubrimientos y lo que requerían eran totalmente impredecibles, y había estado muy ocupado con su propio trabajo para seguir el de ellos con detalle. -Nos preparamos para partir -contestó Kaino-. Que nuestros sucesores rastreen todo lo que hay aquí. Después de un ligero descanso y de recoger provisiones, Ilitu quiere investigar la Gran Pendiente y la Olla Podrida. Por mí de acuerdo, si podemos ir por el Brezal de Hierro. -Ésos eran rasgos del terreno vistos antes de aterrizar pero que nadie todavía había investigado.

-Bien, hablaremos en el campamento-dijo Brandir-. Estamos en el límite de lo que podemos conseguir con el tiempo que nos queda. -Confío en Ilitu para que te convenza-rió Kaino. Brandir oyó la señal de desconexión.

-¿Qué es esto? -bramó Etana-. ¿Van derechitos a un nuevo territorio y yo me quedo aquí atrapada?

Doctrina. Siempre tenía que haber un piloto cualificado de guardia. Aunque en aquellas regiones las posibilidades de un impacto eran pequeñas, y las llamaradas solares inexistentes, Brandir había decidido seguir las reglas.

-Sería un largo camino de vuelta a casa-había dicho.

Además, cuando sólo había tres personas y unos cuantos robots en tierra, estaba bien tener a alguien que mirase desde lo alto, dispuesto a preparar un rescate.

-Que Kaino ocupe su turno aquí -dijo-. Me lo prometió. Todos me lo prometisteis.

-Ha trabajado en situaciones similares en los asteroides, ya lo sabes -le señaló Brandir.

-¿Y yo no? Lo admito. Pero esto no es un asteroide. En realidad no lo es. Es más parecido a Selene. Y yo he recorrido los terrenos de casa tanto como vosotros.

-Sí...

Ella dejó la rabia de lado.

-Es simplemente justo -argumentó-. Tú tienes espíritu, Brandir. ¿Te gustaría estar sentado sin hacer nada durante semanas, con la compañía fantasmal de las pantallas de grabación, mientras tus compañeros van por ahí?

-Más tarde, sí, lo harás.

-¡Ahora! Es el momento, se han completado dos exploraciones, y se prepara la siguiente. -El tono de Etana se volvió más dulce-. Podría ir contigo, ¿no? Ilitu precisa poco más que sus robots para hacer los estudios científicos. Tú y yo buscamos lo que podría ser útil en el futuro.

-Tengo que pensarlo.

-¿Tienes que hacerlo? ¿No está claro? Y... Brandir, lamento mucho que no estemos compenetrados. Deberíamos buscar una forma de establecer una mejor relación.

Al final se rindió. Sabiéndolo, habló con mayor frialdad de la necesaria cuando llamó al otro par.

El sol apareció a la vista. Las estrellas más lejanas se desvanecieron a su alrededor. Al oeste todavía punteaba una oscuridad majestuosa, porque la radiación solar era débil cuando nada la reflejaba. Pero aquel territorio no era del todo una planicie de aburridos colores rocosos. En algunos lugares brillaba en medio de las sombras que se arremolinaban en sus desigualdades. Aquí y allá las sombras se extendían sobre formaciones que se iluminaban de pronto.

La región anómala estaba muy claramente separada del tipo de terreno que era común en las zonas bajas de aquel mundo: regolita gruesa, como guijarros, virtualmente sin polvo. Un vehículo de campo llegó hasta el margen y se detuvo. Dos figuras con traje espacial bajaron de él. Las siguió un robot, con cuatro brazos y cuatro patas, lleno de instrumentos y cargado de equipo.

Durante un minuto se limitaron a mirar la extraña región que tenían enfrente.

-¡Vamos! -dijo Kaino, y empezaron a caminar.

-¿Es conveniente? -preguntó Ilitu-. Primero enviemos un robot.

-No tenemos horas para perder en sondeos y comprobaciones. ¿No prefieres ver lo que hemos venido a ver? ¡Ponte en marcha! Después de un momento de vacilación, el geólogo le obedeció. La máquina les siguió. Aunque Kaino estaba furioso por la decisión de Brandir, su prisa contenía un elemento de razón. Había insistido en desviarse, e Ilitu le había apoyado, para asegurarse visitar el Brezal de Hierro antes de llegar al campamento y volar hacia *Beynac.* En caso contrario, él nunca lo visitaría, dado todo lo que quedaba por hacer en el limitado tiempo restante y las pocas probabilidades de que hubiese pronto otra expedición. La ruta indirecta había consumido comida y energía; los hombres estaban tomando media ración, lo que aumentaba su impaciencia. No podían perder el tiempo.

Después de pasar mucho tiempo encerrados en el vehículo, la libertad de movimientos les produjo una exuberancia tan súbita como la salida del sol.

-¡Ha¡-ah! -gritó Kaino.

Se adelantó con saltos de pantera. El traje espacial, lo más moderno, se doblaba sobre su cuerpo casi como una segunda piel. Apenas notaba el peso de la mochila energética y de soporte vital. El denso globo ejercía una fuerza que era el 86 por ciento de la de casa, suficiente para la salud y el nacimiento selenita, y liberadora en su ligereza. El paisaje descendía desde el horizonte cercano para fluir bajo sus pies. Respiraba profundamente, un aire lleno de olor a sudor.

Librodot

Se detuvo en la formación más cercana. Ilitu se unió a él. Se miraron. El robot les seguía desesperado. Estaba construido y programado para cierto tipo de tareas científicas; en todo lo demás, si podía hacerlo, era débil, lento y estúpido.

-¿Qué es esto? -susurró Kaino.

Desde el espacio, los viajeros se habían limitado a ver unas curiosas protuberancias sobre un territorio que no les era familiar. No podían distinguir las formas. Visto de cerca, la cosa era absolutamente extraña.

Un terrestre hubiese pensado en coral. Los selenitas sólo sabían de esas maravillas por los libros y las pantallas. Desde el suelo se elevaba una intrincada filigrana, delgada, con su punta más alta a unos 150 centímetros, con una anchura variable hasta un máximo de unos 100. Variable también era el brillo de las hebras, nódulos y rosetas; pero muchas relucían bajo la dura luz del este.

Ilitu caminó a su alrededor, se acercó, tocó, miró, se agachó, se puso en pie, sacó una lupa del macuto de herramientas y examinó las irregularidades poco a poco. Cuando el robot llegó hasta él, no se dio cuenta. El sol se elevó, con una velocidad endiablada a ojos selenitas. Desaparecieron más estrellas.

Kaino empezó a moverse por los alrededores y a tararear una cancioncilla.

-Creo que es una aleación de hierro -dijo al fin Ilitu-. Se observan hojas metálicas desparramadas por toda la regolita. Considero que son capas sobrepuestas, no el hierro interior, pero habrá que verificarlo. Debo suponer que esta formación y las demás son formaciones de salpicadura. Un levantamiento lanzó gotas y grumos, derretidos. Cuando cayeron en grupo, se fundieron y solidificaron, cosa que debió de suceder con mucha rapidez.

Kaino se puso en alerta.

-¿El impacto de un meteoroide? No hay señales del cráter. -Podría haber sucedido cuando el planetoide estaba formándose a partir de los fragmentos, cuando él mismo estaba caliente y en un estado plástico... Ha¡, eso sugiere que la colisión catastrófica original se produjo cerca de Júpiter, porque creo que debía haber presente un gran campo magnético para hacer que tantas gotas convergiesen en arcos. Y eso a su vez sugiere muchas cosas sobre el origen de este cuerpo y su órbita... sobre la historia primitiva del cinturón de asteroides, de todo el Sistema Solar. -Ilitu se golpeó la palma de la mano con el puño, una y otra vez. Miró hacia las estrellas apagadas.

-¡Si padre lo hubiese sabido! dijo Kaino rompiendo el silencio. -Sí. Lo recuerdo. Se hubiese alegrado. -Ilitu se quedó pensativo-. Pero no es más que una hipótesis preliminar y cruda que he

formulado. Podría equivocarme. Empiezo a preguntarme si este planetoide no tuvo en su momento un vulcanismo especial y propio. Posee un campo magnético significativo, como recordarás, y la formación que tenemos aquí se parece al fenómeno de Pele's Hair en la Tierra.

-De acuerdo, podemos invertir unas horas -dijo Kaino-. Recoge más datos.

Ilitu levantó el labio superior y dejó los dientes al descubierto. Sus padres hubiesen sonreído de otra forma.

-Lo haré.

Sacó un lector, mostró un mapa en la pantalla y lo estudió. Sus ojos se movían de un lado a otro, relacionando lo que veía con la cartografía realizada en órbita. Los bultos de hierro estaban esparcidos por la planicie. Como a dos kilómetros de allí, cerca del horizonte sur, relucía una banda metálica, de unos tres metros de ancho que iba de un lado al otro del

campo visual. En el extremo más alejado de la banda se levantaba toda una fila de coraloides de hasta cinco metros de alto.

-Iremos allí-dijo señalando. Kaino rió.

-No esperaba menos. ¡Ho-hah!

Se pusieron en marcha, con tanta rapidez como antes. En unos minutos, Kaino cambió de dirección.

-¿A dónde vas?-preguntó Ilitu sin virar.

-A esa breña de ahí. -Era pequeña, pero estaba llena de destellos. -Yo estudiaré primero el objeto mayor. Si queda tiempo y has descubierto que éste es interesante, volveré. -Ilitu siguió caminando. Kaino se puso en cuclillas frente al seudoarbusto. Las partículas incrustadas en el hierro atrapaban la luz del sol y relucían como el vidrio. Quizá eso fuese, decidió después de examinarlos: sílice fundido incrustado en las gotas que lo habían formado. O podría tratarse de otro mineral, como la pirita. No era un experto. Pero estaba claro, pensó, que la intuición del geólogo había acertado. Aquello no era nada notable, sino simplemente hermoso. Kaino se puso en pie y fue a unirse a su compañero.

Ilitu había llegado a la franja metálica frente a su punto de destino. Un salto lo llevó hasta ella.

Se partió en dos. Ilitu desapareció de la vista.

-¡Yaga! -gritó Kaino. Empezó a correr a toda la velocidad posible en baja gravedad. Apenas pudo pararse al llegar a la cinta.

Pudo ver que realmente era una cinta. Aquella porción, si no toda ella, no era un depósito sobre la roca. Era, o había sido, la tapa de un pozo-una caverna, una fisura o lo que fuese-, una de las zonas huecas que el análisis sísmico había mostrado por todo el planetoide, como había predicho Ilitu.

Debía de haber sido un fenómeno extraño, una hoja de material fundido que se había desplazado de lado, en lugar de hacia abajo, en los momentos de furia, cuando se había formado el Brezal de Hierro. La baja gravedad le había permitido solidificarse antes de caer en el agujero; a menos que el hueco hubiese aparecido simultáneamente, al abrir las fuerzas terribles la tierra. La capa era delgada, y los rayos cósmicos durante cuatro mil millones de años, fragmentándola, transmutándola, debían de haberla debilitado más aún...

Kaino se tendió boca abajo, se arrastró y metió el casco sobre la brecha. No notó cómo la placa se deslizaba debajo de él. La oscuridad ocupaba todo el interior.

-Ilitu-dijo-. Ilitu, ¿me recibes? ¿Puedes oírme? Sólo recibía el silencio.

Sacó una linterna del equipo e iluminó el interior. La luz regresó débil, reflejándose difusa en una masa blanca. Kaino movió el rayo de un lado a otro. Sí, un traje espacial. Seguía sin tener respuesta. Era difícil calcular la distancia cuando la oscuridad se tragaba las pistas visuales. Movió el rayo lentamente hacia arriba. El pequeño núcleo de iluminación directa se agitaba entre las sombras. Un hombre sin experiencia se hubiese sentido atrapado en una pesadilla.

Kaino, con conocimientos profundos de la Luna y ciertos asteroides, interpretó lo que veía. No podía apreciar la longitud de la fisura, y tampoco le importaba, pero tenía unos 175 centímetros de ancho en la parte alta y se estrechaba hacia abajo. Ilitu se encontraba a cuarenta o cincuenta metros por debajo de él. Una mala caída, posiblemente fatal, incluso con aquella gravedad; pero la fricción con las paredes rugosas podría haberla amortiguado. Parecía haber zonas más profundas por debajo de la figura inmóvil. Ilitu podría estar atrapado en un saliente.

Bien.

Kaino se puso en pie y dirigió la transmisión a lo alto. La nave no era visible en aquel momento, pero la tripulación había distribuido repetidores en la misma órbita.

-Código Cero -entonó. Una emergencia total-. Kaino en Código Cero.

La voz de Etana le habló inmediatamente. -¿Qué ha pasado?

Con pocas palabras se lo explicó.

-Despierta a Brandir -dijo para terminar-. Necesitaremos equipo para sacarle. Supongo que un motor y cable para bajar la camilla. Así como toda la panoplia médica.

-¿No puede rescatarle el robot Número Uno?

Kaino miró a la máquina, que ya había llegado y esperaba órdenes. -No --dijo-, es inútil.-Aquel cuerpo no podía descender, y el programa no podría hacer frente a los elementos desconocidos que se ocultaban en la oscuridad-. Quizá tenga que sacarme a mí también -dijo-. Voy a bajar a por él.

-¡No! -gritó la mujer-, Kaino, tú... -Kaino oyó la bocanada-. Al menos usa un cable y haz que el robot lo sostenga.

-Eso podría llevarme demasiado tiempo. Ilitu podría estar moribundo.

-Podría estar muerto. Posiblemente lo esté. No le oyes, ¿verdad? ¡Kaino, quédate!

-Es mi seguidor. Soy un Beynac. Te he dicho que despiertes a Brandir. -El piloto desconectó el emisor de largo alcance.

Se tomó un minuto para dar instrucciones al robot: volver al vehículo, traer un cable, bajárselo si seguía metido en el agujero. Mientras tanto, se quitó la enorme mochila que contenía comida, la reserva de agua y el equipamiento de campo. Encendió la lámpara de cabeza y pecho, se puso a cuatro patas en el borde del hueco y se dispuso a bajar. Las piedras caían a su alrededor. En dos ocasiones casi perdió el agarre y cayó hacia atrás. Eso le hizo reír, en voz baja, para sí mismo. Al tercer intento lo consiguió, con las botas bien fijas a la pared, con la unidad de soporte vital al otro lado. Empezó a descender.

Era difícil. No podía sentir adecuadamente la superficie a través del traje. Las luces no le ayudaban mucho, pasando por encima de los grumos, hundiéndose en las grietas, mezclándose con las sombras que pasaban como garras de gato por las tinieblas. Sólo la baja gravedad y los rápidos reflejos le permitían recuperarse. Al descender y contraerse la fisura, tuvo que adoptar una postura más incómoda. Los músculos le dolían. El sudor le empapaba la ropa interior y se le metía en los ojos. La respiración le raspaba una garganta que ya tenía seca. Siguió bajando.

Un momento. ¿Era un poco más fácil? Podía flexionar mejor las piernas... Comprendió que desde arriba no había podido ver que allí donde tenía los pies, el hueco volvía a abrirse. Si se ensanchaba demasiado, no podría bajar más. A menos que...

De alguna forma maniobró hasta poder girar el cuello y mirar en la dirección a la que se dirigía. La luz iluminó la forma tirada que allí se encontraba y resaltó los trozos rotos e irregulares de la cubierta rocosa. Efectivamente, Ilitu había caído sobre un saliente estrecho a espaldas de Kaino. Su extremo se desvanecía en la misma oscuridad que se abría a su lado. Pura suerte... No, no del todo. Como aquélla era la pared que se inclinaba hacia dentro, y como era la que se encontraba más cerca de la zona en la que había caído el geólogo, debía de haber actuado como un amortiguador, al deslizarse el traje espacial y la mochila por sus zonas rugosas, reduciendo su velocidad y guiándole.

Al ver mejor su objetivo, Kaino pudo estimar las dimensiones y las distancias. El saliente se encontraba como a unos diez metros por debajo de él, una caída fácil en aquella gravedad, pero tenía menos de un metro de ancho, y a su lado se abría un vacío de al menos

dos metros de ancho. La baja aceleración le permitiría dar una patada al hielo y corregir su ruta, pero sólo tendría tres o cuatro segundos, y si fallaba, sería el fin.

-Es una suerte que sea en un 98 por ciento chimpancé -murmuró. Después de un momento de estudio, se lanzó.

Fue una caída estática, sin acción. Pero cuando el impacto resonó en sus huesos y se supo a salvo, miró hacia arriba, vio la abertura llena de estrellas y se rió hasta que su casco le devolvió el eco.

A trabajar. Con cuidado, para no caerse por el borde, se arrodilló. Ilitu estaba de espaldas. Una hoja metálica le cubría la parte superior del cuerpo. Había apantallado las transmisiones. Kaino la apartó, la echó a un lado y oyó una respiración débil. Se inclinó. Como había bajado frente a la cabeza de Ilitu, vio el rostro invertido, un claroscuro tras el hialón, un juego de luces y sombras a medida que se movían las lámparas. Tenía los párpados abiertos y los ojos eran mortecinas franjas de blanco. Le burbujeaba una saliva rosa en los labios abiertos.

-¿Estás despierto? -preguntó. La única respuesta fue la respiración.

Su búsqueda encontró los signos vitales en la muñeca.

-Sí -susurró. La temperatura en el interior del traje era aceptable, pero el oxígeno estaba al 15 por ciento y bajando, y el dióxido de carbono y el vapor de agua demasiado altos. Eso implicaba que el generador de energía funcionaba, pero el reciclador de aire no y la botella de reserva estaba vacía.

-Uh-dijo Kaino-. Llegué justo a tiempo por un pelo de rana, ¿no?

No podía realizar las reparaciones. Sin embargo, los accidentes en los recicladores se producían y se temían. Estaba previsto. Pasó la mano por encima del hombro, soltó y desenrolló el tubo de derivación y lo unió a su módulo de soporte vital.

Con mucho cuidado, con la esperanza de no producir nuevas heridas, levantó el torso de Ilitu. Lo sostuvo con la rodilla mientras desenrollaba el otro tubo, unía los dos extremos libres y abría las válvulas. Volvió a bajar a su compañero. Estaban unidos por un cordón umbilical de un metro, y su unidad funcionaba para los dos.

Arrugó la nariz al sentir cómo el aire enrarecido se mezclaba con el aire fresco. Pasaron unos minutos antes de que desapareciese el olor. Luego, mientras ninguno de los dos hiciese ningún esfuerzo-¡y ninguno de los dos estaba en condiciones de hacerlo!-, el sistema bastaría.

No podía hacer nada más que esperar. La curiosidad le superó. Aunque la superficie era resbaladiza e inclinada, puso la cabeza sobre el margen y envió la luz en esa dirección. Soltó un silbido. Bajo el saliente, la pared opuesta se retiraba y los dos lados convergían. No podía ver el punto de encuentro, porque cincuenta o sesenta metros por debajo, donde el hueco tenía como un metro de espesor, estaba lleno de fragmentos de la parte de arriba. La mayoría, rebotando entre las paredes y el saliente, habían acabado atascados allí. Algunos eran puntiagudos, otros eran delgados y seguramente cortantes por los bordes. Incluso allí, caer sobre ellos sería como caer sobre un montón de cuchillos. Una armadura espacial podría soportarlo. Pero no así su traje flexible. Kaino volvió a sentarse.

La respiración de Ilitu se mantenía. Los minutos se hacían muy largos.

Un movimiento llamó la atención de Kaino. Apuntó los rayos en esa dirección y vio cómo descendía una cuerda. El robot había obedecido sus órdenes. La cuerda se deslizó sobre el saliente y siguió antes de detenerse. Con juicio limitado, el robot había ido a por todas.

Kaino no vio que hubiese ninguna estrella oculta. Sin embargo, la máquina debía de estar en el borde de la sima y con una antena por encima, porque recibió sus palabras.

-Su orden se ha ejecutado. ¿Ahora, qué? -Por impulso, había decidido que la voz sintética sonase femenina. En ese momento deseaba no haberlo hecho.

-Mueve el cable... hacia el norte-le indicó. Aunque la órbita era inclinada, el planetoide tenía un polo en el mismo hemisferio celeste que la Osa Mayor-. No lo puedo agarrar... Ah. Ya está. Para. -Aseguró los lazos alrededor de su cintura y, con esfuerzo, de la de Ilitu, una precaución en caso de contingencia.

El programa tenía algo de iniciativa. -¿Debo elevarles?

-No. Aguarda. -No había forma de saber los daños que había sufrido Ilitu. Una conmoción al menos, y era muy posible que se hubiese roto la espalda o tuviese una costilla clavada en el pulmón. Si lo subían mal, podrían matarle. Eso sería el fin. La expedición no disponía de instrumental para la preservación celular, y menos aún la resurrección. Mejor sería esperar al equipo adecuado, confiando en que mientras tanto no muriese o la hemorragia cerebral no dañase su cerebro más allá de la regeneración clónica.

Una vez más, Kaino ordenó sus ideas. El tiempo iba despacio. Recordó y pensó en el futuro, sonrió y se lamentó, cantó una canción, recitó un poema, consideró la forma de escribir un mensaje a una persona a la que estimaba. Los selenitas no eran muy diferentes de los terrestres. A menudo miraba a las estrellas que pasaban sobre su cabeza. -¡Kaino! -oyó al fin.

-Estoy aquí -contestó-. Ilitu todavía está vivo.

-Etapa cargó un trineo con suministros médicos, lo llevó al campamento y volvió a la nave -dijo Brandir-. Lo he traído hasta aquí. Cree que puede aterrizar aquí cerca si es preciso.

-Mejor sería llevar a Ilitu al vehículo, para administrarle primeros auxilios y luego decidir qué hacer. -Kaino le explicó la situación-. ¿Puedes bajarla camilla?

-Sí, claro.

-Lo ataré bien, luego podrás subirlo, muy despacio. Para que no choquemos, esperaré hasta que lo tengas ahí.

-Antes eras menos paciente, hermanito -rió Brandir.

-No lo seré tanto si sigues divagando, viejo chocho -le replicó Kaino. Él también sentía alegría.

La camilla bajó chocando contra la pared inclinada, desde la oscuridad hasta el saliente. Kaino se aprovechó de la baja gravedad y mantuvo la espalda de Ilitu razonablemente recta mientras lo movía. Soltó el lazo, cerró y desconectó los tubos de aire y apretó las correas-. Súbelo -gritó. El herido se elevó hasta desaparecer.

-Le tengo -transmitió Brandir después de unos minutos.

-Entonces, que el robot me suba-gritó alegre Kaino-, ¡y nos iremos!

El cable se tensó, tirando de él hacia las estrellas.

Después, Brandir pudo determinar lo que había sucedido. Se había reunido con la maquinaria, que se encontraba bien lejos del borde de la grieta. El robot estaba muy cerca de ella. En el momento de la catástrofe, cuatro mil millones de años atrás, las rocas y el metal habían sido lanzados a lo alto. El chorro horizontal de hierro fundido que había creado la superficie sobre la grieta era como niebla en los márgenes y se había solidificado en glóbulos por todo el borde. Las piedras cayeron encima y lo ocultaron. El planetoide voló hasta esas regiones donde los impactos de meteoroides eran escasos. Ninguno había impactado lo suficientemente cerca como para afectar a esa precaria configuración.

Baja gravedad implica baja fricción con el suelo, y allí las capas descansaban virtualmente sobre cojinetes. El peso al extremo de la cuerda tiraba del robot. La regolita

que tenía debajo se quebró. El robot se fue hacia delante. Se despeñó sobre el borde y cayó junto con una lluvia de piedras.

Debajo, Kaino volvió a caer sobre el saliente, resbaló y se desplomó hacia las profundidades. Los cuchillos le recibieron.

En la gran pantalla, las olas chocaban contra una costa invernal. Las olas eran tan grises como el cielo, se transformaban en blanco y enviaban el agua silbando sobre la arena casi hasta los restos de deriva que yacían blancos y esqueléticos bajo los acantilados. El fuco volaba en lo más bajo como si fuese humo; la espuma del mar se entremezclaba con la lluvia; el silbido y el estruendo agitaban el aire frío que sabía a sal. Era como si la sala de estar de Dagny Beynac se hallase sola en medio de ese panorama.

Pensó que quizá no debería haber seleccionado esa escena. Encajaba con su estado de ánimo, la tenía puesta desde el turno de amanecer, pero era por completo extraña a la joven que tenía frente a ella. ¿Podría Etana considerarla como un signo de hostilidad o de culpa?

-¿No quieres sentarte? -preguntó. Raro en la Luna en el primer momento de una visita, era un gesto de amabilidad. Además, a sus viejos huesos no les importaría nada sentarse. Últimamente caminaba mucho por la sala, cuando no salía a dar largos paseos por los pasillos y alrededor del lago, o sobre la superficie por el cráter. Buenos momentos a los que regresaba todos los días.

La invitada inclinó la cabeza, más o menos en el equivalente de «Gracias», y ocupó una silla. Dagny se sentó frente a ella y siguió hablando.

-¿Te apetece té o café, o algo más fuerte?

-Gracias, no. -Etapa se miró las manos que tenía fuertemente apretadas sobre el regazo-. Vine porque estaba segura de que usted lo comprendería... -Los selenitas rara vez vacilaban tanto.

-Adelante, cariño-la invitó Dagny.

Los ojos oscuros se elevaron para mirar a sus ojos de un azul ya apagado.

-Pensamos que podríamos dejarle... en su honor... bajo una tumba en el Brezal de Hierro. O podríamos traerle de vuelta, para que su familia le cremase y esparciese sus cenizas sobre sus montañas. Pero...

Dagny esperó, esperando que su expresión fuese de amabilidad. -¡Pero una momia congelada! -gritó Etapa-. ¿Qué sentido tendría? -Con más control añadió-: Y aunque por fuerza debemos mentir sobre cómo y dónde tuvo su fin, hacerlo en su servicio fúnebre sería indigno de él, ¿no?

-¿Habrías asistido? -le preguntó Dagny, algo desconcertada. Los selenitas no se molestaban en mofarse de las ceremonias terrestres, se limitaban a evitarlas. Las navidades sin nietos eran muy solitarias.

-Sus amigos, dama, habrían venido y se habrían disgustado si sus hermanos y compañeros no hubiesen asistido. -Etapa hizo una pausa-. Pero sin un cuerpo, nuestra ausencia es indiferente, ¿no?

-En realidad, no hubiese organizado un funeral-dijo Dagny-. Mi hombre no lo quiso. Yo tampoco lo quiero. Es suficiente con recordar.

-¿Nada más? Sus asociados... No importa.

Dagny no preguntó sobre esos ritos, o de qué trataban. Las generaciones jóvenes no eran exactamente reservadas; simplemente no compartían sus costumbres con los de fuera, en obra o palabra. Recordando la frustración de varios antropólogos, sintió que una sonrisa

venía a sus labios, la primera desde que había recibido la noticia. -Al final-siguió diciendo Etapa-, Brandir y yo hicimos lo que creíamos que convenía a su honor y al nuestro.

Dagny asintió.

-Lo sé. -Su hijo se lo había contado. Cuando la velocidad de la nave fue la adecuada, Kaino partió, ocupando un cohete mensajero, en una trayectoria que terminaría en el Sol.

Etana forcejeó algo más antes de continuar.

-Temía que Brandir no dejase claro cómo... me sentía, y por tanto he venido.

-Gracias -dijo Dagny genuinamente emocionada. Tenían corazón, los selenitas, sus hijos, los hijos de todos ellos. No carecían de corazón. Pero mejor era alejarse de un tema tan personal-. ¿Cómo se encuentra Ilitu?

Había estado demasiado ocupada para averiguarlo, después de saber que había regresado vivo pero con la necesidad de un crecimiento de médula espinal y biorreparaciones menores. Demasiado ocupada con la pena, y aceptando condolencias, y el bendito, bendito, trabajo. Etana se animó.

-Le va bien, pronto estará sano. Así se convertirá en un memorial a Kaino.

Eso sonaba como algo practicado. Sin embargo, la felicidad de la muchacha parecía sincera, por lo que probablemente su gratitud también lo era.

-Entonces, ¿te preocupas por él?

El rostro de Etana se convirtió en una máscara. Dagny se apresuró a cambiar de tema.

-Me gustaría pensar que también se le recordará en ese mundo que mi hijo ayudó a explorar. Si sólo... -No, mejor sería no seguir por ahí. Etana lo hizo, volviéndose comprensiva aunque firme.

-No, ya comprende que sólo unos pocos deben saber de él. En caso contrario, la Tierra lo cerraría para nosotros.

¿Paranoia? Quizá, o quizá no. El descubrimiento de Temerir tenía el potencial de una colonia... para los selenitas. La gravedad era la adecuada; los minerales eran abundantes y se podían extraer con facilidad, sin estar enterrados bajo muchos kilómetros de hielo como en los cometas; había agua, amoniaco y materiales orgánicos, y mucho más disponible en la misma región del espacio.

Pero ¿quién querría vivir tan lejos del Sol, en un frío tan cercano al cero absoluto?

Dagny suponía que Brandir y sus confederados estaban siendo cautelosos. Después de todo, a los selenitas ya no se les prohibía, aunque tampoco se les animaba, a explorar el Cinturón de Asteroides y las lunas menores de los planetas exteriores. Y eso era a pesar de estar mucho mejor acondicionados para esas situaciones que los humanos terrestres, y que en algunos aspectos puede que fuesen superiores a los robots.

No pudo resistirse a sondear un poco. -¿Cuándo lo abriréis para vosotros mismos?

-Cuando sea el momento adecuado. Eso podría ser mucho después de que todos nosotros estemos muertos.

Era inhumano pensar a tan largo plazo, y sentirse tan seguro de que el secreto no sería conocido. Dagny suspiró.

-Sí, Brandir, Temerir y Fia lo han discutido conmigo. No temáis, guardaré el secreto, no os traicionaré.

-El honor será suyo-dijo Etana con una extraña cordialidad. Estaba claro que no deseaba hablar de Kaino, ella que lo había compartido. ¿Qué había en esos momentos en el

pecho de sus otros compañeros? Pero había sido amable por su parte venir a hablar, aunque brevemente, con su madre. Dagny no se atrevió a ir más allá. Era igual, aquí tenía la oportunidad de establecer algo que fuese... su cenotafio invisible.

-Tengo una propuesta-empezó a decir Dagny-. ¿Habéis decidido ya el nombre del pequeño planeta?

Etana mostró sorpresa, lo que era de agradecer.

-No. Brandir y yo lo comentamos durante el viaje, pero no se nos ocurrió nada. Ni nadie más lo ha pensado desde entonces, que yo sepa. -Eso tampoco era del todo humano. La joven permaneció inmóvil durante un momento-. Un nombre sería útil, sí. -Proserpina--dijo Dagny. -¿Ha¡?

-Tan distante y solitario, más allá de la órbita de Plutón, que era el dios del submundo y de los muertos... su reina me parece adecuada. -¿No tenemos ya una Proserpina?

Dagny se encogió de hombros.

-Probablemente. ¿Un asteroide? No lo he comprobado. No importa. Ya sabes que hay duplicados.

-¿Qué opinan sus hijos?

-No se lo he preguntado. Se me ocurrió ayer. ¿Qué opinas? Etana se agarró la barbilla y miró al aire.

-Es un nombre musical. La diosa de los muertos... ¿porque perdió un hijo allí?

El mar rugía y gemía.

Dagny se sentó recta mientras decía:

-Y porque cada primavera, Proserpina regresaba al mundo de los vivos.

Librodot

27

Prajnaloka era tan encantadora como el paisaje que la rodeaba. Desde lo alto de la montaña se veían las Ozark, de un verde boscoso bajo la luz del sol, que descendían hacia un valle donde corría un plateado y rápido río, y por arriba cúmulos corrían frente a un viento rebosante de los aromas de la tierra. Un ruiseñor cantaba en el silencio, un cardenal aleteaba como una llama. Se trataba de viejas montañas, gastadas hasta la suavidad, con piedra caliza blanca o dorada allí donde estaban desnudas. No existía el tiempo.

Una pequeña comunidad se apiñaba alrededor del ashram, establecimientos de servicios y hogares. Esos edificios eran de madera natural, de poca altura y laberínticos bajo altos tejados embreados, la mayoría de ellos con porches en la fachada en los que se podía sentar la gente a medida que se acercaba la noche. Macizos de flores los bordeaban de color. Parecían una parte del paisaje. El ashram en sí se alzaba en el centro, edificios masivos rodeados de cuadrados donde hayas o magnolias ofrecían su sombra; pero el material era piedra nativa y la arquitectura recordaba a Oxford. Un poste de comunicaciones se elevaba en total armonía, la más alta de sus agujas.

Kenmuir y Aleka seguían demasiado cansados para apreciar la escena. Mañana, pensó él. Por el momento tenían todo lo que podían soportar, acompañando al mentor que les guiaba por el campus y siguiendo lo que aquel hombrecillo oscuro de barba blanca y túnica blanca decía.

-No, please, no se disculpen. Se nos informó por adelantado de que no sabían exactamente cuándo llegarían...

... lo hizo Mary Carfax, que también reservó a nombre de Aleka Kame y Johan. Kenmuir se recordó una vez más que ése era su nombre mientras permaneciese allí.

-... Y en todo caso, nos tomamos los horarios de forma muy relajada. Normalmente hay sitio de sobra. La mayoría de los que participan en nuestros programas lo hace de forma remota.

De forma remota es como se participaba en la mayoría de las cosas, pensó Kenmuir con tristeza. Eidófono, telepresencia, multiceptor, vivífero, quivira, ¿qué ocasión dejaban para que alguien se alejase un poco de casa?

-No estoy muy seguro de lo que buscan-añadió Sandhu. -Iluminación -contestó Aleka.

-Esa palabra tiene muchos sentidos, y los medios para obtener cualquiera de ellos son muy variados.

-Claro. Esperamos obtener una pequeña fracción de iluminación del cibercosmos. Para eso, necesitamos el equipo que ustedes tienen. -Kenmuir deseaba poder hablar con tanta calma y facilidad como ella. Bien, era una mujer joven, y le era fácil recuperarse de la tensión y el terror.

El mentor estuvo a punto de fruncir el ceño.

-Sólo los sinnoiontes pueden conseguir la comunicación directa con el cibercosmos.

-Por supuesto, sir. ¿No lo sabe todo el mundo? Pero la visión, guía y comprensión de la unidad del espacio tiempo y la mente que se obtiene de las bases de datos y los profesores sofotécticos... -Aleka sonrió-. ¿Sueno pretenciosa?

Sandhu le devolvió la sonrisa.

-En realidad no. Apasionada, quizá ingenua. Las exploraciones y meditaciones de las que habla son el tipo de actividad que la mayoría de los que estamos aquí realizamos. Pero son obra de toda una vida, que nunca es suficiente para completarla. Y me han dicho que tienen muy poco tiempo.

-Esperamos poder intentarlo, sir, y descubrir si somos... dignos. Quizá luego, más tarde...

Sandhu asintió.

-No es una experiencia poco común. Well, veo que los dos están cansados. Vamos a acomodarles. Mañana les ofreceremos la instrucción preliminar y probaremos sus habilidades. Por la noche, a descansar. -Señaló a su alrededor-. Beban la belleza. Bébanla profundamente.

Les mostró los dormitorios. La sección de hombres estaba tan llena que Kenmuir tuvo que compartir una habitación -dos camastros, dos mesas, dos sillas, un armario- con un novicio de la región brasileña. Durante una sencilla comida en el refectorio, Aleka le susurró que ella estaba sola. Era una suerte, aunque de no haber sido así, se hubiese podido arreglar, aunque por métodos menos convenientes.

La charla en la mesa era amable, aunque no muy profunda, y se realizaba en varias lenguas. Después, una parte de los cincuenta o sesenta visitantes y algunos de los buscadores permanentes de la iluminación se mezclaron socialmente o se relajaron con juegos tranquilizantes. Kenmuir, que no se sentía con ganas, salió. Nadie lo tomó a mal; aquella gente era tan diversa como sus Daos. Se quedó en la terraza, aspirando los aromas del verano. Más allá, las luces de la villa se alejaban hacia un bosque oscuro, sobre el que brillaban las estrellas y una delgada luna nueva. A su alrededor volaban las luciérnagas. Al final se fue a la cama.

Su compañero de cuarto ya había llegado y estudiaba un texto en el lector. Era un joven serio que se presentó como Cavalheiro. Kenmuir no vio forma de evitar la conversación. Resultó ser muy interesante.

-Busco a Dios en la quivira -intentó explicarle Cavalheiro. La sorpresa en el rostro de su oyente fue inconfundible-. Ah, sí. ¿Te preguntas si estoy loco? Una quivira no ofrece nada más que una ilusión para todos los sentidos, el sueño de una experiencia. Cierto. Sin embargo, uno no permite que el programa se ejecute de forma pasiva. Uno interactúa con él, ¿no? El resultado es que el episodio afecta al cerebro y se almacena en la memoria tal y como si fuese real.

-No es del todo así-objetó Kenmuir-. Es decir, cuando he estado allí, luego sabía que me había limitado a permanecer tendido en un tanque.

-Todo lo que tú quieres es entretenimiento, o en ocasiones conocimiento dijo Cavalheiro. No siempre, pensó Kenmuir. En las largas misiones espaciales, las sesiones en la quivira eran una medicina contra el empobrecimiento sensorial. Ayudaban a conservar la cordura.

-Yo busco el significado de las cosas -siguió diciendo Cavalheiro-. Los programas que empleo los escribieron personas que pasaron sus vidas buscando lo divino. Tuvieron la ayuda de sofotectos que conocían muy bien a los humanos, que bebían de todas las culturas religiosas de la historia y que pensaban con una potencia varios órdenes de magnitud por encima de nosotros. Las ideas en esos programas superan las palabras, las imágenes, la conciencia. Llegan a las profundidades del espíritu y hasta los límites del cosmos. Creo que en ellos está la Teramente.

-Eh, ¿puedo preguntar qué... se siente?

-No es una experiencia única. He gritado a Indra y me ha contestado entre los truenos. He interrogado a Jesucristo. He sentido la compasión de Kwan-Yin. He... no, no es posible

describir con palabras el acercamiento al samadhi. Pero no entiendes, es la interacción. Con una contribución muy pequeña, doy forma a la divinidad, mientras me llena y me da forma a mí.

-Entonces, ¿simultáneamente encuentras y creas tu Dios?-aventuró Kenmuir.

-Intento comprender y entrar en Dios -contestó Cavalheiro-. No soy el único que ha tomado este camino. Ninguno de nosotros ha vivido para recorrerlo por completo, y supongo que ningún humano llegará a hacerlo. Pero a eso dedicamos nuestras vidas.

Recibieron permiso para proceder, después de que Aleka demostrase gran competencia y describiese brevemente lo que ella y Kenmuir aseguraban eran sus intenciones. Para entonces, ya era media tarde. Dijeron que les gustaría relajarse con un paseo y empezar a la mañana siguiente.

-Una idea espléndida-aprobó Sandhu-. Lo que deseáis se encuentra tanto en el mundo vivo como en las abstracciones. -Hizo un signo en el aire-. Os bendigo.

Los senderos bajaban por las montañas por entre los bosques. Eligieron uno porque parecía poco frecuentado. Aspiraban a una soledad que les permitiese planear la estrategia. Pero pasó el tiempo mientras caminaban en silencio.

Muy por encima de ellos, el bosque se agitaba bajo la brisa. Eso y las pisadas sobre la tierra eran, al principio, los únicos sonidos, excepto cuando una ardilla chillaba y saltaba por lo alto o de entre las sombras surgía la llamada líquida de un pájaro. Dejaron atrás unos bloques caídos y cubiertos de musgo que Kenmuir supuso eran los restos de una autopista; pero si en algún momento allí había habido una ciudad, hacía tiempo que la habían abandonado y demolido para dejar sitio al regreso de la naturaleza. Con el tiempo, empezaron a oír el canto del agua. El sendero llegó a un arroyo que se agitaba y saltaba en una pequeña cascada, cayendo a una hondonada donde las zarzamoras atraían a los petirrojos.

Aleka y Kenmuir se detuvieron a beber. El agua estaba fría. Sabía a naturaleza. Kenmuir se volvió a enderezar, se limpió la boca y suspiró. -Hermosa región. Y tan pacífica. Como si fuese otro planeta. Aleka lo miró interrogativa. Allí, donde la cubierta arbórea era menos espesa, su piel relucía de un tono ámbar bajo una ligera capa de sudor.

-¿Diferente a qué? -le preguntó. Él sonrió.

-Esos sitios en los que hemos estado últimamente.

-Creo que lo has entendido al revés. Esos sitios son los planetas extraterrestres. Esto es lo normal. Nuestro planeta.

-¿Cómo?-preguntó, sin comprender.

-Es lo que has dicho. Aquí las cosas son hermosas y pacíficas. Well, ¿no es así la mayor parte de la Tierra?

-Pero, eh...

Recordó. Las cumbres, los brezos y las campanillas, las cañadas y los lagos, los viejos caseríos y las agradables tabernas de la primera parte de su vida. Bosques inmensos, praderas, sabanas, el esplendor de bestias cornudas y depredadores letalmente elegantes, aves por decenas de miles cubriendo el cielo. Una antigua ciudad amurallada, conservada con mimo. Una ciudad que era un único kilómetro triunfalmente elevado en medio de un parque. Una ciudad que flotaba en el mar. Un villa donde cada hogar era un dirigible que volaba para siempre. Una guitarra plañidera en medio del crepúsculo tropical o en una choza ártica. Y a nadie le faltaba nada, nadie tenía miedo... ¿a menos que lo quisiesen tener?

-Sí -admitió-. La mayor parte es así. Y allí donde no lo es, para nuestro gusto, quizá es lo que otras personas han elegido. -Pensaba en los secanos-. No estoy muy seguro de cuántas posibilidades de elegir tenían, considerando lo que son. Pero no se les obligó.

Aleka inclinó la cabeza, el pelo negro obsidiana se agitó, y le miró. -Eres un *kanaka* pensativo-murmuró.

Era irracional, pero enrojeció. -Tú me haces pensar.

-No. En tú caso se trata de un hábito.

-Bien, tú me abres los ojos a lo que me rodea en la Tierra.

De pronto, bajo la luz del sol, sintió frío. En realidad, ¿qué sabía de la Tierra? ¿De la humanidad normal? Su universo se había vuelto de roca y hielo, de puestos lejanos ocupados por seres que no eran de su sangre, y una entre ellos a la que deseaba sin medida pero que sabía claramente que no le amaba. Cómo se alegró cuando Lilisaire le trajo de entre las estrellas.

-No digo que este mundo sea perfecto. Algunas zonas todavía están muy mal. Pero en general, estamos cerca de la Edad de Oro.

La discusión era un refugio.

-¿Cómo puedes decir tal cosa, cuando tú misma...? Aleka dio un golpe con el pie.

-Dije que no era perfecto. Hay muchas cosas que arreglar. En ocasiones, la solución hace que las cosas vayan peor. Entonces debemos luchar. Como ahora.

Kenmuir recordó la amargura de Lilisaire y otros selenitas contra todo el sistema. Recordó cómo las máquinas de ese sistema competían con ellos para echarles del espacio. Sintió aspereza.

-¿Asumo que no compartes la creencia común en la absoluta sabiduría y bondad del cibercosmos?

Aleka se encogió de hombros.

-El cibercosmos no importa. Aquí nos enfrentamos, después de todo, a gente. Y la gente sigue siendo tan miope y corrupta como siempre.

-Pero el sistema, los consejos, que los gobiernos siempre siguen, los servicios que nos rodean como si fuesen la atmósfera, y de los que dependemos... -Servicios que recientemente parecían incluir drogar bebidas; ¿y qué más?

-¿Quieres decir si considero que las máquinas son puras y que exclusivamente los seres humanos corrompen su obra? No. -La risa de Aleka parecía triste-. Quizá soy una excéntrica por pensar que la Teramente no tiene ninguna relación en particular con Dios.

-En ese caso, yo también soy un excéntrico -admitió Kenmuir. En su interior meditó: ¿qué era la Teramente? ¿La culminación, la suprema expresión del cibercosmos? No. Los intelectos sofotécticos menores, algunos de los cuales rebasaban con creces lo que cualquier cerebro humano pudiese concebir, participaban de ella, pero no eran ella, no más que los acantilados y los peñascos son el pico de una montaña. Un único organismo planetario sería demasiado lento, demasiado disperso; la velocidad de la luz se arrastra allí donde el pensamiento viaja a saltos. Las máquinas, siempre mejorándose a sí mismas, habían creado, en algún lugar de la Tierra, un supremo dispositivo de conciencia...

Sobre un trono o protegido en una caverna

Alli habita un profeta que entiende

Por qué nacen los hombres...

... que se perdía en sus propios misterios mientras, sin duda, mejoraba su propio poder: pero no era omnisciente ni omnipotente, no estaba en todas partes.

Pero sus secuaces sí podrían estar en cualquier lugar.

Debía suponer que allí no había ninguno. En caso contrario, la batalla ya estaba perdida.

-Admito, básicamente, que es un buen mundo -dijo Aleka. Su mirada buscó la paz en las bulliciosas aguas-. No quiero destruirlo.

Me siento culpable por mentir a nuestros amables y honrados anfitriones. Todo lo que deseo es libertad para mi gente, y que puedan ser lo que quieran.

Por lo que sí mentía, pensó Kenmuir, y desafiaría a toda la civilización de la que hablaba tan bien, hasta que ganase o la convenciesen de que su causa era equivocada.

¿Por qué no lo habían hecho? ¿Por qué tanto secreto, tantas... maquinaciones?

-Yo tampoco soy un revolucionario -dijo él, mientras la rebelión se agitaba en su interior-. Me gusta que las cosas, bueno, se desequilibren un poco.

Ella volvió a mirarle. Durante las horas en Overburg apenas habían podido empezar a conocerse. Kenmuir fue consciente de sus formas abundantes, de sus labios, pechos, caderas y miembros fuertes. -¿Por qué? -le preguntó.

-Oh -vaciló-, demasiada complacencia... ¿Cuándo se produjo el último descubrimiento científico que tuviese mayor importancia que el siguiente decimal o la última excavación arqueológica? ¿Quién es pionero en música, grafismo, poesía o cualquier arte? ¿Dónde está la frontera?

-Y a pesar de eso -le negó ella; cuánto espíritu tenía-, intentas detener el Hábitat.

La misión de Lilisaire, pensó. Su propio egoísmo. Pero no podía confesarlo. Especialmente a sí mismo.

-La sociedad selenita merece sobrevivir -replicó sin convicción-. Ha creado sus propios lugares hermosos.

28
La madre de la Luna

Se trataba de un trío que atraía las miradas al atravesar Tychopolis: la enorme mujer de melena blanca, el rostro con arrugas sobre la frente, la boca y los ojos, pero de espalda recta y de paso ágil; el hombre alto, también nacido en la Tierra, de bucles igualmente blancos y un rostro demacrado y gastado, pero también en plena salud; y un selenita, de piel cobriza oscura, ojos rasgados que parecían doblemente grandes. Con una capa escarlata que parecía una bengala, una túnica de color dorado y bronce con un sol en el cinturón, y pantalones azules, se hubiese podido pensar que estaba destacando su extravagancia juvenil frente a los sencillos unitrajes de los mayores; pero su expresión era demasiado desolada.

Frente a la biocerradura se identificó. Se abrió la puerta de un ascensor.

-Es la entrada de servicio -les explicó-. El acceso público está cerrado por reconstrucción. -Su inglés tenía menos acento y era menos cantarín que el de la mayoría de los de su generación, quizá por que en su trabajo debía necesariamente consultar muchas bases de datos terrestres y hablar con muchos expertos terrestres.

-Por supuesto, ya lo sé -contestó Lars Rydberg-. Simplemente no estoy seguro del tipo de reconstrucción que se lleva a cabo. Eyrnen se adelantó para entrar en el ascensor.

-No podemos permitir que los animales, semillas o esporas de los niveles inferiores lleguen a la ciudad. Imagine abejas refugiándose en el sistema de ventilación, ardillas mordisqueando los cables eléctricos; un germen infeccioso con una tasa de mutación alta podría convertirse aquí en una sorpresa médica.

Dagny Beynac sintió el insulto implícito.

-Mi hijo conoce bastante bien lo evidente-dijo con mordacidad. -Le pido perdón, señor -le dijo Eyrnen a Rydberg. No parecía que lo dijese en serio-. Simplemente deseaba que conociesen bien el problema. Algunas personas confunden nuestra situación con la de la colonia L-S. Allí no tienen más que parques grandes muy bien controlados. Aquí estamos creando todo un ambiente salvaje.

Rydberg aceptó la medio disculpa.

-No me he ofendido -contestó-. Eso lo sabía, simplemente me preguntaba por los detalles técnicos. Es muy amable por su parte mostrárnoslos.

Era una amabilidad, aunque la abuela del bioingeniero lo hubiese pedido para sí misma y para su huésped, y una petición de Dagny Beynac tenía en la Luna algo similar al peso de una orden real. En todo caso, muy pocos selenitas se hubiesen negado, o al menos aprovechar la oportunidad de mostrar una insolencia helada e impecablemente formal.

Era extraño que un hijo de jinann mostrase tanta hostilidad. Siempre había sido la más terrestre de los hijos Beynac, la más amistosa hacia el mundo de su madre. Bien, Eyrnen pertenecía a la siguiente generación.

¿Y era realmente hostil? Rydberg pensaba más en un gato reafirmándose frente a un perro, advirtiendo a los extraños antes de que empezase una pelea. ¿Podría ser ésa la intención de Eyrnen? Rydberg ahogó un suspiro. No comprendía a los selenitas. Se preguntaba en qué medida los comprendía su madre.

Librodot

-Es un placer-decía el ingeniero-. Mi abuela no ha visitado estas instalaciones en algún tiempo. Tenemos tantas cosas nuevas que mostrar. -No añadió directamente que hubiese preferido que ella viniese sin compañía. En lugar de eso, dijo-: Ha estado excesivamente ocupada en nombre de su gente. -No añadió que era contra los abusos de la Tierra.

Rydberg sintió un golpe en los oídos. Realmente descendían muy profundamente.

Admiró la destreza con que intervino Beynac.

-Yo también estoy interesada en oír esos detalles técnicos. Vale, tenemos un túnel largo, para llevar grandes cargas y pasajeros de un lado a otro. Válvulas a cada extremo mantienen a los animales grandes en la reserva. Como has dicho, son los bichos, las semillas y los microbios lo que podrían escaparse. Pero pensaba que los sensores y los microrrobots los mantenían bien encerrados. No he oído nada de algo que escapase y no se pudiese controlar.

Quizá le había dado a Eyrnen una cucharada de su propia medicina, aunque la sonrisa fuese toda inocencia. Él la aceptó.

-Las mejoras en la biocerradura-contestó-son en parte cualitativas, mejor tecnología, pero en gran parte cuantitativas, más de todo. A medida que la ecología se haga más fuerte y mejore su fertilidad, y la región crezca, la presión invasiva aumentará. Debemos anticiparlo.

El ascensor se detuvo con un silbido, la puerta se abrió y los tres salieron a un balcón del que descendía una rampa en espiral. Rydberg contuvo el aliento. Se encontraban cerca del techo de una caverna cuyo suelo se hallaba a casi dos kilómetros por debajo de ellos. Las lámparas solares insertadas estaban encendidas, pero iluminaban con suavidad, porque era «mañana en su ciclo. Les rozó una brisa caliente que portaba los olores de un bosque que debía ser espeso y dulce. La extensión volvía el aire azul y neblinoso; vistas a una distancia de decenas de kilómetros, las otras paredes eran borrosas, medio irreales. En lo alto se movían nubecillas. Volaban pájaros. También lo hacía un humano a lo lejos, con las iridiscentes alas extendiéndose desde los brazos, bajando y remontando pero no por deporte-eso se hacía en lugares como Avis Park-, sino vigilando el dominio. El parque se extendía en miles de copas verdes y prados llenos de florecillas silvestres, y una cascada que abría la roca misma para formar un lago del que manaba una herida reluciente...

Eyrnen dejó que los otros se quedasen sin habla durante un instante. -Vamos a recorrer los senderos -dijo finalmente-. ¿Debo pedir un coche para la rampa?

-¡No para mí! -exclamó Beynac. Fue por delante, dando saltos lunares, como si fuese una chiquilla.

-Es una creación maravillosa -había dicho durante el turno de noche anterior-. Me apetece mucho volver a verlo, pero más aún verte a ti contemplarlo por primera vez.

Una vez terminada la cena, se tomaron su tiempo para disfrutar del café y los licores. Unas bebidas habían precedido a la cena y una botella de vino la complementaba, porque celebraban el comienzo de varios ciclodías que había conseguido liberar de toda obligación. Su hijo había terminado sus negocios en nombre de Fireball y tenía la intención de pasar ese período con ella antes de regresar a casa. Rara vez podían estar juntos. Sentían alegría en las venas, y naturalidad en sus corazones.

Ella misma había preparado la comida, con mucho cuidado, pero la había servido en la cocina. Como vivía sola, exceptuando visitas como él, reservaba el comedor señorial para las fiestas. La cocina era lo suficientemente espaciosa, un lugar de cobre bruñido, baldosas mexicanas y olores. Una fotografía de Edmond Beynac, en sus últimos años, sentado tras su mesa, miraba a un paisaje de Constable reproducido por escaneo molecular. De fondo sonaba un concierto de Vivaldi.

-Estoy deseándolo-dijo Lars-. Por todo lo que he visto sobre él... -Vaciló-. Que no es mucho.

Si los selenitas, por una vez, cooperasen con las agencias de noticias, al menos en un asunto tan inofensivo y que podía darles tanto reconocimiento como aquél. Si no fuese por los habitantes de la Luna con genes terrestres, ¿qué llegaría a saber la Tierra?

Dagny dejó pasar el comentario.

-He estado demasiado tiempo alejada -musitó-. Echo de menos la naturaleza natural.

-La mayoría de las comunidades tienen parques hermosos. -Oh, sí. -Miró a la imagen-. Pero no interiores, vivos. Él sonrió.

-Si eso es lo que quieres, vuelve a vernos a la Isla Vancouver. Ella le devolvió la sonrisa, moviendo un poco la cabeza. -Probablemente a mis años ya no pueda soportar la gravedad. -¿Tú, con sólo noventa años? Tonterías. -No sólo por haber seguido escrupulosamente su programa biomédico y el ejercicio vigoroso y regular en la centrifugadora, pensó. Dagny Beynac había tenido suerte en la lotería de la herencia, y compartía el premio con él. No se sentía demasiado viejo a sus setenta y tantos-. Ven.

-Bien, quizá -suspiró-. Siempre hay tantas cosas que hacer, y los meses pasan tan deprisa.

-Ven por Navidad -le animó Lars. El rostro de Dagny se iluminó. -¡Con tus nietos!

Tenía bisnietos en la Luna, pero eran selenitas.

Los adoraba, eso era cierto, y sin duda ellos apreciaban a la vieja dama que les traía regalos y que tenía la delicadeza de no abrazarles y de no ser efusiva; pero ¿escuchaban con sentimientos profundos sus historias y canciones, se molestaban en jugar con ella?

-Traeré un bisnieto mío para ayudarte a celebrar tu centésimo cumpleaños -dijo impulsivo.

Ella rió. La luz resaltó un brillo en sus ojos.

-Eres un encanto, una vez que has tomado algo de alcohol para disolver el almidón sueco. -Buscó con la mirada la imagen de su esposo-. Oh, 'Mond -susurró-. Desearía que hubieses podido conocerle mejor.

La imagen era una animación. Como se sentían cómodos el uno con el otro, Lars preguntó algo que en otras circunstancias no se hubiese atrevido a decir.

-¿La activas a menudo?

-Ya no tan a menudo --contestó-. Comprende, me la sé de memoria.

-Tantos años espetó él-. Nadie más. Debes de haber recibido ofertas.

Una súbita alegría.

-Muchas, aunque la última fue hace muchísimo tiempo. Me sentí tentada en alguna ocasión, pero no lo suficiente. 'Mond seguía siendo demasiada competencia para ellos.

La sonrisa se disolvió. Miró a otra parte.

-Aunque -dijo- se ha convertido en una especie de sueño que tuve hace mucho tiempo.

Vivimos por nuestros sueños, ¿no? -le contestó él con voz suave.

Era un bosque de clima templado. Cerca de Port Bowen se estaba desarrollando un ambiente tropical, menos extenso porque los excavadores no habían tenido la fortuna de

empezar con zonas huecas tan amplias como en ésta. Se hablaba de crear una pradera, o un pequeño mar, bajo el cráter Korolev, pero probablemente la población y la industria en la cara oculta seguirían siendo demasiado escasas durante décadas para hacer que el proyecto valiese la pena.

Eyrnen guió a sus parientes por un sendero entre olmos, fresnos y algún roble que arqueaban sus hojas sobre la maleza en la que las grosellas habían comenzado a pudrirse. En el interior del bosque, los abedules relucían blancos y había sombras salpicadas de luz. Las mariposas revoloteaban brillantes por el aire; la llamada de un cuclillo rompía la quietud húmeda. Donde las hojas de años anteriores cubrían el sendero, crujían bajo los pies. Olía a verano.

Pero sin embargo no era un paisaje salvaje de la Tierra. La biotecnología había forzado el crecimiento; la baja gravedad permitiría que alcanzase gran altura.

Una criatura alada pasó volando y se perdió de nuevo en las profundidades. Era pequeña, muy peluda, con una cola de timón. Un chillido agudo murió tras ella.

-¿Qué fue eso?-preguntó Rydberg.

-Un murciélago de día-le dijo Eyrnen-. Uno de nuestros experimentos genéticos. Además de adornar, esperamos que ayude a mantener estable la población de insectos necesarios.

-Será una gran empresa, con bastantes errores en el camino antes de que consigáis una ecología que se sostenga sola-predijo Beynac. -Está evolucionando más rápido de lo que habíamos previsto -replicó Eyrnen-. Viviré para caminar por entre una verdadera región salvaje.

-Oh, ni mucho menos -objetó Rydberg. Se arrepintió de inmediato. Era un mal hábito, corregir las impresiones de los otros. Eyrnen le miró furioso.

-¿Cuán genuina es la llamada naturaleza de la Tierra? -replicó.

-Venga, chicos -interrumpió Beynac. Ella podía hacerlo. A Rydberg-: No seas tiquismiquis, cariño. En realidad, ¿qué es la naturaleza? Habrá vida que pueda sobrevivir sin la intervención humana o robótica mientras haya energía; y no olvides que se trata de la energía solar, que durará todavía varios miles de millones de años.

Rydberg asintió. -Cierto.

Los conductos ópticos que llegaban hasta la superficie probablemente no fallarían. Las resonancias moleculares que imponían un ciclo de noche y día de veinticuatro horas y el cambio de estaciones podrían volverse locas, pero aunque algunas especies morirían otras se adaptarían.

Y con el tiempo, ¿aparecerían nuevas especies? ¿Y mientras el Sol se calentase hasta que el efecto invernadero esterilizase la Tierra e hiciese hervir los mares, podría sobrevivir aquel bosque, ya muy extraño, en las profundidades de la Luna?

Hizo un comentario prosaico.

-Por lo que he oído, una ecología realmente viable requiere más espacio del aquí disponible.

-Eso declaran los científicos -le concedió Eyrnen-. Creo que se pueden desarrollar formas de vida que no necesiten tanto espacio. Sin embargo, no es muy importante, porque la región se ampliará mucho. Al final, quizá dentro de un siglo, estarán todas conectadas.

-Mm, un trabajo monstruoso.

-En el futuro no dependeremos de máquinas para desalojar volúmenes de allí donde la geología nos los ha colocado. Ya hay bacterias de laboratorio que pueden romper la roca,

multiplicándose mientras lo hacen. Se necesitará más energía de la disponible hoy, y, claro está, será preciso modificarlas para que encajen en la ecología, pero de eso nos ocuparemos cuando llegue el momento.

Aunque Rydberg ya había oído antes esas ideas, no habían sido más que elucubraciones. Era emocionante oírlas declarar como certidumbres.

-¿Cuánta expansión crees que se producirá durante tu vida? -preguntó.

Un ágil encogimiento levantó y bajó los hombros de Eyrnen mientras agitaba las manos.

-Menos del que debiera. Tenemos demasiada demanda de varios recursos, y la Tierra es un sumidero.

Beynac levantó un puño.

-Te lo dije, maldición, ¡hoy nada de política! -gritó.

Eyrnen le dirigió a Rydberg una sonrisa compungida, casi amistosa, y se relajó. El terrícola se la devolvió.

Pero por dentro podía identificar un momento de frialdad. Deseaba realmente amabilidad entre él y los otros hijos de su madre, y los hijos de éstos. Nunca había conseguido más que una tolerancia amable. No era sólo que fuesen diferentes. Se había llevado bien con metamorfos aún más radicales. Ella sabía cuál era el problema y acababa de nombrarlo: política, la maldita política. Pero en sí misma, no era más que un síntoma, una manifestación de los verdaderos problemas, como la fiebre y las bubas en la plaga medieval.

Propiedad; la cuestión de la herencia común. Impuestos. Educación. Censo. Gobierno local: legislación, legislatura, el concepto mismo de democracia y su deseabilidad. Exclusivismos. Legitimidad del poder:

negociación, ley criminal, santuario. Y más y más disputas, algunas triviales en sí mismas pero que añadían sal a las heridas...

Lo que producía el conflicto, pensó Rydberg, era la lucha entre una vieja civilización y una que nacía; no, entre una vieja especie biológica y otra que era nueva, quizá inestable.

Mientras Dagny, su madre, permanecía dividida entre las dos. ¿Por qué ella había acallado y dejado a un lado las preguntas de Rydberg sobre la muerte de Sigurd-Kaino, su medio hermano, en algún remoto asteroide...? No había preguntado más porque claramente eso era lo que ella deseaba. Pero ¿por qué?

Sus hijos selenitas le habían exigido silencio.

Su mente se concentró en su medio hermana Gabrielle-Verdea, a los sesenta años todavía una oradora tan feroz e insurgente como podían sus genes.

Recordó una de sus canciones. El selenita no podía traducirse bien en términos terrestres, y sus conocimientos de la lengua nativa se reducían a las necesidades prácticas en las que todas las lengua son más o menos iguales; pero...

Con tu ojo del Pacífico, contempla Mis cicatrices de antiguas guerras. Tus huesos recuerdan a los dinosaurios.

29

La luz de la mañana dio vida a un mandala de muchos colores en una ventana arqueada. Las paredes blancas relucían, apoyadas en pilastras que se alzaban para fundirse con el techo abovedado. El dura musgo cubría el suelo, verde y elástico. Las sillas, los sillones, la mesa y el escritorio eran de madera y fibras naturales, gráciles como los sauces. Nada en la cámara desafiaba el complejo de consolas, teclados, pantallas y demás equipo que la presidía. Todo aquello era como una declaración de que la vida, la condición humana y el cibercosmos iban juntos.

Una declaración muy necesaria, pensó Kenmuir. Aquel complejo múltiple de comunicación y computación, avanzado por encima de cualquier cosa que hubiese visto antes, era, en el mejor de los casos, una visión desalentadora.

El consuelo sin palabras no le comunicaba nada a él. Había llegado como un enemigo.

Con Aleka a su lado, entraron en una quietud fría. La puerta se contrajo a su paso. Estaban aislados, sellados del exterior, en privado, hasta que abriesen las puertas del cibercosmos.

Aleka tragó saliva, cuadró los hombros y avanzó. Él fue más despacio. Le martillaba el corazón, y tenía la lengua seca. Aquél podía ser el día de la victoria, el fracaso o la huida. Ya se sabía un tonto, que debería huir y confesar. Pero no, porque entonces sería menos que un hombre.

Aleka se situó en la consola principal y le hizo un gesto para que tomase asiento a su lado. Cuando lo hubo hecho, ella le agarró la mano y se la apretó. Kenmuir sintió su calor como si fluyese la sangre entre ellos. Aleka sonrió.

-Well -dijo-, vamos a arriesgarnos. -Él había vuelto la cara en su dirección. Aleka se inclinó y le besó.

Antes de que realmente pudiese responder, ella se había retirado, riéndose un poco, y tenía los dedos sobre las teclas. Sabiendo que no era del todo lógico, Kenmuir se había negado a tomar un tranquilizante. De pronto, todos los temores y dudas desaparecieron. Aquello tampoco era lógico, pero qué demonios. Cuando se había decidido por una estrategia, siempre la había ejecutado con calma. Pero nunca, pensó, se había sentido con la cabeza tan despejada y despierta. -Dirígeme -dijo ella.

El día anterior habían realizado el bosquejo de un plan general. Después, Kenmuir había pasado mucho tiempo solo, meditando cuando su mente no vagaba en libertad esperando la llegada de la inspiración. Sin embargo, debían recorrer el camino a tientas, improvisando, con sus conocimientos del espacio y la astronáutica guiando la habilidad de Aleka con el sistema.

-La historia de la exploración interplanetaria-le dijo innecesariamente-. Para empezar, un sumario. -Eso haría que todo pareciese una investigación inocua, quizá por parte de alguien que no tenía nada mejor que hacer.

Apareció el hipertexto en una configuración tridimensional. Aleka usó los comandos que llevaban de tema en tema hacia el exterior, desde el Cinturón de asteroides pasando por Kupier y más allá. Fallecimientos... Sigurd Kaino Beynac no regresó a casa. El propósito y el destino de su misión no entraron nunca en ninguna base de datos pública. La historia que se hubiese conservado, probablemente se perdió por completo en el desastroso final de la rebelión de Niolente. O eso decía el ordenador.

-Eso ya lo sabíamos-se quejó Aleka.

-Sí, pero quiero verlo en el contexto total, o lo más cercano que exista -replicó Kenmuir-. Después nos centraremos en las misiones científicas a los asteroides.

Las asociaciones establecidas pronto trajeron a Edmond Beynac y su muerte. Kenmuir asintió. Lo había esperado.

-Beynac buscaba la confirmación de sus ideas sobre el Sistema Solar primitivo. Comprobemos exactamente qué teorías tenía. Las recuerdo con vaguedad. Empiezo a comprender que, en gran parte, se debe a que rara vez las he visto comentadas. ¿Porque en realidad estaba equivocado o porque ahí fuera había algo que a alguien le interesaba suprimir? Era un hombre demasiado importante en su disciplina como para borrar todos sus registros.

Una vez que hubo estudiado el resumen, lo que llevó tiempo, Kenmuir lanzó un silbido.

-Mm. Tengo mis sospechas sobre el tipo de cuerpo al que se dirigió Kaino. Pero eso fue años después de la muerte de su padre, y no hubiese ido a ciegas. Primero, una búsqueda astronómica. Pero nadie nunca ha sabido... -Le dio a Aleka el esquema de las instrucciones para buscar la vista.

Más tarde.

-Ah, sí, lo había olvidado, o quizá nunca lo supe, que un hermano de Kaino dirigió el más importante observatorio lunar de ese período. Examinaremos una lista de los informes y artículos producidos en el observatorio entre esas dos muertes.

Más tarde:

-Hay huecos curiosos, ¿no te lo parece? Cometas lejanos descubiertos y catalogados, nada anómalo, pero... Creo que el seguimiento debería haber encontrado más. Sabemos que están ahí fuera. ¿No informaron de ciertos descubrimientos?

Más tarde:

-Si intentase seriamente encontrar el hipotético asteroide madre de Edmond Beynac, obtendría los paralajes posibles desde la Luna. Sondas robóticas... esos lanzamientos estarían registrados, aunque no lo estén los resultados.

Aleka emitió una risita. Sonaba como una cuerda de guitarra que se rompiese.

-Qué suerte tenemos de que el cibercosmos sea una urraca para los datos. Lo atesora todo.

-Sí, pero parte del tesoro se encuentra permanentemente oculto. -Kenmuir permaneció en silencio durante un rato-. Vuelve a Kaino. La fecha de salida de su último viaje, el tipo exacto de nave y sus características, los parámetros iniciales de lanzamiento con la precisión con que se registraban de forma rutinaria, fecha del regreso sin él. Todo eso debería ser público.

Más tarde:

-Sí, es consistente con una expedición al Cinturón de Kuiper, aunque eso todavía deja una región extraordinariamente extensa. -Kenmuir frunció el ceño-. La última década de la Selenarquía, o las dos últimas. Misiones enviadas por los aristócratas de Zamok Vysoki: Rinndalir hasta que partió hacia Alfa Centauri, Niolente después. Sobre ellas se habría hecho pública muy poca información, pero veremos qué hay disponible, incluyendo lo que la Autoridad de Paz encontrase en sus archivos.

-Me has dicho que afirmaban que gran parte había sido destruido accidentalmente-dijo Aleka.

-Eso afirman. Vamos a mirar. Otra vez, tipos de nave y parámetros de lanzamiento. Esos datos no se podían ocultar, al menos no si partieron desde la Luna. Y quizá puedas localizar algunos manifiestos de carga o similares, fragmentos, señalando lo que podrían haber llevado... Uh, será mejor que te explique cómo funcionan esas cosas. Habiendo reunido las cifras, Kenmuir se dirigió a una mesa auxiliar y calculó trayectorias, consumo de combustible, el alcance de lo que podría haber sucedido. Cuando hubo terminado, se sentó. -Ahora es evidente-dijo con su voz más seca-. Las sospechas de Lilisaire y mías eran correctas. Algún tipo de proyecto en el espacio profundo, incluyendo construcciones. Clandestino, lo que significa que los viajes a ese punto debían de ser pocos y muy espaciados y con la tripulación mínima. Pero incluso en esos días podías hacer muchas cosas con robots bien escogidos y bien programados, si había materia prima disponible.

Se puso en pie y recorrió la habitación. Las manos luchaban entre sí. -Sí -continuó con un tono monótono-. ¿Lo comprendes, Aleka? Tiene que ser el gigantesco asteroide de hierro de Edmond Beynac, orbitando donde se supone que sólo hay polvo, gravilla y bolas cometarias grandes y pequeñas. Sus hijos se guardan el secreto, pensando que podría tener algún valor. El secreto se pasaba a la siguiente generación, sin duda sólo a uno o dos cada vez, porque en caso contrario no tardaría en dejar de ser secreto. Rinndalir y Niolente decidieron intentar hacer uso de él.

-Una posibilidad muy lejana, un movimiento de los de «qué podemos perder -dijo la mujer-. Porque en caso contrario, alguien lo hubiese intentado antes. Después de que Fireball entrase en guerra con los avantistas, estaba condenada, por lenta que fuese su muerte. Los selenarcas también se sentían amenazados. Sin Fireball, no tenían ninguna esperanza real de conservar su independencia contra la determinación de la Federación. A menos... El mundo de Beynac... pero ¿cómo? ¿Qué ayuda podría ofrecer?

-Algo que el gobierno no quiere que se sepa.

-No todo el gobierno. ¿Cómo podría hacerlo, siglo tras siglo, sin que nadie se fuese de la lengua?

-El cibercosmos. La... -Kenmuir decidió no decir «Teramente». En su lugar-: Podría con facilidad conservar el secreto para sí, excepto por algunos agentes humanos cuidadosamente escogidos. Cuando Lilisaire empezó a mostrar curiosidad, el sinnoionte Venator se ocupó de investigar todo lo que ella podría haber descubierto y qué podrían estar tramando los selenitas.

Ella asintió. La última frase de Kenmuir había sido automática, innecesaria.

Kenmuir se detuvo.

-Bien, creo que ya hemos sacado todo lo que se puede obtener de los archivos abiertos -dijo-. En un tiempo sorprendentemente corto, gracias a estas instalaciones. -Una investigación tan directa en una cuasi infinidad de bytes hubiese sido imposible en una estación peor equipada-. Todavía nos quedan varias horas. ¿Quieres descansar o seguimos adelante?

-No podría relajarme esperando. ¿Y tú?

-Para ser sinceros, no. -Se unió a ella. Intercambiaron sonrisas frías.

La de Aleka se desvaneció. Como si buscase consuelo, murmuró: -Me pregunto si Dagny Beynac lo sabía.

-¿Has oído hablar de ella?

-Era un verdadero poder en la Luna, ¿no?

-Sí, supongo que lo sabía. Sus hijos hubiesen necesitado su ayuda para cubrir su rastro. Pero se llevó con ella el secreto a la tumba. Aleka se agitó.

-Vamos, levemos anclas.

Pasaron unos minutos formulando la pregunta. Era muy simple, pero debía dar la impresión de algo con lo que alguien se hubiese topado, un poco de curiosidad. Kenmuir introdujo los detalles específicos que había podido deducir, tales como el arco de cielo por el que era probable que vagase el objeto, pero en su forma final la pregunta era más o menos: *¿Orbita un asteroide ferroso muy grande, expulsado por una perturbación del Sistema Solar interior, en el Cinturón de Kuiper?*

Aleka se puso recta, se humedeció los labios y la introdujo.

Sonó una nota aguda. En la pantalla se encendió un punto de luz roja. Debajo saltaron las palabras:

ARCHIVO 737. EL ACCESO ESTÁ RESTRINGIDO A PERSONAS AUTORIZADAS. SE REQUIERE IDENTIFICACIÓN DE ADN.

El anglo cambió a una serie de lenguas. Aleka apagó la imagen. Ella y Kenmuir permanecieron un rato en silencio. Una vez más, él sintió una seguridad de acero.

-No es muy sorprendente, ¿eh? -dijo al fin-. Demuestra que vamos por buen camino. -Señaló una bolsita que Aleka llevaba consigo-. ¿Lo hacemos?

-Un minuto -contestó. Mantenía la voz tan estable como él, pero tenía sudor en la frente. Kenmuir pensó que debía de tener un olor fragante, de mujer, si el suyo propio no lo estuviese enmascarando. -Un estudioso normal se preguntaría por qué.

-¡Bravo chica! -dijo riendo-. Es evidente que tienes talento para la intriga.

Aleka hizo un gesto con la boca. Escribió: *¿Puedo preguntar porqué el arcbivo está clasificado?* Durante el proceso, habían desconectado las conexiones vocales, de forma que podía hablar con libertad, así como los receptores visuales. Además, un investigador de verdad evitaría distracciones como ésas.

CONSIDERACIONES DE SEGURIDAD GENERAL PRECISAN QUE CIERTAS ACTIVIDADES Y CIERTAS REGIONES DEL ESPACIO LEJANO ESTÉN PROHIBIDAS A TODOS EXCEPTO A LOS ADECUADOS ENSAM BLADORES CIBERNÉTICOS. EN CASO CONTRARIO, SE CORRERÍA EL PELIGRO DE DESVIAR ALGUNOS OBJETOS, QUE YA DE POR SÍ TIENEN ÓRBITAS INESTABLES, HACIA EL SISTEMA SOLAR INTERIOR. ESO, CON EL TIEMPO, PODRfA ACARREAR IMPORTANTES CONSE-CUENCIAS. ES UNA RESPONSABILIDAD CIBERNÉTICA CONSIDERAR LAS DESGRACIAS IMPREDECIBLES. NO IMPORTA LO LEJANAS QUE ESTÉN EN EL TIEMPO. SE RETIENEN LOS DETALLES PARA EVITAR LAS TENTACIONES.

SIN EMBARGO, ESTÁ PERMITIDO AFIRMAR QUE NO SE CONOCE NINGÚN CUERPO QUE SE AJUSTE A SU DESCRIPCIÓN, Y POR CONSIDERACIONES COSMOLÓGICAS NO ES PLAUSIBLE QUE EXISTA POR... la pantalla se llenó con una lista de referencias. Kenmuir supo por los títulos y fechas que se trataba de artículos publicados durante la vida de Edmond Beynac y que criticaban su teoría.

-Mientes -le murmuró a la máquina-. Mientes por esos dientes que no tienes.

-Eso exige conciencia susurró Aleka-. Hemos entrado en contacto con un sofotecto.

-Muy especializado. Un nodo en la red -juzgó Kenmuir-. Es mejor tener algo de flexibilidad, no una negación sencilla y directa. -Suspiró-. Supongo que podríamos seguir fingiendo y examinar esas antiguas disputas, pero voy a ir por el camino directo.

Aleka levantó una mano.

-Espera un minuto. Déjame pensar.

Librodot

El silencio fue largo. Los ligeros colores proyectados por la ventana mandala en la pared del otro extremo se habían desplazado claramente hacia abajo desde que habían entrado en la sala.

Vio que ella le miraba, y le devolvió la mirada. Aleka tenía los ojos de un marrón rojizo salpicado de dorado.

-Se trata de un asunto muy importante-dijo, con voz muy baja. -Sí -contestó él a falta de mejor palabra.

-Alguien con una posición muy, muy importante quiere mantenerlo *kapu.* El *baku,* el *kabuna... No sé* quién o qué, pero creo que en

el pasado ha llamado la atención de la Teramente, y podría suceder de nuevo.

Sintió un escalofrío. -Podría ser.

-¿El propósito es negativo?

-Quizá no. ¿Por qué no podemos decidir por nosotros mismos? -¿Todavía quieres hacerlo?

Kenmuir lo pensó durante un instante. -Si tú estás de acuerdo.

Ella asintió.

-Sí. Pero escucha. Comentaste que para mantener la información en secreto, durante mucho, mucho tiempo, como en este caso, se necesita algo más que una cerradura. Se precisa una respuesta flexible. Well, ¿se conformarían realmente los guardianes con un escáner de ADN? -Fue todo lo que pidió.

-Algo más sería demasiado burdo. -Y algo menos, reflexionó Kenmuir, como una identificación facial o dactilar, sería demasiado fácil de falsear-. Aun así, si yo estuviese al mando, sabiendo que Lilisaire sigue el rastro, adoptaría un par de precauciones extras. Como ordenar al guardián que me notificase si alguien entrase en el archivo, ya fuese legal o ilegalmente.

Kenmuir dio un salto. -¡Uh! No lo había pensado.

-Ni yo tampoco hasta ahora. Podría equivocarme, claro está. -Pero si tienes razón... -Pensó con rapidez-. Venator no se limitaría a quedarse sentado y esperar. Estaría muy ocupado, probablemente muy lejos de aquí.

-Por tanto, no querría que se lo comunicasen sólo a él, sino a agentes más cercanos, para actuar rápido.

-¿La policía?

-No la policía local. Se preguntarían por qué los enviaban a arrestar a un par de personas que se limitaban a usar una base de datos pública. Esas personas podrían dar sus razones, y ellos se las contarían a otros, hasta que otros se lo preguntasen también. Si fuese yo, tendría en alerta al escuadrón de emergencia de la Autoridad de Paz, por todo el planeta, para intervenir con rapidez, sin dar razones pero especificando alto secreto.

-Como recurso... -La protesta se elevó por la garganta de Kenmuir como si fuese vómito-. ¿Vamos a permitir que esa posibilidad nos paralice?

-No -dijo Aleka-. Pero será mejor que primero echemos un vistazo.

Se dedicó de nuevo al equipo. Éste le dijo que la base más cercana de la Autoridad de Paz se encontraba en el Integrado de Chicago. -Dejando tiempo para la confusión, un jet traerá aquí un escuadrón en menos de media hora-calculó.

Kenmuir, que virtualmente no sabía nada sobre el funcionamiento de la policía, reunió coraje. Quizá al menos podría enviar un mensaje rápido a Zamok Vysoki. Debería hacerlo sin codificar. Pero como la Luna estaba en el cielo, podría apuntar directamente al receptor central donde... donde sería interceptado y provocaría acciones inmediatas...

-Tenemos que saber si habrá confusión -decía Aleka-. Un momento.

Los dedos de la mujer bailaban sobre el teclado. La paciencia aprendida de un astronauta fue suficiente para mantener a Kenmuir clavado en la silla, esperando.

Después de un período de tiempo que él decidió no evaluar, Aleka se reclinó y se pasó la mano por la cara.

-Bien. Ahora habrá confusión -murmuró. -¿Qué has hecho?-dijo con voz ronca.

-Lo he preparado. Control de Tráfico nos informará cuando cualquier volador de alta velocidad abandone el Integrado de Chicago con dirección a este lugar. -Agitó la cabeza-. No, no, no ha sido nada en especial. No he tenido que entrar ilegalmente. Hay razones por las que un civil podría querer esa información. Por ejemplo, podríamos estar estudiando los efectos de las turbulencias atmosféricas, u otro asunto académico. Simplemente tuve que pensar en cómo realizar la petición.

Los músculos del estómago de Kenmuir se relajaron un poco. -Entonces... si sucede... ¿tendremos veinte o treinta minutos para llegar a tu volador y salir de aquí?

-No es tan sencillo. Control de Tráfico obedecerá a un máka'i tanto como a nosotros, o mas. Sería muy simple obtener un registro de los vehículos que partieron poco tiempo antes y saber exactamente dónde se encuentran mientras estén en movimiento. Tendremos que aterrizar en algún lugar cercano y salir corriendo como conejos. -Aleka suspiró-. Confío en que Lilisaire recuperará mi pobre volador o me compre uno nuevo. A menos que tú y yo acabemos en algún sitio donde no tengamos necesidad de ningún transporte personal.

Kenmuir se negó a considerar las posibilidades más desagradables. Aquello era el mundo moderno, por amor de Dios. Por el momento, ni él ni ella habían hecho nada ilegal. Si estaban a punto de hacerlo, bien, técnicamente no era una infracción importante, no en una sociedad que reconocía el derecho de todo ciudadano a la información. Tendrían derecho a un juicio público, a abogados, a procedimientos que podrían ser demasiado incómodos para los que mantenían el secreto. No era como si estuviesen tratando con el instrumento de un Estado todopoderoso, como el KGB o Hacienda, o como se llamase...

Deseaba poder creerlo.

-Lo que debemos hacer es escapar y luego considerar la situación -dijo. Una parte independiente de su ser se burló diciéndose que también podía recitarle pi hasta el cuarto decimal-. ¿Cómo?

-Eso es lo que pienso comprobar. -Una vez más se puso a teclear. Los horarios aparecieron en la pantalla.

-Vale -dijo, después de un rato-. No hay transporte público para salir de Prajnaloka, y es muy escaso en todos los lugares cercanos, por tratarse de una zona muy poco poblada. En su mayor parte, es transporte local, lo que no nos sirve de nada. Pon diez minutos para correr hacia el volador. Diez o doce minutos en el aire antes de que alguien nos intercepte. No tendremos más tiempo.

»El único lugar cercano es Springfield. Dispone de un transporte aéreo dos veces al día al centro de comunicaciones de St. Louis. Allí podríamos perdernos entre la multitud y conseguir con rapidez transporte a un lugar grande y anónimo. El problema es el siguiente: la oposición también lo sabrá, y tendremos mucha prisa. Tendremos que tener cuidado con el período entre nuestra llegada a Springfield y nuestra partida. El siguiente

Librodot

aerobús saldrá en una media hora. En caso contrario, tendríamos que esperar hasta la noche.

-Eso nos da tiempo para prepararnos-dijo renuente.

-Y deja tiempo para que las cosas salgan mal-replicó ella-. Es evidente que haber llegado al borde de la zona prohibida no ha hecho saltar ninguna alarma. En caso contrario, ya estaríamos arrestados. Pero ¿ya se ha enviado la orden? O... nos están persiguiendo. Los datos podrían empezar a apuntar en nuestra dirección. -Su voz resonó-. ¡Yo digo que sigamos!

Kenmuir lo sopesó. Si lo dejaban de inmediato y salían corriendo, tendría que abandonar su ropa y el resto de las cosas en el dormitorio. Pero se podían reemplazar con facilidad, tenían todo el dinero con ellos, y dejar las cosas podría desviar la atención durante un tiempo crítico. Por impulso, levantó las manos.

-Adelante.

Aleka le golpeó las manos. Las suyas eran duras y cálidas. -Vale, *aikáne.*

En ese momento comprendió por qué los seres humanos a lo largo de la historia se habían embarcado una y otra vez en empresas que parecían fantásticas a generaciones posteriores. Ésa era la naturaleza de la bestia.

Aleka recogió su bolso, se lo puso en el regazo y sacó un objeto que parecía ser un trapo marrón. Lo desplegó para revelar un guantelete de un material fino... un material que estaba vivo, como la máscara que había llevado antes. Se lo puso sobre la mano derecha.

-El agente de Lilisaire me lo entregó en Hawai-le contó a Kenmuir aquella noche en Overburg mientras el fuego se apagaba-. Es especial. Cree que podríamos encontrarle un uso.

-¿Qué es? -preguntó.

-Un organismo con reservas en los tejidos para aguantar dos semanas. Se realizó con una biomuestra del sinnoionte que fue a visitarla... Dijo que su nombre era Venator. Dice que lleva su ADN. Si tenemos que abrir algún biocierre, ¿no es probable que entre sus llaves se encuentre ese tipo tan importante que está trabajando en el caso? -Pero ¿cómo consiguió una muestra útil? -No servirían los fragmentos de piel y otros tejidos que todo el mundo soltaba a lo largo del día. Eran pequeños, estaban degradados y se encontraban mezclados con polvo y otros desechos. Se requería un equipo delicado, en su mayoría en manos de las fuerzas policiales, para localizarlos y usarlos; y una vez que habían realizado el mapa del genoma, debías tener una fuente independiente para identificar al sujeto-. Si le sacó sangre de alguna forma, quizá fingiendo un accidente... pero ¿no despertaría eso sus sospechas?

Aleka sonrió.

-No pregunté. Lo supuse.

Kenmuir sintió que se le calentaban las mejillas, y se enfadó por ello. -No, espera -respondió-, eso es ridículo. Un gameto sólo contiene la mitad de los cromosomas.

Él comprendió su error antes de que ella respondiese.

-Ah, pero hablamos de muchos, muchos gametos. Con todos

ellos, un laboratorio podría completar con rapidez el genoma original. Entonces lo sintetiza y... No intentas clonar un humano, ya sabes, sino un poco de piel para un sustrato simple. No es muy difícil. Le pasas la muestra a un técnico a sueldo, quien va y realiza el trabajo en uno de los múltiples laboratorio genéticos. Me atrevería a decir que no se trataba de

la primera ocasión para Lilisaire. Cuando estuvo listo, el técnico lo sacaría bajo la camisa o algo similar. Será mejor que no subestimemos al amigo Venator, pero en este asunto en particular con ella... -Aleka rió-. ¡Pobre y confiado superhombre!

Muy poco después, los acontecimientos se dispararon y Kenmuir olvidó el dolor.

Evidentemente, la estación tenía instalación de biocierre. Era parte de sus capacidades totales. No todos los archivos sellados eran oficiales. Bien podrías querer acceder a información muy personal en la base de datos pública o en una privada, para usarla en conjunto con otros datos ya presentes. El cibercosmos lo sabría, en el sentido de que lo examinaba todo, pero no traicionaría tu confianza.

Aleka pulsó unas teclas y presentó el guante vivo. Después de un momento la pantalla mostró PROCEDA A ARCHIVO 737.

Para evitar dar la impresión de ser la misma persona que había preguntado antes, escribió Dame toda la información sobre el asteroide ferroso gigante en el Cinturón de Kuiper.

PROSERPINA. ÉSE ES EL NOMBRE QUE LE DIERON LOS SELENITAS QUE LO DESCUBRIERON Y LO EXPLORARON POR PRIMERA VEZ. SUS SUCESORES LO DESARROLLARON PARCIALMENTE PARA OCUPARLO. TIENE UNA MASA DE...

Kenmuir se acercó más, como si pudiese obligar a las palabras a salir del terminal. Se le aceleró el pulso. Sí, sí, la teoría de Edmond Beynac...

... RESTO DE UN PROTOPLANETA, QUE SE SITUÓ POR PERTURBACIÓN EN UNA ÓRBITA EXCÉNTRICA DE GRAN AFELIO. POR LAS COLISIONES DURANTE GIGAAÑOS, HA ADQUIRIDO DEPóSITOS SUSTANCIALES DE HIELO, MATERIALES ORGÁNICOS Y...

Generalidades. ¿Cuándo llegaría el maldito programa a los números?

... POTENCIAL DE COLONIZACIÓN POR PARTE DE LOS SELENITAS...

A la derecha de Kenmuir se encendió una segunda pantalla. Aleka se inclinó delante de él para leerla. Soltó el aire por entre los dientes. Lo agitó para sacarlo de su ensueño.

-Ya está -dijo-. Una nave rápida acaba de salir de la base de Chicago. Hele aku.

-Un minuto, un minuto jadeaba-. Los elementos orbitales... -¿Quieres reflexionar sobre ellos en una tranquila y agradable celda? ¡Muévete, muchacho! -Ella estaba de pie. Le golpeó con fuerza en los hombros.

Kenmuir se puso derecho y la siguió a trompicones, pasando la puerta, atravesando el patio interior, hacia el garaje comunal. La luz del sol se lanzó a sus ojos, increíblemente brillante, pero al este, sobre un tejado, vio el creciente de Selene.

¿Terminan alguna vez los conflictos?, se preguntó en medio de la confusión. ¿Estaba luchando en una guerra que se había iniciado en los días de Dagny Beynac?

Librodot

30
La madre de la Luna

La piscina ocupaba la mayor parte de la cámara. La neblina la cubría como una manta, blanca bajo la débil luz que salía de los fluoropaneles y se reflejaba en los azulejos, porque el agua estaba muy fría.

Los vapores apenas se movían, tan quietos como el aire. Así había pedido Jaime Wahl y Medina que se mantuviese el lugar. Era su diversión, su renovación dos veces al día, ejercicio para despertar la sangre y reducir el tiempo que debía pasar en la maldita centrifugadora. Dios sabía que el gobernador general de Selene necesitaba todas las alegrías que pudiese encontrar. Y también paz y tranquilidad. Allí no venía nadie más; los amigos y la familia usaban la piscina mayor y más caliente, y también más antigua, que se encontraba al otro extremo de la mansión.

Entró como tenía por costumbre, al final del turno de amanecer, se quitó las sandalias, colgó el albornoz de un gancho y se puso las gafas. Durante algunos minutos realizó los ejercicios de calentamiento. Era un hombre de gran estructura, de mediana altura y de unos cuarenta y tantos años, de nariz grande y una barbilla considerable remarcada por el pelo, las cejas y el bigote negros. Los ojos marrones se arrugaban en el rabillo, debido a los años de exposición a los vientos y a la iluminación tropical de la Tierra. El frío le puso la piel de gallina en los peludos brazos y piernas. Al terminar, subió al trampolín en el lado profundo, dio un salto -menos vigoroso de lo que hubiese deseado, pero no quería golpear el techo- y se zambulló.

También cayó más despacio de lo que hubiese preferido. Pero el agua lo recibió con un estallido que resonó en las paredes. El líquido lo envolvió, lo abrazó, se deslizó sensualmente a cada movimiento y por fin la gravedad dejó de importar, era libre, más libre que en el mismo espacio.

Bajó al fondo y nadó justo por encima. Su piel respondía al frío que fluía, sintiéndose viva. El dibujo del fondo, donde sus manos se situaban al frente para impulsarle, pasaba con total claridad, transfigurado por la refracción. Sus ojos necesitaban las gafas, al no poder abrirse del todo a la pureza, porque eso les hubiese quitado la sal. Como toda el agua lunar, salía totalmente limpia después de cada reciclado. Ni en su cometa original había estado tan limpia, no desde que el polvo de hielo titilaba en la nebulosa que se convertiría en el Sistema Solar, y algo de su antigua fuerza había vuelto a ella. Nadaba por entre una virginidad recuperada.

Cuando los pulmones no pudieron más, salió a la superficie, respiró profundamente y nadó dando vueltas cerca del borde hasta que se sintió preparado para volver a bajar. Y así disfrutó hasta que su cuerpo le advirtió que pronto empezaría a perder demasiado calor.

Salió de un salto, fue a la cavidad de baño y dejó que una ducha casi hirviente cayese sobre él. A continuación se secó vigorosamente con la toalla, y ya estaba hambriento como un lobo y por tanto listo para el desayuno. Se detuvo un minuto antes de ir a vestirse y miró el panel de instrumentos. Últimamente había tenido algunos problemas con el control de temperatura. El termómetro se mantenía inamovible. Probablemente Mantenimiento había arreglado el sistema para que permaneciese fijo. Bien, era muy sencillo. Bobinas bajo la piscina traían, desde la reserva municipal, un tanque de aire líquido que bebía del espacio, durante la larga noche lunar, el refrigerante que el termostato solicitase. Aun así, Wahl normalmente prestaba atención a todo aquello que podía y de lo que se sentía responsable.

Librodot

¡Muy poco de lo primero y demasiado de lo segundo! Hizo una mueca y recorrió el pasillo.

En el dormitorio no se puso un vestido civil, sino el uniforme azul de la Autoridad de Paz. Era su derecho, al ser un mayor en la reserva, y ese día un recordatorio de lo que él representaba, del poder que en última instancia le apoyaba, podría ser útil.

El cuerpo legislativo se reuniría la semana próxima. El diputado RabItin había anunciado que presentaría una ley para conceder a la agencia de impuestos acceso libre a las bases bancarias de negocios, lo que dificultaría mucho el fraude. La mayor parte de los delegados con genes terrestres estaba a favor; la evasión era ya algo exagerado. Hablando por lo que ella llamaba el pueblo libre, la diputada Fia amenazaba con que si esa violación de la intimidad se aprobaba ella misma guiaría a todos los selenitas fuera de la cámara y formaría un Parlamento paralelo que anularía cualquier ley aprobada.

Podría suceder. Era la hermana del selenarca Brandir y su principal agente en las ciudades (¡Jesús y María, si no se controlaba pronto la arrogancia de los señores feudales, convertirían ese trato honorífico en un título!). Quizá no diese lugar a una situación muy seria, pero también podría ser el primer neutrón disparado en el material fisionable. Había que detener esa situación. Había que hablar con los grupos implicados, engatusándolos, intimidándolos, chantajeándolos, lo que fuese necesario, para que aceptasen algún tipo de compromiso que permitiese a todos salvar la cara. Wahl iba a reunirse con ellos personalmente. Ninguna imagen telefónica podía sustituir a la presencia real, la vida moría en la línea. Si era necesario, iría a la ciudadela de la Cordillera, sí, solo, para mirar fijamente al gran alborotador y obligarle a desistir.

Era probable que las cosas no llegasen a ese extremo. Wahl tenía un turno muy ocupado frente a él. Como siempre, la idea de la acción le despertó el corazón. Era exasperante pensar que la mayor parte de sus dos años en el cargo habían pasado en frustraciones, con desafíos a los que ni siquiera podía dar el nombre correcto. Era como intentar agarrar y contener una corriente que se dirige a una catarata. Entró en la sala de desayuno de un humor razonablemente satisfactorio.

Su mujer e hijo ya estaban allí, ella transfiriendo la comida del autococinero a la mesa, el muchacho tirado sombrío en su silla. Wahl sintió los aromas que le rodeaban: tortilla, tostada, zumo, café. Sus papilas gustativas se pusieron en pie y lanzaron vítores.

La pantalla también era tonificante. Mostraba una vista de lo alto de la ciudad, las laderas de las montañas dirigiéndose a Sinus Iridium, el monorraíl convertido en un hilo reluciente sobre la oscuridad hasta llegar al espaciopuerto y, en el horizonte cercano, un transmisor de energía dirigido a la Tierra. El mundo madre colgaba en el cielo austral, un disco blanquiazul no muy lejos del bajo disco solar, increíblemente hermoso. Era un escenario mejor que las apelotonadas construcciones de Port Bowen.

Claro está, no era ésa la razón por la que recientemente había trasladado su residencia y la sede del gobierno a Tsukimachi en el jura. Port Bowen era la ciudad de una compañía, metida en el fantasmal bolsillo de Anson Guthrie, y la mitad del tiempo Fireball estaba enfrentada a los gobiernos, el nacional, el de la Federación, la Autoridad Lunar. No es que alguna vez hubiese causado desórdenes, pero las pequeñas compañías establecidas en esa otra ciudad estaban más dispuestas a cooperar. Si el porcentaje de selenitas residentes era mayor, eso tenía sus ventajas además de sus inconvenientes.

-Good day -saludó Wahl a su hijo. A Rita ya la había besado al despertar.

Leandro murmuró una respuesta. Mantenía el rostro agachado. El llamativo vestuario contrastaba con su comportamiento.

-¿Dónde está Pilar? -dijo Wahl.

-Dijo que no tenía hambre -contestó Rita.

Wahl frunció el ceño. Se abrió una herida y parte del placer se escapó. Una vez más la muchacha se encontraba abatida en su habitación. Le sucedía demasiado a menudo para ser simplemente malhumor. Entonces, ¿qué le pasaba? ¿Era una depresión producida por la soledad? Los catorce años era una edad tan vulnerable. ¿Cómo podría saberlo él? ¿Qué podría decirle? Pilar era una buena hija, merecía ser feliz. Si, aunque sólo fuera una vez, ella se confiase a su padre, o al menos a su madre... ¿Cuándo le habían concedido los hijos ese asombroso regalo a sus padres?

Se sentó. Rita sirvió café antes de unirse a él. Él se persignó y bebió. Sintió en la boca el sabor robusto y acogedor.

-¿Cuáles son tus planes para hoy?-preguntó a Leandro. Sábado, no había colegio. ¿Deberes? Si los había, ya estarían olvidados. Las notas del chico eran malísimas. No se debía a la falta de inteligencia; en la Tierra había sido un muchacho brillante y ansioso por aprender.

Leandro no lo miró. -Nada en especial. El padre se obligó a sonreír.

-Tengo problemas para creerlo. -Leandro era más sociable que su hermana. Pero a Wahl no le gustaba el grupo con el que se juntaba:

patanes, bocazas, sin dar ningún crédito a los genes terrestres de los que presumían. En más de una ocasión, las disputas con sus compañeros de clase selenitas se habían convertido en peleas. Aunque no era como si los selenitas nunca las provocasen.

-Cuando yo tenía dieciséis años -dijo Wahl-, a estas horas ya estaría en la calle. -Caballo al galope, el tamborileo de los cascos, la fuerza de los músculos entre las piernas, la hierba ondulando bajo el viento, un halcón en lo alto... ¡si esos lugares existiesen en algún lugar del espacio!

Leandro sacudió la cabeza. -Eso era entonces.

-Un segundo -dijo-. Aquí nos portaremos con cortesía. El muchacho empezó a ponerse en pie.

-Yo tampoco tengo hambre.

-Siéntate. Terminarás lo que te queda en el plato y contestarás a mi pregunta.

Leandro obedeció sabiendo que pasaría el día confinado en su habitación si no lo hacía. El tono y la expresión indicaban su resentimiento. -Perdóneme... señor. Debo reunirme con algunos compañeros en una hora. Vamos a Hoshi Park.

No era probable, pensó Walil. Ni tampoco esas diversiones decorosas. ¿El Ginza? ¿O algo peor? No sería inteligente insistir en saberlo. -Llega a casa para cenar.

-No estoy seguro de que pueda...

-Ya me has oído. A las 19 horas con tiempo para vestirte adecuadamente. No más tarde.

Leandro enrojeció de furia. Tragó la comida a bocados, expresó de mala gana una petición formal para irse y salió.

Una comida en silencio tenía poco sabor.

-Has sido muy duro con él, cariño-se aventuró a decir Rita con tristeza.

-No disfruté haciéndolo -le recordó Wahl-. Sin disciplina podría meterse en serios problemas.

Librodot

-Lo comprendo. Esta atmósfera terrible, conflicto, tensión racial y tan pocas válvulas de escape saludables... -Le tomó de la mano-. Pero quizá deberíamos ser más comprensivos. No es fácil ser joven. Aquí es muy difícil, para los dos.

Él la miró. Era baja, bien formada, de rostro redondo, y siempre una excelente asistente y anfitriona, pero su vivacidad se había reducido en la Luna. Le oprimía algo más que la situación social y política.

Ella se encontraba entre los que no podían llegar a sentirse del todo cómodos en baja gravedad.

-Es más difícil para ti -dijo-, y no te quejas. Ella sonrió un poco.

-Ni tampoco tú, siempre cumpliendo con tu obligación.

-He disfrutado más de anteriores obligaciones -admitió. Incluso la acción policial y los esfuerzos de ayuda en lugares afectados de la Tierra. Incluso las negociaciones nimias y las aburridas fiestas que debía soportar un delegado de la Federación. No había querido entrar en la política, pero le habían convencido de que Argentina necesitaba a alguien de su calibre en Hiroshima, y, sí, había conseguido varias cosas de valor. Por ellas, su recompensa había sido dejar que le convenciesen para administrar el Protectorado de África, y finalmente esa olla a presión llamada Luna.

Tomó varios bocados y los saboreó conscientemente.

-Tendré las cosas bajo control en cinco años. No más si Dios quiere. Y luego volveremos a casa y no la dejaremos nunca más.

De vuelta a la animada vida en Buenos Aires, la serenidad de la casa en San Isidro, la libertad del rancho en La Pampa.

Ella sonrió una vez más.

-Oh, pero iremos de vez en cuando a Guangzhou. ¿Dónde si no iba a comprar mis frívolas ropas? -Él rió con ella y terminaron el desayuno con afabilidad.

Pero luego llegó la hora de empezar el trabajo del ciclodía. Ver las noticias; atender las comunicaciones que hubiesen llegado; contestar las que exigiesen respuesta; a la hora convenida, llamar a Sato Fujiwara. El ejecutivo de la línea de transporte era amigo de Philip Rabkin y estaba dispuesto a aconsejar al gobernador sobre el diputado. Por todo lo que sabía, Rabkin era un hombre razonable, pero sería mejor ir bien preparado al almuerzo con él. Trabajo preliminar, y además una práctica para tratar los casos realmente difíciles como el de Fia.

La oficina privada de Wahl le confortó con sus recuerdos, las imágenes del hogar, una máscara Nó, una figurita de madera Moshi-Dagomba, sus trofeos de arquería (había sido un triunfo menor, ajustando su habilidad a las condiciones lunares), un crucifijo del siglo XVIII colgado de la pared. Se sentó frente al terminal y tecleó buscando noticias.

URGENTE. CONFIDENCIAL fue lo que apareció. ¿Qué demonios? Su personal del ciclo de noche había puesto algo de máxima prioridad. Apareció el informe.

-¡Madre de Dios!

Fue como haberse sumergido en la piscina y que el agua a su alrededor se hubiese congelado. Contuvo el aliento, exhaló con cuidado, forzó la relajación de los músculos y sintió cómo el pulso se reducía. El cerebro superior tomó el mando.

El cuartel de policía había transmitido la notificación: a las 01.30 horas, según sus órdenes, se envió un vehículo por Mate Imbrium a la Estación Arquímedes. A bordo se encontraba el acusado de asesinato Darenn. (No era su nombre verdadero. Se encontraba entre los muchos selenitas cuyos padres, criminales, no habían registrado el nacimiento. Ni tampoco habían corregido su omisión. Su identidad como George Hanover era falsa, aunque algunos de

su especie todavía usaban nombres terrestres como alternativa. Era fácil conseguir un registro falso. Las líneas de datos estaban infectadas de operadores subversivos y los gusanos informáticos que creaban.) La transferencia se realizaba en secreto porque, detenido en Port Bowen a espera de juicio, se había convertido en un símbolo demasiado peligroso. Los habitantes de genes terrestres con ánimos rebeldes podrían amotinarse, o los selenitas podrían organizar un motín para liberarle, o... Violencia, pérdida de control, mientras fuera aguardaba el vacío o la radiación. Arquímedes era un punto fuerte; se podía controlar quién entraba y quién salía. Al mismo tiempo, las telecomunicaciones de todo tipo garantizaban los derechos del asesino. Debía habérsele enviado a Arquímedes para empezar. Pero ¿quién podía pensar en todo?

La pantalla mostró una grabación del lugar. Apareció un volador jet. Bajó una media docena de hombres con trajes espaciales y por banda cercana exigieron la entrada al vagón de policía. Llevaban armas que podían abrirlo de un disparo. La rendición era la única opción. Los hombres entraron, ayudaron a Darenn a entrar en una cápsula de rescate y lo llevaron a su volador. Huyeron volando antes de que cualquier vehículo policial llegase a la escena.

Wahl se golpeó la rodilla con el puño. Eso significaba que el cuerpo, los guardianes terrestres del orden, tenía una filtración.

Se volvió a concentrar en el informe.

Satélites de seguimiento habían grabado el incidente desde el espacio, pero no estaban preparados para interpretar lo que veían. Una búsqueda de datos mostró que el volador había salido del espaciopuerto de Tychopolis. (No tenía sentido preguntar más. Dado el volumen actual de tráfico, Control se conformaba con evitar las colisiones y había dejado de exigir planes de vuelo para los saltos superficie-asuperficie). Después de salir con Darenn y sus liberadores, el volador saltó a la cara oculta, a Gagarin Base. Desde allí, el transporte terrestre podía llevar a la banda a cualquier sitio, de forma anónima. Abandonaron la nave. Por tanto, alguien estaba dispuesto a sufragarla, lo que no era un coste a despreciar, para realizar la operación.

Los detectives descubrieron que el registro era falso y que habían borrado la base de datos de a bordo. Intentarían buscar huellas digitales, pelo o células cutáneas, pero no tenían muchas esperanzas. A estas alturas, Darenn debía de estar oculto, quizá haciéndose una cara nueva, nuevas huellas y cambiando cualquier otra marca excepto el ADN... o quizá se limitaría a esperar a la próxima vez que Brandir necesitase un asesino.

¿Brandir? Podría estar siendo injusto. Cualquiera de los magnates podría estar detrás de aquello. O podría ser una conspiración completamente diferente. Pero Wahl lo dudaba. Tenía todas las características: un selenarca ordenaba que se hiciese justicia, luego era leal al ejecutor como un selenarca era leal a todos sus vasallos.

La gente de la Tierra normalmente consideraba que los selenitas eran como gatos. Wahl pensaba en lobos.

Antes de proseguir, sería mejor examinar todo el caso. No había parecido importante. Enrevesado, desagradable, potencialmente peligroso después de que se desatasen las emociones, pero no digno de su atención. Las cosas habían cambiado. Pidió el trasfondo.

El cuartel general de policía había organizado bien el archivo. Obtuvo una narración incisiva y clara.

Rafael Adair había nacido en la Tierra, pero llevaba residiendo en la Luna veinte años. Se asoció con una mujer selenita llamada Yrazul. Probablemente fuesen amantes, una situación inusual pero no desconocida, aunque rara vez estable. Tenían la intención de realizar prospecciones en los límites de Mare Australe, una zona desolada donde tenían razones para sospechar que podrían encontrarse grandes concentraciones minerales; y eso era definitivamente raro en la Luna. Según los conocidos que a posteriori estuvieron dispuestos a

hablar, la relación pasaba de tempestuosa a resentida. Quizá la esperanza era que una empresa común les ayudase a reconciliarse, quizá simplemente esperaban enriquecerse.

Adair se encontraba por casualidad en el campamento, buscando muestras por medio de análisis, mientras que Yrazul había hecho una salida. El vehículo era un evasor lunar, rápido y ágil, pero sin protección. Se había predicho una llamarada solar. Ella planeaba volver a cubierto antes de que llegase la tormenta de protones. A los selenitas les encantaba arriesgarse.

Un meteoroide golpeó el vehículo, y lo atravesó destrozando el motor y el sistema de comunicación. El autosellado debía haber actuado con rapidez, aislando la sección de control donde se encontraba y permitiendo conservar el aire el tiempo suficiente para que se pusiese el traje espacial. Después, estaba varada. Ya no tenía contacto con los robots que había estado dirigiendo, aunque no es que hubiesen podido hacer mucho. Un satélite registró el accidente y lo transmitió a Monitor Central; pero la transmisión era continua, el programa no estaba preparado para señalar un acontecimiento tan improbable, y además, la inminente llamarada tenía al Servicio de Emergencia completamente ocupado.

Cuando ella no regresó, Adair debería haber usado el furgón bien protegido para ir en su busca. En lugar de eso, esperó durante horas (¿rabia, cobardía, avaricia?). Al fin salió. Más tarde afirmó que había supuesto que ella se había metido en una cueva o bajo un saliente. En caso contrario, ¿por qué no había recibido una petición de ayuda? Tormenta o no, un satélite hubiese reenviado la transmisión.

Una historia razonable, aunque algo increíble. Los problemas empezaron con los rastros. El inspector Hopkins los examinó demasiado bien.

Por cómo él reconstruyó la historia, Adair llegó a la vista del vehículo. Ella lo abandonó y corrió a su encuentro para subirse con él. Pero él dio la vuelta y se alejó.

Entonces Yrazul supo que iba a morir. Ya había recibido una dosis de radiación que la mantendría hospitalizada durante meses mientras los nanos reconstruían sus células. Pronto superaría el límite de no re torno. Sobre el polvo lunar, escribió con un dedo lo que había sucedido. Después forzó la escafandra y respiró vacío. Era una muerte más misericordiosa.

Adair volvió después de la llamarada y borró el mensaje. Al fin llamó para decir que, al preocuparse, había seguido su rastro y la había encontrado, demasiado tarde. Él dio por supuesto que ella había decidido perecer bajo las estrellas.

Wahl se irguió. Fue el astrónomo Temerir, el frío hermano de Brandir, Fia y Verdea, el que había desvelado el caso. Yrazul era nieta de su hermana Jinann. Esos Beynac, siempre se mantenían juntos... Temerir recorrió el terreno y después llamó a Stanley Hopkins.

¿Hubiese abandonado realmente Yrazul el vehículo, donde tenía una ligera protección, si no viese la ayuda cerca? ¿Por qué estaba revuelto el polvo a su alrededor? ¿Por qué se acercó el vehículo de Adair, retrocedió y volvió? Las huellas lo demostraban. Si no se las alteraba, podrían durar un millón de años.

Hopkins ordenó que se comprobase la cubierta del furgón en busca de radiación residual. Descubrió que no podía haber estado bajo la llamarada todo el tiempo que Adair afirmaba.

Enfrentado a las pruebas, el hombre se derrumbó. Afirmó que había tenido miedo. Bien, nadie salía por su propia voluntad bajo semejante tempestad, con protección o no. Preguntas más amplias descubrieron que tenía otras motivaciones. Definitivamente era culpable de abandono, lo que en la Luna era un crimen de primer grado. La ley exigía que se le encerrase y fuese rehabilitado.

La vieja ley lunar, en vigor durante los años de la Jihad, el caos y el Comité de Coordinación, exigía la muerte.

Librodot

Una vez establecida, la Autoridad Lunar la había derogado, junto con otras prácticas. Parecía en general una mejora pro forma. ¿En cuántas ocasiones se producía el abandono? Apenas nunca.

Yrazul pertenecía a una familia selenárquica.

Quizá ella hubiese podido ser cualquier selenita, o cualquiera en general. Wahl no lo sabía.

Lo que sí sabía era que Adair, libre bajo fianza, había sido acuchillado hasta morir. (No se disparaban armas de fuego dentro de un asentamiento. La vieja ley también convertía ese acto en una ofensa capital.) Había sido un asesinato rápido y limpio; Darenn hubiese podido tener tiempo para dejar su nota explicando las razones y huir. Por desgracia, un enorme astronauta holandés vio todo lo sucedido y con un placaje capturó al selenita.

Por desgracia, ciertamente. Se estaba convirtiendo en una cause célebre que amenazaba con desencadenar una crisis política. Estaba a punto de hacerlo.

Wahl desconectó la grabación, se levantó y dio vueltas por la habitación. Realmente allí no se podía andar, dabas saltos, en el aire, tan ligero como un diente de dragón... ¿tú y tus preocupaciones no importabais más? Pero debía rondar su jaula, y no iba a quejarse.

¿Qué hacer?

Gracias a Dios, el secuestro no había aparecido en las noticias. Podía evitar que así fuese durante unas horas más; había buena gente en su personal. Mientras tanto, debía prepararse para la reacción pública.

Una búsqueda de la banda y su jefe (¿jefes?) no tendría sentido y no haría más que enfurecer a los sediciosos. Pero el gobierno no podía pasar por alto aquel ultraje como si fuese una bagatela. Una muestra tal de debilidad consternaría a los ciudadanos que cumplían la ley, sobre cuyo apoyo dependía la Autoridad, como cualquier otro gobierno. Incitaría a otras violaciones, más flagrantes que nunca. Los extremistas aprovecharían la situación; podría reventar *el cuerpo le*gislativo, asestándole a todo *el* sistema una herida posiblemente fatal, a pesar de todo lo que el gobernador y los moderados pudiesen ofrecerles.

Era evidente que ningún miembro, con sentido común, de cada facción deseaba tal cosa: un tumulto o una ola de crímenes. Debían hacer causa común, emitir una llamada conjunta al orden y a la razón, mantener a su seguidores bajo control. ¿Quiénes tenían sentido común? Necesitaba un individuo que pudiese decírselo y que pudiese reunirlos, con rapidez, antes de que todo se desintegrase.

Dagny Beynac.

¿Tenía la fuerza, la pura resistencia física para las horas por venir? ¿Cuántos años tenía? ¿Ciento cinco, ciento diez? Algo así.

Por otra parte, la última vez que la había visto parecía muy robusta. Y era la cabeza del Consejo para la Comunidad Lunar, del que había sido su principal inspiradora (Lunar, se aseguró Wahl, no selenita). Aun sin el reconocimiento de la Autoridad, la Federación, ninguna nación individual o los selenarcas, se había convertido de varias formas en la organización más influyente de la Luna; y eso se debía en gran parte a ella.

¡Rápido! Llama a Beynac.

Calma. Tómate un minuto para pensar. ¿Era realmente la mejor forma de controlar el daño? Debería reconsiderar su relación con ella, y todo lo que sabía sobre ella. Empezando por esa conversación que habían mantenido, ellos dos solos, poco después de ocupar el cargo. Él le había preguntado si ella ponía alguna objeción a que se grabase, y ella había sonreído y contestado:

-No, siempre que la mantenga limpia.

Habiendo cancelado sus citas, volvió a ver la parte que para él representaba mejor el todo.

Dagny seguía manteniéndose erguida, pero los grandes huesos destacaban en su delgadez... no de forma desagradable, pensó no, era hermosa, como una fuerte escultura abstracta. Sobre la pálida piel, los ojos aparecían grandes y de un azul luminoso, como si tuviesen una estrella detrás. En lugar de un unitraje o túnica y pantalones, vestía un caftán de iridón gris. Las únicas joyas que llevaba eran un broche de Saturno en la garganta y un gastado anillo de oro.

-Comprenda, please -le decía, y la voz todavía resonaba-, no afirmo poseer ninguna posición legal. El Consejo es un foro. Cuando sus miembros alcanzan algún acuerdo básico sobre un tema, aconseja e insta, pro *bono publico.* -Rió-. No sucede muy a menudo.

-Mm, supongo que no -admitió Wahl. Por cortesía, aunque había oído que hablaba bien el español, él usaba también el inglés, a pesar de que el suyo carecía de color-. Dos tipos genéticos, más diferentes que cualquier raza de la Tierra.

-Todos vivimos en la Luna-replicó Beynac bruscamente-. Es nuestro país.

Estaba sentada en aquella sala de conferencias como la representante de esa asociación, su representante ante él. ¿En qué medida hablaba por su mundo? Sería mejor explorarlo con cuidado. Pero no con timidez. Todo lo contrario.

-¿Una nación lunar? Me temo, madame, que es imposible. Al menos... mientras yo viva. ¿Puedo hablar con franqueza? -Esperaba que así lo hiciese-dijo Beynac.

-Por mis estudios e investigaciones, y por lo que yo mismo he observado de cerca, sospecho que los selenitas y los terrícolas nunca podrán formar una sociedad duradera.

-He visto aleaciones metálicas más improbables. -Beynac se encogió de hombros-. Y si al final son sólo los selenitas los que hereden Selene, ¿qué tendría de malo? Son de nuestra sangre.

Ciclodía tras ciclodía, mientras trataba con ellos, Wahl había empezado a ponerlo en duda. Por linaje sí; pero ¿qué significaba eso? ¿En qué se parecen un mastín y un tejonero? Una mala comparación, pensó. Terrícolas y selenitas no pertenecían a la misma especie, quizá ni siquiera al mismo género. Nunca podrían mezclarse, ni siquiera para producir un niño mula.

-Bien -dijo para dar largas-, es concebible que algún día, en el futuro lejano...

-El futuro tiene la costumbre de llegar antes de lo esperado erijo Beynac-. Pero vayamos a los negocios y dejemos la filosofía para los postres. Claro está, hoy no estamos discutiendo sobre revolución o tonterías similares, ni usted ni yo, ni ellos y yo. Para lo que he venido, gobernador, es para tratar de evitar que se alienten tonterías.

Wahl inclinó la cabeza.

-Aprecio su guía, madame -le dijo, con bastante sinceridad-. Ha tenido mucha experiencia.

Beynac sonrió. -Colecciono gobernadores.

-Soy el tercero, ¿no? -Las chanzas murieron-. Ha dicho que desea hablar sinceramente conmigo.

-Y usted conmigo, ¿no? Así podremos medirnos mutuamente. -Comprendo. -Wahl se agarró la barbilla, miró más allá de la humana que tenía frente a él, hacia la imagen de su jardín en el hogar donde las rosas cabeceaban bajo la brisa, y puso en orden sus palabras-. Dígame, si le apetece, ¿cómo juzga... como juzgó a mis predecesores?

La respuesta fue rápida y directa.

-Zhao era muy sabio. Siempre le respeté. Siempre le respetamos, independientemente de que nos gustase o no alguna acción suya. Gambetta era un político. Con buenas intenciones, pero todas sus acciones no eran más que otro paso hacia la presidencia de la Federación Mundial.

-¿Le gustaría que lo consiguiese?

-En Selene no nos importaría-dijo Beynac con sequedad. -Suponía que no. Le dio todo lo que usted pidió.

-Corríjase, please. La mitad de lo que los diversos grupos entre nosotros querían.

A trocitos, renuente. Forzada por la complicidad, engañada por la semántica, y quizá con algún grado de intimidación psicológica... lo que fuese para evitar problemas. No es que Wahl creyese que Beynac estaba detrás de las presiones. Provenían de los barones, los empresarios, los siempre descontentos, sin organizar pero con voz, que formaban la atmósfera en la que se fraguaban las rebeliones.

Los informes de inteligencia que Wahl había recibido declaraban que aquella mujer buscaba siempre la mediación, el compromiso. Después de todo, aunque la mayor parte de sus descendientes fuesen selenitas, había dejado de ser un secreto que tenía un hijo terrestre del que surgía toda una familia.

El problema era que no todos esos compromisos habían resultado ser viables, ni todos ellos habían sido legales.

Wahl escogió sus palabras.

-Sin embargo, madame, mi impresión es que siente poco respeto por Gambetta.

-Podría ser así, y ya no importa nada -dijo Beynac-. Ahora usted está al cargo.

-Exacto. -Apelar a sus buenas intenciones-. Y, madame, yo también tengo buenas intenciones. Y en cuanto a mi sabiduría, espero aprender de la suya.

Los ojos azules lo miraron directamente. -Pero...

Él asintió.

-Pero la situación se está volviendo imposible. Mi deber es corregirla.

-Tengo la impresión-dijo ella con calma-que lo que sucede es la aparición de una nueva sociedad que ustedes suponen que no debe ser.

-Quizá. En ese caso... hablo sinceramente, madame, porque la respeto demasiado como para, mm, andar sigilosamente...

Beynac le sonrió. De pronto él comprendió en parte por qué tantos hombres le prestaban atención.

-Thank you -murmuró-. Creo que acabará usted gustándome.

Él se aclaró la garganta y se puso en marcha.

-Si es una sociedad, es una sociedad que viola la ley flagrantemente, hostil, rebelde...

Le interrumpió levantando una mano.

-Por favor, sir, repasémoslo punto a punto. ¿A qué son hostiles y rebeldes los selenitas y bastantes ciudadanos terrestres? Eso sí, no digo que siempre tengan razón. Para empezar, admito lo evidente, que no son un único bloque sólido, especialmente los selenitas. Pero su curva de resentimiento es, digamos, gausiana. Tiene un máximo. -Oficialmente, o lo que pasa por oficial en el Consejo, estoy aquí para discutir con usted, de forma preliminar e informal, una petición que estamos redactando para presentarla a la Federación Mundial y a la opinión mundial. Comprenda que no queremos que sea una sorpresa para usted, como si usted y lo que

representa no sirviesen para nada. -Seguro que ella había sido la principal defensora de esa actitud, pensó Wahl-. Quizá pueda convencernos de que determinadas demandas no son posibles. Bien, no, no podrá, en algunas, no más de lo que podría usted conceder otras. Pero quizá entre nosotros podamos redactar un documento que explique la posición de los ciudadanos de la Luna de forma razonable. Quizá entonces pueda comenzar un toma y daca real y honrado.

Wahl lo dudaba. Las diferencias importantes eran irreconciliables. El bien mayor requería que algunas prácticas, algunas creencias, se suprimiesen, como los conquistadores habían eliminado los sacrificios humanos de los aztecas.

Una metáfora demasiado exagerada. Por todos los medios, había que dar a los selenitas -no a los selenarcas, a los selenitas- todos los derechos legítimos que se les negasen. El problema estribaba en des cubrir cuáles eran exactamente y cómo hacer que el pueblo comprendiese que el resto era ilegítimo.

-Por favor, prosiga, señora. Beynac suspiró.

-Ya lo ha oído antes, una y otra vez. Aguante conmigo. Les prometí que se los enumeraría. -El tono de disculpa dio paso al tono de confianza-. Además, no puede hacerle daño oírlos de alguien al otro lado de la valla. Eso podría hacer que parezcan más reales, más cercanos. Sintió que se ponía rígido ante la condescendencia implícita.

No. Se equivocaba. Ella simplemente era consciente de sus capacidades.

-Le escucho-dijo él.

-Interrúmpame -le animó-. Sin duda habré oído cualquier argumento que pueda ofrecerme, pero estoy interesada en saber cómo usted, Jaime Wahl y Medina, realiza su trabajo.

»No diré mucho sobre el mayor problema de todos, porque se ha discutido hasta la saciedad. Simplemente le advertiré de que hemos decidido que es el más importante. El derecho a la propiedad real. «Herencia común» es un anacronismo. Tiene que desaparecer, en la Luna y por todo el Sistema Solar.

-En la Tierra no tendrá ningún apoyo sustancial a esa idea-dijo Wahl-. Allí la gente no lo considera un anacronismo, sino el cimiento de un futuro de esperanza.

-Sí, lo sé. Si los individuos pueden poseer trozos de cuerpos celestes, eso implica que la jurisdicción se subdivide entre los países de los que son ciudadanos, y el nacionalismo recupera su fuerza. Mire, se pueden ajustar los detalles. La ley de la Federación podríá ser la única ley fuera de la Tierra, siempre que reconozca y garantice el derecho a la propiedad privada. Además, no estamos convencidos de que el ciudadano terrestre se interese ya por la herencia común. Es un hecho que a muchos de ellos les gustaría que se aboliese; y no todos ellos trabajan para Fireball. ¿Cuándo tendrán los políticos las agallas para admitir que se ha convertido en un dogma anticuado?

Wahl ajustó su expresión tan bien como sus palabras, con cuidado. -Con sinceridad, señora Beynac, la conducta de muchos selenitas no ayuda a conseguir ese fin. Habla de la ley de la Federación para los planetas, satélites y asteroides. Ya se aplica, y se burla sistemáticamente. Lo hacen todos, desde el gran barón o operador de mina que ocupa una zona arrendada como si fuese suya hasta la persona normal que no sólo evade sus impuestos sino que coopera en una red organizada de evasores y falsificadores de datos. ¿Qué confianza podría dar eso a los políticos que usted parece considerar tan venales?

Ella asintió.

-Muy bien expresado, señor. Pero los impuestos son otra de nuestras quejas. Son excesivos.

-Se ven compensados por la creciente prosperidad de la Luna, que está relacionada con el bienestar de la Tierra.

-Sí, sí. Escuche, please, yo me siento personalmente preocupada por los pobres, y deseo ayudarles y ayudar en el resto de los problemas de la Tierra. Después de todo, soy norteamericana de nacimiento y ecuatoriana por ciudadanía. Pero los residentes lunares de la Tierra rara vez ponen el pie en ella y los selenitas, que no lo hacen nunca, no lo ven de la misma forma y no es razonable esperar que lo hagan. ¿Dónde está el *quid pro quo* para ellos?

Además de eso, odian el impuesto sobre la renta, y lo odiarían por pequeño que fuese, porque es una invasión de la intimidad. Aquí valoramos mucho la intimidad personal, gobernador. Era es casa y preciosa en los primeros días. En ocasiones todavía tenemos que renunciar a ella, a veces durante largos períodos de tiempo como en un viaje de campo o un viaje espacial. El deseo es además feroz en los selenitas, supongo que porque la cultura lunar refuerza una predisposición que ya se encuentra en sus genes. Lo que la gente hace aquí con el impuesto sobre la renta no lo considera engañar, sino resistirse.

Wahl frunció el ceño.

-Sería difícil aprobar leyes que les dispensase de pagarlo. Incluso si la Federación lo aprobase, los países de los que son ciudadanos no lo harían. El impuesto sobre la renta es esencial para el estado moderno. Beynac produjo una sonrisa torcida.

-Algunos dirían que ésa es la mejor razón para abolirlo.

-Por favor, seamos realistas. -Wahl hizo una pausa-. Me atrevería a decir que el fetiche de la intimidad es también la causa del amplio obstruccionismo al censo y otras actividades gubernamentales destinadas a recabar datos. -Ella asintió-. Pero sin embargo he oído que los magnates lunares tienen métodos propios muy eficaces.

-A ojos lunares, es diferente. No me eche la culpa a mí, sólo se lo estoy contando. Pero piense. Usted es católico, ¿no? Bien, entonces le cuenta a su sacerdote cosas por las que daría a alguien un puñetazo en la nariz si se atreviese a preguntar.

Él la miró durante un rato antes de decir en voz baja:

-A lo que se refiere es que el conflicto, en el fondo, no es político o económico sino cultural. Aquí no se prepara nada como la primera revolución norteamericana. No es, tampoco, levantarse en armas contra la ocupación y explotación por parte de un pueblo extranjero.

-Es usted un hombre inteligente -le contestó ella con seriedad. El tono de Wahl se volvió sombrío.

-La analogía que veo es con la primera Guerra Civil norteamericana. Mi deber es hacer todo lo posible por evitarla. Si eso exige abortar una cultura lunar separada, que así sea. ¿Comprende ahora por qué ordené que se cumpliese estrictamente la Ley de Mínimos Educativos?

-Sabía que ése era su motivo. -Sonaba medio arrepentida-. Exigir que las escuelas privadas, al igual que las públicas, enseñasen, intentasen inculcar ideales como la democracia y la igualdad entre los seres humanos, ¿qué persona decente podría oponerse a ello? Yo no. Pero no va muy bien con los niños selenitas. En casa oyen algo diferente. Más aún, es como decirle a los gatos que deben comportarse como perros. Se dejó de hacer paulatinamente porque causaba demasiados problemas. No mucha violencia, absentismo escolar o siquiera insolencia. Algo más sutil. Un desdén. Yo misma lo apreciaba en los niños. Y ahora usted exige que el error se reavive.

Wahl suspiró.

-Los ciudadanos lunares exigieron autonomía año tras año. Usted, señora, ejecutó un papel importante. Y ahora la tienen. ¿Cómo van a mantenerla si las generaciones más jóvenes no aprenden los principios y procedimientos del autogobierno civilizado?

-Una autonomía muy limitada, dado que los gobernadores generales tienen el deber de mantenerla dentro de las leyes de la Federación y otras leyes nacionales, y que las apelaciones a las decisiones de los gobernadores normalmente se rechazan en los tribunales. -Beynac miró más allá de él... ¿hacia el pasado? Oyó algo de pesar en su voz-. Confieso que ha sido la mayor decepción de mi vida. -¿Incluso mayor que cuando sus hijos se convirtieron en... selenitas?-. La ley de la Federación es en gran parte humana y razonable. Las partes que no lo son, desde el punto de vista lunar, pensé que podríamos cambiarlas gradualmente por medios democráticos. En general, nuestros legisladores terrestres conservan la esperanza y lo siguen intentado. Pero los selenitas... no parecen tener lo que hace falta para ser políticos. Y aquellos que lo tienen, suelen ser de los peores: corruptos, pendencieros, egoístas y miopes. Nuestro cuerpo legislativo funciona muy mal, y he llegado a pensar que no se puede mejorar.

-Eso podría no ser del todo malo -se atrevió a decir él-, en vista de las medidas que ha intentado aprobar.

-¿Como restaurar la pena de muerte para el abandono criminal? Incluso Gambetta tuvo que vetarla. En ese punto estaba de acuerdo con ella. No así el resto de mi familia. No son monstruos, gobernador. Tienen un alto estándar de... honor, supongo que es la palabra más aproximada. Pero son hijos de un mundo que no es la Tierra.

-Un tipo de honor muy curioso -replicó-. Que obliga a los hombres a ordenar la flagelación o la muerte del delincuente, sin juicio, y luego protege a los agentes. Señora, no podemos permitir que eso continúe.

-Derecho a la justicia y derecho a ofrecer santuario. Así es como lo consideran. Yo creo que va demasiado lejos, lo que me duele. Pero a menos que quiera que se realice de forma clandestina, empeorando cada vez más, tendrá que negociar algún compromiso.

-¿Por qué? Me pide que conceda a los selenarcas lo que se han otorgado ilícitamente. Eso sólo podría animarles a pedir más. Algunos de ellos ya tratan directamente no sólo con compañías, sino con gobiernos, esos gobiernos que son, que quede entre los dos, algo menos que miembros ideales de la Federación Mundial. ¿Declararán al final la soberanía total? ¿Construirán sus propias armas nucleares? ¿Lucharán sus propias guerras? No, señora, no.

-No puedo concebir que deseen hacerlo. No están locos. Lo que desean, lo que desea todo ciudadano común y pacífico de la Luna, es libertad para ser lo que son y para convertirse en lo que elijan ser. Estoy segura de que tal cosa es posible dentro de la estructura de la civilización que usted y yo compartimos, y que además la enriquecerá en formas que no podemos ni imaginar. Pero eso sólo si no se les obliga, confina o retuerce hasta el punto de no ver otro camino más que la violencia.

-Sería mejor aconsejarles que no llevasen a la Autoridad y la Federación hasta ese punto.

-Sí. Tienen ustedes sus derechos legítimos. Los comprendo tan bien como comprendo los de ellos, yo que pertenezco a ambos mundos. Estamos hoy aquí para buscar vías de reconciliación.

-No lo conseguiremos en unas pocas horas.

-Ni en años, si lo conseguimos. Pero si usted está dispuesto a seguir hablando durante un tiempo, yo también.

-He dispuesto este ciclodía, señora. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

Ella rió en voz alta.

-¡Genial! Una cerveza fría me pondría en el cielo, así como un trago de akvavit para acompañarla le permitiría entrar a usted también.

La conversación fue realmente larga. No siempre transcurrió con seriedad, ni ella había pretendido que así fuese. Le hizo preguntas sobre él y su vida, recordó la suya, bromeó, contó chistes, le dio a conocer una balada obscena sobre un astronauta llamado MacCannon y le dejó, al final, totalmente encantado.

Desde entonces se habían encontrado en varias ocasiones, a solas o en presencia de otros, en asuntos de negocios y en ocasiones sociales. Él creía que las reuniones sociales eran igualmente importantes. Le permitían conocer a eminentes selenitas en persona, en un ambiente informal. Le daba la sanción de Dagny Beynac -casi su protección, pensaba a veces-, y de esa forma sus iniciativas y esfuerzos no se enfrentaban a una resistencia automática. En el caso de Rita, sobre todo, aliviaba un poco la soledad.

Quizá también reducía la escalada de la tensión y el incremento de incidentes desagradables. No los detenía. Supuestamente la Petición Lunar estaba siendo considerada en Hiroshima. Había pasado por varios comités. Ninguno había presentado todavía su informe. Wahl suponía que estaban atascados en varios puntos y que la habían dejado para estudiarla en mayor profundidad. No sentían ninguna necesidad de darse prisa. La Luna era un lugar lejano, con una población pequeña, y había problemas enormes y urgentes por todos los lugares del mundo natal. Mientras tanto, el punto muerto en que se hallaba Wahl parecía correr peligro de desmoronarse.

Cuando llamó a Dagny Beynac, su teléfono le informó que no estaría disponible hasta el mediodía. Supuso que descansaba, ya que era vieja y frágil. No le gustaba preguntarse que sucedería después de su muerte.

Mientras esperaba, ¿debería intentar hablar con Anson Guthrie? Fireball tenía mucho interés en mantener la paz. Además, aparentemente, la emulación no había perdido las simpatías humanas. Pero Wahl podría no localizarle con rapidez. Quizá no desease o no pudiese intervenir. En realidad, ¿qué podría hacer Anson Guthrie? Si tomaba la ruta directa quizá las cosas fuesen a peor. Sería mejor conocer primero la opinión de Beynac. Si ella daba su aprobación a la idea, ella misma podría ponerle en contacto con Guthrie y probablemente persuadir a Lázaro; eran íntimos.

Inquieto, Wahl abandonó la oficina y recorrió el pasillo. No importaban nada las múltiples obligaciones del día. Era demasiado pronto para volver a darse un baño helado, pero daría un largo paseo por la ciudad, quizá incluso buscase el traje espacial y saliese a caminar por la superficie. Eso le despejaría la cabeza.

Llegó hasta la habitación de Pilar. La puerta estaba abierta. Ella estaba sentada al teléfono. Su delgado cuerpo se estremecía. La sangre iba y venía de sus mejillas.

-Oh, Erann-suspiró.

El rostro en la pantalla era juvenil, con la exótica belleza selenita. Wahl lo reconoció. Se había encontrado con el muchacho una o dos veces, cuando los chicos habían celebrado fiestas en la mansión. Le había parecido buena idea animar la amistad entre las razas.

Erann. Nieto de Brandir.

El chico sonrió, tan seductor como Lucifer, y murmuró algo. Pilar se acercó más, con la manos extendidas, como si pudiese atraer la imagen.

Su padre se quedó donde estaba durante un minuto de furia. Ella no se dio cuenta. Estuvo a punto de entrar en la habitación. Pero ¿qué iba a decirle?, ¿qué iba a gritarle? Siguió caminando por el pasillo. Agitaba los puños a los lados. Luchaba por respirar.

Debía hablar con Rita. Inmediatamente. Había que detener aquel asunto antes de que el daño fuese irreparable. Con discreción si fuese posible. En caso contrario, por cualquier medio que fuese necesario. Quizá inventarse una razón para enviar a la muchacha, la niña inocente, a un colegio de la Tierra, donde estaría por completo rodeada de humanos.

Librodot

31

El cibercosmos despertó a Venator alrededor de la medianoche. -Atención, alerta-dijo el altavoz-. El archivo Proserpina está abierto.

Alerta de inmediato, saltó del camastro y pidió luz. Desnuda y estrecha, la habitación parecía irradiar frío.

-¿Quién ha sido? -dijo. Sintió pocas esperanzas. Él no era el único humano que conocía el secreto. Otro podría haber sentido la necesidad de examinar los datos.

La voz permaneció neutra. Hasta el momento, la mentalidad implicada era poco más que un autómata de alta capacidad.

-La estructura de ADN pertenece a... -seguido de la identificación de Venator.

¡No!

Casi con un impulso físico, apartó el rechazo. Posición-exigió.

-Prajnaloka, una comunidad en el centro sur de Norteamérica. -Se iluminó una pantalla, mostrando un mapa de la región. Había una flecha señalando el lugar. Era una indicación redundante. Conocía el sitio, aunque nunca había estado allí en persona.

El intruso o los intrusos no podían pertenecer a la comunidad, pensó. Los buscadores de Dios eran las últimas personas del mundo que se atreverían a desafiar al sistema. Además, ¿cómo podría haber conseguido uno de ellos la llave genética?

Entonces, debían de ser los agentes de Lilisaire. Diabólicamente inteligentes. O al menos muy hábiles. Nunca hubiesen podido acercarse al archivo a menos que la estrategia de búsqueda estuviese tan bien diseñada, con preguntas tan naturales y convincentes, como para llevarles a través de cada uno de los puntos en los que el programa hubiese detectado a un posible espía y bloqueado la línea de investigación. Sí, encajaba con la imagen que se había hecho. Kenmuir, con sus conocimientos del espacio; alguien más, para los conocimientos profundos y amplios de la red de información, junto con mucha experiencia pasada.

Habían llegado hasta el portal del secreto y...

-¿Se ha contactado a la estación más cercana de la Autoridad de Paz? -preguntó Venator. Se acercó al gancho y tomó un albornoz. Sentía el suelo frío y duro.

-Sí.

No tendría que haber perdido el tiempo preguntando. Debía haberlo dado por supuesto.

-Ponme con el capitán de la división de emergencia. Prioridad de choque.

Venator se puso el albornoz sobre el cuerpo desnudo. Tenía que impresionar a aquel hombre. Por dentro, necesitaba cubrirse, ocultarse de la furia y la vergüenza. Comprendía perfectamente de dónde había salido el ADN.

En la pantalla apareció un rostro.

James Fong, capitán de los servicios de emergencia, Autoridad de Paz, Integrado de Chicago-dijo la voz en anglo. Dos nombres; a la antigua, eso sugería fiabilidad.

-Pragmático Venator, cuerpo de inteligencia. -Aparte-: Verifica. -El sistema envió una señal indicando que era cierto-. Tenemos una crisis. Soy un sinnoionte. Verifica. Es así de seria, capitán. Fong tomó aliento por entre los dientes. -Sí, sir.

-Dos personas, creo que son dos, están entrando de forma ilícita en un archivo de alto secreto, desde Prajnaloka. Las consecuencias podrían ser desastrosas. Envíe un escuadrón a capturarles antes de que terminen el trabajo y escapen. Reténgalos en confinamiento solitario, pendiente de instrucciones. No los interrogue o permita que hablen con nadie, incluyéndole a usted y sus agentes. Con el personal del ashram, sea cortés pero discreto. Dígales que han sido engañados por enemigos de la cordura, haga que les describan las acciones de esas personas y pídales que guarden silencio sobre todo este asunto.

-Sí, sir. No podremos suprimirlo todo. La gente nos verá. Habrá rumores.

-Eso no debería importar si la operación es rápida y limpia. Infórmeme directamente a mi nombre. -El cibercosmos redirigiría la llamada-. Comience.

-Enseguida, sir. Yo mismo dirigiré la operación. ¡Servicio! -La pantalla se apagó.

Bien. Fong era de fiar. Eso le tranquilizaba. Incluso era prometedor. Venator sintió un hormigueo. Dentro de una hora la presa sería suya. Luego...

Se puso unas sandalias y salió, pasando por los pasillos de formas luminosas cambiantes y máquinas silenciosas. Su tarea requería mejor equipo que un teléfono y un terminal. Quizá tendría que consultar con todo el cibercosmos.

Ciertamente tendría que hacerlo pronto. El asunto era muy grave. Fong y sus agentes lo comprenderían. El arresto y el aislamiento temporal estaban apenas permitidos bajo el Pacto, invocando la Cláusula de Disposición de Emergencia. Pero se preguntarían por qué Venator quería que los prisioneros fuesen trasladados inmediatamente. Y por qué luego no habría noticias sobre los cargos contra ellos. ¿Se estarían violando sus derechos? Había que inventar algunas respuestas, más o menos satisfactorias.

Su corazón también las exigía, pensó Venator. Evidentemente, primero intentaría la persuasión, pero si los agentes de Lilisaire eran testarudos e insistían en un proceso público, ¿qué podría hacer?

No lo sabía. Suponía que lo que fuese necesario. Dependería de cómo se comportasen, de cuánto hubiesen descubierto, del siguiente movimiento de Lilisaire, si lo había, y... sin duda de más factores desconocidos de los que podía nombrar. Caos.

En el peor de los casos, suponía, el cibercosmos le ordenaría que les borrase los recuerdos recientes. Se mordió el labio. Eso sería una violación casi tan grave como matarles, y podría tener terribles efectos secundarios. Y después de su liberación, ¿cómo iban a explicar su amnesia?

¿Podría el cibercosmos ordenar el asesinato? Quizá. Si fuese necesario.

Necesario para preservar la cordura en el futuro cercano, y preservar el futuro en sí.

Llegó hasta la cámara principal de comunicaciones y se sentó frente a la consola. Formaba una curva alrededor de una silla giratoria, con una pantalla plana a la izquierda, una holopantalla a la derecha, y un videotanque al frente. Cuando Fong le llamase, el eidófono le pasaría la llamada. Venator rechazó la tentación de hablar con él mientras estuviese en vuelo. No tendría sentido. Sería una distracción. Los cazadores deberían aguardar antes de saltar.

Sin embargo... Con voz y dedos realizó una conexión con el archivo Proserpina. El programa todavía estaba ejecutándose. Bien, eso ayudaría a mantener a la pareja en su sitio, debería ser suficiente. Tendría que serlo. ¿Y por qué no? Los espías lo repasarían más de una vez, discutiéndolo emocionados, tomando notas para Lilisaire.

Entró una máquina portando una bandeja. Era un humanomorfo, ofreciendo la imagen de un ser humano cubierto de papel de aluminio,

excepto por la torreta, los dos brazos extras y los movimientos inhumanamente gráciles.

-¿Le apetece tomar algo?-preguntó musicalmente.

En la bandeja humeaba una tetera junto a un plato con pastelitos de proteínas.

-Muchísimas gracias -dijo Venator, porque no era un robot, sino un sofotecto usando el cuerpo-. Tengo una larga noche por delante. Tenemos.

-Sí. ¿Puedo ayudarle en algo más?

-En nada por el momento. Te lo haré saber. -Venator miró la reluciente cabeza sin rostro-. ¿En qué medida estás implicado? -Hablaba con el cibercosmos, por medio de aquel avatar.

-En una pequeña parte, pero una señal de espera ha ido a todo el sistema.

Venator asintió. Había dado instrucciones a la semimente que guardaba el archivo de que le notificase y alertase a la policía si se activaba. Eso era automático; pero era tan extraordinario que inevitable mente una inteligencia superior en la red se había dado cuenta y había enviado los mensajes apropiados.

La máquina partió. Venator bebió el té y masticó un pastel. Grueso, comida casera. Un símbolo. Lo que controlaba el mundo y comprendía el universo también tenía en cuenta las cosas normales.

Universo... Por un súbito impulso pidió el archivo de Alfa Centauri. En cierta forma, pensaba que podría reforzar su resolución.

Era prodigioso. Sólo podía repasarlo por encima, pidiendo al azar esta escena o aquélla, mientras aguardaba la comunicación de Fong. Muy, muy lejos. La última imagen transmitida desde la vecina más próxima de Sol tenía cuatro años. El puñado de colonos de Guthrie invirtió medio siglo en realizar el viaje, y prepararse para ese viaje había consumido todos los recursos de los que disponía. La Federación Mundial tomó el control de lo que quedó, y Fireball Enterprises se convirtió en un recuerdo. No habría más viajes como ése.

Venator seleccionó una imagen de los primeros tiempos, cuando la primera sonda sin tripular entró en el sistema. Ni siquiera eso había sido un logro menor. El sol doble ardía brillante sobre el negro del espacio. La imagen corrió con rapidez hasta que Alfa A se convirtió en un disco de luz y la sonda orbitaba el único planeta con vida en el sistema. Deméter no era la Tierra. O en todo caso era una Tierra primordial, o en lo que la Tierra hubiese podido convertirse de no haberla salvado el control de población, la tecnología molecular y la energía limpia. Era cierto que los mares de Deméter estaban llenos de organismos, los suficientes para crear y mantener una atmósfera que los humanos pudieran respirar; pero en las costas sólo unas pocas plantas y criaturas primitivas se aferraban a una precaria existencia. En el interior, únicamente había rocas, arena y polvo llevado por vientos erosionantes, un paisaje tan desértico como el de Marte. ¿Por qué? Muchos factores, el más importante la ausencia de una luna enorme que estabilizase el eje de rotación; y la Luna era hija de un accidente cósmico, una colisión monstruosa, que tuvo lugar casi al principio.

No era de extrañar que nunca se hubiesen encontrado señales de ninguna otra especie pensante. La vida era una rareza. La conciencia debía de ser infrecuente hasta el punto de la inexistencia. Quizá, en todo el universo, sólo hubiese evolucionado en la Tierra.

Se convertiría a sí misma en el sentido y destino del universo. Venator avanzó la escena por el tiempo hasta encontrar una imagen de Deméter tal y como era... hacía cuatro años y un tercio. Las nubes veteaban un océano zafiro y turquesa. Las nieves blanqueaban las regiones del norte y las cimas de las montañas. Al sur y más abajo, había continentes e islas de verdes y marrones suaves, tonos de bosque, praderas, pantanos, zonas de pastos para grandes rebaños y zonas de apareamiento para grandes bandadas.

La imagen se amplió, se enfocó, corrió sobre el mundo. Vio abedules, con las hojas relucientes al sol; caballos salvajes al galope; la ladera de una colina azul por los acianos; una villa de pequeñas casas; una ciudad que elevaba agujas sobre un puerto donde los barcos de placer se balanceaban en los amarraderos y un transporte descargaba; tráfico por las carreteras y en el cielo; una estela como una carretera celeste, deshaciéndose lentamente, por donde ascendía una nave espacial.

Todo eso lo habían construido los terrestres, con sus múltiples robots y máquinas moleculares, en menos de trescientos años terrestres, mientras en el espacio, sus aliados selenitas hacían que los asteroides floreciesen. Todo aquello, a pesar del hecho de que en un momento no muy lejano otro terrible cataclismo destruiría el planeta y nadie sabía cómo podría sobrevivir cualquiera de las criaturas que lo habitaba, o si alguna sobreviviría.

En lo más profundo de sí, Venator sintió un estremecimiento. Allí, el espíritu fáustico se había manifestado por completo y creado su hogar. No, pensó, era mucho más que eso. No era exclusivamente voluntad pura y sin control, energía demoníaca y risas descaradas («Hemos decidido que el lema y principio de nuestro gobierno será "*Absit prudentia nil re¡ publicae profitur"»,* había comunicado Anson Guthrie en una ocasión. « Thank you alabase de datos por embellecerlo con el latín. Significa: "Sin sentido común no tienes nada"». El insulto a toda idea de una sociedad planificada quedaba brutalmente claro). Las necesidades de la aventura habían hecho surgir algo completamente nuevo y extraño.

La imagen siguió moviéndose. Pasaron campos cultivados, casi a punto de la cosecha. Había pocos y se dedicaban principalmente a la producción química. La comida y la fibra básica se fabricaba, al igual que en la Tierra y la Luna. Aquellos que lo deseaban -en Deméter eran la mayoría- complementaban esa fabricación con jardines privados, huertos y lo que cazaban en la naturaleza. La imagen mostró otro bosque. Era esa naturaleza, la red global de la vida, lo que había convertido aquel mundo en adecuado para los humanos.

Pero la tecnología no podía en unos pocos siglos hacer lo que la evolución en gigaaños. Allí la ecología era inevitablemente simple, frágil, pobre en retroalimentación y reservas, siempre cerca de la catástrofe. La de la Tierra se había encontrado una y otra vez con extinciones masivas. Deméter empezó a morir apenas había sido sembrada; y no habría renacimiento. Todo un cibercosmos no podría afrontar la labor de devolverle la salud, hacerla madurar, mantenerla en equilibrio como un organismo se mantiene a sí mismo en equilibrio, siendo él mismo... a menos que el cibercosmos permease la vida, y tuviese la conciencia, el propósito -y el amor- de mentes humanas emuladas en él... Madre Deméter.

Venator había recorrido la sabana entre leones y búfalos del Cabo, escalado glaciares, navegado por rápidos, desarmado a más de un demente que se había vuelto violento. Pero aquel mundo extraño le hacía retroceder.

-Su llamada-dijo la consola, providencial.

La vista de otro mundo desapareció y apareció la imagen de cuerpo completo de Fong. Evidentemente, estaba haciendo uso de una unidad similar allí donde estuviese. Le saludó.

-Informando, sir. -Su rostro hablaba por él: fracaso. Venator saboreó el vómito. Tragó.

-¿Bien?

-Lo siento, sir. Las personas han desaparecido. Por lo que hemos podido descubrir, ellos, dos, hombre y mujer, salieron con rapidez hacia el volador en el que habían llegado y escaparon. Eso sucedió hace unos cuarenta y cinco minutos.

Proserpina, primero y siempre. -¿Qué hay del archivo que invadían?

-Creo que lo dejaron ejecutándose, terminó y se desconectó. Si sabían que estábamos de camino (y pudieron haber pedido que se les informase), eso sería lo más lógico, para que la red no supiese que se habían ido. Para ganar tiempo.

Venator asintió. Sentía el cuello rígido.

-Supongo que tiene usted razón. -Oh, inteligente, inteligente, Lilisaire escogía bien a sus instrumentos-. ¿Ha descubierto algo sobre ellos?

-Acabamos de empezar, sir. -En el campo de visión entró la imagen parcial de otro hombre-. Un momento, please.-Fong habló con el otro. Luego con el sinnoionte-: Control de Tráfico ha identificado el volador. Fue a Springfield y aparcó ilegalmente, justo en la terminal. ¿Debo llamar a la policía local?

-No. -¿Qué sentido tendría?-. Mire los horarios de tráfico. O se ocultan en la ciudad o han tomado un vuelo a otra parte. ¿A nombre de quién está registrado el volador?

-Mm... -Fong miró fuera de encuadre, a otra pantalla-. Alice Tam de Niihau, Hawai.

-Bien. Siga investigando. Descubra todo lo que pueda, pero no le dé demasiada importancia y no se quede más de lo estrictamente necesario. ¿Me comprende? Es vital mantener la reserva. Pero tráigame a quien pueda darme la mayor información sobre esas personas.

-Sí, sir. -Fong abandonó el encuadre. Venator se quedó mirando una pared con un mural de lotos.

Apartó su atención. Mientras esperaba, podía investigar a Alice Tam.

El archivo que el sistema reunió para él resultó ser sorprendentemente rico. No había buscado la luz pública, pero siendo tan activa había más cosas registradas de lo habitual. Nacimiento y crecimiento en aquella curiosa reliquia de sociedad, estudios en Rusia, viajes a otras regiones, incluyendo la Luna, trabajo en el continente con metamorfos y un par de organizaciones que intentaban mejorar la posición de los metamorfos... Sí, mucho tiempo pasado en la red, y muchos períodos durante los que no se había sabido nada de ella... Llegada al Integrado de la Bahía de San Francisco ocho días antes. Espacio en blanco hasta que su vehículo llegó a Santa Mónica. Espacio en blanco hasta que voló a un punto en el desierto Salton, breve estancia, y siguió a Overburg; pedir información sobre Overburg, más tarde, más tarde... Pasó allí dos días, luego voló durante horas hasta descender en Prajnaloka... Y finalmente, Springfield, donde el volador había sido abandonado.

Las imágenes mostraban a una mujer joven, hermosa, bien formada, vivaz, con pocas o ninguna muestra del acero que tenía bajo la piel.

¿Habría conocido a Lilisaire cuando visitó la Luna? Probablemente. Quizá pudiese verificarse.

Una agente entró en el campo de visión.

-Un aerobús dejó Springfield con destino St. Louis a las 13.15 -le informó-. Llegó allí hace diez minutos.

Demasiado tiempo. Si Kenmuir y Tam estaban a bordo, a estas alturas ya se habrían perdido en la ciudad o, en caso contrario, podrían estar en media docena de vehículos diferentes con tantos otros destinos. En su época, se hubiese podido ordenar a monitores en los puntos de transferencia más importantes que los buscasen. Pero Fireball había provocado la caída de los avantistas y el mundo moderno ya no era totalitario: nunca había precisado ni deseado capacidad intensiva de vigilancia.

En todo caso, había muchas formas de vigilar, en ocasiones para propósitos normales. Se podrían movilizar algunas, desde satélites con sistemas ópticos de alta resolución hasta unidades de evaluación de tráfico y... en caso extremo, todos los sofotectos de la Tierra. Pero eso llevaría su tiempo, porque no se les podía apartar así como así de sus obligaciones habituales; y la operación sería muy evidente, causando inconvenientes a los ciudadanos, lo

que haría que ellos o sus legisladores pidiesen explicaciones; y mientras tanto, ¿qué podrían hacer Kenmuir y Tam?

Con toda probabilidad, poco o nada. ¿Cómo podrían hacer algo? Ya los había subestimado antes, pensó Venator.

Fong escoltó a un anciano hasta la cámara y lo presentó como Sandhu. Éste luchó por controlar sus nervios y conservar la calma mientras relataba cómo Tam y Johan habían llegado con reservas realizadas correctamente de antemano, y dando toda muestra de ser sinceros en sus deseos. ¿Qué había pasado?

-No puedo decírselo hoy, señor-le calmó Venator-. La Autoridad de Paz sigue la pista de una conspiración criminal. Le pedimos silencio. No tema. En general, el asunto está controlado y sabemos que su gente es inocente de cualquier mal. -Se alegró de ver cómo el pobre tipo se relajaba un poco.

La llamada para realizar las reservas podía seguirse. Es más, Venator decidió que era de la mayor importancia. Eso le daría una pista sobre toda la organización de Lilisaire en la Tierra. Que Kenmuir y Tam fuesen fugitivos un poco más, a menos que un programa de observación limitado y de baja prioridad los localizase. Con el cibercosmos en alerta, cualquier cosa que intentasen hacer con la información que habían robado se cerraría sobre ellos como una trampa.

Pero habría que reforzar la seguridad alrededor de Zamok Vysoki. Que las fuerzas estuviesen dispuestas para bloquear el castillo, o incluso entrar en él y arrestar a todos. Luego ya habría formas de superar la indignación política. No podría causar tantos problemas como divulgar el secreto de Proserpina.

... Información. Ideas. Creencias. Mente. La vida ya evolucionaba desde la biosfera a la noosfera, y lo que sucedía en el cerebro tenía más importancia que los acontecimientos entre las estrellas.

Venator recordó: del éxodo rebelde de Guthrie, imprevisible, se alzó Madre Deméter. Pero al menos se encontraba a años luz de distancia, manteniendo sólo el contacto más tenue e indirecto con la Tierra, una abstracción para la mayor parte de los humanos del Sistema Solar, nada que despertase su imaginación como habían hecho los profetas y visionarios de antaño. Que siguiera así, con la esperanza de que pereciese con su planeta.

Mientras tanto, había que seguir vigilándola, pero sin que se diese cuenta. Los rayos láser iban y venían desde Sol a Alfa Centauri, llevando imágenes y palabra. Sólo palabra e imágenes. Para los humanos del Sistema Solar, la colonización, que en su momento había sido una épica en directo, era ya algo común, un acontecimiento remoto que no tenía relevancia para ellos. El cibercosmos animaba tal actitud, proclamando su propia falta de interés. Se declaraba dispuesto a comunicarse y ofrecer consejo si se le pedía; cosa que ya no sucedía tan a menudo, porque los centaurianos ya eran muy diferentes. Pero la exploración física del espacio no interesaba a la Teramente. Hacía mucho que se había escrito la gran ecuación que unificaba toda la física. Las posibles interacciones de la materia y la energía eran múltiples y contenían muchas sorpresas, pero siempre serían detalles, nada que no hubiese sido posible calcular por adelantado o, en todo caso, explicarse con otra permutación. La frontera infinita se encontraba en la mente y sus creaciones.

Venator sonrió. Evidentemente, el cibercosmos no era del todo sincero. La minisondas seguían los acontecimientos de Alfa Centauri lo mejor que podían, y enviaban informes que nadie escuchaba ni se hacían públicos. Naves espaciales sin identificación penetraban en la galaxia, aunque pasarían décadas o siglos antes de que se tuviesen noticias de ellas. El destino del cibercosmos era trascender el universo material, pero antes de que eso sucediese algunas de las permutaciones podrían ser importantes.

Madre Deméter ya lo era.

Librodot

Sin embargo, estaba lejos, y todo lo demás estaba aún más lejos. Proserpina orbitaba el Sol natal del cibercosmos.

Y la Luna contenía, y había contenido desde el nacimiento de los primeros selenitas, las semillas del caos. Venator se preguntó en cuántas ocasiones habían brotado, no abiertamente en la historia, sino en secreto. ¿Cuántas muertes habían sido asesinatos disimulados?

Ya bastaba de recordar el pasado. Fong había vuelto. Venator le dio instrucciones finales, cortó la transmisión y se dispuso a ejecutar la siguiente fase de la campaña.

32
La madre de la Luna

El teléfono despertó a Dagny a las 6.00. El programa reconoció que la cuestión debía de ser importante. Se sentó en la cama.

-Luz -dijo, y parpadeó ante la habitación súbitamente iluminada.

Durante un momento, aquel lugar tan familiar le resultó extraño. La fotografía de'Mond, la de los niños cuando eran pequeños, los retratos recientes de ellos con sus compañeros y muchos de sus descendientes incluido un bebé en brazos -una postura muy poco selenita adoptada sólo para agradarla a ella-, que era su más reciente tataranieto, las llamativas cortinas púrpuras y doradas que había elegido hacía poco para alegrar en algo la estancia... Era como si hubiese estado fuera mucho tiempo.

Se volvió hacia la pantalla de la cama, finalmente despierta. -Recibir -pidió.

Apareció el rostro de Rita Urribe de Wahl. También debían de haberla despertado, porque llevaba el pelo revuelto y se había echado un albornoz sobre el camisón. Sobre las mejillas relucían lágrimas que le corrían hasta la comisura de la boca.

-Señora, se ... ñora *Beynac-dijo* tartamudeando-, él *está muerto.* Sintió la noticia como una puñalada. Dagny hizo uso de su español, aunque el inglés de la otra mujer era mejor.

-¿Jaime? ¡Oh, dios mío! ¿Qué ha sucedido? -¿Era realmente una puñalada?

-En la piscina... lo ha encontrado... Nadie sabe cómo. Los médicos están con él. -Rita tragó, cuadró los hombros y dio un tono neutro a su voz-. La he llamado a usted primero, después de llamarlos a ellos, por lo que puede implicar para todos. Usted sabrá mejor a quién consultar, qué hacer. Creo que él lo hubiese querido así. -Su resolución se desmoronó-. Y usted siempre fue buena con nosotros.

Una humildad que rompía el corazón, pensó Dagny. Y no era merecida. Había cultivado la amistad del gobernador general durante los últimos cinco años como había hecho con sus predecesores, porque en caso contrario ¿cómo podría poner su grano de arena para evitar el fuego de la confrontación...? Pero sí, había acabado apreciando y respetando a Jaime Wahl y Medina, y se había ganado la simpatía y el respeto de su esposa, como quedaba claro en esos momentos.

-Iré ahora mismo. -No, no será necesario.

-Claro que lo es -dijo Dagny en inglés-. Contrólese, dear. Lo siento tanto. Pero tenemos trabajo por delante, trabajo difícil, y dudo de que lo podamos hacer a través de las líneas de comunicaciones. Déme un par de horas. Mientras tanto, ¿puede ocultarlo? Pídaselo a los médicos. Notifíqueselo a Haugen pero pídale que no lo divulgue por el momento. Recoja toda la información que pueda, pero no revele nada. ¿Vale?

Una vez más Rita reunió sus fuerzas.

-Sí. Espero ser capaz... de convencer al señor Haugen y a los otros, y de mantener al personal controlado y... Quizá durante tres horas.

-Valiente chica. -Dagny sonrió ante la adversidad-. Voy de camino. Más tarde lloraremos a Jaime. Ahora mismo tenemos cosas que hacer por él. See you.

Desconectó y llamó al alcalde de Tychopolis. El programa de teléfono del hombre la reconoció y le dio paso inmediato hasta su dormitorio.

Librodot

-Hola. ¿Todavía no estás levantado? Bien, muévete. Escucha, necesito transporte inmediato a Tsultimachi. Inmediato. Un suborbital si me lo puedes conseguir. Sí, estos viejos huesos todavía pueden soportar la aceleración. En caso contrario, el jet más rápido que tenga disponible la policía local, y no hablo de un Meteoro o un Estrella. No aceptaré nada menos que un Sleipnir...

»...No importa el porqué. Muchas vidas podrían estar en juego. Por ahora eso basta, y por favor, lo mantendrás en secreto. Usa el cargo, abusa de mi nombre si es necesario, pero consígueme la nave...

»Me reuniré contigo en el puerto, en la oficina de Control de Tráfico, en caso de que tengamos que pelearnos con ellos, exactamente dentro de una hora. Estaría bien si la nave tuviese a bordo un desayuno para mí, pero en todo caso debe estar dispuesta para volar. ¿Vale? Hasta luego.

Cortó y salió de la cama. Inalante lo conseguiría. Era poderoso, capaz y era hijo de Kaino.

En el baño, echándose agua fría a la cara, empezó a sentir los dolores y tirones del cansancio. Durante los últimos ciclodías el sueño había sido escaso. Había esperado tener paz hasta las 9.00 o 10.00 de ese turno de mañana, porque después el infierno al completo podría salir al recreo (y ya lo había hecho, pero de una forma inesperada). A su edad, no te recuperabas con sólo una siestecita. ¿Había sido alguna vez tan joven? Parecía imposible.

El espejo le mostró ojos que parecían sobrenaturalmente grandes y brillantes entre la palidez cadavérica que les rodeaba. Anson Guthrie le había comentado hacía poco que cada vez que la veía le parecía más etérea. Pero no podía permitirse serlo, todavía no, quizá en ningún momento mientras no fuese cenizas. Después de sopesar lo que el médico le había dicho, lo que le sugería su experiencia y la naturaleza de la situación, se tomó un diergético medio. Eso, junto con café, comida y fuerza de voluntad, debería bastarle para superar las próximas horas sin tener que pagar después un gran precio.

Ya con algo de energía, aunque con un poco de frío, se puso presentable con un mono y botas de media caña. Una capa con capucha debería evitar que la viesen; habría poca gente fuera tan temprano.

Grabó un mensaje anodino para la gente que llamase, agarró la bolsa con sus cosas que guardaba para casos de emergencia y salió. Hudson Way estaba tranquila. El techo simulaba el cielo azul, las pocas nubes todavía rosadas por la salida del sol, reforzando la luz que hacía relucir el rocío que cubría el duramusgo en el turno de amanecer. El aire soplaba y olía como una brisa de verdad. El ambiente era ligeramente demasiado bonito para su gusto, pero la mayoría de los residentes en aquel vecindario eran terranos y habían votado tenerlo así. Había otros lugares donde podía ir para pretender, con todo detalle, caminar al lado de un mar gris y sus olas.

En la esquina de Graham subió al fahrweg y fue hasta el espaciopuerto, cambiando de línea en dos ocasiones. Había muy pocos pasajeros y no le prestaron atención. Tenía libertad para pensar.

Pobre Rita. Pobres niños, aunque Leandro se encontraba en la universidad y no se hablaba demasiado con su padre, mientras que Pilar llevaba dos o tres años en una escuela de la Tierra. Sobre todo, pobre Jaime. Vivía con tal gusto que su trabajo ni le agotaba ni le enfurecía. En la mayoría de las ocasiones había sido su oponente, pero justo, haciendo lo que creía correcto, correcto no sólo para la Tierra sino también para la Luna.

Y estaba muerto. Qué conveniente para algunos. Qué potencialmente desastroso para el resto.

¿Asesinato? Era difícil imaginarlo, allí en su casa. Por otro lado, nadie lo había intentado cuando aparecía en público, aunque no llevaba guardaespaldas. Además, era un hombre formidable, un hombre vigoroso con músculos terrestres, experiencia en combate y cinturón negro de kárate. Eso hacía que su muerte en la piscina fuese aún más incomprensible. Especialmente en un momento tan oportuno.

No debería haber sido así, pensó Dagny... no para nadie, ni para los fríos y calculadores magnates selenitas ni para los más radicales manifestantes terranos con sus borracheras y eslóganes. Hasta hace muy poco no hubiese sido así. Dado el clima político actual en la Tierra-donde los líderes y el público eran cada día más conscientes de lo mucho que los asuntos de la Luna contradecían y desafiaban su orden mundial-, cualquier gobernador iba a acabar considerando la rectificación como la meta de la política. La presión paciente de Zhao y las concesiones de Gambetta habían fallado. Una y otra vez, una crisis se corregía mientras la sociedad seguía su marcha. La misión de Wahl era devolver aquel mundo a la ley de la Federación y asegurarse de que allí se quedase. Sin compromisos.

Pero, por necesidad, el gobernador tenía mucha libertad de actuación y debía cooperar con el cuerpo legislativo, a menos que las cosas llegasen al punto de la insurrección directa y las tropas fuesen la única opción. Muy pocos líderes hubiesen sido más cuidadosos y, sí, considerados que Wahl: paso a paso, siempre dispuesto a recompensar, renuente al castigo, preocupado por la dignidad del adversario, dispuesto a dejar de lado los planes de retiro y dedicar una década o más a

preparar los cimientos para el cumplimiento total de las leyes importantes, incluso admitiendo que, en el proceso, esas mismas leyes podrían modificarse. ¿Cómo había llegado a darse la situación en la que un ciudadano lunar pudiese desear su muerte?

Ella misma no tenía una respuesta clara. No la había. Los asuntos humanos eran caóticos. Pero, en retrospectiva, podía seguir el curso de ese atractor en particular.

Fricciones, discusiones, palabras duras, desobediencia, resistencia abierta o disimulada, arrestos, penas, impenitencia por todas partes. Sin embargo, en su opinión, el asunto Uconda del año anterior había sido el motivo clave. Ya en su momento había tenido un mal presentimiento, e intentó advertir al gobernador, cuando prohibió la expansión en aquella mina del lado oculto porque contaminaría apreciablemente el vacío local y el fondo de radio. Los astrónomos, experimentadores cuánticos y otros investigadores de Astrebourg se alegraron, naturalmente, de la medida; pero algunos de ellos, siendo Temerir el más prominente, se enfurecieron de que se impusiese por un decreto como aquél.

El más molesto de todos era Brandir. Por instigación de sus hermanos había estado negociando en secreto con los dueños. Él les compensaría si cerraban por completo y empezaban de nuevo en un territorio bajo su control. El acuerdo hubiese aumentado su prestigio, y por tanto su influencia. Hubiese significado que los dueños y los trabajadores le deberían pleitesía a él, lo que incrementaría su poder. Hubiese pasado por encima de la Autoridad Lunar, tratando el territorio como si fuese propiedad privada, violando así el espíritu aunque quizá no la letra de la ley. Wahl le dijo a Dagny en privado que, con toda seguridad, aquélla era la intención real, y por tanto su razón para evitarlo. Evidentemente, eso alimentó la furia de la oposición.

¿Los señores selenitas habían avivado inteligentemente las emociones o habían influido directamente en los actos? Dagny no estaba segura. Sus hijos le contaban sólo lo que querían contarle, como hacían los hijos de éstos y los hijos de los hijos de éstos. En ocasiones era mucho, en ocasiones le pedían consejo, pero aquélla no había sido una de esas ocasiones, y cuando le preguntó directamente a Brandir, éste permaneció cortésmente impasible como había hecho tantas veces antes.

Librodot

Las catapultas. Fuese como fuese, las catapultas eran lo que detonaría la revuelta.

Espaciopuerto, entonó el fahrweg mientras encendía una señal. Dagny se bajó. Sintió que el camino por la terminal, en su mayor parte vacía, era muy largo.

Había llegado antes de tiempo. Sin embargo, Inalante ya la esperaba en Control de Tráfico; un hombre de mediana edad, vestido con una túnica negra y pantalones blancos, con algo de su padre en los rasgos y algo de su abuelo, una calma bajo el habla rápida, que resonaba en su voz.

-Ten salud, dama. Hay un Sleipnir aprovisionado y listo para despegar.

-¡Buen chico! -exclamó ella, inapropiadamente encantada-. Seguro que hay pudín a bordo.

El sonrió.

-Por desgracia, las tiendas que lo venden todavía no han abierto. Para no perder tiempo, ordené que trajesen raciones de campo. Como recordaba que te gusta la fruta lunar, te he traído de casa. -Le dio una bolsa.

No tenía razón para sentir ganas de llorar. Sus selenitas podían ser unos encantos cuando querían, completamente humanos. Bien, maldición, después de todo eso es lo que eran.

-Thank you. Gracias. A partir de ahora, cuando pruebe fruta lunar, pensaré en ti.

-¿Necesitas más ayuda?

-En general, que mantengas la ciudad en calma.

-Me he estado preparando durante los últimos ciclodías -dijo con tristeza.

-Pronto recibirás noticias que lo cambiarán todo. No sé cuáles serán los cambios, ni tampoco me atrevo a contártelo ahora por miedo a que nos oigan, pero espera una gran sorpresa.

-Mientras tú viajas sola a tratar con ella. -Los ojos oblicuos la examinaron con cuidado-. ¿Tienes energía suficiente?

-Mejor será que la tenga.

-Entonces, que tu viaje sea victorioso, madre de todos nosotros. -Inalante le tomó la mano y se inclinó ante ella.

Sabía que él no era un revolucionario. Ni tampoco un lacayo. Le preocupaba poco o nada cuál podría ser la estructura constitucional, siempre y cuando a él y a los suyos se les dejase en paz para seguir su propio camino. Como eso exigía paz, había aceptado ser el alcalde, en unas elecciones ganadas por mayoría, para ayudar a mantenerla. Desde ese puesto podía maniobrar para cambiar las leyes que le disgustaban, mientras ayudaba a evadirlas lo justo para no provocar la intervención de la Autoridad.

Sin duda, una mayoría de los ciudadanos lunares sentían lo mismo. Pero sus ambiciones rara vez eran del tipo que se viesen muy afectadas por la ley de la Federación. Eran los poderosos y los radicales los que luchaban contra las limitaciones, y eran ellos los que romperían el sistema, o el sistema les rompería a ellos. O las dos cosas simultáneamente, pensó Dagny.

Fue a la puerta, atravesó el tubo y entró en el vehículo.

La tripulación estaba formada por un par de agentes de policía, piloto y reserva, terranos. Saludaron con deferencia a la dama Beynac y le prometieron el desayuno tan pronto como estuviesen en vuelo estable. Ella se ajustó a su asiento y se relajó.

El despegue no tuvo problemas, un poco más de dos gravedades lunares. Al llegar a la altitud de vuelo, el asiento giró a medida que el casco se ponía horizontal. Se oyó el bramido del motor; luego el peso se rebajó y sólo se pudo percibir el casi subliminal zumbido de los motores que mantenía la masa en vuelo. Los años de ingeniería de Dagny volvieron a su mente y pasó varios minutos estimando lo costoso del vuelo en términos de combustible, por la distancia recorrida, en comparación con el suborbital que había pedido, además de ser más lento. Pero la idea era ser capaz de volar con libertad y aterrizar allí donde quisieses. Cuando tenías un poco de antimateria para producir masa de reacción, la eficacia no era una gran preocupación.

El reserva le trajo la bandeja, y viendo que no le apetecía charlar, se retiró. El café no era malo, pero exceptuando el bendito regalo de Inalante, la comida era tan insípida como siempre. Dagny se lo comió todo. Durante la mayor parte del viaje, miró por la ventana las montañas, mares, cráteres, arrugas bajo el Sol y la rodaja de la Tierra. De vez en cuando aparecía una obra humana, un conjunto de cúpulas, un monorraíl, un poste de reemisión, un colector solar, un transmisor de microondas que enviaba energía invisible al mundo madre. El brillo apagaba casi todas las estrellas. En una ocasión vio una chispa atravesar el cielo y perderse en la distancia.

Probablemente una vaina de carga, lanzada por catapulta desde Leyburg, pensó. Estaría cargada con algo: productos químicos o biológicos, nanos o cualquier otra cosa que se produjese mejor en condiciones lunares. No había podido observar lo suficiente como para estimar la trayectoria, por lo que no podía saber de qué tipo de vaina se trataba. Podría estar diseñada para un descenso aerodinámico en la Tierra, un descenso con paracaídas sobre Marte, un encuentro con L5, un asteroide o una base aún más lejana. No importaba. Fuese a donde fuese, portaba grandes logros, y ella era una de las que habían ayudado a hacerlo posible.

Pero las catapultas...

Era fácil lanzar cualquier cosa desde la Luna, gracias a una baja velocidad de escape y al lujo de una energía prácticamente gratis. El problema estaba en el «cualquier cosa. Una masa de cien toneladas, con la forma adecuada para penetrar la atmósfera, podría golpear la Tierra con la potencia de una cabeza nuclear táctica.

Cuando Brandir y los otros tres selenarcas comenzaron a construir lanzadores de catapulta en sus territorios, ¿habían dicho la verdad al afirmar que simplemente deseaban entrar en ese negocio? Desde el punto de vista exclusivamente económico, parecía muy dudoso. Ciertamente, no se les había dado ningún permiso. Wahl ordenó que se detuviesen los proyectos hasta que se llegase a un acuerdo sobre medidas de seguridad. Si eso fallaba (y estaba claro que los señores no querían inspectores permanentemente destinados a sus territorios) las obras debían desmantelarse. Los selenarcas discutieron, retrasaron y obstruyeron. Los satélites observaban cómo hombres, máquinas y robots entraban y salían de las cúpulas construidas sobre los proyectos «para protegerlos de los meteoritos mientras continuaban las negociaciones». Wahl envió inspectores. Fueron detenidos en los límites.

Sus palabras en el turno de tarde del día anterior volvieron a la cabeza de Dagny. Su rostro en la pantalla parecía muy cansado; pero oyó el resonar del acero.

-No sé qué intenciones tienen. Ellos mismos comprenden que no puedo permitirlo. ¿No es así? En ese caso, ¿por qué fuerzan las cosas? Tengo la terrible sospecha de que poseen más armas de las que conocemos, un arsenal que permitiría a su castillo resistirse a cualquier fuerza que yo pudiese enviar. Pueden confiar en que la Tierra no responderá con misiles si pueden amenazar con represalias. Sí, pedirán negociaciones sobre independencia, o algo que a efectos prácticos sea igual. ¿Me equivoco al suponerlo? ¿Puede darme una razón mejor? En caso contrario, en el turno de mañana dentro de un ciclodía ordenaré a la policía ocupar esos territorios y veremos qué pasa. Les concedo ese tiempo con la débil

Librodot

esperanza de que usted, señora Beynac, pueda hacer que recuperen el juicio. De ninguna otra forma veo cómo evitar la lucha, de ninguna otra forma más que por medio de usted, señora.

En lugar de llamar a Brandir, volaba para encontrarse con una viuda.

... Se quedó dormida. 'Mond le habló. No podía entender las palabras, pero le sonreía.

La nave giró, redujo el momento y maniobró para descender. Dagny se despertó ante una panorámica del soporte de anclaje. El pozo que había debajo era una O de oscuridad. Hacía mucho, mucho tiempo, ella misma había colaborado en el diseño: un agujero para recibir la mayor parte de los isótopos de corta duración de los impulsores, una copa por encima cuya estructura esquelética recibía una cantidad despreciable en comparación con la radiación natural de fondo. Los motores actuales producían mucha menos radiactividad en la masa de reacción. Pero tratar el problema en su momento había sido todo un desafío, y algo muy divertido.

La nave se posó con suavidad. Un tubo se estiró por sí mismo, sobre ruedas, desde la puerta más cercana hasta la compuerta. El piloto salió de la cabina de control, que en la posición actual quedaba sobre la cabeza de Dagny.

-Aquí estamos, señora -dijo-. Tenemos órdenes de esperarla durante tres horas. Si quiere que esperemos más, por favor, llame a nuestra base y pídalo.

-Si no tengo que volver a toda velocidad en tres horas, probablemente no me hará falta -contestó-. Siempre puedo pedir que me lleven a casa o tomar el tren. Pero thank you, muchacho. Lo has hecho bien, y que seas guapo tampoco ha estado mal. -Ésa era una de las ventajas de ser una vieja, podía comportarse con un descaro prácticamente ilimitado. Es más, la gente lo consideraba encantador y quedaban a su merced.

Un joven teniente entró por el tubo y dijo que se le había enviado para escoltarla. Ella le dejó que le llevase la bolsa. El viaje en fahrweg hasta la mansión del gobernador fue corto y directo. Lo hicieron en silencio. Los otros pasajeros también estaban bastante callados; casi podías oler su preocupación. Todavía había muy pocos detalles públicos, pero todos sabían que había una crisis a punto de estallar.

En la entrada entregó la capa al hombre para que la guardase junto con la bolsa. Realmente aquélla no era forma de tratar a un oficial de la Autoridad de Paz, pero él parecía considerarlo un honor. Ella avanzó hasta la sala de estar que recordaba tan bien. Dos personas se levantaron de las sillas al entrar ella. El tercero ya estaba de pie, al estilo selenita.

Rita fue directamente hasta ella. Dagny abrazó a la pequeña mujer, le acarició el oscuro pelo y murmuró. Pero, en general, miraba por encima del hombro, que tenía apoyado sobre el pecho, a Erann.

El nieto de Brandir la miró a los ojos, sonrió ligeramente y se inclinó. Era un joven hermoso -¿qué edad tenía ya, dieciocho?- con un pelo rubio platino y los ojos azul plateados que estaban presentes en su rama de la familia. La alta figura llevaba una vestimenta verde y ajustada y unos zapatos rojos.

El segundo visitante era Einar Haugen. A medida que los estremecimientos de la mujer que tenía entre los brazos se redujeron, Dagny le habló.

-Good day. Aunque en realidad no lo es, ¿verdad?

Dejó que Rita se apartase. El vicegobernador -antiguo vicegobernador- se acercó arrastrando los pies para darle la mano. Era un hombre delgado y alto al que Wahl jamás había dado nada importante que hacer.

-Es terrible, terrible-dijo en inglés-. Es usted bienvenida, madame. Ha sido muy amable por su parte al venir. Por favor, siéntese. ¿Café?-Había preparada una cafetera y tazas-. ¿O alguna otra cosa? Dagny rechazó la oferta con un gesto.

-No, este muelle está ya muy tenso. -El hombre parpadeó. Dagny comprendió que aunque entendía la idea, no había pillado el significado exacto. Era una expresión muy antigua. Y él no podría tener más de cincuenta años. Volvió a mirar a Erann-. ¿Qué haces aquí?

-Era un invitado en esta casa-contestó el selenita.

-¿Mm? No sabía que Wahl todavía tuviese contactos contigo. -Era un asunto privado. Con amabilidad, el gobernador Wahl aceptó que yo durmiese aquí. Eso nos hubiese permitido reunirnos cuando tuviese una hora libre de entre sus muchas ocupaciones. Este turno de mañana consideré que era mejor quedarme para relatar lo poco que pueda para arrojar luz sobre esta desgracia. Después de hablar con la policía, me hubiese ido, pero el honorable Haugen me dijo que debería aguardar vuestra llegada.

Y bien había hecho, pensó Dagny. Erann había hablado con tranquilidad, sin manifestar nada en el rostro. También era el estilo selenita, y por tanto no era sospechoso en sí mismo-¡el bisnieto de ella y 'Mond!-, pero ciertamente el viento no olía bien.

Se sentaron, el muchacho vigilante como un gato. Dagny miró a la mujer.

-Rita, querida -dijo-, estás herida y a punto de desmoronarte sobre cubierta. No lo niegues. Ya he visto lo mismo en muchas ocasiones. En unos minutos iré a buscar un sedante y te haré descansar durante un turno o más. Pero primero ¿podéis contarme lo que sabe cada uno? -Quería oírlo directamente, no filtrado por otra mente.

Descubrir qué había sucedido era vital para planear los próximos movimientos.

Rita se miraba fijamente las manos cruzadas sobre el regazo. Habló con voz monótona.

Juan Aguilar, el mayordomo... el asistente... Juan lo encontró en la piscina al inicio del turno de amanecer. Lo sacó, llamó a Emergencia, me despertó por el intercomunicador e hizo lo posible por darle primeros auxilios. Los médicos llegaron en unos minutos. Lo intentaron durante mucho tiempo, pero no pudieron revivirle. Mientras tanto, la llamé. Siguiendo su consejo, llamé al señor Haugen y le pedí que mantuviese el secreto durante un tiempo, lo mejor que pudiese. Luego hice que Juan despertase a Erann. La policía ha estado aquí, pero sólo durante una hora, porque parece que no ha habido... -La voz se apagó. Apenas se había movido.

-Di instrucciones al jefe de policía y al oficial médico para que mantuviesen silencio -dijo Haugen-. He ordenado la cancelación de todos los compromisos y que el personal no venga hasta que no se le llame. No podremos mantenerlo oculto por mucho tiempo. Además del, eh, interés público, debemos notificárselo a su hijo e hija. Y... continuar con el trabajo del gobierno.

Sonaba más desesperado, o asustado, que pomposo. Un animal político bien intencionado, pensó Dagny, que aceptó el trabajo en Selene porque esperaba un ascenso y confiaba que aquello le sirviese hasta que pudiese volver a un puesto inofensivo en la Tierra. Sus ojos imploraban.

-¿Cómo saben que no ha habido ningún hecho delictivo? -preguntó.

Haugen podía lidiar con los aspectos prácticos de la rutina.

-No hay rastros de violencia. Poco antes de su llegada recibí el informe preliminar del forense del hospital. El caso tiene sus detalles curiosos, pero nada... Mejor seguir con esto más tarde, madame Beynac.

Sí. Rita. Muy decente por su parte. Pero quedaban todavía un par de cosas que preguntar.

-¿Alguna idea del momento de la muerte?

-Hace horas. El momento exacto está por determinar porque... No teníamos posibilidades de revivificación. Estuvo allí demasiado tiempo, el cerebro estaba demasiado deteriorado.

Mm. Eso era interesante, considerando lo fría que mantenía Wahl la piscina.

-¿Cuándo lo vio alguien vivo por última vez? ¿Qué hacía? -Tuvo un día terrible, como puede imaginar-respondió Rita-. Volvió a casa y cenó conmigo. No comió mucho. Terminamos como a las 20.30 y dijo que tenía que trabajar hasta tarde en su estudio y que no debía esperarle despierta. Fue la última vez, hasta que lo vi muerto en el agua. Estaba preparando un discurso, una declaración para el mundo, debido a la posibilidad... debido a la posibilidad de que se produjesen combates reales.

Nadie le escribía los discursos, recordó Dagny. Ése era uno de los aspectos que le gustaban de él.

-¿Alguien lo vio más tarde?

-Aguilar dice que le vio salir de la habitación al final del turno de tarde y caminar durante un rato por el pasillo, para volver a entrar -contestó Haugen-. No era un hecho extraordinario. Siempre necesitaba actividad física cuando se sentía bajo presión. -Miró a Erann-. Aguilar también comenta que le vio a usted pasar por allí un poco antes. Tiene la impresión de que entró en su oficina. No le ha dicho nada de eso a la policía.

-No -admitió el muchacho con calma-. No era relevante y se trataba de algo privado. Se le vio, como usted dice, más tarde. Me retiré a mi habitación, y creo que el asistente se fue a dormir poco después.

Haugen asintió. Debía de sentirse satisfecho con la explicación, porque no había informado a los agentes.

-Aguilar fue a su apartamento-le dijo a Dagny-y estuvo con su mujer hasta el turno de amanecer. Afirma que se retiraron sobre las 23.00 horas.

Rita se agitó.

-Son antiguos y fieles sirvientes -dijo-. Vinieron a la Luna con nosotros. No dude de ellos.

-No creo que nadie dude de ellos-le aseguró Haugen-. Aguilar le dijo al reloj que le despertase temprano, en caso de que el gobernador trabajase hasta el turno de amanecer y precisase de sus servicios.

Encontró el ordenador de su estudio en funcionamiento, con texto en la pantalla. No era lo habitual en Wahl. Dejaba las cosas ordenadas antes de irse a la cama. Por tanto era probable que todavía estuviese despierto. Aguilar lo buscó... y le encontró.

-En su caso, sería natural darse un baño durante el turno de noche, para eliminar parte de la tensión por medio del ejercicio -comentó Dagny-. Evidentemente lo hizo en algún momento alrededor de las 24.00, quizá una hora o dos después. Pero ¿no sería lo normal que se hubiese ido a la cama al estar ya medio relajado? Después de todo, iba a ser un terrible ciclodía. Pero, evidentemente, tenía la intención de salir de la piscina y volver a trabajar. Así que estaba anormalmente nervioso, incluso teniendo en cuenta el lío político en el que nos encontramos. -Volvió a mirar a Erann-. ¿De qué hablasteis vosotros dos?

-Ayomera -respondió suavemente su bisnieto. Ella conocía la expresión selenita. No se podía traducir adecuadamente a ninguna lengua terrestre: era el equivalente amable a no responder.

-Tú y yo hablaremos dentro de un rato -le dijo-. Quédate por aquí. Usted también, gobernador, please. Rita, vamos a ocuparnos de ti. La mujer la acompañó como si fuese un robot. Dagny la llevó a su habitación, la arropó con la manta, le besó la mejilla y esperó hasta que la medicina la hiciese dormir.

Al salir, miró a derecha e izquierda. No había nadie por los alrededores. Por el momento la maquinaria del gobierno estaba parada, y el personal de la casa se acurrucaba en sus habitaciones o realizaba sus tareas diarias bajo un silencio aterrado. Un guardia en la puerta y un monitor en el teléfono sellaban aquella casa contra el mundo exterior. Haugen tenía razón, eso no podía durar, ni tampoco debía durar. Era mejor hacer rápido lo que exigiese la discreción.

¿Qué tal examinar la escena por si acaso? No es que fuese probable que encontrase algo que se les hubiese pasado por alto a los detectives y sus equipos; pero se trataba de hacer algo mientras sus ideas se recomponían en medio de la pesadilla. Recorrió el pasillo a saltos.

Jaime le había mostrado la piscina en una ocasión, y entre risas la invitó a darse una zambullida.

-No tengo que preocuparme por posibles monos entre mis antepasados -le respondió ella-, pero estoy bastante segura de que no tengo ninguna morsa en el árbol genealógico.

La cámara era, como recordaba, austera, y se encontraba en silencio. El agua permanecía serena e incolora en su total pureza.

No, un momento. ¿Dónde estaba la ligera niebla? Allí el aire era cálido, el agua a temperatura ártica... ¿Era así? Se agachó -sintió como si los huesos se le rompiesen- y metió la mano.

Tibia. ¿Qué demonios?

Localizó el termostato y fue a mirar. El ajuste indicaba 35 grados, muy cerca de la temperatura de la sangre. ¿Por qué iba Jaime a hacer tal cosa? ¿Quizá para poder saltar y nadar durante una hora, dejando que las preocupaciones se desvaneciesen? Ése nunca había sido su estilo.

El viejo escalofrío le recorrió la columna y llegó hasta el extremo de sus nervios.

Se sintió mareada. No, please, por favor, que no fuese cierto, no quería pensar eso.

Sólo había una forma de demostrar el error de esa idea. Buscó de nuevo el equilibrio interior.

¡Pero mejor ser rápida! Dejó la cámara y recorrió la mansión, evitando la sala de estar, hasta encontrar a Aguilar. El hombre estaba sentado tristemente ante las facturas. La reconoció, se puso en pie de un salto, se inclinó y esperó, con las manos temblando, a que ella hablase.

-Buenos días -le saludó en español-. Perdóneme la intrusión. Ha sido toda una conmoción y una tragedia, y ya le han hecho muchas preguntas, ¿no? Lamento tener que hacerle algunas más.

-Estoy a su servicio, señora. -Dagny sabía que lo decía en serio. -Encontró al señor en la piscina, lo sacó, pidió ayuda y mientras tanto intentó resucitarle. Muy buena actuación. Lo que debo saber es lo siguiente. ¿Estaba el agua fría como era habitual?

-Yo... no me di cuenta -contestó, asombrado. Después de un momento, durante el que el rostro arrugado se retorció, dijo-: Ahora que lo pienso... sí, quizá no lo estuviese, al menos

no helada. Fría, pero no helada. No estoy seguro, señora. No prestaba atención. Y normalmente no tengo nada que hacer en la piscina. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que toqué el agua.

-Entonces, ¿supongo que si hubiese estado tan fría como a él le gustaba usted se hubiese dado cuenta? Después de todo, se empapó por completo.

Un movimiento tembloroso.

-Sí, tiene usted razón, señora, me hubiese dado cuenta. Estaba fría, pero no... no extremadamente fría.

Y en ese momento estaba tibia.

-¿Piensa usted que el señor, en esta ocasión, hubiese querido nadar a una temperatura más agradable?

-Quizá. No sabría decirle. No lo había hecho antes. Recuerdo muy bien cómo hizo que le instalasen la piscina para él solo... -Aguilar le agarró el brazo-. Señora -dijo jadeando-, ¿podría haberle matado el recibir una sorpresa así?

Su mano le hacía daño en el débil brazo, pero Dagny no tuvo corazón para comentárselo.

-Seguro que no. Si alguien, digamos que para gastarle una broma, se metiese allí y ajustase el termostato a una temperatura más alta,

puedo imaginármelo lanzando un juramento y saliendo para despertar a todo el mundo y encontrar al culpable. ¿No?

-Sí. -Aguilar la soltó-. Sí, creo que eso es lo que hubiese hecho. No sufría demasiado bien los insultos.

-Un macho. Estoy de acuerdo. Bien, gracias, y por favor, no relate esta conversación a nadie más. Todavía tenemos que descubrir la verdad.

Descubrir el horror. Temía y temía.

Seguir a toda velocidad, y mantener los radares en alerta. La pena era para luego. Regresó a la sala de estar. Haugen y Erann permanecían sentados en medio de un silencio tan denso que podría cortarse con un láser. La cabeza del terrestre se movió inmediatamente en su dirección. El selenita se puso en pie, le dedicó el saludo de honor de su pueblo y volvió a sentarse en cuanto ella lo hizo.

-Vale, Rita ya no sufre y podemos hablar con libertad -dijo-. Gobernador, va a contarme lo que descubrieron los médicos. Haugen frunció el ceño.

-Con respeto, señora Beynac, ¿no es asunto de la policía? No hay pruebas de nada malo. El agua no estaba envenenada, no murió por un electrodoméstico arrojado a la piscina, nada así.

-Me pregunto cuán peligrosa es la electricidad en agua químicamente pura. Por sí misma ya es un mal conductor. -Dagny mantenía a Erann en la visión periférica, sin mirarle directamente. Ella sabía la forma de hacerlo. Él era como una estatua que respirase-. Señor -le dijo a Haugen-, soy vieja y estoy cansada. Comentó que había elementos extraños en este caso. Please, no me obligue a llamar a los agentes médicos y seguir los procedimientos.

-Como desee. -Haugen suspiró. Reunió las palabras-. Primero y ante todo, el chequeo médico habitual mostraba que tenía una excelente salud. ¿Qué salió mal? ¿Cómo pudo ahogarse? Comprenda que esos resultados son preliminares, muchos detalles esperan los análisis de laboratorio, pero no parece que sufriese un ataque al corazón, una embolia, un espasmo arterial o cualquier otra posibilidad evidente que le hiciese perder la conciencia y ahogarse.

-¿Se ahogó? -Observa, observa y no reveles que estás observando.

-¿Qué otra cosa podría ser? -preguntó Haugen sorprendido-. Los datos, el aspecto del cuerpo... Ah, los esfuerzos de Aguilar y del equipo de emergencia hacen imposible saber con precisión cuánta agua tenía en los pulmones, pero la sangre muestra falta de oxígeno.

-Le dedicó una sonrisa agresiva-. ¿No supondrá, verdad, que alguien lo asfixió y luego arrojó el cuerpo a la piscina?

Dagny fingió tomarle en serio.

-No, no. ¿Quién hubiese podido entrar aquí sin ser detectado, y menos aún asaltarle sin que el alboroto hubiese despertado hasta a un burócrata dormido? Wahl era un hombre fuerte, muy capaz de defenderse por sí solo. En todo caso, habría señales de golpes. -Con gravedad-: Pero dio a entender que había, mm, anomalías. ¿Cuáles? -Son muy vagas. El jefe del equipo médico me hizo un comentario sobre decoloración general. Podría deberse a haber estado en el agua fría durante horas.

El rostro de Erann no se movió en ningún momento.

-¿Tiene ese doctor alguna teoría? -siguió diciendo Dagny. Se le aceleró el pulso.

-Doctora. -Haugen la corrigió como si el detalle importase. Bien, el pobre bastardo tenía que reafirmar su ego; y su estabilidad era una preocupación pública, cuando toda Selene precisaba de una persona competente al mando-. En este momento, ¿quién lo sabe? Probablemente podremos descartar el suicidio. Pero ¿algún tipo de fallo cerebral, disparos erráticos de las células nerviosas, inconsciencia súbita? -El tono de Haugen se volvió chillón-. Quizá no sabemos todo lo que las condiciones espaciales, las condiciones lunares, pueden hacerle a un ser humano.

Aunque muy discretamente, Erann sonrió. Él era selenita. ¡Y también era humano!

Dagny se volvió directamente hacia él. -¿Tienes alguna idea?-le preguntó. La cabeza rubia negó.

-No. No puedo más que limitarme a compartir la tristeza. Haugen perdió el control.

-¿La compartes? -dijo crispado-. Perteneces a la casa de tu abuelo Brandir. Sabes lo mucho que se alegrará al saberlo. -La Autoridad confundida y consternada, pensó Dagny; el nuevo jefe no está bien informado y carece de decisión; el resultado, parálisis, mientras los barones reforzaban sus posiciones; muy probablemente, después la Autoridad se retiraría, y a la Federación le quedarían pocas posibilidades excepto aceptar la tremenda reivindicación de los selenarcas-. Exactamente, ¿qué haces aquí ahora? ¿Qué hiciste?

Erann levantó una mano.

-Si mi señor no estuviese tan nervioso, le exigiría satisfacciones por esos insultos gratuitos -dijo, con toda la rigidez que permitía el acento selenita-. Me abstengo, y señalo que hace años que soy amigo de la familia Wahl. ,

-Es cierto -le recordó Dagny a Haugen-. Cuando Leandro y Pilar vivían aquí, recibían a menudo a sus compañeros, y a selenitas entre ellos. -A Erann : Hasta hoy, precisamente ésa fue la última vez que te vi. Resulta que vine por asuntos de negocios mientras uno de esos grupos salía de aquí. ¿Cuánto hace de eso? ¿Tres años? ¿Qué has hecho desde entonces?

-Seguí con mis estudios y, como ha dicho el honorable Haugen, tengo el orgullo de atender al lord Brandir en Zamok Vysoki. -Dagny comprendió que eso debía haber quedado claro durante el interrogatorio policial. El vicegobernador no había estado en la Luna en esos primeros ciclodías.

-¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí? Antes de ayer. -Más o menos cuando vos decís. Mi dama, esto es cansado y no tiene sentido.

Dagny ignoró la queja.

-Sí, eso supongo. Después de que los chicos, tus amigos, se trasladasen, no tenías razones para venir de visita. -¿Amigos? Recordaba que el joven Leandro despreciaba a la mayoría de los selenitas, desprecio que no siempre podía ocultar. La chica, Pilar, tenía otros sentimientos, pero Pilar fue enviada a la Tierra...-¿Cuál era la razón de este viaje? -He explicado que se trataba de un asunto privado. El señor Wahl así lo deseaba, y mantengo su petición. -Erann se puso en pie para elevarse por encima de Dagny-. Mi dama, vuestra grandeza os da derecho a muchas cosas, y no digo nada más porque ya he dicho demasiado, he cumplido mis obligaciones en esta luctuosa ocasión y ahora me iré.

-Todavía no -dijo Dagny-. Tenemos que hablar, tú y yo. Señor Haugen, ¿podría excusarnos? Mientras tanto, le estaría agradecida si pudiese ponerme en contacto con el selenarca Brandir. Emplee mi nombre y explíquele que es crucial. Encriptación cuántica, por supuesto.

El terrestre se quedó boquiabierto. -Madame, yo... ¿qué es esto? Dagny soportó su mirada.

-Me preguntó si podía ayudar. Creo que puedo. Por favor, permítame hacerlo a mi modo.

-Debo señalarle que no tiene ninguna posición oficial.

-Tengo un currículo endiabladamente largo, señor. Haugen bajó la mirada.

-Bien, veré qué puedo hacer-murmuró.

-Thank you. -Dagny se puso en pie-. Ven conmigo, Erann. El joven se puso tenso.

-No. Parto.

Dagny mantuvo un tono ligero.

-Hay un guardia en la puerta. No deja pasar a nadie sin el beneplácito del señor Haugen. ¿Por qué vas a negarle a una vieja dama unos minutos de charla? Ven conmigo, cariño.

Ella salió. Después de unos segundos, Erann la siguió. La mirada del terrestre los acompañó hasta que desaparecieron.

Dagny guió la procesión silenciosa hasta la oficina personal de Wahl. Estaría asegurada contra espías. Cuando estuvieron dentro y después de cerrar la puerta, miró a su alrededor. El silencio estaba lleno de él, de sus imágenes, recuerdos, arcos y trofeos, el icono plateado de Cristo crucificado. Sus palabras todavía se encontraban en la pantalla del ordenador:

-... *no puedo ni consentiré tal cosa. Es algo más que un motín, que una rebelión, es traición contra la humanidad. Que nos veamos abocados a la violencia unos contra los otros, cuando en el exterior de nuestros frágiles refugios se encuentra el espacio inhumano...*

-Siéntate, please-dijo Dagny.

-Ya he pasado demasiado tiempo sentado -contestó Erann. -Me duele el cuello cuando lo levanto. Siéntate.

Obedeció, situándose en la silla de Wahl y girándola para mirarla con el ceño fruncido. Ella permaneció de pie frente a él, con los brazos cruzados. Oh, Dios, tenía la sangre de 'Mond y la suya propia, ¡y se parecía tanto a Brandir a la misma edad! De alguna forma, consiguió que su voz fuese fría.

-Vale. ¿Qué era ese asunto entre Wahl y tú?

Bajo la piel de alabastro, una vena del cuello palpitó.

Juré secreto. Pero ya os he dicho que no tenía importancia para nadie más.

-Si me lo dices, probablemente no tendremos que ir más allá. Soy buena manteniendo la boca cerrada. Pero si no cooperas ahora, todo el maldito Sistema Solar acabará con toda probabilidad descubriéndolo.

Hay forma de reunir pistas y deducir a partir de ellas. Mientras tanto, estarás metido en un pozo de mierda, ¿y qué valdrá entonces tu dignidad?, y tu señor y su causa metidos en uno aún mayor. Habla, hijo.

Los labios se mantenían cerrados. Dagny suspiró.

-Después de todo, puedo suponerlo muy bien. No puedes ser un emisario especial, por lo que debía de afectar personalmente a Wahl, y lo suficiente como para que sacase tiempo en medio de esta situación de vida o muerte.

»La joven Pilar. Te tenía cariño. Se le notaba a un año luz de distancia la última vez que os vi en la misma habitación. Dudo de que tú compartieses los mismos sentimientos. No sólo por la raza; unos pocos años de diferencia de edad son muy importantes cuando se es joven. Pero te haría gracia, y tendrías la sensación de ganar algo, tirando de ella. Tampoco supongo que sucediese nada desafortunado, pero eso bien puede ser porque su padre la apartó a tiempo.

Rara vez se veía enrojecer a un selenita.

-Ésa... es... una... conclusión extremadamente atrevida..., mi dama.

-Oh, tengo algo más que impresiones. Recuerda que conocía a los padres razonablemente bien. Cuando me contaron que la mandaban al colegio en la Tierra, naturalmente les pregunté la razón. Jaime fue muy evasivo, lo que no era habitual en él. Más tarde, Rita se me confió un poco. El resto era evidente. No le presté demasiada atención, limitándome a lamentarlo por ellos y por la chica, y confiando en que olvidase y fuese feliz. Pero ahora...

»Evidentemente, Pilar te escribiría, una y otra vez, y te llamaría para hablar cuando se le presentase la oportunidad. Te fue fácil mantenerla enganchada sin tener que comprometerte a nada. Fácil, divertido como ya he dicho, y cruel. -Dagny agitó la cabeza-. Desearía poder tener mejor concepto de ti.

Erann agarró los brazos de la silla. -¿Os atrevéis a creer tal cosa de mí?

-¿Lo niegas? Déjame recordarte que si la policía encuentra alguna razón para realizar el esfuerzo, pueden descubrir esas cosas. Bases de datos de registros que indiquen desde dónde, a dónde y cuándo se realizaron las llamadas interplanetarias. Pero en mi caso, empezaría con la chica. Su padre ha muerto, Erann. Es una buena niña. No es que vaya a sospechar de ti, no de inmediato, pero estará muy dispuesta a contestar preguntas.

Él volvió a hundirse en el asiento.

-Por mí no hubiese seguido -murmuró-, pero se me dijo que algún día la amistad podría resultar valiosa.

-Quieres decir explotable -dijo Dagny con gravedad-. ¿Idea de tu abuelo? No es que piense que tuviese nada definitivo en mente. Era simplemente una posibilidad a mantener en reserva. Hasta que de pronto... -Señaló al corazón de Erann. Le fustigó con la voz-. ¿Quién tuvo la idea de asesinar a Jaime Wahl? ¿Él, tú o los dos?

Erann empezó a ponerse en pie. Quizá comprendió que destrozar a la mujer le destruiría a él y a los suyos, porque volvió a sentarse. -No habláis en sueños -susurró-. Sabéis lo que decís. Pero ¿por qué lo hacéis, mi dama? ¿Por qué?

Librodot

Dagny volvió a suspirar. Sentía la pena dura en su garganta. -Estoy segura de que consideras que tu acto ha sido patriótico... si posees algún concepto de lo que la Tierra llama patriotismo. ¿Es así? Supongo que no importa. Eres joven, idealista a tu modo, nacido y criado en un mundo duro en el que a veces, por desgracia, la vida vale poco.

»Es fácil reconstruir el plan. Le enviaste a Wahl un mensaje confidencial pidiéndole audiencia en su casa, no iría a otro sitio durante la crisis a menos que el deber le obligase, para hablarle sobre su hija. Admitiste haber mantenido contacto con ella. ¿Hiciste que ella también le enviase un mensaje? Prefiero pensar que no fue así. En todo caso, no hubiese sido necesario. Él es su padre, la ama, te recibió, con la esperanza de quitarte de la cabeza la idea de matrimonio o cualquier otra cosa con que le amenazaste. Sabías que tenía la costumbre de nadar a solas; toda Selene lo sabe. Sabías que las palabras adecuadas, calculadas para enfurecerle y frustrarle, le harían ir directamente a la piscina, para deshacerse de la furia lo suficiente para continuar con su trabajo. -¿Y eso qué importa? -exigió saber Erann.

-Sólo esto. Entraste furtivamente en la estancia y ajustaste el termostato del agua a una temperatura muy baja, bien por debajo de cero. Después, claro está, volviste y lo ajustaste a una temperatura más alta, porque era preciso derretir el hielo lo antes posible. Una vez que se hubo derretido, si hubieses tenido la oportunidad, lo hubieses ajustado a la temperatura habitual, pero no fue así, y dudo que pensases que tuviera importancia. Una piscina tibia parecería algo extraño, pero aun así la muerte seguiría pareciendo... accidental, o natural, aunque médicamente curiosa. En la confusión general, y con los selenarcas desatando el infierno que hayan planeado, nadie prestaría demasiada atención a los detalles extraños. Para cuando alguien comprendiese la verdad, si eso llegaba a suceder, ya estarías muy lejos. Y nosotros tendríamos entre manos un problema mucho mayor.

Erann no mostraba ninguna expresión. Dagny sonrió con un lado de la boca.

-¿Quieres que te lo explique con detalle? Vale. Superenfriamiento. Sino se la mueve, el agua pura puede enfriarse bien por debajo del punto de congelación y permanecer en estado líquido. Entonces, si metes cualquier cosa dentro, se solidifica en un instante. Wahl saltó y de pronto se encontró atrapado en hielo. No podía moverse, no podía respirar. La conciencia hubiese durado un minuto o dos. Es una mala muerte. Merecía algo mejor.

Erann se puso en pie y se alzó por encima de su cabeza.

-Selene merecía algo mejor que él-dijo con el orgullo de un tigre. Dagny no permitió que su altura la dominase. En cualquier caso, no quería mirarle a la cara.

-Supón que el plan hubiese fallado-siguió diciendo-. Era fácil que la cristalización se produjese prematuramente.

-En ese caso, si se me hubiese acusado, habría dicho que era una chanza, con la simple intención de vengar la humillación. Si dudasen de mí, no podrían juzgarme antes de que terminase la lucha por la libertad. Zamok Vysoki no estaría en peor posición que antes.

-Ya nadie creería semejante excusa.

Erann agitó la cabeza. La luz se desplazó por los mechones plateados.

-No, está claro que no, cuando él está muerto y vos habéis descubierto el modo. La investigación probablemente podría encontrar mi rastro en la habitación. Negarlo sólo podría degradarme, y no lo haré.

Se elevó sobre el suelo y permaneció en la pared, como para permitir que ella lo viese con mayor facilidad.

-Además -dijo-, ahora sois vos la que estáis en total control. No os retrasaré ni os obstruiré. Es posible que encontréis una salida para todos nosotros.

La imagen del muchacho se nubló. Dagny se frotó los ojos. No iba a llorar. Maldición, todavía tenía trabajo que hacer. Pero él tenía honor, lo que desde su perspectiva era honor, y habiendo hecho lo que podía hacer, estaba dispuesto a sufrir las consecuencias.

Sintió emoción. Había dicho que si el plan fallaba su causa no estaría peor. No podía perder tiempo en seguir interrogándole, ni para preguntarse si se le había escapado o lo había dicho a propósito, como una señal y una petición de ayuda. Pero encajaba con el resto de lo que había descubierto.

-Quédate aquí hasta que tengas noticias mías -le ordenó-. Busca en tu interior y piensa. Comprende que eres el primer Beynac que comete asesinato. Luego haz las paces con tu espíritu, si puedes.

Lo dejó allí y recorrió con rapidez los pasillos. Le dolía la rodilla izquierda y el hombro derecho, se le aceleró el pulso y buscó aire. *Mais vas-tu ma vieille.* «Cuando el viaje haya terminado -pensó-, habrá tiempo suficiente para dormir.»

Haugen la esperaba.

-Tengo al selenarca Brandir a la espera -anunció como si fuese un logro.

Dagny controló la respiración.

-Supuse que no se alejaría demasiado de un teléfono seguro -dijo con voz seca-. Vale, tengo que hablar con él en privado. Y quiero decir en privado. La sala de comunicaciones, ¿no? Mientras tanto, mire a ver si puede conseguirme a Anson Guthrie de Fireball en una línea similar y pídale que también espere por mí.

No se detuvo para comprobar cómo se tomaba el gobernador general de Selene que una vieja le diese órdenes, se limitó a seguir su camino.

Sin personal, la sala de comunicaciones parecía doblemente grande y vacía. Las pantallas estaban dispuestas en filas. El aire salía silbando de las rejillas, un papel caído se movía en el suelo como si fuese una hoja muerta. Uno de los holocilindros estaba encendido. Dagny se sentó frente a él y pulsó la tecla de Atención.

Aparecieron la cabeza y los hombros de Brandir. Detrás de él, la imagen mostraba un fragmento de un mural de pared. Era una forma de arte medio naturalista, para ella completamente enigmática. El rostro de su hijo era delgado, anguloso, vaciado y tallado por el tiempo. No sentía que fuese del todo real que en su momento aquellos labios hubiesen bebido de sus pechos mientras ella canturreaba una canción sin sentido meciendo la pequeña forma.

Pero...

-Dama madre. -Fue el saludo formal-. ¿En qué puedo servir tus deseos?

Dagny puso voz helada. -Lo sabes muy bien.

-No. Con deferencia, dama madre, te ruego que no me supliques. Recuerda que he rechazado llamadas de ese Consejo tuyo. Las decisiones ya no dependen de las palabras.

-Pero aceptaste esta llamada porque venía de la mansión del gobernador, y me estás escuchando porque es evidente que estoy aquí y es mejor para ti descubrir por qué. Vale, escucha.

Con unas pocas frases cortas, Dagny le describió las últimas horas. El rostro de Brandir permaneció impasible. Dagny recordó un águila que había visto una vez en el zoo cuando era niña. Así eran los ojos que la miraban.

-No voy a juzgar a nadie -terminó-. Asesinaste a un hombre honrado con el que, en ocasiones, cooperaba y con el que, en ocasiones, me peleaba pero al que respetaba; y lo hiciste aprovechándote de un muchacho que nunca podrá limpiar la corrupción de su alma;

Librodot

pero no tenemos tiempo para trivialidades como ésas, ¿no? Lo que no podemos discutir es tu desesperación.

Brandir sonrió.

-Al contrario, dama madre, Selene está a punto de obtener lo que pertenece a Selene por derecho.

-No me tires cubos de mierda. -Vió que a él no le impresionaba en absoluto oír eso de sus labios-. Si tú y tu pandilla confiaseis realmente, no hubieseis querido cambiar ningún factor de la ecuación. Eres un hijo de puta inteligente, si yo puedo decirlo, y tienes mucha experiencia en la dolorosa historia que has ayudado a crear. Sabes con qué facilidad los asuntos humanos degeneran en el caos. Este asesinato fue la operación más desesperada y precaria que he visto en mi vida. Tiene que haberse realizado con la excusa de «¿qué tenemos que perder?».

»Wahl reaccionó con mayor rapidez y firmeza de lo que habías previsto. Estaba a punto de atacarte con todo lo que tenía, si no claudicabas, y sabías que tenías muy pocas posibilidades. Así que lo mejor era intentar matarle de una forma que no pareciese asesinato. Haugen no es impresionante, se limitaría a vacilar o a contemporizar mientras los preparativos militares de Wahl se desmoronaban y tu facción tenía tiempo para reforzarse como pretendías. Luego, si se produjese la batalla, estarías bien armado y tendrías esperanzas de que la Federación se retiraría.

-Me apena que tú, entre toda la gente, te desmarques de la causa de la liberación-dijo Brandir con calma.

-Hijo mío, hijo mío, no me insultes con eslóganes. -No me apuñales en el corazón-. Sabes que he trabajado por lo que creo que la Luna merece. Hoy eso no es asunto mío. Con franqueza, en este caso creo que «liberación» es un eslogan para el agrandamiento de una camarilla de selenarcas. Pero eso no importa, no importa si la Selenarquía es realmente lo que Selene necesita. Lo que deseo es evitar que muera gente.

-Nunca fue nuestra intención.

-Quizá no, pero te estás acercando demasiado, y ya has enviado a un hombre a las cenizas. -Dagny suspiró-. Brandir, me estoy cansando. No me queda ni más tiempo ni paciencia para malgastar. Escucha mi propuesta.

»Tú y tus camaradas realizaréis una oferta real de negociación de cara a un acuerdo pacífico. Supongo que deberá incluir el desmantelamiento de las catapultas, a menos que los equipos del gobierno las operen para vosotros, y quizá entregar diversas armas pesadas; pero seguro que podréis conseguir concesiones a cambio. Quid pro quo, mañana será otro día y demás. Lo importante es alcanzar la paz. Si lo hacéis, podemos dejar que la muerte de Jaime Wahl pase por natural, enviaremos al joven Erann a casa y, no tan de paso, te dejaremos en libertad para maquinar tu próxima conspiración.

-¿Y en caso contrario, dama?

-En realidad, no hay caso contrario, si no tiene sentimientos suicidas. Después de que tú y yo acabemos aquí, voy a hablar con Anson Guthrie. Sí, Fireball no se mete en política, pero también es cierto que tampoco aprueba el asesinato, y Fireball puede perder tanto como cualquiera si estalla una guerra civil. Nosotros dos deberíamos ser suficientes para reforzar a Haugen. Con sólo uno o dos días de retraso, repetirá el ultimátum de Wahl. Si sigues negándote, haremos pública la causa de la muerte de Wahl. Imagínate la reacción en la Tierra. Imagínatela bien.

Se sintió mareada, unos velos negros le tapaban la visión. Llevaba demasiado tiempo hablando y con demasiada rapidez. Se dejó caer en la silla y tomó aliento.

Después de un minuto, Brandir rió en voz baja.

-Es mi mayor orgullo que mi dama madre seas tú -dijo-. Ven, llegaremos a un acuerdo.

No, ella no iba a condenarle. Era lo que era, por siempre su hijo, sus hijos y los hijos de sus hijos también suyos por siempre; que el futuro a mil años de distancia los juzgase a todos.

Evidentemente, no podían resolver la cuestión allí mismo. Se limitaron a discutir, de forma preliminar lo que él diría a sus confederados y cómo ella podría ayudar a controlar el gobierno. Pero al final, en una pequeña visión de su yo interior, él le dijo:

-Conserva la vida, te lo ruego. En caso contrario, nos irá mal.

Guthrie hizo un comentario similar en la conferencia que tuvieron a continuación. Finalmente, Haugen se extendió con entusiasmo sobre el tema. Pero eso fue después de que se hubiese resuelto la crisis, la última crisis por el momento. Para entonces, en general, los ciudadanos lunares, por mucho o poco que supiesen sobre esos acontecimientos, daban por supuesto que Dagny Beynac era su fuente de sabiduría y liderazgo.

Librodot

33

La Estación Winnipeg era una turbulencia de colores y risas. Kenmuir juzgó que la multitud estaba formada por más de un centenar de personas: hombres y mujeres, púberes y adolescentes, llegados de las praderas y quizá de más lejos. Fragmentos de las exuberantes conversaciones le indicaron que se dirigían a un campamento en las Rocosas, para pasar un tiempo haciendo montañismo y navegar en kayak; fuegos, canciones y amor bajo las estrellas. Muchas túnicas llevaban el emblema de un pico nevado y un pino con el rótulo *Highland Club.* Se preguntó en cuántas ocasiones se encontrarían todos juntos. Probablemente la mayor parte de las reuniones se realizaban en la red, con las experiencias compartidas por el vivífero y la quivira. Además de las exigencias del colegio, y para algunos, el trabajo, debían esperar su turno de reserva. La población no se había reducido lo suficiente ni los parques naturales se habían recuperado tanto como para permitir que cualquiera fuese a su antojo. Al menos, no por el momento.

Había leído previsiones de que ese día llegaría en Norteamérica en unos cien años. En otros lugares podría ser más tiempo, excepto por aquellas regiones que ya estaban completamente recuperadas.

Bien, sería mejor desearle a los jóvenes unas felices vacaciones y controlarla envidia. Para ellos, el mundo era un lugar feliz. Permaneció de pie junto a Aleka, intentando pasar todo lo desapercibido que fuese posible, y les vio embarcar. A su alrededor, el edificio se elevaba en grandes arcos opalescentes. Más cerca, había un tubo como una pared, invisible excepto por los elementos de soporte de una bobina electromagnética. Un vehículo flotaba en el vacío, el aspecto de mazacote aliviado por los tonos vivos y las amplias ventanas.

Los pasajeros se acercaron alegres y felices al tubo de entrada y lo atravesaron. A bordo, se apiñaron buscando asientos y compañeros, guardando objetos personales y diciendo adiós a amigos y familiares que habían ido a despedirles.

En el lado opuesto de la estación, un vagón más pequeño se detuvo, conectó con el tubo de desembarco y descargó unas personas. Otros pocos entraron. En ese momento no había mucho tráfico en dirección al este.

Sam Packer regresó del punto de venta de billetes.

-Aquí está -dijo. Kenmuir y Aleka recogieron las tarjetas-. Vais en el mini 7, estimado para, mm, dentro de veinte minutos a partir de ahora.

Demasiado tiempo, se quejó Kenmuir para sí. En cualquier momento... No. Rechazó sus temores. Después de todo, él y Aleka habían elegido un transporte privado, en el que pudiesen hablar con libertad, aunque había asientos disponibles en coches mayores que salían antes. Si los cazadores no los habían detectado allí, era poco probable que sucediese más allá. Además, viajar a la vista de todos podría ser más peligroso.

-Thanks a lot-dijo Aleka-. Es una frase muy pobre. Kenmuir sintió alarma. Ella no debería hablar así. Hacía que pareciese un asunto importante.

Packer sonrió, un destello blanco sobre la piel oscura.

-El placer es mío, miss. -La mirada era francamente apreciativa. Ella se la devolvió con un interés que Kenmuir se dijo que no debía molestarle.

La mirada de Packer se dirigió a él. El hombre se puso serio. -Hermandad -añadió, en una voz casi demasiado baja para oírle entre el ruido.

Lleno, el vagón se soltó del tubo de pasajeros y se adelantó. Su gemelo vino a continuación, se detuvo y aceptó al resto del grupo.

Un impulso se apoderó de Kenmuir. -Te has portado más allá del deber, Sam. -No. Somos Fireball, ¿no?

Las palabras eran nostálgicas. El padre de Packer sólo era un agente de relaciones públicas del Servicio Espacial, y su hijo sólo había encontrado carrera como músico en vivo; media carrera por lo infrecuente de las actuaciones, pero añadiendo sus ganancias a su crédito podía vivir bastante bien. Pero los Packer habían pertenecido a Fireball desde los días de Enterprises.

Había sido una suerte poder disponer de él y de su lealtad. O realmente no. Había sido casualidad que el primer aerobús que salía de St. Louis fuese a Twincity, a poca distancia por tierra de Winnipeg. Sin embargo, la gente de Fireball estaba dispersa por todo el planeta, y Kenmuir conocía a varios de ellos lo suficientemente bien como para creer que le acogerían con su acompañante y le ayudarían sin hacer preguntas. Podría haber probado en otro sitio, con la esperanza de que no les capturasen por el camino.

Packer se encogió de hombros.

-Y qué demonios, disfruté de vuestra visita -añadió-. Los billetes no son nada. Pagadme cuando os sea conveniente, o invitadme a cenar la próxima vez que nos veamos.

Había rechazado la compensación inmediata en efectivo con un comentario perspicaz.

-Tengo la impresión de que vais un poco justos de pasta.

Lo que importaba era que el débito fuese a su cuenta, para no dejar rastros de Kenmuir y Aleka que el sistema pudiese detectar. En las dos fases anteriores del viaje, la máquina había aceptado billetes, pero Venator podría ordenar que le informasen de cualquier transacción fuera de lo común.

Si eso le conducía hasta allí, y decidía realizar una investigación intensiva, podría apuntar a Packer.

-Algún día, Sam, si las cosas salen como deberían, te lo explicaré todo-masculló Kenmuir.

-Cuando sea así, estaré interesado -contestó Packer. Era inteligente, sabía que algo iba muy mal, y eso era lo que contaba.

-Quizá sea mejor que diga goodbye-propuso-. He estado pensando en tomarme unas vacaciones. Yo sólo a donde me lleve el camino. Kenmuir le dio la mano.

-Órbita libre. -Packer apretó con fuerza. Le salían lágrimas de los ojos. Los hombres se soltaron. Aleka arrojó los brazos a su alrededor y le dio un beso.

Él respondió de todo corazón y partió con una sonrisa. -Maravilloso *kanaka-dijo.*

-Fireball es así-respondió Kenmuir.

Ella inclinó la cabeza y le miró durante un segundo. -Entonces comprendes el Lahui Kuikawa. ¿No es así? Sólo podía asentir.

El segundo vagón se alejó. Otro transporte llegó y se detuvo. Como estaba vacío, debía de haber sido separado de un cilindro local para acomodar a todo el pasaje. Aleka y Kenmuir podrían haber estado entre ellos.

Llegó un mini y recibió a un hombre, una mujer y un niño, sin duda una familia que deseaba viajar a solas.

Tres minis más dejaron bajar a sus pasajeros. La mano de Aleka se metió en la de Kenmuir.

Llegó otro. «Número 7» apareció a un lado y sonó melodiosamente en un altavoz. Aleka empezó a correr, se detuvo y caminó paso a paso junto a Kenmuir. Frente a ellos, el tubo de pasajero se conectó a la compuerta del transporte. Se abrieron las válvulas a ambos extremos. Pasaron las tarjetas por el control de la puerta y entraron. Se cerraron las válvulas. El tubo de pasajero se retiró. El mini aceleró, con suavidad pero ganando velocidad a cada momento. En las ventanas, la estación desapareció. Unos hermosos edificios antiguos pasaron rápido, y luego todo fue praderas.

Aleka dejó escapar el aliento de un golpe. -¡Libres!

-Por ahora-dijo Kenmuir. Ella rió.

-No seas tan aguafiestas. ¿A qué distancia estamos del noroeste del Pacífico? ¿Diez horas? Si no han descubierto a dónde hemos ido no van a estar esperándonos al final. Y desde allí, el trayecto por acuaplano a Victoria es muy corto, ¿no?

Kenmuir no sabía en qué medida la alegría era real, pero le hacía sentirse de mejor humor. Nunca había tenido ocasión de usar un vehículo de transferencia como aquél. Con su hábito metódico, lo analizó. La cabina tenía unos tres metros cuadrados. Había dos bancos opuestos, bien acolchados, que podían transformarse en camas, y una mesa plegable que podía colocarse en medio. Al extremo se hallaba un eidófono y una cabina de entretenimiento. Al fondo, un cubícalo sanitario y una unidad de aire que era una versión en miniatura de la de una nave espacial.

El silencio también era como en el espacio, porque el vagón volaba sobre campos de fuerzas a través del vacío. El tubo era apenas visible; un poco de polvo había, inevitablemente, empañando su claridad. Aparecían anillos de conducción cada pocos centenares de metros, y de vez en cuando una bomba de aire. Por delante y detrás se veían los cables de energía como delgados centelleos que saltaban entre los pilares que, a intervalos, sostenían el tubo a seis metros del suelo. A cierta distancia a la izquierda, el tubo al este corría en paralelo. Mientras miraba, pasó volando un transporte.

De vez en cuando veía alguna ciudad -para ser más exactos, villa- o una casa aislada. Por lo demás, la pradera se extendía como un mar, con la hierba agitándose en olas verdidoradas bajo un viento en el que cabalgaban halcones y gansos salvajes. Debía de hacer calor; la luz caía en catarata de un cielo desprovisto de nubes. Oscureció las ventanas y miró hacia las profundidades arbóreas del Nuevo Bosque de Dakota.

Aleka guardó el equipaje que Packer les había conseguido, lleno de ropas y elementos de aseos. Sacó el almuerzo y los termos de café y limonada que había preparado en la cocina de Sam. Después del desayuno que habían tomado no volverían a tener hambre en horas, pero ver aquellos objetos descansando tranquilamente sobre un estante hacía el vagón más acogedor.

-Debería haberte ayudado -se disculpó Kenmuir con incomodidad.

-Ya lo harás, friend, ya lo harás. -Aleka giró el grifo del sistema sanitario hacia arriba, bebió y volvió para arrojarse en el asiento-. Voy a hacerte hablar hasta que mueras.

Él se sentó frente a ella. Incluso bajo condiciones de luz reducidas, la piel y el pelo de Aleka resplandecían. Las sombras fluían entre sus curvas.

-¿A qué te refieres? Has visto todo lo que he hecho.

-¿Sí? Lo dudo, porque no sé cómo ver. Si vieses apresuradamente el plano y un manual de entrenamiento de nuestro yate de comunidad en Niihau, ¿cuánto retendrías? Sin tener en cuenta los nombres de ve las y líneas, ¿podrías dibujarme un croquis? Well, yo no soy una astronauta. Dime qué descubriste en Prajnaloka y qué significa. Kenmuir frunció el ceño.

Librodot

-Me temo que mucho menos de lo que esperaba. Es culpa mía. Debería haber comprendido que los datos básicos estarían al final del texto y haber saltado directamente. Lo lamento.

-¡El diente de Pele! ¿Cuándo vas a dejar de echarte la culpa de todo? Teníamos, ¿cuántos, tres minutos como máximo?, antes de que viniesen a fisgar. No estoy segura de comprender a qué bestia le hemos agarrado el rabo. Ése es tu trabajo, Kenmuir. Empieza a hablar.

La impaciencia de Aleka le animó. Sin embargo, meditó antes de hablar, y convirtió el uso académico en una defensa.

-Sin duda viste que una expedición selenita clandestina viajó a un cuerpo singular mucho más allá de Neptuno que un programa astronómico igualmente secreto había localizado en la época de Dagny Beynac. -Ella asintió-. Un asteroide gigante, en su mayor parte formado de hierro, y por tanto con una gravedad superficial comparable a la de Selene. También hay otros metales en abundancia, y ha acumulado grandes reservas de materiales cometarios: hielos, hidratos, materiales orgánicos, preservados virtualmente intactos.

-Sí, entendí hasta ahí, y me pregunté cuál era el problema. ¿Un tesoro? Tenemos mucho material mucho más cerca de casa, ¿no? Es más, con el reciclaje y la reducción de la demanda, ¿no se supone que las industrias extractivas van a decaer durante el próximo siglo? -Los gruesos labios se curvaron en una sonrisa triste-. Estoy confusa, y el resto de lo que apareció en la pantalla tampoco tenía demasiado sentido. Algo sobre, eh, Rinndalir y Niolente enviando más expediciones.

-Correcto. A mí también me sorprendió que lo hiciesen, y salté en el texto a esa parte. Allí me detuve, cosa que no debía haber hecho, y estaba concentrado en ella cuando sonó la alarma.

-¿Y?

-Enviaban robots, con algunas personas de confianza, con la idea de preparar el terreno para una colonia.

Aleka se puso un dedo sobre la barbilla. Para Kenmuir, el gesto fue encantador.

-Es extraño. Por lo que recuerdo... estudié ese período de arriba abajo cuando era joven. -¡Como si fuese tan mayor!-. Me resultaba extremadamente romántico: Fireball provocando la caída del último poder totalitario a costa de su propio poder, Guthrie y Rinndalir guiando a su gente a Centauri... -Kenmuir notó cómo la visión se encendía en el interior de Aleka.

¿A cuántos en la Tierra les seguía importando? Esos pocos, los que todavía sentían la llamada de las estrellas, se conformarían con establecerse en el Hábitat, porque durante sus vidas no habría otra cosa. Incluso Aleka, pensó Kenmuir, calificaba de romántica la historia de Deméter: un mito, no, un cuento de hadas. El mito de Aleka, el ideal por y para el que vivía, estaba formado por mares profundos, una isla solitaria y amistad con nohumanos. No lo inhumano como serían para él; lo nohumano.

La pasión de la mujer se desvaneció.

-¿Se implicaría Rinndalir en un proyecto así? -le preguntó-. Recuerdo que dijo en más de una ocasión, como cuando reclutaba para la migración, que la Nube de Oort estaba demasiado cerca de la Tierra. Nada menos que un abismo interestelar podría dar espacio suficiente para permanecer libres, para evitar que al final fuesen tragados por la Federación. -Se encogió de hombros-. Ésa era su idea de la libertad, no la mía. -Un suspiro-. Pero maldición, me hubiese gustado conocerle.

Kenmuir se sintió molesto, comprendió que estaba celoso de un fantasma y volvió a sentarse burlándose de sí mismo.

-Sospecho que eso era camuflaje para Niolente-dijo-. Para él, la aventura era irresistible, pero, naturalmente, quería que tuviese éxito, en el Sistema Solar.

-Tener éxito... ¿cómo? Es decir, ¿por qué guardar el secreto? La Luna era un estado soberano... con soberanía total, fuera de la Federación. ¿Por qué no limitarse a anunciar abiertamente el descubrimiento del asteroide, reclamarlo y empezar los asentamientos? -Aleka hizo una pausa-. Eso, si alguien quisiese ir. -Se estremeció-. Una noche eterna, tan lejos del sol.

-Ya lo he pensado. -Kenmuir no le dijo cuántas horas había pasado despierto pensando-. Al principio, supongo que la idea general era mantener el asteroide, Proserpina, como posesión de la casa, su filo, por lo que pudiesen ganar. En aquella era, la demanda de minerales y hielos crecía. Con el tiempo podría ser que una fuente distante y rica diese beneficios. Eso no llegó a suceder.

»Después de que Fireball empezase a morir, la posición de la Selenarquía se volvió desesperada. Niolente dirigió una serie de brillantes acciones dilatorias. Pero incluso ella debía de saber que sólo estaba ganando tiempo.

»¿Tiempo para qué? Supongo que debía de tener varias posibilidades en mente. Pero una de ellas era Proserpina. Prepararla, armarla, luego revelar su existencia y plantar una colonia que se declarase una nueva selenarquía independiente. Incluso soñando que a la larga podría forzar una segunda... liberación... de la Luna.

-Un sueño, eso seguro. -Aleka hizo una mueca-. Y tampoco muy hermoso. En todo caso, para mí. Está bien que nos hayamos librado de los selenarcas. Sus descendientes ya son un incordio suficiente. -No eres selenita-contestó Kenmuir.

Aleka lo miró durante un rato. Él creyó apreciar compasión. -Dejando de lado los juicios de valor -dijo ella después de un momento-, ¿cómo esperaba que unos cuantos individuos en una roca sin vida, inmersos en la oscuridad, podrían aguantar frente a la Federación? ¿Con misiles? La Tierra podría enviar cabezas nucleares que convertirían todo el asteroide en gravilla, si la Tierra tuviese que hacerlo.

-Si la Tierra tuviese que hacerlo -repitió Kenmuir-. ¿Por qué iba a hacerlo? El propósito de instalar armas sería forzar medidas extremas, una atrocidad, si la Federación insistía en negar el derecho de algunos selenitas a vivir en paz en un lugar remoto y de acuerdo con sus costumbres. Lo que no haría, a ese precio. El totalitarismo, toda la idea del control social había sido recientemente desacreditado.

Aleka miró el amplio y pacífico paisaje. -Una reacción extrema a los avantistas.

-Sin duda. Desde entonces, el cibercosmos ha evolucionado, y, sí, en general ha sido beneficioso para nosotros. Pero igualmente, tú te rebelas contra él.

-En realidad, no. -Kenmuir notó su angustia-. Mi gente está atrapada en un dilema. No es bueno contra malo, es un conflicto de derechos. La única forma que veo de escapar de la trampa es conseguir la cesión de Lilisaire. Quizá debería agradecer esta situación que me ha dado la oportunidad de ganarla. Pero ¿a qué viene este terrible embrollo en el que nos ha metido y del que nada sabemos? Me digo una y otra vez que es un malentendido, quizá un poco de burocracia excesivamente celosa, y que pronto se arreglará. Si realmente pensase que somos una amenaza para la sociedad, agarraría el teléfono y llamaría a la policía ahora mismo para que viniese a buscarnos en este instante. -Se tensó en el asiento-. ¿No harías tú lo mismo?

-Yo... supongo que sí-titubeó.

Continuó apresuradamente, antes de que ella le preguntara a él, o él a sí mismo, qué le impulsaba.

-Estaba describiendo el contexto de aquella época. Pienso que Niolente creía que si el gobierno de la Federación conocía prematuramente la existencia de Proserpina, ocuparía el cuerpo con algún pretexto y prohibiría la emigración. Tenía la intención de presentarlo como un hecho consumado, un mundo lo suficientemente desarrollado como para que su reclamación tuviese fuerza y no se pudiese disputar.

»Pero la ruta de una de sus naves podría ser detectada durante el viaje y seguida. Contra esa contingencia, al principio de todo, adoptó otra precaución. No sería tan efectiva como la fortificación, pero podría hacerse con rapidez y le ofrecería un punto de apoyo para hablar. Sus ingenieros crearon un complejo sistema de detectores conectado a un transmisor de radio bien protegido y de alta potencia. Ante cualquier señal de extraños en cualquier punto vecino, enviaría toda la historia al Sistema Solar y a Alfa Centauri.

-¿Qué ganaría con eso? -preguntó Aleka.

-En ese caso, las unidades de la Federación no podrían afirmar haberlo descubierto -dijo Kenmuir-. Probablemente Niolente estaba sobrevalorando la astucia de sus oponentes, proyectando en ellos la suya propia, pero en cualquier caso el dispositivo aún existe. Nadie puede acercarse sin hacer pública la noticia, excepto usando el código apropiado; y aparentemente esa información murió con ella.

-¿No podría anularse el sistema?

-Sin duda, aunque el esfuerzo sería considerable. Entre otras cosas, hay instaladas algunas armas robóticas. No se desmanteló nunca, porque no había razón para ello. La Autoridad de Paz, o mejor, algunos oficiales de alto nivel y el naciente cibercosmos, se convirtieron en los únicos herederos del secreto. Lo han conservado desde entonces. -¿Por qué?

-Supongo que, al principio, simplemente para evitar provocar aún más a los selenitas. Ya era bastante difícil establecer una república y reconciliarlos con ella. Más tarde, a medida que el cibercosmos incrementó sus capacidades e influencia, debió decidir por razones propias mantener esa política. Durante una generación o dos, el número de humanos al que se le reveló se redujo drásticamente. Quizá hasta cero. Al menos, ésa es la explicación que se me ocurre para que Proserpina haya seguido siendo secreto.

-Hasta ahora-dijo Aleka ferozmente. Él respondió con desolación.

-Lo más probable es que siga así. No llegamos a leer los datos útiles, los elementos orbitales y demás. Si quisiésemos hacerlo público nos llamarían impostores o dementes, y posiblemente nos ingresarían para recibir tratamiento. No tenemos nada que nos apoye más que nuestra palabra, y la mitad sólo son conjeturas. La probabilidad de que descubramos algo más es... ridículamente pequeña.

-Pero vamos a probar-declaró ella.

-Sí, vamos a hacerlo. -Él, a solas, se hubiese rendido. El vagón siguió volando.

-Pero no tiene sentido -susurró Aleka al fin-. ¿Por qué el secreto? ¿Qué daño podría causar el que Lilisaire llevase algunos selenitas a Proserpina? Dándoles tiempo, podrían hacerlo tan habitable como la Luna. Y además, desarmaría su oposición al Hábitat. ¿Qué objeción razonable... podrían tener las autoridades?

No había dicho «podría tener el cibercosmos». ¿Se atrevería? -No lo sé -contestó Kenmuir-. Sinceramente, no puedo imaginarlo.

Pasaron un ramal, que se curvaba antes de enderezarse y dirigirse al sur sobre el horizonte. Quedó atrás en menos de un segundo. Sin embargo, tuvo el efecto de dirigir la

atención de Kenmuir hacia el exterior. Selene colgaba pálida y creciente al este. Allí había comenzado aquella desesperada empresa suya, hacía mucho, mucho tiempo.

Librodot

34

La madre de la Luna

-Sí -susurró Dagny Beynac-. Es demasiado.

-Pero no puedes dejarlo -dijo Anson Guthrie con una voz casi tan baja.

-¿Debería? Siempre afirmaste que nadie era indispensable, y la idea de que alguien lo sea significa que los creyentes tienen serios problemas.

Dejó caer la blanca cabeza. Se recostó sobre el sofá y permitió que se ajustase a su forma y la calentase un poco. Cerró los párpados. Los volvió a abrir y observó la familiar habitación, los viejos muebles, las jóvenes flores, la pantalla sintonizada con la Tierra llena de sol, agua reluciente, bosques, la casa en la Isla Vancouver y los niños jugando sobre el césped.

-Sí -admitió Guthrie.

Recuperó lentamente las fuerzas para hablar. Él esperó. Ese día había venido en un cuerpo especial, de cuatro patas, cuatro brazos, pero con dos manos que tenían el aspecto y el tacto de manos humanas. Además de la torre de sensores y altavoces, en la parte alta llevaba un holocilindro en el que generaba la imagen del Guthrie vivo con aspecto de mediana edad. Debía ser difícil controlarlo todo simultáneamente. De vez en cuando, la imagen se congelaba en tres dimensiones. Por lo demás, hablaba, sonreía, la miraba con amor, como si viese por ahí y no por la torreta. Ella no sabía quién más lo había visto así. Quizá nadie.

-Es igual-dijo Dagny-, tú sigues. Fireball no puede sobrevivir sin ti.

-Vaya si puede. Posiblemente le iría mejor.

-Entonces, ¿por qué sigues al timón? El rostro sonrió con ironía.

-Bien, si no por otra cosa, considerando el poder que tiene, como en ocasiones se comporta de forma muy similar a un gobierno, Fireball necesita a alguien que la controle. En caso contrario, podría degenerar hasta convertirse en un verdadero gobierno.

-¿Para Selene? Podría irnos mucho peor. -¡Que el cielo no lo quiera!

Ella intentó igualar sus esfuerzos por comportarse con ligereza. -Oh, sé con seguridad que no querrías el trabajo.

Los selenitas frustrados, furiosos; los más poderosos maquinando Dios sabe qué planes. Los ciudadanos terranos de la Luna todavía más divididos, algunos deseando la independencia, otros temiendo lo que podría implicar para ellos, con las dos facciones amenazando con movilizarse. La Federación dividida por igual sobre el asunto -los derechos de las sociedades y especialmente de los metamorfos a ser ellos mismos, un final para un problema cada vez más engorroso y costoso, versus el principio de la herencia común, el temor a un nuevo nacionalismo rampante, los poderosos intereses invertidos en el status quo e incapaz de tomar un decisión, ya que los crecientes infortunios de la Tierra reclamaban casi toda su atención... El resto de humor en la conversación desapareció.

-No -dijo él-. Estoy cuerdo. Además, los gobiernos unidos jamás lo permitirían. ¿Privatizar el gobierno? -Hizo una mueca-. Pero alguien tiene que llevar las cosas aquí, y está tan claro como la entropía que ese tipo, Haugen, no lo está consiguiendo. No es que Wahl hubiese durado mucho más sin ti. Tú eres la que ha estado apuntalando las cosas, una y otra vez, año tras año, y te ha vaciado por dentro.

-Yo no -protestó Dagny-. El Consejo... -Por la Comunidad Lunar, no el Alto Consejo de la Federación Mundial, sino su grupo no oficial e informal- y los magnates y alcaldes que son sabios y... el sentido común de la gente normal... -Había acabado con su aliento. El pulso le fallaba.

-Sí -persistió Guthrie-, pero tú has sido quien los reúne y los mantiene juntos, la que suaviza sus discusiones, acaricia sus egos y los recorta, la que les ha dado una dirección y los mantiene en ella, ofreciendo el maldito liderazgo.

La larga y compleja frase le dio tiempo para recuperarse. Sin duda, en parte era eso lo que pretendía.

-En realidad, soy más un símbolo que una líder-dijo.

-Podría ser, lo que te hace todavía más importante. Pero la parte minoritaria de ti, el cerebro y las agallas, también tiene mucho empuje. Contra un campo gravitatorio como el de Júpiter, una estrella muerta o un agujero negro. Y ya había agotado el combustible, pensó. -Incluso ser el símbolo, la gran anciana, está resultando ser demasiado -murmuró-. Este último...

Una petición desde la gran pantalla pública no había detenido los disturbios entre los terranos en Leyburg. Había ido allí en persona, a la vista de todos en lo alto de la rampa del cibercentro, donde cual quiera podía lanzarle una piedra que en la gravedad lunar podría matarla. La alternativa hubiese sido que los disturbios se descontrolasen: muerte, destrucción, posibles daños graves a estructuras vitales, ley marcial y consecuencias imprevisibles en toda la Luna.

-Me he quedado agotada.

Y no había sido más que una ola en una marea que se avecinaba, y ¿lo sabían todos, soñaban todos con lo que traía?

La nueva canción de Verdea era un éxito. Aunque el selenita era casi intraducible, los terranos repetían algunos fragmentos en sus lenguas ancestrales, como si de alguna forma también se comunicase con ellos... una frase en medio de una conversación, un grito en el turno de noche, una pintada en una pared, un fogonazo en una pantalla de comunicados.

«...Tú: sólo la ley, visión sin sangre, y ni en una ocasión un corazón *destrozado* en nombre *de dioses inexistentes. La muerte no es más que* piedras *que yacen* inmóviles en el abrazo *de* páramos secos; los mundos giran *siempre obedientes; comprenderás* sus modos y sus razones nacerán *de* tu mente. Te has consagrado a servir y dominar la constancia de las *estrellas.*

Pero el polvo de las *piedras* se convertirá en huesos, *huesos resecos elevándose* para viajar *desde la duda a la oscuridad. Tu engendro olvidado inquietará* tus *sueños, el* corazón *se liberará de* su prisión, y la *muerte se reirá de tus leyes. Porque las estrellas* son *de fuego...*

Cuando la escuchó por primera vez, Dagny se había quedado inmóvil. Sentía sin ninguna razón que pudiese expresar que su hija no estaba tanto invocando la rebelión como mirando a un futuro lejano y oscuro.

Las palabras salieron antes de que pudiese controlarlas.

-¡Oh, Tanso, estoy tan cansada! Soy tan vieja. No puedo continuar.

Inmediatamente quiso decir que lo sentía. No quería ser una llorica.

Él no le dejó opción.

-No hay discusión. Además, ya has pagado el impuesto de residencia. Te has ganado algo de paz y tranquilidad, y malcriar a los niños cuando los veas. -Cuando Lars Rydberg los trajese, sus descendientes más jóvenes, de visita desde la Tierra.

-Lo he intentado. Todos siguen... pidiéndome consejo, y luego... -Ya. Una cosa lleva a la otra. Nunca dejarán de hacerlo mientras puedan disponer de ti.

-Pero cada vez soy menos y menos capaz.-Se abrazó para protegerse del calor y los temblores-. Tengo miedo, mucho miedo. He... sobrevivido a la utilidad que hubiese tenido... y pronto cometeré un error que provocará la muerte de personas.

-No espero que pase inmediatamente. Y luego, no tiene por qué suceder, nunca. Puedes seguir ayudando, ayudando de verdad, sin cansarte, todo el tiempo que quieras.

Dagny miró el rostro fantasmal y dijo con ternura severa:

-Me suponía que eso era lo que tenías en mente cuando me llamaste para preguntar si podías venir.

La cabeza asintió. -Emular tu mente.

Ella miró la pared, la imagen inmóvil de Edmond, y guardó silencio.

-Entonces tú, este tú, será libre -dijo él.

Durante toda su vida, cuando se encontraba en una encrucijada, tenía las ideas claras y el pulso firme. No es que todavía tuviese una respuesta, era más bien que tenía muchas preguntas.

-Pero el otro yo -objetó.

Durante unos segundos no se atrevió a mirarle. Se recordó que lo que veía no era un rostro mortal y vulnerable, sino una máscara que él formaba y reformaba según lo que consideraba mejor. Pero no importaba. Qué viva parecía cuando miraba aquellos ojos, qué chistosamente comprensiva.

-Lo sé -le contestó-. Siempre fuiste demasiado amable para decirlo claramente delante de mí, pero lo sabía. ¿Cómo puedo soportar ser una máquina? La idea de convertirte en una te paraliza.

Dagny levantó una mano para negarlo pero la dejó caer. Lo que él le ofrecía era franqueza. Por su honor y el de ella, debía aceptarla. -Me sorprende cada vez que lo pienso. Otras emulaciones...

De las pocas hechas, ¿cuántas quedaban a su lado? ¿Dos, tres, cuatro? Intentó recordar, y fracasó, cuántas habían solicitado la terminación porque se sentían deprimidas. No, ¿no habían sólo indicado, cada una a su manera, que no querían seguir?

Guthrie sonrió.

-En mi caso, todavía encuentro el universo muy interesante. Puede que eso también te pase a ti.

-Me lo pregunto. Lo dudo.

¿Como fantasma, no desearía la carne, por poco que le quedase? ¿No era ese vacío de lo que las emulaciones deseaban huir? No es que llorasen lo que habían perdido. ¿Con qué podrían llorar? (¿O de alguna forma, sí lloraba? Ninguna había podido explicarlo satisfactoriamente, si había intentado dar una explicación). Pero tampoco temían el olvido.

Tomó una decisión.

-¿Sería yo una máquina efectiva? -Ésa era una razón sólida que algunos daban para solicitar el final, que no estaban hechos para eso, que no funcionaban correctamente.

-Sí -dijo Guthrie-, te guste la situación o no. Te conozco. -¿A ti te gusta? -se obligó a decir.

-Estar vivo era mejor -admitió sin reparos-. Pero he descubierto que esto también tiene su gracia. Y tú eres de mi sangre, Diddyboom.

Su sangre, décadas atrás convertida en cenizas y esparcida por las montañas donde esperaban las cenizas de Juliana. Pero una sangre que vivía en ella, en Lars, en sus hijos e hijas con 'Mond, y en los suyos y los suyos, quizá durante millones de años en el futuro, incluso sobreviviendo a las estrellas. Si se le daba la oportunidad.

Habló con cuidado, para manifestar la verdad pero sin dar la impresión de autocompasión.

-No creo que desee continuar indefinidamente como tú. Estoy cansada, Tanso. No soy infeliz, al contrario, pero cuando llegue el momento de morir, estaré preparada. -Para seguir a 'Mond.

Él volvió a asentir.

-Vieja y llena de días. Y cada uno de esos días rebosante. -De logros, decía su tono, y amor, alegría, aventura, pasión; incluso el dolor y la pena eran vida-. Pero Dagny, si supieses que tu obra no había sido en vano sino que continuaría, tú, el tú mortal, podría disfrutar de estos últimos momentos, y podrás descansar a voluntad.

-Sí. Pero mi emulación... -No será tú.

-Seré responsable de su existencia.

-No te maldecirá por ello. Te conozco lo suficientemente bien como para saberlo, cariño. -¿Y qué sentía él, se preguntó, viendo cómo su Diddyboom envejecía y moría mientras él permanecía inalterable?-. Piénsalo. -Piensa rápida, piensa mucho y con cordura.

-Debo hacerlo -le dijo-. Esto no es del todo una sorpresa. Espero que la otra mente siga hasta que la Luna sea libre, sea como sea esa libertad, y razonablemente segura. Pero luego...

-Si luego quiere detenerse-dijo Guthrie-, lo hará. Lo prometo.

35

Como hacía cada año, el sistema recordó a Venator que era el cumpleaños de su madre. La llamó cuando el sol alcanzaba el mediodía sobre el hogar de la mujer. Charlaron un rato en una mezcla de anglo y bantú, el que había sido un dialecto privado cuando era niño. Ninguno de los dos tenía demasiado que decir.

-Estaría bien si algún día pudieses venir en persona -dijo ella para terminar, con algo de melancolía-. No puedo abrazar tu imagen. Y me gustaría mostrarte lo bien que están las rosas, no en una fotografía. Pasearíamos entre ellas, las tocaríamos y las oleríamos.

La imagen de la mujer era muy real en el gran eidófono. Pelo gris, rostro marcado, una túnica amplia y lisa como correspondía a una cristiana cosmológica, sólo con un broche floral en la garganta. Tras la silla, la puerta abierta mostraba un clima templado y una luz brillante. Venator veía parcialmente el patio y las colinas Kwathlamba, tostadas, salpicadas de árboles, y una manada de antílopes en la distancia. Los tordos cantaban en el jardín y él podía oírlos.

-Estoy ocupado, Mamlet -dijo-. Extraordinariamente ocupado. Te visitaré en cuanto pueda. -¿Y cuándo fue la última vez? No podía recordarlo. Bien, lo intentaría pronto. Tampoco había necesidad de sacrificios personales. Una vez que el asunto Proserpina quedase controlado, estaría bien disfrutar de algo de descanso y ternura. -Sí. Cuídate -insistió ella ansiosa-. Tu trabajo es demasiado duro, demasiado extraño. Tu padre... -Se detuvo. No era un tema para seguir hablando. Aunque nunca se lo había reprochado a su único hijo, el ministro Joseph Mthembu había muerto sabiendo que el muchacho era un apóstata y creyendo que se había convertido en medio máquina.

La religión de su padre decía incluir los descubrimientos científicos. ¿Por qué no pudo comprender que lo que sucedía no era la negación de la humanidad sino su exaltación? Incluso si la Teramente y la noosfera eran demasiado extrañas para él, en cualquier lugar de la Tierra al que fuese encontraba gente libre de miseria, enfermedad, temor y trabajos que destruían cuerpo y mente; gente libre para vivir como desease.

-No te preocupes -dijo Venator-. Por favor, no te preocupes. Mi trabajo es mi alegría, y debo agradecéroslo a ti y a papá. -Que le hubiesen entregado al cibercosmos. Sonrió-. Además, tengo muchas distracciones saludables. -Salía a las montañas siempre que las obligaciones de la caza se lo permitían.

Ella se alegró.

-¿Incluye eso a alguna jovenes? -Bien... no. Todavía no.

Ni nunca, suponía él, no en el sentido al que se refería su madre. No tendría nietos. La especie era todavía demasiado numerosa para su bien. Los elegidos siempre debían dar ejemplo; cuando fallaban, dejaban de ser los elegidos y, con el tiempo, la historia los dejaba de lado. Siempre habían fallado, hasta que el cibercosmos se convirtió en un ser incorruptible que les guiaba.

Cómo deseaba hacer que aquella pequeña y triste mujer comprendiese que el ADN ya no importaba. Había sido el medio empleado por la evolución hacia un fin. En adelante, la verdadera herencia sería del espíritu.

Las ideas, las respuestas mudas, no llegaron a su conciencia. Estaban en el fondo, como una parte de él. Volvió a sonreír.

-Más tarde habrá tiempo suficiente -le aseguró-. Pero primero, algo de comida de mi Mamlet, ¿eh? Espero que en un mes o dos. A un lado se encendió una señal de emergencia. Se

le aceleró el pulso. -Ahora estoy realmente ocupado -dijo con rapidez-. Que tengas un día maravilloso. Confío en que estés con amigos. Dales recuerdos de mi parte.

-Sí-susurró su madre. Dudaba de que lo hiciese. Un sinnoionte no era un simple hijo con éxito del que estar orgullosa. Era como si la mujer se encogiese delante de sus ojos-. Gracias por llamar. Adiós. Apagó la pantalla.

-¿Cuál es el mensaje?-dijo.

-Lilisaire de Zamok Vysoki pide hablar con usted, específicamente, con el nombre de Venator y el rango de pragmático -le contestó el altavoz.

Realizó la valoración interna: la selenita no sabía dónde estaba. Casi ningún humano en todo el universo lo sabía. Pero esperaba que el sistema pudiese localizarlo. Por tanto, Lilisaire había descubierto su posición en el sistema y que era el líder de la oposición contra ella... al menos con mucha probabilidad. No le sorprendía, especialmente después de lo que había pasado recientemente. Pero ¿debía aceptar la llamada y confirmar así sus deducciones? Sí. Era una pieza casi trivial de información que revelar con la esperanza de ganar más, quizá mucho más. ¿Qué más sabía y qué pensaba hacer con ese conocimiento?

-Aceptar --dijo, sintiendo la embriaguez de la persecución. Apareció la imagen de la mujer, de pie en una habitación tan negra como la obsidiana pulida, vestida con un traje ajustado que llegaba hasta el suelo y que tenía la textura de un pelaje color azufre. La melena castaña caía libre detrás de unos rasgos que parecían tallados en hueso, una máscara, pero los ojos eran como dos grandes esmeraldas luminosas. Enrollada sobre los hombros desnudos había una serpiente metamórfica, sobre cuyas escamas se dividía la luz en las chispas del arcoiris. De pronto y con violencia, Venator la deseaba. Detén eso.

-Saludos, mi dama -dijo en la lengua de la mujer, antes de recordar que con él, ella prefería, por alguna razón, el anglo. Cambió-: ¿Cómo puedo serviros?

La imagen no permaneció estática mientras los fotones iban de un lado a otro. Respiraba. Se movía, cambiando el equilibrio de su cuerpo con tal sutileza que era casi imperceptible, pero no para él.

La voz era fría.

-Agentes de su cuerpo han invadido un hogar en la Tierra, para alterar sus pacíficas funciones y confiscar las valiosas propiedades que contenía. Me gustaría saber con qué permiso han actuado. En caso contrario, me quejaré a la justicia del Alto Consejo, y a todo el Sistema Solar.

Así que pasaba a la ofensiva. Contraatacar. -No creo que lo hagáis, mi dama.

Venator sabía que Lilisaire se refería al sofotecto estático que llevaba el nombre de Mary Carfax. O éste había llamado a alguien al servicio de la selenita cuando los hombres entraron o se había enviado una señal automática. La investigación todavía no había descubierto cuál de las dos, pero en realidad no importaba. Lo que importaba era la velocidad con que Lilisaire lo había descubierto y había reaccionado. En todo caso, bajo la dura superficie debía de estar estremeciéndose. Que siguiese así.

-Si la acción tenía una orden judicial, la emisión y la causa deberían estar en la base de datos pública -dijo-. No las he encontrado. -El asunto se refiere a secretos oficiales, mi dama -replicó Venator-. Según el Pacto, la información se puede retener durante una emergencia grave, hasta su resolución. Para ser sincero, ¿puedo decir que, dadas las circunstancias, esto os beneficia?

Retraso en la transmisión. Venator no apartó la vista -una mala táctica psicológica-, pero intentó no recordarla desnuda.

-Habla como si la oposición fuese un crimen. -¿Ganaba tiempo mientras planeaba su siguiente movimiento?

-En absoluto, mi dama -dijo-. Tenéis todo el derecho a vuestra política y libertad de expresión. -Forjó severidad-. Pero no tenéis derecho a datos confidenciales o a intentar descubrirlos. Y no podéis restringir en absoluto la libertad de expresión y el desarrollo de una conciencia. Eso equivale a esclavitud, mi dama, la violación definitiva de derechos.

Pasaron un par de segundos.

Lilisaire sonrió. Era casi un sonrisa amable, y el tono era casi de conversación.

-Usted y yo no tenemos que andar de puntillas sobre el tema, ¿no? Se trata de la máquina en San Francisco. En realidad me ha ayudado ocasionalmente, como consultora, e igualmente ha ayudado a otros. Al producirse la entrada, su lealtad le hizo informar a uno de mis agentes en la Tierra. Como es natural, me sentí indignada y exijo que exonere a su cuerpo, si puede.

-Hablasteis de propiedad confiscada, mi dama. Un sofotecto no es más propiedad que vos o yo. En este caso, no hay registro de fabricación. Se le mantuvo alejado de cualquier contacto directo con el cibercosmos. Todo apunta a la fabricación y mantenimiento de un esclavo.

La serpiente se agitó, una onda sobre su pecho, y levantó la cabeza. ¿Era una respuesta a una señal invisible? Todavía sonriendo, Lilisaire la acarició bajo la mandíbula.

-Si no hay datos, ¿a quién va a acusar de fabricarlo? -respondió con el mismo tono semiamable-. Si se mantenía alejado, ¿fue por libre elección para preservar los secretos confiados? No sabría decirle. La mente de la máquina me resulta muy extraña. Pregúnteselo.

Venator deseó decirle que ella sabía muy bien que no podía hacerlo. Mary Carfax tenía los mecanismos para borrarlo todo menos los elementos funcionales de su base de datos. Así lo había hecho en el momento en que los extraños habían penetrado en la casa con propósitos evidentes. Eso incluía cualquier compulsión presente en su programación.

Y en cuanto a su existencia, podría haber sido construido lentamente, a trocitos, quizá durante toda una vida humana, en un laboratorio que ya estaría alterado más allá de toda recuperación. Los sele narcas pensaban muy por adelantado. Planeaban en busca de ventajas remotas en el tiempo, imprevisibles más que como posibilidades dependientes de la contingencia.

Proserpina.

Venator no iba a admitir todo lo que sabía. Que Lilisaire se preguntase por la amplitud de sus conocimientos.

-La investigación prosigue. Repito mi sospecha de que no deseáis hacer público el asunto más de lo que lo desea... el gobierno.

La burla de Lilisaire siguió durante el retraso. Venator la vio desvanecerse a medida que ella le escuchaba. Volviéndose fluido, el rostro adoptó una expresión similar a la seriedad.

-Insinúa acusaciones, señor. -Fue el suave ataque-. Sospecha que he buscado conocimientos negados a todos excepto a unos pocos individuos. ¿Qué fue de los grandes principios de que la información debía ser accesible a todos en la red?

Venator lo reconoció como una discusión abstracta, una forma de retirarse. Ella apenas habría esperado más que probar los límites de su decisión y estimar sus progresos. Por su parte, Lilisaire no había ni re velado ni confesado nada. Venator admiraba la actuación. La pérdida de la máquina Carfax debía de ser un duro golpe. Podría bien significar la caída de toda la red que Lilisaire había tejido en la Tierra. Ciertamente indicaba que sus intentos de espionaje habían fracasado: porque Alice Tam era la relación que Venator consideraba más

probable con Carfax. No iba a decirle a Lilisaire que Tam seguía en libertad, aunque ese detalle careciese de importancia en ese momento.

En lugar de eso, iba a presionarla. Quizá pudiese asustarla para que revelase algo.

-Estáis siendo poco sincera, mi dama. Siempre se ha aceptado que ciertos hechos no debían estar disponibles para todos. Por ejemplo, cómo sintetizar una nueva enfermedad. El cibercosmos puede hacerlo con facilidad, pero no revelará los detalles, excepto a personas cualificadas que realmente necesitan saberlo. Un criminal que intentase hacerlo debería tener una capacidad computacional aislada del sistema global. -Con dureza-: ¿Por qué se fabricó ese sofotecto independiente y por qué se le programó para que nunca se fusionase con el cibercosmos?

Realmente no esperaba respuesta. Ni la recibió.

-Admite, señor, que el cibercosmos toma toda decisión importante, que gobierna sobre todos los mundos. ¿No?

-¡Claro que no! -No debía permitir que ella le enfureciese-. ¿Está uno sujeto a un martillo porque clava los clavos mejor que tú con el puño?

Después del retraso, desdén.

-No esperaba una respuesta tan chapucera de usted, Venator. Los robots puede que sean herramientas, aunque potentes e ingeniosas, pero los sofotectos no lo son. Ni tampoco son compañeros de viaje, a pesar de las sensibleras declaraciones. El cibercosmos reina, bajo la Teramente y para ella. La humanidad está en la nómina del cibercosmos, aunque sin ningún propósito que yo pueda comprender... -La risa sonaba como el cristal- menos que sea un hábito o una diversión.

Venator no podía contenerse, tenía que repetir argumentos que llevaban siglos sin usarse. En caso contrario, en cierta forma, se estaría rindiendo ante ella, y temía no saber a dónde podría llevarle eso.

-¿Os referís al crédito de los ciudadanos? No es más que el método de distribuir, individualmente, los bienes y servicios que las máquinas producen para nosotros, y mantener el control de la demanda. Si queremos producir más intercambiarlo, tenemos la moneda en efectivo.

Lilisaire demostró su rechazo con aún mayor frialdad.

-Ay, cómo me decepciona. Aunque es un perro de presa del régimen, no me esperaba que le hubiesen comprado el espíritu hasta haberle domesticado. -La serpiente silbó.

-¿Domesticación o sentido común? -le respondió-. Los selenitas tampoco toleran el caos. Morirían pronto si lo hiciesen. Esperando, recuperó el control. ¿Por qué debía sentirse vulnerable ante Lilisaire? Un único turno de noche... Aun así, su respuesta fue balsámica.

-Buscamos la supervivencia de nuestro pueblo, y de la variedad en todas partes. Si eso es caos, entonces recuerde que la vida es caótica.

-Y el caos dentro de sus límites es creativo -admitió Venator, aprovechando la puerta que parecía ofrecérsele-. Los selenitas nos han dado esplendores. Pero ¿no podéis comprender que el cibercosmos también es creativo? ¿Que también está vivo? -En un impulso añadió-: Acepta la emulación de mentes humanas en su interior, mentes que pueden contribuir a algo nuevo. ¿No consideraríais uniros a la aventura?

Con su gente. No es que perdurase poco más que un fantasmal recuerdo de la carne; la semilla superaba el recipiente. Y sin embargo... La alegría repicó.

-Sí, ¿y también le gustaría tener mis huesos en una exposición? Tengo un esqueleto de lo más grácil.

-¿Tenemos que ser enemigos?-preguntó Venator-. ¿Es imposible tener paz y cooperar?

La risa de Lilisaire desapareció. Permanecía una alegría interior. -Si desea hablar más, con tiempo, estaré encantada de recibirle de nuevo -ronroneó.

Y distraerle. No, no podría cautivarle. No era un muchacho, no era -recordó de pronto un fragmento de una antigua lectura- un cretino. Pero sí podría desviar su atención. Aunque no estaba dispuesto a admitir que había comprendido el truco que ya había usado con él, y menos aún que había tenido éxito.

-Gracias. Cuando el tiempo lo permita. Estoy seguro de que os beneficiará -dijo en un tono sardónico dirigido más contra él que contra Lilisaire.

Qué hermosa, que injustamente hermosa se manifestaba en la ligera gravedad de su guarida, a 384.000 kilómetros de distancia. -Ambos podemos beneficiarnos -contestó ella-. Después de todo, el objeto de nuestra disputa se encuentra en el espacio lejano, ¿no es así? Que le vaya bien, señor.

La imagen desapareció.

Al principio sólo sintió el vacío. Después de un segundo, pudo sonreír y mover la cabeza. La tensión a continuación. ¿Exactamente qué había querido decir con el último comentario?

Quizá no fuese más que una pulla. No habría dejado caer ninguna pista que pudiera hacerle dirigir su atención a otra de sus maquinaciones. A menos que lo hiciese con la esperanza de que él lo considerase como una falsa pista y se mantuviese concentrado en la Tierra.

No sería una tontería. La Tierra era de hecho el lugar donde él y ella se enfrentaban. Alice Tam estaba en el planeta. Recuperar los movimientos del volador de Tam, buscando los registros de las llamadas telefónicas que había realizado recientemente y comprobar los receptores había sido un esfuerzo enorme, concentrado violentamente en un par de días y noches. Pero había llevado hasta la casa Carfax, y desde allí la pista bien podía bifurcarse a todos los nodos de la conspiración selenita en la Tierra. ¿A dónde podría entonces Lilisaire dirigirse sino al espacio?

Al espacio más lejano, Marte, los asteroides, las lunas de los planetas exteriores; su gente muy dispersa pero en posesión de naves espaciales, generadores nucleares, robots, sin conciencia pero con ordenadores muy potentes, instrumentos capaces de trabajar o hacer daño. No invocaría la rebelión. No la seguirían si lo hiciese; no estaban locos. Pero Venator podía pensar en otras posibilidades. Por ejemplo, si de alguna forma tenía alguna intuición sobre la naturaleza del secreto, algunos selenitas del exterior podrían iniciar una búsqueda astronómica furtiva... Debía organizar un programa para mantenerlos vigilados. De por sí ya sería una tarea lenta y muy costosa.

Al mismo tiempo, no debía olvidarse de la Tierra, menos aún cuando Lilisaire y sus valientes todavía podían lograr algo.

Mantener la búsqueda de Tam y Kenmuir. Sin embargo, no había que usar una fuerza sustancial, que estaría mejor empleada en otra parte. Era muy probable que no pudiesen hacer nada más. Sí, habían penetrado en el archivo Proserpina, y éste se había ejecutado hasta el final; pero el registro mostraba que había sido una ejecución directa, sin saltos, y ellos escaparon a los pocos minutos de empezar. Por lo tanto, carecían de los datos críticos.

Sería incómodo si hiciesen público lo que sabían... no inmanejable, pero sí incómodo. Mejor sería atraparlos pronto. Tenían aliados por todo el planeta, Kenmuir a su

Hermandad, Tam a sus metamorfos y asociados. Sin duda, intentarían recurrir a algunos de ellos. Pero el sistema estaba en alerta, ¿y cómo podrían evadirlo simples aficionados?

La Mansión Guthrie, por ejemplo -no era un destino muy probable, porque Kenmuir no era estúpido-, sería un callejón sin salida y una trampa. Aun así, por si acaso, robots estratégicamente situados vigilaban todo vehículo que entraba y salía de la mansión de Fireball. Si desembarcaba alguien que pudiese ser uno de los dos fugitivos no llegaría muy lejos sin ser detenido e identificado. Lugares menos públicos presentaban mayores problemas, pero Venator no veía cómo la fuga podría durar mucho más.

Los agentes establecidos de Lilisaire eran los más interesantes. ¿Había sido Carfax el único de los sofotectos?

Pidió una conexión.

Los técnicos lo introducían con calma y gradualmente en el cibercosmos. Le pidieron que esperase hasta el final de la sesión. Estuvo de acuerdo y se ocupó de otras tareas. Las había de sobra.

Cuando al final habló con la máquina, sólo oyó su voz. ¿Qué importancia tenía el aspecto? Lo que fuera Carfax ya sólo eran sensores, actuadores, microcircuitos, sin lenguaje corporal. La personalidad se había desintegrado a sí misma, dejando nada más que el mínimo estándar. La nueva conciencia que estaba formándose hablaba lentamente, vacilando al buscar significados y expresiones. Si se le pudiese aplicar una emoción humana, Venator lo hubiese llamado timidez.

-No, lo... lamento... no puedo decir nada sobre las antiguas... salidas y entradas. Busco, pero ha desaparecido, todo ha desaparecido. -Una pequeña pérdida-dijo Venator con gravedad-, si estabas esclavizado.

-No comprendo esa palabra. Busco... Hay muchas ramificaciones. ¿En qué sentido la usa?

-No importa -suspiró-. Aprenderás pronto a manejar los vocabularios humanos. Tenía la esperanza de que en ti permaneciese alguna pista de lo que busco, pero si no la hay, no la hay. -Porque para él la máquina tenía un alma-. ¿Cómo te va?

-¿Idioma...? Se me ha hecho evidente que no estoy adecuadamente diseñado. Tengo varias deficiencias de hardware que es preciso remediar. Mientras tanto, se me guía en la medida que puedo hacia el cibercosmos. -El antiguo programa sabía cómo transmitir emociones. El actual, por el momento, sólo podía hablar con voz temblorosa-. Es... glorioso.

Durante un momento, Venator casi envidió a la naciente inteligencia. La hora de su muerte somática y su entrada mental en el sistema se encontraba décadas en el futuro, si no intervenía un accidente. Y sería diferente a la del sofotecto.

Pero sería mejor. Su vida le habría preparado. Le habría dado mucho que entregar a la Unidad.

Incluso las primeras emulaciones primitivas eran transfiguraciones. Siempre le había parecido perverso cómo tan pocos de esos sujetos conservaban su inmortalidad. Con o sin la promesa de convertirse en uno con la Teramente, creía que él, como Guthrie, habría elegido seguir viviendo.

36
La madre de la Luna

Moverse en un cuerpo robótico, sentir con sentidos robóticos, es cuestión de habilidad, de la mente adaptándose a la unidad con el hardware y las subrutinas, de la misma forma que el original se encontraba en unidad con los nervios, glándulas, músculos, la totalidad. Generar una imitación holográfica continua del cuerpo vivo -no como era cuando estaba viejo y cansado, sino en la vigorosa mediana edades arte. La emulación no lo ha conseguido por completo. Es muy consciente de la rigidez de la cara y los gestos en la pantalla o el cilindro, los momentos en que se olvida y la imagen permanece como paralizada, la frecuencia con que las distracciones hacen que el tono se vuelva plano, mecánico. La práctica la hará mejorar; pero no ha tenido muchas oportunidades para practicar a solas.

Por torpe que sea, la proyección es mejor que aparecer como una voz sin cuerpo, una caja con pedúnculos o la figura sugestiva de un hombre con armadura. En cualquier caso, es mejor en las confrontaciones emocionales como la de hoy. Muestra, o intenta mostrar, que la emulación no se ha limitado a tomar el papel de Dagny Beynac en el consejo y la capitanía, sino que repite su sabiduría y compasión.

O al menos eso espera. ¿Espera? ¿Computa como probable? Comprender el propio yo es la tarea más lenta y dura de todas.

Frente a ella, la imagen dura y cuadrada de Stepan Huizinga, hablando desde Port Bowen, frunce el ceño.

-Sabe lo que tememos, madame. ¿No es así? -Implicación: se pregunta si puede saberlo.

-Conozco varios de sus temores -contesta-. ¿Cuál es el más importante? -Evidentemente, ella conoce la repuesta; pero mejor que siga hablando, que se abra, para estudiarle en acción.

-Lo que ellos llaman independencia -replica-. Madame, no vamos a sufrirla. No podemos. -Por lo tanto, su Unión para la Defensa Humana está hablando seriamente de armarse, formando lo que ellos llaman una milicia; y Dagny le ha telefoneado, usando una línea encriptada, para discutirlo.

-Muchos de los ciudadanos lunares terranos desean la independencia.-Una redundancia que ella considera necesaria.

-Sí. Parlotean sobre libertad, derecho a la propiedad, que se eliminen las restricciones a sus empresas... Son idiotas. Algunos son lacayos de los selenarcas, pero en su mayoría son idiotas. O en caso contrario, no les importa nada más que su avaricia.

-¿Pero usted? -le desafía con tranquilidad. Él levanta la cabeza.

-Vivimos aquí, mi gente y yo. Nuestras raíces están aquí, donde la mayoría de nosotros hemos pasado la mayor parte de nuestras vidas. Usted debería comprendernos... madame --dice apresurada mente, al darse cuenta de que ha dejado escapar algo que podría ser ofensivo.

Ella no siente resentimiento, ni tiene deseos de fingirlo.

-Sí -dice-. Les comprendo. -Por medio de recuerdos que se extienden toda una vida. ¿Qué profundos son esos recuerdos en ella? No lo sabe. ¿Lo descubrirá algún día?

Él se envalentona.

Librodot

-Perdóneme, pero quizá usted tenga algún prejuicio. Usted, su original, decidió dar a luz hijos selenitas. -Una vez más, retrocede. Aunque se siente cada vez más desesperado, no es un fanático-. Aun que es cierto, en aquella época era imposible prever, nadie podía, lo extraños que llegarían a ser.

-No más extraños para mí, a su modo, que muchos de los terranos que he conocido -dice, manteniendo el tono amable-. Convivimos. Las asociaciones, las amistades y el amor eran posibles entre nosotros, y lo siguen siendo. -Entre la Dagny viva y ellos. La emulación no está cerca de nadie sino de Guthrie, y esa relación también se había transformado en algo diferente a lo que le unía con la mujer.

Huizinga suspira.

-Pasan, sí. No siempre son posibles. Por favor, créame, la Unión por la Defensa Humana es sincera sobre el sentido total de la palabra «humana». No es una cuestión de prejuicios raciales.

Dagny lo duda. La experiencia, la observación, el estudio de la historia, y un vistazo a su alma, forzaron a la Dagny viviente a decidir que Guthrie tenía razón aquella vez que comentó: «La xenofobia no es patológica en sí misma. Hay un cierto grado inscrito en nuestro ADN, y es saludable. No todos los hombres son hermanos. El truco está en mantenerla bajo control, y hacerla a un lado cuando no es necesaria.»

La emulación percibe a Huizinga como a un hombre que no insultaría o dañaría a alguien a sabiendas simplemente por ser diferente. -Es una cuestión de supervivencia declara.

Ella agudiza la voz.

-Nadie amenaza sus vidas.

-No -gruñe-, amenazan aquello por lo que vivimos. Los selenitas ya dominan la Luna.

Mejor adaptados al ambiente, normalmente alcanzan los mejores puestos, y su número crece con rapidez. Algunas parejas terranas todavía entran en el laboratorio genético y salen preparadas para tener hijos selenitas. Pero no sería amable recordárselo.

-Sin la protección de las leyes de la Federación, mi gente pronto se encontraría indefensa ante ellos. -Se refiere especialmente al programa de igualdad, las instalaciones y subsidios especiales y las cuotas de contratación que forman el núcleo del resentimiento selenita-. No aspiran a la democracia, ya lo sabe. O en cualquier caso, los poderosos, los malditos selenarcas, no la desean; y son los selenarcas los que tendrían el mando de una Selene «libre». -Dagny puede oír el sarcasmo-. La sacarían por completo de la Federación.

-Está reaccionando ante una pesadilla, no una realidad -dice-. La independencia no está de ninguna forma asegurada. Es más, en este momento, las posibilidades de que la Asamblea la apruebe son prácticamente nulas. La situación no cambiará pronto. Y es posible que no cambie nunca.

-A menos que los selenitas se subleven. Ya han estado cerca, en más de una ocasión. -Todo cierto. Incidentes aislados, pero una chispa podía iniciar un incendio con facilidad, y ¿quién puede conocer las conspiraciones que se estaban fraguando en cámaras secretas y por medio de líneas de comunicación seguras?-. Si consiguen el control del globo, la Federación podría cederlo. -En lugar de luchar en una guerra que podría destruir el premio y para la que la Autoridad de Paz, en todo caso, no está preparada.

-Ya le digo, se está preocupando por nada. No lo haga. -Citó a Guthrie-: La tasa de interés es demasiado alta.

Él parpadea sorprendido, se recupera y responde con firmeza. -Deseamos evitar los problemas, madame. Si estamos preparados son menos probables. Una milicia leal, preparada,

en una emergencia, para ocupar puntos clave y retenerlos hasta que la Tierra pueda actuar, debería evitarla traición.

Dagny muestra intensidad en el rostro y la voz.

-¿No comprende lo que puede llegar a provocar? Organizaciones contrarias, y más entre sus colegas terrestres, apostaría, que entre los selenitas. Ellos ya están haciendo peticiones como ésta en la Liga Nacional. -La facción terrana que desea la independencia y la reforma, aunque dentro del marco de una república democrática y siendo miembro de la Federación-. Luego, la mayoría de los selenitas no verán otro recurso sino prestar lealtad a los barones y acumular armas para ellos. Todos ustedes deben detenerse, ahora mismo, antes de que empecemos a deslizarnos hacia una guerra civil a tres bandas. Huizinga piensa antes de responder. -Permítame sugerir que exagera, madame. -Usted lo hace mucho más, sir.

-¿Puede mostrarme una alternativa?

-Sí. Primero, como he dicho, la actual situación legal durará, dadas unas circunstancias razonables, durante años. En esos años se podrá vivir. He oído que tiene tres hijos adolescentes. Déjeles tiempo para que terminen de crecer.

-¿En qué tipo de mundo crecerán si los selenarcas se apropian de él?

-Eso si los selenarcas lo hacen. Pero vamos a suponerlo, para argumentar. Vamos a imaginar la peor situación. ¿Es realmente tan mala? -Perdemos nuestra libertad. Después de eso, pueden quitarnos lo que quieran, todo, cuando quieran.

-¿En serio? Yo diría que la mayoría de la gente consideraría que la vida sería tolerable. Los selenarcas son selenitas. Pueden ser despiadados, pero no tienen el temperamento de tiranos. Oh, acabarían con las medidas especiales. -Su imagen levantó una mano para detener su respuesta-. Aquellos que no puedan soportar las nuevas condiciones serán libres de irse. Hay muchos lugares para atracar, como L-5 o los asteroides, por todo el Sistema Solar. Más aún, hay gran necesidad de cerebros capaces, y grandes recompensas aguardándoles.

-Eso es muy fácil decirlo.

-¿Piensa que la persona normal perderá su hogar, sus ahorros y sus esperanzas? No tiene por qué ser así. Su Liga no es el único grupo que intenta anticiparse al futuro. Se han producido discusiones secretas en muchos lugares bien situados. Todavía no hay acuerdos específicos, recuerde que no son certidumbres sino posibilidades, pero queremos estar preparados para enfrentarnos al futuro.

Huizinga miró la imagen durante un buen rato, como si fuese un rostro humano.

-¿Qué tiene en mente? -pregunta al fin.

-No puedo darle detalles, porque hasta ahora no se ha decidido nada, porque todo es hipotético. Pero probablemente, los principios básicos incluirán... well, ¿qué diría a una adquisición de la parte de los que quisiesen irse? No una confiscación; el valor justo de mercado pagado por todas las propiedades que no se lleven. Transporte y asistencia en el traslado, reciclaje educativo, lo que sea necesario.

Él toma aliento. Dagny le sonríe.

-No se debe a ninguna bondad en el corazón de los selenarcas -le explica-. Es un cálculo a sangre fría considerar que algo así es más barato que luchar en una guerra o contener a una minoría rebelde. No tiene usted tampoco que confiar en ellos. Fireball puede ofrecer su propia garantía... tan formidable, en cualquier lugar fuera de la Tierra, como cualquiera de la Federación... y ayudar a sufragar el proyecto. Una vez más, no se trata de altruismo, aunque espero que reconozca el deseo de ayudar. Pero evitar un conflicto destructivo y ganar una considerable ampliación en la fuerza laboral tiene sentido económico, ¿no está de acuerdo?

Él permanece sentado un poco más antes de agitarse. -¿Puede usted prometerlo?- pregunta.

-Evidentemente, ahora no -contesta-. Lo único que puedo decirle con absoluta confianza es que si sigue con esa tontería de la milicia, la opción se evaporará. Pero puedo prometerle que trabajaré por ella, y también lo hará Anson Guthrie, y otros que están en posición de hacerla realidad, y si usted y sus seguidores cooperan, las posibilidades parecen muy buenas.

-Debo pensarlo -murmura-, hablar y...

-Hágalo -le anima-. No lo haga público, por favor. No es un secreto de Estado, pero operamos mejor sin encontrarnos bajo la luz pública; y recuerde, esto no es más que planear para una situación que probablemente no se dé hasta dentro de unos años o que, posiblemente, no suceda nunca. Mientras tanto, llámeme cuando quiera. Para eso es para lo que existe.

Hablan un poco más, repasan formalidades que de por sí son alentadoras, y cierra el circuito. Pasa un rato repasando la conversación, grabada con sus impresiones del momento, y pensando en ella. Luego la transmite a Zamok Vysoki, pidiendo que Brandir la llame.

Expectante, responde con rapidez. Una vez más hay formalidades, pero de otro tipo y carácter. Brandir no está del todo seguro de cómo dirigirse a eso que no es del todo su madre. Dagny puede aprovecharse. Necesita todas las ventajas que pueda encontrar.

-¿Qué es lo último de ti y tus colegas? -le preguntó-. ¿Alguna perspectiva de compromiso?

Su cabeza, delgada y reseca después de casi noventa años, niega, un gesto enfáticamente terrestre.

-No, no en lo esencial, pero puede pasar mucho tiempo hasta entonces. Mientras la Federación tenga poder sobre nosotros, nunca dejará de intentar abusar. -Sobre la soberanía de los señores en esas tierras de las que se habían apropiado-. A menos que Selene obtenga la libertad total, nuestra gente perecerá. -Se refiere a su clase. No a la muerte literal; el final de sus orgullosas costumbres, de toda la cultura que crece a su alrededor, modelada por ellos. Pero los selenitas son lo suficientemente humanos como para valorar algunas cosas más que la vida-. De lo que hablamos fue de reforzar nuestras acciones comunes. Sin sorprenderse, Dagny no sigue por ese camino.

-Well, ya has escuchado mi conversación con Huizinga. ¿Qué hay de su grupo? ¿Propuse más de lo que estaríais dispuestos a aceptar? -En realidad, no propusiste nada -le recordó-. Pero si llega a darse la situación, y Fireball cumple su promesa, sí, me parece una política razonable. Mientras que los Nacionales serán un problema más espinoso.

-Nos ocuparemos también de eso.

Brandir extendió los dedos en abanico, un encogimiento de hombros selenita.

-Ese plan da por supuesto que la Tierra nos dejará partir, en paz o de otra forma.

No se molesta en hacer que la imagen refleje seriedad, sino que se concentra en la voz y las palabras.

-Eso exigirá que todos trabajemos por el mismo fin, y nos organicemos para hacerlo. Especialmente vosotros los selenarcas. A menos que lo hayáis hecho muy en secreto, todavía no habéis considerado en serio y realmente cómo vais a tratar con la Federación.

-Paz y comercio ganarán más y costarán menos que cualquier victoria militar nominal y sus consecuencias.

-Sí, sí, todos dicen lo mismo, también en la Tierra. Pero el palo solo no servirá. También hay que colgar la zanahoria. ¿Qué ofertas específicas estáis dispuestos a hacer... a regañadientes, sin duda, pero por voluntad propia?

-Tienes alguna idea.-Él la veía venir.

-Algunos otros y yo hemos estado pensando algunas cosas. Por ejemplo, considera las extracciones de helio 3. Un monopolio gubernamental, y no de cualquier gobierno nacional, sino de la Federación.

Ese material es así de importante para la energía de fusión, para toda la Tierra. No puedes limitarte a expropiarlo a menos que tengas una fuerza abrumadora; y no lo haréis. Eso implicaría la guerra.

-No. Allí no están locos. La exportación a la Tierra continuará, con los términos que se negocien.

-No comprendes la psicología terrestre, Brandir. No es tu psicología. Cualquier gobierno de la Federación que tolere vuestra incautación caería inmediatamente. Ya tienen bastantes problemas. -El efecto del Deterioro, el movimiento avantista, la ampliación de la separación aparentemente insalvable entre las sociedades de alta tecnología y las de baja tecnología, revueltas por todas partes-. No pueden permitirse mostrarse débiles. Más aún, en esas circunstancias tendrán el apoyo de Fireball, en lo que se refiere a sanciones económicas y de transporte contra Selene. La compañía no quiere caos en la Tierra. Brandir se pone rígido.

-Es nuestra regolita la que criban en busca de átomos que el viento solar depositó ahí durante miles de millones de años. No tienen más derecho a ellos que a nuestra libertad.

Dagny manufacturó un suspiro.

-No esperaba que recurrieses a la retórica. Déjalo, hijo. Él espera, sereno.

-La cuestión es --dice ella-que tu clase no sabe si podrá pagar compensaciones por la propiedad y los derechos.

Brandir se manifiesta impasible.

-Adquirir la parte de los terranos descontentos ya será de por sí una carga muy importante.

-Es decir, no tenéis el dinero. Vale, considerad un intercambio. Tenéis naves y robots en el Cinturón de asteroides, una inversión reciente y bastante pequeña, pero debería valer mucho cuando llegue el momento de negociar la independencia. -Si ese momento estaba en el futuro-. Ofreceos a ceder una parte de esas operaciones de forma que sea un intercambio aceptable por las plantas de helio.

No recordaba haberlo visto nunca tan cerca de manifestar conmoción.

-Mi dama, eso reduciría el comercio espacial selenita a lo insignificante.

-Puede que descubráis que no tenéis ninguna otra alternativa -contestó-. Siempre podréis reconstruir la flota después. O podéis decidir que la soberanía es demasiado cara. Sólo es una sugerencia personal, pero espero que haga que tú y tus colegas meditéis.

»Coméntalo con ellos. Después de todo, no es un asunto urgente.

Entre nosotros, puede que nos inventemos un plan mejor. Lo que pretendo dejar claro hoy es que debéis estar preparados para negociar, y para dar además de recibir.

Examinan otros asuntos por encima, pero pasan rápido.

Mientras Brandir se despide, no le pregunta cómo le va personalmente. Se lo habría preguntado a su madre. Dagny se dice que no debe dolerle. Ella es una emulación.

A solas, examina el ciclodía. Queda mucho por hacer, y los acontecimientos siempre pueden descontrolarse; pero parece que esta última posibilidad de erupción puede frenarse con facilidad, y quizá se avance un poco hacia una Luna unida. Ése es el fin real. Sin una comunidad, no puede haber independencia lunar, ni paz probablemente, ni quizá supervivencia.

37

La mayor parte de la Isla Vancouver era un parque. Debías aguardar turno para acampar, pero los viajes de un día no estaban restringidos y Victoria ofrecía a los visitantes muchos servicios. Los negocios más pequeños estaban acostumbrados a aceptar efectivo. Por la mañana, Kenmuir y Aleka tomarían un taxi privado, con conductor, al Hotel Sprucetop en las montañas. Desde allí había un día de camino a la propiedad Fireball, donde la puerta debería reconocer a Kenmuir y dejarles pasar.

Pero primero descansarían allí una noche. El riesgo parecía menor que la necesidad de dormir.

Al abandonar el café donde habían cenado, la luz se reflejaba en las ventanas de los edificios parlamentarios. Era como si esas imponentes piezas de museo recordasen momentáneamente lo ajetreadas que habían estado en el pasado. La luz, que venía de un sol dorado en el horizonte, esparcía claridad sobre la bahía, empapaba los jardines y las flores, doraba las alas de dos gaviotas tardías que volaban en el azul plata.

Había un grupo de jóvenes en un muelle. Se oía una canción, el sonido de una guitarra, pero por lo demás la tarde era tranquila y había poca gente por las calles.

-Hermoso -murmuró Aleka.

-Sí. -Kenmuir se prohibió definirlo como triste. ¿Sería sólo que se sentía así?

-Como en casa-dijo Aleka. Kenmuir arqueó las cejas. -¿En serio?

-Oh, el campo, el aire, todo es diferente. Vivimos en un planeta maravillosamente variado, ¿no? Pero la paz y la felicidad son las mismas.

Paz y felicidad que ella esperaba preservar en Nauru. ¿Podría hacerlo? Incluso si aquella increíble apuesta salía bien, ¿podría hacerlo?

Se dirigieron hacia la casa donde habían encontrado alojamiento. Quizá eso fue lo que hizo que Aleka guardase silencio. Habían acordado en el camino hasta allí que lo más seguro y lo menos evidente sería inscribirse como pareja.

-Puedo comportarme -le prometió Kenmuir, sintiéndose sonrojar en las mejillas. Ella asintió, sonrió y le tranquilizó no diciendo nada.

En general, habían hablado de lo sucedido y de lo que podría ser. Poco a poco, al principio con timidez, luego con mayor libertad, se conocieron mejor, y les gustó lo que descubrieron.

Paseaban juntos por un bulevar bajo las sombras de los árboles, ya en el crepúsculo.

-Quiero mostrarte mi casa-dijo ella.

-Me encantaría verla -contestó él. Verla, y saber que estaba condenada.

-Este lugar me la recuerda tanto -repitió-. No es que no haya estado en otros, a su modo, similares. Vivimos casi en una edad de oro. Aunque Kenmuir no deseaba discutir, fue incapaz de dejar pasar la afirmación.

-¿Puedo señalarte que el oro es sólido e inerte? Ella frunció el ceño.

-No es necesario. Ya he oído suficiente sobre cómo las cosas realmente ya no cambian, como hemos llegado al final de la ciencia, el arte y la aventura.

-¿No es así?

-Mira a tu alrededor. -Aleka se detuvo, lo que hizo que Kenmuir tuviese que frenar de golpe; se dio la vuelta y señaló hacia el agua. Qué grácil era cada movimiento, pensó Kenmuir-. Esos jóvenes de ahí, o los que vimos salir de Winnipeg, o casi cualquier chico en cualquier lugar. Para ellos, el mundo es nuevo. El amor, el deporte, la Tierra y la Luna, todas las grandes obras, toda la historia de nuestra especie les pertenece.

-Cierto -tuvo que concederle-. Yo nunca agotaré los datos en las bases de datos. O Shakespeare, o Beethoven, nunca descubriré todos sus secretos. Una vida no es suficiente.

-Exacto.

-Sin embargo, te opones al sistema. Aleka golpeó con el pie.

-¿Cuántas veces tenemos que discutir lo mismo? ¿No lo hemos dejado ya bien claro? -Volvió a ponerse en marcha, dando largos pasos-. No he dicho que las cosas sean perfectas, o que lleguen a serlo. Siempre tendremos que luchar contra la entropía.

Había vuelto a meter la pata.

En lugar de disculparse, algo que Aleka le había dicho que hacía con demasiada facilidad, intentó reírse.

-No esperaba semejante frase de tus labios. -Aleka lo miró. Sus ojos brillaban en el crepúsculo-. Oh, sabes de física, pero yo pienso en ti más en términos de mar, de viento y.. Sí, el universo todavía contiene muchísimas sorpresas.

Ella dejó de sentirse molesta. Pero seguía estando seria.

-Y tampoco nos quedaremos parados. Como a mi Lahui, todavía le queda mucha evolución por delante. Apuesto a que se convertirá en algo que nadie podría prever.

Kenmuir sabía que debía decir algo para indicar que estaba de acuerdo y seguir charlando de cosas insustanciales. No podía hacerlo. ¿Era tozudez o respeto por la inteligencia de Aleka?

-¿Importará eso? -¿Qué quieres decir? -El cibercosmos nos tolera...

-¡Nos ayuda! -exclamó-. Sin él, la Tierra sería... un desierto ponzoñoso... llena de salvajes luchando por los restos.

-Quizá. O quizá hubiésemos resuelto nuestros problemas por nosotros mismos. -Levantó la mano-. En todo caso, la situación es la que es. Muy bien, te lo concedo, el cibercosmos no es desconsiderado. Nos sirve, incluso podrías decir que nos consiente. Los monstruos, los artistas del genocidio a lo largo de la historia, ésos eran humanos.

-Y nos hemos librado de ellos.

-¿Con qué fin? ¿Para mantenernos satisfechos, para dejarnos sin nada bajo los pies, mientras el cibercosmos avanza hacia su destino? -¿Qué es? -exigió saber Aleka.

-Ya lo sabes. Hace siglos que se profetiza, incluso antes de que existiese la inteligencia artificial. La mente, la mente pura, dominaría el universo.

-¿Te importa? -La risa de Aleka sonaba dulce en el silencio-. En mi caso, no siento celos. Simplemente deseo que mi gente tenga su propio futuro.

-Pero en ese futuro, ¿no estarían limitados, guiados, reformados para ajustarse a los límites que les han fijado?

Ella inclinó la cabeza.

-Últimamente no he notado demasiados límites y guías.

No, pensó Kenmuir. Ella le acompañaba en una misión que no comprendían. La causa de Lilisaire, sinuosa y dudosa. Ironía: le negaría un hogar espacial a los humanos que

compartían su anhelo; confrontaría y en cierta forma oscura pondría en peligro el orden de cosas que nutría a Aleka; pero aun así, continuaban en su desesperada empresa.

Juntos.

Las palabras surgieron como por voluntad propia.

-No creo que nada excepto la reprogramación pudiese despertarte. Nunca he conocido a nadie más independiente.

Aleka le agarró la mano. El apretón era agradable. -Thank you. Tú tampoco eres *auhaukapu.*

Se detuvieron de nuevo y se miraron. Durante un segundo, con asombro, Kenmuir se preguntó cómo había sucedido tal cosa. Se trataba de una intersección desierta. El cielo se había vuelto de color violeta y la luna, creciente, parecía iluminarles. No se soltaron.

-Cómo deseo que conozcas el Lahui -dijo en voz baja-. Te imagino uniéndote a nosotros. Podríamos aprovechar tus habilidades, y a ti.

Kenmuir negó con la cabeza, desconcertado.

-No, soy demasiado viejo, estoy demasiado encastrado en mis hábitos.

Los dientes de Aleka relucían.

-¡Tonterías! Superas a cualquier jovencito que se me ocurra. El episodio de Overburg...

-¿La pelea? Eso no fue nada. -Se forzó a ser sincero-: Y, en cierta forma, la causé.

-¿Cómo?

-Oh, yo... acepté la hospitalidad de Bruno... y naturalmente él esperaba... -Kenmuir se contuvo.

-Maopopo ia'u. -Captó el desprecio-. Lo sé. Se pensaba que yo era su propiedad, como sus mujeres.

Atrapado, Kenmuir vaciló.

-No... no me gustó... no vi la manera de negarme cuando se puso tan insistente...

-¿Por qué iba a culparte a ti? -le preguntó para calmarle. -Pero creo que deberías saberlo... quiero que lo sepas... -Forcejeó-. Cuando me quedé a solas con ella, no pude.

-Oh, Kenmuir.

-La situación, y.. y estaba claro que a ella no le importaba... Dije que estaba muy cansado, ella bostezó y... los dos nos dormimos. Aleka echó la cabeza atrás. La risa fue atronadora.

En Kenmuir, el disgusto se transformó en aflicción. El corazón le latía a menor velocidad. Después de todo, ¿qué importancia tenía? Lilisaire. Mientras tanto, había... ¿tranquilizado?... a su amiga.

Aleka se contuvo. -Lo siento-dijo.

-No lo sientas. -Se las arregló para sonreír-. Es bastante divertido.

Aleka le tomó de la otra mano y le miró directamente a los ojos. -Eres un hombre encantador. Y no tenemos ni idea de a dónde vamos. Lo más probable es que fracasemos. Quizá ganemos la libertad, quizá no. Pero Pele sonríe.

Kenmuir esperó.

-Nos queda esta noche erijo Aleka.

Se despertó en una ocasión. Una ventana de viejo estilo, abierta al aire frío y a la brisa que agitaba las hojas, miraba al oeste. La Luna brillaba. Apenas sacaba de entre las sombras las curvas de los hombros, brazo y mejillas allí donde ella respiraba tranquilamente a su lado. La felicidad le conquistó lentamente. Por esta breve ocasión, la Luna era el hogar de la paz.

Librodot

38
La madre de la Luna

Encontraron a Dagny Beynac en el sendero del borde norte. Había dejado el coche en el refugio y había proseguido a pie, sola, durante una hora en la que no había nadie más presente. Era una caminata razonablemente fácil, que había realizado en múltiples ocasiones, incluso en años recientes; pero tenía un corazón viejo -«delgado como el papel», había comentado, como si lo oyese aletear en un viento que viniese de más allá del espaciotiempo- y en las alturas le había fallado.

O quizá no le había fallado, pensaron algunos del grupo de rescate. Un biomonitor en el traje hubiese enviado una señal de alarma para que los médicos llegasen en minutos. Podrían haber sido capaces de resucitar el cuerpo. Aunque a su edad un trasplante clónico no era factible, un sustituto la hubiese podido mantener viva en una unidad de mantenimiento durante varios años más. El equipo descubrió que, sin comunicarlo, hacía mucho que había eliminado el monitor.

Durante un período de tiempo similar, su costumbre de salir a la superficie sin decírselo a nadie había sido la desesperación de sus amigos. Cuando protestaban, Dagny les recordaba con alegría que ella ya caminaba por la Luna antes de que ellos, y generalmente antes de que sus padres, hubiesen nacido. Aquélla era su elección.

Claramente, su última visión había sido magnífica. Allí había una cresta que recorría la parte alta de la pared del cráter, lo suficientemente alta y estrecha como para que pudiese ver el suelo del cráter. Aquella parte contenía profundas sombras, pero el pico central se elevaba para formar ligeros terraplenes escalonados que eran visibles desde el horizonte opuesto. Más cerca, relucía una torre de radio como si fuese una lanza victoriosa. Al norte, todo descendía con la suavidad de la roca lunar, los bordes agudos gastados por el material caído del cielo, para formar marcas negrísimas. Más allá, el terreno se volvía más brillante de lo habitual, la rociada del impacto se dividía al extenderse en grandes rayos. Las montañas protegían ese borde de visión. La luz llegaba en oleadas desde una Tierra casi llena, azul y blanca, los colores del mar y el aire, moteada por continentes. En otros lugares de la noche ardían algunas estrellas. Allí moraba el silencio.

Cuando su ausencia despertó temores, la policía de Tychopolis ordenó una búsqueda intensiva por satélite. Los legisladores lunares habían intentado negociar una ley que convirtiese ese procedimiento en una actuación de emergencia. Beynac los había apoyado, realizando comentarios mordaces sobre la intimidad. Los sistemas ópticos encontraron casi de inmediato la forma acurrucada y un escuadrón partió apresuradamente; pero ya habían pasado horas desde el momento de la muerte.

Selene la lloró. En la Tierra, todas las banderas de Fireball ondearon a media asta.

La noticia disparó varios programas que ella misma había preparado. La mayoría de ellos simplemente se encargaron de poner en orden sus asuntos. Media docena eran mensajes, cada uno encriptado personalmente para el destinatario. Uno estaba dirigido a Lars Rydberg, en la Isla Vancouver.

Queridísimo Lars:

Cuando recibas estaba carta, ya me habré ido. Que te vaya bien, que te vaya siempre muy bien, a ti y a los tuyos a los que siempre he amado.

Quizá nos hayamos encontrado de nuevo después de la fecha de esta carta. Probablemente, al menos habremos hablado por teléfono, porque eres muy amable

Librodot

llamándome. La última vez que hablamos, tu reserva se rompió un poquito y dijiste que el retraso de la transmisión, al que por lo demás no hacías caso, era como sangrar un poco. Tú corriste a encargarte de otra cosa y yo esperé a que hubiésemos terminado para llorar. Sí, últimamente siempre sabíamos que podríamos no tener otra oportunidad. No lo hemos expresado con palabras -¿por qué libamos a hacerlo?-, pero hace unos meses me di cuenta, algo sorprendida, de que mis «hasta la vista» se habían convertido en «ve con Dios».

Ahora llorarás. Espero que no lo hagas a solas, sino que permitas que Ulla te reconforte. Ya lo sabes, sería un regalo para ella. Sten, Olaf, Linnea, Anson, William, Lucia, Runa, sus esposas e hijos, y los hijos de sus hijos, no, no puedo encontrar palabras para ellos más que «Fui bienaventurada. Gracias, gracias».

Es cierto, querido. Mi vida fue una aventura gloriosa. Recuérdame, échame en falta, pero nunca me compadezcas. Evidentemente, hay cosas que cambiaría si pudiese. Sobre todo, haría que mi Edmond y mi Kaino viviesen sus vidas. Pero nuestra alegría no murió en mí; ¡y cuántas maravillas han sido mías! No sólo vi un mundo muerto florecer a la vida y la aparición de una nueva especie, yo ayudé a que así fuese, ayudé a guiarnos hacia la libertad, y mientras tanto, los humanos llegaron hasta los confines del reino del Sol y yo recibí el calor de mucho amor que no merecía. No dejaré que esas riquezas se me escapen a gotitas, entre máquinas y medicinas, manteniendo los ojos abiertos mientras el cerebro se encoge. No, seguiré viviendo, con alegría, hasta que ya no pueda vivir con libertad. Luego, los datos médicos me dan razones para la esperanza, me iré con rapidez y limpieza, y completamente preparada.

Luego... Supongo que «luego» no significa mucho en este caso. «Ve con Dios» es el deseo de que vivas con seguridad y felicidad, no más. Quizá me equivoque. ¡Será toda una aventura descubrirlo!

En todo caso, nadie abandona del todo el universo vivo. Lo que hemos hecho sigue adelante, no sabemos hasta cuándo, antes de perderse en el ruido cósmico. Más inmediato, quedan los deberes a cumplir, bendiciones que impartir.

Y por tanto, apelo a ti, mi hijo terrestre. Tú comprenderás lo que mis queridos hijos selenitas no pueden. Tú, que te has convertido en un poder dentro de la poderosa Fireball, que sin embargo sigues siendo completamente humano, puedes hacer lo que ni Anson Guthrie ni cualquier selenarca podría ser capaz.

Oh, cumplirás tu juramento. Podrás seguir siendo el hombre de Guthrie como prometiste hace mucho tiempo. Sólo te pido que dejes a un lado la fatiga que puedas sentir y ofrezcas tus servicios a Guthrie para defender la causa de la paz lunar.

Tú tienes los conocimientos, los contactos, la experiencia, todo lo que te enseñé, te confié y todo en lo que te impliqué. No, no serás el hombre indispensable que nunca existió. Pero puedes hacer mucho -y con mucha discreción; te conozco-en los años por venir. Será una tarea difícil, desagradecida, en ocasiones exasperante, posiblemente catastrófica, pero mejorará las posibilidades, ¿y qué más pueden hacer los mortales?

Te adjunto un archivo que mantengo actualizado. Resume la situación, los factores que creo importantes y cualquier recomendación que se me haya ocurrido. Comprobarás que, en su mayor parte, es confidencial. Confío en ti. También confío en que lo estudiarás. Luego, si aceptas aportar tu grano de arena, irás a Guthrie. Y que Dios sea contigo.

¿Qué más? Hablan de construir, llegado el día, una gran tumba para mis cenizas. Pensé en pedirte que intervinieses lo mejor que pudieses para intentar que las esparciesen donde yace Edmond. Pero no, Verdea se muestra muy apasionada sobre lo que significaría para todos. Si realmente la quieren, que la tengan. A mí no me importará. Reserva tus esfuerzos para los vivos y los que están por nacer.

Pero lo que sí importa es esto: se amable con mi emulación. Creo que eso es todo. Mientras tú en tu corazón me deseas buenas noches, deséale a los niños de mi parte que tengan una buena mañana.

Tu madre

Librodot

39

Kenmuir prestó atención.

-Hello, sir erijo. Aleka cruzó las manos sobre el pecho y se inclinó. La mujer que los había escoltado desde la puerta también saludó.

El viejo enorme en la enorme y vieja sala levantó la vista desde la silla que se encontraba frente al fuego. La iluminación de la sala era reducida y las llamas titilaban sobre el rostro. Los ruidos del fuego se mezclaban con la música; una pieza contemporánea que Kenmuir reconoció, *Variaciones sinfónicas sobre* el cisne de Tuonela *de Sibehus,* de Nomura. Tan sombría en la penumbra como los retratos que miraban desde los marcos. A través de la ventana vio cómo el gran crepúsculo del norte se convertía en noche.

-Así que has vuelto, Ian Kenmuir-murmuró Matthias.

-Sí, señor -dijo el piloto-. Le presento a Aleka Kame. -No podía pensar en ella por la versión anglo de su nombre.

-Welcome, miss.

-Thank you -contestó Aleka algo incierta-. Es muy amable por recibirnos así, sin aviso, sir.

-Kenmuir llamó a la Hermandad cuando llegasteis. Además, siento... curiosidad.

-Tenemos algo más que contar que una historia curiosa, señor -dijo Kenmuir.

El Rydberg asintió.

-Eso es evidente.

-Tenemos que hablar en privado.

-Igualmente evidente. Sentaos. -Matthias hizo un gesto. Kenmuir y Aleka fueron hacia las sillas. Mientras tanto, Matthias habló a la escolta-: ¿Has oído, Gould? Hermetismo. Quiero que informes al personal, a cada persona que se encuentre en la casa y en los terrenos. -Describió la situación de cada uno.

Aleka aprovechó la oportunidad para preguntarle a Kenmuir: -¿Bastará con eso?

-Sí. Hermandad -contestó, no sin demasiada timidez-. Pero por mi parte... no puedo mentirle.

-¿Por qué ibas a hacerlo?

-No esperes, no le pidas, que actúe contra su juicio de lo que es mejor para los cofrades de Fireball.

-O todas las cosas vivas. Lo comprendo.

Acercaron las sillas para situarse frente al asiento tallado del maestro de la logia. Al sentarse, Kenmuir sintió todo su cansancio. Pero se trataba de un cansancio físico, cálido y relajado. La caminata de ese día por los senderos boscosos hasta el mar había sido tan alentadora como la dicha algo triste de la noche anterior. Aleka, a su lado, le tomó de la mano.

Gould se fue.

-Tranquilízate -le dijo Matthias a Aleka-. Nada de lo que aquí se diga o vea pasará los límites de la mansión sin mi consentimiento. -Ella apretó con más fuerza antes de soltar la mano.

»Aunque no es que vayamos a contarles más de lo que sea necesario -siguió diciendo Matthias-. Pero queremos servicio. -Tocó un botón en el brazo de la silla-. Los dos debéis de estar agotados y tan hambrientos como agujeros negros. ¿No preferiríais comer primero, descansar o dormir?

-No creo que pudiese, señor-contestó Aleka. Kenmuir asintió.

-Quizá café y un bocado de algo, si el Rydberg lo desea.

-Eso pensaba -dijo Matthias. Entró un muchacho-. ¿Qué le . apetece, señorita Kame?

Aleka sonrió.

-Well, si puedo pedir un pastel de proteínas y una cerveza, sería maravilloso. -Era realmente deseable, pensó Kenmuir. Recordó la pausa del mediodía en una fuente natural. Aleka lo mojó, riendo, y cuando le besó, el agua supo como rocío en sus labios, y la sintió firme, vigorosa y su sudor tenía un olor dulzón. Matthias rió y dio la orden. El asistente se fue.

Matthias se recostó y juntó los dedos.

-¿Desde dónde habéis venido hoy? -preguntó en tono prosaico-. ¿Sprucetop...? Sí, parecía probable. Ocultando el rastro. -Es una larga historia, señor-dijo Kenmuir.

-Y nosotros ni siquiera conocemos la mitad -añadió Aleka-. Al menos, no todavía.

-Sospecho que hay algunos que no quieren que la conozcáis -contestó Matthias-. Venga, hablad, a vuestro ritmo.

Empezaron, al principio vacilando, deteniéndose al regresar el muchacho. Aleka atacó la cerveza con entusiasmo desvergonzado, y después habló con tono animado de su pasado y su papel. Kenmuir fue el que contó más. Matthias les lanzaba continuas preguntas, como si fuesen misiles.

-Hace como una semana vino uno de sus oficiales -dijo en una ocasión-. Quería saber de ti, capitán Kenmuir. No me mostré cooperativo. Decía llamarse pragmático Venator.

-¡Pele! -dijo Aleka boquiabierta. Se enderezó de golpe-. El mismo que...

Cuando lo hubo oído, Matthias frunció el ceño mirando el fuego y ordenó al robot avivarlo y arrojar otro leño. Las llamas se oían con claridad porque la música había terminado.

-Arrrh -gruñó-. Es una crisis.

-Pero ¿por qué? -protestó Aleka-. Lo hemos intentado en muchas ocasiones, pero no conseguimos averiguar qué hay de malo. -Seguid -ordenó.

Así lo hicieron.

-...y así llegamos aquí-terminó Kenmuir. -¿Por qué?-preguntó Matthias.

-¿A qué otro sitio podríamos ir? Unos amigos, como Sam Packer, podrían ayudarnos a escondernos un poco más, pero ¿para qué? Desde el fondo de unas cejas pobladas, los ojos se centraron en él y lo miraron con atención.

-¿Pero sin embargo pensabas que Fireball, en mi persona, podría armaros para una empresa quijotesca cuyo sentido ni vosotros mismos conocéis? ¿Qué te hizo pensar tal cosa?

Kenmuir suspiró. -La desesperación. -Y yo no podía proponer nada mejor-añadió Aleka.

Librodot

El cansancio empezaba a hacer mella en Kenmuir. -Comprendimos que no había esperanza. Aun así, Fireball se extiende por todo el mundo, aunque nuestros cofrades no sean muchos, y...

El Rydberg levantó un dedo.

-¿Y los llamarías para ayudar a la zorra selenita que quiere mantener a los nuestros fuera del espacio?

-No, señor, no. Simplemente desea salvar su sociedad.

-Su sociedad. Exactamente. Ella, entre el puñado de gente que la controla.

-Eso no es cierto, señor. No es tan simple, ni nada parecido... -Las palabras de Kenmuir murieron. Volvió a caer sobre la silla. Aleka siguió desafiante.

-No lo es, sir. No sé mucho sobre los selenitas, pero sé lo que significa ver que toda nuestra vida desaparece. Ahí está mi gente.

La masiva cabeza asintió.

-Cierto, muchacha -dijo Matthias con tono amable-. Para mí son extraños, pero no los olvido.

-En realidad no apelamos a usted, señor -dijo Kenmuir-. No me gustaría que la Hermandad corriese ningún riesgo.

-Ése es un factor en la ecuación, sí.

-Y en todo caso, ¿qué podría hacer Fireball? Probablemente nada. Quizá ayudarnos a escapar de las peores consecuencias de nuestra locura. Al menos en el caso de Aleka. Ella es inocente.

La mujer se puso rígida.

-¡Y un huevo lo soy! -gritó.

¿Sonrió Matthias muy ligeramente, o fue un espejismo de la luz recorriendo las arrugas del rostro?

-No saques conclusiones precipitadas -dijo-. Puede que no tengan una base muy sólida. -Kenmuir sabía que se trataba de una cita de Guthrie y abrió la boca-. Silencio.

Durante un momento, sólo habló el fuego, mientras Matthias meditaba y fuera caía la noche.

El anciano, al fin, habló para sí mismo, como si fuese un trueno remoto.

-Proserpina, el perdido... Kaino, hijo de Dagny Beynac... Sí, seguro que ella...

Volvió a quedarse en silencio, durante un minuto, antes de mirar a sus visitantes y hablar en voz alta.

-En todo este embrollo hay un hecho indisputable. El gobierno de la Federación ha ocultado sistemáticamente, durante muchas vidas, datos potencialmente importantes. Está realizando todos los esfuerzos posibles por mantener ese secreto. Sin dar ninguna justificación ni ninguna razón. Violando claramente el Pacto. -Apartó la vista, mirando a la oscuridad a través de la ventana-. ¿Qué más se oculta? Durante toda mi vida he sentido cómo las paredes se cerraban.

Volvió a guardar silencio. El pulso enflaquecido de Kenmuir se recuperó hasta martillearle en el cráneo.

Matthias encorvó los pesados hombros.

-Tengo que pensarlo. Pensar mucho. Esta noche no voy a dormir mucho. Pero vosotros dos necesitáis descansar.

-Oh, sir... -resolló Aleka. Matthias apretó el botón.

-Descansaréis ordené-. Decida lo que decida, quiero que estéis preparados para la acción. No me molestéis más. -Llegó el asistente-. Berghall, ocúpate de ellos dos. Baños, ropas limpias, una buena cena, habitaciones.

El muchacho permaneció erguido.

-Sir. -El orgullo se apreciaba en su persona. -Id -dijo Matthias-. Os veré por la mañana.

La habitación está llena de reliquias de antiguas eras -el modelo de una nave espacial, una centelleante roca lunar, una imagen del primer campamento humano en Marte, una fotografía gastada de Anson Guthrie con su mujer y sus hijos-descansando como sueños que han llegado a puerto. Allí, dos personas podían encontrar el camino hacia una renovada paz interior. Sin embargo, mientras se quedaba dormido, Kenmuir se preguntó qué era lo que el Rydberg había pensado con respecto a Dagny Beynac. Había sido como si, en ese instante, la profunda voz del maestro de la logia hubiese dado un traspié.

40
La madre de la Luna

Mientras las horas se transforman en ciclodías, la tensión aumenta. En ocasiones Dagny puede asegurarse un interludio de actividad de bajo nivel que es el equivalente del sueño en una emulación, pero es breve y siempre sale de él debido a la siguiente escalada de la crisis.

Nominalmente, no es más que un miembro de la Administración Provisional, que tiene una posición más que dudosa. No es el gobierno que, legalmente, debería hablar por Selene. Es un grupo que el cuerpo legislativo de Tsukimachi ha creado y encargado de las negociaciones. Ella había maniobrado para conseguir que suficientes diputados votasen a favor de su formación, y para persuadir al gobernador general Haugen de que su veto produciría la lucha abierta que tanto teme.

En efecto, la Administración se ha convertido en el gobierno lunar, porque incluye a los selenarcas que tan despreciativamente habían pasado por alto un congreso impotente e irrelevante. Cierto, también hay representantes de las ciudades, las industrias y profesiones más importantes, y de los terranos que desean permanecer en la Luna pase lo que pase. Pero todos desean la independencia total. Con ese fin, cuando lo considera oportuno, emite decretos que los magistrados locales ponen en práctica.

El poder es muy limitado. Selene todavía está sujeta a la Federación Mundial. Se han redoblado las fuerzas de la Autoridad de Paz. Si se viola cualquier ley internacional importante, el gobernador debe ordenar la disolución de la Administración y proclamar la ley marcial. Dagny es una delegada, elegida por otros y que ha ocupado su puesto por su petición urgente. Al final, se presta más atención a sus palabras, y es ella la que, en general, habla por todos. En más de una ocasión, ha tratado directamente con el presidente de la Federación Daniel Janvier en Hiroshima. Tal es el mana que tiene el nombre Beynac. Puede que incluso con mayor fuerza en la emulación que en la mujer real. Una presencia robótica parece impersonal, imparcial. Y en el fondo, ¿hay un oscuro estremecimiento mítico... la voz desde más allá de la tumba de la heroína oracular?

La política de la Tierra actúa a tientas. El asunto lunar ya no puede esperar. Inquietud, agitación, disturbios, boicots, y una sutil sedición,

rumores de armas prohibidas fabricadas en secreto, obstáculos a la producción y el comercio y advertencias de Fireball de que podrían pasar cosas peores, han aparcado a un lado los asuntos que parecían más cercanos. En el cielo nocturno, la luna llena cuelga como una bomba. Janvier convoca una sesión especial del Alto Consejo y la Asamblea.

El debate se alarga y se tambalea. Norteamérica y Rusia se oponen especialmente al precedente; si la herencia común llega a su fin en Selene, ¿cuándo lo hará en todo el Sistema Solar? Los chinos y los australianos consideran que el principio es obsoleto. Los indonesios recuerdan a antepasados que se liberaron a sí mismos de los amos coloniales. Los siberianos consideran que su propio ejemplo es más apropiado. La oratoria crece como el moho. El presidente y algunos de los parlamentarios luchan por mantener el proceso dentro de sus límites.

Para la humanidad en general, la vida diaria sigue como siempre. La emulación no tiene vida diaria, no le queda tiempo.

Las medidas toman forma. Llega la votación. Se aprueba la autonomía. Selene será reconocida como miembro de la Federación después de que se prepare una Constitución

democrática, con las adecua das salvaguardas, se apruebe y se ratifique. Por toda la Tierra ondean las banderas y las multitudes vitorean.

La Administración Provisional rechaza el programa.

Insiste en la independencia total, en la soberanía absoluta. Cumplirá las promesas fijadas en la declaración de su posición del año anterior: propiedad de colonización, asistencia a la emigración, tratados de comercio y control de armas. Pero todo eso será voluntario. Selene tendrá completa libertad para decidir su futuro como desee.

Dagny sabía que ésa sería la respuesta. Había advertido a Janvier. Él le contestó que debía hacer lo que podía con lo que tenía. Ahora denuncia la negativa. Sin embargo, no declara la disolución de la Administración. Promete utilizar la persuasión. Él y Dagny comprenden que se trata de un simple detalle.

-Desearía que no fuese así -le dice Dagny por medio de un mensaje láser encriptado-. Preferiría infinitamente una república. Pero no se ajusta a los selenitas, y ellos son mi gente.

La Tierra hierve de indignación. En la Luna los terranos se amotinan. La policía y la Autoridad de Paz tienen las manos llenas restaurando e imponiendo el orden.

El Alto Consejo de la Federación Mundial instruye al presidente para que llame a la reserva de la Autoridad. Varios gobiernos ofrecen refuerzos si son necesarios, con hombres y material de sus milicias nacionales.

Las comunicaciones vuelan por el espacio. Los astromonitores observan e informan sobre una veintena de naves volviendo desde el Cinturón de asteroides. Al ser preguntadas, se identifican como exige la ley: cargueros selenitas de las operaciones de minería y extracción que algunos magnates tienen en aquellas regiones. Son empresas pequeñas comparadas con las de Fireball o Maharashtra; pero esas naves son grandes y tienen motores nucleares.

-No pueden regresar todas simultáneamente por simple coincidencia-exclama Janvier.

Retraso en la transmisión.

-No -admite la emulación de Dagny Beynac-, pero siempre que sigan rutas de tráfico seguras no están obligadas a dar una razón. Yo he preguntado y no he recibido respuesta excepto que se trata de un negocio privado. Puede que sea algún tipo de movimiento preventivo. Le sugiero que no le dé demasiada importancia, o podría provocar una histeria masiva junto con todos sus problemas.

Retraso de transmisión.

-Es posible que no pueda evitarlo-dice con gravedad.

Las naves no llegan a la órbita lunar, como sucedería si trajesen carga. Adoptan rutas alrededor del sistema Tierra-Luna. Esas órbitas son inestables, y de vez en cuando es preciso corregirlas.

-Deben irse-afirma Janvier. La imagen en la pantalla es la de un hombre macilento, con el sudor corriéndole por mejillas y frente-. Desde ese punto, podrían acelerar hacia la Tierra, abrir las escotillas y dejar caer rocas a velocidad meteórica sobre nuestras ciudades.

Retraso de transmisión.

-No fuerce todavía las cosas -le aconseja Dagny-. Ya sabe que si lo hiciesen, sería una locura. La mayor parte del material ardería en la atmósfera. Lo poco que llegase a la superficie tendría el tamaño de guijarros y sería imposible controlar la trayectoria. Todo probablemente caería en el océano o sobre zonas vacías.

-... Eso sería si se tratase de material ordinario, mineral, lingotes, polvo, hielo. ¿Cómo sabemos que allá fuera no han estado fabricando misiles aerodinámicos?

-... Seguiría siendo una locura. Si la Tierra realizase un ataque total, podría destruir la Luna por completo. Matar millones de personas provocaría sin duda un ataque de ese tipo. Se lo aseguro, los selenarcas no están locos.

-... Supongo que no, aunque a veces tengo mis dudas. Pero tengo que tratar con la reacción popular. Cuando se conozca la noticia, y eso será pronto inevitablemente, podrá verlo en cualquier noticiario. Se lo pido, convenza a esos arrogantes barones y magnates de que se han equivocado en los cálculos.

-... No estoy segura de que lo hayan hecho, sir. Estoy convencida de que los políticos de la Tierra han errado, y mucho, en sus cálculos. Vamos a intentarlo juntos, desde nuestros lados opuestos, para controlar el daño emocional.

Janvier invoca poderes de emergencia concedidos por el Pacto y ordena a las naves selenitas que se vayan. No contestan. La Administración declara que la orden no tiene fuerza legal, porque limitarse a adoptar una órbita inusual no representa ninguna amenaza, ni se ha lanzado ningún ultimátum.

Los selenitas en las ciudades de vez en cuando dejan a un lado su dignidad y miran de reojo a los terrestres. El aire huele a rayos cercanos. La Federación y los gobiernos miembros no tienen ninguna nave espacial capaz de lanzar un ataque. Es más, apenas tienen transportes de ningún tipo. Normalmente, contratan con Fireball, evitándose así la necesidad de invertir capital y la cara y compleja burocracia que con toda seguridad se hubiese establecido.

Fireball se niega a actuar en contra de las naves selenitas. ¿Qué, una empresa privada realizando operaciones paramilitares? Sería una violación del Pacto. Es más, anuncia Anson Guthrie, Fireball no ofrecerá el espacio extra para llevar más tropas a la Luna. Considera que esa acción sería desastrosamente poco inteligente, y en conciencia su organización no puede apoyarla.

En Hiroshima, la representante de Ecuador, donde tiene su sede Fireball, explica que su gobierno está de acuerdo con el señor Guthrie y que no le forzará a cambiar de opinión. Aconseja dar a los selenitas su autodeterminación, e introduce una moción a tal efecto.

Sin embargo, Fireball y Ecuador no tolerarán el bombardeo de la Tierra. Si tal cosa sucediese, se prestarán todos los recursos disponibles para la pacificación de la Luna y para castigar a los criminales. Mientras tanto, se ofrecen para mediar en la disputa.

Lars Rydberg va a Selene como representante plenipotenciario de Fireball.

Sus declaraciones públicas son escasas y secas. La mayor parte del tiempo lo pasa con la emulación. Es natural y en cierta forma tranquilizador. Día a día, en la Tierra se calma el terror.

La Asamblea vuelve a abrir la cuestión de la independencia. Los discursos son más cortos y más concretos que la última vez. Las divisiones se perfilan. Por un lado, los defensores de liberar Selene han ganado nuevos miembros entre sus colegas y sus votantes. Si la alternativa es la guerra, no hay color. Los selenitas tienen derecho a ser como son, y a que florezca su singular civilización, y la nuestra se beneficiará de sus logros. Por otro lado, la idea de la herencia se ha endurecido y también tiene sus conversos. Más aún, se dice, el nacionalismo ha provocado muchos millones de muertes, repetidamente, con una devastación de la que el mundo no se ha recuperado del todo. Aquí puede verse cómo el monstruo despierta de nuevo. Debemos aplastarle la cabeza mientras aún hay tiempo.

La noticia estalla: los selenarcas han enviado tropas de sus lacayos a ocupar estaciones de emisión de energía «para protegerlas mientras dure la emergencia actual». Los escuadrones están bien organizados y cuentan con un equipo formidable: armas pequeñas, como permite el Pacto si se fuerza una interpretación, pero tan potentes como cualquier otra arma que la

Autoridad de Paz puede lanzar contra ellos en la Luna. Además, aunque los selenarcas no se comprometen, hay rumores sobre armas pesadas. Una catapulta, de fácil construcción y barata, podría lanzar un misil al otro extremo de la Luna.

Estando así las cosas, una unidad de transmisión apenas podría defenderse.

Janvier: «Esto es rebelión. Fireball prometió ayuda en caso de violencia explícita.»

Rydberg: «Señor, no soy abogado. No puedo juzgar la legalidad de la acción. Según el Comité Fideicomisario Provisional, está justificada según la ley de necesidad manifiesta. Piense en lo mucho que depende la Tierra de la energía solar enviada desde Selene.»

Janvier: «Oh, sí. Se suponen que nos tienen agarrados por la garganta. Yo digo que ésta es una amenaza tan suicida como la de esas naves, pero morirían muchos más seres humanos, y pido a Fireball que cumpla con su deber.»

Rydberg: «Señor, hubiésemos podido encargarnos de las naves con un gran coste, pero ¿cómo vamos a manejar la situación en tierra? Se lo repito, lord Brandir y sus asociados no están amenazando a nadie. No quieren que las ciudades se queden a oscuras, que los servicios se detengan, ni tampoco quieren pánico, crimen y muerte sobre la Tierra. No, protegerán esas estaciones de sabotajes por parte de extremistas en la Luna.»

Janvier: «¿ Qué hay de los lugares que no han ocupado?» Rydberg: «Cierto, sólo pueden vigilar unos pocos. Lo consideran una lección.»

Janvier: «Mm. Repito que intentan agarrarnos por la garganta.» Rydberg: «Y yo digo, con todos los respetos, que están demostrando lo que podría suceder, podría, en un mundo de individualistas furiosos que creyesen estar bajo una tiranía extranjera... Por favor, yo no estoy de su lado, me limito a decirle lo que creen... ¿Puede la Autoridad de Paz asegurar la red? Sí, si primero cometen genocidio contra los selenitas. En caso contrario, debe protegerla por completo, con gran gasto, y la protección fallaría continuamente, porque son terranos, no selenitas, y en cuanto a los robots, los humanos siempre encuentran una forma de derrotarlos.»

Janvier: «¿Mientras que los selenarcas, si gobiernan la Luna, mantendrán efectivamente el sistema?»

Rydberg: «Sí, señor presidente. Tienen la organización y seguidores capaces y leales. No consentirán saboteadores revolucionarios.» Janvier:«¿Está seguro?»

Rydberg: «Nada es seguro por siempre. Yo hablo de hoy, de la vida de nuestros hijos, y espero que de nuestros nietos. Para entonces, puede que la Tierra ya no necesite la energía de Selene.»

Janvier: «Pero mientras tanto, los selenarcas podrán chantajearnos.»

Rydberg: «Tenga en cuenta su psicología, señor. Esas instalaciones producen grandes beneficios. ¿Por qué arriesgarse? Los selenitas no están interesados en dominar a... nuestra variedad de humanos.»

Janvier: «Entonces, ¿a qué juego pretenden jugar?»

Rydberg: «Eso no puedo decírselo. Me pregunto si ellos mismos lo saben. El futuro dirá. Yo sólo digo que por ahora el juego ha terminado y debe admitirlo.»

En un circuito indetectable, Dagny había seguido la conversación. Como era su costumbre.

Cambio rápido, de cierto alivio por la posibilidad de una tormenta del espacio al temor de una hambruna energética. Las gentes de la Tierra y sus líderes están cansados. Es más fácil aceptar las garantías, superar a la oposición que queda y ceder. Después de todo, los incentivos positivos son considerables.

La medida se vota. Es aprobada. El Consejo la ratifica, el presidente la firma. Una vez que se hayan cumplido los acuerdos compensatorios, Selene será libre y soberana.

Los hombres de las baronías abandonan los transmisores. Las naves se sitúan en órbita lunar y descargan lo que resultan ser materiales bastante normales. Como parte del acuerdo, esas naves pasarán pronto a manos terrestres.

No hay reuniones jubilosas. En la Tierra, se siente una especie de agradecimiento apagado de que la confrontación haya pasado. A los selenitas no les gustan los histrionismos de masas. Los ciudadanos terrestres de la Luna que se alegran del resultado lo celebran a solas. Y aquellos a los que no les satisface se preparan para emigrar.

A solas, Dagny y Rydberg hablan. Ella lleva un cuerpo robótico bípedo. Cansada hasta lo más profundo de su espíritu, si las emulaciones tienen espíritu, no simula la imagen de la mujer muerta; pero tampoco va a ser una simple voz.

-Salió bien. -Suspira: porque ha dominado el arte de emitir sonidos humanos-. Entre el Consejo Fideicomisario, Fireball, Brandir y sus asociados, los capitanes espaciales...

-No te olvides de ti misma-dice él. La cabeza sin rostro niega.

-No, ni a los que no he nombrado. Tú sabes quiénes son. No importa. Lo que montamos y ejecutamos, toda la farsa, ha salido bien. Sinceramente, lo dudaba. Pero ¿qué otra cosa podíamos intentar?

El tono de Rydberg es metálico.

-Si hubiésemos fracasado, hubiese dejado de ser una farsa.

-Sí. Janvier lo comprendía. ¿Sabías que lo comprendía? Salió bien porque había algo de realidad tras la farsa.

-Y fue más simple que lo que queda por delante. -Os las arreglaréis, estoy segura.

Rydberg la mira, como si mirase unos ojos vivos. -¿Nosotros?

-Selene, la Tierra, Fireball, todos. -¿Excepto tú?

-He sido útil.

-¡Qué palabra tan pobre... Madre! Un robot no puede llorar.

-Cumplí las promesas de Dagny. Ahora, déjame ir. -¿Deseas morir? -susurra él.

Ella forma una risa.

-¿Qué demonios significa esa pregunta en mi caso? Rydberg debe reflexionar un momento antes de decir. -¿Deseas que se elimine tu programa? ¿Que se convierta en nada?

-Tu madre estableció esa condición antes de ser emulada. Te pido que la cumplas.

-Anson Guthrie sigue funcionando.

-Él es él. Yo soy yo. -Oh, Dagny Beynac amaba la vida, pero para ella ser una abstracción no es vida. Ni tampoco le apetece al fantasma convertirse en algo diferente, totalmente extraño a su Edmond.

-Podría llegar el momento... muy probablemente llegará... cuando te necesitemos de nuevo.

-No. Nunca deben pensar que necesitan a una persona hasta ese punto.

Ella le mira. Bajo el fino pelo blanco hay un rostro que es casi esquelético. Está ya cerca del siglo. Y sin embargo nació de una muchacha llamada Dagny Ebbesen.

Después de un buen rato, se deja caer sobre la silla.

-La terminación será todo un acontecimiento. Ya lo sabes. Si ella estuviese formando una imagen, hubiese sonreído. -Eso me temo. Encárgate de todo.

-Ya he oído hablar de ello. La misma tumba para ti... -¿Por qué no, si es su deseo?

Un gesto, un símbolo, un último servicio a Selene. Ese hardware y el software destruido bien podrían descansar allí tan bien como en cualquier otro sitio. El sitio bien podría convertirse en un lugar sagrado, como Termópilas o Bodhgaya, en cuya cercanía se dispararan irracionalmente los corazones. Además, le gusta la idea de que lo que ella fue descanse junto a las cenizas de Dagny Beynac bajo las estrellas que iluminaron a'Mond.

Librodot

41

La niebla llegó durante la noche. Al amanecer había envuelto la Mansión Guthrie en un manto blanquigrís bajo el que los árboles más cercanos, a dos o tres metros de la ventana, eran sombras y el resto una masa informe. El aire estaba frío, húmedo y muy quieto. Si se prestaba atención, se podía oír el susurro de las olas en la costa y quizá el goteo desde los aleros.

Durante el desayuno, Matthias, Kenmuir y Aleka no intercambiaron más que saludos apagados, porque era evidente que el maestro de la logia deseaba silencio. Pero cuando terminaron la última taza de café, se puso en pie y, con un gruñido, les ordenó que le siguieran.

Los otros así lo hicieron, por el pasillo, subiendo las escaleras, por otro pasillo hasta una puerta que abrió y atravesaron. La cerró. -Creo que es correcto que hablemos aquí-dijo.

Kenmuir y Aleka miraron a su alrededor. Sin más luz que la ofrecida por el sol oculto que atravesaba la niebla, la sala hubiese estado a oscuras si las paredes y los techos no hubiesen sido tan blancos. La decoraban algunas imágenes antiguas, escenas familiares, paisajes, una imagen de la Tierra desde el espacio. De las altas ventanas colgaban cortinas. El suelo era de madera. El mobiliario era escaso y también provenía de una época antigua: cuatro sillas, un vestidor, un armario, una cama. En una esquina había un reloj mecánico de la altura de un hombre. El péndulo se movía lentamente y de forma inexorable; el tictac sonaba ensordecedor en el silencio.

Kenmuir sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Sintió cómo el pelo de los brazos se le ponía de punta. Sabía dónde se encontraba.

-¿Para mantener la intimidad? -preguntó Aleka.

-No -fue la respuesta de Matthias-. Ya os lo he dicho, todo el terreno está protegido contra espionaje y el personal está formado por cofrades que han prestado juramento. Pero aquí es donde falleció el cuerpo mortal de Guthrie.

Aleka abrió los ojos. Hizo un gesto que Kenmuir no reconoció. Luego la mujer miró con mayor atención a Matthias, hombros caídos, las líneas de la cara, sobre la que destacaba una nariz como una cadena montañosa, más marcadas que el día anterior.

-Realmente no durmió mucho anoche, ¿verdad? -murmuró. -Ya habrá tiempo para eso -dijo-. Todo el tiempo del universo. Con movimientos pesados, se sentó y con un gesto les indicó a los visitantes que hiciesen lo mismo. Ocuparon dos sillas adyacentes. La mano de Aleka encontró la de Kenmuir. ¡Él sentía cómo el alivio fluía desde el cuerpo de la mujer!

Matthias levantó la cabeza.

-Pero ahora mismo no tenemos mucho tiempo -les advirtió-. Los cazadores no saben todavía que estáis aquí. Si lo supiesen, ya estaríamos bajo arresto. Pero estarán buscando, examinando y pensando. Pronto volverá Venator o uno de sus escuadrones. Mientras tanto, si salís por algún método convencional os detectarán. Los disfraces no servirían de nada. Detendrán a todos para examinarlos más de cerca.

Kenmuir volvió a sentir el misterio.

-¿Hay algún método que no sea convencional? -¿Nos ayudará, sir? -añadió Aleka. Matthias asintió.

-Lo poco que pueda. O, más bien, espero ayudar a la causa de la libertad.

-¿Lo decidió la pasada noche? -preguntó Kenmuir, y comprendió inmediatamente lo estúpido de la pregunta.

La voz de Matthias siguió hablando, monótona pero con firmeza. -No fue fácil. Romperé una promesa tan antigua como la Hermandad y la más firme que he dado nunca. Y podría ser por nada, podría ser para peor. ¿Por qué están tan decididos a mantener Proserpina oculta? Sería fácil pensar que si los selenitas descubriesen su existencia no se opondrían al Hábitat, o al menos no con la intensidad suficiente como para que tuviese importancia. Y el Hábitat es nuestro camino hacia las estrellas. -Se detuvo a respirar-. ¿O no? No lo sé, no lo sé.

Aleka apreció el dolor de las palabras. Soltó la mano de Kenmuir y se adelantó para tomar la de Matthias.

Éste cerró la gran mano nudosa sobre la de Aleka y la sostuvo durante un par de latidos antes de soltarla. Una sonrisa asomó brevemente a sus labios.

-Thank you, dear -suspiró-. También pensé en ti y en tu gente.

El tono se hizo más intenso.

-Y pensé una y otra vez en cuán autoritario e ilegal está siendo el bando de Venator. Si el gobierno de la Federación puede hacernos esto, ocultar un hecho que podría cambiar miles de vidas, quizá cambiar el curso de la historia, ¿qué más está haciendo? ¿Qué hará a continuación? Guthrie solía citar un proverbio relativo a no permitir que la nariz del camello entrase en tu tienda. Creo que ha metido algo más que la nariz. Casi todo el camello. O pronto será así, si nos quedamos sin hacer nada.

-¿Podrían tener una razón justificada para el secreto? -preguntó Aleka en voz baja.

Kenmuir habló. Él también había sentido cómo la furia cristalizaba en su interior, afilada y fría.

-En el mejor de los casos, la excusa no es muy buena. Nos están tratando como niños.

-Niños al cuidado del cibercosmos -concordó Matthias-. O pupilos, o animales de compañía.

El rostro y las palabras de Aleka denotaban inquietud. -La mayoría de la gente se siente feliz y libre.

-Así también se siente la mayoría de los gatos -dijo Matthias. -No estoy en su contra, sir. Es que no puedo evitar pensarlo... un bien mayor, también para mi gente...

-O actuamos o no -dijo Kenmuir.

-Sí. -Aleka se enderezó-. Well, entonces actuemos, y aceptemos la responsabilidad de lo que sucede, como... como personas adultas. Kenmuir decidió que debía plantear otra pregunta, de cuya respuesta estaba casi por completo seguro, sólo para eliminar la posibilidad. -¿No podríamos limitarnos a difundir lo que sabemos? Supongo que la Mansión Guthrie dispone del equipo. Dispone de otras muchas cosas.

-Lo consideré-admitió Matthias-. No. Realmente no serviría de nada. He vivido en la Tierra y he tratado con los poderes de hecho el tiempo suficiente como para aprender lo que vale y lo que no. Una afirmación como ésa es fácil de negar y de llevar al fondo del olvido público. Para entonces, Venator y sus alegres compadres nos habrían capturado. Bien podrían descubrir el secreto de Fireball e ir a eliminarlo.

Kenmuir cerró los puños. Aleka casi se puso en pie pero volvió a sentarse.

-Ian me habló de eso... -susurró-. ¿Las Palabras del Fundador? -Sí. -La voz del Rydberg era fuerte-. Al final de la noche descubrí lo que debíamos hacer. Entonces pude dormir un poco. Es correcto que lo hagamos aquí.

El santuario, la capilla, pensó Kenmuir.

Las manecillas del reloj marcaron XII y VII. Resonó la hora. Una brisa exterior hizo que la niebla se agitase en la ventana como si fuese humo.

-No es que el conocimiento sirva necesariamente para salvaros -siguió diciendo Matthias-. Lo más probable es que no sea así. Si la posibilidad os parece una locura, os pido que juréis no volver a repetir lo que os diga, ni siquiera para discutirlo entre vosotros, nunca más. -Lo juro -dijo Aleka como si fuese una oración. -Por mi Hermandad-declaró Kenmuir.

-Y sin embargo, la historia es la historia de una promesa rota -dijo Matthias.

Esperaron.

Después de que hubiese pasado un minuto, siguió hablando. -Lars Rydberg le prometió a su madre Dagny Beynac que si era emulada, cuando el trabajo de la emulación estuviese completado, borraría el programa. La emulación volvió a pedírselo, y él volvió a prometerlo.

-¿Pero no lo hizo? -dijo Aleka mientras a Kenmuir le fallaba el pulso.

-No. Cuando al final desconectó la red neuronal y estuvo a solas con ella, allí donde se iban a decir adiós, él besó la caja entre los pedúnculos ópticos y pensó en lo que Dagny había logrado. Cómo había pilotado a Sellen y, sí, a la Tierra por el camino de la revolución, cómo sin ella se hubiese convertido con facilidad en una catástrofe, lo precaria que era todavía la situación y cómo podrían necesitarla de nuevo. Para ella, estar desconectada era lo mismo que estar borrada, a menos que se la reactivase. Le contó al mundo que había hecho lo que había dicho que haría, y la llevó a la tumba de Dagny para descansar junto a las cenizas de Dagny, y con todo su ser deseó que fuese para siempre. Pero llevó la carga de lo que había hecho hasta la tumba.

-La compartió con un hijo suyo-dijo Aleka.

-Sí. Por si acaso, sólo por si acaso. Y así desde entonces a lo largo del tiempo.

-Nunca se la despertó -fue la conclusión de Aleka-. El secreto se convirtió en una tradición de Fireball, nada más. Ir a Selene y cumplir la promesa de Lars debió de parecer a los siguientes Rydbergs como romper la suya propia.

-Hasta ahora.

-Despertarla... -dijo Kenmuir con la garganta seca.

-Ella, en vida, claramente conocía la existencia de Proserpina -dijo Matthias-. Debió de oír o ver los elementos orbitales. Probablemente los recordaba, las biografías cuentan que siempre tuvo una gran memoria, y por tanto su emulación también los conocía. En todo caso, con la suficiente precisión para que cualquier astrónomo o astronauta pudiese encontrarlo. Una vez que se revele esa información, el secreto está acabado.

Para lo que valiese a Lilisaire, pensó Kenmuir. Pero no importaba. Estaba comprometido, tanto con Aleka y su causa como con todo lo demás, incluyendo el final de su ilegalidad.

-¿Enviará a un agente? -preguntó. Matthias no pareció escucharle.

-Comprended que podría ser inútil -dijo-. La emulación lleva allí siglos. La tumba no habrá apantallado toda la radiación cósmica, y también hay que contar con la radiación inherente de fondo. Chips mutilados, elementos electrónicos alterados, daños acumulados que nunca se repararon. A estas alturas, es posible que no quede nada que funcione.

-O quizá sea una demente... -Aleka expresó su horror-. ¡Oh,

no!

-Quizá no -le aseguró Kenmuir-. Es más, por lo que sé de esos dispositivos, tenemos buenas posibilidades de que el sistema todavía funcione. -Lo expresó con mayor confianza de la que sentía. Aleka hizo una mueca.

-No la llames sistema.

-Estoy dispuesto a que lo intentéis y a asumir mi parte de culpa por lo que suceda después-dijo Matthias-. ¿Lo estáis vosotros? -Sí -dijo Kenmuir emocionado.

-Sí -dijo Aleka parpadeando para contener las lágrimas. -Pero la idea de enviar un agente... No, me temo que no -dijo Matthias.

-¿Por qué?-preguntó Kenmuir.

-Piénsalo. -Matthias había tenido toda la noche, a solas, para hacerlo-. Ningún miembro del personal está cualificado para hacerlo. Tendría que llamar a alguien, e informarle no sólo de la misión sino también de los detalles técnicos. No olvides que se trata de una máquina antigua. Hoy no hay nada así. Y necesitaría equipo. Podemos estar seguros de que la Mansión Guthrie está bajo vigilancia robótica remota pero de alta resolución, eso como mínimo. ¿Te imaginas que alguien podría salir de aquí con un montón de equipo, pedir pasaje para Selene e ir a la tumba de Dagny Beynac (aislada y el lugar más sagrado de la Luna) sin que Venator lo supiese? ¿Y sin que Venator actuase?

-Y... borrar el programa-dijo Aleka.

-Y venir aquí a por nosotros -añadió Kenmuir-. Pero, mm, ¿no podríamos simplemente decírselo a Lilisaire en su castillo? Ella podría hacer algo. Si no entrar en la tumba, al menos iniciar una búsqueda de Proserpina.

-En su momento, si lo demás falla, podemos probar-dijo Matthias sin entusiasmo-. Entregaré un mensaje encriptado a un hombre de confianza, con instrucciones para desencriptarlo y entregarlo pasado cierto período de tiempo, quizá cuando Venator no vigile tanto.

Pero no tengo esperanzas. Si no han encontrado un pretexto para arrestarla, cosa que supongo harán, al menos la vigilarán de cerca. Recordad que saben que sabemos que el asteroide existe. ¿Podría ella o cualquiera de su especie iniciar una búsqueda, astronómica o con naves espaciales, incluso por parte de los selenitas en el Sistema exterior, sin que Venator conociese el propósito y los detuviese? Lo dudo.

-Y mientras tanto, nosotros habríamos fallado y estaríamos acabados. -Una vez más, Kenmuir sintió como si una mano se cerrase sobre su persona.

Aleka rompió esa impresión.

-Pero usted conoce una forma, sir. Debe conocerla, o no habría hablado.

-Sí -contestó Matthias, y de pronto la voz sonó casi juvenil-. Una locura, un método desesperado, pero podría salir bien. Kenmuir comprendió de pronto.

¡Kestrel!-gritó. Aleka lo miró. -¿Qué?

Kenmuir no podía quedarse sentado, se puso en pie de un salto y recorrió la habitación, de un lado a otro, sintiendo la excitación en oleadas como las del mar que se oía más allá de la niebla.

-La nave, la reliquia, la nave de Kyra Davis. La mantenemos siempre dispuesta para despegar...

Aleka se quedó boquiabierta.

El tono de Matthias se hizo más presuroso.

-Incluyendo trajes espaciales, trajes modernos y autoajustables, equipos de salida extravehicular y todo lo demás.

De lo contrario, el simbolismo hubiese carecido de sentido. De pronto Kenmuir comprendió, en su totalidad, por qué la Hermandad había luchado, y pagado un alto precio en cesiones durante la negociación, por el derecho a mantener una nave propulsada por antimateria en la superficie de la Tierra. Kestrel no era el primer objeto sagrado en la historia humana. Evidentemente, estaba prohibido despegar.

Por entre el sonido de su sangre, Kenmuir oyó a Matthias. -Un vuelo corto, si puedes pilotarla, capitán Kenmuir.

-Puedo examinarla-dijo, ligeramente asombrado del tono sereno de su voz-. Disponemos de material vivifero sobre el modelo, así que no tendremos que entrar en las bases de datos públicas, ¿no es así?

-¡Pero el mundo entero será testigo! -exclamó Aleka. Matthias sonrió.

-Exacto. Algo tan espectacular no puede ocultarse del todo, y la propia Teramente pasaría un mal rato intentando explicarlo.

La sobriedad calmó la pasión de Kenmuir.

-A menos que el servicio de Venator me alcance a tiempo. -Cierto, tienen naves más potentes, y reaccionan con rapidez -dijo Matthias-. Pero los pillarás por sorpresa, y no sabrán a dónde te diriges hasta que hayas aterrizado. Entonces, sí, tendrás que ser rápido.

Puestos a ello, más valía ir a por todas. Kenmuir rió en voz alta. -Planearemos la operación. Podemos obtener datos sobre qué unidades de la Autoridad están ahora mismo estacionadas y en qué órbita, ¿no? Eso es información pública. Y tengo una idea para evitar que me silencien una vez que me hayan atrapado. ¡Vamos, a movernos! -Auwé no hó'i é -murmuró Aleka-. La verdad, me sorprendes. No esperaba llegar a verte en este estado.

-Tengo trabajo que hacer-fue todo lo que Kenmuir pudo decir. Ella se puso en pie y lo miró con atención.

-Una cosa, friend. ¿Qué es ese «tengo»? No vas a ir solo. Kenmuir dejó de caminar.

-¿Qué? ¿Tú? Sin preparación y... y vulnerable... No, es ridículo. -Aprendo rápido -dijo Aleka-. Puedo estudiar lo necesario para ser de ayuda. -Se dirigió a Matthias-: ¿No es así, sir?

El Rydberg sonrió.

-Creo que es mejor que tengas un acompañante, capitán Kenmuir. Yo estoy muy viejo. Esta muchacha me parece potencialmente la persona más competente que tenemos a mano.

-Además -le dijo Aleka-, también es mi misión. Y, por los dientes de Pele, Ian, ¡no te dejaría ir sin mí!

Librodot

42

-Que Dios os dé velocidad. -Las antiguas palabras siguieron a Kenmuir y Aleka mientras salían de la Mansión Guthrie. Matthias no salió, ni nadie más. A solas, atravesaron el césped en dirección al bosque.

La luz manaba de un sol cercano al mar. Encendía la hierba y las agujas de los árboles. La Luna colgaba sobre un azul profundo casi a su altura máxima de aquella noche. Aunque todavía quedaba algo del clima templado del día, Kenmuir se apretó la capa. Deseaba que las nubes formasen un velo que ocultase ligeramente aquel lugar de los ojos de los robot en órbita.

Pero para aprovechar la ruta más rápida había que partir en ese momento; y esperar hubiese sido arriesgar aún más. En las últimas cincuenta y tantas horas, menos algunas para dormir, habían realizado todos los preparativos posibles, estudio, prácticas de simulador, planificación. Lo que saldría de todo aquello era imprevisible.

Bajo el estado de alerta que se apoderaba de él durante una crisis, la tensión palpitaba y se estremecía. La corteza rugosa de un abeto, su olor, sus pies arrastrándose sobre el suelo, el peso de su cuerpo sobre las hojas, eran sensaciones tan vívidas como un rayo. Le mantenía activo algo más que los estimulantes bioquímicos. Se dirigía a una misión, quizá la última pero con toda seguridad la más honrosa.

En silencio, Kenmuir y Aleka recorrieron el sendero que atravesaba el bosque hasta el claro. Rebosaba de sombras. Pero todavía ardía la luz en las copas de los árboles que lo rodeaban y en la popa de la nave espacial. Situada en la protección del cilindro transparente, apuntaba su forma de torpedo hacia el cielo para superar en brillo a la Luna.

Una pared de piedra guardaba el lugar. Frente a la entrada, un bloque de dos metros portaba una placa de bronce que relataba lo que Kyra Davis había hecho. La gente de Fireball siempre se detenía allí, como si fuese un altar. Kenmuir y Aleka la saludaron.

En ocasiones, los que llegaban hasta allí entraban en la nave, para algún rito espacial o simplemente para acondicionarla. En las últimas horas habían sido muchos. Ellos también habían llevado capas, pero para ocultar el equipo y las raciones de comida que llevaban a bordo. Tenían la esperanza de que eso no disparase ninguna alarma en las máquinas de vigilancia; otra ceremonia, otra reafirmación de una identidad largo tiempo obsoleta. Abriendo el paso, Kenmuir tuvo cuidado de andar despacio.

Un mecanismo permanentemente activado detectó su acercamiento e hizo salir una rampa de la parte baja de la esclusa de personal, que se abrió. El hombre y la mujer subieron. Durante un instante, volvieron a mirar el bosque y respiraron hondo. Luego entraron. La esclusa se cerró y la rampa se replegó.

En la cámara, Kenmuir se quitó la capa. Guardarla en la taquilla fue puro instinto; se dio cuenta y sonrió. Aleka hizo lo mismo. Los dos llevaban monos ajustados, para meterse directamente en los trajes espaciales. Incluso en esas circunstancias, ver el cuerpo de Aleka le hizo contener la respiración.

-Vamos -dijo con rapidez.

Cuando la nave descansaba sobre sus gatos de aterrizaje, los pasillos que la atravesaban se convertían en pozos verticales. Se usaban escaleras fijas. La escalada entre mamparos gris perla atravesaba secciones donde los recuerdos de la piloto original eran evidentes; asientos de alta aceleración, puerta al cubículo sanitario, la galería del colector de

Librodot

escape, el armario de los artículos personales, el multiceptor con vivífero, entretenimientos, fotografías familiares... el aire estaba cargado. No se refrescaría hasta que el reciclador y el sistema de ventilación volviesen a ponerse en marcha.

Para él, la cabina de control era arcaica, un fragmento de historia; para ella era nueva y extraña, pero en el simulador ambos se habían familiarizado con ella. Tomaron asiento frente a la consola de control y se pusieron las correas. Las pantallas estaban en blanco, los indicadores a cero. Kenmuir buscó palabras. La sonrisa de Aleka era rígida. -Adelante -le dijo Aleka-. A por todas.

Kenmuir movió los dedos sobre el panel. Las luces se encendieron, las agujas saltaron, aparecieron números y gráficos, la pantalla delantera se llenó con el cielo. Le llegó un soplo de aire, como si en algún lugar se pusiesen en marcha los pulmones. Su voz sonaba extraordinariamente alta.

-Disponibilidad completa. Despegue inmediato.

La voz del altavoz era femenina, ronca, la propia voz de Kyra Davis. Así lo había deseado ella.

-Salud... Ha pasado mucho tiempo... Sois extraños. -La mirada de Kenmuir se dirigió involuntariamente al escáner por el que los observaba Kestrel. La voz se hizo más firme-. No tenemos permiso.

Parte del estudio había consistido en la lengua tal y como se hablaba en aquella época. Kenmuir intentó producir una pronunciación lo suficientemente ajustada para que el robot la entendiese. -Emergencia.

Los sensores lo observaban todo.

-No hay campo espacial. Despegar en un lugar como éste es ilegal. Y estoy rodeada.

Era difícil comprender que no se trataba de un sofotecto, sino de un simple robot, sin mente consciente o voluntad independiente. Kenmuir no sabía con cuántos había tenido que tratar en su vida, pero aquello era diferente. Se trataba de una máquina que había volado con Kyra Davis, que la había servido, que había conversado y jugado con ella, que quizá había escuchado sus confesiones secretas y la había oído llorar. Había algo más que entradas en una base de datos. Contra toda razón, para Kenmuir había un espíritu en aquella nave.

No había esperado que le doliese entrar el código de Anulación. Lo hizo.

Las órdenes salieron a borbotones.

-Nos dirigimos a la Luna. La cubierta es de hialón, resistente, pero puedes atravesarla si sales a diez g. Luego reduce a dos g y sigue. Sin embargo, no te dirijas directamente a Selene. Ajusta una ruta que nos haga pasar cerca, como si quisieses ganar impulso gravitatorio para dirigirte a otro destino... -Dio las coordenadas, elegidas arbitrariamente, que le harían dirigirse al espacio profundo, bien lejos de la eclíptica-. Como en una hora, te diré exactamente qué maniobra deseamos, y puedes calcular el vector de desaceleración adecuado. -No se había molestado en hacerlo antes porque no sabía lo que iba a suceder. Para entonces todo el plan podría haber fracasado.

-Confirmando. -Las pantallas repitieron las instrucciones. Reunieron los detalles a medida que se terminaban los cálculos-. Le advierto que es peligroso. Estoy preparada para salir de lugares como Marte o Titán, no la Tierra. Quizá las leyes de la astronáutica han cambiado mientras dormía pero, man, las leyes de la física no.

Si al menos no sonase tan humana, tan viva. Aleka acarició la consola.

-Lo conseguirás, *Kestrel* -dijo-. Hiciste mucho más por Kyra. -Thank you -contestó la voz, tan cálida como la de Aleka-. Despegue en sesenta segundos.

Kenmuir y Aleka los pasaron mirándose a los ojos.

El trueno recorrió sus huesos. El peso los arrojó contra los asientos. Se hizo la oscuridad.

Se retiró. Kenmuir tomó aliento. La aceleración se había reducido a dos veces la normal. Miró a las pantallas. A popa, por debajo, el fuego coronaba los árboles que rodeaban el claro calcinado. Bien, el servicio ecológico lo apagaría pronto. Por delante, el cielo se convertía en noche.

El casco atravesó la mayor parte de la atmósfera de la Tierra mientras se encontraba medio consciente. La última vibración diminuyó, el cielo se volvió negro y aparecieron las estrellas. Los únicos ruidos que oía eran su respiración y el martilleo de su sangre. Del motor no venía ningún sonido. Un impulsor de plasma era demasiado eficiente, allá en el espacio, donde debía estar.

Aleka miró al frente y se abrazó a sí misma. -Hemos huido. Lo hemos hecho -susurró. -Por el momento -murmuró Kenmuir. Ella asintió.

-Control de Tráfico por todo el mundo debe de ser como un avispero al que le han dado una patada. ¿Por qué no nos llama? -Esta nave no está integrada en el sistema-le recordó. Demasiados hechos a aprender en un tiempo demasiado corto. Algunos no se podrían recordar cuando fuesen necesarios. ¿Cuáles estaba olvidando él?-. Tendrán que encontrar la frecuencia apropiada, y luego supongo que asignarán una conciencia para llevar la conversación.

En la pantalla posterior, el horizonte de la Tierra era un enorme arco de zafiro. Se contraía aún más rápido. Pronto todo el planeta cabría en la pantalla. Reduciéndose a una tasa igual después de girar, *Kestrel* llegaría a Selene en menos de tres horas. Con sus cuerpos en buen estado y reforzados nanoquímicamente, los pasajeros bien podían soportar un doble peso durante ese tiempo y llegar listos para la acción.

Si llegaban.

-Dirige una comunicación láser a Luna -dijo Kenmuir, y especificó las coordenadas.

-Zamok Vysoki -respondió la nave-. Lo recuerdo... Listo. -lan Kenmuir ala dama Lilisaire--entonó. Una parte de él deseaba decirle «bien hecho» a *Kestrel,* que mantenía el rayo sobre su objetivo mientras compensaba el efecto Doppler de su creciente velocidad-. Me dirijo al espacio profundo a vuestro servicio. Control de Tráfico se opone. Obtened los datos de sus movimientos antes de que los hagan secretos. Si os es posible, obstruid su persecución e intervención, pero por favor no arriesguéis a nadie. Fin.

No sabía si se había recibido el mensaje. Quizá las instalaciones del castillo habían sido interferidas o inhabilitadas por la oposición. Pero ciertamente los que lo vigilaban lo habían oído todo; y Kenmuir no disponía de instalaciones de encriptación. Mencionar Proserpina hubiese provocado con toda probabilidad una intervención inmediata y radical. Además, era un elemento de juego para mantener en reserva... un as en la manga, había dicho Aleka, pensando en algún oscuro juego. El propósito de la llamada de Kenmuir era, en general,

mantener el engaño. Hacer que los cazadores concentrasen sus fuerzas y velocidad en una órbita que pronto abandonarían. Entonces podrían quedar libres durante breves momentos para entrar en la tumba de Dagny.

Parpadeó una luz roja.

-Comunicación desde la Tierra -le dijo la nave-. Prioridad absoluta.

-Establece el contacto-ordenó Kenmuir.

No apareció ninguna imagen. Los sistemas de vídeo no eran compatibles. Pero reconoció la voz. En cuanto Matthias comprendió el tipo de agente que le visitaba, hizo que alguien de la casa grabase en secreto todo lo que se decía. Había reproducido la grabación para ellos como parte de la preparación.

-Nave espacial *Kestrel,* registro nulo, responda inmediatamente. -Hola, Venator-dijo el astronauta, y oyó cómo su compañera contenía el aliento. Él no estaba demasiado sorprendido. -¿Kenmuir? -El tono seguía siendo frío-. Ya me lo suponía. Y saludos, Alice Tam. Sin duda ella está a bordo.

Kenmuir le indicó a Aleka que no hablase. ¿Por qué iban a admitir nada?

-Supongo que querrá una explicación.

-Más que eso, amigo mío. Muchísimo más. ¿Alguno de ustedes tiene idea de lo que ha hecho y de la pena correspondiente?

-Una investigación pública determinará si estaba justificado. -Ya saben que se arrestará a todos en la Mansión Guthrie. Probablemente ha destruido su amada Hermandad Fireball. ¿Era ésa su intención?

Fireball Enterprises se había destruido a sí misma para derrocar un régimen malvado, pensó el astronauta. Por primera vez, se preguntó por las agonías que estaría sufriendo el alma de Matthias.

-Algo podría salvarse-le dijo Venator-. Dejen de acelerar, admitan la entrada cuando se igualen las velocidades, y vuelvan para discutirlo como seres humanos razonables.

-¿Podrá escuchar el mundo? -quiso saber Kenmuir-. ¿Qué garantías puede darnos?

-Ninguna. Verían cualquier truco que intentásemos, siendo tan desconfiados. ¿Cómo podría persuadirles de que es un asunto que no debe hacerse público?

Kenmuir sonrió.

-Sería difícil, ¿no? -En su interior pensó que la decisión de Matthias había sido simple comparada con la que él debía tomar. ¿Tenían razón Aleka y él?

-A cada minuto que pasa sus problemas son mayores -dijo Venator-. ¿A qué causa creen servir? ¿A la de Lilisaire? Tenemos razones para creer que lo que ella pretende podría costar millones de vidas. ¿Quieren eso sobre sus conciencias?

-No. Si dice la verdad. ¿Es así? -Kenmuir ya podía decir el nombre-. Su gente ha mentido sobre Proserpina durante años. -Hay buenas razones para mantener la confidencialidad hasta que el mundo esté preparado. Yo... no, el cibercosmos se lo explicará con gusto en privado.

-¿Lo haría? ¿O mi compañera y yo simplemente desapareceremos?

Venator suspiró.

-Ha estado viendo demasiados dramas históricos. -Con seriedad-: Considere esta conversación como un ultimátum. Si se rinden ahora, hay posibilidades de clemencia, para ustedes y para Fireball. Más tarde me temo que no.

-¿Qué hay del Pacto y de nuestros derechos? Se lo repito, queremos publicidad total. En caso contrario, la violación que ustedes cometen es mayor que la nuestra.

-El Pacto contiene disposiciones de emergencia... -Venator dejó de hablar. Después de medio minuto, mientras la Tierra empequeñecía y Selene crecía, dijo-: Están decididos.

-Así es -dijo Kenmuir para beneficio de Venator y de ellos dos. -El informe sobre usted indica que lo dice en serio. No le dejaré hablar como táctica dilatoria. -Venator rió en

voz baja-. Ni tampoco le desearé suerte. Pero si sobrevive, me gustaría hablar sinceramente con usted. Inteligencia a inteligencia. *Ave atque vale.*

La luz se apagó.

-La transmisión ha terminado-dijo la nave.

Kenmuir volvió a mirar la Tierra. Si pudiese emitir, despertar a aquellos que amaban la libertad... Pero la señal debía pasar por satélites retransmisores si quería que se oyese, y esos satélites estaban controlados.

¿Y a cuántos en el planeta les importaría realmente?

Matthias había dicho que llevaba toda la vida sintiendo cómo las paredes se cerraban. Kenmuir no había tenido esa sensación hasta hacía poco. Al menos, no en la parte consciente de su mente. En lo más profundo, ¿también había sentido que estaba enjaulado?

¿Lo estaba?

Desechó la pregunta y empezó a soltar las correas.

-Debería ser un viaje seguro -le dijo a Aleka-, pero será mejor que nos pongamos los trajes espaciales, por si acaso. -De todas formas, él iba a necesitar el suyo.

Ella asintió. Bajo dos gravedades, el pelo oscuro caía recto y apretado junto a su rostro.

-A e.

Fueron a popa. Durante unos minutos, antes de ponerse los trajes, se besaron.

Al regresar, Kenmuir pidió los datos de la persecución. Había pocos, y probablemente muchos errores, pero los instrumentos parecían mostrar dos o tres naves dirigidas en un cono de intercepción a su ruta en el espacio profundo. No sabía cómo se proponían detener a *Kestrel* sin lanzarse contra ella. Pero eran de un diseño más moderno con mucha más velocidad delta. Si fuese necesario, podrían perseguirla hasta que agotase la masa de reacción y luego situarse a su lado.

Empezó a dar las detalladas instrucciones que le permitirían a Aleka tomar el mando.

-Espero no estar siendo demasiado torpe-dijo al comunicador sintiendo un impulso tonto.

-No tienes las habilidades de Kyra -contestó *Kestrel-,* pero el roce de tus manos es muy parecido al suyo.

43

La nave se acercaba a Selene.

Para entonces era evidente que los cazadores sabían que les habían engañado y que aquél era efectivamente su destino. Pero no podían detenerla. Todas las naves espaciales capaces de interceptarla estaban demasiado alejadas para llegar a tiempo. No había ningún misil que no pudiese esquivar. Los situados en la Luna eran escasos y lentos, destinados a blancos poco probables, como un gran meteoroide en órbita de colisión. Sin duda, las fuerzas de policía y de la Autoridad de Paz se encontraban en alerta total, pero no podían ofrecer ayuda inmediata.

Llegó el momento en que Aleka miró a los ojos tras el casco de Kenmuir.

-Aloha --dijo-. Espero que no sea para siempre. Te has convertido en... algo más que un amigo, ¿sabes?

Kenmuir no encontró palabras. Sólo pudo limitarse a sonreír y tocarle la mano con el guante antes de que cada uno tomase su camino. Esperando, encerrado en la cámara de la esclusa, sentándose sobre la unidad de impulso y el tanque de masa por el peso de la aceleración, sintió un ligero estremecimiento, y después de un minuto o dos sintió otro. Aleka habían lanzado los señuelos. Kenmuir imaginó los módulos de transporte, frenando hacia puntos dispersos sobre la superficie; puntos no muy alejados de baluartes de los selenarcas. Se imaginó a Aleka, corriendo de nuevo a la cabina de mando, transmitiendo a Zamok Vysoki: *Lilisaire, que alguien recupere los cilindros antes de que lo hagan los oponentes.* No había forma de saber si la selenita, o cualquier otro selenita, había recibido el mensaje, o si podía o estaba dispuesta a actuar. Pero debería servir de distracción para las fuerzas del gobierno. Con una cantidad razonable de suerte, su salida escaparía a su atención.

Claro está, mantendrían los radares y otros sistemas de detección apuntando continuamente a la nave. Sin embargo, Aleka había reorientado el casco de tal forma que posiblemente la salida no fuese re gistrada. Si después el rayo por casualidad pasaba por él, tenía la esperanza de que el programa lo considerase como un resto espacial y que continuase el seguimiento de la nave.

El plan podría no salir bien. No importaba lo mucho que él y *Kestrel* hubiesen calculado la posibilidad en base a los datos disponibles, era un riesgo.

La vida era siempre un riesgo.

El peso desapareció. El motor se apagó; la nave giraba alrededor de Selene a poco más que a velocidad orbital baja. Al desaparecer la difusión, la luz del empotrado superior se convirtió en nada, con una vaga reflexión a los lados. Tensó los músculos. Hora de salir. Sentía una calma sobrenatural.

Se abrió la compuerta exterior. La abertura era una oscuridad repleta de estrellas. Tomó el agarre, se apoyó en el reborde y puso las suelas sobre la pequeña plataforma del saltador personal. Con la mano libre buscó el activador. La plataforma se inclinó, se estremeció y lo lanzó.

Girando lentamente, vio cómo el universo daba vueltas, la Vía Láctea, la Tierra, Selene. El Sol atravesó su campo visual y el casco se oscureció para salvarle la vista, convirtiéndolo en un disco de un dorado apagado, una moneda en la que las manchas solares formaban una inscripción que no podía leer. Al principio *Kestrel* parecía gigantesca. La nave retrocedía a varios metros por segundo, la velocidad que Kenmuir había ganado con respecto

Librodot

a ella. Todavía parecía muy grande cuando supuso que sería seguro activar el impulso, pero ya podía verla completa, esbelta y hermosa.

Aleka estaba atrapada en su interior; Aleka que hubiese deseado morir en el mar con el viento acariciándole el pelo.

Kenmuir se puso a trabajar.

La estructura de la unidad de impulso doblaba un miembro a su alrededor hasta situar al frente un panel de mandos, un conjunto incongruentemente alegre de luces. Pulsó el interruptor para detener el giro. Un impulso breve estabilizó el cielo. El ordenador de la unidad era comparativamente simple, pero adecuado para la tarea. La Tierra se detuvo para manifestarse como un fragmento grueso de vidrio blanquiazulado. Selene ocupaba un cuarto del cielo, con la parte nocturna formando un pozo hasta el infinito, la zona de día despiadadamente iluminada, arrugada, marcada y manchada. Sin instrumentos ópticos no podía distinguir las obras humanas. La memoria hubiese podido ofrecerle ciudades, flores inmensas, pájaros y personas volando sobre un lago, a Lilisaire; pero carecía de tiempo para recordar.

Hizo uso de los instrumentos de navegación, miró y midió, identificó tres elementos en el suelo e introdujo los datos de posición en el ordenador. Después de un rato volvió a hacer lo mismo, obteniendo así información para calcular su posición, altitud y vector. El radar hubiese sido mejor, más directo, pero no se atrevía a emplearlo. Ya había introducido las coordenadas del punto de aterrizaje. Le dio al impulso.

La unidad lo hizo girar hasta la orientación adecuada. Los acumuladores empezaron a descargar la energía. Desde un tanque de masa tan ancho como él y con la mitad de longitud salieron tres chorros. La condensación produjo un nube más allá de las toberas -el sistema no era tan eficiente como un jet de plasma nuclear, ni remotamente tan potente-, pero se trataba de una nubecilla tenue, apenas visible de cerca, y que se disipaba con rapidez. El peso volvió a tirar de Kenmuir. *Kestrel* se alejó de él con mayor rapidez aún, convirtiéndose en un juguete, en una joya, en una estrella, hasta que desapareció.

Durante la siguiente media hora tuvo poco que hacer excepto tomar más medidas y dejar que la unidad corrigiese los parámetros de vuelo. La aceleración aumentó hasta fijarse más o menos en un g; después el ritmo de salida disminuyó junto con la masa. Hubiese preferido ir más rápido, sin que importase la tensión en su cuerpo, pero la fuerza de la estructura era limitada. En todo caso, llegó con el tanque casi vacío y los acumuladores casi muertos.

Fue pasando de idea en idea. Aleka... En esos momentos había adoptado órbita lunosincrónica. No estaría directamente encima de él, pero se la vería en el cielo. Cuando llegase al suelo, quedarían quizá unos noventa minutos hasta que la primera nave de la Autoridad, de regreso a máxima aceleración, llegase hasta ella. Debía escapar mucho antes de ese momento.

Lilisaire... Sería extraño si parte de su red no se extendiese hasta la policía y la Autoridad, incluso ahora, incluso ahora. A menos que la hubiesen detenido -y Kenmuir estaba seguro de que Lilisaire lo había dispuesto de tal forma que ese hecho se conociese en todo el Sistema Solar- sabía dónde estaba *Kestrel* y que ese asunto debía preocuparla. Lo que podría hacer, Kenmuir no lo sabía. Sería de gran ayuda si pudiera mantenerlos ocupados una hora o dos. Cierto, se añadiría a las acusaciones contra él, ella y Fireball... Dejó a un lado los presentimientos.

Annie... Un nostálgico fantasma. Miró la Tierra y deseó que la vida la tratase bien.

Pasó el tiempo. Lentamente, al descender, pasó de una noche a otra.

La aproximación había sido planeada más teniendo en cuenta las necesidades de mantenerse oculto que la economía de combustible. Los satélites, sin duda, le habían detectado, como prácticamente detectaban todo cuando se les activaba al máximo, pero debía

Librodot

de ser poco llamativo, insignificante, nada que disparase una alarma, especialmente cuando estaban concentrados en otros acontecimientos. El cráter Tycho se encontraba sobre el horizonte.

Para entonces estaba tan abajo que lo vio no como un cuenco sino como una montaña, negro y monstruoso contra las estrellas. Aunque el sol estaba a media mañana, el lado occidental se encontraba a oscuras. Las sombras bajaban y recorrían la tierra como una ola que se acercase lentamente. Al principio, muy a su izquierda y derecha, Kenmuir apreció los bordes del día. Al acercarse más, dejó de verlos, quedándose sólo con las estrellas y la apagada tierra. En su cuarto menguante, el planeta seguía siendo luminoso, situado en medio del cielo septentrional. Luz blanquiazulada bañaba las pendientes. Debajo de ellas, haces en forma de rayos destacaban lo escabroso del terreno. Localizó su objetivo y descendió en manual.

Durante un momento saltó el polvo, cegándole. Volvió a caer, porque no había aire que se lo impidiese; el material del traje y el casco lo repelía; buscó con la mirada un saliente de roca en la pared del cráter, una superficie aplastada y ancha, roca al este y el resto todo cielo. El crujido posterior de los jets se apagó. El silencio se apoderó de él. Una vez que se hubo soltado de la unidad de impulsión y del tanque, se sintió ligero por el peso lunar, como si fuese medio incorpóreo. El reciclador de aire y el resto del traje pesaban poco y se ajustaban muy bien; el traje era homeostático, con articulaciones mecánicas y amplificadores del tacto, muy cerca de ser una segunda piel. Desató la mochila del equipo. Tampoco debería haberle parecido pesada; pero vio la almádena, sintió frío y durante un momento no pudo levantar la carga.

Debía hacerlo. Se echó al hombro la mochila y se puso en marcha. El polvo saltaba a cada paso hasta llegar al camino que los constructores habían tallado en la pared desde el interior del cráter. Era poco más que un sendero de regolita apisonada, y los peregrinos que lo recorrían ya eran pocos, pero al cosmos le costaría un poco más enterrarlo. Frente a él se encontraba la tumba. Algunos decían que la emulación que allí descansaba había pedido que fuese simple. Cuatro paredes de piedra blanca, de siete metros de ancho, se levantaban hasta un tejado de poca pendiente, con tal altura que cada lado parecía encerrado en un rectángulo dorado. Una puerta doble de bronce conservaba las mismas proporciones. Encima de ella habían tallado el nombre DAGNY EBBESEN BEYNAC. Era suficiente.

Kenmuir se detuvo a la entrada. Durante un minuto fuera del tiempo, olvidó las prisas, olvidó la necesidad, y simplemente estuvo allí. Las paredes y el metal relucían débilmente bajo la Tierra y las estrellas.

Fue como si la quietud se hiciese más profunda. Con un estremecimiento, sacó la llave que Lars Rydberg había fabricado en secreto y que se había llevado con él. La colocó sobre la cerradura. El programa recordaba el código. Un indicador se volvió hacia abajo. Al tirar, las hojas de la puerta giraron pesadas apartándose de la noche interior. Calmó el corazón y entró.

Al principio, se encontró a ciegas, a solas con los latidos del corazón. Después, los ojos se adaptaron. Entraba algo de luz, que apenas tocaba un bloque que hacía de altar en el medio. La mano derecha se fue al casco; un saludo de Fireball.

Pero había que darse prisa, mucha prisa. Descargó el equipo, lo colocó en el suelo, sacó una lámpara, la encendió y la dejó a sus pies. La luminosidad se hizo más intensa, recortada por sombras marcadas. Sobre el bloque había dos objetos. Uno era una urna funeraria, esbelta y grácil; volvió a pensar en *Kestrel.* El otro era la emulación en su caja. Deprisa, deprisa. Observar, trabajar bajo la luz del casco, realizar las violaciones que fuesen necesarias y pisotear la culpa; más tarde, esa misma culpa se levantaría sin haber sufrido daño.

Un medidor le indicó que el sistema de energía de la emulación estaba agotado pero intacto, un alivio para Kenmuir porque disponía de un repuesto. Fijó un acumulador para

recargarlo, por medio de una conexión hecha a mano para ajustarse a la toma de corriente obsoleta. Mientras se recargaba, él se dispuso a reactivar la red neuronal. Para ocultar lo que no había hecho, Lars Rydberg había introducido un programa de desviación. En la Mansión Guthrie habían preparado un módulo para contrarrestarlo, que Kenmuir aplicó. A continuación, dispuso un comunicador de radio en el altar, encontró los puntos adecuados en la caja y realizó la conexión. Él y ella podrían hablar por entre el vacío que les rodeaba.

Tocó el interruptor final, dio un paso atrás y se estremeció.

La luz venía desde abajo, reflejándose en la cara del bloque, hundiendo a la urna y a la emulación en las tinieblas. De entre ellas, centímetro a centímetro, los pedúnculos oculares se elevaron. Las lentes reflejaban luz, buscando por entre la tumba.

Después de una eternidad, Kenmuir escuchó la voz, una voz de mujer, débil, como si llegase hasta él a través de un abismo, arrastrándose y tropezando.

- Mond... no, Lars, oh, Lars...

Kenmuir no había previsto que el dolor le paralizase tanto. -Perdóneme -dijo con voz ronca.

-¡Tanso! -gritó Dagny. -¿Qué?

-Oscuridad, oscuridad y oscuridad... -La desesperación cedió ante la ternura-. No llores, cariño. Mamá está aquí.

Kenmuir recuperó la voluntad.

-Mi dama Beynac, perdóneme -dijo, todo lo bien que podía pronunciar su lenguaje-. He tenido que despertarla.

-¿Dónde están mis brazos? -gimió, mientras los pedúnculos se agitaban de un lado a otro-. Te recogería y te acunaría, niño, mi niño, pero ¿dónde están mis brazos? ¿Mis labios, 'Mond?

-La he despertado por el bien de su gente -dijo Kenmuir-, su gente y la de él. -Se preguntó si estaba mintiendo.

-La sangre manó. Cuando me quitaron el traje espacial, estaba por todas partes.

-Eso sucedió... hace mucho tiempo...

-La pequeña Juliana, era todo sangre... no, no Juliana. Ella nunca sería, ¿no? Ahora no. -La emulación lloró.

Kenmuir sabía que recordaba un acontecimiento antiguo. Pero ¿qué? ¿Podría recordar más?

-Mi dama Beynac, por favor, escúcheme. Por favor. -Bramido -murmuró Dagny.

Un circuito dañado, pensó Kenmuir. Debía de estar generando una señal que la mente percibía como ruido, o lo que quedase de la mente.

El sonido en sus oídos se hizo más tranquilo.

-El mar brama. Olas. Viento. Sal. Madera arrastrada como enormes huesos. Allí, una moneda de arena. Para ti, Tanso. -Rió, con calma y encanto.

-Mi dama-le rogó Kenmuir-, ¿sabe dónde se encuentra? -Lars... -Los pedúnculos no se detuvieron. Kenmuir sintió que le miraban. Sintió cuchillos sobre la piel-. Pero tú no eres Lars -dijo sin emoción-. No eres nadie.

-Mi nombre es...

-Lars, me borraste. ¿No?

Sintió una ligera esperanza. Kenmuir tomó aliento.

-Tengo que decírselo... Pero he venido como amigo. La Luna vuelve a necesitar su ayuda.

La respuesta fue helada.

-No iba a haber necesidad de eso. -Me temo que...

Amabilidad súbita.

-No tengas miedo. 'Mond nunca lo tuvo. «Al diablo», gritaba, y seguía adelante.

Dispuesto a aprovecharse de cualquier oportunidad, Kenmuir respondió:

-Como Anson Guthrie. También después de convertirse en algo... como usted.

-Sigurd tampoco tuvo miedo jamás -canturreó Dagny-. Adoraba el peligro. Se reía con el riesgo. No del riesgo, con el riesgo. Ése es Kaino, ya lo sabes.

-Sí -dio Kenmuir obediente-. Su hijo.

-Están muertos. Murieron en rocas muertas en el espacio profundo. 'Mond y Kaino están muertos.

-Lo sé. -Desesperado-: Por eso estoy aquí. Usted siguió viviendo. Usted siguió viviendo por los demás.

La emulación empezó a cantar, dulcemente y en tono menor.

Ha muerto y se ha ido, dama, Ha muerto y se ha ido;

Sobre su cabeza la hierba verde A sus pies una piedra.

Se detuvo.

-Sólo que... allí no crece la hierba.

-Podría crecer -dijo Kenmuir-. Si nos ayuda, una última vez. Los ojos se pusieron rectos, la voz se transformó.

-Lars lo prometió. -Sí. Pero... -Donde'Mond, le dije, Lars. Iré a donde está'Mond.

-Tenía esa esperanza, albergaba esa esperanza con todo su corazón. Ella rió. Él apreció la amargura.

-Idiot. Dagny fue allí. Ella era libre para hacerlo. Los fantasmas no disfrutan de esa libertad. ¿Cómo podrían tener derechos de nacimiento? Nunca nacieron.

-Usted es Dagny Beynac -le dijo él al delirio-. De la misma forma que Anson Guthrie, la emulación es Anson Guthrie. El hombre, su espíritu.

Los pedúnculos temblaron, la voz se aceleró. -¿Guthrie? ¿Tanso? ¿Todavía es?

-No aquí -susurró Kenmuir-. En la lejana Centauri. Han pasado siglos, madame Beynac.

-Y el viento sopló y sopló -murmuró ella. -Siglos.

No pareció escucharle.

-De una historia que leí cuando era niña. De Lord Dunsany. Colgaban a un salteador de caminos de un brezo y lo dejaban allí solo. Y el viento sopló y sopló.

Llamar su atención, mantener su concentración.

-Sí, Lars Rydberg rompió la promesa que le hizo. En cierta forma. Tenía la esperanza de que descansaría en paz como era su deseo, que nadie tendría que despertarla.

Pero debo hacerlo. Durante un momento, un breve momento. Una pregunta. -El tiempo se iba rápido. ¿Cuántos minutos le quedaban?

-¿Dónde tienes la cara, 'Mond? -dijo la voz resquebrajándose-. Ya no puedo recordar tu cara.

-Una pregunta y le daré la paz. Pero ahora, inmediatamente, o no valdrá para nada.

'Mond. «Eres el hijo de Dagny», le dijiste a Lars,'Mond. «Maldición, siempre serás bien recibido aquí.» -¿Cómo podía llorar una emulación?

Y Lars los había traicionado a los dos, pensó Kenmuir. ¿O no? Como inspirado por las estrellas que se veían más allá de la puerta, tuvo una idea.

-He visto su imagen, la de Edmond Beynac. Tenía un rostro ancho y anguloso, con pómulos altos y ojos verdes.

-¡Sí! -gritó Dagny-. ¡Sí! ¡Oh, 'Mond, bienvenido! *Bienvenu, mon chéri!*

Había que seguir.

-Él buscó el camino a Proserpina. -¡Por todos los demonios, sí, lo hizo!

Él habló con rapidez, pero como le hubiese hablado a su amada. -Escúcheme, se lo ruego. Su pueblo, los descendientes de Edmond Beynac y los suyos, necesitan a Proserpina, ahora, la necesitan terriblemente y se ha perdido. ¿Recuerda cómo encontrarla?

Se desató la furia.

-¿Para eso me has despertado? Él permaneció firme ante los ojos. -Sí, si puede perdonarme, ¿nos ayudará igualmente? De pronto, la voz se hizo cálida.

-He recuperado a 'Mond. Por eso, gracias. -¿Me lo dirá?

-¿Me enviará de nuevo a casa?

-Sí.- Se inclinó, aflojó ciertos nudos y levantó la almádena entre las manos-. Tengo esto. -Tuvo que luchar por pronunciar cada palabra. -Entonces, démonos prisa -imploró-, antes de que le pierda de nuevo.

Él no podía decir nada más. Quedaron en silencio.

-Muy, muy lejos -susurró Dagny-, un largo camino para ir a morir. Pero Proserpina trae con ella la primavera. Las manzanas alcanzan su plenitud detrás la casa de mami y papi...

¿Volvía de nuevo a las pesadillas?

-¡Los elementos orbitales! -gritó Kenmuir.

-Tranquilo -le rogó ella-. Mi hombre de las cavernas los está cazando para mí.

Kenmuir esperó. A través de la puerta, las estrellas le observaban. -Sí -dijo Dagny-. Aquí están. Gracias, viejo oso. -Recitó los números-. ¿Los tienes?

-Sí -contestó; en una grabadora y en su propio cerebro. -Bien -dijo Dagny con calma-. Ahora, cumple la promesa. Sintió terror.

-¿Está segura de que desea...? -Por mí -dijo-. Y por Lars.

-Entonces, se lo debo -se oyó decir. Las manos agarraron con fuerza el mango-. Adiós, mi dama.

-Que tengas feliz viaje -dijo como si fuese una bendición. La orden resonó-. ¡Ahora!

Kenmuir levantó la almádena sobre la cabeza y la dejó caer con toda su fuerza.

La caja era resistente, pero no estaba diseñada para resistir un impacto como aquél, y la radiación la había debilitado. El organometal se partió. El hierro aplastó los circuitos.

Arrojó la almádena lejos y salió de la tumba. Las estrellas brillaban.

No, no debía llorar, no debía caer en la desesperación, todavía no. *Kestrel* y Aleka se encontraban en lo alto. Activó la radio. Podían recibir por entre los diez mil kilómetros que les separaban y ya no importaba si los otros escuchaban.

-¿Estás ahí? -dijo-. Habla, habla.

-Sí -respondió la querida voz-. Oh, cariño, estás mal. -Graba esto. -Disparó las cifras-. ¿Las tienes? -Sí...

-Toma tu camino.

Aloha au i i 'oe -oyó-. Te quiero. -No podía verla, pero se imaginó la nave espacial avanzando.

Se dejó caer sobre la regolita y esperó a los hombres de Venator. El Sol apareció por encima de la pared del cráter.

44

La nave de la Autoridad de Paz se dirigió hacia la Tierra a media gravedad.

Era enorme, con espacio para varios camarotes. A Kenmuir le habían dejado a solas en uno de ellos. La puerta estaba cerrada. Los guardias le había dicho que si necesitaba cualquier cosa podía pedirla por el intercomunicador, pero no lo había hecho. Lo que más deseaba era estar solo.

Vale, le hubiese gustado tener una pantalla, para poder mirar las estrellas. Limitado y desnudo, el camarote le aprisionaba junto con sus pensamientos.

Por enésima vez se preguntó cómo había podido suceder todo aquello, cómo se había convertido en un rebelde y un asesino. ¿Por qué? No lo había pretendido ni lo había previsto. Los acontecimientos parecían haber adquirido un momento lineal propio, como si tuviesen voluntad. ¿Era ésa la naturaleza de la historia humana? ¿Caos... atractores extraños... cuánto comprendía la propia Teramente? ¿Cuánto comprendía Dios?

La puerta se abrió. Volvió a cerrarse después de que entrase una figura vestida de azul. Kenmuir se levantó del catre. Durante unos segundos ninguno de los dos se movió, dos hombres altos y delgados, uno de piel oscura y el otro de piel pálida.

-Saludos, capitán Kenmuir -dijo el recién llegado en un anglo del hemisferio oriental.

-Usted es el pragmático Venator, ¿no es así? -contestó el prisionero-. Al fin nos encontramos.

El agente asintió.

-Quiero hablar con usted mientras podamos hacerlo en privado. -¿En privado? Estoy seguro de que sus máquinas nos vigilan y escuchan.

-También son sus máquinas. -De la humanidad.

-Los dos nos equivocamos. No pertenecen a nadie.-Los robots informaban a sofotectos que a su vez eran aspectos del intelecto supremo.

-No hay ninguna contradicción -dijo Venator-. Su compañera es suya, Y usted es de ella, pero ninguno de los dos es propiedad. Algo se agitó en el interior de Kenmuir. Se sentía emocionalmente vacío; pero descubrió que había cosas que volvían a importarle.

-¿Qué hay de Aleka? ¿Qué puede decirme? ¿Qué va a decirme? Venator arqueó las cejas.

-¿Aleka?... Oh, sí. Alice Tam. Está viva y bien. -Mostró una sonrisa breve-. De forma muy inconveniente. En principio eso es lo que tengo que discutir con usted, si puede.

Kenmuir se encogió de hombros.

-Puedo, aunque no esté muy dispuesto. La policía lunar fue... no desconsiderada. Me han medicado y he descansado. -Al menos el cuerpo. La mente, el alma... la ansiedad había desaparecido. Volvía a sentir el desapego que se había apoderado recientemente de él, ya fuese porque le habían dado tranquilizantes en secreto o porque tenía el espíritu agotado; se sentía apartado de sí mismo, una conciencia cartesiana observando cómo se desarrollaba su destino.

-¿Nos sentamos?-propuso Venator. -No es necesario. -Ni lo deseaba. -¿Le apetecería tomar algo? Tenemos mucho de que hablar. -No, no quiero nada. -De lo que pudiesen darle a bordo. -Por favor, tenga la seguridad de que no corre peligro-dijo Venator-. Está en manos

civilizadas. -Los rasgos se volvieron tristes, el tono neutro-. Quizá más civilizadas de lo que merece.

-Más tarde podemos discutir sobre el bien y el mal, ¿no? Venator volvió a mostrar amabilidad.

-Creo que haremos algo más que discutir, capitán. Pero es cierto, mejor será que primero resolvamos los asuntos empíricos. ¿Podría decirme por qué, mm, Aleka no lo llevó con ella al escapar?

-¿No es evidente? Yo hubiese tenido que retroceder a una distancia segura, luego correr a la nave, después de lo cual hubiese tenido que despegar. Nos hubiese llevado por lo menos una hora. No teníamos tanto tiempo.

-Evidente, sí. Una hora a dos gravedades significa siete kilómetros por segundo extras. Estaba examinando el grado de su determinación. Supongo que no va a decirme adónde se dirige, ¿no?

-No puedo. Aleka y la nave lo decidieron entre ellas después de dejarme.

-Como esperaba-dijo Venator con calma-. No se le puede sacar lo que no sabe. No es que importe. Uno puede hacer suposiciones. El destino está claro que no puede ser Marte, que en todo caso sería una elección arriesgada. Hay varios asteroides posibles, o es concebible que fuera alguna luna joviana colonizada por selenitas. Ahora va en trayectorias, conservando la velocidad delta y por tanto sus opciones. A menos que acabe temiendo que podamos acercarnos a ella, y vuelva a acelerar, le llevará un tiempo llegar a cualquier destino que tenga en mente.

Con lo cual estaría al alcance de las comunicaciones. El antiguo láser de Kestrel no podría enviar un mensaje inteligible por dos o tres unidades astronómicas; su radio precisaría de un receptor de alta ganancia; y allá, ¿quién escucharía con cualquiera de los dos sistemas? Más cerca, la intención de Aleka de enviar una señal estaría clara. Podría incluso descender.

-A pesar de todo, su plan salió muy bien-siguió diciendo Venator-. Creo que salió bien precisamente por ser fantástico. No podemos detenerla antes de que complete su misión, y no vamos a seguir intentándolo.

Sí, pensó Kenmuir, Aleka y él habían estimado que las probabilidades eran razonables. Las naves de las agencias policiales eran pocas y estaban muy dispersas por el Sistema Solar, porque su tarea habitual era simplemente desplazar personal y en ocasiones ofrecer ayuda a quien la necesitase. Además, incluso en esos momentos, la clase Halcón se consideraba de gran potencia. Por lo general, eran los robots y los sofotectos los que atravesaban el espacio. Rara vez exigían grandes velocidades que consumían mucha energía. Eran los humanos los que vivían poco y se mostraban impacientes.

-Comprenda, no queremos provocarla y hacer que salga corriendo -le explicó Venator-. Queremos tiempo para persuadirles a los dos de lo estúpido de su empresa, para que se detengan por voluntad propia.-Frunció el ceño-. Piénselo. ¿Cree que revelar la existencia de un planeta menor entre los cometas los convertirá en héroes? Piénselo. Su brutal destrucción de la emulación Beynac conmocionará al mundo. Kenmuir suspiró.

-Ya se lo dije a la policía, ella me hizo prometerlo. -¿Tenía que mantener la promesa?

Kenmuir asintió.

-Ya la habían traicionado una vez.

La sonrisa de Venator fue brevemente desagradable. -Resulta que para su beneficio.

Kenmuir sonrió con tristeza y señaló la celda. -¿Esto?

-No pretendía decir que buscase el beneficio personal-dijo Venator-. Confieso que sus motivos me resultan incomprensibles, y sospecho que lo mismo le sucede a usted.

Una vez más, Kenmuir tuvo la sensación -tonterías, le gritaba la razón, pero la sensación se negaba a desaparecer- de que él y Aleka habían sido los instrumentos de una poderosa fuerza ciega, y que todavía no había terminado, y que ellos mismos se encontraban entre sus fuentes. Pero sería mejor que se centrase en lo inmediato. Podía aprovecharse del deseo de conversación del cazador.

-¿Cuál es la situación en Selene? -preguntó. Los que le habían interrogado no le habían facilitado ninguna información.

El porte y la voz de Venator se relajaron.

-Buena. -dijo, como si fuese interesante pero no tuviese demasiada importancia-. La dama Lilisaire nos causó considerables problemas, a los que se unieron con alegría varios de sus colegas. Por fortuna, pudimos evitar daños o pérdidas de vidas significativos en ambos bandos, y las cosas ahora están calmadas. Oficialmente, están bajo arresto domiciliario. En la práctica, mantenemos una tregua agitada. El resultado final dependerá principalmente de usted, amigo mío.

-¿Cómo?

Venator se puso serio.

-Usted todavía puede detener lo que ha puesto en marcha. Tam ha desoído nuestras llamadas, pero *Kestrel* debe de haberlas registrado y sin duda la informará de cualquiera que venga de usted.

-¿Qué podría querer decirle? -En presencia de máquinas no le diría que creía amarla.

-Usted y sólo usted puede hacerla volver, conservando el secreto de Proserpina.

-¿Por qué iba a hacerlo?

-Se pueden retirar las acusaciones criminales, o se puede conceder un perdón.

Kenmuir volvió a sentir emociones. La más evidente era furia. -Vamos a ver -dijo-. Nunca me propuse servir como mártir, ni ella tampoco. Sólo cuando la noticia se conozca decidirá el Sistema Solar si hicimos mal. A pesar de... -le falló la voz- la emulación... cuando ese asunto se aclare... me atrevo a esperar que toda la humanidad me perdone.

-Por favor, ahórreme la retórica-se mofó Venator-. Usted calculó que el gobierno se encontraría en una posición tan incómoda que se vería obligado a dejar que las infracciones no tuviesen castigo, mientras los selenitas más radicales se preparaban para emigrar a Proserpina. A cambio, usted no daría demasiada publicidad a las irregularidades que hubiésemos podido cometer.

Kenmuir asintió.

-Sí, aproximadamente eso es lo que pretendemos.

-He visto que estudia la historia-dijo Venator-. Dígame, ¿con cuántos gobiernos del pasado hubiese salido bien semejante jugada? Sorprendido, Kenmuir se quedó sin habla unos instantes.

-No lo sé. Quizá ninguno-dijo finalmente.

-Correcto. A estas alturas ya estaría muerto, a menos que decidiésemos torturarle primero. Si nuestro secreto se revelase, someteríamos a los inquietos selenitas por la fuerza, exterminándolos si fuese necesario. Le diríamos a la gente que la revelación era una falsedad inventada por los malvados. Añadiríamos, con todos los detalles que fuesen necesarios, el gran servicio que les habíamos hecho eliminando a los enemigos del estado. Pero no

tendríamos que producir la mayor parte de la propaganda. Muchos periodistas e intelectuales estarían ansiosos de ganar favores fabricándola y distribuyéndola. Muchos de ellos incluso serían sinceros.

-Sí...

-Pero en lugar de eso, está usted a salvo, mientras Tam corre por ahí porque no previmos que las grandes armas de guerra volverían a ser necesarias. Debe agradecérselo al cibercosmos, Kenmuir. Podría mostrar algo de confianza, algo de gratitud.

-¡Pero violaron el Pacto! -protestó el astronauta-. Y.. y... -¿Y qué? ¿Era realmente una ofensa tan terrible ocultar información? -Fue una exigencia-dijo Venator-. Mi esperanza es convencerle de tal cosa, antes de que sea demasiado tarde.

-Supongamos que lo consigue -contestó Kenmuir sin pensar-. ¿Cómo podría convencer a Aleka? -Cualquier clave hubiese podido extraerse por medio de drogas o análisis cerebral. Una imagen suya podría ser un artefacto, en aquel mundo donde tanta realidad era virtual.

Venator vaciló. Cuando habló, lo hizo lentamente, ¿y el rostro delgado adoptó una expresión de deseo?

-Ella debería escucharle y confiar en usted, ¿no es así? Y en cuanto a cómo iba a saber ella que usted es el verdadero... -Apartó la vista, como si desease mirar la Tierra y las estrellas a través del metal-. Tengo la intuición de que son amantes. Todos los detalles íntimos, el lenguaje corporal único de los dos, incidentes olvidados por uno hasta que el otro se los recuerda, la totalidad que nace incluso en un período de tiempo tan breve como el que han disfrutado... si extrajésemos todos esos datos de usted, el proceso le dejaría convertido en un vegetal. ¿Y podríamos escribir el programa adecuado para usar todos esos datos con una imagen generada? Quizá la Teramente podría hacerlo. Quizá no. Me atrevo a decir que podría reprogramar su cerebro para que la adorase e hiciese ardientemente, y por su propia voluntad, cualquier cosa que desease.

Levantó una mano.

-No tema -dijo-. Dejando a un lado el detalle moral de destruir una mente, nos lo impide el hecho de que no tenemos el tiempo suficiente, ni para crear una imitación convincente de usted ni para rehacerle por completo. Usted no es electrofotónico, es orgánico, con la inercia de todas las cosas materiales. Las interacciones moleculares se suceden a un ritmo limitado por las leyes del universo, y la Teramente no escribió esas leyes.

Apretó los puños a ambos lados.

-Explíqueselo a su Aleka. Le reconocerá por lo que comparten, todo lo que yo me he negado a mí mismo.

Sonrió y terminó con una nota ligera.

-Es irónico, ¿no?, que en la hora final el cibercosmos pida ayuda a la fuerza más antigua y primitiva de la vida consciente.

Kenmuir se pasó una lengua reseca por los labios. -Si realmente puede reclutarme.

Venator lo miró directamente y contestó. -Yo no puedo. Voy a llevarle a la Teramente.

45

Un espacio vasto y oscuro... ¿una cámara? La vista no podía apreciar las dimensiones. Líneas luminosas subían y volvían a bajar, algunas muy cerca entre sí, otras a varios metros de distancia. Vistas desde lejos, se fundían en un diseño complejo, un jeroglífico que Kenmuir no podía entender.

El aire carecía de calor, frío, olor o sonido.

Se había despertado allí después de quedarse dormido en la habitación de la Central a la que Venator le había llevado. Sin previo aviso, pero de alguna forma sin sentir sorpresa, se vio medio reclinado sobre una red en la que unos accesorios entraban en contacto con pies, manos, frente y sienes. Su piel y ropas estaban iluminadas o resplandecían ligeramente. Sentía una inmensa calma, pero simultáneamente nunca se había sentido tan consciente y en alerta, controlando totalmente su mente y cuerpo. Era como si sintiese hasta el último flujo por los capilares sanguíneos, nervios y cerebro. Esperó con solemnidad lo que iba a suceder.

Frente a él, Venator estaba tendido de forma similar; pero aunque el cazador tenía los ojos abiertos, parecían ciegos y el rostro se había convertido en una máscara. ¿Qué veía? ¿Qué cosas sabía?

La presencia de la Teramente, pensó Kenmuir, la cercanía del gran dispositivo central; excepto que la Teramente no era una única mente o ser. Era el ápice del cibercosmos, la culminación guía, como lo era el cerebro humano del organismo humano. No, realmente tampoco era eso. En cierta forma todas las máquinas surgían de ella, como hombres y dioses de Brahma, y las almas de los sinnoiontes anhelaban acercarse a ella.

Pero Kenmuir sabía que no se trataba de un punto final estático. No era lo que las inteligencias artificiales, dispuestas a crear una inteligencia artificial superior, habían producido; era el cibercosmos como totalidad, evolucionando. Sus pensamientos ya sobrepasaban la imaginación humana. ¿En cuánto superarían su propia imaginación actual dentro de cien o mil millones de años?

Venator habló.

-Ian Kenmuir -dijo con seriedad. ¿Hablaba la Teramente a través de él, como si fuese un oráculo?

-Estoy listo-respondió Kenmuir. No disponía de ningún título honorífico que añadir; y en todo caso, hubiese sido una burla. -Comprendes que no eres ni un sofotecto ni un sinnoiionte. Estás en el exterior. Por tanto, yo actuaré de enlace.

En caso contrario, ¿podría la presencia ofrecerle a Kenmuir algo más que discursos, imágenes y un espectáculo de sombras? Por medio de Venator, que era humano, él podría llegar a comprender, a sentir, lo que la inhumanidad por sí sola no podría transmitir.

-Pregúntame lo que desees -dijo la voz.

-Ya sabes lo que nos ha traído aquí -contestó Kenmuir en voz baja-. ¿Por qué has ocultado la existencia de Proserpina?

-La respuesta tiene muchos aspectos.

¿Y será cierta?, se preguntó una mota rebelde. Juzgarás la verdad por ti mismo -dijo la voz.

¿Una verdad evidente al final de un camino de razonamientos? Pero ¿podría él seguir ese camino hasta el final?

-Escucho. Observo.

Librodot

Algo parecido a una expresión cruzó brevemente el rostro de Venator y su tono. ¿Un dolor, un deseo?

-Tú y yo compartimos recuerdos.

Luminosa en medio de la oscuridad apareció la imagen de Lilisaire, tan viva que incluso Kenmuir contuvo el aliento. El vestido cubría su figura esbelta. Con gesto felino, se volvió para mirarle. De un rojo oscuro y de un rojo como una llama, su cabello caía sobre los hombros blancos, más allá de las delgadas venas azules de la garganta. Le sonrió con los grandes y oblicuos ojos dorados y verdes y con los labios que recordaba. ¿Ronroneó, le llamó?

Más imágenes parpadearon y se desvanecieron. No era un documento, ni una secuencia o un montaje, era un fluir de sueños para despertarle. Por debajo de la tranquilidad que sentía, le dolían. No había deseado contar los amantes de Lilisaire, sus traiciones, los hombres que había matado y los hombres que había ordenado matar, los hombres con los que se había casado y los hombres que había atrapado en su red, los hombres a los que rompía la voluntad o aquellos a los que atraía hasta que se perdían, la voluntad ora glacial ora en llamas, pero siempre carente de consideración o piedad, el hecho de que era salvaje.

-Hermosa, ilimitada, ambiciosa, infinitamente peligrosa-murmuró la voz.

-No -negó Kenmuir-. No puede ser. Una mujer mortal... -Una que las circunstancias han convertido en la encarnación de su sangre.

Imágenes sacadas de la historia. La arrogancia selenita, la intransigencia, la anarquía directa, en los dientes del implacable espacio. Intrigas, asesinatos, amenazas terribles. La soberanía selenárquica, separando su nación de la unidad de la humanidad. El plan de Rinndalir para destruir el orden de las cosas, simplemente por el deseo de destruirlo. Niolente fomentando la revuelta en la Tierra y la guerra en la Luna, su muerte como un animal acorralado, y en las ruinas, un secreto que su línea de sangre había conservado durante siglos. Lilisaire, una vez más Lilisaire.

-¡No! -gritó Kenmuir, desintegrándose la calma que sentía-. ¡No voy a condenar a toda una especie! -Tragó-. Ni tampoco creo que pudieses tú.

-Nunca. ¿Maldecimos al trueno o al tigre? Ellos también pertenecen a la vida.

A continuación el sueño fue de un mundo. Un trueno fijó nitrógeno que alimentó un bosque. Bajo las hojas, un carnívoro atrapó a su presa y de esa forma mantuvo la salud de la manada, con un número que no superaba a lo que la tierra podía mantener. El mar que ahogaba algunos barcos mantenía a flote a todos los demás, y en sus profundidades nadaban ballenas y sobre sus cabezas se agitaban las alas. Los cuerpos muertos se pudrían, para renacer como hierba y flores. La nieve caía, para fundirse en la primavera y alimentar la estación.

Pasó un espectro, desierto, la roca desnuda saliendo allí donde la tierra de cultivo había sido arrastrada por el agua o se la había llevado el viento. Un río que fluía lleno de veneno. El aire que hacía daño a los pulmones. Hordas y hordas, la humanidad destruía a su alrededor como nunca lo había hecho una plaga de langostas, y donde antes anidaban las aves canoras ya sólo corrían las ratas por callejones y cloacas.

Pero eso había pasado, o casi, y la Tierra florecía de nuevo. Fue el cibercosmos el que salvó la selva y el tigre... sí, la determinación humana era necesaria, pero sólo por medio de la tecnología podía producirse el cambio sin catástrofes, y el cibercosmos conservaba en los seres humanos la voluntad de realizar los cambios por medio de sus consejos y por las victorias cada vez más visibles contra la desolación.

El tigre volvió a saltar a la vista de Kenmuir. El espectáculo terminó. Tendido entre arcos relucientes, oyó:

-De la misma forma los selenitas, que han hecho muchas cosas magníficas, deberían unir sus ofrendas al resto de la humanidad para crear y convertirse en el destino humano.

Aunque volvía a sentir paz, esa paz servía a su yo y a su mente. -Es cierto, pero ¿es suficiente? ¿Por qué debe crecer de la misma forma cada rama de la humanidad? ¿Y qué forma es ésa?

-No es única. Por cualquiera de los múltiples caminos que escojáis vosotros o vuestros descendientes. Medítalo. ¿Quién hoy en día ha sido forzado? ¿No es la Tierra tan diversa, o más, que en cualquier momento del pasado?

Sí, admitió Kenmuir; y no sólo en sociedades y en individuos libres, sino también en la riqueza natural restaurada por todo el globo, desde el oso polar en el ártico hasta el bisonte y el antílope en las praderas, desde el halcón en lo alto hasta el pavo real en la jungla, desde la palmera al pino, desde lo alto de las montañas hasta las profundidades del océano, vida, vida.

La voz siguió hablando.

-Sin embargo, ¿no debería guiaros la razón, la compasión y la reverencia? En caso contrario, sois menos que simios, porque al menos los simios reaccionan de acuerdo con sus características naturales, y vuestra característica natural es pensar.

Kenmuir no pudo evitar recordar qué otra cosa era innata, y que la conciencia no era más que una capa delgada sobre ese mundo. Pero mejor no aventurarse demasiado por ese camino. Mejor volver a la pregunta que le había llevado allí.

-¿Por qué no quieres que se conozca la existencia de Proserpina? ¿Temes a unos pocos selenitas en un lejano asteroide?

Sonaba tan ridículo que casi se lamentó de haberla expresado. Luego decidió que era mejor quitársela de encima.

La respuesta fue grave. Kenmuir pensó que la Teramente no tenía necesidad de fanfarronear como el Dios de Job; podía permitirse ser paciente, e incluso, sí, cortés.

-Claro que no... no así. Lo que hay que temer es el espíritu que se resucitaría. En el fondo, el destino lo escoge el espíritu.

-No entiendo. -Kenmuir vaciló. No podía referirse a ningún absurdo de la mente sobre la materia.

-El espíritu fáustico. No ha muerto, no del todo, aquí en la Tierra; vive, oculto y disfrazado, en los selenitas; y en Alfa Centauri florece triunfante.

Kenmuir no supo si la imagen de Deméter le vino de la oscuridad o de la memoria. ¿En cuántas ocasiones había contemplado esas imágenes transmitidas por los colonos a lo ancho de los años luz? ¿Qué parte de él sentía envidia y qué parte amargura? Perdido en el sueño, sólo pudo preguntar.

-¿Qué va mal en Deméter? -Porque todo lo que veía era esplendor y coraje.

-Es un espíritu que no acepta límites, que no tiene fin o control para sus deseos y empresas. Los antepasados de las gentes que allí viven no podían alcanzar la paz con los poderes que les habían ofendido en la Tierra, aunque se le ofreció la paz. No podían, porque nunca están satisfechos. Por tanto, eligieron partir, sobre un puente que ardía tras ellos, a un mundo que sabían condenado. Ahora sus descendientes no aceptan esa condena.

-¿Qué otra cosa podrían hacer? -susurró Kenmuir. ¿Qué otra cosa excepto resignarse, confortándose en la idea de que el olvido estaba todavía varios siglos en el futuro? Se habían precisado todos los recursos de los que disponía Fireball en su momento más glorioso para enviar unos pocos cuerpos en sueño frío a través del abismo. En Centauri no podían hacer más de lo que habían hecho; y a menos que un puñado regresase a Sol, cualquier esfuerzo

resultaría fútil. La distancia al siguiente mundo habitable era demasiado grande; la radiación durante el viaje causaría un daño irreparable. Las emulaciones podrían ir, sí. Las de Guthrie exploraban entre las estrellas. Pero eran pocos los humanos que deseasen convertirse en emulaciones. Los que lo hiciesen podían seguir igual de bien en el sol donde ya estaban, junto con los selenitas en sus asteroides: un asentamiento tan insignificante como lo había sido Rapa Nui en su soledad del Pacífico después de que las canoas dejasen de navegar.

-Todavía no lo saben -dijo la voz-, pero se están acercando al camino de la salvación.

-¿Cómo lo sabes? -exigió saber Kenmuir-. No te importa, ¿no?

-Es cierto, la Teramente les dice por medio del cibercosmos, como se lo dice a la gente de la Tierra, que no tiene mayor interés en ellos o en cualquier otro aspecto del universo empírico. No es por completo así. Si bien ahora se conocen las leyes finales del universo, no se conocen todas las permutaciones de materia y energía. Por tanto, las sondas investigan en el espacio interestelar. Y en cuanto a los centaurianos, hay microsondas observándolos sin que ellos lo sepan. Kenmuir sintió una punzada. ¿Mentía el cibercosmos?

La paz fluyó sanadora en la herida. Debía de haber una razón, que se le revelaría en su momento. ¿Qué humano era siempre sincero, especialmente con aquellos a quienes amaba? Es más, el fingimiento es una necesidad del pensamiento. Representas planetas tridimensionales sobre superficies bidimensionales; y en sí mismo también es una simplificación, porque el mapa no es un plano euclidiano. Para calcular las órbitas a corto plazo, haces que esos planetas sean puntos geométricos con masa e ignoras todo lo demás en la galaxia. Fundas una corporación y la tratas legalmente como una persona. Hablas sobre una comunidad o la especie humana, aunque sólo existen los individuos. Hablas de individuos, de ti mismo, aunque el cuerpo está formado por muchos organismos y la mente es un conjunto de interacciones sin fin.

-Y recibimos señales directamente desde allí-dijo Kenmuir. Las había estudiado con avidez, pero hasta ese momento no había notado del todo las pocas veces que llegaban noticias, y lo escasas que eran. Al principio, el tráfico había sido voluminoso, en un sentido y en el otro... Bien, pensó, no sería difícil hacer que los colonos no tuviesen deseos de enviar. Tenían muchas cosas de que ocuparse. Y en cuanto al Sistema Solar, allí la gente también estaba envuelta en sus propias preocupaciones y se había medio olvidado de la frontera y de los territorios inexplorados...

-¿Están desarrollando una simbiosis... -no una sinnoiosis- de vida y máquina?

-Sí. Madre Deméter.

En esa ocasión, las visiones fueron claras, con la suficiente duración para que las pudiese aprehender, y hablaban. Hablaban de otro sistema extraño, un biocosmos, integrado con la ecología básica. Allí la mente final no era cibernética, sino humana, emulaciones que de esa forma habían vuelto a la vida, una Gaia no trascendente sino inmanente y consciente de sí misma. Ella protegía y guiaba la vida. Ella era la vida.

-¿Qué tiene de terrible? -susurró Kenmuir al cabo de un momento.

-Es lo que los salvará en Centauri -contestaron los labios de Venator. Los ojos seguían ciegos, excepto por lo que se moviese en su interior-. La Madre descubrirá que puede hacer lo que hoy es imposible, colocar la personalidad de una emulación en un cuerpo recreado. Deméter el planeta debe morir, pero la semilla de Deméter irá a las estrellas.

Kenmuir sintió un estremecimiento frío.

-Sí erijo la voz, ¿con tristeza?-, te sientes inspirado, estás maravillado.

Volvió a sentir el desafío. -¿Por qué no iba a estarlo?

-La visión, el logro es totalmente fáustico. E igual sería el asentamiento en Proserpina: de una magnitud mucho menor, pero con el mismo espíritu, y no a años luz de distancia, sino aquí, en casa, a poca distancia de la Tierra.

Kenmuir sintió que su rostro expresaba asombro.

-Atiende -dijo la voz-. Tu especie ha luchado siempre, como debe hacerlo la vida, para sobrevivir y mejorar. Y, extrañamente, no ajustasteis vuestros modos a la realidad, cambiasteis el mundo para que se ajustase a vosotros. Dominasteis el fuego, a las bestias y las cosechas, explorasteis, inventasteis, os extendisteis por el planeta. Los paisajes de países enteros dejaron de ser, a lo largo de los siglos, creaciones de la naturaleza para convertirse en creaciones de sus habitantes humanos.

»Pero también había siempre una conciencia de los límites, humildad, temor de los dioses y de la némesis que seguía a la hubris. Vivíais en el ciclo de las estaciones, sabiendo que erais mortales, y cuando veíais que el orden antiguo de las cosas se rompía, llorabais por ello. Los invasores que mataban, quemaban y esclavizaban tenían sus propias costumbres, sus propias piedades. En cada uno de los mitos que os guiaba había una advertencia contra el deseo de llegar demasiado alto, contra un orgullo excesivo.

»Pero el espíritu fáustico ganó. En la historia, Fausto hace un trato con el maligno para recibir poder ilimitado. Al final, pierde su alma. Pero hay una continuación en la que regresa y se redime, no arrepintiéndose, sino realizando una obra de ingeniería que contiene las aguas de la inundación y hace que se realicen los deseos del hombre. »Incluso así, la civilización fáustica se alejó de su modestia infantil. Sus matemáticas se extendieron hasta lo infinitesimal y lo infinito, llegando hasta lo transfinito. Su física examinó el átomo y las estrellas. Su biología hizo que la vida dejase de ser un misterio para convertirla en química, y al final convirtió el alma en un proceso que podía ser emulado. Mientras tanto, conquistó el mundo y viajó a la Luna y a los mundos más allá.

»Era, es, ese espíritu el que no conoce límites, no reconoce ninguna limitación, hace lo que desea porque lo desea y luego busca nuevas victorias.

»Superaba todo lo demás, aplastaba todo elemento extraño, forjó el estado total, y casi consiguió exterminar a su propia especie. Kenmuir permaneció en silencio durante un rato, buscando las palabras, antes de contestar.

-No, no puedo aceptarlo. -No podía hacer otra cosa sino enfrentar su inteligencia simiesca contra la Teramente-. Te refieres a lo que vino de Europa, a la cristiandad occidental, ¿no? Bien, en el peor de los casos no era más malvada que las demás, simplemente tenía más poder. Y consiguió ese poder por medio de la ciencia que creó, que también ofrecía el poder de detener la enfermedad y el hambre, poder para comprender el mundo natural y aprender a salvarlo. Todos los demás también habían estado destruyendo la naturaleza, de forma más gradual pero sin ningún medio para reparar el daño. Ésa fue la civilización que abolió la esclavitud legal y convirtió a la mujer en igual al hombre. Fue la civilización, el espíritu dices tú, que dio vida a los derechos inalienables del individuo, vida, libertad y la consecución de la felicidad. Nos dio los planetas y todavía podría darnos las estrellas.

No sabía que podía hablar así. No era un orador. ¿Qué fuerzas sutiles atravesaban su piel para evocar lo que hubiese latente en él? La Teramente jugaba con justicia, pensó.

-Lo que has dicho es tan cierto como lo que has oído -contestó la voz-. Es igual, implica la desunión, la disputa, el caos, por toda la eternidad.

-¿Qué otra cosa...? ¿Qué preferirías tú?

-Unidad. Armonía. Paz. La noosfera y, al final, el noocosmos. Otra aparición, un sueño. La inteligencia inmortal, trascendiéndose a sí misma por toda la eternidad, hasta que sus creaciones y comprensiones superaban a todo el universo material.

Durante miles de millones de años por venir debía explorar, descubrir, inspirarse en el cosmos. Los destinos de las galaxias eran todavía incalculables. Pero ya parecía clara la ley que las gobernaba; sólo sus posibles consecuencias eran un misterio, y con cada nueva experiencia se incrementaría la capacidad para predecir la siguiente. Eternamente perseverante, la semilla sofotéctica se extendió por el futuro. No necesitaba planetas, ni apoyos, ni conquistas, nada excepto diminutos fragmentos de sustancia para reproducirse. Y cada uno de esos semilleros, cada cibercosmos y Teramente, se unió al resto. A la velocidad de la luz, la comunicación por la galaxia requería decenas de miles de años, la comunicación entre galaxias millones; pero poseían la paciencia que da la seguridad, y ya no había muerte.

El espacio se expandió. Las estrellas envejecieron. La última de ellas se apagó. La temperatura se acercó al cero absoluto. La poca energía útil que quedaba venía de la lenta desintegración de los agujeros negros y las partículas de materia. Y la inteligencia debía gastar esa energía muy lentamente; una idea podría requerir miles de millones de años antes de completarse. Pero el mismo ritmo unió las mentes de las galaxias. Ya no estaban más alejadas que la duración de un pensamiento. A medida que pasaron billones de años, para ellas la separación se redujo sin límites. Se conectaron en una única inteligencia suprema que llenó la realidad. El universo no estaba ni muerto ni oscuro. Estaba vivo y radiante por el espíritu.

La certidumbre no es absoluta. Contra las pruebas y lo que creemos, el cosmos podría frenar su expansión y caer sobre sí mismo. La inteligencia, sin embargo, seguiría siendo inmortal. Dentro del tiempo finito hasta la singularidad; podrían pensarse un número infinito de pensamientos y podrían soñarse un número infinito de sueños. Ya se produzca la transfiguración por medio del fuego o del hielo, la conciencia sobrevivirá y se desarrollará por siempre.

Mucho, mucho antes de ese momento, su precursor abandonará la crisálida de materia-energía. Conocerá todas las cosas que existen y todas las que son posibles; las habrá pensado todas, las habrá comprendido todas, y con amor las dejará todas a un lado. En sus propias obras -arte, matemática, tareas inimaginables- ocupará su eternidad. Al final fue la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios.

Kenmuir permaneció en silencio.

-Ya conocías la profecía-dijo la voz.

-Sí -contestó-, pero no la había visto así. -Después de un rato añadió-: ¿Cómo podría... cualquier ser humano... amenazar tal empresa?

-Es la naturaleza de las cosas. Es más profunda que el caos. Sí, cambios infinitesimalmente pequeños pueden tener consecuencias inmensas e imprevisibles; aun así, un sistema tiene sus atractores, su orden subyacente, y el equilibrio roto puede restablecerse.

»Para comprender el verdadero peligro, tendrías que estar en sinnoiosis, y aun así tu percepción sería oscura y fragmentaria. Pero piensa. Recuerda lo que sabes de física cuántica. La realidad es una, pero la realidad es múltiple. El pasado y el futuro son uno, inseparables. Pero eso implica que son igualmente incognoscibles con precisión. Una partícula puede haber pasado de un punto a otro punto por medio de infinitas trayectorias; algunas son más probables que otras, pero sólo la observación establece cuál es real. El estado de una, cuando se determina, fija el estado de otra, aunque se encuentre a años luz de distancia, demasiado distantes para que haya una relación causal entre ellas. Por tanto, el observador y lo observado, la existencia y su significado son un todo, Yang y Yin; y la función de onda del universo es tan incierta como la función de onda de un electrón aislado.

Kenmuir movió la cabeza.

Librodot

-No, no lo comprendo. No puedo. A menos que estés dando a entender... que las mentes humanas tampoco son accidentales; que son un aspecto fundamental de la realidad... como la tuya.

Se estremeció. No era ni un sofotecto ni un sinnoionte, ni siquiera un filósofo. Para él debía ser suficiente que la Teramente tuviese razones para temer a su especie. (¿Temor? ¿Respeto? Aquí eran palabras inútiles.) Mejor quedarse con los sucios detalles prácticos de los seres de carne y hueso.

-Lo que entiendo de tu intención es que -dijo con mucho cuidado- los seres humanos podemos hacer lo que queramos, y nos ayudarás, nos aconsejarás y serás bueno con nosotros... siempre que seamos irrelevantes para ti.

-No. Eso no puede ser. Ya es demasiado tarde. Tu especie ya se encuentra entre las estrellas.

Kenmuir sintió horror. La Teramente podría construir y enviar misiles para destruir Madre Deméter antes de que sus hijos abandonasen su mundo. ¡No! No había sucedido, por lo tanto no sucedería. No podía suceder. Por favor.

Se forzó a adoptar un tono seco. -¿Qué hay de nosotros en la Tierra?

-En el futuro que pertenece a la Mente, os uniréis a ella, por voluntad propia y con alegría, como ha hecho este yo, Venator, pero en un grado mucho mayor.

-¿Nos convertiremos en parte del cibercosmos?

-Dentro de siglos o milenios. Luego, la Tierra consciente estará preparada para encontrar la mente alienígena de Madre Deméter. -Esperas que tendrás la fuerza... -la fuerza del intelecto, no la fuerza bruta-para lidiar con ella. Para domesticarla. Para absorberla en ti.

-No. La esperanza es que se una a nosotros por voluntad propia. -¿Será tan difícil? ¿Realmente es tan diferente?

-Sí. Y mientras las dos mentes permanezcan fieles a sus destinos, es imposible construir un puente de unión. Madre Deméter es la vida antigua, orgánica, biológica. Para ella, lo inorgánico, la máquina, no es más que una parte menor, un medio para el fin de la supervivencia. Siempre pertenecerá al universo material y a su estado salvaje, su caos, su mortalidad. Su intelecto nunca será puro y jamás se liberará por completo.

Kenmuir tuvo la extraña sensación de ser un cazador que estaba a punto de saltar sobre una presa majestuosa.

-Pero ella recorrerá caminos por los que tú no transitarás, que ni siquiera puedes imaginar, porque no puedes sentirlos. ¿Es eso lo que temes? Ella morirá con las estrellas, mientras tú seguirás viviendo. ¿No es así? ¿No es el espacio-tiempo lo suficientemente grande para, mientras tanto, compartirlo con ella?

Silencio. El rostro de Venator parecía el de un hombre muerto. Kenmuir se preguntó por lo que significaba. No. La realidad es una. Ella le dará forma, como hago yo. Se convertirá en algo imprevisible, sin destino, algo diferente al Destino Final que es mi propósito y razón de existir.

Dejó a un lado las palabras. No era más que su imaginación, no mejor que la imagen mítica del sol como un barco o un carro que recorriese a diario los cielos. Debía cazar más.

-¿Importarían tanto los selenitas en Proserpina? -preguntó. -Piensa -replicó el oráculo. Volvía a verse la vida en su rostro, aunque no era una vida humana-. Reconstruirán ese mundo, multiplicarán su número, se extenderán por los cometas, llegarán a las estrellas. Hablarán con la semilla de Deméter. Hablarán con los suyos en la Tierra, en quienes despertarán a Fausto.

Librodot

-Te causarán problemas. Quieres que todo el mundo en el Sistema Solar esté cerca de la Tierra para poder controlarlo.

-Donde podáis recibir la iluminación y curaros de vuestra locura -dijo la voz. Con cuánta suavidad.

-¿Y todo eso -exclamó Kenmuir incrédulo- depende de una única nave que escapa de la Luna? ¿De un solo hombre que puede traerla de vuelta?

-No. La realidad es un todo, como he dicho. Pero por la historia que pronto llegará, y por tanto por la historia concebible en la eternidad, sí, te pido que la hagas volver.

El cibercosmos pedía.

Convertirías el universo en un lugar de mente y armonía, pensó Kenmuir. El conflicto que nos ha enfrentado, no de fuerzas sino de ideas y posibilidades, presagia la eterealización que persigues. ¿Quién puede decidir que tu visión es errónea? ¿Quién podría decidir que la pasión y la inseguridad, lo animal y lo vegetal, lo mortal, la pena mezclada con toda alegría están bien?

-Fausto siempre está en guerra. Yo soy un hombre de paz.

-La elección es tuya -oyó-. No voy a forzarte. No puedo. Si el cibercosmos impusiese su voluntad por violencia se violaría a sí mismo. Eso no podría más que provocar caos descontrolado; regresar a las crónicas de todas las tiranías. Aunque el género humano desapareciese en el Sistema Solar, los supervivientes seguirían viviendo en Alfa Centauri, siempre vengativos. Aunque ellos también muriesen, la corrupción se adueñaría del corazón del victorioso, y al final le destruiría igualmente. No, la carga es tuya.

Bajo el nirvana impuesto a su cuerpo, el pulso de Kenmuir dio un tropezón. Se le había secado la boca.

-Si te... obedezco... ¿qué pasará con Aleka y su gente? -Tendrán lo que desean, un país mejor que el que Lilisaire podría darles.

Y los terrestres cuyos ojos miraban las estrellas tendrían su Hábitat. No debería someterse más que el espíritu demoníaco en los selenitas.

No, todo humano que desease la libertad tendría que someterse. Y no sabrían que lo habían hecho o que ya no eran libres.

Era como si conociese la respuesta desde antes de nacer. -No.

-Te niegas. -No era una pregunta. -Así es. Seguirá volando.

-Estás perdonado -dijo la voz, totalmente amable.

Kenmuir sabía que nunca podría comprender esa extraña integridad. Él no era una máquina, sólo un hombre.

Su conciencia se perdió en la noche.

46

-No tema dijo Venator al despertar Ian Kenmuir-. Le llevaremos hasta Yorkport y le dejaremos ir. Asumo que tomará el transbordador lunar. Pero primero deberíamos hablar, usted y yo.

Dejó que el astronauta descansase un rato, luego lo llevó hasta una sala donde compartieron una comida simple y, en general, silenciosa, después tomaron ropas cálidas y salieron al exterior. Durante otro rato caminaron en silencio, hasta que ya no veían la estación meteorológica y se encontraron a solas con las montañas.

Kenmuir respiró profundamente. Una brisa escasa y fría agitaba las hojas y agujas de árboles enanos y dispersos. Sabía a cielo. La luz del sol caía en cataratas por una gran pendiente y los picos nevados que había detrás. Las montañas destacaban como cortadas a cuchillo frente al cielo completamente azul. Tomó la vista en su interior. La ansiedad, la indecisión, el pesar volvían a agitarse a medida que el desapasionamiento que había sentido en la cámara se disipaba; necesitaba aquella nueva fuente de calma.

-Vaya despacio -le aconsejó Venator-. Reserve fuerzas. Tenemos tiempo de sobra.

Kenmuir lo miró.

-¿Qué quiere de mí? -le preguntó.

No supo si la sonrisa que atravesó el rostro oscuro era de ironía o arrepentimiento.

-Nada, en el sentido de exigencias -contestó Venator-. Me gustaría hacerle algunas sugerencias y será mejor que preparemos algunos planes.

-Haré lo que pueda -dijo Kenmuir con incomodidad-, consistente con... -¿Con qué?

Venator asintió.

-Eso esperaba. Es lo racional. Pero también será bueno para usted.

¿Cómo debería responder Kenmuir? ¿Cómo debería sentirse? -Por favor. Ésta no es una situación de vencedor y vencido. Venator volvió a sonreír, más ampliamente y quizá algo jocoso. -No, no.

La gravilla crujía bajo las botas. El viento susurraba. Adelante, decidió Kenmuir.

-Vale. Aleka entregará el mensaje. -Vaciló-. ¿O ya lo ha hecho? -¿Cuántas horas o días habían pasado en la morada de la Teramente? -Todavía no -le dijo Venator-. Pero lo hará pronto.

-¿Y usted... el cibercosmos... el gobierno... realmente no va a intentar suprimirla noticia o cualquier consecuencia?

Venator miró a Kenmuir a los ojos durante un momento.

-Usted y su amiga pueden ayudarnos en ese punto, ya lo sabe. Es más, debe hacerlo. La Federación, los humanos en posiciones importantes... no queremos que adopten una posición de la que les sería difícil retirarse. Como supuso en nuestra primera conversación, cuanto menos se diga públicamente, por ambos lados, más fácil será para todos los implicados.

Kenmuir comprendió que no se trataba de una capitulación. Era simplemente adaptarse a las circunstancias. Podría ser el primer movimiento en un plan que se desarrollase durante siglos... No, no debía pensar tal cosa. Todavía no.

Librodot

-Ciertamente, estaré encantado de cooperar --dijo-. Así como Aleka y, eh, estoy seguro que Matthias.

Venator sonrió abiertamente. -¿Como Lilisaire y sus selenitas? -Creo que estarán de acuerdo.

-En realidad, los acontecimientos no pueden ocultarse del todo -le recordó Venator-. Lo que podemos intentar es que su gente sea lo suficientemente discreta como para que la mía lo pueda ser.

No, la historia no podía borrarse del todo, pensó Kenmuir. Y él no podría olvidarla. Sentía dolor. ¡Oh, emulación Dagny! -¿Debemos hablar de bandos opuestos? -preguntó con rapidez-. Todavía no comprendo por qué deben ser... irreconciliables. ¿Unos pocos selenitas en el espacio profundo son un factor tan importante? ¿Cómo podrían serlo, en el lejano futuro o en cualquier otro momento?

Venator frunció el ceño.

-Antes parecía usted comprenderlo con mayor claridad -dijo. Se encogió de hombros-. En ese momento también me lo parecía a mí. -Hizo una pausa-. Déjeme proponer unas cuantas analogías toscas. Imagínese un romano educado e inteligente durante el reinado de Augusto, elucubrando sobre cómo serían las cosas mil años después. Se dice: «Quizá las legiones hayan marchado sobre todo el mundo como hicieron en la Galia, y todos en todas partes serán romanos. O quizá, lo que la política actual del César sugiere como más probable, las fronteras permanecerán más o menos donde están, y más allá los bosques y los bárbaros. O quizá, siendo pesimistas, Roma habrá caído y los salvajes aullarán en las ruinas de nuestras ciudades.»

»No sé qué futuro eligió, y no importa, porque el verdadero futuro no se parecía a ninguno de ellos. Una rama herética de la religión de un pueblo conquistado en una esquina del Mediterráneo sometió a los romanos y a los bárbaros, transformándolos por completo y creando una civilización completamente nueva.

La civilización fáustica, pensó Kenmuir.

-Es igual -argumentó Kenmuir-, el tremendo poder de... su cibercosmos, que está destinado a crecer más allá de cualquier cosa que podamos concebir...

-El biocosmos también crecerá -dijo Venator-. Y en lo que respecta a influir en nosotros o en el biocosmos, ¿en qué podrían transformarse los humanos, ellos y sus máquinas, entre los cometas?

A Kenmuir se le ocurrió una idea. Por su misma naturaleza, el cibercosmos debía aspirar al conocimiento absoluto; pero eso requería control absoluto, no contingencias impredecibles, nada imprevisible excepto el florecimiento del intelecto. El cibercosmos era totalitario.

-Bien, tal y como han salido las cosas, se ha convertido en otro elemento a tener en cuenta -siguió diciendo Venator-. Después de todo, hay muchos más, y en cualquier caso el universo seguirá produciendo sorpresas durante millones de años. El tiempo dirá quién se ajusta mejor y cómo.

El totalitarismo no necesitaba ser brutal, pensó Kenmuir. Podía ser benigno en sus métodos, podía ser benéfico en sus acciones y... demasiado sutil para ser reconocido como lo que era.

En el cielo se agitaron unas alas. Miró a lo alto, pero el sol le cegaba y no podía ver el pájaro. ¿Un halcón cazando? Nunca hubiese podido imaginar esa belleza despiadada si mil millones de años de azar descontrolado y el ciego instinto de vivir no la hubiesen modelado para él. De pronto, podía soportar recordar lo que había sucedido en la tumba de la Luna.

Quizá no llegase a haber un verdadera reyerta entre los Daos. Quizá en alguna época remota descubriesen que eran dos caras del mismo fenómeno. O quizá no. Él sólo sabía que sus simpatías estaban con la Madre.

-Y es un poco abstracto, ¿no? -decía Venator-. No podemos hacer más que tratar los detalles durante nuestra vida, pieza a pieza. Kenmuir pensó en Venator.

-En su caso no es del todo cierto, ¿no?

-No del todo -admitió Venator. Después de dar varios pasos más en el viento, añadió-: A pesar de todo, no le envidio.

Ni yo a ti, pensó Kenmuir.

-Sin embargo, me gustaría conocerle mejor -dijo Venator-. Supongo que no puede ser. ¿Discutimos los detalles prácticos?

La noche había caído sobre la Cordillera. Desde la alta torre de Lilisaire podían verse tres picos al oeste, aún iluminados. Sólo se apreciaban los bordes, apagándose lentamente. Por lo demás, las montañas se habían convertido en espacios de altas sombras y oscuridades abisales. Al este caían para formar rocas y cráteres casi tan oscuros. En el cielo se veían estrellas por millares, la galaxia como un puente helado, las nebulosas y las otras galaxias relucientes, pero la Tierra no era más que un arco azul sobre un disco macilento, en lo bajo del horizonte.

Una torre coronada por una cúpula transparente veía todo aquello. Grandes plantas crecían de tanques y plantadores situados en lo más alto de la sala. Iluminadas por las estrellas, las hojas eran masas oscuras o delicadas filigranas. La flores mezclaban perfumes en el aire, que era como el aire de una tarde al final del verano. Las luciérnagas aleteaban y relucían en el silencio.

Lilisaire entró acompañada de Kenmuir. Ninguno de los dos había hablado mucho en el corto espacio de tiempo desde la llegada de lan. Ella pasó entre las flores para llegar al otro lado y se detuvo, mirando al exterior. Él esperó, observando su perfil marcado frente al cielo y su cabello lustroso.

Sobre una repisa bajo la bóveda había un cristal de canción. Lo alzó y rozó las caras con los dedos. Se oyó el sonido, vibraciones, repiques, silbidos, un ritmo estremecido.

Piedra caída, destello de luz, Cenotafio de un explorador. Pero la piedra ha perdido las estrellas Y las estrellas han perdido la piedra.

Kenmuir ya había escuchado las palabras selenitas, un fragmento de canción de Verdea. Ninguna lengua de la Tierra podía sonar tan fúnebre o transmitir todo el sentido de las imágenes.

Lilisaire dejó el cristal y volvió a quedarse inmóvil.

-Es una pieza melancólica, mi dama -dijo Kenmuir en anglo un minuto después.

-Es la justa para la ocasión-contestó con voz monótona. -Pensé que os sentiríais más feliz.

-No, no lo pensaste. -Se volvió para mirarle a los ojos. Los de ella parecían rebosar de luz. El rostro podría haber sido la máscara de una Palas asiática-. Eres inteligente. Conoces el precio por este premio que has conseguido.

Kenmuir sabía que debía hablar con claridad, pero no que tendría que ser tan pronto. Se le tensaron los músculos entre los omoplatos. Mantuvo el tono de voz.

-Bien, pues sí. En todo caso, me he hecho preguntas. Proserpina está abierta, con todo lo que eso pueda implicar. -¿Qué era? No sabía. Ni viviría para descubrirlo-. Sin embargo, el Hábitat.. -Dejó la frase sin terminar, sin desear declarar lo que los dos comprendían.

Ella la terminó por él.

-El Hábitat es ahora una certidumbre. -Siempre lo fue, ¿no?

Lilisaire lo negó.

-No, no del todo, no mientras hubiese algo desconocido en el espacio profundo, posiblemente el instrumento de una victoria definitiva y completa. Pero ahora se ha descubierto.

Por un instante, él volvió a la mansión de la Teramente. La realidad como un descubrimiento, la mente como su hacedor... No, eso no podía ser, no era una escala tangible y humana, e incluso al nivel cuántico debía haber algo más que las paradojas de la medida; ¡debía haberlo!

-No un arma-susurró Lilisaire-. Simplemente un lugar. Como le había sucedido a menudo desde hacía poco, dio vueltas a la posibilidades mundanas. Lo selenitas rebeldes o aventureros -no eran pocos en ambos grupos- se trasladarían al mundo de hierro, unos cuantos al principio, luego en oleadas. La Federación no se opondría; en realidad ayudaría, porque las ideas contra el Hábitat y la oposición a él desaparecerían. Sin embargo, ese esfuerzo de colonización ocuparía toda la capacidad espacial de los selenitas; y eso a su vez haría regresar al hogar a gente de los asteroides cercanos y las lunas exteriores. La Ventura, la fuerte presencia selenita en los planetas, desaparecería de la historia.

-Y una tregua-acabó diciendo Lilisaire.

Por su parte, pensó Kenmuir, ella no podía denunciar la larga ocultación de su tesoro ancestral, y debía ceder en la cuestión del Hábitat. Su interés en un compromiso rápido era tan vital como el del gobierno, aunque para los dos tenía regusto amargo. Frente a él apareció una frase de siglos anteriores: «Iguales en la insatisfacción. Pero ¿qué sucedía cuando eso dejaba el problema fundamental sin resolver?

-No hay nada firme-dijo cuidadosamente prosaico-, ya lo sabéis, mi dama. Hasta ahora es un intercambio de palabras entre individuos y... sofotectos. La mayor parte de los miembros del gobierno, por no mencionar al público, no sabe nada.

-Aun así, preveo el final de Selene. -La voz era de acero, sin autocompasión; ella permanecía erguida bajo el cielo.

-No, en realidad no... -¿Percibió un gesto de desdén en los labios de Lilisaire?-. En todo caso, un nuevo comienzo.

-Similar a un nuevo ciclo -le cedió-, aunque más extraño que cualquier cosa que nos perteneciese.

No más metafísica milenarista, decidió Kenmuir.

-Mi dama -dijo en voz alta-, primero nos quedan muchos años de preparativos. Lo que es más importante para mí, le hicisteis una promesa a Aleka Kame.

Lilisaire realizó un encogimiento de dedos.

-Y tendrá su isla y sus aguas. ¿Por qué no? El pequeño poder que tenía en esas regiones se escapa de mis manos. -Se tocó el mentón, frunció el ceño y luego mostró una ligera sonrisa fría-. Es más, tener amigos en la Tierra podría ser útil algún día.

A Kenmuir le llevó unos segundos apreciar todas las implicaciones.

-Vos misma no queréis ir a Proserpina, ¿no es así?

-No. ¿Por qué iba a desear tal cosa? Aquí están las regiones de mis antepasados y sus cenizas, sus bendiciones y garantías, sus recuerdos en cada montaña y mis propios recuerdos

que podrían haber permanecido. Todo esto cambiaré por la desolación, las dificultades y la posibilidad de una muerte temprana.

-No tenéis por qué erijo Kenmuir, sintiendo la garganta agarrotada-. Podéis pasar el resto de vuestra vida aquí, rodeada de lujos. Lilisaire rió con fuerza. Sonaba real, como si él hubiese conseguido contar un chiste homérico.

-¡Una jaula muy cómoda! ¡Qué bien educados están los visitantes que vienen a verte! Y si alguno de ellos se acerca demasiado a los barrotes... -Negó con la cabeza. Todavía sentía alegría-. Más aún, ¡cómo podría contenerme ante esta última insolencia!

Kenmuir recordó a su antepasado Rinndalir, que escapó a Alfa Centauri. ¿Se había librado Lilisaire por fin de la sombra de Niolente? La seriedad cubrió el rostro de Lilisaire. Permaneció un tiempo sin hablar, mirando al exterior, antes de decir con gran dulzura.

-Y la muerte allá fuera, será la muerte de una Beynac.

-Pero podréis sobrevivir hasta una edad muy avanzada-dijo él. Lilisaire no prestó atención a su intento.

-Voy a ir, y en la vanguardia. Por tanto, mal puedo mantener la promesa que te hice, mi capitán, de que serías jefe de mis empresas en el espacio, y que vivirías conmigo como un señor entre los selenarcas. -No importa.

-Sí que importa. -Sonrió-. Tus mentiras son muy galantes. Asombrado, Kenmuir buscó palabras.

-Mi dama, me alegro si os he ayudado, y si os he dañado, no era mi deseo, y... para mí es suficiente haberos servido.

Kenmuir se preguntó si realmente estaba siendo sincero.

-No es suficiente para mí -le contestó. Alargó una mano para tomar la de Kenmuir-. Te lo ruego, déjame ver cómo puedo salvar algo de mi promesa, al menos un poco.

Lo que Kenmuir vio, asombrado, fue que ella estaba allí, de pie, tan solitaria y frágil como cualquier otro ser humano.

La brisa era ligera. Aleka usó el motor para alejarse dos o tres kilómetros de Niihau antes de desplegar el mástil y las velas. Luego el barco se deslizó sobre olas de un azul y verde reluciente orladas con una espuma cristalina. Murmuraban entre sí, y saltaban contra el casco. En ocasiones, una cresta rompía, blanca durante un breve instante. El Sol caía hacia el oeste. Sus rayos recorrían las aguas. Allí fuera, pensó, el aire era frío. Un pájaro volaba en lo alto.

Kenmuir estaba sentado en un banco de la cabina al lado de la puerta frente a Aleka, quien llevaba el timón. Sólo vestía una gorra y una túnica sin mangas. Su piel relucía broncínea. Sobre la frente le caía un mechón rebelde. Kenmuir mantuvo el rostro impasible mientras reunía coraje.

Ella apartó la vista del mar, le miró y dijo las primeras palabras casi desde la salida.

-Has cambiado, Ian. -La voz era baja, y Kenmuir no estaba seguro de si veía una sonrisa fantasma.

-Tú también, creo -le replicó-. No es sorprendente, después de lo que hemos pasado.

Lo vio todo en su mente, el vuelo por el espacio, el mensaje enviado, la larga curva de regreso, la nave y el sofotecto al que, a regañadientes, había dejado encontrarse con su nave. Ella le había contado que no la había tratado mal; la llevó a bordo y la devolvió a la Tierra, donde Venator se entrevistó con ella y la liberó. No había corrido peligro físico, pero no podía, en aquel momento, estar segura de ello, y Kenmuir no se atrevía a pensar en lo que Aleka debía de haber sufrido en su espíritu, entre el vacío y las máquinas.

-Esperaba que vinieses directamente en cuanto llegué a casa -le dijo Aleka.

Aunque no percibía ningún reproche, hizo una mueca.

-Lo siento. Estaba tan ocupado... -Ya se lo había explicado antes, durante la corta conversación telefónica, y luego a su llegada-. Oirás los detalles, en la medida que pueda darles sentido en mi cabeza. Además, bien, pensé que primero querrías descansar. -En su tierra y en su mar, entre su gente y la gente del mar. Se había preguntado si sería por eso que Aleka había propuesto navegar para hablar en privado. Hubiesen podido ir a algún lugar en la costa. Pero allí era donde pertenecía por completo.

¿O era quizá que aquel cambio de escenario podría soltar la lengua de Kenmuir?

Aleka volvía a sonreír, aunque no con mucha confianza.

-Ah, well, *lava,* eso quedó atrás. La noticia de que nosotros, los Lahui, tenemos nuestro nuevo país es lo que debemos celebrar juntos, tú y yo. Para empezar.

Kenmuir no pudo responder.

Aleka lo observó durante un rato antes de hablarle con la suavidad del viento.

-¿No? No. Please, no te confundas. No te acuso de nada, no te ruego.

La miró a los ojos. -Nunca lo harías. -Ha pasado algo. -Sólo en mi interior. La mujer merecía sinceridad. -Voy a ir a Proserpina-dijo. -Lo... temía.

-No temas. -Era él el que pedía. Se inclinó y agarró sus manos-. Escúchame. Es lo mejor. Eres joven, tienes una vida por delante y un mundo que construir. Yo soy viejo y...

-Podrías intentarlo dijo Aleka. -¿Y hacerte perder esos años? No. Aleka conservó la calma.

-No juegues a no ser egoísta. No es digno de ti. Vuelves con Lilisaire. -Soltó las manos.

-Intento ser realista y hacer lo correcto -dijo. Las olas se agitaban. El pájaro buscaba una presa.

-No estoy del todo sorprendida -le dijo ella-. *He kanaka pono 'oe.* Eres un hombre bueno, un hombre honrado. Puedes guardar un secreto pero no se te da muy bien mentir. -Miró el horizonte-. No te preocupes. Estaré bien.

Sí, lo sabía. Tenía demasiada vida en su interior para encontrarse mal.

Sin embargo... Kenmuir sonrió para sí, la sonrisa seca de un viejo. Cuando había imaginado la escena con anterioridad, ella respondía con furia y no era imposible que le hubiese obligado a reconsiderar.

Bien, quizá ella también había tenido sus dudas. Quizá, no, probablemente ella veía las cosas con mayor claridad y certeza que él mismo, más de lo que él hubiese considerado posible.

Debería sentirse aliviado, no desencantado. Pero no era más que un hombre.

Aleka mostró toda su preocupación.

-Pero ¿lo has pensado bien? Podrías ser el único terrícola, el único terrano, el único de tu especie, alejado, sólo con las rocas y las estrellas.

Él recuperó la entereza al oírla hablar de esa forma. -Es el espacio, Aleka-contestó.

Ella lo meditó, jugando con el.

-Comprendo -repuso-. Siempre te ha atraído, y es el único camino que te queda.

Kenmuir elevó los hombros y los dejó caer. Después extendió las palmas de las manos.

-Es irracional, lo sé. Pero nosotros, los selenitas y los que vayamos con ellos, haremos que Proserpina tenga vida.

Por lo que pudiese importar en los gigaaños que quedaban por delante. No se sentía especialmente preocupado por ellos; no podía, al ser mortal y razonable. Aun así, secretamente estaría sirviendo a Madre Deméter, a la que nunca había conocido, y de esa forma le daría a su vida un sentido más allá de su propia existencia.

Esa idea era algo más que vanidad de primate. La Teramente estaba de acuerdo. No sabía si buscaría una forma de ocultar a los centaurianos la emigración a Proserpina. Se le ocurrían varias formas de hacerlo.

Ciertamente, el cibercosmos ya se aseguraba que el juego del escondite en el Sistema Solar no destacase demasiado, que se perdiese entre el ruido de fondo. No debía haber ningún monumento... Kenmuir pensaba que no importaba. A la larga, no importaba. Cuando la vida estuviese lista para seguir avanzando, lo haría.

Aleka asintió.

-Estarás en el espacio, Ian. No, no podría soportar el atarte. -Un golpe de timón-: Y en cuanto a nuestra dama Lilisaire, me atrevería a apostar que podrás soportarla.

-No es tan simple. -No.

Navegaron en silencio. De pronto, una figura apareció a estribor, y otra más y otra. Había llegado una tropa de la Keiki Moana.

Aleka las miró con amor.

-Pertenecemos a especies diferentes, tú y yo, ¿no? -dijo al fin a Kenmuir-. Y somos de la misma sangre.

¿Cuántos más vería el futuro?

-Lo que vais a hacer, aquí en la Tierra... -empezó a decir. Se detuvo, llenó los pulmones con el limpio aire salino y continuó-: Me pregunto si al final no resultará ser tan extraño y potente como cualquier otra cosa en todo el universo.

Ella rió, desafiante.

-En todo caso, hacerlo será divertido. Kenmuir esperaba que fuese felicidad. Ella volvió a tomarle de las manos.

-Te deseo lo mismo, cariño -dijo-, allá donde está *Kestrel.*

La pequeña nave que había pertenecido a Kyra Davis volaba sola por el universo, para viajar, por siempre, entre las estrellas.

FIN